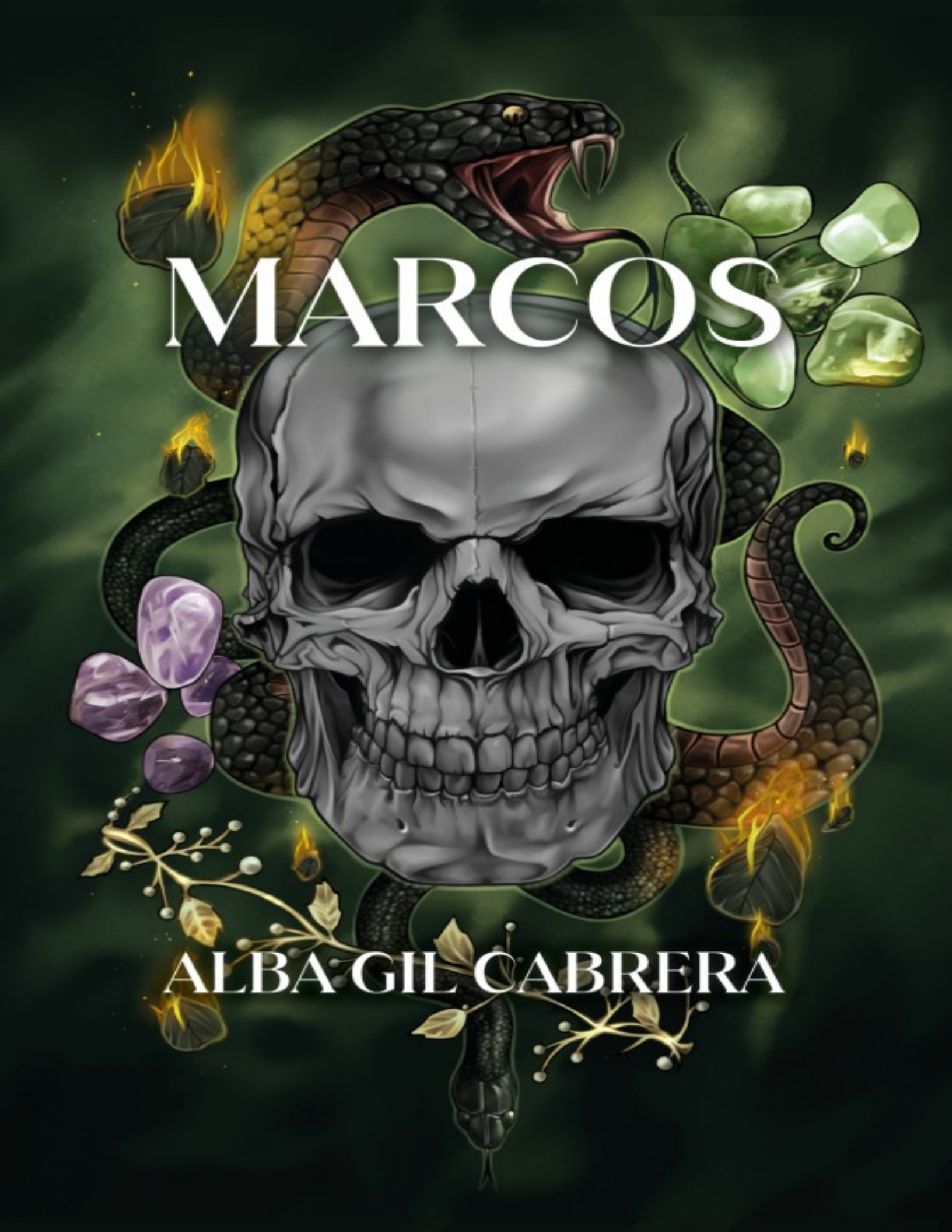

MARCOS
ALBA GIL CABRERA

MARCOS

ALBA GIL CABRERA

Primera edición 2025
Derechos de edición reservados.
Alba Gil Cabrera.

Maquetación: Ainhoa Madrid Markova
Sinopsis: Cloudy Lipsum
Diseño de cubierta e ilustración: Ainhoa Madrid Markova (@markovart_)
Ilustraciones interiores: @arii_ilust
Corrección: Natalia Ruíz Agüera.
Lectoras cero:
Cloudy (@cloudymlipsum)
Palmira (@palmi.books)
Andrea: (@booksby.andrea8)
Irati (@leyendo.a.ciegas1)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ADVERTENCIAS

No recomendado para menores de 18 años.

- Secuestro.
- Violación. (No por parte del protagonista)
- Tortura.
- Inanición.
- Uso de drogas.
- Uso de medicamentos para la ansiedad.
- Ataques de pánico / Ansiedad.
- Consentimiento dudoso.
- Bullying.
- Lenguaje vulgar.
- Escenas explícitas que pueden herir la sensibilidad del lector.
- Abuso físico.
- Abuso doméstico.
- Pérdida de un ser querido.
- Luto.
- Pensamientos suicidas.
- Menciones de suicidio.
- Alcoholismo.
- Chantaje.
- Asesinato.
- Uso de arma blanca.
- Maltrato psicológico.

- Manipulación emocional.
- Violencia explícita.
- Crimen organizado.

PLAYLIST



Wildflower — *Billie Eilish*

Shape of my heart — *Sting*

Looking for América — *Lana del Rey.*

Somos nada — *Christina Aguilera*

Devil in a dress — *Rhea Raj*

Soaked — *Shy Smith*

Poison — *Rita Ora*

Is this happines — *Lana del rey*

Change — *Lana del rey*

Tu perfume — *Karol G*

TV — *Billie Eilish*

Lovely — *Billie Eilish*

I love you — *Billie Eilish*

When the party's over — *Billie Eilish*

No time to die — *Billie Eilish*

TRADUCCIONES

Italiano:

Sei una merda: Eres una mierda

Signorina: Señorita

Cazzo / Merda: Mierda

¿Capisci?: ¿Entendido?

Cara: Cariño

Capito: Entiendo

Fratello: Hermano

Figlio di puttana: Hijo de puta

Moglie: Esposa

Cagna: Perra

Ciao: Hola

Ruso:

Chertova krysa: Maldita rata

Moya lyubov’: Mi amor

Ya tebya lyublyu, lyubov’ moya: Te amo, mi amor

Para todos los corazones que viven entre murallas de hielo.

Este libro cuenta la historia de Marcos. Es autoconclusivo y puede leerse sin necesidad de otros. Aun así, forma parte de la serie *Bestias Peligrosas*, siendo el libro número 2.

El primero es *Salvatore*, en el que se relata el romance entre el Padre de la mafia y María Osorio.

PREFACIO

MARCOS



Aceleré con la moto al máximo, persiguiendo al tío que pillé vigilándome.

Vi a través de la visera del casco como se entremezclaba con otros coches. Estaba solo, pero seguramente tras tratar de despistarme, iría con los demás.

Intuyendo sus movimientos, tomé un atajo, circulando en línea paralela a él por la calle de atrás.

No podía verme, pero yo a él sí.

Hoy vas a morir, cabrón.

La moto rugió con ansia, la misma que me corría por las venas, despertando unas ganas feroces de hacer trizas a ese hijo de puta.

Tras la matanza de las familias líderes, estábamos en un punto jodidamente delicado, no podíamos permitirnos errores.

Y aunque fuésemos minoría, tuviésemos al mundo entero en contra, y cada día pudiese ser el último, pelearíamos con garras y dientes.

Como putos caimanes.

El objetivo abandonó la carretera principal, cruzando un puente, le seguí desde la lejanía pasando por el túnel construido bajo la carretera por la que él circulaba.

El cielo se perdió de vista dejándome en total penumbra, las luces amarillentas del túnel pasaban a toda velocidad, como estrellas

fugaces en un cielo nocturno. Si no tuviese que estar persiguiendo a ningún gilipollas, quizá me tomaría la libertad de disfrutar la ilusión óptica.

Una vez crucé los diez metros de túnel, la claridad del atardecer golpeó mis ojos.

Seguí haciendo malabares entre las calles, perdiéndome del foco de visión de mi objetivo, ya no iba tan rápido, su postura se veía más relajada y estaba jodidamente seguro de haberme dado largas.

Era imposible darme largas.

Donde ponía el ojo, ponía la bala.

O el cuchillo.

O lo que fuese, con tal de conseguir mi propósito.

Con tal de proteger aquello que me importaba.

Siguiéndole hasta un polígono industrial, alejado de la ciudad, aparqué la moto tras unos camiones pertenecientes a una lavandería.

Agazapado, me acerqué como si fuese un gato, viéndole bajar de su vehículo.

Tras rebuscar en el bolsillo de su chaqueta, sacó una tarjeta, pasándola por un pequeño escáner que accionó la puerta de un garaje.

Era ahora o nunca.

Cargué la pistola con el silenciador puesto, vigilando que nadie nos tuviese en el punto de mira. Era domingo en la tarde. Los polígonos solían estar desérticos en días y horas como la de hoy.

En cuanto apreté el gatillo, el cuerpo de mi objetivo cayó al suelo, sin vida. La barrera seguía subiendo por sí sola, el casco le resbaló de entre las manos, rodando unos metros lejos de él.

Un gato salió asustado al sentir la caída del cuerpo, cruzándose entre mis piernas para perderse de vista.

Me encantaban los gatos.

Colocándome tras la columna mientras arrastraba el cadáver tirando de una de sus botas, aguardé unos segundos en silencio. Al ver que no había señales de que nadie estuviese dentro, comencé a inspeccionarle.

Una cartera con un billete de cincuenta y algunas monedas, sin documentación y una pistola, la cual me quedé para llevársela a Salvatore, mi jefe, él sabría de dónde la sacó.

No encontrando ninguna otra pista que pudiese ayudarme, tan solo me quedó tomar una muestra de su sangre para analizarla en el laboratorio, tal vez de esa forma pudiésemos ponerle nombre a este indeseable espía.

Cargando el tambor del arma nuevamente, encorvándome para adentrarme en aquel garaje, caminé a oscuras entre algunos coches viejos y sucios.

Cada paso que daba, removía los guijarros del suelo, haciendo algo de ruido, mientras iba apuntando hacia los ángulos por los que me sentía descubierto, no parecía haber nadie. Estaba solo.

¿A qué diablos venía ese gilipollas aquí?

Quizá sí sabía que le estaba siguiendo, y solo quería despistarme.

Mmm…

Merda.

Rebuscando en el interior de mi chaqueta de cuero negra, saqué una pequeña linterna, alumbrando hacia cada rincón y también por debajo de los coches. Fotografié las matrículas y arrastré nuevamente al cadáver hasta el interior del garaje, junto con su moto.

Tomé una manguera enrollada en una esquina, corté la goma con la navaja, cogí las llaves del vehículo que le trajo hasta aquí, abrí la tapa de la gasolina e introduje la goma.

Pegando los labios a la boquilla de esta, absorbí con tanta fuerza que sentí como la cara se me quedaba morada. Tras un par de inhalaciones, la gasolina empezó a subir. La dejé caer sobre el cuerpo de ese imbécil.

Fotografié su rostro antes de sacar el mechero y prenderle fuego.

Salí del garaje, haciendo que la puerta se cerrase con su misma tarjeta. Subí a la moto, y volví a la mansión de los Carusso.

Otro puto día perdido.

CAPÍTULO 1

MARCOS



Con un vaso de *whisky* en la mano, veía como las hamburguesas se iban cocinando sobre la barbacoa.

Aunque mi jefe — el cual era mi mejor amigo de la infancia —, trataba de mantenerme entretenido, mi mente seguía lejos y dispersa.

No podía dejar de pensar en lo que se nos venía encima.

Hasta hace un año, el mundo era gobernado por seis familias. Cada familia tenía un líder, encargado de un sector de la mafia.

Los Lelouch, franceses, se encargaban de blanquear dinero.

Los Yum, coreanos, mercado de órganos.

Los Vanetto, rusos, tráfico de armas.

Los Junior, colombianos, drogas.

Los Osorio, españoles, prostitución.

Y, por último, los Carusso, la familia que lideraba a todas las demás, cuyo cabecilla era el hombre más temido del mundo criminal, Salvatore, el mismo que ahora me preguntaba si prefería kétchup o mayonesa en la hamburguesa.

—Sin nada — dije a secas.

Sus cejas negras se arquearon mientras pegaba un trago a una cerveza y le daba la vuelta a la carne en la brasa.

Su cabello negro se removía con la brisa del atardecer, estábamos en primavera, y aunque el clima era cálido aun hacía algo de frío.

La mirada de mi jefe vagaba perdida en el abismo, intentaba parecer tranquilo, pero por dentro estaba tan jodido como yo.

Hace algunos años, las cosas se torcieron demasiado entre las familias, todos querían el lugar de Salvatore, así que empezaron a confabular entre ellos, traicionándole una y otra vez.

Mataron a su padre, lo que le llevó a la obligación de asesinar a su propio tío, secuestraron a la que creía era su hermana y violaron a su mujer.

Finalmente, Salvatore perdió las formas y organizó una gala en la que los envenenó a todos.

Y ahora, la guerra se cernía sobre nosotros.

Seguía siendo el Padre de la mafia y la autoridad absoluta, no obstante, sin las familias líderes, su postura se veía más débil, fácil de atacar.

Nos tenía a nosotros, sus hombres de confianza, encargados de liderar cada sector de la mafia, aun así, no éramos familias consolidadas, no teníamos una historia ni un linaje y era difícil ganarnos el respeto del resto de las mafias del mundo.

Rumores de que familias más pequeñas se estaban uniendo para derrocar a Salvatore nos llegaban de todos lados.

Si él caía, caíamos todos.

Y no solo nosotros, sería el caos completo en el mundo, pues nadie sabía liderar mejor el infierno y controlar a los demonios que él.

Un legado que llevaba generaciones pasando de Carusso a Carusso y que debería seguir siendo así, por el bien del equilibrio entre el cielo y el infierno.

Pero el poder y la avaricia cegaba la cordura de las demás mafias, y Salvatore había hecho algo imperdonable para ellos, algo peor que asesinar a todos los antiguos líderes.

Prohibir la prostitución.

Su mujer, María Osorio, actualmente la Señora Carusso, era la hija del líder que controlaba este sector y fue vendida y tratada como una puta más.

Salvatore lo hizo por ella, pero ahora teníamos cientos de pistolas apuntando en nuestra dirección y era cuestión de tiempo que

escuchásemos el primer disparo.

Aun así, yo seguiría siéndole fiel, hasta el final.

Porque si este mundo era un lugar en el que merecía la pena seguir vivo, tanto para mí, como para muchos otros de los que seguíamos a Salvatore, era precisamente gracias a él.

—Luego bajaré al laboratorio para ver los resultados de la muestra de sangre —. Su jarra de cerveza chocó con mi copa en el momento que llegaron los demás —. Por un día más de vida.

—Por un día más.

María traía a la pequeña Mía Carusso en su regazo, esta empezó a lloriquear tratando de tirarse a los brazos de su padre, era la niña más bonita que había visto en la vida, con el cabello repleto de rizos castaños y unos increíbles ojazos color azul cobalto.

Salvatore aupó a su hija, mimándola como lo que era, su razón de vivir.

Ser padre fue lo mejor que le podría haber pasado. Mía y Gabriel consiguieron llenar muchos de los vacíos que antes llenaba con sangre e ira.

—¿Qué tal todo, Marcos? —La señora Carusso se sentó a mi lado, cogiendo una hamburguesa para darle un buen bocado. Seguía tan guapa, deslumbrante e increíble como siempre, solo que ahora sonreía más y se le veía más feliz. Ni rastro de la mujer apagada y gris que llegó a esta casa hacía más de un año.

—Bueno — me encogí de hombros, pillando también otra hamburguesa para mí. Gabriel, el hijo mayor, apareció como un torbellino. Siempre estaba lleno de energía y con un nerviosismo que te producía estrés con tan solo mirarle —. Podría ir mejor, ¡eh! ¡*Carussiño*! ¿Dónde crees que vas? ¡Siéntate a comer, hostias!

A veces, me tocaba hacerle de tío a ese demonio de rizos trigueños y ojos color miel.

—¡Tío Marcos! — Chilló, chutando la pelota directa a la cabeza de Mateo, el actual líder del tráfico de drogas, este estaba desprevenido, así que se llevó un buen balonazo en la frente —. ¡Ven a jugar al fútbol conmigo!

—¡Cuándo te sientes y te comas la puta hamburguesa! —Bramé, sin darme cuenta de que estaba caminando hacia él con los brazos

en jarra como una señora mayor.

—¡Eh, Marcos! ¡Nada de palabrotas al niño! — Chistó María por detrás de mí. Rodé los ojos, como si este cabroncete no supiese incluso latín.

Mateo le devolvió la pelota con una sonrisa maliciosa, lazándola a traición hacia la piscina, el renacuajo de diez años, que era jodidamente alto para su edad, empezó a cagarse en toda nuestra estirpe.

—¡Cuando herede el puesto de mi padre, os mandaré a los caimanes!

Qué pereza de niño.

—¿Sabes qué? — Rechisté, meneando mi hamburguesa en el aire —. ¡Me voy a comer toda la comida y te voy a dejar sin nada! ¡Que os den a ti y a los caimanes de tu padre!

—¡Con mi padre no te metas, gilipollas!

La pelota vino directa a mi cabeza, me saqué un cuchillo de la chaqueta, dejando que el balón se hincase sobre la hoja afilada.

La cara de Gabriel era toda una furia desatada y la mía destilaba triunfo a magnitudes estelares.

—Tito Marcos uno, Gabriel cero — tiré la goma desinflada al suelo, volviendo con aires de superioridad a la mesa en la que se encontraban todos sentados.

Salvatore se reía por el berrinche de su hijo, mientras seguía meciendo a Mía entre los brazos, María charlaba con Carla y Petra, líderes del blanqueo de dinero y tráfico de armas.

Carla y yo estuvimos casados, ella era lesbiana y su padre le dijo que o se casaba con un hombre, o le cortaba el cuello.

Siendo mi mejor amiga, quedamos una noche y en el interior del coche me confesó sus pensamientos de quitarse la vida.

No pude permitirme perderla, así que pedí su mano y simplemente, la dejé ser feliz durante los años que duró nuestro matrimonio.

Finalmente, ella se enamoró de Petra, — que además de una de las líderes, era la guardaespaldas de María y mejor amiga de Salvatore—, así que una vez las familias cayeron, decidimos divorciarnos y seguir cada uno con su vida.

Su padre nunca volvió a querer saber de ella, pero al menos las antiguas familias ya no estaban para juzgarla por ser lesbiana, o por vivir sin la protección de un hombre, algo impensable en nuestro machista y tétrico mundo.

Carla encontró el amor de su vida en Petra, pero yo seguía sin encontrar el mío.

A veces, creía haberlo hecho, pero la situación se me ponía difícil.

Un poco cansado de tanta felicidad y amor en el aire, entré en la cocina buscando a la única chica que había llamado mi atención desde hacía un tiempo.

Siempre fui un picaflor, hace años que perdí la cuenta de cuantas mujeres pasaban por mi cama, pero me era increíblemente fácil recordar cuantas lograron hacerme latir el corazón.

Ninguna.

Aunque tenía toda mi esperanza puesta en ella.

Ángela.

La sirvienta de Salvatore Carusso.

Sabía que la encontraría en la cocina, fregando cacharros, con aquel uniforme que le quedaba increíble a ese pequeño cuerpo, la coleta morena le caía sobre la espalda de una forma que me producía ansiedad.

—¿No sales a comerte una hamburguesa? — Mi voz rompió el hilo de la canción que tarareaba mientras movía el culo de un lado para otro al ritmo de esta.

—Marcos —. La pronunciación de mi nombre con ese acento ruso hacía que directamente me subiese la temperatura del cuerpo y me sintiese en estado febril.

Traté de regalarle mi mejor sonrisa, no era el tío más amable y encantador del mundo, pero si tenía labia suficiente como para conquistar a cualquier tía que se me metiese entre ceja y ceja.

A cualquiera menos a ella, al parecer.

Pues se estaba haciendo la difícil a más no poder.

—Ven a tomarte algo con nosotros — insistí, viendo el rojizo de sus mejillas alborotarse, no era una chica increíblemente guapa, pero tenía *algo* que la diferenciaba de las demás —. Venga, hay música ahí fuera, y extraño bailar contigo.

Evitando mi mirada a toda costa, dando un paso hacia atrás cada vez que yo daba uno hacia adelante, finalmente, volvió a rechazarme.

—Solo bailamos una vez, fue para celebrar la boda del señor Carusso — murmuró, manteniendo un perfil bajo y con la vista puesta en sus zapatos negros.

No pude contener las ganas de agarrar su mentón y alzarlo para volver a ver sus ojos.

—¿Y qué hay de malo en que volvamos a bailar de nuevo? ¿Mmm?

Pensaba que me pegaría un manotazo para apartar mis dedos de su tez, o que saldría corriendo como de costumbre, no obstante, imitó mi gesto, colocando su mano caliente por el agua del fregadero sobre mi mandíbula.

—Las mujeres como yo, solo pueden soñar con hombres como tú — sus ojos brillaban tristes, mientras su voz sonaba melancólica —. Y los hombres como tú, solo juegan con mujeres como yo.

El estómago se me cerró en un puño mientras la tensión se marcaba en el movimiento de los músculos de mi cuello.

A mí me daba igual que ella no perteneciese a ninguna familia, yo tampoco era importante. Antes de que Salvatore me ascendiese a líder, tan solo era el sicario de los Lelouch, la antigua familia encargada del blanqueo de capital.

—Las excusas que me das son de lo más ridículas — aparté mi mano y al mismo tiempo la suya —. Si no te gusto, simplemente dímelo para dejar de hacer el idiota.

Maldiciendo en mis adentros decidí volver fuera, me despediría de Salvatore y me iría a cualquier bar a beber unas copas y olvidar el puto sin sentido que era mi vida.

—¡Marcos! ¡Marcos, espera! — Ángela me perseguía, pero ya no tenía ganas de escucharla. Si algo me quitaba la energía era tener que convencer a alguien de que me importaba.

En todos estos meses no dejé de darle muestras de atención, y tampoco estuve con ninguna mujer, traté de ser una mejor versión de hombre para ganarme su confianza, y no habíamos avanzando nada.

Cuando Ángela era una adolescente, fue rescatada por Salvatore de una red de prostitución y desde entonces, creció entre las paredes de esta casa, bajo su protección.

Entendía su desconfianza en los hombres y que debíamos ir poco a poco.

Pero una cosa era ir despacio y otra era ser del todo inamovibles.

Cada día de mi vida podía ser el último y yo solo quería dejar de sentirme vacío.

Enamorarme de alguien que también se enamorase de mí.

—¡Marcos! ¡Por favor!

Solté de un suspiro el aire que me quedaba en los pulmones, girando sobre las botas negras para verla de frente.

Entonces, sucedió aquello que tanto temíamos.

Estábamos en el lugar más seguro.

Rodeados de cientos de hombres que debían velar por nuestra seguridad.

Aun así, pasó.

Una bala atravesó el cráneo de Ángela, y como si fuese a cámara lenta, corrí hacia ella viendo su cuerpo desplomarse sobre el suelo, mientras la mansión del Padre de la mafia, el santuario que nadie se atrevía a pisar, se convertía en un campo de guerra.

CAPÍTULO 2

VIOLETA



—Narcisa, deja de temblar — susurré en voz baja, con una sonrisa débil.

Tal vez, la sonrisa más fingida de toda mi vida.

Mi pequeña hermana trataba de llevarse otra cucharada de sopa a la boca, la mano le temblaba tanto que cuando la cuchara llegaba a sus labios, ya estaba vacía.

—Quiero irme a casa, Violeta —suplicó, en voz aún más baja, con los ojos inundados en lágrimas, mirándome con un gesto de socorro que me partía el corazón en dos.

Un golpe fuerte y rudo nos hizo casi chillar a las dos al mismo tiempo, los platos repiquetearon sobre la mesa haciendo un estridente sonido, un cuchillo cayó al suelo.

—Prohibido hablar español, en esta casa solo se habla ruso.

Egor Maslov, mi prometido.

Era una bestia, un ser carente de amor, empatía y sentimientos, un jodido depravado mental. Le odiaba tanto, que cada noche fantaseaba con coger el cuchillo de untar mantequilla y sacarle los ojos.

— ¡Y haz que esa puta niña deje ya de llorar, me duele la cabeza! — Bramó.

Narcisa soltó la cuchara, agachó la mirada y escondió sus pequeñas manos debajo de la mesa.

Intentando ser la «fuerte» de la familia, ya que esa era mi madre y nos dejó hace tres años, respiré hondo y traté de guardar la calma.

—A Narcisa le gusta hablar español porque nos recuerda a mamá, como bien sabes, ella era española — traté de parecer amable y dócil.

Quería despellejarlo vivo, pero estábamos solas, en su casa, con sus hombres, sin papá.

Alexander Ivanov viajó a España para reunirse con Salvatore Carusso.

Nunca me mantenía al tanto de sus negocios, pero yo siempre intentaba seguirle los pasos, algo totalmente necesario si planeaba fugarme con Narcisa algún día. Por ahora no tenía como hacerlo, pero lo haría, y sería antes de mi boda con este monstruo.

Así pues, pude averiguar que la idea de mi padre era comprometer a Narcisa con el sucesor de Salvatore, Gabriel Carusso.

Mi boda con Egor era una necesidad para él, ambas familias, tanto los Ivanov como los Maslov, eran las familias «no líderes» más fuertes de Rusia, y juntas, equivalían al poder de los Vanetto, ya inexistentes. Los cuales, a pesar de tener los orígenes en nuestro país y representarnos, llevaban el apellido italiano de un sucesor que compartía parentesco con los Carusso.

Aun así, esto no les salvó de la tiranía de Salvatore, la noche que decidió matarlos a todos.

Egor era primo segundo de Niko Vanetto, y odiaba a Salvatore más que a cualquier persona en el mundo, aunque hipócritamente se alegraba de la muerte de su primo, porque ahora por fin tenía la oportunidad de ocupar su lugar.

El Padre de la mafia nombró a sus hombres de más absoluta confianza como líderes de las ramas de este árbol podrido del que todos formábamos parte, no obstante, la negación a aceptar esta nueva orden era palpable.

Rusia nunca cedería el control de armas a una mujer que no tenía nada que ver con nuestra nación y no poseía ningún apellido importante.

Esa tal Petra.

Además, Petra era lesbiana y estaba casada con la supuesta líder del blanqueo de capital, Carla.

Esto tampoco les gustaba.

Dos sectores siendo gobernados por mujeres, sin ningún hombre para meter sus narices y dar órdenes o pegar puñetazos sobre la mesa.

Algo impensable en un mundo totalmente machista como este.

A mí, sin embargo, me parecía fantástico, y esperaba impaciente que la fama del Padre de la mafia fuese real y los aplastase a todos como a simples cucarachas, incluyendo a mi propio padre si era necesario.

Quería a papá, pero jamás le perdonaría haberme prometido con este tirano.

Y él lo sabía.

Egor encendió un puro, llenando la mesa de ese humo apestoso y maloliente, Narcisa comenzó a toser sin ser capaz

de moverse de la silla por miedo.

—Si no te importa, nos levantamos de la mesa, voy a acostar a Narcisa — con un gesto leve de respeto, en cuanto soltó un gruñido que significaba un claro «*piérdete de mi vista*», retiré la silla, poniéndome en pie y yendo a por mí hermanita, dándole la mano con tanta fuerza que parecía que se la iba a arrancar.

La melena castaña y ondulada de Narcisa, idéntica a la mía, — heredada de nuestra madre, la cual se llamaba Violeta al igual que yo—, se escurrió a mi lado para seguirme sin rechistar.

Caminamos agazapadas la una contra la otra, con nuestros vestidos blancos y nuestros zapatos de tacón bajo. Narcisa tenía ocho años y yo veintidós.

Egor, mi prometido, cuarenta y seis.

Un hombre que debía reconocer que para su edad era atractivo y que en su juventud debió romper corazones, más su belleza quedaba totalmente eclipsada por la bestia que era.

Su personalidad dejaba muchísimo que desear, y no entendía como Dios podía quitarle la vida a personas tan buenas como mi madre y dejar que aun respirasen monstruos como Egor.

El mundo literalmente era una injusticia sin maldito sentido. Y yo odiaba formar parte de todo esto.

Ni Narcisa ni yo, nos habíamos bañado ni cambiado de ropa en todo el día, y es que no nos atrevíamos ni a estornudar en esta maldita casa.

Tenía que fingir un aura protectora y hacer sentir a mi hermana que nos encontrábamos a salvo.

Papá llegaría mañana antes del mediodía y volveríamos a estar seguras.

—Señoritas— mi guardaespaldas inclinó la cabeza.

Niko, un señor de más de cincuenta que trabajó para mi padre desde que apenas eran unos idiotas adolescentes.

Papá nació en una cuna de oro, pero Niko no.

Me caía bien, aunque a veces deseaba que pudiese hacer «algo más» por ayudarnos.

Luego recordaba que solo cumplía órdenes, siendo una marioneta más de Alexander, y entendía que no sería el príncipe que nos salvaría ni del dragón, ni de las mazmorras.

—Buenas noches, Niko. Por favor, que nadie entre. Bajo ningún concepto — puntualicé antes de cerrar y echar el pestillo, notando mi corazón hacer un fuerte «*pum*» en el pecho.

Joder.

Mi hermana corrió hacia la cama individual que se encontraba junto a la ventana con rejas. Era una habitación de invitados, amplia y de estilo vintage. No me gustaba, daba el aspecto de un lugar en el que otras personas estuvieron en contra de su voluntad. Se respiraba un aire cargado que solo me hacía sentir más y más ansiedad.

Narcisa se hizo una bola debajo de las sábanas, empezando a llorar.

—Oh, cariño.

Fui rápidamente hacia ella, deshaciéndome de esos malditos zapatos de tacón bajo, no había nada en el mundo que me gustase más que estar descalza.

Tratando de forcejear con las sábanas para ver la carita de mi hermana, finalmente me rendí, apoyando la mejilla sobre el bulto

que era su cuerpo.

—Lo siento tanto, peque.

—Odio nuestra vida, Violeta— chilló con un sollozo ahogado.

Lo sé, cariño, yo también la odio.

—Todo estará bien, Narcisa.

Nada estará bien, solo irá a peor.

—Mientes.

Perdóname.

—No, es cierto, buscaré la forma de sacarte de aquí —. Las palabras se me atoraron en la garganta, porque lo intenté todo y nada daba el mínimo resultado, me pasaba vigilada las veinticuatro horas y Niko no era alguien a quien pudiese persuadir.

Además, mi padre controlaba cada rincón de Rusia, y más ahora con la ayuda de Egor, me encontrarían en cualquier parte del mundo. No tenía pasaporte para poder viajar por mi cuenta, tan solo podía moverme en sus vehículos privados, Narcisa y yo éramos totalmente ilegales a ojos del sistema.

Princesas de la mafia para algunos, despojos de la humanidad para otros.

¿A dónde iba a ir? ¿De qué podría trabajar? ¿Cómo conseguiría dinero para alquilar una vivienda y alimentar a Narcisa? ¿En qué colegio la inscribiría? Todo, absolutamente todo, era imposible para nosotras.

Estábamos atrapadas y nunca podríamos huir.

—Te sacaré de aquí, preciosa— prometí, abrazando su pequeño cuerpo aún bajo las sábanas—. Te veré ser feliz, algún día.

Aunque sea lo último que haga.

CAPÍTULO 3

MARCOS



Sostenía el cuerpo de Ángela, sin ser capaz de asimilar que ya no estuviese con nosotros, que nos hubiese dejado.

El protocolo para esta situación estaba más que ensayado, mujeres y niños al laboratorio, hombres a defenderlas con nuestras vidas.

Sin embargo, nada salió según lo planeado.

Marcela, la madre de Salvatore, agarró a la pequeña Mía para salir corriendo con ella hacia los laboratorios.

Mateo cogió a Gabriel echándoselo a un hombro, mientras gritaba pataleando y dando puñetazos que no quería separarse de su padre y que él también sabía disparar.

Salvatore le suplicó a su mujer que se marcharse con Marcela, no obstante, María ya tenía una pistola en la mano y había matado a un enemigo.

Petra disparaba contra los arbustos desde los que vino el primer disparo que causó la muerte de Ángela.

Carla le cubría las espaldas mientras todos los hombres de Salvatore se colocaban en posición, creando una barrera humana que nos mantenía al centro.

Desde las altas ventanas de la mansión, los francotiradores nos daban apoyo.

Cuerpos ensangrentados cayendo en la piscina, la cara de uno ardiendo sobre la barbacoa, mi jefe pegando gritos a diestro y siniestro y yo aquí, arrodillado junto a ella, sin poder hacer otra cosa que mirarla.

—Ángela, no te vayas.

Daba igual lo que dijera, porque ya se había ido, la sangre bañaba su bonito uniforme de sirvienta, empapando de un rojo escarlata el bordado dorado sobre la tela negra que decía su nombre.

Me dolía enormemente saber que este sería el último recuerdo que tendría de ella.

Si no hubiese entrado a buscarla a la cocina, si tan solo me hubiese terminado el *whisky* y marchado, posiblemente seguiría viva.

—¡Marcos! —La voz adolorida de Salvatore me sacó del trance, este se arrodilló junto a ella en cuanto la situación pareció estar controlada —. Dime que no…dime que…

La expresión de mi amigo fue la misma que la de un padre que acaba de perder a un hijo, o la de un hermano mayor que acaba de ver morir a su hermana pequeña.

Ángela solo era una sirvienta a ojos del resto del mundo, pero para Salvatore, cualquiera de las personas que viviesen dentro de su casa, eran tan importantes como su propia vida.

María se dejó caer al lado de su marido, deshecha en lágrimas, tomándole entre sus brazos mientras este le apoyaba la frente sobre el pecho, sus hombres seguían rodeándonos, Petra nos observaba con los ojos aguados, aún con la metralleta lista para disparar, Carla tan solo mantenía la cabeza agachada. A ella siempre le costó llorar.

—Quien haya hecho esto, juro por mi puta calavera que …

—¡Señor! — Alvarito, el más joven de los matones de Carusso, se acercó totalmente conmocionado, pero sin perder las formas —. Tiene visita, hay tres coches en la entrada, se trata de Alexander Ivanov.

Vita di merda.

Los Ivanov nunca llegaron a ser una de las familias líderes, pero eran reconocidos por su inteligencia y grandes aportes a nuestro

mundo, con fama de buenos negociantes y muy «simpáticos», demasiado para ser rusos.

No obstante, Alexander prometió a su hija mayor, Violeta Ivanov, con un jodido monstruo, Egor Maslov.

Egor tampoco perteneció a las familias líderes asesinadas, pero si era pariente cercano de los Vanetto. Si debíamos tener cuidado con alguien, era precisamente con ese gilipollas, entre algunos más.

—Esto ha tenido que ver con Egor, me juego el cuello — advertí entre dientes, aun con el cuerpo de Ángela en mis brazos, notando como cada vez era menos cálida, menos suave y más rígida.

Una parte de mí se negaba a abandonarla.

No estaba enamorado de Ángela, no llegamos a compartir lo suficiente como para que un sentimiento así pudiese darse, pero eso no quitaba que me gustase, y que la esperanza de poder querer y ser querido latiese en mi corazón cada vez que la veía.

Una esperanza que acababa de ser asesinada junto a ella.

Salvatore seguía en tensión.

—Iré solo — dijo sin más—. Ya sabes qué hacer si me matan, mi vida — susurró a su mujer, dándole un beso en la frente antes de empezar a caminar hacia la puerta tras la que esperaban los coches de los rusos.

María, con los puños apretados, le iba siguiendo al igual que Petra.

Mis ojos se levantaron hacia la afligida mirada de Carla, mi ex mujer y mejor amiga desde que tenía uso de razón. Estaba más angustiada por mí que por Ángela.

—No la dejes sola — supliqué, sabiendo que tal vez no tuviese demasiado sentido, aun así, para mí era jodidamente importante.

Carla asintió, con su melena lisa y negra siendo mecida por la brisa del atardecer, arrodillándose junto a mí.

—Ve a salvarle el culo a Carusso — una sonrisa adolorida decoró sus bonitas facciones —. Otra vez.

Sacudiéndome el polvo de las rodillas, erguí la espalda caminando con decisión hacia la entrada de la propiedad, mientras los hombres de Salvatore se llevaban a María a rastras entre gritos y pataletas al interior de la mansión.

Tras el reconocimiento facial de Salvatore en el escáner de seguridad, la enorme puerta de hierro negro comenzó a moverse, Petra y yo sacamos las pistolas, él se mantuvo de brazos cruzados.

Para que esos hijos de puta se hubiesen colado aquí dentro, alguien nos tenía que haber traicionado.

Cuando la apertura fue la suficiente como para meter nuestros cuerpos, Salvatore volvió a cerrar, quedando frente a unos tres coches gris oscuro de cristales blindados.

Con un cigarro en la boca, el humo saliendo de entre sus labios y las manos metidas dentro de los bolsillos del chándal, dio una patada a algunos guijarros y cuatro pasos contados hasta estar frente al auto de Alexander Ivanov.

Petra y yo seguíamos apuntando con las armas, sin bajar la guardia.

La puerta trasera del primer coche se abrió, bajando del auto tres hombres trajeados y armados, apuntándonos por igual.

Salvatore seguía con el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos.

Bueno, ahora tenía una ceja alzada.

—¿Disparamos ya? — Preguntó Petra en italiano.

—No —negó.

Finalmente, Alexander Ivanov decidió salir del vehículo, acompañado de su conductor. Con una postura relajada, se ajustó la corbata caminando hacia nosotros. Una vez estuvo frente a Salvatore, tendió su mano esperando estrechársela.

—¿Te crees lo suficiente importante como para estrechar tu mano con la mía? —Salvatore seguía con la ceja alzada, tratando de controlar el temple.

Las cenizas de su cigarro aun en la boca, cayeron al suelo entre sus zapatillas.

—Señor Carusso —. Alexander inclinó la cabeza en un gesto de respeto.

—Padre —le corrigió —. No tienes permiso para tratarme como a un igual.

Alexander, un hombre de avanzada edad, pero bastante bien conservado, de cabello totalmente plateado y gran altura, miró hacia

sus hombres, conteniendo una risilla nerviosa.

— Querido padre — entonó con más respeto, tratando de enmendar el error—. Hemos hecho un largo viaje para negociar con usted.

Ahora mi jefe tenía las dos cejas alzadas.

—¿Negociar? ¿Qué mierda quieres negociar?

—La seguridad de las personas que le importan.

Si este cabrón creía que amenazar a los seres queridos de Salvatore era ir por el camino correcto, estaba jodidamente equivocado.

Cuando intentabas trazar un plan en su contra, él ya tenía ochocientas formas de joderte la puta existencia en su cabeza. Su inteligencia era más calculadora, rápida y superior a cualquier mente que hubiese conocido.

Aun así, estábamos en desventaja. Éramos minoría y la posibilidad de una guerra cada vez se sentía más real y menos ilusoria.

Quizá, esta vez, Salvatore tuviese que agachar la cabeza y aceptar pasar por el puto aro.

—Ve al grano, Ivanov, no tengo mucho tiempo — miró su reloj de pulsera en la muñeca, dejando clara su hostilidad en el tono de voz.

Aclarándose la garganta, Alexander dio un paso más hacia nosotros, haciendo un gesto para que sus hombres bajasen las armas, esperando que hiciésemos lo mismo.

No lo hicimos

—De acuerdo —. La voz le temblaba de forma considerable, estaba nervioso hasta la médula, a pesar de que fuesen mayoría —. La guerra está más cerca que nunca, he oído todo tipo de confabulaciones contra usted, querido padre, y lo de su sirvienta, disculpe la pérdida, pero solo ha sido una muestra de su propia vulnerabilidad—. La mandíbula se me apretó tanto que no supe cómo no se me caían los putos dientes al suelo, ni como resistía las ganas de apretar el gatillo.

—Uno de sus hombres le ha traicionado, si accede a negociar conmigo le diré exactamente quién, pero tenga en cuenta que pueden volver a traicionarle, y no vendrán con la intención de matar

a una simple sirvienta—. De nuevo, Alexander se ajustó la corbata—. Se lo llevarán todo, padre.

Sin ser capaz de mantener la boca cerrada, mi lengua habló por si sola:

—No era solo una sirvienta —. El cañón de mi pistola

apuntó directamente a Alexander y sus hombres volvieron a levantar las armas hacia nosotros.

El silencio se hizo jodidamente espeso mientras el viento seguía soplando entre nuestros cuerpos, y yo no podía dejar de pensar que ella ya no volvería a estar en mi vida. Nunca más.

Arrastrando las palabras, Salvatore repitió:

—Al grano, ya.

—Necesitas el apoyo de Rusia, sabes que somos la familia más poderosa de todas las existentes ahora mismo, por mucho que se unan, si Rusia está a tu lado, no podrán contigo.

—¿Y qué quiere Rusia a cambio? — Mi jefe se sacó el cigarro de la boca, ladeando el cuello ligeramente hacia la izquierda.

—Rusia quiere que el sucesor del Padre de la mafia, se case con nuestra princesa.

Los ojos casi se me salieron de la cabeza, sin ser capaz de evitar ponerme a chillar como un loco:

—¡Gabriel solo tiene diez años! ¿Cómo lo vas a casar con una mujer de veintidós? ¡Además! ¡Ya está prometida con ese gilipollas de Egor Maslov!

Todos me miraban con cara de «*¿y este quién coño es?*». Joder, era imposible para mí mantener la bocaza cerrada, sobre todo cuando se trataba de mi sobrino postizo.

—Es su tío — explicó Salvatore —. El tío Marcos, y pienso exactamente lo mismo, tiene más del doble de su edad.

Ahora, fue el propio Ivanov el que se encendió un cigarro.

—No es para Violeta, es para Narcisa, mi hija pequeña. Tiene ocho años— aclaró.

Volví a respirar con normalidad, ahora todo sonaba más razonable, aunque la idea de obligar a Gabriel a contraer matrimonio era algo que nos iba a joder muchísimo.

—Padre, una unión entre nuestras familias es totalmente necesaria para usted, puede tomarlo, o puede quedarse aquí encerrado esperando a que vengan y ocurra una tragedia. Usted elige.

Alexander estuvo a punto de darse la vuelta para subir al coche, podía ver la tensión que recorría el cuerpo de mi jefe, la cabeza le estaba dando vueltas a una velocidad vertiginosa.

Acababa de darse cuenta de que ya no era inmortal, y que, por primera vez, tendría que hacer algo que no quería hacer.

Sabía lo que esto suponía para él y el daño que le hacía.

—Hazlo, acepta — susurré en italiano, tratando de ayudarle a elegir, antes de que algo peor sucediese.

No era un cobarde. Pero aceptar este matrimonio de conveniencia nos daría años de ventaja para trazar algún otro plan.

Los ojos azules de Salvatore se fundieron en los míos, y sin decir una sola palabra más, lo entendió todo.

—Se hará bajo mis condiciones — añadió antes de que Alexander subiese al coche —. Se casarán cuando ambos tengan la mayoría de edad, no antes, pero nos apoyaréis desde este mismo momento y…

—¿Y qué?

—Me iré con vosotros a Rusia — dije de inmediato, haciendo que, de nuevo, se fijasen en mí —. Seré el guardaespaldas de vuestra hija, y si la casa del Padre de la mafia cae, Narcisa morirá.

Ivanov, comenzó a caminar hacia mí, me mantuve en la misma postura rígida, sin asustarme lo más mínimo.

—¿Y no te acojona que decidamos matarte?

Reí sin poder evitarlo, dándolo como única respuesta.

Si por mí fuese, me sacaría la polla y me mearía en tu cara.

—Si mi hombre muere — Salvatore se interpuso entre nosotros —. No habrá boda, y si no hay boda, no te aliarás con la familia Carusso, y sin familia Carusso, todas las familias se matarán entre ellas por ocupar mi lugar, y al final, todos acabaremos en el puto infierno, incluido tú, incluidas tus dos queridas hijas.

—Queremos un rehén — habló por primera vez, Petra —. Si algo le pasa a Marcos, tenemos que tener a alguien a quien sacrificar.

De nuevo, un silencio cortante nos acuchilló a todos por igual.

Tras un par de miradas incómodas, Alexander decidió respirar profundo y decir:

—Me parece justo, mi hombre de confianza se quedará con vosotros, la mano derecha del Padre de la mafia, a cambio de la mano derecha de los Ivanov.

Salvatore soltó una carcajada prepotente murmurando un «*cómo si valiesen lo mismo*», a cuyas palabras, Alexander se hizo el sordo.

El primer hombre trajeado que bajó del coche de Ivanov, se acercó a nosotros, quedándose a mi lado.

Compartiendo una última mirada con mi jefe, asentí a modo de despedida, dando unos pasos hacia ellos.

Era el más indicado para irme, porque era el único al que nadie esperaba en ninguna parte.

El que menos dolería si también recibiese un disparo en la cabeza.

Y el que más deseaba vengar la muerte de Ángela.

—Por cierto, padre — Ivanov abrió el maletero del coche tirándole la cabeza de Ezequiel a los pies, una de nuestras últimas incorporaciones —. Aquí tiene a su traidor.

CAPÍTULO 4

VIOLETA



Alguien golpeaba de forma trepidante la puerta de la habitación.

Mi hermana dio un brinco entre mis brazos, el instinto me llevó a ponerme de pie en seguida, con la lámpara de la mesilla entre las manos, dispuesta a darle un golpe en la cabeza al primero que se nos acercase.

—¡Chicas! ¡Es hora de…! ¡Pero…! ¿Qué diantres habéis hecho? —Niko forcejeaba contra la puerta, fui corriendo a quitar el pestillo y, casi resbalándome con los pies descalzos sobre el suelo, tiré del escritorio que puse delante.

Con el pelo hecho un nido de pájaros y ojos dormilones, asomé la cabeza.

—Hola, ¿ya ha venido papá? ¿Nos vamos?

—Sí.

Dios, era la mejor noticia que podría escuchar.

Pero no por mucho tiempo, porque llegaría el día en el que me casaría y tendría que vivir con Egor para siempre, y no volvería a casa, jamás.

Notando mi estómago cerrarse y la amenaza de nauseas, tragué saliva inspirando profundo, si algo aprendí dentro la mafia es que no debía preocuparme por el futuro. Vi muchísimas personas a lo largo de mi corta vida haciendo planes y preocupándose demasiado para terminar con una bala en el entrecejo a los cinco minutos.

Casi prefería eso a tener que casarme con Egor.

Traté de ocultar el malestar que de repente invadió toda mi persona, sacando el neceser de la maleta que trajimos para peinar a mi hermana.

—Quiero una trenza — murmuró aun con los ojos llenos de legañas, mientras daba un bostezo propio de un león —. ¿Ya nos vamos con papá?

—Si cariño, ya nos vamos.

—Menos mal — sus hombros subieron y bajaron con un suspiro —. No quiero que te cases con ese hombre tan malo, Violeta.

—No me casaré con él, buscaré la forma de impedirlo —prometí, separando sus mechones para intentar quitar los enredos sin hacerle daño.

—Quiero que tu marido sea un hombre alto y guapo — subió uno de sus deditos mientras le iba pasando el peine una y otra vez —. Muy guapo —, otro dedito más —. Con los ojos verdes, ¡y el pelo color marrón! Y que sonría como un príncipe y sepa disparar y pelear fuerte —. De un salto, se puso en pie, pegando puñetazos y patadas al aire, haciendo que el peine me resbalase de los dedos cayéndose al suelo.

—¡Y que nos defienda de los malos! ¡Uno así quiero para ti!

—¿Y por qué tiene que ser con ojos verdes y el pelo marrón? ¿Mmm? —Cuestioné burlesca, atrapándola y volviendo a sentarla en mis piernas, terminando al fin de hacerle la trenza —. ¿De dónde sacas esas cosas?

—Porque los príncipes son o rubios con ojos azules, o con ojos verdes y pelo marrón, y la verdad es que odio a los rubios, apestan — puso una enorme cara de asco —. Egor es rubio y es malo malísimo.

—También hay hombres con el pelo castaño que son malos malísimos.

—¿Qué es castaño? —Sus enormes ojos se alzaron hacia los míos, mis dedos pulsaron sus mofletes y de su boca salió una pedorreta.

—Al pelo marrón como el nuestro, se le llama castaño.

—Pues quiero que el marido de mi hermana tenga un pelo super castaño.

Pues yo quisiera no tener ningún marido.

La puerta volvió a ser golpeada con impaciencia, contesté un «ya vamos» de mala gana.

Nos habíamos acostado con los vestidos puestos, sin asear y sin duchar, así de cohibidas estábamos. Nada más llegar a casa nos acicalaríamos y pondríamos ropa limpia.

Una vez peinadas, hice la cama en la que dormimos, estando la otra sin tocar, agarré con fuerza la mano de mi hermana y con la otra tomé la maleta, preparándome mentalmente para tener que volver a ver a ese hombre.

Será por poco tiempo.

Pero en unos meses, será para siempre.

Mi mente me decía que si llegaba a casarme con Egor terminaría suicidándome. Aunque, yo sabía muy bien que mi miedo a la muerte no me permitiría hacer algo así, terminaría viviendo amargada e infeliz por el resto de mi vida.

Lo que tenía que hacer era escapar o matarle a él.

Pero, ¿escapar a dónde?

¿Y matarle? ¿Para después qué?

Dios santo, no veía la maldita luz al final del túnel, y tanta oscuridad me estaba consumiendo, como un maldito agujero negro tragándose una galaxia al completo.

Lo único que podía hacer era redimirme y rezar para que mi hermana tuviese una mejor suerte que yo.

Aunque en mi corazón seguía latiendo la esperanza de algún día escapar juntas.

Me aferraría a ello día y noche. Sin descanso.

—¡Violeta! —Papá abrió los brazos con suma alegría, como si hubiese temido por mi vida al dejarme aquí, incluso él sabía que Egor era un jodido monstruo.

Niko tomó la maleta en cuanto la solté y mi hermana pequeña siguió abrazada a mi vestido sin soltarse, mientras nuestro progenitor nos besaba la mejilla a cada una.

—Egor, un millón de gracias por hacerte cargo de ellas esta noche — sus manos se estrecharon. Mi prometido me miraba con un enorme disgusto.

Esos ojos hostiles y ese cabello rubio platino me producían rechazo, sentía su aura de maldad quemarme la piel y yo tan solo pensaba en huir de cualquier forma.

—No hay de qué, Ivanov, a fin de cuentas, esta será la casa de Violeta en unos meses.

Unos meses, para ser exactos nueve, un tiempo que nos dimos para conocernos y que no fuese tan traumático.

Tragué saliva con aspereza, fingiendo una sonrisa complaciente.

Fue entonces en ese mismo momento, en el que sin saberlo, mi vida cambiaría para siempre, porque yo no era consciente en aquel instante de lo que iba a pasar, ni de como de la oscuridad y del caos absoluto, podría volver a nacer un nuevo sistema solar.

No solo mi mirada, si no la de todos los allí presentes, se enfocaron en un punto exacto, y es que alguien con un acento italiano muy marcado gritó en ruso un:

—¡Me estoy meando! ¿Puedo ir a algún sitio privado a sacarme la polla o me lo hago encima?

Mis manos taparon inmediatamente los oídos de Narcisa, quien por vivir en este mundo ya estaba acostumbrada a este tipo de hombres maleducados. Aun así, yo seguía haciendo el esfuerzo de conservar su ingenuidad.

Y en ese instante, nos vimos por primera vez.

El causante de lo que, sin saber, sería un maremoto que se lo llevaría todo.

—Violeta, te presento a tu guardaespaldas — dijo papá, presentándome a un hombre de más o menos metro noventa, delgado pero fuerte, con la suficiente musculatura como para tener una figura llamativa, pero al mismo tiempo esbelto y ágil, como un dóberman.

Parecía ser rápido y letal, su aura inspiraba una oscuridad profunda, pero muy distinta a la de Egor Maslov. Era una oscuridad que te hacía sentir la piel de gallina y erizarse el vello de la nuca, más no causaba rechazo, solo curiosidad.

Aquellas dos esmeraldas enormes, relucientes y tenebrosas a la vez, se fijaron en mí lo suficiente poco como para hacerme entender que no era importante para él, pero lo justo y necesario como para

sentir un escalofrío que me recorrió desde los pies hasta el último cabello de mi melena.

—¡Es el príncipe! — Narcisa chilló emocionada. Aferré las manos con fuerza a sus hombros, tratando de decirle con el gesto: *pórtate bien*.

—¿Cómo que…? — Aquel hombre que ahora era el centro de atención en este enorme salón, al que mi padre miraba como si fuese su más valiosa adquisición y Egor asesinaba con los ojos, me señaló de forma despectiva—. ¿Su guardaespaldas? Acordamos que yo me encargaría de Narcisa.

Uno de los matones de mi padre fue hacia él, pegándole un puñetazo en el abdomen con tanta fuerza bruta que le hizo doblarse.

Cuando Klaus golpeaba, sus víctimas caían redondas al suelo aullando de dolor, sin embargo, el italiano tan solo se mantuvo encorvado, soltando algo en su idioma que, por el tono, parecía ser un insulto.

—Más respeto, Marcos, es una princesa —. La voz de mi padre se alzó y Egor arqueó las cejas, sonriendo a modo de satisfacción —. Mis hijas comparten guardaespaldas, Niko se encarga de las dos, pero como mi mano derecha ahora está junto al Padre de la mafia, tú te encargarás de ellas, y Niko hará otros trabajos.

Aun encorvado, giró sus botas negras de motero hacia mí, sus pantalones oscuros y esa cazadora le daban un toque siniestro y a la vez bohemio, llevaba una pulsera de plata sobre la muñeca, junto con algunos anillos. Su barba también castaña apuntaba a ser de unos tres días, con un tono de piel canela y unos labios finos y crueles. Aquellos rasgos angulares eran completamente distintos a todo lo que había visto en Rusia, definitivamente, este hombre, despertaba mi curiosidad.

—Princesa—. Sin mucha más dificultad, se puso recto, dejándome apreciar lo alto que era, tuve que alzar mis ojos hacia arriba para seguir observando su tan exclusiva y diferente «belleza masculina»—. Será un placer servirle.

Abrí los labios para intentar decir algo, aquella voz tan grave logró que el corazón me palpitase de forma trepidante, su acento, su tono, ese timbre tan desgarbado y hostil…

Nada tenían que ver con la rudeza de los rusos ni la frialdad de mi nación.

Era caliente.

Como la lava de un volcán.

Como si su lengua fuese una llamarada de fuego.

Inclinando la cabeza, hizo el gesto de intentar tomar mi mano para besarla, la aparté de inmediato.

No estaba preparada para ruborizarme escandalosamente delante de mi padre, de Egor, y de mi hermana Narcisa.

Un brazo rudo y grueso como el tronco de un árbol se interpuso entre nosotros.

Mi futuro marido ahora me ocultaba la visión de aquel extraño, dejándome tan solo ver su ancha espalda, similar a la de un gorila, bajo un traje de chaqueta azul marino.

—Mi prometida no se toca, ¿entendido, Leone?— Egor le escupió en la cara. Aun tapando los oídos de mi hermana, me puse de puntillas sobre los zapatos blancos de tacón bajo, mordiéndome el labio, ansiosa por ver su reacción.

Leone, así que ese era su apellido.

Marcos Leone.

El guapo italiano era un león.

Aquellas esmeraldas verdes ardían en fuego, el mismo fuego que tenía su voz, el cual parecía ansiar reducir a mi prometido a cenizas.

—Entendido Maslov, pero no iba a tocarla, iba a besarla.

CAPÍTULO 5

MARCOS



Un cubo de agua helada me cayó sobre la cabeza. Quizá lo considerasen una forma de torturarme, no obstante, me ayudó a deshacerme de la sangre que chorreaba desde la nariz hasta la barbilla, mitigando el dolor.

—¿Va a volver a ponerse de pie?— Escuché murmurar a ese idiota de Klaus, tenía un buen gancho, pero era lento y pesado, sería demasiado fácil deshacerme de él, tanto que incluso me parecía una idea aburrida.

—Parece que sí— Alexander alzó la cabeza, mirándome con más curiosidad.

Egor rugió alguna especie de maldición en ruso.

Dos de los matones de Maslov volvieron a golpearme en el abdomen y la cara, haciéndome caer.

Una vez más, me puse en pie.

—¡No te levantes más, pedazo de mierda!— Egor gritó desde su cómodo asiento de cuero negro, al otro lado de la celda en la que me habían metido para darme mi merecido por insinuar que deseaba besar a su prometida.

Por favor, si era una jodida cría.

Una niñata de veintidos, ¿qué iba a pretender yo con esa chica?

Admitía que era bonita, como otras tantas mujeres, sin embargo, solo era eso, una cara aniñada y dulce con una melena castaña

alborotada y un vestido blanco que le quedaba a modo de saco, dándole una imagen tan virginal y pura que rozaba incluso la grima.

Jamás pondría mis ojos en ella, ni loco.

—Disculpe, Maslov— con el labio partido y un ojo casi sin poder abrirlo del todo, enarqué una macabra sonrisa. No podían matarme, si lo hacían, Alexander perdería la oportunidad de unirse al Padre de la mafia—. Usted no me da órdenes, ahora sirvo a los Ivanov—. El único ojo por el que lograba ver bien se fijó en la expresión dulcificada del padre de la princesa.

Así eran los rusos, adoraban que les hiciesen la pelota.

Dando un paso al frente, notando la sangre llegar hasta la barbilla otra vez, bajando por mi cuello y pecho, volví a dirigirme a mi nuevo jefe.

—¿Tengo permiso para defenderme, señor? Porque no pienso dejar de ponerme de pie. Si me matan, ya sabe lo que pasará.

Caimanes vienen, caimanes van, ñam, ñam, ñam.

Las miradas de esos hijos de puta rusos se volvieron sádicas y retorcidas, creían que en mi estado no podría pelear.

—Que se defienda— ladró Egor, encendiéndose un puro—. Quiero ver como termina inconsciente en el suelo sobre su propia sangre.

Mi visión borrosa seguía fija en la cara de Ivanov.

No haría nada hasta que él lo ordenase.

—Adelante, muero de ganas por descubrir como pelea un león.

Ensanché mi sonrisa, crujiendo el cuello al moverlo hacia un lateral.

Con un movimiendo circular del hombro, lo encagé en su sitio, notando el músculo agarrotado. El gorila de mayor tamaño, de pelo negro y ojos grises, volvió a intentar partirme la cara.

Tan solo tuve que encorvar la espalda para esquivar su gancho, agarrándole de la cintura y empujándole contra su compañero.

Mientras los mocasines le resbalaban sobre el suelo mojado del calabozo, me cubrí el rostro con los antebrazos, aplacando los puñetazos del segundo; un tío más bajito, de melena larga y rubia, con bastante mala leche.

No eran malos luchadores pero sí imbéciles.

Resultaban evidentes y fáciles de engañar.

En cuanto retiré los antebrazos para atacar, él intentó esquivarme, pensando que le golpearía por la derecha, entonces giré la cadera soltándole una patada en la mandíbula que le hizo escupir tres dientes.

—Para tu próxima vida, recuerda que también se pueden usar las piernas, no solo los puños—. Sin darle tregua a recuperar el equilibrio, le clavé un rodillazo en la nariz que se la partió al instante, dejándole completamente inconsciente.

Ahora, tan solo quedábamos el gorila y yo.

Caminando en círculo el uno contra el otro, con los puños alzados, decidí vacilarle un poco y tirarle un beso.

Ofendido por mi cariñoso comportameinto, soltó un rugido gutural.

—Venga tío, soy el hombre más guapo que te ha coqueteado en la vida, no te pongas así.

—¡Mátalo, Ander!— Escuché gritar a Egor, con el tupé de su cabello rubio platino más despeinado de lo normal.

El estrés no era bueno para los repeinados, a Salvatore le sucedía lo mismo.

De nuevo, un puñetazo dirigido a mi mandíbula que volví a esquivar.

—¿No sabes hacer otra cosa? ¿Mmm? ¿Hombre mono solo saber dar hostias? ¿Usar cerebro difícil?

—¡Eres una puta rata asquerosa!— Mi adversario perdió todos los papeles, cargando contra mí como una bola de demolición.

Arrinconándome contra la fría y escarpada pared, echó todo su peso sobre mi torso para comenzar a golpearme el estómago sin piedad.

—¡ESO ES! ¡ANDER! ¡REVIÉNTALO!— Maslov gritaba a pleno pulmón, encontrándose en pie a un centímetro de las rejas, Klaus tan solo observaba el combate y Alexander se removía incómodo en su asiento.

Sabía que si me mataban, él tendría problemas.

—Egor… dile que pare— suplicó el padre de las princesas, en un tono que lejos de ser autoritario parecía más bien un ruego.

—Cuando se rinda.

¿Rendirme?

Ja, ja, ja.

Recibiendo un golpe tras otro, giré el cuello, volviendo a buscar la atención de Ivanov.

—¿Tengo permiso para matarlo, señor?

Los tres rusos quedaron petrificados, pues ninguno daba un duro porque pudiese salir de aquella situación tan escabrosa para mí mismo.

El gorila me golpeaba sin tregua y me tenía acorralado entre la pared y el peso de su cuerpo.

—Si puedes, hazlo— susurró Alexander, bajo la mirada atónita de los otros dos.

Si puedes.

Una carcajada burlesca resonó en el aire, sabía que venía por parte del prometido de Violeta.

Bueno, era hora de terminar con esto.

—Nunca dejes que tu abversario tenga las manos libres, es un tremendo error— aconsejé, antes de agarrarle del pelo y obligarle a mirarme.

Mis dedos se clavaron en sus ojos, hundí las yemas hasta el fondo notando como explotaban, convirtiéndose en un líquido viscoso.

Sus manos se aferraron a mis antebrazos tratando de apartarme de él, mientras gritaba de forma ensordecedora.

En cuanto saqué los dedos de sus cuencas chorreando sangre, me escurrí tras su espalda soltándole un codazo que le hizo estamparse contra la pared. Se giró rápidamente hacia mí, intuyendo mi posición.

Le escupí en la cara antes de pegarle otro puñetazo.

Y en cuanto le solté el primer gancho, la rabia se liberó en el interior de mi cuerpo, recordándome que estos hijos de puta se atrevieron a entrar en nuestra zona segura, poniendo a todas las personas que me importaban en peligro.

Gabriel, Mía, Carla…

Y Ángela, la única mujer por la que tal vez hubiese podido sentir algo.

Ellos eran los causantes de esta mierda, de que mi vacío interno fuese cada vez un agujero más oscuro.

Un puñetazo, otro, y otro más.

Sus golpes eran ciegos y lentos, pudiendo esquivarlos todos y devolviéndole cada gancho con más violencia que el anterior.

Finalmente, aquella masa de demolición cayó al suelo junto al otro, que no estaba muerto si no inconsciente.

Debía terminar mi trabajo.

Sentándome a horcajas sobre él, con una mano en su cuello para cortarle la respiración y la otra machacando su puto cráneo, dejé fluir ese instinto asesino que llevaba dentro desde que era un niño, golpeando sin piedad hasta que una mano agarró mi muñeca para detenerme.

—Buen trabajo, Leone— Ivanov me miraba desde arriba, con esa expresión estóica que tal vez, algún día le borraría.

La fantasía de que fuese él quién estuviese muerto entre mis piernas no me abandonaría jamás.

—Gracias, señor.

Su mano soltó mi muñeca, y yo me puse de pie, echándome a un lado.

Egor miraba con profundo dolor el cadáver de su hombre, uno de los matones avanzó hasta el primero que se enfrentó a mí, disparándole en la cabeza.

Aquí parecía que la debilidad se castigaba con la muerte.

—Ha sido de lo más emocionante, acabo de descubrir que los leones pelean hasta morir, o matar—. Alexander chasqueó los dedos para que me devolviesen la ropa—. Vístete Marcos, tenemos que volver a casa.

CAPÍTULO 6

VIOLETA



Juro que era la primera vez que estando sentada sobre una silla, sentía que me faltaba el aire como si estuviese corriendo una jodida maratón.

Podía jurar también que incluso a pesar del frío, sudaba.

—Violeta— la vocecilla triste de mi hermana me sacó de mis pensamientos, incliné el cuello para ver sus ojos almendrados fijándose en mí —. ¿Van a matar al príncipe?

Ojalá lo supiera, para no estar tan nerviosa.

Joder.

¿Y por qué me causaba tanta inquietud?

—No creo— tragué saliva, deseando que esta interminable espera finalizase de una vez por todas.

Solo era un italiano con aires chulescos que debió meterse la lengua en el culo para no verse envuelto en este lío.

Si lo mataban, pues era su problema, ¿no?

No, joder, no.

Me daba lástima, aunque eso fuese lo último que tal vez ese hombre quisiese aparentar.

Era guapo, demasiado guapo para morir, y joven, y fuerte.

¿Por qué suicidarse de una forma tan estúpida?

Sí, definitivamente también era un estúpido. Quizá el hombre más idiota que conocí nunca, a pesar de haberle visto por primera vez hacía noventa minutos.

—Ya llevan una hora— Narcisa dejó su mejilla reposar sobre mi brazo, estaba fría, la calefacción parecía no funcionar, o simplemente la tenían apagada.

Exhalé por la boca, viendo mi aliento en forma de vaho.

¿Hacía más frío de lo normal o eran mis nervios?

El amplio salón en el que aguardábamos la llegada de mi padre y el italiano, se estaba convirtiendo en una maldita nevera llena de antigüedades.

La cabeza del oso polar que decidieron convertir en una alfombra me miraba fijamente desde el centro del lugar.

Odiaba que hiciesen eso con los animales, y me divertía la idea de imaginar a Egor en su lugar.

O tal vez, convertido en un bonito bolso.

Dos cabezas de ciervo tenían la mirada perdida en las montañas nevadas, apreciables a través de los ventanales, la chimenea ardía entre ellos con un fuego débil, tan débil como mi esperanza de ser feliz algún día.

Me sentía tan sola y tan perdida.

Mis días eran como vagar por un desierto de tormentas de nieve y oscuridad. Sin sol, sin calor, sin amor.

Tan solo frío y hielo.

—¡Ahí están! — Narcisa señaló hacia las escaleras principales que descendían hasta el sótano, el aire se me clavó en los pulmones al verle caminar con dificultad, pero erguido. Su mirada seguía siendo la de alguien a quien se le debe tener miedo, a pesar de presentar un ojo más hinchado y morado que el otro.

Su mandíbula cuadrada y marcada lucía restos de sangre entre esa barba de tres días, y el lateral de un labio rajado.

Mi padre caminaba orgulloso a su lado, enseñándole como si se tratase de un trofeo.

Fuese lo que fuese lo que sucedió ahí abajo, el león logró impresionarlos.

E impresionar a un ruso nunca era algo sencillo.

—Princesas mías — papá nos dio un beso en la frente a cada una. Mi hermana y yo nos pusimos en pie, mantuve la vista en mis

zapatos, no queriendo que mi curiosidad fuese descubierta. Egor me tenía vigilada —. Volvemos a casa.

—¡Por fin! ¡Echo de menos al señor pingüino! — Narcisa echó los brazos hacia el cuello de mi padre, este la recogió del suelo llevándola en brazos hasta la salida.

Egor se colocó a mi lado, agarrando mi delgada mano con su enorme manaza robusta.

Sentí algo de dolor por la posesividad con la que estrujaba mis dedos, aun así, no me quejé.

Caminamos uno junto al otro hasta que un débil sol nos deslumbró, percatándome entonces por el rabillo del ojo de que Marcos llevaba nuestra maleta.

El italiano estaba tocando mis cosas.

En cuanto mi padre subió al coche junto a mi hermana, arrancó y se pusieron en marcha. Un segundo vehículo se detuvo frente a mí, siempre viajábamos de la misma forma.

Narcisa y mi padre en el primer auto, Niko — que era nuestro guardaespaldas — y yo, en el otro.

Marcos abrió el maletero, dejando allí el pequeño equipaje.

La mano de Egor soltó la mía, notándome invadida por un sentimiento de alivio y libertad, no imaginaba como iba a ser mi vida una vez tuviese que vivir bajo el techo de este hombre.

—Cuídate, amor — inclinando el cuello hacia mí, vi la intención de besarme.

Noté como un escalofrío recorría mi columna de arriba abajo, mis labios se fruncieron del disgusto en cuanto noté la boca de Egor rozar la mía.

Un beso corto, frío como las montañas nevadas y demasiado sonoro para mi gusto, hizo que me quedase petrificada sobre los zapatos.

Era la primera vez que me llamaba «amor» y la primera vez que me besaba.

Egor no era cariñoso ni romántico, ni tampoco estaba enamorado de mí, para él tan solo era una cría detestable, pero a su vez, un negocio seguro.

¿A qué venía esta falsa muestra de afecto?

Marcos seguía junto al coche de cristales blindados de mi padre, con una mano sosteniendo la puerta abierta, a la espera de que subiese.

—Adiós, Egor— fue todo lo que dije, en un susurro casi inaudible.

Si un beso me había parecido así de asqueroso, no quería imaginar como tendría que ser acostarme con él.

No es un hombre feo, tiene su atractivo, te acostumbrarás.

La estúpida voz de la razón que vivía en un rincón de mi cabeza, me hizo gruñir para mis adentros, mientras el suelo resbaladizo por la escarcha me hacía tambalearme sobre los zapatos de tacón bajo.

Odiaba esta estúpida vestimenta, pero así fue como nos aconsejó asistir nuestra *Nana* a casa de Egor.

Y en nuestro mundo, «aconsejar» la mayoría de las veces, significaba «obligar».

El italiano me ofreció su mano, a la espera de que la aceptase para ayudarme a subir sin terminar partiéndome un tobillo.

Iba a tirar estos zapatos dentro de la chimenea en cuanto llegase a casa.

Mis ojos color avellana se vieron invadidos por aquellas piedras de jade que tenía en la mirada, la violencia marcada en sus rasgos angulares y varoniles le hacían ver más peligroso, más oscuro, más atrayente.

Me moría por saber qué le habían hecho ahí abajo, pero mucho más por averiguar la forma en la que consiguió salir con vida.

Y, sobre todo, por entender cómo después de su castigo seguía teniendo los benditos cojones de tender su mano ante mí, en la puta cara de mi prometido.

—Soy su guardaespaldas, señora. Si se cae y se hace daño será mi culpa— aquella voz ardiente acarició cada centímetro de mi piel, estaba segura de que las montañas que nos rodeaban podrían empezar a descongelarse por culpa de este hombre—. Solo hago mi trabajo.

Quería soltarle algún comentario, más mi futuro marido podría tomarlo como una señal de coqueteo y volver a desatar su ira sobre él.

Ya tuvo suficiente.

—Claro— limpié el sudor de las palmas de mis manos sobre el vuelo del vestido blanco, a pesar del frío me sudaban por los nervios —. Puedo subir sola, gracias.

Una de mis manos se aferró a la puerta del auto, dando un ligero saltito para meter un pie en el interior y después el otro.

Una vez estuve dentro y la puerta se cerró de un golpe seco, esquivé la mirada invasiva de Maslov, centrándola en mis dedos entrecruzados, los cuales quedaron con la curiosidad de saber que se sentiría al tocar a Marcos Leone.

¿Sería su piel tan caliente como su voz?

A diferencia de Niko, Marcos no se sentó detrás junto a mí, fruncí el ceño al ver como el chófer descendía del auto para tomar ese lugar.

—¿Vas a conducir tú? — La pregunta me salió disparada como una bala, sin poder evitarlo.

—Una conducción eficiente es una medida de seguridad, señora—. El motor rugió en cuanto pisó el acelerador, giró el volante incorporándose a la carretera —. Como guardaespaldas, es mi deber.

Su forma de conducir era… elegante.

El corazón me palpitó con fuerza mientras el chófer me explicaba en voz baja que le amenazó con matarle si no le dejaba ponerse al volante.

La idea de estar siendo secuestrada se adueñó de mi persona, más mis sentidos de alerta se calmaron en cuanto nos colocamos detrás del coche de mi padre.

Y al mismo tiempo, una profunda decepción se expandió por todo mi ser.

No intercambiamos ni una sola palabra más durante todo el trayecto.

Tan solo miradas.

Miradas de unos profundos ojos verdes a través de un espejo retrovisor.

No sabía lo que él veía en mí, pero yo en él veía furia y deseos de venganza.

CAPÍTULO 7

VIOLETA



Me hundí en el agua, mientras las sirvientas se colocaban detrás de mí. Una de ellas masajeaba mis hombros y otra me acicalaba el cabello.

Papá se empeñaba en vivir como los antiguos reyes, aunque el mundo hubiese evolucionado, nosotros vivíamos en el interior de un castillo heredado de nuestros antepasados, y seguíamos manteniendo las mismas costumbres.

Cuando veía a esas chicas en las series de la televisión, saliendo de sus baños simples y normales, liadas en una toalla y secándose el pelo, me sentía extraña. Para mí, lo normal era sumergirme en una piscina, acompañada de otras mujeres, que se encargaban de hacerlo todo por mí.

Lorette tocaba el arpa en una de las esquinas, la canción era melódica y triste, tal vez, como su estado de ánimo.

Siempre que nevaba, se sentía así.

Su humor solía ir variando con el tiempo.

Irina masajeaba mi cuero cabelludo con un jabón de rosas blancas y Bianca me hacía un masaje en una de las manos.

Ellas eran lo más parecido que tenía a lo que se podían llamar amigas.

—Entonces, ¿Niko se encargará de la seguridad del señor? —Bianca, cuyo pelo rubio platino lucía recogido en un alto moño, pues era de fea costumbre que sus cabellos se mojasen cuando yo estaba

en el interior de la piscina, me miraba de reojo, usando un tono sutil y desinteresado. Sabía a donde quería llegar, todas se volvieron completamente locas en cuanto él aparecido.

—Sí, Marcos se encargará de mí, y de Narcisa.

El arpa dejó de sonar y unas risitas nerviosas rompieron el silencio.

—Es tan guapo— Irina hizo presión sobre mis mechones, retirando la espuma, me dejé caer hacia atrás para sumergir la melena al completo.

Cansada de los acicalamientos de mis sirvientas, aún bajo el agua, decidí nadar un poco, entre pétalos de rosas y aceites de coco y almendra, los cuales acariciaban mi piel de una forma que podría decirse que parecía sensual.

El techo en forma de cúpula me regalaba la imagen de mujeres egipcias vertiendo cántaros de leche y miel sobre el cuerpo de la increíble Cleopatra.

Papá me comparaba con ella, pero ella jamás se casaría con un tal Egor Maslov, estaba segura de ello. Él se encontraba a años luz de ser mi Marco Antonio.

Marco...

Marcos Leone.

—¿Cómo se pronuncia Marcos en italiano? — Quise saber.

—*Marco*, señora.

Reí para mis adentros, sintiéndome idiota por estar haciendo dichas comparativas.

Lo único que me asemejaba con la grandiosa Cleopatra, era que quizá, yo también buscase alguna serpiente con la que envenenarme junto a mis sirvientas.

Dejé mis brazos apoyarse a lo largo del borde de la piscina, el arpa volvía a sonar mientras los copos de nieve peleaban contra los cristales, el vapor subía lentamente hasta el techo, trepando por las columnas de mármol crema.

Bianca salió de la piscina, caminando completamente desnuda hasta mi posición, arrodillándose fuera del agua a mi lado. Un mechón rubio sobresalía de su moño, resbalando por su rostro pálido en forma de corazón.

—¿Y cómo ha ido la primera noche en los dominios de su futuro esposo, señora?

Me ruboricé, sabía muy bien lo que estaba preguntando.

—Hasta la fecha de la boda, no compartiré cama con él.

El trago de saliva se me hizo amargo, mientras notaba como los ojos se me aguaban, no dejaría que palpasen mi debilidad, ni la angustia que me producía este matrimonio. Si algo aprendí en los últimos años, es que no debía confiar en nadie.

Ni siquiera en mí misma.

—Egor es un hombre poderoso y atractivo— Irina se sentó también a mi lado, sosteniendo un frutero entre sus manos, Bianca tomó unas uvas, desuniéndolas de las ramitas para llevarlas de una en una a mis labios—. Usted será la siguiente líder de la mafia rusa, señora, lo merece más que nadie.

No me interesaba en absoluto, yo no quería poder, quería felicidad.

No obstante, ese sentimiento parecía estar totalmente prohibido para mí.

¿De qué servía tener el poder de pedir cualquier deseo si no era libre de desear lo que quisiera?

—Lo que el Padre de la mafia hizo con la familia Vanetto fue terrible, qué hombre tan frío y despiadado.

Rodé los ojos, escuchando a mis sirvientas despotricar una vez más sobre los Carusso.

—¿Y entonces, señora? ¿El italiano viene de esa casa? ¿Es cierto que es la mano derecha de...? —Como si fuese un pecado capital pronunciar su nombre, ambas se rieron en voz baja, terminando la frase con un hilo de voz débil—. Salvatore.

Antes de que pudiese responder a aquella pregunta, la enorme puerta de madera maciza resonó con tres golpes rotundos.

—Adelante— di permiso para entrar, pensando que se trataría de *Nana*, dándonos prisa para que estuviese lista a la hora de la cena.

Mi padre se convertía en un oso polar cuando tenía hambre, y hacerle esperar, nunca era una buena idea.

Y ciertamente, había perdido la noción del tiempo.

La gran puerta se abrió, sintiendo una brisa de aire frío que heló mi piel al instante, más la piel no fue lo único que se me quedó fría cuando vi a Marcos frente a mí, al otro lado de la piscina.

Con dos mujeres desnudas a mi lado, mordiendo una uva del racimo, y los pezones jodidamente duros a causa de la corriente helada que acababa de entrar tras su presencia.

La escena no podía ser más bochornosa.

— Princesa — la calidez de su voz ardiente y ese acento italiano hablando en ruso, aplacó el frío de un golpe seco, aun así, mis pechos seguían firmes y turgentes, apuntando directamente hacia él —. Su padre la espera para cenar.

Pensé que se ruborizaría, que tartamudearía, o que saldría corriendo, cualquier cosa, excepto estar ahí de pie al borde de la piscina, mirándome como si llevase un moño mal hecho y un pijama viejo de estar por casa.

No le impresionábamos, ni yo, ni mis sirvientas.

Esto solo podía significar una cosa: era un hombre demasiado acostumbrado a la desnudez.

Mi nuevo guardaespaldas debía tener una vida sexual bastante activa al parecer, algo que acrecentaba aún más mi curiosidad.

—Ya me has dado el mensaje, vete por donde has venido — cogí una uva más, llevándomela a la boca, sin esconderme debajo del agua, mientras le miraba fijamente a esos ojazos, preguntándome qué pensaría él de los míos. Mis rasgos españoles heredados de mamá no eran comunes en Rusia, no obstante, él venía de España, así que debería estar más que acostumbrado a las mujeres como yo, tal vez, le gustasen más las chicas de aquí. Cuando su mirada se desvió hacia Bianca, tuve la necesidad de ponerme de pie para tapar su campo de visión —. No la mires, es de mala educación.

Ahora sí que vi sorpresa en él, dibujándose una mueca de diversión en esa cara de asesino en serie que iba arrastrando a todas partes.

—Disculpe, pero tuve que mirarla a ella para dejar de verla a usted, puesto que es una princesa y está prometida con Egor Maslov —. Sus palabras calaron hasta lo más profundo de mi ser, me estaba

acuchillando con dulzura, dándome a entender que una mujer de mi clase y además prometida no debería exponerse así ante sus ojos.

—Eres tú el que ha entrado sin permiso.

—Sí pedí permiso, princesa.

—Lárgate.

—Cómo ordene— su alta figura se encorvó para hacerme una media reverencia, sin dejar de mirarme fijamente, mientras la garganta se me secaba por completo y casi olvidaba la forma correcta de respirar—. Señora.

La visión de su altura y espalda ancha hicieron que una sensación extraña despertase en el interior de mi vientre, el agua me llegaba por debajo del ombligo, mientras mis sirvientas seguían detrás de mi espalda.

La puerta se cerró de un golpe seco, dejándome totalmente anonadada.

—Será mejor que se vista y vaya a cenar, señora, su padre se pone de muy mal humor cuando...

Lorette ya no tocaba el arpa, tan solo venía hacia mí con toallas limpias y secas.

CAPÍTULO 8

MARCOS



La cabeza me daba vueltas mientras me fumaba aquel cigarro en la amplia terraza que daba a unos jardines cubiertos de nieve.

Las gárgolas de piedra parecían pequeños muñecos nevados, lo cual me hacía algo de gracia.

La gabardina negra que llevaba puesta, se sentía pesada y húmeda a causa del clima, deberíamos estar a unos doce grados bajo cero.

La hostia, como iba a echar de menos el puto sol.

Tanto gris, tanta tormenta… era normal que los rusos tuviesen este carácter de mierda.

—¿Siempre es así? —Formulé aquella pregunta en cuanto noté que tenía a alguien tras la espalda.

—Vaya, sí que eres audaz.

Aquella voz femenina era totalmente desconocida, tiré la colilla girando el cuello para ver por encima de mi hombro a la sirvienta que acicalaba el cabello de la princesa.

Llevaba un uniforme de mangas largas y cuello alto, color negro. Ni delantal, ni bordes dorados.

Era soso, triste y apático.

Como todo en este lugar.

—Me conviene serlo—sonreí con simpatía, tendiendo mi mano hacia ella—. Marcos.

—*Marco*, más bien, eres italiano, ¿no? — Aceptó darme la mano a modo de saludo.

—Así me llama mi madre, pero mis amigos me dicen Marcos, y ya me he acostumbrado.

Odiaba que me llamasen *Marco*.

Traía recuerdos que dolían como el infierno.

Sin decir mucho más, nuestras manos se separaron, ella dio varios pasos al frente, colocándose a mi lado para admirar un valle blanco y propio de un fondo de pantalla de ordenador.

—Rusia es hermosa— habló estoica y orgullosa de su nación.

—Rusia es una mierda —mi comentario pareció molestarle tanto que me vi en la obligación de aclarar mi percepción sobre dicho país —. No me gusta el frío, no es nada personal.

Ni los rusos.

Ni las princesas veinteañeras con aires endiosados.

Merda.

Esa maldita cría que vi con lo que parecía ser un camisón de dormir, me dejó sin putas palabras.

Cuando abrí aquella puerta esperé cualquier cosa menos a ella totalmente desnuda, con aquellas tetas tan… bonitas.

Y aquel cabello mojado pegado a su rostro.

No podía dejar de pensar en esas densas pestañas oscuras bordeando unos ojazos avellana, mirándome con furia y al mismo tiempo, ¿necesidad? ¿Qué necesitaba de mí además de protección?

Y esos labios, ni finos ni gruesos, simplemente del grosor perfecto, mojados, mordiendo aquella uva con descaro mientras me miraba fijamente, con los pechos desnudos y los pezones más delicados que he visto en mi vida.

Rosados, pequeños, rodeados de pequeñas gotas de agua.

Sin el idiota de Egor ni el gilipollas de su padre delante, se comportaba de una forma totalmente distinta.

Tenía la cabeza alzada y joder, me mandó a la mierda en menos de un minuto.

«*Lárgate*».

Qué lástima.

Era una crueldad obligar a una florecilla tan cálida contraer matrimonio con una bestia como Egor, la marchitaría demasiado pronto, quizá a los cuarenta ya estuviese llena de canas, avejentada y con dieciséis hijos.

Triste destino para cualquier mujer, pero, sobre todo, para una tan joven y bella.

Bah, no era mi problema.

—¿Fumas? — Ofrecí mi cajetilla de cigarros a la sirvienta—. ¿Cómo te llamas, por cierto?

Ella negó con un gesto sin decir palabra, tras un breve silencio, finalmente me reveló su nombre.

—Bianca.

—Bianca, nombre italiano— aprecié—. ¿Tienes raíces?

Volvió a negar sin usar palabras.

—Me llamo así por el color de la nieve, y porque el primer amor de mi madre era de Italia— una risa aniñada se le escapó de entre los labios, si mi buen ojo para las mujeres no fallaba, debía tener los veintisiete.

—Qué romántico — di otra calada.

La chica de cabello oscuro que también acompañó en su baño a la princesa, apareció desde una esquina de la gran terraza, haciéndonos un gesto de saludo.

—La cena está lista.

—Ay, ¡qué bien! —Bianca agarró mi brazo, arrastrándome hacia el portón en forma de arco —. ¡Ya verás *Marco*! ¡*Nana* cocina increíble!

—¿Tenemos derecho a comer?

No esperaba tanta amabilidad por parte de esta gente.

Por no decir gentuza.

—¡Claro que podemos comer! — La chica que se presentó como Irina, la cual iba uniformada de la misma forma que Bianca, caminaba junto a nosotros, con una sonrisa amplia plasmada en sus rasgos afilados y pequeños. Era diminuta, más que la princesa.

Violeta Ivanov no es que fuese pequeña del todo, debería medir más o menos sobre el metro cincuenta y ocho, aun así, comparada a mi metro noventa, me hacía sentir que iba al lado de una niña.

Una niña no tiene esas tetas, ni te mira de esa forma, como si te necesitase dentro de ella.

Joder Marcos, deja de pensar en las tetas de la princesa, hostias.

Nunca olvidarás esas tetas, lo sabes.

Volví a mirar mi cigarro, asegurándome de que no llevaba hierba dentro, pues esto de escuchar voces era nuevo.

Tras cruzar el oscuro pasillo de piedra negra, alumbrado vagamente por unas lámparas en forma de antorcha, llegamos a una pequeña cocina llena de cacharros, con una señora de unos cincuenta y largos con un traje de flores estampadas largo hasta los pies. Por fin, algo que no era gris.

—¡*Amore mío*! ¡Bienvenido! — Aquella expresión típica italiana con ese acento tan ruso me arrancó una carcajada del pecho—. ¡Qué hombre tan guapo! — Sus ojos azules cristalinos me echaron una miradita coqueta y juguetona, a la que respondí tomándole la mano para besarla, ella empezó a soltar chillidos de euforia mientras las sirvientas se reían a carcajadas, tan acaloradas como la propia mujer.

—Menudo caballero, dime que lo has hecho porque te parezco irresistiblemente atractiva y no porque quieras doble ración de estofado.

Definitivamente, el día que volviese a España, me la llevaría conmigo.

Se llevaría increíble con mi jefe.

—Es la mujer más atractiva que he visto en mi miserable vida, señora— las tripas me rugieron como si tuviese un león furioso en el interior del estómago—. Pero me temo que necesito al menos unas tres raciones de ese estofado que huele de maravilla.

Me pirran los estofados.

—¡No se hable más! — Sus finos labios pintados de un marrón tierra, fueron mordidos a causa de los nervios, mientras chasqueaba los dedos para que todas las chicas se apresurasen a colocar los platos sobre una pequeña mesa cuadrada al fondo de la cocina—. Ya eres todo mío, porque como bien sabrás, a los hombres se les conquista por el estómago—. Sin dejar de toquetear partes de mi cuerpo, me arrastró hacia la silla, apretando mis hombros con sus

rechonchas manos repletas de anillos de oro. Sin rechistar, me senté como todo un niño bueno—. Cuando pruebes mi comida, no podrás pensar en otra cosa que no sea hacerme el amor.

Sus enormes caderas me golpearon casi tirándome de la silla al darse la vuelta para ir a por la olla y el cazo, las chicas seguían riéndose sin parar.

¡Pero qué torbellino de mujer!

—No te asustes *Marco*, *Nana* es siempre así —Bianca se encontraba sentada frente a mí, con la cuchara metida en el plato, removiendo la carne en salsa con patatas en gajo para que se enfriase.

¿Asustarme?

Para nada.

Era extraordinaria.

—Creo que gracias a *Nana* ahora me gusta un poquitito más Rusia.

—¡¿HABÉIS OIDO ESO CHICAS?! —La misma alzó el cazo por los aires meneando sus enormes curvas con gracia —. ¡YA LO TENGO EN EL BOTE!

Al cabo de unos minutos, éramos unas nueve personas comiendo en esa mesa.

Desde sirvientas, hasta dos hombres más que parecían encargarse del servicio técnico del castillo.

Llevándome un trozo de pan duro a la boca, di un largo trago de agua y decidí hacer un par de preguntas por simple curiosidad.

Y porque necesitaba saberlo todo de esta gente para pasarle información a Salvatore.

—¿Qué hay del resto del personal de seguridad? ¿Comen en otro horario?

El estofado de *Nana* no estaba mal, pero mi Marcela seguía cocinando mejor.

La calidad del pan era horrible y me jugaba que la del resto de ingredientes también, adivinaba por lo poco que había visto en el interior de la nevera que el personal era alimentado con las sobras de los señores a los que servíamos.

Carusso no hacía las cosas así.

Para él todos eran iguales.

Jamás le ofrecería sobras a las personas que dedicaban su vida a servirle.

Putos rusos.

—Sí, el espacio es pequeño, así que vamos comiendo por turnos— informó Hogger, un hombre también de avanzada edad. Aparentaba tener los sesenta, parecía ser el encargado de que todo funcionase bien.

El que parecía ser su aprendiz, por ir con un mono de trabajo azul al igual que él y darle la razón en todo, tan solo asintió con la cabeza, peleándose con el pan dentro de la boca.

—¿Cómo son las cosas en el lugar del que vienes?

Maravillosas.

Una puta fantasía, comparada a esta mierda.

—Salvatore es infinitamente generoso, no podría ser del todo sincero sin tener que tirar por el suelo a vuestros señores.

A Bianca no pareció gustarle del todo lo que acababa de decir.

—Nuestros señores, ahora también son tus señores— murmuró, desviando su mirada hacia cualquier parte que no fuese mi persona.

—Solo mientras el trato siga en pie.

—¿Entonces es cierto? — *Nana* se llevó una servilleta a la boca—. ¿Narcisa se ha prometido con Gabriel Carusso?

No era idiota, estas personas parecían agradables, pero ese no era motivo suficiente para confiar.

Éramos sirvientes de familias enemigas, así que no diría nada que pudiese usarse en mi contra.

—Es información confidencial— cansado de las patatas que sabían a humedad y de la excesiva sal para ocultar el mal sabor de tal vez la carne en mal estado, me puse en pie, limpiando los restos de mi plato para volver a salir al exterior hasta que la princesa terminase de cenar su cochinillo asado al horno con patatas confitadas y tarta de tres chocolates de postre—. Ha sido un placer compartir la mesa con vosotros.

Tras despedirme y regresar al oscuro pasillo, encendí otro cigarro más, dejándolo pender entre mis labios.

Revisando el teléfono móvil, me apoyé sobre una de las falsas antorchas, viendo como algo pequeño, elegante y sutil se movía sobre la nieve.

Era intenso, delicado e hipnótico, como la efímera llama de una vela.

La princesa paseaba por los jardines nevados, envuelta en un vestido de terciopelo rojo escarlata, y una corona de hojas doradas sobre su cabello castaño, a la cual le brillaban algunos tonos cobrizos bajo la luz lunar.

Cargué la pistola, dejándola en el costado de mi torso bajo la gabardina y, con las manos en los bolsillos y el cigarro aun en la boca, mis botas pisaron la nieve.

CAPÍTULO 9

VIOLETA



Cenar con mi padre siempre era el peor momento del día. Tenía la costumbre de hablar temas nada apropiados para una niña de ocho años como Narcisa.

«*Es el mejor asesino que he visto en mi vida, está diseñado para matar, física y psicológicamente*».

Oírle decir eso, mientras añadía la facilidad que tuvo para reventarle los ojos a uno de los hombres de Egor, a la vez que mi hermana trataba de comerse su ración de cochinillo asado, hizo que desease hacer lo mismo con él.

¿No podía tener un poco de tacto? ¿Tenía que ser tan rudo a la hora de hablar? ¿Tenía que destrozar la inocencia y la mente de Narcisa tan pronto?

Mis pasos se detuvieron, con las botas hundidas en la nieve, frente al mausoleo en el que se encontraba enterrada mamá.

Las rosas rojas artificiales brillaban como un cálido día de primavera, a pesar de ser sacudidas por la tormenta que, parecía haber reducido su furia por ahora.

Levantando los bordes de mi vestido, tomé asiento en el banco encontrado frente al lugar, poniendo la espalda recta y alzando el mentón, mientras el frío me envolvía en su abrazado nocturno, estaba tan acostumbrada a él que ya no lo padecía.

Al final, era como una parte más de mí.

Este era el lugar de descanso de la persona que más quería en el mundo.

Violeta Ivanov, mi madre.

Su apellido fue reemplazado por el de mi padre en el momento que la vendieron para cerrar un negocio, igual que el mío sería reemplazado por el de Maslov.

Era como si nos quitasen una parte de nosotras mismas para añadir la de un completo desconocido, nos gustase o no.

Entreabrí los labios lentamente, hablar con ella siempre me resultaba complicado, sobre todo por el hecho de no saber si realmente me escuchaba o si tan solo le hablaba al espejismo de un recuerdo.

Me dolía pensar que mamá ya no existiese, en ninguna parte, en ningún lugar.

—Madre— mi aliento salió en forma de vaho en cuanto dije aquellas dos sílabas, deseando que alguna de las rosas hiciese algo extraño. Algunos copos de nieve resbalaban de los árboles, cayendo sobre ellas—. Dame una señal.

No solía llorar, me consideraba una mujer fuerte. Debía serlo para soportar mi destino o de otra forma, no encontraría la manera de seguir cuerda demasiado tiempo.

«*La maldad es el lugar seguro de las personas que viven en nuestro mundo*». Eso decía siempre mamá.

Y por eso tal vez, papá tomaba aquellas decisiones.

Decisiones que nos rompían.

Pero yo no quería ser mala.

Tampoco me consideraba del todo buena.

Mi egoísmo era quizá uno de los tonos más vibrantes en la amplia escala de grises que componía la paleta de colores de mi personalidad.

También sentía envidia, envidia por aquellas personas que podían ser felices y libres.

Y también, era soberbia.

Debía serlo para no mostrarme débil.

Para no ser frágil.

Como una cobra, que se alza y muestra su lengua viperina mientras hace sonar el cascabel, pero que en el fondo solo quiere sobrevivir.

Esa era yo.

—Madre— repetí, sintiendo el nudo cada vez más tenso en el interior de mi pecho, las falsas antorchas alumbraban de forma vaga el lugar destinado al descanso de mi progenitora, la que un día fue la señora y reina de este castillo.

Y ahora, solo era un recuerdo.

Como lo sería yo.

—¿Qué te hicieron?

Dos lágrimas más bajaron a modo de río por mis mejillas casi congeladas, notando que las gotitas quedarían heladas sobre mi piel, mientras casi ya no sentía los dedos de las manos.

Tendría que haberme puesto guantes.

Una sombra alta y oscura eclipsó el ángel que me miraba desde lo alto del mausoleo, robando la poca luz que alumbraba la tumba de Violeta Ivanov.

Sentí el peso de un abrigo cálido caer sobre mis hombros, el olor que invadió mi persona era totalmente difícil de describir, pero si tuviese que detallarlo de alguna forma, diría que olía a una fragancia amaderada y especiada con toques de canela y cuero.

—No debería estar sola aquí fuera, princesa.

Cerré los ojos al escuchar aquella voz que resultaba como un latigazo de lava ardiente.

¿Era esta mi señal?

—No hay un lugar más seguro— alcé mis ojos para encontrarme con aquella mirada de depredador, viendo cómo algunos copos de nieve cristalina danzaban hasta fundirse en su torso, envuelto en una camisa negra de mangas largas, debería estar helándose sin la gabardina —. Estoy junto a la mejor persona que he conocido en toda mi vida y no necesito tu abrigo, te enfermarás si no te lo pones.

—Hace falta más que un poco de frío para enfermarme, princesa.

—Nosotros somos parte de las montañas heladas y de las tormentas de nieve, tú no—. De un tirón, quité la gabardina de

encima de mi cuerpo, dejándola tirada a un lado del banco.

Quería seguir llorando la pérdida de mi ser más querido aparte de Narcisa, y seguir lamentándome por el futuro que me esperaba.

No era una víctima, yo no me victimizaba, pero si era cierto que todo ser humano por cruel, fuerte, vanidoso, terco o jodidamente despreciable que fuese, tenía sus momentos de debilidad.

Y yo estaba teniendo el mío.

Y deseaba tenerlo a solas.

—Vete, por favor — quería que mi tono sonase tajante y conciso, aun así, lo único que escuché salir de mi boca fue un lamento lleno de angustia.

Volví a poner la espalda recta, pensando que recogería su estúpido abrigo y se marcharía por donde vino, como hacía Niko, como hacían todos los sirvientes de este castillo.

Porque tan solo eran eso, personas que estaban cerca de nosotros a cambio de dinero.

¿Pero y si no tuviese poder y riqueza? ¿Quién estaría a mi lado? Posiblemente nadie.

Y eso me hacía sentir aún más sola.

Aguantando la llantina y la respiración para desahogarme con mi querida madre, torcí el rostro hacia un lado esperando que ya se estuviese marchando, más su sombra seguía aplastando al pobre ángel esculpido en granito blanco.

—Yo también he perdido a alguien hace poco.

El abrigo volvió ser colocado sobre mis hombros, mientras sus casi dos metros de cuerpo italiano, fuerte y ágil, diseñados para asesinar según mi padre, se dejaban caer a mi lado.

Mirándole perpleja, pestañeando lentamente mientras él hacía lo mismo, tan solo pude gesticular un débil:

—¿Por qué no te has ido?

—Porque sé que no quieres que me vaya— el corazón me golpeó de forma rotunda al escuchar aquello, estaba preparada para debatir su afirmación, no obstante, añadió: — y sé que no es porque yo sea especial para ti, pero todos necesitamos en algún momento que alguien nos escuche.

Aparté mi expresión de la suya, volviendo a alzar el mentón, las hojas doradas de mi corona reflejaban el brillo de las falsas antorchas, dando la sensación de llevar un aro de fuego sobre la cabeza.

Era una princesa.

La princesa de nada.

De un mundo vacío de ilusiones y lleno de traiciones y mentiras.

No soportando más aquella agonía, mis manos tomaron la corona con rabia, lanzándola contra el mausoleo, esta rebotó rodando por la nieve hasta perderse de mi vista, mientras me levantaba del banco de piedra negra, quebrado y desgastado por el tiempo.

Lo mejor era volver a mi habitación y sumergirme en alguna de esas series que me ayudaban a olvidar.

Volví a quitarme su gabardina.

—¡Princesa! — Marcos me seguía, aunque mis pasos eran ligeros por la costumbre de caminar por terrenos nevados desde que tenía uso de razón, él logró alcanzarme, tirando de mi mano—. ¡Princesa, por favor!

—¡No tienes permiso para tocarme! — Bramé, girando sobre el vuelo de mi vestido remangado, con los bordes empapados a causa de la nieve— ¿Qué diantres quieres?

No esperaba ver sus ojos húmedos, ni ese dolor reflejado en su mirada. La incertidumbre de saber qué podría estar haciendo sufrir a un hombre tan peligroso como él, me obligó a guardar silencio, quedando frente a frente, mientras sus manos acercaban la corona a mi cabeza.

—Tenía veinticuatro años— susurró, sentí el peso del oro sobre mi cabello—. La vi morir delante de mis ojos, su cuerpo cayó sin vida mientras corría hacia ella y la dejé ahí, muerta, ni siquiera fui a su funeral, porque decidí venir a Rusia.

Sus dedos bajaron por mis mechones húmedos, retirando algunos copos y hojas que caían de los frondosos árboles que tapaban el cielo.

—Lo siento muchísimo, ¿era de tu familia?

—No— se retiró, dándome la espalda, mientras se intentaba encender un cigarro y volvía a caminar bajo la nieve, sin un rumbo

fijo.

Levanté el vuelo del vestido, pisando fuerte sobre la nieve para poder seguirle.

Era la primera vez que un hombre conseguía tal acción de mí.

—¡¿Y quién era?!

La brisa nocturna se fue convirtiendo en viento, mientras la nieve volvía a cobrar intensidad, lo más sensato sería refugiarnos.

—¡Se avecina otra tormenta! ¡Marcos! ¡Tenemos que volver al interior del castillo! ¡¿Me estás escuchando?!

Le perdí de vista, seguí avanzando hasta encontrarle sentado, en el mismo lugar que él me encontró a mí.

No sabía cómo diablos lo hizo, pero consiguió encenderse el maldito cigarro, una hazaña que debería haber sido imposible con la que estaba cayendo.

Me senté a su lado.

—¿Quién era? —Conseguí preguntar, abrazándome a mí misma, mientras tiritaba del frío, él no temblaba, y no entendía por qué no lo hacía.

Sus ojos seguían perdidos entre las rosas de mamá.

—Una chica de la que creí podría enamorarme.

—Creíste.

—No llegué a hacerlo, no tuvimos tiempo— el humo del cigarro salía lentamente de entre sus labios—. Siento que desde donde esté, debe sentirse jodidamente decepcionada conmigo.

Mi ceño se frunció, por algún motivo que no era capaz de entender, mi curiosidad por el italiano se acrecentaba con creces cuanto más tiempo pasaba a su lado.

—¿Hiciste algo para merecer su decepción?

—Lo estoy haciendo ahora mismo.

Negué, siguiendo su visión aun marcada en las rosas.

No comprendía una mierda.

—Siento que no te entiendo.

—Debería estar mal, ¿vale? — Volvió a establecer conexión visual conmigo y otra vez, sentí unos intensos escalofríos recorrerme la columna, mi cabello estaba cada vez más empapado, mi piel más pálida y mis labios más morados, al igual que los suyos. Aunque él,

seguía sin temblar —. Debería haberle llorado día y noche, pero no he soltado ni una sola lágrima, ¿entiendes? Al final ella tenía razón, yo no la merecía.

Continué abrazándome a mí misma, en un intento de retener el calor interior de mi cuerpo, volví a levantar la cara para seguir grabándome sus expresiones, analizando a aquel hombre extraño y al mismo tiempo, cautivador.

—No puedes culparte por no sentir amor por ella, si le diste lo mejor de ti mientras vivía, entonces puedes tener tu consciencia tranquila.

—Lo que me preocupa no es eso, princesa— terminándose el cigarro, me hizo un gesto para volver al interior. Asintiendo entre temblores me puse en pie, tropezando con el vuelo del vestido. Él rodeó de inmediato mi cintura, pegándome a su cuerpo y en ese instante, sentí que un rayo me atravesaba de pies a cabeza, quedándome tan estática que casi dejé de respirar —. Lo que me preocupa es no ser capaz de sentir amor. Nunca.

Lorette practicaba con el arpa desde su habitación, el sonido se colaba entre los enormes pasillos llegando hasta este patio.

—Tenía cuarenta y seis años, una noche besó mi frente antes de irse a dormir y al día siguiente ya estaba muerta—. No supe de dónde saqué la entereza para terminar la puta frase—. Nunca me dieron explicaciones sobre qué fue lo que pasó, era mi madre.

Silencio.

Un intenso silencio que era acompañado de notas musicales. Lorette parecía volver a estar triste.

Tan triste como lo estábamos todos.

—Lo siento muchísimo— el tono aterciopelado de su voz hizo que se me erizasen los cabellos de la nuca—. Espero que el amor de su futuro esposo pueda sanar sus heridas, princesa.

—El amor nos hace débiles— respondí de inmediato, aquello que a base de golpes la vida me había enseñado—. La maldad es el lugar seguro de las personas que viven en este mundo—. Ahora era él quien parecía estar callándose sus propios pensamientos—. Sobrevive, es lo único a lo que podemos aspirar los que nacemos en el infierno.

Con su fuerte brazo bordeando mi cintura y su enorme mano áspera sujetando mi cadera contra su cuerpo, destilando un calor tan intenso que llegaba a mi piel, asintió firmemente, desapareciendo de su rostro todo rastro de dolor y sufrimiento.

Volviendo a alzar el mentón, aparté su mano de mi cuerpo, emprendiendo la marcha hacia el interior del castillo.

El abrigo de Marcos Leone volvió a caer sobre mis hombros.

CAPÍTULO 10

MARCOS



La leña crepitaba en la chimenea, el sonido era tan reconfortante que me impresionaba no haberme dado cuenta de un detalle como este en mis treinta y pocos años.

—La vida nos sorprende a cada momento, para bien y para mal—. *Nana* se sentó a mi lado, en un viejo sillón mullido, un gato color marrón y naranja corrió a subirse a sus piernas, haciéndose un ovillo y ronroneando cada vez que ella le acariciaba—. ¿Puedo preguntarte que es lo que ha hecho que vengas chorreando del exterior? Cualquier persona con dos dedos de frente sabe que no debe quedarse fuera cuando se avecina una tormenta.

—Solo es viento y nieve— dije sin más, sin dejar de mirar el fuego, tenía los pantalones negros de pinza y el cinturón puestos, con el pecho desnudo frente a la chimenea, mi pelo ya estaba casi seco.

Las llamas hacían relucir las cicatrices de mi cuerpo, algunas tan antiguas que casi no las recordaba. Otras, aun dolientes.

—Te vi salir detrás de la princesa— sus palabras hicieron que a Bianca se le cayese un libro al suelo, recuperándolo rápidamente para volver a sumergirse en su lectura.

Al parecer, todos los sirvientes dormíamos en una misma habitación llena de literas, con amplias taquillas en las que guardar nuestras pertenencias.

Al menos, teníamos una chimenea.

Y una ventana, desde la que apreciar las montañas cubiertas de nieve.

El olor a humedad era tan fuerte que molestaba, aun así, al cabo de un rato te terminabas de acostumbrar.

—Es mi deber protegerla, de hecho, en media hora debo ir a custodiar la puerta de su habitación.

Narcisa y Violeta dormían en dos cuartos distintos pero contiguos el uno al otro, y a mí me tocaba hacer guardia hasta el amanecer.

Estaba acostumbrado a pasar noches en vela, así que el sueño no supondría ningún problema. Lo que me aterraba era quedarme a solas con el silencio nocturno, porque ahí era cuando las voces de mis demonios se volvían imperiosas.

—En unos meses se casará con Egor Maslov y se convertirá en la líder de la mafia que gobierna el tráfico de armas, junto a su esposo.

—La líder de ese sector se llama Petra— recalqué en un tono hostil, mirándola con desprecio, un desprecio que pareció herir sus sentimientos.

—La princesa y Egor pueden casarse si quieren, y tener una camada de niños si les apetece, pero no serán los líderes de nada, no mientras el Padre de la mafia siga siendo Salvatore Carusso, no mientras yo siga con vida.

Cabreado con la situación, sabiendo de mi impulsividad y dificultad para morderme la puta lengua, cogí la camisa ya seca del perchero y me la puse.

Pillé a Bianca tratando de entender el significado de mis tatuajes.

Llevaba un ave fénix en la espalda, el cual simbolizaba el sentimiento de vivir envuelto en llamaradas de fuego día tras día, quemándome vivo, y la esperanza de resurgir de entre las cenizas en algún momento.

El número 13 en el antebrazo izquierdo, porque mamá era supersticiosa y creyó que algo terrible me sucedería por haber nacido un viernes trece.

Y la palabra «*maktub*» en la muñeca derecha, cuyo significado al traducirlo era: *el destino está escrito*.

—Que pases una buena noche, Marco—. Bianca se despidió con voz débil, mientras Irina tan solo decía adiós sacudiendo la mano.

Tanto el resto de las sirvientas como los que trabajaban de mantenimiento ya dormían.

Los matones hacían guardia, custodiando las murallas del castillo.

Suponía que nuestro turno de dormir, era por la mañana.

Enfundé las pistolas en el arnés que siempre llevaba por encima de la camisa, esperaba no tener que necesitarlas, pero nunca se sabía.

También me hice con mi cuchillo, dejando el resto de armas en el interior de la taquilla.

—Lo mismo para vosotras, pasad una noche tranquila— fue todo lo que dije, sabiendo que *Nana* me siguió con la mirada hasta que desaparecí por la puerta.

Las suelas de mis zapatos no hacían el menor ruido sobre la alfombra burdeos que envolvía cada centímetro de los miles de pasillos que componían este lugar.

Me agobiaría tener que vivir en un castillo de forma indefinida.

Aquí los olores eran totalmente distintos.

Olía a lluvia, hojas mojadas e incienso de algún tipo, diferente al de las iglesias, como dulce.

Subiendo las estrechas escalerillas de piedra oscura, hacia el ala norte del castillo, fui visualizando el exterior de las murallas.

Estábamos solos.

Rodeados de una naturaleza cruel y salvaje.

Montañas escarpadas, nevadas peligrosas y tal vez, animales hambrientos dispuestos a comerte vivo.

Daba la impresión de que habíamos retrocedido cientos de años en el tiempo.

Saliendo a un pasillo repleto de retratos pintados a mano, enmarcados en oro macizo, no pude evitar echar un ojo al rostro de la princesa Violeta.

Era sin duda la mujer más hermosa de todas las que aparecían, aunque su madre le seguía muy de cerca.

No obstante, Violeta tenía algo especial. No sabía si era su coraza de hielo, su sencillez o tal vez, el hecho de tener los ojos más bonitos y al mismo tiempo más tristes que había visto en toda mi vida.

Sí, Violeta Ivanov tenía la mirada más triste del mundo. Era como ver llorar a una estrella.

Perdí el sentido del tiempo paseando entre los cuadros, haciéndome cientos de preguntas sobre la historia de cada una de esas personas.

Unos pasos se acercaron hacia mi posición, me coloqué rápidamente en la típica postura de guardia, entre las puertas de las habitaciones de ambas princesas. Fingí haber estado ahí durante horas.

El propio Alexander Ivanov se acercó a mí con dos vasos con *vodka*.

—Te ayudará a entrar en calor— ofreció, chocando contra mi vaso para beberse el suyo de un trago—. ¿No bebes? No está envenenado.

—No podré velar por la seguridad de sus hijas estando ebrio.

Mentira.

Podía hacerlo igual.

Pero no me apetecía

Ivanov llevaba la corbata desanudada, colgando a cada lado de su cuello, con los primeros botones de su camisa blanca desabrochados, dejando el pecho al descubierto. Un pecho peludo y canoso.

—Es difícil acostumbrarse a Rusia cuando no se es ruso— finalmente cogió mi vaso, bebiéndoselo también de golpe—. Pero tú pareces distinto, león, creo que… creo que te adaptarás bien.

Tenía la mirada confusa, como si me estuviese viendo doble, o triple. Cambiaba el peso de su cuerpo tambaleándose constantemente de un pie al otro. Y entonces, lo pensé.

Mi vida no tenía el más mínimo sentido, por eso fue que decidí venir aquí, si alguien debía sacrificarse, era yo.

Porque era el que menos valor tenía.

No obstante, quizá aun pudiese hacer algo de utilidad, aparte de ser la puta de este gilipollas, hasta que Gabriel y Narcisa contrajesen matrimonio, dentro de diez años.

Quizá, podría ayudarla a ella.

A la chica de ojos tristes.

—¿Qué le pasó?

Mi pregunta hizo que los ojos de Ivanov se abriesen de forma sorpresiva. Para aclarar sus dudas, señalé hacia el retrato de su difunta esposa.

Estaba borracho como una cuba y la culpabilidad le destilaba por cada poro de la piel.

Tambaleándose entre sus pasos, fue caminando hacia ella, teniéndola de frente.

Mi postura cambió, contemplando una imagen que de no haber sido tan insensible como era, tal vez me hubiese roto el corazón.

Las lágrimas de aquel hombre bajaron por sus mejillas avejentadas por el paso de los años.

—Le di la noticia de que Violeta tendría que casarse en unos años con Maslov—. Sus dedos acariciaban las facciones del retrato, temblando como si la necesitase para poder seguir con vida. Me alegré de no estar enamorado de Ángela, porque me habría vuelto loco si después de quererla, me la hubiesen quitado. Yo no llevaría ese dolor con tanta resiliencia—. Se suicidó.

Cerré los ojos, recordando a la madre de María Osorio.

Era incontable el número de mujeres que preferían quitarse la vida antes que seguir perteneciendo a este infierno.

Tal vez, todos deberíamos hacer lo mismo.

Morir.

Y que esto acabase de una vez por todas.

—¿Tan malo es el destino que le espera a la princesa junto a ese hombre?

Me sorprendí de mi propia pregunta, hablábamos de Egor Maslov, por supuesto que le esperaba un auténtico calvario.

No cabía duda alguna de que el destino de Violeta sería el mismo que el de su madre.

—No quiero el trono—. Fue todo lo que dijo, refiriéndose al lugar que ocupada Salvatore, tras retirar sus dedos del rostro de su esposa—. Solo quiero lo mejor para mis hijas.

—Lo mejor no es prometerla con Maslov.

—Dijo que nos mataría a todos y créeme, tiene poder para hacerlo — bebiendo lo que quedaba del hielo derretido, con un último

tambaleo, añadió: — Por eso hice lo que hice, Narcisa estará a salvo con Gabriel y Violeta estará segura si tú estás a su lado.

Y antes de poder decir una sola palabra más, Alexander Ivanov se desplomó frente al retrato de su mujer, quedando totalmente fuera de juego, con la vista perdida en el limbo y la respiración entrecortada.

Decidí agacharme para comprobar sus pulsaciones, iban bien, tan solo estaba demasiado borracho.

Podría aprovechar la oportunidad para matarle, podría vengar la muerte de Ángela y de paso quedarme con sus hombres, proclamándome líder de esta casa.

Tenía lo que había que tener para hacer algo así.

Pero entonces la luz de la lámpara de diamantes que teníamos sobre nuestras cabezas parpadeó, tal vez, a causa de la tormenta.

Y la puerta que tenía justo en frente, se abrió.

—Marcos, ¿me cuentas un cuento? — La pequeña Narcisa tenía los ojos llorosos, parecía haber despertado de una pesadilla.

Me sorprendió que no se asustase al ver a su padre tirado en el suelo totalmente ebrio, supuse que para ella era normal verle en este estado.

Es una señal, deja que el destino siga su curso, no le hagas daño.

—Ahora mismo voy, señorita— traté de parecer amable, ella asintió, dejando la puerta entreabierta para regresar a su cama.

Volviendo a ponerme en pie, mirándole desde arriba, solo pude sentir lástima.

Saqué el *walkie* de la hebilla del cinturón, avisando a mis compañeros del estado de Alexander para que se lo llevasen aquí.

Las voces de mis demonios volvieron a sugerir que le matase.

Pero la cicatriz que tenía cerca de la muñeca derecha ardió y al mirarla, leí aquella palabra que representaba todo lo que significaba mi vida.

«*Maktub*»

El destino está escrito.

CAPÍTULO 11

MARCOS



La enorme repisa repleta de libros me hizo sentir melancolía.

Nunca pensé que podría extrañar tanto el lugar del que venía.

—¿Qué cuento quieres? —Pregunté en voz baja, viendo a la pequeña Narcisa mirándome con los ojos propios de una lechuza, desde el borde de una gruesa manta aterciopelada color blanco.

La habitación de la princesa más joven olía a lápices de colores y libros nuevos.

Su dedo índice señaló hacia la estantería que tenía en el lado contrario.

—Ahí están los cuentos en ruso. Esos no, porque son en español.

—¿Y qué tienen de malo los cuentos en español? — La curiosidad me llevó a coger uno al azar, encontrando el de la Princesa Cisne.

Más matrimonios concertados, qué maravilla.

—No tienen nada de malo, son los que me leía mamá. Violeta también me los lee.

—¿Entonces?

Dejé a la Princesa Cisne de nuevo en su lugar, Odette tendría que esperar, hoy no sería su noche.

Encontré uno mejor, Mulán.

Mujeres fuertes y empoderadas.

—¡Mulán! ¡Mulán! ¡Mulán! — Comenzó a gritar eufórica, con esos torrentes de energía que a veces sacudían a Gabriel de la nada y me

dejaban a mí a menos cincuenta por ciento de batería —. ¡¿Sabes hablar en español?!

—Por supuesto, señorita— dije en el propio idioma, su sonrisa se ensanchó tanto que me crujió el corazón en el interior del pecho, más que nada por saber que el idioma le recordaba a su madre —. Entonces, ¿leemos Mulán?

—Por favor, sí, Mulán— acomodándose en su enorme almohada, más grande que ella misma, cuya cama era como cuatro veces en la que yo debía dormir, dio unas palmaditas al lado suya para que me sentase.

—Con permiso— obedecí y abrí el cuento por la primera página, encontrando un marcador en forma de pluma dorada —. ¿Y esto?

—Es de Violeta, los hace ella, hace marcapáginas para mis libros, le gusta mucho dibujar —su pie comenzó a golpear la parte trasera de mi espalda—. Venga Marcos, empieza ya.

Respirando para ganar algo de paciencia, corrí la página del título, comenzando a leer.

— «Érase una vez, una joven muchacha cuyo anciano padre debía acudir a la guerra por no tener hijos varones…» — Intenté disfrutar del cuento, tratando de evadir tanta sobrecarga mental, más las risitas de Narcisa me imposibilitaban concentrarme—. Señorita, se trata de que se duerma, le estoy contando un cuento, no un chiste.

—¡Es que tu español es muy raro! — Seguía muerta de la risa—. ¿Por qué hablas tan raro, Marcos? ¿Es porque eres un príncipe?

¿Mi español raro? ¡Quisiera escucharla a ella!

Ahora el que se reía era yo.

—Es porque no soy español, soy italiano y no, no soy ningún príncipe.

Los párpados cada vez le caían con más pesadez, aunque estuviese algo revoltosa, se moría de sueño.

—¿Y qué eres?

¿Qué era yo?

¿Un ser humano? ¿Quedaría eso como una explicación demasiado pobre para una niña tan curiosa como Narcisa?

¿El líder de una de las familias?

No tenía una familia a la que liderar y solo ocupaba ese lugar porque Salvatore así me nombró.

¿Un sicario? Sí, era lo que mejor me definía, pero no iba a decirle eso a una cría de ocho años.

—Soy…eh…mmm…— Cerré el libro, sintiéndome analizado por aquellos enormes ojos aun cargados de inocencia—. El tío Marcos.

—¿El tío Marcos?

—Sí, el tío Marcos.

El tío Marcos.

Vaya mierda de respuesta.

Su pequeña boca rugió como un cachorro de león, haciéndose un ovillo bajo la manta, dándose la vuelta hacia el lado contrario, mirando la pared.

—Buenas noches, tío Marcos, sigue leyendo hasta que me duerma, por favor.

—Claro, buenas noches, que tenga un feliz descanso.

Las tormentas volvieron a resonar con fuerza y su cuerpo se encogió aún más, haciéndose todavía más pequeño.

Era bueno analizando a las personas.

Y bastaba con verla para entender que, a su corta edad ya conocía el miedo.

No era un hombre de derramar lágrimas, pero ciertas cosas me rompían como si chocase de lleno con un iceberg.

Y una de esas cosas, eran los niños.

No soportaba ver niños crecer dentro de este mundo, no compartía la idea de formar una familia cuando estabas dentro de la mafia, yo jamás tendría descendencia, bajo ningún concepto.

Cuando Salvatore me dio la noticia de que sería padre, me alegré por él, pero también lo sentí muchísimo por esa niña que venía en camino.

Y ahora lo sentía por Narcisa, con todo mi corazón.

Aun así, me limité a cumplir la orden de la menor de las princesas, volviendo a retomar la lectura, viendo aquella pluma dorada brillar entre las páginas.

Recordándome a una corona caída sobre la nieve, y un cuerpo envuelto en un traje rojo escarlata, con una melena castaña cobriza,

siendo despeinada por la tormenta.

La pequeña niña ya dormía plácidamente.

Alguien se acercó a la hendidura abierta de la puerta, asomándose silenciosamente.

Como parte de mis reflejos, no tardé ni dos segundos en sacar la pistola y apuntar.

—*Marco*, soy yo, Bianca.

Bianca.

¿Qué diantres?

Volví a dejar la pistola en su lugar, echando los visillos de la ventana para ocultar la tormenta, caminando sigilosamente hacia el pasillo.

—¿Qué haces despierta? ¿No deberías estar durmiendo? —Cuestioné entre susurros.

Ella me hizo una señal de guardar silencio, colocando entre mis manos una taza de café caliente y humeante.

—Te ayudará a aguantar toda la noche en vela, por favor, no nos odies.

Lo sentía muchísimo por ella, agradecía el gesto, aun así…

—A lo mejor está envenenado— le devolví la taza, rechazándola—. Lo siento, y gracias.

Dándole la espalda, avancé hasta mi posición de guardia, quedándome ahí perenne, de brazos cruzados.

Realmente no pensaba que el café tuviese algún tipo de veneno, pero me sentía de mal humor y no me apetecía recibir nada de ellos.

Bianca no se iba, seguía ahí, en mitad del pasillo, mirándome con la taza entre sus manos.

—*Marco*, ¿por qué diablos te querría envenenar?

—Soy el guardaespaldas de las princesas, podría ser un plan para dejarme en mal estado, entrar en sus habitaciones y hacerles daño.

Ella tan solo frunció el ceño, llevando la taza a su boca para darle un sorbo.

El líquido rozó la comisura de sus labios, pero su garganta no se movió.

No tragó.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa.

Debía pensar que no era tan analítico como para darme cuenta de algo así.

—Jamás les haría daño a las princesas, ni a ti, ni a nadie de este lugar, acabas de herir mis sentimientos, *Marco*.

Manteniendo mi postura de guardia y la vista perdida en cualquier cosa que no fuese ella, tan solo me limité a responder:

—Los únicos sentimientos que deben preocuparme son los de Narcisa y Violeta, si no te importa, debo seguir con mi guardia.

Bianca se fue, sin decir una sola palabra más.

Pero en mi mente dejó un ruido que duró toda la noche.

¿Debería plantearme la idea de eliminarla?

CAPÍTULO 12

VIOLETA



—Está tan guapa—. Bianca peinaba mi cabello, haciendo un recogido trenzado alrededor de mi nuca.

Llevaba un maquillaje sutil y un vestido plateado largo hasta los pies, con tacones de diamantes.

Tal y como se acordó entre mi padre y Egor, tendríamos un plazo de nueve meses para conocernos antes de la boda y hoy nos tocaría tener una cita, Marcos debía llevarme al restaurante en el que cenaríamos.

Las rodillas me temblaban, notando que perdería el equilibrio en cualquier momento, no podía permitir este tipo de comportamiento en mí, yo no era así, era fuerte y decidida, como mamá.

—Gracias, Bianca— agradecí de corazón, no es que fuese vanidosa, no obstante, los cumplidos siempre eran bien recibidos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—Claro.

—¿Sabe si *Marco* tiene alguna prometida?

Tragué saliva, deshaciéndome de sus dedos en mi pelo, me escurrí de la silla, yendo hacia el armario para coger el abrigo color crema, no era de mis favoritos, pero sí necesario por el frío.

Al menos en el restaurante tendríamos calefacción y podría quitármelo.

—No lo sé, ni me importa— mentí.

Claro que me producía curiosidad saber los detalles de la vida íntima del guapo italiano que era la novedad de este castillo.

Aquí nunca sucedía nada, todo era predecible y aburrido.

Pero él era como un festival de fuegos artificiales en los que cualquiera de nosotras querría quemarse.

La atracción física era real, el cabronazo estaba buenísimo y cualquier mujer que tuviese ojos en la cara lo apreciaría, sintiéndose inevitablemente atraída hacia él.

—Es que he oído rumores.

—¿Qué tipo de rumores? — Me hice la desinteresada.

Coloqué unos pendientes con rubíes en mis orejas.

—Dicen que estaba enamorado de la sirvienta que mató su padre, el señor Ivanov, ¿puede creerlo? Un líder, enamorado de una sirvienta…

Mierda, algo crujió en mi interior.

Así que mi padre fue el culpable de la pérdida de la chica que me habló.

Deberíamos tener muchísimo cuidado con él, era posible que estuviese planeando vengarse.

Por el tono de la voz de Bianca, intuí lo que rondaba por su cabeza.

—¿Quieres salir con Marcos?

—Bueno…yo…—Se encogió de hombros, totalmente ruborizada, dejando uno de sus mechones rubios tras la oreja—. Es muy guapo, y parece agradable, no es como… los otros.

Los otros.

Se refería a los matones de mi padre.

En eso tenía razón.

—No olvides que viene de una familia enemiga, puede querer matarnos a todos, no confíes en él— me sentí como una serpiente por hablar mal de mi guardaespaldas tan solo para espantar a Bianca.

Pero era cierto, aunque llamase la atención de todas nosotras, podría ser peligroso.

No le conocíamos, ni sabíamos sus verdaderas intenciones.

Tras echarme un poco de perfume, salí de la habitación siendo acompañada de Bianca, quien enmudeció tras mis últimas palabras, no quedando demasiado convencida.

No se rendiría con Marcos, lo sabía.

Pero ahora no debía preocuparme por ellos, si no por mi futuro, por Egor y la maldita boda.

Debía seguir siendo egoísta y pensar tan solo en mí para poder sobrevivir.

Cuando llegué al recibidor, antes de bajar las escaleras, la imagen de Marcos hizo que explotase mi corazón.

Junto al salón principal del antiguo castillo, en el que se organizaban fiestas y bailes, aguardaba con un traje color gris plateado, a juego con mi vestido.

Ninguno sabía cómo iría el otro, así que fue casualidad.

—Vaya, parece que su cita va a ser con *Marco*, en vez de con Egor —. El tono enfadado de Bianca me sacó una sonrisa.

Sus celos resultaban ridículos.

Por Dios, estaba prometida con Egor, solo la muerte me salvaría de ese cretino.

Alzando el vuelo del vestido, mientras mis manos se apoyaban en los muros antiguos de piedra, fui bajando lentamente, tomándome mi tiempo, como si nadie me esperase.

Me estaba comiendo con la mirada.

¿Te gusta lo que ves, italiano?

A mí también.

La corbata era negra, al igual que la camisa y el pañuelo, el plateado resaltaba de forma arrebatadora sobre su piel color canela, seguro que sabía a chocolate con leche.

La boca se me hizo agua.

Su barba había sido perfectamente recortada, con el cabello repeinado y ese profundo aroma amaderado, con notas de especias y cuero, que me hacía simplemente temblar y querer desnudarme ante su mirada de asesino en serie.

Este hombre tenía algo que era de otro mundo, y ese algo, me hacía sentir que podría perder el control.

No, de ninguna manera.

—Está preciosa, princesa— habló con suavidad, como si su voz fuese una pluma acariciando las zonas más sensibles de mi cuello, a la vez que se ponía de rodillas delante de mí —. Por favor, muéstreme su pierna.

—¿Para qué?

—En nuestra casa, tenemos una costumbre con las mujeres, y es que nunca vayan desarmadas.

—No necesito un arma, para eso estás tú— hablé en tono despectivo, levantando mi zapato de tacón para pisar su rodilla.

Sus ojos verdosos se alzaron hacia mí, mientras repasaba la comisura de sus labios con la punta de la lengua, acariciando mis pies descubiertos, rodeados de diamantes preciosos.

—Solo es una medida de seguridad.

Abrió su chaqueta, mostrándome el arnés que llevaba sobre la elegante camisa, repleto de armas punzantes y afiladas, además de dos pistolas y tres cargadores.

¿De verdad pensaba usar todo eso en una simple cena con mi prometido?

—No sé si pensar que eres precavido, o que estás celoso.

—Quizás las dos cosas a la vez—. Con un movimiento brusco, ató un elástico a mi muslo, apretándolo con tanta fuerza que noté mi respiración cortarse, mientras seguía mirándome de forma desafiante. Él, con una expresión chulesca y una sonrisa ladina, aflojó el elástico, dejándome la piel completamente roja.

Ambas manos acariciaron toda mi pierna, subiendo lentamente hasta el elástico de nuevo, encajó un pequeño cuchillo y la temperatura del metal hizo que sintiese un profundo escalofrío al contrastar con el calor de la zona enrojecida.

No pude evitar soltar un jadeo, sintiéndome jodidamente invadida por esa aura tan magnéticamente oscura.

Quería que me tragase entera.

Esto no era normal, empezaba a entender a Bianca. Y a asustarme.

Sus dedos dejaron de tocar mi piel, agarrándome del tobillo con suavidad para bajar mi pie de su rodilla, colocándose junto a mí, ofreciéndome el brazo.

No lo acepté, decidí caminar con la columna recta y la cabeza alta, yo solita.

—¡Que lo paséis super bien! — Se despidió Bianca.

—Cuando volvamos retomaremos esa partida de

ajedrez— prometió Marcos desde mi espalda.

El estómago me rebosó en acidez.

Así que se dedicaban a jugar al ajedrez, ¿eh?

Bah, como si se querían casar mañana mismo y tener veinte hijos, ¿a mi qué? Me daba totalmente igual.

Una vez en el interior del coche, vi a las afueras una moto aparcada, era la primera vez que la veía ahí.

—¿Es tuya? — Necesitaba darle conversación para sobrevivir a la tensión que me suponía estar a solas con él en un espacio tan íntimo y cerrado como un vehículo.

Con Niko nunca me pasaba esto, ni le había visto de esa manera tan carnal.

Solo era un coche.

Solo era el trayecto hacia un maldito restaurante.

Nada más.

Por Dios, ya estuvimos en un coche cuando regresamos a casa desde la propiedad de Egor, aunque, el chófer venía con nosotros.

Además de que esta vez, me senté en el asiento de copiloto, a su lado.

Sin poder evitarlo, tuve que desabrocharme un poco el abrigo a causa de los sofocos, dejando el escote del vestido plateado brillar sobre mis pechos pálidos, con los rubíes rojos deslumbrando la oscuridad que nos rodeaba.

Hacía una noche cerrada con un cielo sin estrellas.

—Es prestada, la mía se ha quedado en Marbella, cortesía de su padre— explicó, haciendo rugir el motor mientras sus ojos se desviaban de forma ávida y rápida hacia mis senos.

—Lleva una vestimenta poco adecuada para una cita con un hombre mayor, es posible que no sobreviva, princesa.

—En ese caso, te tocará deshacerte de su cadáver.

Accioné la calefacción, disfrutando del cálido airecito, me gustaría tener algo así en mi habitación.

Mi cuerpo se estaba convirtiendo en una bomba de relojería inestable. Calor, frío, y viceversa.

—Por supuesto, señora.

—¿Sabes deshacerte de un cadáver?

Joder, ¿por qué todo en él me causaba tanta intriga?

—Me temo que sí.

—¿Has matado a muchas personas?

—Es mi forma de vida.

—¿Y no te sientes mal por ello?

—¿Me ve preocupado, princesa?

Entrecerré los ojos como si fuesen dos persianas.

—Me siento muy confusa contigo, pareces buena persona, pero al mismo tiempo tienes la pinta de un cabronazo peligroso, así que no sé muy bien qué pensar sobre ti.

El traje de chaqueta le quedaba para morirse, ceñido a esos brazos musculosos y ese torso jodidamente perfecto, tenía unas piernas increíbles. Una patada suya debería doler horrores.

El ala de una posible ave, sobresalía del cuello de su camisa, tatuada sobre su piel morena.

—¿Tienes tatuajes?

—Sí.

—¿Qué significan?

—No le conozco tanto como para contárselo, princesa.

Me rechinaron los dientes.

—Vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que puedes ir soltando la lengua.

—Me temo que no.

Me temo que no.

Maleducado.

—¿Por qué te has arreglado tanto? Mi prometido se enfadará.

—¿Por ir más guapo que él?

—Deja de ser imbécil, sabes a lo que me refiero.

—Pensé que tal vez conociese a alguna chica guapa mientras usted tenía su cita, imagine que aparece de repente la futura mujer de mi vida… uno debe estar presentable.

Decidí pasar de él olímpicamente, no iba a responder a esa gilipollez que acababa de soltar por la boca.

¿O sí?

—¿No tienes ya una prometida?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me he enamorado de nadie.

—Pero el amor… esto…— reí por la nariz—… esto no funciona así, no se hace por amor, Marcos.

—Yo quiero hacerlo por amor, princesa.

Mi cuerpo se estremeció sobre el asiento, la idea de imaginar a ese hombre amando a una mujer era jodidamente enloquecedora.

Pude darme cuenta entonces en lo guapo y perfecto que era de perfil, en la línea de su mandíbula cuadrada y en esos labios tan sexis.

Tendría que ser una locura acostarse con él.

Joder, que me iba a casar.

Llegaría virgen a manos de Egor y su polla sería la única que conocería mi pobre coño.

Sí, nunca probaría a un italiano caliente como Marcos; solo a un ruso cabronazo más frío que una tormenta glacial.

No quería más frío.

Me aburría tanto el frío.

En fin, esto era lo que había, se acabó pensar en Marcos.

CAPÍTULO 13

VIOLETA



Me costó demasiado morderme la lengua el resto del camino, tratando de evitar preguntarle por esa sirvienta a la que supuestamente mi padre mató.

La idea de que Alexander hubiese provocado una pérdida dolorosa en su vida me hacía sentir culpable, no obstante, no cargaría con algo que no me pertenecía, yo nunca le haría daño, no era como él.

Aun así, sentía la necesidad de disculparme en nombre de mi familia.

Ya solo faltaban unos quince minutos para llegar al aparcamiento privado del restaurante, el corazón me seguía latiendo desbocado ante la idea de empezar la conversación pendiente en mi cabeza.

¿Debería hacerlo? ¿Sí? ¿No?

—Hay rumores por el castillo— disparé al fin.

—Siempre hay rumores, en todas partes.

Sus manos acariciaron el volante con delicadeza, tomando una glorieta, conducía con tanta elegancia que me desestabilizaba.

No quería fijarme en sus detalles, ni en su persona, pero estaba tan aburrida en ese castillo que resultaba imposible ignorar esta novedad.

No solo me pasaba a mí, nos estaba pasando a todas.

—¿Es cierto? ¿Mi padre causó la muerte de la chica de la que me hablaste anoche?

El músculo de su mandíbula se tensó, mientras la marcada nuez le subía y bajaba a lo largo del cuello.

—No quiero rumores sobre ella, por favor.

Mierda.

—Lo siento, no pretendía faltarle el respeto, solo quería pedirte perdón en nombre de mi familia, en caso de que fuese cierto.

Su postura tensa se relajó, como si mis palabras hubiesen tenido un efecto calmante en él.

—No es tu culpa, ni de tu hermana, no tienes que disculparte.

—Es que—, tomé una bocanada de aire, colocándome bien el abrigo, volviendo a tapar mi pecho, él repitió el gesto de mirarme esa zona—. Tengo miedo.

—¿Miedo?

—De ti.

Una risa absurda salió de entre esos labios tan apetecibles, luego bajó la ventanilla y encendió un cigarro.

—Haces bien en tenerme miedo, aunque mi intención no sea hacerte daño.

Volviendo a tragar saliva, sintiendo el cálido abrigo acariciar mi piel desnuda por la escasa tela del vestido en la zona del escote y la espalda, clavé mis ojos en su mirada, buscando algún indicio de honestidad.

Algo que me ayudase a creer en él.

—¿Lo prometes?

—No.

Bufé.

Imbécil.

—Está bien— lanzó la colilla lejos de nosotros tras darle un par de caladas, volviendo a subir el cristal—. Lo prometo, princesa.

—¿Prometes que no quieres vengarte?

Su expresión le delató, notando como mi respiración se entrecortaba.

—Si vas a hacernos algo malo, házmelo a mí, por favor, no le hagas daño a Narcisa.

—Princesa, no voy a haceros daño, a ninguna de las dos.

Vale.

Bien.

Genial.

Era la palabra de un hombre mafioso, de un líder que antiguamente se ganaba la vida como sicario de los Lelouch.

No debería creer demasiado en él. Aun así, necesitaba aferrarme a ello, por mi propia cordura y paz mental.

¿De qué me serviría entrar en pánico y volverme loca? De nada.

—Entonces, ¿de verdad has venido para cuidarnos?

Dejando su nuca reposar sobre el asiento del coche, alzando las cejas en el momento que vio el auto de mi prometido llegar, pisó el freno para aparcarse justo al lado de Egor.

—Supongo que sí, princesa.

—Supones.

—Su prometido la espera.

¿Era normal que prefiriese quedarme aquí hablando con él antes que ir a tener la primera cita romántica con mi futuro esposo? Suponía que no.

—Espérame en el coche.

—Y una mierda, he reservado una mesa para mí solo, cenaré como un rey mientras vigilo su seguridad, princesa.

Dios santo, no quería al jodido italiano en mitad del restaurante, porque entonces mi mente estaría dispersa y no podría centrarme en mi cita con Egor.

En sobrevivir a ese señor tan indeseable.

Aunque una parte de mí, se tranquilizaba al saber que no estaría sola.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras.

—Siempre, señora.

Arg.

Quise bajar yo solita del auto, más en lo que tardé en pelearme con el abrigo y el cinturón de seguridad, logrando sacar una pierna fuera del coche, Marcos ya estaba a mi lado, con su mano tendida hacia mí.

¿Este hombre quería morir?

—Yo me encargo— la voz de Egor interrumpió la escena, echando a Marcos a un lado.

Para no formar un espectáculo ni tener una noche movidita, acepté la ayuda de Maslov.

Esa manaza enorme y callosa estrujó mis dedos, haciendo que quisiese pegar un tirón y deshacerme de él, dudaba mucho que este gorila supiese tocar a una mujer sin hacerle daño o producirle dolor.

Marcos tan solo negaba desde detrás de su espalda, desaprobando su falta de caballerosidad.

¿Se iba a quedar ahí evaluando a mi prometido toda la noche?

Había que joderse.

—¿Por qué no te vas a dar una vueltecita? — Rugí entre dientes.

Marcos tan solo esbozó una sonrisa burlesca, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió al interior del restaurante.

—¿No va a esperar en el interior del coche? — Egor se mostraba tan confundido como yo.

—No es un guardaespaldas normal, es un líder que cumple la función por obligación, supongo que no podemos exigirle más— expliqué, dándome por vencida, tratando de seguir sus pasos de gigante.

En cuanto llegamos a la entrada, tuvimos que esperar una cola de veinticinco minutos, en los cuales no dejé de ponerme de puntillas para ver si le veía por algún lado.

Era imposible que ya hubiese entrado.

¿No?

—Ese líder—, Maslov se dignó a darme un poco de conversación en cuanto terminó de contestar la llamada número doce, guardándose el teléfono en el bolsillo de su chaqueta azul marino. Casi siempre iba vestido de ese color—. Tiene los días contados.

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué? — Cuestioné como si conmigo no fuese la cosa, seguía de puntillas, dando pequeños saltitos.

Nada, ni rastro de ese idiota.

Por ninguna parte.

—Si todo va bien, en cuanto Narcisa se case con Gabriel, la casa de los Carusso caerá, junto con todos sus putos líderes.

Le miré con aburrimiento.

—Para eso quedan al menos unos diez años, Egor.

—El tiempo vuela y las venganzas se sirven en frío, así mismo lo dice Salvatore.

Era lógico que después de diez años se estaría sirviendo más que en frío, y un poco deprimente también.

De aquí a diez años, Egor podría haberse muerto de cáncer, un infarto o un disparo, pero no iba a ser yo quien rompiese su burbuja de felicidad.

¿Dónde diablos estaba ese idiota?

Cuando por fin logramos acceder al restaurante — un lugar exclusivo al que solo venía gente como nosotros —, mis ojos se abrieron como platos al encontrarme a Marcos sentado con el Don más importante de Rusia, conversando alegremente, como si fuesen viejos amigos.

Andrei Kiev.

De cabello rubio dorado, muy corto por debajo y algo más largo por arriba, repeinado hacia atrás y con un mechón siempre cayéndole por la frente. Era la personificación de Satanás y se decía que verle en persona era sinónimo de mal augurio.

No es que Andrei atrajese cosas malas, es que él, era algo muy malo.

Poseía unos ojos profundamente negros, como posiblemente el color de su alma, y una cara de mala hostia que te hacía desear la muerte con solo tener su vista sobre ti.

Andrei estaba fuera de todo esto, se dedicaba a los negocios turbios, pero no formaba parte del sistema. Iba y venía, como las olas del mar.

Solo se era fiel a sí mismo, no seguía a nadie.

—¡¿Cómo está papá Carusso?! ¿Ha tenido una niña? ¡No lo puedo creer!

Mis cejas se alzaron, mientras Egor me conducía agarrada de la mano hacia nuestra mesa.

Por desgracia estábamos demasiado cerca de ellos.

Lo único bueno era que podría escuchar la conversación.

—Una maravilla, Andrei, son una familia preciosa, ¿qué te puedo decir?

—¿Y tú qué? ¿Los hijos para cuándo?

—Ni de coña, ya sabes lo que opino al respecto.

¿Marcos no quería hijos?

Tragué saliva.

Vaya, por fin alguien que pensaba como yo.

—Marcos, dile a papá que puede contar conmigo para lo que necesite, he estado ausente por… cosillas, ya sabes, pero le sigo debiendo un millón de favores, y a ti también, hermano.

Así que los Carusso se relacionaban con este criminal.

Interesante.

No podía llegar a imaginar en qué tipo de mierdas se metían para que Andrei Kiev les tuviese que deber favores.

Andrei era dueño de un casino muy famoso, conocido por historias de lo más retorcidas.

Allí, aparte de dinero, se apostaban vidas humanas.

Nadie sobrevivía a Andrei, ni siquiera los peces gordos del gobierno, ni siquiera los mafiosos más temidos de Rusia.

—Oye, ¿y mi prima Angela? ¿Cómo está? Hace tiempo que no la llamo, siempre estaré en deuda con Salvatore por sacarla de esa red de prostitución.

Marcos guardó silencio y por su cara de pocos amigos intuí que esa tal Ángela era la sirvienta que se cargó mi padre.

La sangre se me congeló, sintiendo el peligro amenazarme desde debajo de la mesa, una mesa en la que me senté sin darme cuenta siquiera.

Notaba como si un león estuviese a punto de comerme por los pies.

Egor chasqueó los dedos frente a mis ojos, sacándome de mi estado de ensimismamiento.

—¿Violeta?

—¿Eh? ¿Sí?

—Que qué vas a beber.

—Ah…eh…agua.

—Una botella del vino de siempre, y una de agua.

—Ahora mismo, señor Maslov.

El sonido de las copas de Marcos y Andrei chocando en un brindis volvió a hacerme pegar un brinco sobre la silla, no sabía si le había

contado la verdad sobre lo que hizo mi padre o si, por el contrario, decidió encubrirnos.

Estábamos en grave peligro.

CAPÍTULO 14

MARCOS



El trago de vino bajó por mi garganta.

Sentí una fuerte acidez en el momento en el que volví a escuchar su nombre.

Ángela.

La culpabilidad por no estar furioso y deseando vengar su muerte, asaltaba mi mente día y noche.

Me producía más dolor el hecho de que ya la estuviese olvidando a la realidad de haberla perdido.

¿Tan mal hombre era?

Por supuesto que prefería que siguiese viva. Era una buena chica, alegre, feliz y muy importante para nosotros, una más de la familia.

Pero mi vida seguía adelante como de costumbre y eso era lo que me jodía, que pudiese seguir con tanta facilidad, lo que me llevaba a preguntarme si acaso yo era una especie de ser insensible y que por eso nunca conseguiría encontrar a alguien que me quisiera. No lo merecía.

—Siento mucho tener que decirte esto, esperaba que Salvatore te diese la noticia, pero ahora mismo está de mierda hasta el cuello, las cosas no van del todo bien.

Andrei se dejó recaer sobre la silla, el camarero nos trajo dos chuletones con patatas encebolladas al romero.

—¿Está muerta?

Dando otro trago, no pude hacer más que asentir.

—Mierda… ¿Sabéis ya quién ha sido?

Jugar con los sentimientos de las personas no era lo más honorable del mundo, pero en nuestro mundo, las normas eran totalmente diferentes.

—Aun no, alguien nos traicionó y abrió los accesos de las puertas blindadas para que entrasen. Reaccionamos rápido, Ángela y un hombre más fueron las dos únicas bajas que tuvimos.

Andrei balanceó la cabeza, cortando la carne para llevarse un pedazo a la boca, este tío estaba hecho de otra pasta, si yo me consideraba insensible, lo suyo ya estaba a otro nivel.

Vio como mataban a toda su familia siendo un crio y no derramó ni una puta lágrima.

El padre de Salvatore, Vládimir Carusso, se lo llevó y le crio junto a mi jefe por años, por eso es que nos conocíamos y éramos tan íntimos. Finalmente, cuando creció, decidió volver a Rusia y seguir su propio camino.

A él no le dolía nada, pero se vengaba de todo.

Era como si siempre estuviese deseando buscar un pretexto para poder cargarse a cuanta más gente, mejor.

—Así que mi hermano está en apuros.

Con hermano, se refería a Salvatore.

—Sin las familias líderes las cosas están siendo un tanto complicadas, pero lo conseguiremos. Ya sabes cómo somos, no nos rendimos. Nunca.

—Quizá deba ofrecerle el apoyo de mis hombres, mandarle unos cuantos a Marbella.

—Te lo agradecería muchísimo.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Un italiano de sangre caliente en Rusia?

—Pues hago lo mismo que un ruso en la Costa del Sol— reí, recordándole los buenos años que pasamos juntos cuando éramos chavales—. Joder, qué tiempos.

—Y qué lo digas, ojalá poder volver atrás, ¿eh?

Volvimos a brindar y beber.

Probé las patatas, estaban increíbles.

Andrei murmuró algo en voz baja, sabía lo que le sucedía, al parecer algunas cosas no cambiaban.

Las voces en su cabeza.

—Pues estoy aquí por asuntos de Salvatore— mis ojos se desviaron hacia esa espalda desnuda, tan solo con unas tiras plateadas cruzándola de lado a lado, el vestido continuaba justo donde terminaban sus caderas y comenzaba ese precioso y perfecto culo—. Narcisa Ivanov se va a casar con Gabriel, ya sabes, estábamos buscando alianzas para fortalecernos y me toca vigilar a las princesas. Diez años, no sé cómo voy a soportar esto sin pegarme un tiro.

Andrei se llevó la mano al pecho.

—Sobra decir que mi manicomio es tu casa.

Agradecí su gesto con amabilidad, volviendo a ojear a Violeta, Egor le hablaba sonriente, con cara de idiota, mientras ella tenía una expresión neutra en el rostro, la pobrecita estaba aburrida como una ostra, conmigo se lo pasaría mejor.

—Pero, ¿Narcisa Ivanov? Los Ivanov no son tan importantes. Creo que Salvatore podría casar a su sucesor con una chica más interesante.

Sus palabras hicieron que volviese a prestarle atención, este se dio cuenta de dónde estaban mis ojos y mis neuronas y toda mi persona, girándose para ver a Violeta.

—Ella se va a casar con Maslov, son la familia más fuerte de Rusia —. Andrei Kiev alzó una de sus cejas, como si acabase de insultarle —. Después de ti, pero tú no cuentas. No tienes una hija, ni quieres formar parte de los seis.

—Ten cuidado con Maslov, pueden volverse en vuestra contra con mucha facilidad, Marcos.

—Lo sé, cuando ellos van, nosotros venimos. Al final habrá sangre, lo único que queremos son sus hombres.

—Bien pensado— brindamos una vez más, ya solo nos quedaba el culo de la botella—. Cuenta conmigo si necesitas ayuda, sabes que no me gusta ni la calma, ni la paz, ni la tranquilidad, llevo tiempo aburrido.

—Lo sé, Andrei, es de agradecer.

La mano de Egor fue a la mejilla de Violeta, mi cuerpo se tensó demasiado rápido, más de lo que esperaba.

Yo no era un hombre celoso, ¿cómo iba a ser celoso si ninguna mujer me había importado nunca? Así que este impulso, era totalmente nuevo y desconocido.

¿Qué cojones?

Violeta se dejó acariciar, sin devolverle la muestra de afecto, manteniéndose totalmente tensa, pero tampoco rechazándole.

Por algún motivo también incompresible para mí, me molestó.

—¿Y tú, Leone? ¿Qué planes tienes para ti?

—¿Planes?

La pregunta me pilló desprevenido.

¿Qué planes tenía yo para mí? Ninguno.

Yo no era nadie, además, me acababa de sacrificar por diez años a cuidar de dos crías, ¿qué planes iba a tener? Mis negocios con el mercado de órganos quedaron en manos de Salvatore durante mi ausencia y cuando volviese, ya sería tarde para intentar retomar nada.

Mis días cómo líder estaban contados.

Destinado al fracaso desde aquel viernes trece en el que nací.

Tal vez, mi madre tuviese razón.

O tal vez, no se me daba bien tomar buenas decisiones.

—Por ahora, cuidar a esa mocosa— señalé con la cabeza hacia la mesa de Violeta, Égor me asesinó con la mirada y yo hice lo mismo, dejándole claro que si quería problemas, los tendríamos.

—¿Y no puede encargarse otro? Marcos, eres uno de los seis y tu apellido podría ser el comienzo de una leyenda dentro de la mafia. Cásate joder, busca a una mujer que te agrade lo suficiente como para que se te ponga dura y poder preñarla y ya.

—No quiero hijos, Andrei, lo sabes.

No iba a traer más monedas de cambio al mundo, ni de puta coña.

—Bueno, pues ten gatos, o perros, o un puto hámster, pero cásate, Marcos.

—¿Y qué hago con esa? — Me referí a Violeta.

—Lo que te he dicho, que la follen, que se encargue otro. Si quieres puedo hablar con Salvatore para poner a uno de mis

hombres y tú te vuelves a España y empiezas a buscar mujer, o te quedas aquí, en mi manicomio, te puedo presentar unas rusas que… — Se chupó los dedos.

¿Otro hombre cerca de la princesa?

No me hacía ni puta gracia.

Y que no me hiciese ni puta gracia, me hacía menos gracia todavía.

—Bueno, lo pensaré.

Mi respuesta real era un claro «ni hablar, de Violeta me encargo yo».

Tal ver era un necio por creer en el destino, pero seguía pensando que, si mi camino era convertirme en un verdadero líder, sucedería de una forma u otra.

Lo que está para ti, es tuyo, lo tomes o lo dejes, siempre te pertenecerá.

Y si no lo era, entonces, hiciese lo que hiciese, no iba a suceder.

Así que mientras el universo se rompía las pelotas poniendo obstáculos en mi camino, yo seguiría comiendo, bebiendo y poniéndome cachondo con la princesa.

La luz del restaurante se volvió más tenue, música tocada por un piano acompañado de un violín comenzó a sonar, mientras algunas parejas se levantaban a bailar.

Andrei chasqueó los dedos y cuatro chicas preciosas se acercaron a nosotros.

Las cuatro eran altas, de piernas infinitas, rubias y esbeltas.

Dos de ellas se sentaron en cada una de las piernas de Andrei, y las otras dos, hicieron lo mismo conmigo.

—Pero qué amigo tan guapo tienes An, y qué calladito te lo tenías.

—Este hombre folla como un Dios, he sido testigo de ello—. Comentaba mi colega ruso, mientras Violeta giraba el cuello como si fuese la niña del exorcista, viendo a esas dos mujeres sentadas sobre mí.

Rodeé sus cinturas con mis brazos, pegándolas más a mi cuerpo.

Ella le dio la mano a Egor.

Mmm…

—Pues nosotras queremos probar a este Dios.

La que tenía a la derecha, me sacó el pañuelo negro del bolsillo del traje, metiéndolo entre sus pechos para que tuviese que tocarlos si quería recuperarlo.

Lo hice.

Con los dientes.

Violeta se levantó de la mesa mientras las chicas se reían a carcajadas, Egor colocó su mano en la espalda desnuda de la princesa y mi cabeza me gritó que estas cuatro mujeres juntas no equivalían ni a un veinte por ciento de la belleza de la princesa.

—Marcos, tienes a dos rubias despampanantes encima, deja de mirar a esa niñata.

Niñata.

—Solo hago mi trabajo, recuerda que me encargo de su seguridad — la hostilidad en mi tono de voz le hizo darse cuenta de lo cabreado que empezaba a estar.

Esto parecía divertirle. Otro idiota.

Las rubias despampanantes no eran para mí.

Ni las piernas infinitas.

Yo prefería esa melena castaña con toques cobrizos y esos ojos almendrados.

Y su cuerpo pequeño, con ese cuello de aspecto suave y delicado que debería caberme completo en una sola mano.

La princesa me ponía cachondo, pero no como cualquier mujer podría ponerme.

Ella tenía un morbo especial.

Bah, qué importaba.

Pedimos otra botella y seguimos bebiendo.

Tras echar una partida de póker sobre la mesa con Andrei, en la que nos apostamos la polla — sí, el que perdiese se tenía que cortar la polla y regalársela al otro para que se hiciese un llavero con ella —, finalmente decidimos que preferíamos ir a la pista de baile antes de terminar castrados.

Kiev empezó a bailar con Melani que, al parecer, era su favorita. Yo me quedé con las otras tres.

Mi cuerpo se movía lentamente mientras Elena se abrazaba a mi cintura y tanto Svetlana como Olga, estaban enganchadas a cada

uno de mis brazos.

Era un puto imán para las tías, joder.

Mi espalda chocó con la de Egor, sin querer queriendo, entorpeciendo el baile de los prometidos.

Los ojos de Violeta casi se salieron de las cuencas al verme con las tres rubias enganchadas y, aun así, bailando mejor que su futuro esposo.

Me contuve las ganas de decirle:

«*Tengo la polla libre, por si quieres unirte, cariño*».

CAPÍTULO 15

VIOLETA



El cuerpo de Egor era como un bloque de hormigón, tal vez él fuese demasiado grande o yo demasiado pequeña, o tal vez, éramos totalmente incompatibles y el universo nos lo intentaba decir de alguna manera.

Mis pies a veces pisaban los suyos, y otras, sus pies pisaban los míos que, llevando un calzado descubierto, no era nada agradable.

Marcos ya no estaba en el restaurante, bailó como si lo llevase haciendo desde que empezó a dar los primeros pasos cuando era niño y esas tres mujeres no dejaron de reír y divertirse. Él también era grande, pero sabía moverse de maravilla.

Estuve más tiempo pendiente de su baile que del mío y eso me frustró demasiado. Era mi primera cita con un hombre al que no quería, pero que debía conocer y aprender a tolerar de alguna manera.

Por mi bien.

Mientras en mi mente todos los planes de escape fuesen un ridículo fracaso, debería seguir sobreviviendo y haciendo lo mejor por mí misma y mi propia seguridad.

Las manazas de Maslov intentaron bajar desde mi cadera al culo en una infinidad de ocasiones. Tuve que apartarme, fingir que me dolía algo o decir que tenía sed y salir corriendo a la barra.

Y mientras tanto, mi guardaespaldas pasándolo increíble con tres rubias de piernas interminables.

Imbécil.

No es que me importase lo que ese mujeriego hiciese, en absoluto, pero se encontraba en horas de trabajo, era una falta de respeto.

Aunque al menos, no se chivó de lo de Ángela a Andrei.

Encima de todo, tendría que darle hasta las gracias.

Mierda.

—Estoy un poco cansada, Egor— traté de poner mi tono de voz más inocente—. Me gustaría regresar.

Él parecía también estar cansado de este coñazo de cita, seguramente en su cabeza tenía el pensamiento de: *¿para qué seguir perdiendo el tiempo aquí si no vamos a follar?*

Conservaría mi virginidad hasta la noche de bodas, eso era parte del trato.

Más que por respeto a mí misma, era por él. Como no viviríamos juntos hasta ese momento, quería asegurarse de que cuando llegase a sus manos, mi coño sangraba como muestra de mi virtud.

Si me desvirgaba ahora, podría acostarme con alguno de los hombres de mi padre sin que constase en ninguna parte.

Los hombres de mi padre.

Eran guapos y las sirvientas me contaban cosas bastante curiosas, pero nunca me interesó experimentar nada con ninguno de ellos.

—Perfecto, te avisaré cuando tenga un hueco para la próxima cita.

Un hueco.

Cuánto romanticismo.

—Sé lo ocupado que estás siempre, no te preocupes, ha sido un placer— sonreí con tanta falsedad que sentí que podría haber sido Judas Iscariote en mi otra vida.

—Igualmente, amor— su manaza dio una palmadita en mi trasero, mientras caminábamos hacia el exterior.

Marcos estaba recostado en el asiento del conductor, mirando hacia abajo. Tal vez estuviese viendo porno en su teléfono, no me extrañaría lo más mínimo.

El corazón me pegó un brinco ante la idea de perder de vista a Maslov y volver a estar a solas con el italiano.

«*No le veas de esa forma, es un mujeriego y no es para ti*». Me dije a mí misma, notando un frío beso en mi mejilla.

Sin alargar más la despedida, fui caminando hacia el coche, pues Marcos lo movió de sitio, alejándose. Egor ya estaba dentro de su auto y arrancando el motor, tocó el claxon cuando pasó por mi lado casi atropellándome. En menos de un minuto, se había esfumado.

En medio de la carretera, con los hombros caídos y fijándome en el horizonte, deseé poder hacer lo mismo mientras se me escapaba un suspiro.

Subirme a un coche y desaparecer.

Era una princesa, joder, ¿por qué nunca nadie intentaba secuestrarme?

En realidad, no eres una princesa.

«*¡Cállate!*» le chillé a mis pensamientos intrusivos, estaba harta de discutir hasta conmigo misma.

Los tacones volvieron a resonar contra el asfalto, Marcos parecía muy entretenido en lo que hacía, solo esperaba no pillarle masturbándose porque entonces me daría un jodido infarto al corazón.

Una vez pillé sin querer a Niko y teniendo en cuenta que era un señor algo mayor, fue bastante desagradable.

Mi mano agarró la manecilla de la puerta, tirando de mal humor, metiendo uno de mis pies en el interior del auto y...

—Pero, ¡¿qué es esto?!— Jamás hubiese imaginado una cosa así.

¡LO IBA A MATAR!

La rubia que se encontraba de rodillas dónde iban los pedales del coche, me miró totalmente aterrorizada.

—¡Marcos! ¿Estás casado? —Su voz sonó de lo más afligida.

—Que va— la mano del italiano fue a la cabeza de la chica, empujándola contra su entrepierna—. Tú sigue por donde ibas. Y tú — sus ojos se clavaron en mí, totalmente aburridos y sin mostrar emoción alguna, como si esto fuese algo rutinario en su vida que hacía por hacer—. ¿No deberías seguir ahí dentro con tu prometido? ¿Mmm?

Marcos tenía la cremallera del pantalón bajada y bajo esta, podía apreciar un enorme bulto cubierto por la tela negra de un bóxer. La

tira elástica se adhería al final de una marcada V y un fino hilo de vellosidad castaña sobre una piel canela brillante y suave.

El muy cabrón era precioso.

—¿Princesa? ¿Hola?

—¿Por qué la llamas princesa? — La rubia que seguía ahí de rodillas, con su mano sobre la entrepierna enfundada en la ropa interior de mi guardaespaldas, tenía una ligera mueca de enfado.

—Que se baje del coche, ahora mismo— fue todo lo que dije, con las mejillas tan rojas como el semáforo que teníamos delante—. ¡Ya, Marcos! — Mi último gritito sonó casi cómico.

Dejando su nuca caer sobre el reposacabezas del sillón del conductor, tan solo masculló un rápido:

—*Merda.*

Abrió la puerta que tenía al lado y, aun espatarrado y con la bragueta abierta, le hizo un gesto con la cabeza a la chica para que se marchase.

Me dio pena incluso a mí.

Esta, totalmente indignada, salió del auto con sus zapatos en la mano, volviendo al restaurante maldiciendo y sollozando.

—Has herido sus sentimientos— recriminé, no pudiendo evitar mirar de reojo como se subía la bragueta y ocultaba esa cosa enorme que tenía entre las piernas.

Dios santo.

—Y tú has herido los míos.

Me estaba tuteando, más las copitas de vino que al final tomé me tenían lo suficiente *piripi* como para dejarlo pasar.

—¿Yo? — Me dolía un poco la cabeza, agradecí el momento en el que el coche se puso en marcha y comenzamos a alejarnos del lugar, ojalá esta noche no regresásemos al castillo—. Oye, ¿tú serías capaz de secuestrar a una persona?

Diablos, ¿qué estaba diciendo?

—Ya he secuestrado a muchas, es un coñazo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Lloran, patalean, suplican, te hacen chantaje emocional y a veces terminas cogiéndoles cariño, al final cuesta más matarlos.

Tragué saliva.

No era del todo la respuesta que esperaba.

—Oye.

—Qué.

Borde.

—¿Siempre los matas?

—No, a algunos los dejo en la comisaría de policía para que me denuncien.

—¡Oye!

—¡¿QUÉ?!

—No uses el sarcasmo cuando estoy borracha, me cuesta el doble defenderme.

Sin darme cuenta, le estaba haciendo pucheritos.

Ya no llevaba la chaqueta gris del traje, solo esa camisa negra aferrada a cada uno de sus músculos, la forma tan masculina y espectacular de su cuerpo era para quedarse hipnotizada mirándole por horas.

Simplemente era increíble.

Un hombre demasiado bien hecho.

—¿Borracha? — Se burló—. Pero si casi ni has bebido.

—Qué sabrás tú.

—Sé hasta las veces que ha intentado tocarte el culo ese gilipollas.

Volví a enrojecerme, no pensaba que se hubiese dado cuenta.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque no he dejado de mirarte.

Más calor en mis mejillas, y en mi frente, y en mi boca, y en mi estómago.

Joder.

—Pues no sé por qué me mirabas, teniendo a esas tres chicas increíbles contigo.

Esperaba un: *porque es mi trabajo, para vigilarte, porque soy tu guardaespaldas...*

Sin embargo, se encendió un cigarro, abrió la ventanilla, dejó su brazo salir ligeramente mientras conducía con la mano derecha y añadió:

—Tú eres más guapa.

El calor del estómago bajó a mi zona íntima, era la primera vez que un hombre me coqueteaba y me gustaba que lo hiciese.

¿Este era el cosquilleo del que hablaban las sirvientas?

Wao, se sentía increíble.

—Gracias— no supe si fue el alcohol o qué, según Marcos bebí poco, aunque teniendo en cuenta que yo no bebía nunca, para mí era mucho—. Tú tampoco estás mal.

Queriendo morir de la vergüenza tras soltar aquello, abrí un poquito también la ventanilla y eché la vista al exterior, fijándome en el paisaje.

Pronto dejaríamos la ciudad y todo serían bosques, montañas y nieve.

—No has comido mucho.

Su respuesta fue la que menos esperaba a mi cumplido.

Lo ignoró completamente.

—No.

—Pero tienes hambre.

Las tripas me rugían desde antes de subir al coche.

—Sí.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—El sushi, hay uno en concreto, se llama *california roll*, está relleno de cangrejo, pepino, mango y aguacate, rebosado en masago naranja, es delicioso.

La boca se me hizo agua solo de pensarlo, vendería mi alma al diablo por pegarme un atracón de sushi.

—Genial.

Marcos giró el volante de una forma un poco brusca, tomando un desvío que nos alejaba del camino de vuelta a casa.

—¡¿Qué haces?!

—Secuestrarte.

Mis ojos se abrieron como platos, la respiración se me cortó y casi le escupí un pulmón en la cara.

—Pero ¡¿qué coño?! Marcos, ¡no quiero morir! ¡Te chantajearé muchísimo! ¡No podrás con el cargo de conciencia! ¡No vas a ser capaz de dormir tranquilo nunca más!

Pum, pum, pum.

El corazón me pegaba hostias en el pecho, latía tan fuerte que dolía.

Tenía la adrenalina por las nubes.

Retiro lo dicho, universo, no quiero ser secuestrada, por favor, por favor.

—Cálmate— una preciosa sonrisa de dientes blancos y perfectos hizo que el oxígeno volviese a mí, que fuese tan guapo me tenía más idiotizada incluso que el alcohol—. Solo vamos a probar un par de *california rolls* de esos.

Parpadeé perpleja, mi estómago volvió a rugir, ignorando el susto que acabábamos de tener.

—Entonces, ¿me vas a secuestrar o no?

—Sí.

Ay, madre mía.

—Pero, ¿me vas a matar? ¿Eh? ¿Me vas a usar para que te lleve al mejor sitio de sushi y luego me asesinarás?

—No.

—Vale.

Me acomodé en el asiento, el muy imbécil ahora me tenía intranquila.

Tampoco podía fiarme del todo de su palabra.

La otra opción era saltar del coche hacia la carretera y teniendo en cuenta la velocidad a la que íbamos, mejor me quedaba aquí sentadita confiando en la buena fe de este sicario.

—Y después del sushi, ¿qué? ¿Qué harás conmigo?

—Se acabará el secuestro y te llevaré de vuelta a casa, a no ser que prefieras alargarlo un poco más, princesa.

Esa cara de asesino arrebatador que llevaba como complemento mortal a todas partes, se giró hacia mí, guiñándome un ojo, haciéndome humedecer la ropa interior.

—Voy demasiado arreglada para ir a un sushi, no puedo aparecer en un restaurante de esa categoría con un abrigo de como este.

—No te pongas el abrigo entonces.

—¡Pero hace frío! ¡Estamos en Rusia!

No quería pillar un maldito resfriado, lo pasaba fatal.

Marcos alargó su brazo hasta el asiento trasero, cogiendo su chaqueta gris, la dejó caer sobre mis piernas.

—Solucionado, te pega con el vestido.

CAPÍTULO 16

VIOLETA



Excesivo.

Esa era la palabra que mejor nos describía en este momento.

Yo con un vestido plateado, tacones de diamantes y rubíes por pendientes.

Él con un pantalón de pinza, mocasines y una camisa negra con corbata.

Su chaqueta gris sobre mis hombros la cual me quedaba como un traje, embriagándome en ese maldito olor a madera y cuero.

Una parte de mí se reía al imaginar a Bianca celosa por esta escena.

No obstante, ahora mismo éramos el objetivo de todas las miradas.

Sentados en la mesa más alejada de todas, teníamos un par de refrescos gaseosos y cuatro *rolls* de sushi.

Marcos separó sus palillos chinos, esperando que yo hiciese lo mismo.

Lo hice.

—¿Este es el que decías? — Cuestionó, ignorando a toda la gente en vaqueros que nos miraba desde sus asientos, escuché a una chica decirle a su novio que seguramente éramos famosos.

Otra nos hizo una foto y empezó a buscarnos en *Internet*.

Los palillos chinos de Marcos atraparon un pedazo de arroz envuelto en masago naranja.

Aunque fuese una tontería, me hizo ilusión que me dijese qué le parecía.

—¡Muy bueno! — exclamó, asintiendo para sí mismo—. Pero, yo lo haría mejor.

Metiéndome un pedazo de sushi mojado en soja en la boca, esperé a masticar y tragar para seguir aquella conversación.

—¿Sabes hacer sushi? ¿Qué piensas que podrías mejorar?

—Me gusta mucho la cocina, me ayuda a desestresarme.

Vaya, nunca lo hubiese imaginado.

Marcos probó el *roll* de langostino en tempura, este pareció agradarle más, aunque al final hizo una mueca que significaba otra crítica.

—La tempura no está del todo bien, el agua no estaba fría seguramente.

—¿Cómo puedes saber eso solo con probarlo?

Seguí comiendo demasiado rápido para mi gusto, la ansiedad que me produjo la cita con Egor empezaba a dar señales de su llegada.

—Es difícil de explicar. Al california le han puesto demasiada mayonesa, tiene que llevar menos para que se aprecie mejor el sabor del cangrejo y ¿ves esto? — Se inclinó hacia mí, desmenuzando con los palillos un trozo de sushi—. El arroz está muy cocido, debe quedar el grano entero.

Vaya, tenía razón.

—No sabía que te apasionase tanto la cocina.

Marcos sonrió, llevándose otro pedazo a la boca, le imité.

—Es lo que me hubiese gustado ser si…— las palabras quedaron suspendidas en el aire.

—¿Si no formases parte de este mundo?

—Sí.

Cocinero.

El líder de una de las seis familias soñaba con algo tan humilde y común como ser cocinero.

Mi corazón se ablandó ligeramente.

—¿Te gusta tu vida, Marcos?

Necesitaba hacerle esa pregunta, tal vez era demasiado íntima y si no fuese por las copitas de más, sé que no la hubiese hecho.

—No, ¿y a ti la tuya?

Negué, tomando un sorbo de refresco.

—Tampoco.

—Supongo que no quieres casarte.

Hablar de ello con él resultaba difícil, me daba vergüenza, pues era mostrar una cicatriz muy profunda.

Que papá me vendiese al peor hombre de Rusia, formó una brecha en mi corazón que sangraría hasta el último día de mi vida.

—Prefiero no hablar de ello, por favor.

—Claro, no te preocupes. Disculpa si te he hecho sentir mal.

¿Marcos pidiendo perdón? Definitivamente, a él también le estaba haciendo efecto el alcohol, aunque conducía fresco como una lechuga.

El italiano miró la hora en su reloj de pulsera, los camareros empezaban a recoger las mesas y sillas de la terraza, estaban a punto de cerrar.

—Voy a pagar— comentó, con una expresión neutra.

No sabía si nuestra conversación le gustó o incomodó, o si tan solo se encontraba absorto en sus pensamientos.

Cuando abandonó la silla para ir a la barra, detuve mi vista sobre los platos de sushi vacíos, sintiendo otro revoloteo de mariposas en el interior del estómago.

Esto era lo que debería haber sentido en mi primera cita con Egor.

No fue así.

—Violeta, ¿estás lista? — Di un saltito al escuchar mi nombre siendo pronunciado por esa voz tan jodidamente aterciopelada y masculina, siempre solía llamarme *princesa*, pero entendía que en un lugar como este se sentiría extraño referirse a mí de esa forma en público.

Nada más ponerme en pie, él colocó mi silla en su lugar. Caminamos juntos hasta la salida.

—¿Cuánto te ha costado? Para darte la mitad— no me gustaba que me pagasen las cosas.

—Conmigo las mujeres guapas nunca pagan.

—¿Y las que no son guapas?

—Todas las mujeres son guapas, aunque unas más que otras.

No sabía de qué forma tomarme ese comentario.

—¿Quieres decir que te gustan todas?

— Que una persona sea guapa no quiere decir que te guste, princesa.

Vaya, todo parecía volver a la normalidad.

—Ya, pero… me confundes— arrugué el ceño, pensando que mis neuronas seguían alcoholizadas y era mejor cerrar el pico.

Una vez estuvimos en el interior del vehículo, él accionó la calefacción, mirándome con diversión.

—Ya puedes quitarte mi chaqueta.

Mierda.

Sí.

Podía.

Pero… ¿quería?

La verdad es que no.

Se sentía calentita, olía bien y era reconfortante.

—Prefiero dejármela puesta.

Sin debatir mi decisión, hizo rugir el motor para volver a conducir. La carretera estaba casi vacía, las luces de la ciudad se veían cada vez más apagadas y lejanas, era la hora de volver a casa.

Mi secuestro llegó a su fin.

—Marcos.

—¿Sí?

—Gracias por no contarle lo de Ángela a Andrei.

Necesitaba decírselo y hoy sería más valiente que cualquier otro día. Mañana cuando despertase de la primera resaca de mi vida, solo querría borrar esta noche de mi mente.

Aunque había ciertos detalles que prefería que se quedasen conmigo para siempre.

Como por qué el *california roll* debe llevar menos mayonesa.

O cuando saber si el arroz se ha cocinado demasiado.

Incluso el calor y el aroma de esta chaqueta.

—De nada.

—No eres tan mala persona como pensaba.

Su mirada se tornó oscura, el volante volvió a girar, desviándonos para meternos en un callejón sin salida.

—Sí que lo soy. El único motivo por el que no se lo he contado, es porque quiero negociar contigo.

De nuevo, el corazón empezó a latirme como si fuese a sufrir un ataque cardíaco.

Maldita sea, me había confiado.

No debí subir al coche, tenía que haber pedido un jodido taxi.

—¿Negociar?

—Ajá.

—¿Qué diablos quieres, Marcos?

—Me jodiste la mamada de antes.

¡Oh, por Dios!

—Bueno, pues lo siento muchísimo, pero estabas en horario laboral.

Su ceja izquierda se arqueó, mostrándome una cara de muy pocos amigos, todo mi ser tembló bajo la chaqueta.

—No soy un puto guardaespaldas, Violeta. Lo hago por Salvatore, pero nunca me voy a comportar como uno más de tus sirvientes, ¿te queda claro?

Asentí, ponerme a discutir o como una histérica en un momento como este no era inteligente.

«*Si no puedes con el enemigo, únete a él*». Ese era mi lema.

—De acuerdo, siento haber jodido tu mamada, pero bueno, siempre puedes hacerte una paja en la du…

Su mano tapó mi boca, sentía como su fuerza me aprisionaba contra el asiento, teniéndole cerca, jodidamente cerca de mí.

Como un león a punto de devorar una presa.

—El negocio consta en lo siguiente, tienes dos opciones.

Asentí, dispuesta a escucharle.

Recordé el cuchillo que llevaba en el muslo izquierdo, era una idiotez tratar de usarlo, no sabía usar un arma y él sería más rápido.

Solo conseguiría cabrearle.

Estaba segura de que tan solo lo puso ahí para meterme mano.

De nuevo, calor.

Dios, ¿estaba enferma?

Definitivamente, sí.

Sus labios se acercaron al lóbulo de mi oreja, sintiendo su aliento cálido contra mi piel, erizando los vellos de mi nuca.

—Tienes que elegir entre chuparme la polla o dejar que te coma el coño. Voy a poner una canción en esa radio y cuando termine, meterás tu cabeza en mi entrepierna o te abrirás para mí. Lo que más te haga disfrutar, Violeta.

Pum, pum, pum.

De nuevo, me faltaba el aire.

Y de nuevo, no me reconocía a mí misma.

No estaba asustada, no estaba nerviosa.

Le deseaba.

La mujer que llevaba reprimida en mi interior, teniendo que ocuparse de Narcisa, preocupándose por las terribles decisiones que siempre tomaba mi padre, rompiéndose la cabeza para tratar de averiguar porqué murió mamá, se sentía sola y abandonada, casi sin vida, casi convertida en una piedra de hielo.

Pero este hombre, estaba comenzando a revivir a esa mujer que ya incluso olvidé.

Porque esa era la realidad. Mi vida estaba tan vacía y era tan gris que me refugiaba en pensamientos y escenarios irreales para poder sobrevivir y salir adelante.

Ya no sabía ni quien era.

Pero ahora mismo, todo eso era distinto.

Estaba verdaderamente secuestrada, con un sicario, dentro de un coche, en un callejón sin salida.

Él tenía el poder de hacer conmigo lo que quisiese, pero al menos, me estaba dando a elegir.

Chupársela o dejar que me lo hiciese a mí.

Nunca nadie me dio a elegir nada. Siempre tuve que obedecer órdenes.

Pero esta vez, tenía la oportunidad de ser usada, o de usarle.

Born to die de Lana del Rey dejó de sonar, su cigarrillo fue lanzado fuera de la ventanilla y esta se cerró a cal y canto, junto con el seguro del coche.

—¿Y bien?

Sintiendo una gota de sudor frío bajar por mi piel caliente a causa de la calefacción, de su chaqueta y del sofoco, me retiré la prenda para dejarle ver de nuevo el escote del vestido.

—Tú me lo haces a mí.

La satisfacción brilló en su mirada, como si esa fuese exactamente la respuesta que esperaba.

CAPÍTULO 17

VIOLETA



Estábamos en mitad de aquel callejón, creía que lo haríamos en el coche, pero no.

Marcos parecía tener otros planes.

Se le veía tranquilo, con las manos en los bolsillos, yo volvía a llevar el abrigo y él su chaqueta.

Me hizo un gesto con la cabeza para que entrase en la puerta del hostal frente al que aparcamos.

Lo tenía bien pensado.

Ay, madre mía.

¿En qué momento ideó todo esto su macabra mente?

—Solo prométeme una cosa— supliqué—. Seré una buena chica, haré lo que quieras, pero no me mates. Narcisa me necesita. Tampoco le cuentes nada a Andrei.

En respuesta a mi súplica, asintió, repitiendo el mismo gesto con la cabeza de «*entra*».

Joder.

Me costaba caminar erguida, él pareció darse cuenta, tomándome por la cintura para ayudarme a ir recta sin tropezar.

Suponía que esto era causa del alcohol, el miedo y la adrenalina.

Más el miedo que sentía no era como el que me producía estar a solas con Egor.

Era un miedo cautivador, de esos en los que te apetece sumergirte y envolverte aun consciente del peligro.

Era un miedo que podía saborear como agridulce.

Yo quería vivir esto.

La calefacción del lugar volvió a arroparnos, dejando el frío de Rusia tras la puerta, un chico de unos diecisiete años masticaba chicle mientras miraba el móvil en la recepción. Se veía que era un hostal pequeño y familiar y que este niño hacía guardias.

—¿Tenéis reserva? — Preguntó, sin siquiera mirarnos a la cara.

Pude ver la molestia reflejada en Marcos, fue como si de repente él fuese transparente para mí, adivinando su pensamiento de sacar la pistola y dispararle.

—¿Puedes mirarme cuando me hablas al menos?

La voz de mi acompañante hizo que al chico se le cayese el móvil de las manos, mientras se atragantaba con el chicle.

Pensé que sería algo puntual, pero su cara empezó a volverse púrpura, se estaba ahogando de verdad.

El chaval nos miró en señal de auxilio mientras intentaba golpearse la espalda a sí mismo, Marcos sacó su móvil y puso el cronómetro.

—¡¿Qué haces?! —Chillé, queriendo pasar al interior de la recepción para ayudarle.

—Solo quiero saber cuánto tardará en morirse.

—¡Marcos, joder!

Deshaciéndome del abrigo, agarré al pobre adolescente desde atrás para hacer fuerza con mis puños cerrados en su estómago.

Vi muchos videos sobre como auxiliar a una persona en estas circunstancias, pues una vez estuve a punto de morir asfixiada de pequeña cuando un sorbo de agua se me fue por el otro lado y siempre me daba terror que a Narcisa pudiese pasarle lo mismo.

—Así no lo vas a salvar—. Marcos se rascó una ceja, inclinando el cuello para ver la mala cara de mi pobre víctima.

Joder, no sabía si le estaba salvando la vida o matándolo más rápido.

—¡Haz algo!

—¿Por qué? Ni siquiera nos ha saludado con educación.

—¡Marcos! ¡Estás en horario laboral! ¡Sálvale la vida, joder! ¡Es una orden!

Mi guardaespaldas, que era más cabrón de lo que parecía y el cual ahora mismo se había convertido en mi secuestrador, sacó la pistola de debajo de su chaqueta y disparó a los pies del chico, esto le produjo tal susto que el chicle salió disparado al exterior.

—¡Joder! ¡Joder! — Gemí, tratando de lograr respirar bien yo también.

Casi me ahogaba con él, hostias.

—Gra...Gracias...— El chico me miraba confuso, sin entender por qué este hombre estaba armado.

Quizá se le pasase por la cabeza llamar a la policía, tenía entendido que las autoridades nunca molestaban a los líderes, pero tampoco quería comprobarlo.

Debía encubrir a Marcos.

— Es mi guardaespaldas, viajamos lejos y vamos a hacer una pequeña parada, por eso es que va armado.

—Ah— pude apreciar como volvía a tener color en la cara, pues después de lila pasó a ser pálido—. Genial, disculpen que estuviese distraído, les... les dejaré la...suite. Sí, es la habitación más bonita que tenemos, el precio es...

La *Black Card* de Marcos se estampó sobre la mesa.

—Lo que sea, cóbrate y dame las llaves— sus ojos verdes relucían de molestia, como si estuviese cabreado porque le ordenase salvarle —. Ya.

—Sí, señor, ahora mismo — tecleando algo en su ordenador y bastante nervioso, se pasó la mano por el pelo para buscar mi mirada y preguntar: — ¿Una cama o dos?

—Dos.

—Una.

Dijimos al unísono.

Nos fulminamos con la mirada.

—Mmm...— El recepcionista estaba cada vez más nervioso e indeciso, finalmente puso sobre el mostrador dos tarjetas—. La habitación 49 tiene dos camas individuales y la 50 una doble, id a la que queráis.

Yo quise coger la 49, Marcos fue más rápido, apartando mi mano para coger la 50, tras hacerme una pequeña llave en la que me dejó

totalmente inmovilizaba y pegada a su cuerpo, como si nos estuviésemos abrazando.

—Camina— me susurró al oído, noté la boquilla del arma contra la espalda.

Aún estaba tibia.

—Señora, ¿todo bien? — El chico se veía preocupado.

—Todo perfecto, buenas noches.

Empecé a dar pasitos sobre los tacones mientras sonreía sin parar, notando el cuerpo de Marcos totalmente pegado al mío, como una segunda piel.

Ardía, joder.

Y yo debía estar enferma porque lejos de asustarme, me ponía cachonda.

Una vez subimos los cuatro escalones que llevaban a la puerta del ascensor, este me cogió como si fuese un maldito saco de patatas, cargándome sobre su hombro para ir por las escaleras.

—¡Marcos! Marcos, ¿qué haces? ¡Suéltame!

—Como me meta contigo a solas en un ascensor, no llegas virgen a la boda.

Oh, mierda.

Dejé de patalear.

—¿Y en una habitación con una cama doble si podrás contenerte? No tiene mucho sentido lo que dices.

Sentí una fuerte cachetada en el culo.

Mierda.

Mis ojos se abrieron como platos mientras el calor que dejó en mi nalga iba directo a mi zona más sensible.

—¿Te has atrevido a darme un azote?

—¿Quieres otro?

—¡Lo del maldito ascensor era una excusa!¡Solo querías aprovechar la situación para tocarme el culo!

—Cierto, no sabes lo que me satisface haber logrado más que tu prometido.

Hijo de puta.

Así que de eso se trataba.

Dios…

—Estás enfermo.

—Seguro.

Joder.

Aun colgando en su hombro, sintiendo un poco de vértigo por lo alto que era, escuché como pasaba la tarjeta por el escáner para abrir la puerta.

Mierda, esto iba en serio.

Una vez entramos en una habitación de lo más coqueta y acogedora, con una cama de matrimonio al centro, cortinas color beige y paredes amarillo pastel, mis pies volvieron a tocar el suelo.

No pude evitar olvidarme de la situación, maravillaba por las flores en los jarrones, el calor de la calefacción, las mesitas de noche de madera clara con unas alegres lamparitas rosa pastel.

Olía a friegasuelos de marca blanca de supermercado y me encantaba, porque se sentía como el hogar de una familia normal.

—Siento que sea un sitio de mala muerte, el próximo secuestro tendrá más *glamour*.

—¿Mala muerte? —Mis tacones hicieron ruido al corretear hacia el baño. Marcos me siguió, pensando que intentaba huir, quedándose con una cara de «*no me jodas, tía*» cuando me encontró totalmente entusiasmada abriendo y cerrando el grifo de la bañera—. ¡Mira esto Marcos! ¡Cómo en las series!

Su expresión de horror me analizó de arriba abajo.

—Tu forma de hacerme chantaje emocional es de lo más extraña.

—¿Qué?

¿Chantaje emocional? ¿Cuándo?

—Me estás dando pena, deja de darme pena, hostias.

—Eres rarísimo— dejé caer en mi mano un poco de gel, oliéndolo.

No era tan intenso como los aceites del castillo, pero tampoco estaba mal.

—Habló la que se emociona por ver un grifo.

—No es el grifo, es la bañera.

—¡Te bañas en la piscina de un castillo! ¡Eso sí que es para flipar! —Ignoré su comentario, no podía dejar de oler los jabones, ver cómo hacían espuma, abrir los roperillos que estaban junto al espejo…

—Quiero un baño así en mi habitación, para mí solita— murmuraba haciendo pucheritos.

—Oye, cuando te canses de jugar con la bañera, vienes a la cama, ¿entendido?

Un escalofrío me atravesó completa.

—A,..a,..¿la-la ca-ma?

—¿Quieres que te coma el coño encima del váter?

—¡No! — Negué de inmediato.

Otra vez, tenía esa ceja alzada y esa cara de chulo que se me hacía irresistible, con los brazos cruzados a la altura del pecho, apoyado contra el marco de la puerta.

Dios, ¿ese hombre iba a estar entre mis piernas?

Ay, mierda.

Me iba a morir.

—Solo quiero darme un baño, por favor.

—Ni de coña— comenzó a chasquear los dedos, señalando hacia el interior de la habitación—. A la cama, ahora mismo.

—¡Una ducha rápida!

Jo, no podríamos tardar mucho en volver —si es que realmente tenía pensado llevarme a casa y no matarme, claro— quería saber lo que era darse una ducha normal.

—No puedes llegar con el pelo mojado al castillo, Violeta.

—¡No me mojaré el pelo! ¡Te lo prometo!

Mis manos se juntaron en posición de rezar, mientras repetía una y otra vez: *por favor, por favor, por favor.*

—Cuando termine contigo, nos damos una ducha rápida y volvemos.

Cuando termine conmigo.

Nos damos.

Volvemos.

No sabía que parte de esa frase me hacía estallar más el cerebro.

—Em…— necesité aclararme la garganta un poco—. Vale.

Su brazo seguía extendido hacia el interior del cuarto.

Volvió a chasquear los dedos.

—Pues a la puta cama. Ahora mismo.

Agaché la cabeza, caminando con el corazón a punto de estallar.

Una vez llegué al borde, me quedé mirando las almohadas, sin ser capaz de asimilar lo que iba a pasar a continuación.

—¿Tengo que desnudarme?

Cuando entró en el baño del palacio, me vio desnuda de cintura para arriba. Me sentí muy valiente acompañada de mis sirvientas y en los dominios de mi padre. Ahora las cosas eran distintas.

—Puedes dejarte el vestido puesto.

Vaya, que considerado.

—Marcos— suspiré, notando que me faltaba un poco el aire—. Es muy importante conservar mi virginidad, si la pierdo… estoy muerta.

—Tranquila— su cálido aliento acarició mi cuello, haciendo que diese un pequeño saltito por el susto, sus enormes manos agarraron mi cintura, impidiendo que me moviese. Mi cuerpo se rindió a sus pies en cuanto sintió el contacto físico, como si llevase toda la vida esperando este momento, como si se reconociese totalmente suyo —. Va a ser el primer encuentro sexual de muchos. Por ahora, me conformaré con esto.

—¿El primero de muchos?

—Ajá— sus labios atraparon el lóbulo de mi oreja, sintiendo su cálida lengua, mientras algunos de sus dedos acariciaban mi espalda desnuda, logrando que la piel se me pusiese de gallina—. Durante los diez años que voy a cuidar de ti, princesa, voy a hacer contigo lo que me dé la gana—. Sus labios dejaron en paz mi lóbulo, noté como me quitaba con mimo y cuidado los pendientes de rubíes. Supo de qué pinza tirar exactamente, haciendo que el recogido del pelo se deshiciese, cayendo toda la melena sobre mi espalda desnuda—. Te besaré cuando quiera, te tocaré cuando quiera y te follaré cuando quiera, ¿entendido?

—¿O qué?

—O hablaré con Andrei.

Tragué saliva.

¿Por qué no me molestaba en absoluto su chantaje? ¿Por qué incluso me hacía sentir viva y aliviada?

Sus dedos se enredaron en mi cabello, haciendo un masaje tan delicado que me elevaba al mismo cielo, mientras su cálida boca seguía repartiendo besos por mi cuello.

Maldita sea, este hombre sabía demasiado bien cómo tratar a una mujer.

—Solo tengo la condición que ya conoces, aguantar mi virginidad hasta el día de mi boda.

—Ajá.

Ajá.

¿Qué significaba *ajá*? ¿Sí? ¿No? ¿Tal vez? ¿Me lo pensaré? ¿Ya veremos?

—Es en serio, Marcos. No puedo morir, mi hermana me necesita.

—Soy tu guardaespaldas, haría cualquier cosa por evitar tu muerte, así que relájate.

Vale, esa respuesta me gustaba más que el puto *ajá*.

—¿Siempre has sido así, Violeta? — Sus agarre suave y protector, pero al mismo tiempo rudo y dominante, hizo que me girase sin darme cuenta para tenerle de frente. Con un pequeño gesto, me empujó sobre la cama.

Caí de espaldas.

—¿Así cómo?

Él comenzó a gatear hacia mí y yo a retroceder hacia el cabecero.

La raja del vestido mostraba mis piernas, con el cuchillo y el liguero adheridos a uno de mis muslos.

—Tan obediente.

—No soy una mujer sumisa, si es lo que crees.

—Lo sé, obedeces por supervivencia—ladeó el cuello a un lado y morí por descubrir a qué sabía la boca de ese italiano cabrón—. Pero dime, ¿siempre has sido así?

Mi pecho se infló al tomar una fuerte bocanada de aire, luego dejé salir todo el oxígeno admitiendo mi triste verdad.

—Me temo que sí.

—Conmigo no es necesario que finjas, puedes portarte todo lo mal que quieras.

Todo lo mal que quiera.

¿Hasta dónde podría portarme mal? ¿Y hasta dónde querría portarme mal? Cielos…

—Terminarías enfadándote.

Él se encogió de hombros, deshaciéndose el nudo de la corbata. Tras dejarla caer a un lado, se fue quitando los botones de la camisa, mostrándome un cuerpo que yo pensaba que era como las bañeras, vamos, que solo existía en la tele.

—Mierda— balbuceé sin poder evitarlo, al contemplar toda aquella piel morena de aspecto tan suave, con unos pectorales jodidamente marcados, unos hombros grandes y definidos, como el resto de los músculos que componían sus brazos.

Un pequeño rastro de vellosidad también castaña, cubría su pecho y bajaba en forma de hilo por una tableta de chocolate que daban ganas de morder, perdiéndose al final de la V donde se encontraba le hebilla del cinturón.

Gemí del miedo al verle cargar la pistola y le miré confundida cuando me la entregó.

—¿Qué haces?

—Vamos a jugar a algo.

—Marcos, deja de asustarme.

—Si no te gusta lo que te hago, dispara. Si no disparas, significará que te ha gustado y que puedo volver a hacerlo.

—¡Joder! ¡No voy a dispararte! ¡Eso está mal!

—Deja de ser una niña buena— su rostro se acercó tanto al mío que creí que iba a besarme, mi corazón sufrió otra taquicardia. Por desgracia, tan solo sonrió de forma cruel, clavando su mirada lasciva en mis pechos.

La punta de su nariz fue acariciando el camino hacia estos, metiendo la cara entre ambos para inhalar el olor de mi piel. Jadeé por el calor que me producía tenerle en esa zona, mis pezones se endurecieron de inmediato, deseando que me quitase el vestido y se hiciese cargo de ellos.

No lo hizo.

Supongo que obligarme a desearle y dejarme con ganas de más era parte de su juego.

Hijo de puta.

Seguí sintiendo su nariz bajar por mi estómago, por mi vientre, hasta…

—¡Joder! —Chillé sin poder evitarlo, ahogando un jadeo.

Era la primera vez que sentía contacto físico en esa zona viniendo de otra persona.

—Tranquila— su voz sonó con una dulzura que no esperaba, alargó su mano hasta encontrar la mía y entrelazamos nuestros dedos.

Él podía notar como temblaba, así que apretó ligeramente y yo hice lo mismo, dándome cuenta de que me ayudaba a tener seguridad y liberar tensión.

No pude evitar preguntarme con cuántas mujeres habría hecho esto para poseer tal nivel de maestría en calmarnos y hacernos volar a otro mundo.

Me acojonaba.

Escuché un beso y sentí sus labios por encima de la ropa interior.

Cerré los ojos, respirando profundo.

Mi sexo seguía palpitando, me sentía tan húmeda que me avergonzaba.

—Estoy… Marcos…no sé… tal vez…

—Es normal la humedad.

—Oh, vale.

Mordí mi labio inferior, asintiendo para mí misma para autoconvencerme de que todo iba a estar bien.

Esto era para evitar que se chivase a Andrei, me ganaría su silencio y no pasaría nada malo. Egor nunca se enteraría de lo mucho que estaba disfrutando al dejar que mi propio guardaespaldas me…

Me hizo gemir.

Sus dedos apartaron la ropa interior a un lado y sus calientes labios junto con su húmeda lengua comenzaron a besar mis pliegues.

No pude evitar contraer las piernas, apretar aún más mis dedos entrelazados a los suyos y retorcerme.

Él seguía dándome placer de una forma que me hacía jadear sin quererlo, con las mejillas rojas de la vergüenza y mi coño cada vez más mojado.

¿Así era el sexo? Lo que mis sirvientas me contaban no se acercaba ni un poquito.

Dios mío.

—Marcos…—Notaba fuertes palpitaciones en el clítoris cada vez que pasaba la lengua lentamente y hacía movimientos circulares con ella sobre el punto exacto para hacer que mi espalda se encorvase y los ojos se me quedasen en blanco. Creía que me iba a desmallar—. Marcos…es… es muy…intenso.

Su mano apretó de nuevo la mía y lo sentí como un «*cálmate, todo está bien*».

Le devolví el gesto, mientras mi vientre seguía sufriendo espasmos y oleadas de placer azotaban mi clítoris en unos vaivenes que me iban a volver completamente loca.

Solté la pistola, enredando la mano libre en su pelo, apretando aún más su boca contra mi sexo. No podía creer lo que estaba haciendo.

No me conformé con sostener sus preciosos cabellos, si no que al inclinarme para ver al hombre que me estaba matando de placer, mis ojos se deleitaron al contemplar tan maravillosa espalda; musculosa, fuerte, ancha y esbelta a la vez. Con un precioso fénix tatuado en ella, con las alas abiertas, abarcando sus omóplatos. Esto me puso tan cachonda que no pude evitar abrir más las piernas, seguir apretando su cabeza contra mi sexo y mover las caderas para restregarme en su lengua.

—Eso es, princesa, fóllate mi boca. Córrete en mi cara—. Tras soltar un último lametón, escupió sobre mi coño, volviendo a chuparlo—. Pórtate mal, detesto a las niñas buenas.

Sí, joder.

Quería portarme mal.

Quería ser jodidamente mala y quería sentirme libre de ser yo misma.

Quería perder la virginidad antes de casarme, quería escaparme con este hombre desconocido que parecía saber más de mí que yo misma.

Quería mandar a la mierda a Egor, a mi padre y a todo el puto mundo.

Y quería…

Quería…

—¡Dios, Marcos! ¡Ah! — Tuve que soltarle, clavando las uñas en el colchón, gimiendo tan fuerte que no supe como miraría a la cara al chico de la recepción después de esto.

Sentí que flotaba sobre nubes de algodón, mientras mis piernas hacían todo lo posible por cerrarse y él ejercía su fuerza con las manos, manteniendo mis muslos abiertos, dejando los dedos marcados sobre mi blanca piel.

Mañana tendría moratones que me recordarían este momento.

Y eso me ponía más.

Era insoportablemente caliente.

—¡Para, por favor! ¡Marcos! —Supliqué, al borde de llorar a causa del estallido de placer y emociones totalmente desconocidas por todo mi cuerpo.

Dio un último y pequeño beso sobre mi sexo, retirándose con un brillo de triunfo en los ojos.

Me avergoncé muchísimo al ser consciente de que acababa de correrme en su cara.

—Ay, lo siento.

Quería cubrirme el rostro con la almohada. Joder, que vergüenza.

—Para nada, ha estado bien— recogió su camisa y su corbata—. Voy a la ducha yo primero, tengo que hacer algo con esto—. Se señaló hacia la polla, tragué saliva al ver de nuevo el enorme bulto que escondía ahí—. Descansa un poco, princesa. En breve nos iremos.

Suspiré de alivio.

—Entonces, ¿no vas a matarme?

—Me he dejado el cuchillo en el coche.

Miré el que seguía en mi muslo.

Y su arnés repleto de armas.

Mentiroso.

— ¿Tanto te cuesta admitir que te agrado?

No dijo nada.

Viéndole perderse de vista, me dejé caer sobre la cama, con las piernas y los brazos abiertos en postura de estrella de mar.

Mirando el techo.

Cuestionándome todo lo que acababa de hacer.

Pero, sobre todo, haciéndome una pregunta que me llenaba de inquietud.

¿Por qué me había gustado tanto?

Y, ¿por qué ya no aguantaba las ganas de que volviese a suceder?

CAPÍTULO 18

MARCOS



—¡Marcos!

Seguí caminando con la correa de la mochila colgando de uno solo de mis hombros.

—¡Marcos! ¡Espera!

—¡No!

Cristian, mi mejor amigo en aquel entonces, me llamaba sin parar, gritando a pleno pulmón. Íbamos a jugar un partido de fútbol después de clases, llevábamos toda la semana preparándonos para ello, pero mis planes cambiaron.

Mamá llamó al instituto, pidiendo que llegase de inmediato.

Ella sabía que este partido era importante para mí, así que, si había hecho tal cosa, era porque algo no iba bien.

¿Y qué iba a ser ese algo? Lo mismo de siempre, su novio.

Patrick.

Mi padre murió cuando yo era un niño. en un accidente automovilístico.

Y mi madre encontró lo que ella creía que era amor en un extranjero bien posicionado que se dedicaba a vivir de rentas.

Compraba viviendas y las alquilaba a turistas.

Patrick, al principio no era malo del todo, luego le fuimos conociendo más a fondo y me fui cagando en su puta madre. Se convirtió en un demonio.

A parte de un borracho, un machista y un mujeriego de la hostia, me tenía una manía inexplicable.

Patrick era el jefe de mi padre, el cual trabajaba en una inmobiliaria, encargándose de encontrar turistas para sus exclusivos y caros apartamentos. Siempre le tuvo el ojo echado a mi madre.

—¡Marcos, tío! ¡Si nos dejas tirados el partido se irá a la mierda! ¡Te juro que te expulsamos!

—¡Pues expulsadme, joder! — Escupí, cogiendo una piedra para lanzársela y que me dejasen en paz.

¿A quién le importaba un puñetero partido cuando tu madre podía morir?

No iba a contarles esto, pero tampoco podía comportarme como un niño normal. Siempre fallaba, por mucho que me esforzase, siempre la cagaba.

Y hoy perderían por mi puta culpa.

Me odiarían y me quedaría sin amigos.

Resoplé, con la angustia y el malestar clavados en el pecho.

Detestaba mi vida.

Nada más llegar al portal de casa, toqué varias veces el telefonillo, era mi forma de decir «soy yo».

Mamá abrió de inmediato.

Llamé al ascensor, vivíamos en un sexto y subir tantas escaleras me suponía un puto coñazo, aunque mamá estaba encantada de vivir en un ático con vistas al mar y un montón de electrodomésticos de última tecnología.

Tras esperar unos minutos, por fin escuché el din. Subí y con las manos temblorosas pulsé el seis. El asa de la mochila resbaló un poquito más sobre mi hombro.

Me fijé en mi aspecto, con un ojo morado por la pelea que tuve con otro niño que se burló de mi amigo Cristian, despeinado como de costumbre y con los mismos ojos de mi abuelo. Papá los tenía de un tono más aceituna.

Mis párpados bajaron lentamente, volviendo a subir. Entonces, escuché un grito. Era mi madre.

Ella salió de casa e intentó huir por las escaleras.

El alma se me rompió en mil pedazos, el ascensor aún iba por la planta cuatro.

Le di rápidamente al botón para parar y abrir la puerta, el sudor me comenzó a bajar por la frente mientras pulsaba una y otra vez, con el corazón a mil por hora.

Entonces, se fue la luz.

Y me quedé ahí, encerrado, escuchando los gritos de mi madre.

—¡AYUDADLA! — Chillé, golpeando las puertas del ascensor con los puños, notando como la impotencia me inundaba hasta sentir que me ahogaba—. ¡AYUDAD A MI MADRE, POR FAVOR!

Nadie respondía.

Patrick era un hombre que inspiraba terror, no se atrevían a llevarle la contraria ni interponerse en su camino.

Todos escuchaban los gritos de mamá y veían las marcas que le dejaba, pero nunca le preguntaban si estaba bien ni llamaban a la policía.

Yo lo hice una vez, los llamé a escondidas y vinieron a casa.

Él tan solo soltó un fajo de billetes, les dijo algo en voz baja y se fueron por donde vinieron.

Yo me llevé la paliza más grande de mi vida.

Una paliza que me dejó cicatrices que nunca se irían.

—¡MAMÁ! — Mi voz de adolescente salía en forma de gallo, grave y aguda a la vez, mientras las lágrimas me caían por las mejillas.

Cuando yo estaba presente, él se controlaba más.

Debería haber tenido un mal día, perdido dinero en alguna apuesta, cualquier cosa, y lo iba a pagar con ella.

La puerta de casa se cerró de un fuerte golpe y los gritos de mi madre fueron ahogados por un interminable silencio.



—¿Cuánto has estado encerrado? — Patrick entró en la cocina, estuve en mi habitación desde que volvió la luz y pude salir de ahí.

Mi madre seguía acostada en la cama, no quiso verme.

No sabía si estaba enfadada o si simplemente se encontraba tan mal que no tenía fuerzas para mirarme a la cara. Me sentía jodidamente culpable por no elegir las putas escaleras.

—No lo sé, un buen rato.

Tres horas.

—Vaya, un ratito de nada y te pones a llorar como una nenaza, ¿mmm?

No lloraba por estar encerrado, lloraba por ella.

Ignoré su comentario, sacando la salchicha del sartén para ponerla dentro de un pedazo de pan.

—¿Quién te ha dado permiso para tocar eso, chico?

Mi mano quedó pendida en el aire antes de coger el bote de «sweet chilly».

—Lo siento, señor.

—Tu comida es la que está en los dos cajones últimos de la nevera y en ese roperillo de ahí, no puedes tocar nada más.

Sin decir una sola palabra, con el perrito en el plato, asentí, agachando la cabeza para volver a mi habitación.

—Marcos— me detuve, notando como el plato temblaba entre mis dedos y la vena del cuello me palpitaba cada vez más hinchada, a punto de explotar.

—Diga, señor.

Patrick era un hombre corpulento, ni demasiado alto ni bajo, casi de mi estatura a mis trece años de edad. Se colocó al frente, con aquella sonrisa macabra pintada en la cara.

—Tu madre se lo merecía, ¿vale? Es una zorra, me han dicho que ha estado hablando mucho con el cajero del supermercado...

El plato comenzó a temblar aún más.

El perrito se tambaleaba de un lado para otro.

—¿No dices nada, chico?

—No.

—Di que tu madre es una zorra. Vamos, dilo.

Apreté la mandíbula, sin dejar de mirarle fijamente.

Comportarme como si esto estuviese bien y aguantar a este imbécil para sobrevivir no me hacía la más mínima gracia. Prefería morir enfrentándome a él.

—Mi madre no es ninguna zorra— rugí, apretando el puño que tenía libre.

Respira, contrólate.

Este tío puede joderte la vida.

Aunque solo seas un niño.

Eso dice mamá.

Su gancho me golpeó la mejilla, torciéndome el rostro.

Noté el dolor en la mandíbula, tan fuerte como si me la hubiese partido, la moví un poco viendo que todos los dientes seguían en su sitio, limitándome tan solo a volver a mirarle de frente.

—¿Me estás vacilando? ¿Mmm?

—Mi madre no es una zorra— repetí, sintiendo el sabor de la sangre en el paladar.

Él dio un paso más.

—Si tienes huevos, Marcos, dilo otra vez.

—Pídele perdón a mi madre.

Comenzó a reírse de una forma estridente que me reventó los oídos, mi mente comenzó a imaginarse un sinfín de formas en las que podría acabar con su vida.

Todas me parecían válidas.

—¡Marco! — Mamá estaba apoyada contra el sillón del final del salón, con la cara desfigurada a causa de los golpes y una calva de pelo en el lateral derecho. El muy animal se lo arrancó —. Vuelve a tu habitación.

Marco, vuelve a tu habitación.

Marco, sigue fingiendo que todo está bien.

Marco, no le cuentes nada a tus amigos.

Marco, esto sucede en todas las familias, es normal.

Marco, Marco, Marco.

Marco...

No podía más.

El plato resbaló de mis manos al suelo, haciéndose trizas.

—¡Marco! —Chilló otra vez mamá.

—¡Limpia eso ahora mismo, inútil!

—Sí, señor.

Mi cuerpo se tambaleó para esquivar el suyo, con la vista perdida en la cocina, en un punto muy concreto.

Los cuchillos colgados en la pared.

Aquel día, elegí mi destino.

El cuchillo se clavó en su garganta.

En su pecho.

En su estómago.

Su sangre me bañó entero.

Y mientras mamá me gritaba que parase yo tan solo repetía una y otra vez:

—Esto sucede en todas las familias, es normal.

Aquella acción me llevó a tener que declarar en la policía.

Por suerte o desgracia, esa noche conocí a Eva Lelouch.

Yo no nací dentro de la mafia.

Pero nunca tuve otra alternativa.

El destino estaba escrito.

Por eso se fue la luz y quedé encerrado en el ascensor.

Porque todo lo que debe pasar, al final, termina pasando.

Lo que es tuyo, siempre te encuentra.

Eva no dejó de mirarme mientras declaraba y mamá lloraba a mares, iban a mandarme a un reformatorio.

El hermano de Patrick se vengaría y nos destruiría para siempre.

Pero Eva se interesó en mí.

Y me eligió.

Convirtiéndome en lo que era a día de hoy.

Un asesino.

—Marco, ¡Marco!

—Joder...mamá...déjame en paz.

—¿Mamá? ¡Marco! —Sentí como una mano fría me daba golpecitos en la cara.

Cuando abrí los ojos, un moño de pelo rubio y un rostro con forma de corazón me observaba como si estuviese a punto de morir.

Recordé entonces que ya pasaron unos veinte años después de ese día. Un alivio inmediato se instauró en mí.

La habitación en la que dormía el personal se encontraba a oscuras, pero no tanto como si fuese de noche, todas las camas estaban vacías. Los demás hombres que hacían turnos nocturnos como yo ya se levantaron.

Me acosté a dormir a las seis de la mañana, cuando llegó mi relevo.

Estuve toda la puta noche de pie, junto a su puerta, pensando en ella.

En el olor de su pelo, en el tacto de su piel, en su sabor tan íntimo...

Mi idea era sacarla un poco de quicio, me recordaba a mí de niño, siempre obedeciendo y portándome bien para que las cosas no se torciesen.

Pero, fue una buena chica hasta el final... ¿o no?

Seguía con la duda de si lo que hicimos fue parte de su obediencia o de su rebeldía.

Tenía que ser lo segundo, de otra manera no me hubiese agarrado del pelo y restregado su coño en la cara.

—¡Estás ardiendo en fiebre, *Marco*! ¡Ay, Dios! — Bianca retiró las sábanas de mi cuerpo, dándome cuenta entonces del sudor frío que me bañaba entero y de lo helado que me sentía, mientras toda la piel me quemaba.

—Estoy bien— mascullé, queriendo quitármela de encima, no me gustaba que me agobiasen con cuidados excesivos.

Me recordaban a mamá.

A la madre que tuve antes de lo que sucedió aquella noche, porque después de eso nunca volvió a ser la misma.

Tuvieron que ingresarla en un centro de salud mental y jamás se recuperó.

Yo iba a verla menos de lo que debería, me dolía demasiado. Carla la visitaba más a menudo, lo hacía por mí.

Llamarla por teléfono se me daba mejor, porque al menos no revivía ese recuerdo una y otra vez.

Además, sabía que a ella también le empeoraba verme.

Era mutuo.

Aun así, yo la quería muchísimo. Si no fuese así, nunca hubiese matado por ella.

Volvería a hacerlo, todas las veces que hiciesen falta. Y de lo único que me arrepentía era de no haberle quitado a ese gilipollas de encima antes.

—Tienes que quedarte así, destapado—. Bianca no dejaba de mirarme, yo estaba en ropa interior. Fui quitándome partes del pijama y dejándolas por ahí tiradas mientras dormía, ya que me sentía bastante acalorado.

Si el resultado fue la fiebre, entonces suponía que venía incubando un virus.

Traté de buscar la parte de arriba para vestirme, sus manos se apoyaron en mi pecho, obligándome a tumbarme.

—Que te quedes así he dicho, *Marco*— regañó y mi ceño se frunció—. Voy a traerte un poco de leche con miel y medicamentos, sin veneno—. Sonrió de oreja a oreja.

Rodé los ojos, gruñendo como respuesta.

Si eso significaba que se iría un rato, pues bien.

La puerta se abrió, apareciendo Narcisa junto a Violeta.

—¡Tío Marcos! ¡Estás malito!

Mierda, que estaba en ropa interior, joder.

Tiré de la manta tan rápido como pude, tapándome hasta la garganta.

—Necesita descansar, princesa— advirtió Bianca de forma grotesca, como si le molestase muchísimo que hubiesen venido a verme—. ¿Por qué no va a jugar fuera?

—No le des órdenes a mi hermana— chistó Violeta, con su precioso pelo suelto y la corona sobre su cabeza.

Hoy llevaba un vestido negro con los bordes dorados. Joder, era como estar en otra dimensión, atrapado con la mujer más bonita del mundo.

¿De verdad se iba a casar con Egor?

Noté un fuerte dolor en la cabeza y me repetí a mí mismo que la princesa no era mi problema, solamente me parecía una mujer atractiva y me divertía explorar aquello que se empeñaba tanto en esconder dentro de sí misma.

La idea de conocer a una Violeta que nadie más conocía, ni su padre, ni siquiera su prometido, resultaba excitante.

Bianca agachó la cabeza, marchándose hacia la cocina.

Narcisa se sentó a los pies de la cama, con el libro de Pulgarcito en sus manos.

—Quiere contarte un cuento— la mano de Violeta tocó mi frente, todo mi cuerpo se estremeció—. Vaya, sí que estás ardiendo.

—Me pondré bien, princesa.

Narcisa se recostó encima de mis piernas, dejando su mejilla apoyada en mi rodilla, mirándome con ojos de cachorro.

Joder.

Me arrepentí de tener que pasar diez años aquí un millón de veces, pero si el resultado era proteger a esta pobre niña de un destino como el de su hermana, entonces valdría la pena.

Gabriel era lo mejor que podría pasarle. Se quisiesen o no.

Ese chico estaba siendo educado con enormes valores y un gran respeto hacia las mujeres.

—Tío Marcos, ¿cuándo te pondrás bueno?

—Narcisa, eso no se puede saber— el bonito culo de Violeta se sentó a mi lado.

Quería preguntarle si no estaba enfadada después de lo de anoche. Se quedó dormida en el coche de camino al castillo, después de disfrutar su primer baño en una bañera normal.

Un baño de una hora y media, cuando prometió que serían diez minutos.

Había que joderse.

—Me pondré bueno en una hora, treinta y tres minutos y doce segundos— pellizqué la mejilla de Narcisa, haciéndola reír.

—¡Pues te voy a contar el cuento para que te pongas bueno en cuarenta y ocho minutos y nueve segundos!

—Me parece genial.

—¿Te lo leo en español?

—Por favor.

La princesita se aclaró la garganta, pasando la primera página.

Cuando la escuché empezar a leer se me encogió el corazón, pues sentí por unos segundos que había vuelto a casa.

Era increíble lo que tan solo unas palabras podían despertar en el interior de una persona.

Cerré los ojos, notando como el dolor de cabeza aminoraba un poco.

La puerta volvió a abrirse, suponía debía ser Bianca, pero no, se trataba de Nana.

—¿Dónde está mi maromo italiano?

Hoy llevaba un vestido naranja con jirafas estampadas y un pañuelo verde liado a la cabeza.

—Aquí estoy, amore mío— bromeé, notando como a Violeta se le enrojecían las mejillas, tal vez por las dos últimas palabras.

—Ay corazón, no me hables así que me desmayo— se mordió el labio, Narcisa estaba mosqueada por la interrupción de su cuento —. Traigo paños húmedos para bajar la fiebre, y paracetamol.

—Estupendo, nosotras nos encargaremos de él— anunció Violeta, quitándole el paño de entre las manos para sumergirlo en el cubo de agua.

—Princesa no se preocupe, no tenemos tanto trabajo, podemos...

—Estamos aburridas, nos apetece hacerlo.

Nana me echó una ojeada rápida, atragantándose con las palabras.

—Vale, está bien, cualquier cosa llámeme— le entregó el vaso de leche con miel—. Esto le suavizará el dolor de garganta, Bianca me comentó que tenía la voz un poco ronca y ya veo que sí.

El vaso quedó entre las manos de Violeta, en cuanto Nana desapareció, esta le dio un sorbo.

—¿Qué haces?

—Probarlo, por si está envenenado.

¡¿Qué cojones?!

—¡No hagas eso! ¡Soy yo el que tiene que probar tus cosas por si están envenenadas! ¡No al revés!

—¿Está envenenado, Violeta? — Narcisa miraba el vaso con curiosidad, de pie sobre el colchón.

La princesa más adulta se saboreó los labios.

—No, diría que no.

—¡Yo también quiero probar! ¡Hay que cuidar al tío Marcos!

¿Babas de niña pequeña en mi vaso? ¡Ni hablar!

—¡No, no, no! No está envenado. Además, necesito saber urgentemente qué sucede con Pulgarcito.

Le arranqué el vaso de las manos a Narcisa, dando un largo trago, sabía muy dulce por la miel y estaba calentito, agradecí la sensación de calma en la garganta.

Dejé mi cabeza caer sobre la almohada, cerrando los ojos de nuevo, me estaba entrando sueño.

Narcisa siguió contándome el cuento de Pulgarcito hasta que se cansó y le pidió a Violeta que siguiera ella.

El momento en el que la escuché hablar en español con ese acento ruso marcado, me transportó a aquel día, cuando le pedí a Ángela que bailase conmigo.

Tenían voces distintas y el acento de Violeta era mucho más marcado.

La sensación que tenía al hablar con Ángela era un algo que me decía: este es el camino que debes seguir.

Pero al escuchar a Violeta, ese algo me dijo una cosa muy distinta:

«Es aquí, has llegado».

Me dolía pensar así de Ángela, pero tal vez ella solo fuese la señal de que mi destino se encontraba en Rusia.

Y por fin, lo había encontrado.

Maktub.

CAPÍTULO 19

VIOLETA



2 MESES DESPUÉS

El sonido de un trueno estalló en mitad de la habitación, iluminando cada rincón para desaparecer y volver a dejarme casi a oscuras.

Decía «casi» porque ya empezaba a amanecer.

Estiré los brazos soltando un bostezo, en aquella cama enorme, tan enorme que a veces me perdía dentro de ella y no sabía si estaba derecha o del revés.

Hoy, estábamos del derecho.

Tenía un baño en suite, en el que disponía de un espejo, inodoro, lavamanos y repisas para colocar mis cosas. Pero no ducha.

El castillo poseía habitaciones enormemente amplias con baños minúsculos. Le dije a papá más de un millón de veces que quería una bañera para mí sola, como las de las series y películas, pero él siempre me respondía que los arquitectos daban el proyecto por fallido, las instalaciones no lo permitían.

Qué pereza.

Tras ir con una camiseta tres tallas más grande que la mía y aun tener en la televisión la serie de Buffy Cazavampiros en bucle, metí la cara entera en agua helada dentro del lavabo. Me hice un moño mal hecho y me lavé los dientes.

Papá nos hacía cenar comidas copiosas y pesadas, así que por las mañanas no solía tener apetito, aunque siempre me gustaba tomar mi tacita de café.

Abrí la puerta de un tirón, yendo descalza con un calcetín cada uno de un color distinto, uno tobillero y otro casi tan alto que me rozaba la rodilla.

—Buenos días, Niko— saludé soltando un segundo bostezo, volviendo a recibir aquel aroma amaderado que me hizo despertar del tirón, como si acabase de beberme un café expreso.

Mierda.

No me acordaba de él, y eso que me pasaba los días enteros pensando en el jodido italiano.

Mi padre reclamaba demasiado su atención últimamente, le necesitaba para todo, así que cuando salía de mi habitación, el que estaba aquí era Niko.

Pasaron casi dos meses y medio desde que Marcos Leone llegó a mi vida, compartíamos pequeños momentos juntos en los que cruzábamos alguna que otra palabra, aun así, nuestras conversaciones eran tan frías como la nieve.

No obstante, siempre se tomaba la molestia de reunirse conmigo a la hora del desayuno para dar un sorbo a mi café.

Por si estaba envenenado.

Desde lo que ocurrió aquella noche en la cita con Egor, no volvió acercarse a mí. No de aquella forma tan íntima.

Y mi curiosidad por él, seguía acrecentándose más y más y mucho más.

—¿Ha decidido cambiarme el nombre, princesa? — Una sonrisa de diversión adornaba su cara de chico malo, aquella camisa negra con ese arnés por encima repleto de armas letales le hacían ver aún más sexi, mientras que yo tan solo daba vergüenza ajena. Quería que la tierra me tragase para esfumarme de su vista. Era demasiado tarde, me estaba analizando centímetro a centímetro. — ¿Desea que le traiga el desayuno a su habitación?

Joder.

Sí.

Un ligero rubor pintó mis pálidas mejillas, mientras le chillaba a mi cerebro de forma interna que empezase a funcionar de una puñetera vez.

La manera en la que sus ojos recorrieron la longitud de mis piernas desnudas, logró despertar en mi cuerpo una especie de calor que solo sentí aquella noche. Lo extrañaba.

—Sé dónde está la cocina, no me perderé—. Con la espalda recta y la cabeza en alto, como si llevase la corona puesta y uno de esos majestuosos y caros vestidos, me fui moviendo con elegancia en dirección al comedor.

—¡Violeta! —Papá comenzó a dar gritos en cuanto me vio descender por las escaleras —. ¡Por el amor de Dios! ¡Péinate ese cabello!¡Y ponte algo decente! ¿Y dónde está tu corona?

Rodé los ojos, sintiendo que la poca energía que tenía por las mañanas acababa de ser absorbida por el vampiro energético Alexander Ivanov.

Marcos me iba siguiendo a una distancia prudente, una vez llegué a la gran mesa, arrastré la silla con un mal humor que podría asustar a una horda completa de demonios, sentándome mientras me frotaba la sien.

Un grito más y mi padre y yo estaríamos sin dirigirnos la palabra un mes.

O un año.

—Violeta...

—Papá, no puedo ir disfrazada las veinticuatro horas, por favor— supliqué.

—Hija—, Alexander tomó asiento en su silla de bordes dorados color burdeos, a juego con todas las cortinas y alfombras—. No vas disfrazada de nada, es lo que eres, una princesa.

Sin poder evitarlo, di un golpe seco sobre la mesa, Narcisa estaba dando sus clases, así que podía permitirme ser más violenta.

—¿Princesa de qué, padre? Heredamos este castillo por nuestros antepasados, pero eso no nos convierte en reyes de nada, no somos.... no...— Si lo decía, le rompería el corazón, aun así, necesitaba que algún día abriese los ojos y se diese cuenta de la

realidad —. Papá, no eres un rey, no soy una princesa, solo somos... una familia que hace cosas ilegales, nada más.

Desde pequeña fui adoctrinada para actuar de esta forma, educada bajo estas costumbres, y durante muchos años creí que era cierto.

Pero no. Yo no era ninguna princesa.

Nuestra familia estaba en el bando de los malos, de los que hacían daño.

Y algún día Narcisa se daría cuenta de esto.

Y ese día, se le rompería el corazón de la misma forma que se rompió el mío.

La silla de mi padre se arrastró sobre el suelo mientras se ponía en pie, supe muy bien lo que iba a suceder a continuación, pues era lo que siempre pasaba cuando me atrevía a contestarle.

No me importaba, estaba dispuesta a pagar las consecuencias.

Se quitó el guante de cuero de la mano derecha para golpear mi mejilla, cerré los ojos esperando el impacto, tragándome el veneno que siempre deseaba escupirle después.

Su mano no llegó a rozarme.

En su lugar, escuché un grito desgarrador.

Y sentí las salpicaduras de un líquido caliente sobre mi cara.

Al abrir de nuevo los ojos, la mano de mi padre se encontraba a pocos centímetros de mi rostro, con una navaja atravesándola.

A *Nana* se le cayó la cafetera al suelo en cuanto llegó al comedor y vio la escena.

Marcos tiró del cuchillo, liberando a mi padre, el cual se agarró la muñeca a sí mismo, aullando de dolor mientras la sangre brotaba sin descanso.

—La próxima vez que se le ocurra tocarla, se la cortaré.

Le miré como si estuviese loco, porque definitivamente debía estarlo para atreverse a hacer algo así.

—Estás muerto, cabrón, estás...—Papá luchaba por no desmayarse, siendo acompañado por sus hombres hacia la enfermería—. ¡Encerradlo en el calabozo! ¡Ahora mismo!

—No, joder, ¡no! — Rugí, tratando de cruzarme entre Marcos y los matones, en cuanto uno de ellos intentó agarrarme de los brazos

para apartarme de él, recibió un disparo en el entrecejo que le arrebató la vida al instante.

Cogiéndome como si pesase menos que una pluma, me dejó a un lado. Le soltó un puñetazo en el tabique de la nariz a otro de ellos, dejándole inconsciente al instante, en cuanto su mejilla cayó sobre la mesa, le disparó.

El siguiente que vino a por él, logró pegarle un codazo en el costado, cometiendo el error de establecer contacto físico con él, pues no tardó ni dos segundos en pasarle el brazo por el cuello para inmovilizarle y apuñarle en la vena carótida.

Los tres hombres de seguridad de mi padre estaban muertos, mientras *Nana* seguía gritando de terror y papá tan solo observaba la escena.

—No soy ninguna amenaza para usted, Alexander Ivanov, no mientras usted no lo sea para ella — su cabeza señaló hacia mí—. Hicimos un trato, y pienso tomármelo al pie de la letra.

Mi padre trató de recomponerse, su mano aun sangraba, se hizo un torniquete con la propia corbata.

—Yo nunca sería un peligro para mi propia hija, solo intento educarla—ladró, como un perro con rabia.

—Edúquela todo lo que quiera, pero no vuelva a tocarla.

Alexander buscó mi mirada, no me di cuenta de lo asustada que estaba, el corazón me latía desbocado a punto de estallar.

Y no era por mí, ni por mi padre, era por él.

Por Marcos.

Creía que le harían daño.

Y por algún motivo que no lograba asimilar todavía, la idea se me presentó terrorífica.

—Violeta, hazme el favor de ir a vestirte cómo es debido.

—Sí, padre.

Con un fuerte nudo de nuevo formado en el pecho, preguntándome cuando podría tener un día tranquilo en esta puta familia, decidí que hoy me dedicaría a estar metida en la cama comiendo helado y viendo series.

Porque ni ganas de pintar tenía.

—Princesa...

Los pasos de Marcos volvían a seguirme.

No sabía de dónde cojones había salido este tío que viniendo del extranjero y ni siquiera siendo ruso, parecía mandar incluso por encima de mi padre y acababa de dejar tres cadáveres sobre la alfombra del comedor.

Tenía miedo, me asustaba que estar a su lado pudiese ser peligroso para él.

—Déjame en paz.

—Princesa...

Joder...

Era persistente.

—¡No soy ninguna princesa! ¡No me llames más así! — Chillé, notando que algunos mechones se me salían del puñetero moño.

Cuando giré para encararle, mi nariz ligeramente puntiaguda se estampó de bruces contra unos pectorales jodidamente bien formados y férreos como el acero.

Tuve que rodearme de cientos de murallas para ocultar el calor alborotador que despertaba en mi cuerpo.

—Violeta— pronunció mi nombre con dulzura y a su vez, autoridad.

Joder.

No pude evitar amansarme de inmediato, como una gatita que veía a su querido dueño tras echarle muchísimo de menos.

—¿Mejor? ¿Mmm? — Una de sus cejas se alzó sobre aquella piel canela—. Solo quiero saber si estás bien.

¿Que si estaba bien?

—¿Qué quieres que te diga, Marcos? ¿Sí? ¿No? Es imposible estar bien en mi situación, pero tampoco soy una víctima, ¿entiendes? Así que tengo días peores y días mejores— mi ceño estaba tan fruncido que incluso dolía—. Si no te importa, quiero encerrarme y olvidarme del puto mundo.

Quise meterme en la habitación y cerrarle la puerta en la cara, sus dedos tiraron de mi muñeca, volviendo a tenerme de frente.

—¿Cuántas veces te ha pegado?

A pesar del tirón que di para zafarme de su agarre, volvió a atraparme, repetimos el mismo gesto una y otra vez, hasta terminar

en un forcejeo sin sentido.

—¡¿Por qué no paras?! ¡Eres un pesado! ¡Me cansas!

—No voy a dejar que me des largas, a mí no, Violeta.

—¡Que te calles! — Insté—. Estoy cansada, joder, solo quiero... desaparecer — mis ojos subieron hacia su rostro enfadado, aun con sus dedos clavados en mis brazos—. Por favor.

—Solo dime cuántas veces te ha pegado.

—No me tutees.

Un rugido gutural salió de sus labios.

—Señora, le ruego que me diga cuantas veces le ha pegado su puñetero padre.

Si el diablo tuviese voz, podría asemejarla a la que acababa de escuchar.

—Muchas— respondí, dándole lo que quería—. Y de nada servirá que te hagas el héroe, Marcos. No vas a cambiar las cosas, no vas a poder salvarme.

Ahora, su expresión aparte de perversa, resultaba macabra. Tirando de mis brazos, me acercó aún más a él, tanto que me vi obligada a colocar las palmas de las manos sobre su pecho para evitar caerme encima.

—No soy un héroe, soy el que los mata.

CAPÍTULO 20

MARCOS



Otro cubo de agua fría, estos rusos eran raros de cojones.

La sangre me bajaba por la cara, la herida del labio que empezaba a curarse volvía a ser una grieta abierta y mi ojo bueno, ahora tenía peor aspecto que el malo.

Atado de manos y pies a una vieja silla, en mitad de un calabozo, mi mirada volvió a clavarse en la de Alexander Ivanov, quién me observaba con una mezcla de admiración, rencor y odio.

Tenía la mano vendada y por mi madre que esperaba haber tocado algún nervio crítico y que no pudiese volver a recuperar la movilidad de esta.

Aunque si volvía a tocar a una de sus hijas, se las cortaría de cuajo.

O mejor, le arrancaría los putos brazos.

—¿Te sigues sintiendo invencible ahí amarrado, Leone?

—¿Te sigues sintiendo un hombre después de intentar pegar a una mujer?

Otro cubo de agua helada y este si logró que algo en mi interior fuese mal, notaba las pulsaciones inestables y el pecho pesado, el frío comenzaba a hacer mella.

No suplicaría por mi vida, ni mucho menos tendría miedo. Los hombres como yo, nacían preparados para morir en cualquier momento.

La voz de mi mejor amigo resonó entre mis pensamientos mientras los putos rusos seguían riéndose.

«Por un día más de vida».

Un día más...

Parecía que esta noche no podría brindar, lo único que me producía pesar era no poder despedirme de ellos, los Carusso.

Y abandonar a las princesas, pues lo que les esperaba a esas dos pobres criaturas no era mejor que lo que me esperaba a mí. De hecho, si me mataban ahora mismo, podría considerarme un hombre afortunado comparado a ellas.

En el momento que muriese, el acuerdo de la boda entre Narcisa y Gabriel se iría a la mierda. Salvatore posiblemente se quitaría de en medio con los suyos (era lo que tenía que haber hecho desde un principio) y todas las demás familias se asesinarían por el título de «Padre de la mafia».

Narcisa terminaría casada con un depravado mental, si no la mataban antes.

Se me rompía el alma solo de imaginarlo, odiaba que los putos niños estuviesen metidos en esto, simplemente no lo soportaba.

—Traed una serpiente.

Serpientes.

¿En serio?

—¿No había algo que diese un poco más de miedo? — Escupí un chorro de mi propia saliva mezclada con sangre a sus pies—. No sé, en plan mariposas o gusanos de seda.

Eran rusos, joder, esperaba lobos o algún oso cabreado con rabia.

Incluso una cámara de torturas.

¿Serpientes?

Un hombre de piel torrada y facciones excesivamente delgadas, con unos pequeños ojos negros y un turbante liado en su cabeza, se acercó a mí, dejando salir de una bolsa de cuero una sola serpiente, de más o menos unos dos metros y medio de largo.

Era una taipán azul, una de las serpientes más venenosas del mundo. Su ranking de mortalidad se situaba justo por debajo de la mamba negra.

Mientras que la mamba podía matarte en cuestión de segundos, la esperanza de vida tras ser mordido por una taipán oscilaba sobre los 45 minutos.

Una especie originaria de Australia.

—Creo en Dios—. Ivanov dio un paso hacia mí, sin acercarse demasiado, el hombre de aspecto indio controlaba a la serpiente con una vara metálica eléctrica—. No voy a matarte, pero vas a pasar veinticuatro horas encerrado con ella, si tu destino es morir, morirás. Y si es que sigas con vida, vivirás.

—¡Padre! — La voz de Violeta nos hizo a los dos girar el cuello, se había soltado el pelo, llevaba la corona y un vestido color verde militar que le cubría hasta los pies, resaltando la figura que formaban sus pechos y sus caderas.

Bueno, al menos vería algo bonito antes de morir.

Cuarenta y cinco minutos de agonía, en fin, tal vez si me mordía más de una vez fuese más rápido.

—¿Qué haces aquí? Tienes prohibido bajar a los calabozos.

—No lo mates.

Escuchar a doña «lárgate y no me tutees», rogar por mi vida, estaba siendo increíblemente placentero, tanto que, si no fuese por mi situación, seguramente incluso se me pondría dura.

—Te pido perdón— continuó diciendo la princesa y aunque fingía bien, hasta yo podía sentir la falsedad de esa disculpa—. No volverá a pasar, piensa en Narcisa, si algo le sucede a este hombre, no podrá casarse con Gabriel, ¿qué será de ella? ¿Eh? ¿La unirás a alguien como Egor Maslov? ¿Le harás lo mismo que a mí?

La enorme y pesada puerta de hierro negro se cerró delante de mi cara, dejándome a oscuras y a solas con el reptil.

Un golpe se oyó al otro lado, Ivanov volvió a levantarle la mano a su hija.

Forcejeé con las putas cuerdas, quería salir ahí fuera y reventarle la cabeza en el suelo.

—Papá...

—Si mañana está muerto, el destino que le espere a tu hermana será culpa tuya, por tu desobediencia.

Hijo de puta.

Cabronazo de mierda.

Eso era maltrato psicológico en toda regla.

Ella no era culpable de su puta enfermedad mental, porque así era como estaban todos los tíos de este puto mundo, enfermos de la cabeza hasta el aborrecimiento.

—¡Marcos! — Violeta abrazó con sus finas y blancas manos las rejas superiores del portón, tenía la mejilla roja por el golpe y la mirada aguada—. ¡No te muevas! ¡Pase lo que pase no luches contra ella! Ignórala, es la única forma de sobre...

La ventanilla con barrotes se cerró, mientras la escuchaba chillar que no la tocasen.

Una oscuridad absoluta cayó sobre mí como el frío manto de una noche, el silencio no tardó en llegar, no oyéndose más que el cuerpo del reptil reptar entre los guijarros.

Las serpientes, naturalmente solían atacar cuando se sentían amenazadas, la princesa tenía razón en que luchar contra ella era una idiotez. Debía hacerle entender que los dos estábamos en las mismas, secuestrados por este gilipollas.

Así que éramos amigos, ni yo tenía que preocuparme por ella, ni ella por mí.

La teoría era sencilla, lo jodido venía en la práctica.

Mantuve una respiración lenta, lo más silenciosa posible, calmando los latidos del corazón, también cerré los ojos y pasase lo que pasase no los abriría hasta morir, o ser sacado de aquí con vida.

Las cosas deberían ir bien, si no me movía ni hacía el mínimo ruido ella no sentiría la necesidad de matarme, el problema era tan solo uno: ¿Cuánto llevaba este animal sin comer?

Este tipo de reptil en concreto se alimentaba de roedores, aves y pequeños mamíferos en sí, pero eso era en un ambiente natural de libertad.

Sabía que ella no podría tragarme, no era ese tipo de serpiente, tan solo una anaconda o una pitón haría algo así, no obstante, eso no quitaba que, por estar muerta de hambre, lo intentase.

Si yo fuese ella, reptaría por una de las botas, me enrollaría en el cuello para asfixiar a la presa y después abriría la boca intentando tragarme su cabeza.

No lo conseguiría y seguiría con hambre.

Pero yo ya estaría muerto. O tal vez, le hubiesen enseñado que, si mataba a un humano luego le daban comida.

Había tantas opciones...

El animal reptó hacia mí, siseando con su lengua viperina, imaginé que ya estaba trazando su plan y en pocos minutos se sabría el desenlace de todo esto.

La sentí engancharse a la bota con los colmillos. Algo que me extrañó, mi presencia no debía hacerle sentirse amenazada, así que acababa de comprobar que este ejemplar en específico fue adiestrado para matar.

Seguramente, tras hacer esto, recibiese una jugosa rata.

Sus colmillos no llegaron a la piel gracias al grosor del material de la bota. Comenzó a enrollarse para subir, girando por mi torso, apretándome los brazos contra las costillas, la fuerza que tenía era sorprendente.

Recordé que una vez leí un artículo en el que decía que el veneno que extrajeron de una sola mordida de taipán, era suficiente para matar a cuatrocientas personas.

La verdad es que preferiría que en estos momentos mi cerebro fuese más benevolente conmigo mismo y me trajese recuerdos más dulces, como las preciosas tetas de la princesa, por ejemplo.

O el delicioso sabor de su coño.

Estaba a punto de morir.

Se suponía que debería estar pensando en mi madre, o tal vez en Ángela, feliz quizá de reunirme pronto con ella, si es que había algo al otro lado.

Sin embargo, aquí me encontraba, pensando en esos pechos tersos y de aspecto suaves. Lo que hubiese dado por chupar uno de esos pezones antes de terminar estrangulado o envenenado, o ambas cosas a la vez.

Joder, se me estaba poniendo dura, casi asfixiándome y a punto de sentir como se me partían las costillas por la fuerza del animal.

Iba a estirar la pata estando cachondo, pensando en las tetas de la princesa a la que debía proteger.

No pude evitar romper mi propio silencio para reírme.

Definitivamente, nunca imaginé morir así.

CAPÍTULO 21

VIOLETA



Era incapaz de calmar mis nervios, andaba de un extremo al otro de la habitación, no podía ni bajar a tomar el café.

Joder, veinticuatro horas encerrado con una taipán, no iba a sobrevivir.

Nuestras serpientes estaban hambrientas y solo recibían alimento después de matar, estos reptiles eran sumamente inteligentes. Marcos no saldría con vida.

No sabía en qué mierda pensaba mi padre, él no era un mal hombre, más sus acciones se escapaban del sentido común, siempre elegía la opción incorrecta. Siempre, siempre, siempre.

Me iba a escuchar.

No aguantaba seguir callándome las cosas, ya era una mujer adulta, no tenía la edad de Narcisa y estaba más que harta de que un borracho alcohólico tomase las decisiones más importantes de nuestras vidas.

A veces sentía que ni siquiera me quería como hija, aunque sabía que sí, dejaba mucho que desear.

Tiré de la pesada puerta.

Peleándome con el bajo del vestido, corrí escaleras abajo, buscando a papá.

—Señora, señora—. Bianca me seguía apresurada, casi sin aliento —. ¿Qué le ha pasado a *Marco*? ¿Es cierto? ¿Lo van a sacrificar?

Su estado de nerviosismo igual al mío hizo que se me crispasen los nervios aún más.

Marco.

Oh, por favor.

—Se llama Marcos y no tengo tiempo ahora mismo, retírate — ladré casi estando a punto de morderla, sin entender el porqué.

Bianca, Irina y Lorette siempre hablaban de chicos, coqueteaban con todos los matones de mi padre y se acostaban con más de uno, en las horas del baño siempre me contaban sus chismes y hablar de sexo con ellas era bastante divertido.

Ya que, a mí no podía tocarme ninguno, tenía que vivir dichas experiencias a través de mis sirvientas.

Pero con Marcos la cosa cambiaba.

Era mi guardaespaldas, no un matón más de Alexander.

Y no las quería cerca de él.

¿Por qué? No lo sabía, ni era tampoco el momento de preocuparme por ello.

Este castillo estaba repleto de hombres jodidamente guapos, la belleza rusa era impresionante, pero ninguno de ellos se podía comparar con Marcos.

—¡Papá! — Chillé, dándome igual que me pudiese llevar otro bofetón, él se encontraba sobre su sillón, bebiendo directamente de la botella, los visillos se removían entre el viento que azotaba los grandes ventanales, ya no había tormenta —. Tienes que sacarle de ahí. Ahora mismo.

Esperaba un torrente de furia por su parte, no obstante, mi padre era totalmente bipolar, a veces reaccionaba en blanco y otras en negro.

A veces era día y otras era noche.

—Violeta…— su voz sonaba con pesadez—. Me ha apuñalado la mano, si dejo pasar eso por alto me perderán el respeto.

—¿Y qué respeto te van a tener cuando tus dos hijas se maten y te quedes completamente solo?

Decir aquello pareció accionar alguna especie de mecanismo en su cabeza, pues logré que se irguiese y me mirase directamente a la cara, mostrándose pálido como un fantasma.

—Vosotras no me haríais eso.

—Ya lo creo que sí, si me tengo que ir sola con Egor Maslov, te aseguro que no voy a durar con vida más de una semana. Él… Marcos…— mis ojos empezaron a aguarse a causa de la impotencia, cada minuto aquí podría ser decisivo—. Te clavó el cuchillo para impedir que me golpeases, tiene los cojones que hay que tener, joder. Él no dejará que Egor me haga daño, le necesito.

Como mi padre no reaccionaba, mirándome como un animal bobo y sin cerebro, seguí dando chillidos.

—¡Si muere, Narcisa no se casará con Gabriel! ¡Y me da igual que sea mi culpa porque ya estaré muerta! Tú cargarás con todo, tu estúpido castillo será invadido por mafiosos que te robarán hasta los putos calzoncillos y luego te rajarán la garganta, ¿eso quieres? ¡Eh! ¡¿ESO QUIERES?!

No dijo nada, mi pecho subía y bajaba por la agitación, notaba como mi piel se volvía rojiza y picaba a causa del estrés, quería arrancarme la corona de la cabeza y este estúpido vestido, ponerme algo ligero, subirme a un coche y perderme para siempre.

No soportaba más las murallas de este castillo. Me ahogaban, me asfixiaban.

—¿Y qué quieres que haga, Violeta? Ya estará muerto.

—Dame las putas llaves del calabozo — insté con rabia, tendiendo mi mano hacia él.

Negando con la cabeza, las sacó del primer cajón de su escritorio, colocándola sobre mi palma.

—Lo siento, hija— se disculpó, como siempre hacía después de cagarla hasta el fondo.

—Deja de sentirlo tanto y empieza a hacer las cosas bien, por favor.

Cerrando el puño alrededor de las llaves, me faltó tiempo para salir corriendo hacia los calabozos, peleándome con los puñeteros zapatos de tacón y el vuelo del vestido largo.

Joder, lo único bueno de vivir con Egor sería poder dejar de ir disfrazada.

Bianca limpiaba los retratos del pasillo principal mientras Irina aspiraba la alfombra, teníamos un sistema eléctrico que permitía

este tipo de cosas, aun así, estábamos bastante atrasados en otras porque la construcción antigua no daba para más.

Como tener una puta bañera en mi habitación.

Ambas me miraron con respeto, inclinando la cabeza, aunque pude notar como cuchicheaban a mi espalda, odiaba que hiciesen eso.

Bianca, Irina y Lorette se habían venido conmigo de compras un sinfín de veces, les daba todos los caprichos que pedían y las cuidaba como si fuesen amigas de verdad. Así que, cuando compartían secretitos entre ellas, pensaba que me excluían. Debería importarme lo mismo que vale un cero a la izquierda.

Me jodía.

El corazón me bombeaba sangre de forma frenética, notaba los latidos estallando en la garganta, pareciendo que se me iba a salir por la boca y caer al suelo.

—Ya voy, Marcos, aguanta, ya voy…

Esperaba lo peor y no sabía si realmente me encontraba preparada psicológicamente para encontrar al único hombre que despertó una chispa de vida en mi interior, muerto por envenenamiento o por estrangulamiento.

El estómago se me cerró en un puño y sentí que iba a vomitar la cena de anoche.

No era momento para debilidades, tenía que abrir esa puerta cuanto antes.

—¡Aparta de mi vista! —Le grité al hombre que se interponía entre el portón de hierro y yo, solo era un trabajador cumpliendo su función, más cuando estaba de mal humor, no tenía contemplaciones con nadie.

Mucho menos cuando me sentía asustada.

Las manos me temblaban entre las jodidas llaves, buscando la correcta. Una vez di con el número que correspondía a su celda, la introduje en la cerradura, escuchando una risa al otro lado.

Esto supuso dos tipos de reacciones en mi cuerpo.

Una, alivio, porque estaba vivo.

Y dos, incomprensión, porque no era capaz de asimilar como alguien podría estar riéndose en una situación como esta.

—¡Trae dos ratas, ahora mismo! — Ordené a Cédric, quien me miraba atónito, sin entender la escena.

Di gracias al universo porque obedeciese mi orden y no tuviese que pelearme también con él.

—¡¿Se puede saber de qué te coño te ríes?!— Grazné tirando de la jodida puerta con todas mis fuerzas, una vez le tuve de frente, la imagen me hizo trizas.

Sus heridas, su sangre y aquel enorme animal enrollado a su torso y cuello.

—Es que sigo sin ser capaz de creer que vaya a morir con la polla dura.

¿Qué?

Cédric apareció con los guantes de cuero y dos ratas enormes, Isha, que era como llamábamos a esta taipán, se desenrolló rápidamente yendo hacia él.

—Condúcela a su terrario y aliméntala.

En cuando el vigilante se perdió de mi vista con la serpiente, colé mi cuerpo en el interior del calabozo dejando la puerta cerrarse a mi espalda.

No supe si fue una explosión de adrenalina, o que era la primera vez que alguien hacía un gesto tan valiente por mí, como clavarle un puto cuchillo en la mano a Alexander Ivanov para impedir que me tocase — o tal vez, el hecho de que Marcos me parecía jodidamente atractivo y alborotaba todas las hormonas sexuales de mi cuerpo—, pero corrí hacia él, agarrando sus mejillas entre mis manos para levantarle la cabeza, sintiendo el tacto de su barba entre mis dedos.

En cuanto vi aquellos ojos profundamente verdes, me detuve.

¿Qué diablos estaba a punto de hacer?

¿Acaso mi impulsividad me iba a llevar a besarle?

—Las tetas.

Fruncí el ceño, saliendo de aquel mágico momento de golpe.

—¿Qué?

—Sus tetas, princesa, me están rozando el pecho, y la polla me va a reventar.

¡Será posible!

Como si acabase de recibir una jodida descarga eléctrica, me aparté casi un metro de él, no parecía haber sido mordido en ninguna parte y tampoco se le veía preocupado.

Joder, ¡se estaba riendo cuando llegué!

—¿Tienes un problema en el rabo o algo por el estilo? ¿O eres de esos lunáticos a los que les ponen que los asfixien?

Definitivamente, el bulto que se marcaba en su entrepierna dejaba claro que sí, estaba cachondo.

Y debería estar enferma, porque el tacto de su barba en mis manos había dejado un calor que iba hacia mi vientre, junto con la imagen de tener a ese hombre tan peligroso atado, herido, y totalmente indefenso ante mí.

Podría hacer lo que quisiese con él en este momento.

Era mío, joder.

—Nada de eso, simplemente uno busca cosas bonitas en las que pensar antes de morir, y bueno…

No me gustó escuchar aquello.

—¿Pensabas en alguna de tus amantes?

Iba a buscar un cuchillo para desatarle, pero ahora se me estaban quitando las ganas, quizá le dejaba ahí solito unas cuantas horas más para que siguiese pensando en ella.

—Me temo que no.

Oh.

Cédric volvió a su posición, cogí la navaja que llevaba encajada en el cinturón, cerrándole de nuevo la puerta en la cara para regresar hacia la silla en la que se encontraba Marcos.

—¿Y qué pensamiento fue el que te llevó a estar excitado en un momento así?

Paseando a su alrededor, jugando con la hoja afilada entre mis dedos, imaginé lo placentero que debería ser bajarle la cremallera y subirme encima de él.

Lástima que nos matasen si tan solo me atrevía a intentarlo.

Era una pena desperdiciar la excitación de un hombre como este.

—Ya se lo he dicho, señora, sus tetas.

Rodé los ojos.

Mentiroso.

—No tenías mis tetas en la cara cuando llegué.

—Las tenía en la mente— respondió, haciendo que el calor del vientre ahora se convirtiese en humedad—. Y el sabor de su coño también.

Tras su espalda, tuve que morderme el labio, sabiendo que no me veía, mientras luchaba por contener el fuego que estaba despertando en todo mi ser.

Había pasado tiempo desde aquella noche, creí que se repetiría de forma constante, me equivoqué.

No volvió a tocarme y joder, como lo deseaba.

Definitivamente no podía compartir a Marcos con otras mujeres, iba a ser únicamente mío y si yo no podía acostarme con él, tampoco lo harían otras.

Mis dedos fueron a sus cabellos castaños, tirando de ellos con fuerza, obligándole a levantar la cabeza para mirarme desde atrás.

—¿Eres consciente de que hablas con una mujer prometida?

—¿Eres consciente de que vuelvo a tener tus tetas en mi cara, Violeta?

Hijo de puta, incluso atado, herido y viéndome con un cuchillo en las manos, se atrevía a tutearme.

Me vacilaba.

Y me gustaba.

Muchísimo.

—Si te salvo la vida, ¿qué me das a cambio?

Mi mano dejó de tirar de su cabello, bajando de nuevo por esas mejillas, acariciando su mandíbula cuadrada, mi cuerpo le reclamaba a gritos.

—No necesito que me salves la vida para hacer cualquier cosa por ti, ya la haría.

Reí.

Hombres.

—¿Así sois todos los italianos? ¿Mmm? ¿Os salís siempre con la vuestra gracias a la labia?

—Digamos que ayuda.

—No vuelvas a tutearme— rugí, agarrándole de nuevo del pelo con fuerza para echar su cabeza hacia delante—. Pues me temo que,

sí que vas a tener que hacer cosas por mí, Marcos.

—La escucho, señora.

—Vas a complacerme en todo lo que te pida, como un perrito obediente— mi sonrisa se volvió sádica—. Y quiero que tengas claro que eres mío.

No solamente él podría negociar y chantajear. Yo también.

Sus ojos brillaron con malicia, recorriendo mi figura mientras entreabría los labios, deteniéndose primero en mis pechos y después en mi boca.

—¿Cómo de suyo, princesa?

—Jodidamente mío.

—Aún no lo tengo claro— negó.

Di un paso más hacia él, volviendo a acercarme.

—Absolutamente mío.

—Sigo necesitando un poco más de aclaración.

Luchando por no tartamudear y mantener la entereza, le señalé con el cuchillo, recordándome a mí misma que debía seguir envuelta en mis murallas de hielo.

—Me perteneces, Marcos.

—Le pertenezco, princesa.

Dios, que placer me daba oírlo.

—Dilo otra vez— ronroneé, volviendo a pasear a su alrededor, colocando la parte afilada del cuchillo contra la soga que ataba sus manos.

—Le pertenezco, puede hacer lo que desee conmigo, soy completamente suyo, princesa.

CAPÍTULO 22

MARCOS



—No está envenenado—. Bianca me fulminó con sus pequeños ojos mientras yo, con una sonrisa burlona, llevaba la taza de café a mis labios—. ¿Seguro que estás bien? — Cuestionó, usando un tono de voz más dulce.

Tras dejar que el café bajase por mi garganta y poner una mueca de asco que dejase claro que no me gustaba, asentí.

—Estoy vivo, ¿qué más puedo pedir?

—¿Tampoco te gusta nuestro café?

—Lo de los italianos con el café es caso aparte, no me lo tomes muy en cuenta— supliqué, volviendo a dar otro sorbo, al menos estaba caliente.

Caliente.

Como el cuerpazo de esa condenada princesa.

No solía pensar tanto tiempo seguido en una misma mujer, mi cabeza siempre iba y venía de una a otra, en cuanto conseguía lo que quería, pasaba a la siguiente.

Y que no me malinterpretasen, para nada me sentía orgulloso de ser así, pero, ¿qué podía hacer? Llevaba toda la vida buscando algo en ellas que no encontraba en ninguna.

Violeta parecía tenerlo.

Aunque era pronto para saberlo.

—¿Sigues vivo? — La mano de Bianca chasqueó los dedos delante de mi cara—. Me alegra mucho que la princesa te sacase de ahí, eres valioso *Marco*, nunca he visto a alguien tan... — Nuestras miradas se encontraron, a lo que sus mejillas se tiñeron de rojo. Otra más que quería revolcarse conmigo, ¿tendría ella algo que ofrecerme que no tuviesen las demás? Lo dudaba—. Valiente.

—¿Lo dices por lo de la puñalada en la mano de Alexander? Solo hacía mi trabajo.

—Ya veo que te lo tomas muy al pie de la letra.

Dando otro sorbo más, mis ojos volvieron a posarse en ella, en su moño alto, su rostro con forma de corazón y las ligeras curvas de su cuerpo.

No estaba mal en realidad, pero mi polla no reaccionaba.

Quería a la princesa.

Y era una mierda, porque doña *«no me tutees»* se iba a casar en poco con el imbécil de Maslov, y yo tendría que vigilarla y protegerla viviendo bajo el techo de ese pedazo de mierda. Más me valía que Salvatore idease algo rápido y me sacase de aquí, pues la idea de pasar diez años en Rusia hasta que Gabriel y Narcisa fuesen mayores de edad, hacía que quisiese bañarme en ácido sulfúrico.

A veces deseaba sacrificarme por Narcisa, otras, como en este momento, solo quería perderlos a todos de vista.

No me convenía seguir echándole el ojo a Violeta, era una jodida pérdida de tiempo, aunque estuviese buena de cojones y me apeteciese echarle siete polvos seguidos sin sacarla de su coño, daba igual.

Sería el colmo de la mala suerte encoñarme de una niña que se iba a casar en nada, seducirla provocaría una guerra entre los rusos y la familia Carusso, tenía que controlar mi polla sí o sí.

—¿Es cierto que eres uno de los seis líderes? — Lorette apareció en el comedor del personal, mientras *Nana*, que estuvo tarareando algunas canciones en voz baja, me acercaba un plato con dos rebanadas de pan duro y queso mohoso.

Jesucristo.

—¿Siempre os alimentan tan bien vuestros señores? — Cuestioné en tono sarcástico, apartando el plato de mí, el olor de ese puto

queso me iba a hacer largar las tripas.

No pude traer mi moto a Rusia, pero Alexander me ofreció una de cortesía para moverme mientras estuviese aquí, encontraría un maldito Burger cerca, porque si no me mataban las jodidas serpientes, terminaría muriendo de inanición.

—No está tan mal— *Nana* me hizo un puchero, empezando a comerse las tostadas.

—Cierto, *Nana*, no está tan mal, está jodidamente mal.

Lorette y Bianca comenzaron a reírse.

—No respondiste a mi pregunta, Marcos—. Las manos de Lorette se apoyaron en su barbilla, con los codos sobre la mesa, mientras me miraba como si tratase de leerme —. ¿Eres un líder? ¿Es cierto?

—Sí, me encargo del tráfico de órganos.

Las tres hicieron una mueca de desagrado.

—¿Y no te da pavor?

Bianca sacó un botiquín de debajo de un roperillo viejo con las puertas colgando de las bisagras, a ese mueble le quedaban pocos días de vida.

Se acercó y me alzó el mentón.

En el momento que volví a mirarla a los ojos, suspiró.

—Antes de ser uno de los líderes, me ganaba la vida como sicario, así que no, no me da pavor.

Bianca volvió a suspirar, colocando un algodón mojado en alcohol sobre una de mis heridas.

No era necesario que me sujetase la cara para ello, aun así, lo hacía. Notaba como sus dedos temblaban sobre mi mandíbula, mientras evitaba mi mirada y respiraba por la boca para no ahogarse.

De normal, esto debería ponerme a cien.

Pero no.

Hostias.

Mi testosterona parecía haberse apagado por completo.

¿Qué cojones?

No me entraba en la cabeza que mi rabo ahora solo fuese a funcionar con la princesita, ni hablar, joder, ni de puta coña.

Asustado por la situación, decidí bajar los ojos de su mirada a los labios, eran bonitos, pero nada del otro mundo, joder, ni los de la princesa, tampoco tenía nada fuera de lo común.

Tenía que bajar un poco más.

Las tetas, sí, mirar tetas siempre era una apuesta segura.

Tragué saliva al notar como su tacto sobre mi barba se volvía una caricia, *Nana* se perdió entre sus quehaceres y Lorette se quitó del medio con la propia habilidad de un fantasma, quedándonos en un ambiente más íntimo.

Me fijé a conciencia y de forma tal vez exagerada en los bultos de sus pechos bajo ese vestido negro de sirvienta.

Nada.

—¿Me estás mirando las tetas, *Marco*? — Su tono sonó juguetón.

Ese tono de voz tímido con un intento de picardía debería hacerme estallar.

Pero...

Tampoco.

—Sí, es lo que estoy haciendo.

Tócale el culo.

Bésala.

Te lo está pidiendo a gritos.

Joder, haz algo, tiene que funcionar.

—¡Marcos! — Un grito femenino, lleno de ira y rabia, hizo que mi polla se endureciese como si acabase de volver a la vida—. Ven conmigo, ahora mismo.

Solo me faltó apartar a Bianca de un empujón y arrastrarme por el suelo como uno de esos bichos para ir hacia ella.

Me iba a cagar en mi puta vida.

—Señora, tráteme con un poco más de cariño, he estado a punto de morir. Aun me siento sensible— giré el cuello para mirarla, viéndola de brazos cruzados, con unos *leggins* negros, unas zapatillas de deporte grises y una sudadera del mismo tono, ¿quién coño era esta?

—Deja de meterle mano a mi sirvienta. Ya.

La forma en la que se le apretaba la mandíbula era exquisita, casi podía escuchar sus dientes rechinar desde aquí.

Las tetas de Bianca seguían a pocos centímetros de mi cara y sin saber cómo, mis manos estaban colocadas en su cintura.

Debí apartarlas de inmediato.

No lo hice.

La molestaría un poco más.

—No le hacía nada que ella no quisiera, ¿verdad que no? — Bianca negó rápidamente, con las mejillas rojas como tomates, pero no con un rojo de rabia iracunda como el de mi señora, si no un rojito pálido de vergüenza. — Gracias por tus cuidados, *bella.*

En cuanto pronuncié aquel *bella* en italiano dirigido a Bianca, Violeta soltó un bufido propio de una gata a punto de despellejar con sus garras a alguien.

Oh joder, esta tía sí que me la ponía dura.

Lástima que estuviese prometida.

Terminando mi último sorbo de café, dejé la taza sobre las manos de la sirvienta, dirigiéndome lentamente hacia *«mi dueña»*.

—Usted dirá — curvé los labios sin poder evitarlo al ver esa cara tan guapa, no tenía nada de rusa y eso me encantaba, era cálida y bonita como la España a la que me moría por volver—. ¿Qué necesita de mí?

Tras echarme una mirada de odio de arriba abajo, haciéndome preguntarme cómo era posible que una cosa tan inofensiva y pequeña me hiciese sentir deseos de derretirme en el suelo y ser recogido por una fregona, tan solo hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera.

—Me vas a llevar de compras.

— Ah, ¿sí? ¿De compras? — La fui siguiendo, teniendo que hacer uso de todo mi empeño para dejar de mirar el culazo que le hacían esos *leggins*—. ¿Y qué vamos a comprar? ¿Una nueva corona? ¿Más serpientes? ¿Un cinturón de castidad para que no me acerque a sus sirvientas?

Se detuvo en seco, volviendo a asesinarme con la mirada, mis pasos eran ligeros, así que, sin quererlo, choqué contra un trasero.

—Te dejé bien claro que eras mío, Marcos— rugió en voz baja, con esas pestañas acuchillándome como puñales.

Dios santo, ¿qué me pasaba con esta tía?

—Lo sé, sé que soy su guardaespaldas y su sirviente, princesa.

Algo se removió en su interior, la forma en la que esos ojazos color avellana se desilusionaron me causó inquietud. No obstante, aquel gesto no duró más de tres segundos antes de que volviese a enmascararlo con enfado.

—Vamos a comprar ropa interior, necesito elegir bien lo que llevaré puesto para entregarme a mi futuro esposo.

Oh, venga ya.

Esto no podía ir en serio.

Estaba celosa joder, celosísima.

—Dirá para cuándo decida abrirse de piernas para mí, princesa.

Aquel *chihuahua* enfadado me dio la espalda, caminando con una rabia contenida que me hizo incluso gracia.

—Ni en tus sueños, gilipollas.

CAPÍTULO 23

VIOLETA



Dolía como el averno.

Y me jodía de una forma que no lograba entender.

Llevábamos casi una hora en el coche, en la que mi ceño no dejó de estar fruncido y en la que no cedí ni a uno de sus intentos de conversación.

Encima, estaba jodidamente guapo; con unos vaqueros negros y unas zapatillas blancas a juego con la sudadera, el blanco le quedaba de muerte sobre esa piel morena.

Hijo de puta.

Después de salvarle la vida en los calabozos, de enfrentarme a mi padre por él, esperaba algo de gratitud y lealtad en vez de encontrarle en el comedor de personal a punto de tirarse a Bianca.

¿Y qué más te da? Te vas a casar, estás prometida.

La voz de mi consciencia me recordaba el fatídico futuro que me esperaba una y otra vez.

Egor no era feo, de hecho, mis sirvientas le consideraban un buen partido, a pesar de sacarme veinte años de edad. Y, además, cuando yo tuviese la edad de mi futuro esposo, él posiblemente ya estaría muerto y yo disfrutaría de su fortuna.

Ajá, todo eran ventajas.

Entonces, ¿por qué seguía cabreada?

Porque Egor no me gustaba, ni un poquito.

Era una bestia sin corazón, un bruto, un insensible de mierda.

No sentía la más mínima afinidad con él y no me imaginaba teniendo que acostarme con ese hombre. Incluso se me ponía la piel de gallina solo con pensar en ello.

Aunque más me valdría empezar a mentalizarme pues no tendría otra opción.

Pero entonces, ¿y él? ¿Qué iba a pasar con Marcos?

El trato era que cuidase de mi seguridad hasta que Narcisa y Gabriel contrajesen matrimonio, pero, ¿y si se rompía el acuerdo? Además, que fuese mi guardaespaldas no le impedía conocer a alguna mujer y enamorarse.

Después de todo, era uno de los seis líderes y encima soltero.

Las familias que estarían deseando unirse a él deberían formar parte de una lista de números infinitos.

Y eso me jodía.

Muchísimo.

—¿Qué piensas hacer con tu vida? — Le había aplicado la ley del hielo, aun así, la jodida curiosidad me obligó a volver a dirigirle la palabra.

—Pues, mi idea ahora mismo es irme a cualquier sitio a comer como un cerdo mientras la princesa se va de tiendas a elegir unas bonitas bragas para su prometido.

—No voy a llevar bragas, elegiré algo más atrevido.

Incliné el cuello para observar su expresión de molestia, ¿estaba celoso? ¿Cabreado porque le jodí el polvo con Bianca? ¿O tal vez solo tenía hambre?

—Como si va en pelotas— gruñó.

Mis cejas se juntaron tanto que casi parecí tener una sola.

—Más respeto, Marcos.

Dejó de pisar el acelerador, girando el volante mientras subía el volumen de la música para no escucharme.

En mi vida me sentí tan insultada.

Sin ser capaz de creer lo que acababa de hacer, apagué el sonido de golpe, deseando tirarle de los pelos.

—¿Todos los italianos sois así de maleducados?

—No, los hay peores.

Incapaz de ocultar lo que pensaba, le lancé una mirada de desprecio.

—¿Peor? Venga ya — pulsé el botón que estaba al centro junto a la palanca de cambios para abrir su ventanilla y que se congelase de frío—. Has subido la música para callarme, a mí, a tu puta jefa.

—¿Eres puta? — Aquella palabra le llamó tanto la atención, que le importó tres pepinos que la ventanilla estuviese bajada del todo y el frío nos convirtiese en icebergs humanos—. Porque me encantaría solicitar tus servicios.

¡Y dale con tutearme!

Todo mi cuerpo se incendió de rabia, la cara se me puso tan colorada como un puñetero semáforo y mi mano ya estaba alzada para pegarle un guantazo mientras él me miraba con una mueca que decía: *atrévete*.

—¡¿Cómo voy a ser puta pedazo de idiota?!— Grazné, pareciendo una jodida gallina a punto de poner un huevo—. ¡Putas serán las mujerzuelas con las que sueles salir por ahí! ¡Y no vuelvas a tutearme!

Mi mente recordó a la rubia que tenía en el coche aquella noche.

De nuevo, la maldita música.

—¡Marcos!

—Se va a casar con un vejestorio, no está en posición de recriminarme nada.

Oh mierda, se estaba pasando de la raya.

—No es ningún vejestorio, es mucho más atractivo que tú—. Ni yo me creí esa mentira—. ¡Oye! ¡Ve más despacio! ¡No conoces estas carreteras! ¡Y encima están nevadas!

Me.

Estaba.

Poniendo.

Histérica.

—Para empezar— cerró la ventanilla, atreviéndose a encenderse un cigarro y echarme el humo en la cara, tuve que abrir la mía mientras hacía aspavientos con las manos tratando de librarme del humo—. Es imposible ser más atractivo que yo—. Los ojos se me

abrieron como platos ante tal nivel de egocentrismo—. Y, para terminar, solo es nieve, joder, déjeme conducir tranquilo, se lo suplico.

—No menosprecies a la nieve, para nosotros es muy importante.

—Me meo y me cago encima de su puta nieve, princesa.

¡Pero bueno! ¿En qué momento me había perdido el respeto este gilipollas?

—Si lo llego a saber, dejo que Isha te coma vivo.

—Me hubiese tenido que escupir cuando llegase a la polla, la tengo enorme.

—A ver.

No supe ni porqué me atreví a decir aquello, pero esos ojazos verdes volvieron a posarse en mí, haciéndome arder con ese fuego que solo este maldito italiano producía en mi cuerpo.

—Está prometida con Egor, señora, mi polla las prefiere solteras.

Ja.

Volví a gruñir, ignorando a su persona, centrándome en los bonitos paisajes nevados que se veían a lo lejos, cada vez estábamos más cerca del centro comercial.

—Pues qué bien, porque yo tampoco tengo interés alguno en tu polla.

—Bueno, solo intente no pensar demasiado en mí cuando se acueste con su prometido.

CAPÍTULO 24

VIOLETA



El aroma que desprendía ese cabronazo italiano, dejó de enloquecer mis hormonas en cuanto bajé del maldito coche. Aquí no había nieve, tan solo lloviznaba mínimamente, digamos que esto se podría considerar buen tiempo.

—Joder, me suenan las tripas — seguía quejándose.

El intenso perfume volvió a hacerme sentir traidoramente excitada y decía traidoramente, porque el hecho de que me gustase este canalla me estaba suponiendo una traición a mí misma, no había manera de escapar de ese estúpido matrimonio, y estar engatusada por otro hombre solo lo empeoraría todo.

Aunque, qué podía decir, me causaba tanta curiosidad...

—¿No has desayunado nada en casa? ¿O solo fuiste al comedor para ver a Bianca?

Dios, intentaba que no se me notase la molestia que me suponía imaginarle con otra chica.

Misión fallida.

—Intenté desayunar, al igual que la noche antes intenté cenar; el problema es que comer comida en mal estado no es mi pasión.

Comenzamos a caminar hacia la entrada del centro comercial.

Ir con Niko siempre fue como... ¿distinto? Era un hombre mayor, solía alejarse para dejarme sola y darme espacio, tampoco quería que la gente pensase cosas raras, pues me veía bastante joven a su lado.

Sin embargo, ir con Marcos era totalmente distinto, nos llevábamos algunos años de diferencia, pero no tantos.

Él lucía joven, sexy y arrebatador.

Parecíamos...

¿Una pareja?

Ay.

—El pan siempre está duro, las patatas saben a humedad, el queso tiene moho... ¿no os da vergüenza alimentar de esa forma a vuestro personal? Pueden enfermar, joder.

Me detuve en seco, él caminó tres pasos por delante, parándose para mirarme con cara de *«¿y ahora por qué nos detenemos?».*

—¿Hablas en serio?

Frunció el ceño mientras me inspeccionaba minuciosamente, como si tratase de adivinar lo que escondía en mi mente.

Él.

Eso era lo que escondía.

—¿No lo sabía, princesa?

—Joder, Marcos... yo...

Noté como se me aguaba la mirada, me dolía que esas personas tan dedicadas a nuestra familia comiesen alimentos en mal estado.

Mi padre era asquerosamente rico.

Daba por hecho que se alimentaban de forma decente, nunca escuché ninguna queja, pero tampoco me molesté en saber si estaban bien.

—Creo que... creo que se me ha cerrado el estómago— susurré, acariciándome la zona del vientre.

Esta culpa no era mía, si no de Alexander, aun así, me entristecía.

—Eh, nada de sentirse mal, ¿vale? — Marcos se colocó a mi lado de una zancada, envolviéndome en esa aura oscura, atrayente y protectora que solo él tenía.

Nunca sentí un magnetismo igual, este hombre venía definitivamente de otra galaxia.

—No es mi culpa, te juro que...

—Te creo, Violeta— un intenso cosquilleo hizo que todo el vello de mi cuerpo se erizase bajo la ropa casual y deportiva que llevaba puesta. Las murallas de hielo que rodeaban mi corazón se derretían

cada vez que me tuteaba o llamaba por mi nombre. Por eso odiaba que lo hiciera —. Te creo, así que no te disculpes—. Inclinó el brazo, ofreciendo agarrarme para caminar juntos, el suelo estaba húmedo y resbaladizo, aun así, alguien que conociese a Egor podría vernos y meternos en problemas.

A mi prometido no le gustaría que pasease por ahí agarrada del brazo de mi guardaespaldas.

—Muchas gracias— le regalé una sonrisa sincera—. Pero puedo sola.

Sentí desdicha por no poder aferrarme a su fuerte brazo, bajo aquella sudadera blanca que marcaba cada uno de los perfectos músculos de su cuerpo. Nunca tuve la oportunidad de conocer a un hombre que me gustase de verdad, y parecía ser, que estaba sucediendo con el menos indicado.

Esto debería estar sucediendo con Egor Maslov y no con Marcos Leone.

En silencio y enfadada con el mundo entero, fui paseando por todas las tiendas en solitario, con él siguiéndome como solía hacer Niko, manteniéndose al margen, pero sin perderme de vista.

La curiosidad por saber qué pensaba mientras me miraba brilló con intensidad en mi mente, dándome como respuesta que posiblemente estuviese deseando llegar a casa para terminar lo que dejó a medias con Bianca.

Iba a torturarle por aquello, lo juraba.

Comencé a caminar más despacio hacia una exclusiva tienda de ropa interior femenina, dándole a entender que quería ir a su lado.

—¿Es aquí? — Cuestionó, observando las delicadas prendas que lucían los maniquíes.

Dando una profunda bocanada de aire, contuve el oxígeno unos segundos y lo solté de golpe.

—Sí.

—No pareces muy entusiasmada.

Simplemente encogí los hombros.

Claro que no estaba entusiasmada, aunque tratase de autoconvencerme haciéndome terapia a mí misma, repitiéndome hasta el cansancio que Egor no estaba tan mal.

No podría querer a ese hombre, ni sería feliz, ni lograría entregarme en cuerpo y alma. Tal vez —de hecho, seguramente— me vería en la obligación de acostarme con él, pero no lo disfrutaría, ¿y por qué lo tenía tan claro? porque la sola idea de imaginarle tocando mi piel me producía rechazo e impotencia.

Sobre todo, ahora que conocía lo que era ser tocada por Marcos.

Noté de nuevo que mis ojos estaban a punto de aguarse, no quería que Marcos se diese cuenta de mi amargura por contraer matrimonio con ese cabronazo, lo último que necesitaba era a este idiota burlándose de mí.

—¿Entramos o solamente miraremos desde fuera? — Insistió, comenzando a cansarse de estar ahí de pie, se le veía con un ligero toque de molestia.

El porqué, me daba totalmente igual.

Yo iba a seguir al pie de la letra con mi plan, mostrarle lo que se perdía, lo que tenía para entregarle y jamás sería suyo.

Al igual que Marcos quería que pensase en él cuando me acostase con Egor, yo deseaba lo mismo. Si se acostaba con Bianca o con la que fuese, iba a pensar en mí, por mi calavera que sí.

—Entramos.

CAPÍTULO 25

MARCOS



Cuando me ofrecí a venir a Rusia como guardaespaldas de la pequeña Narcisa, nunca imaginé que terminaría siendo el *sujetavelas* de Violeta y Egor, y en caso de tener que imaginarlo, tampoco se me hubiese pasado por la cabeza que llegase a molestarme tanto.

Tenía ganas de matarlos y hacerlos desaparecer para que volviese mi puta paz mental.

Sería fácil cortarles el cuello, mutilar sus cuerpos y echarles dentro de una chimenea. Lo único que me impedía hacer tal cosa era no buscarle líos a Salvatore.

—¿Todo bien? — La dulce voz de Violeta junto con ese olor a jazmín, cacao y almendra que me hacía volar la cabeza, me sacó de mis macabros pensamientos.

—Ajá— farfullé sin más.

—Parece que planeas un asesinato.

—No lo parece, lo hago.

Nuestros cuerpos volvieron a chocar en cuanto se detuvo en mitad del pasillo de los sujetadores de encaje sin relleno. La hija de puta no lo necesitaba, Dios la dotó bien.

El recuerdo de sus preciosas tetas volvió a ponérmela durísima.

—Me gusta.

Arqueé una de mis cejas.

—¿Te gusta que tenga ganas de matar a alguien?

—No imbécil, eso me da igual, es tu problema— tomó un sostén de color rosa pálido y mis labios se fruncieron sin saber cómo contralaba las putas ganas de arrancárselo y sacarla de allí a rastras —. Me gusta cómo vas vestido.

Rodé los ojos.

A quién le importaba la vestimenta en un momento tan crítico como este, hostias.

—No eres el típico mafioso que va siempre emperchado en un traje elegante, el primer día que te vi ibas con una chaqueta de cuero y una camiseta negra, ahora vas con sudadera...— siguió paseando por el pasillo con el sujetador rosa en la mano, parándose a mirar uno de color blanco, la desgraciada tenía una 95C, me iba a dar un puto infarto cardíaco solo de pensar que ese hijo de puta de Maslov se iba a gozar mis tetas.

—Sí bueno, tengo personalidad propia, gracias por apreciarlo— el tono irónico de mi voz era más que evidente.

Agarré un sostén de mujer mayor bastante horrible y se lo lancé a la cabeza, añadiendo:

—Creo que este sería ideal para tu prometido.

Ella colocó de nuevo aquella prenda de abuela en su lugar, con suma delicadeza y tacto. Al echarse el pelo hacia atrás de la espalda, su puto olor volvió a mí y mi cuerpo deseó bebérsela entera.

—Eres peor que un niño— chistó, atreviéndose a recriminarme.

Joder, me estaba matando de celos y encima se ponía chula.

—No aguanto más, me voy a comer algo.

—Ni de coña, tienes que darme tu opinión.

—Ya te la he dado, el sostén negro de abuelita viuda.

Parecía haberse rendido con eso de: *no me tutees*.

Sonreí.

Ella no sabía lo cansino que podía llegar a ser.

—¡Tienes que vérmelos puestos! — Chilló, inflando los mofletes.

¿Quería enseñarme como le quedaban?

No sabía hasta qué punto me agradaba o disgustaba la idea.

—Ah...— Se me escapó un gruñido—. Bueno...sí...vale.

Lo que tenía clarísimo es que no me iba a gustar ninguno, por muy bien que le quedasen.

—¿Pero está permitido probarse la ropa interior? — La seguí hacia una zona alejada y privada en la que se encontraban unos mullidos sillones frente a los probadores. Parecía que sí.

—Esta ropa interior es exquisitamente sensual y a la vez cara, a las mujeres nos gusta saber cómo nos quedará, así que sí, se puede probar, además, trae unos plastiquitos por dentro que...

—¿Te has parado a pensar en cuantos coños han pasado por ese plastiquito?

—¡Marcos! ¡Deja de arruinarme este momento!

Pf, si quisiera arruinarlo de verdad, ya estaría echando gasolina por todas partes.

— No arruino nada, en verdad me estoy portando hasta bien. Lo que pasa es que no me conoces.

Bufó, puso los ojos en blanco otra vez y sonreí de nuevo en cuanto se dio la vuelta.

Antes de meterse en el probador, sacó lo que parecía un biquini de un material similar al papel.

—¡Para eso es que tienen esto! Te lo pones debajo de la ropa interior.

Indignado, tomé asiento en el mullido sillón, cruzándome de brazos.

—Pues qué bien que piensen en todo, venga, que es para hoy, me suenan las tripas.

Y quiero volver a ver esas tetas.

Una chica rubia de melena ondulada hasta la cintura, vestida con un traje de chaqueta negro liso y camisa blanca, se acercó a nosotros.

—Disculpe, señor, ¿desea un café o algo mientras su esposa se prueba las prendas?

La tipa no me gustaba ni un poquito, pero iba a aprovechar la ocasión para devolverle este dardo envenenado.

Me estaba haciendo sufrir y se lo haría pagar.

—No es mi esposa, y por supuesto, siempre he querido probar un café hecho por una mujer tan bonita.

El sostén caliente que había ido apretando esas tetas todo el camino desde el castillo hasta el centro comercial, se estampó en mi cara.

—Si que es mi marido—. Violeta sacó la cabeza por detrás de la cortina del probador, toda despeinada. Saber que estaba desnuda hizo que me marease—. Lo que pasa es que me ha pillado poniéndole los cuernos con su jefe y aún no lo supera, por eso se comporta así.

— Cielo, mi jefe es tu padre…

—¡Que te calles, Marcos! ¡Joder!

Mis ojos suplicantes fueron hacia la pobre dependienta, mientas no podía evitar llevarme el sostén de Violeta a la cara, absorbiendo ese olor tan rico.

—El café bien cargado, por favor, lo necesito para aguantarla.

—Claro, señor, ahora mismo.

La dependienta se fue cagando leches, volví a clavar la vista en la cortina. Detrás de ese trozo de tela se encontraba el cuerpecito de la mujer que me estaba volviendo loco.

Sería tan maravilloso colarme dentro y...

La cortina se corrió dejándome ver a la tía más perfecta del mundo; ya la vi desnuda de ombligo para arriba en la piscina, pero ahora la tenía completa delante de mí, solo para mí.

Su preciosa melena castaña caía como una cascada, acariciando sus mejillas pálidas y hombros. Con un cuello delicado que podría rodear con una sola mano y una clavícula marcada, las tiras rosadas acariciaban su piel de forma mimosa, recogiendo sus pechos.

La tela de encaje mostraba unas bonitas flores, teniendo transparencias. Si no fuese por ese biquini que llevaba debajo, podría apreciar el rosado de sus pezones.

Mierda, se me estaba secando la puta boca.

—Su café, señor.

—Ah, sí. Gracias.

Desaparece de mi vista, no nos molestes.

Pegué un sorbo a la taza, imaginando mi lengua bajar por su ombligo, llegando a esas bragas también de encaje y con

transparencias, marcándole un coño que sabía a las puertas del cielo.

—Bueno, ¿vas a darme tu opinión antes de que anochezca?

Hice un gesto con el dedo para que diese una vuelta.

—No.

—No puedo opinar sin valorar bien el producto, imagina que esas bragas te hacen un culo horrible y a Egor se le jode la viagra.

—¡Egor no necesita...! — Con una mueca de verdadero fastidio, mientras yo me reía, se puso de espaldas—. Venga, dime qué tal se me ve el culo.

—Pues... se ve...

Comestible.

Rico.

Caliente.

Follable.

Muy follable.

—No sé, es que... mmm...— Dios, necesitaba una hora de mi vida mirando ese culo—. Hay algo que no me convence.

—¿El qué? — Giró el cuello hacia mí, la forma en la que la melena le caía sobre la espalda desnuda me iba a dejar enfermo.

Joder, ¿lo que me bajaba por la frente era sudor?

—No sé, nena, necesito que...— repasé la comisura de mis labios con la punta de la lengua, no sabía cómo me estaba conteniendo para no ponerme de rodillas y lamerle el puto culo—. ¿Puedes inclinarte un poco hacia delante?

—¿Qué? — Soltó un gritito histérico, poniéndose toda roja, le gustaba que le llamase nena, oh sí—. No pienso ponerme en pompa.

A la mierda. Esta niñata se iba a enterar.

La chica volvió a por la taza de café, mientras Violeta se miraba al espejo colocándose bien el pelo, saqué un par de billetes de mi bolsillo, haciéndole el gesto de que se perdiese por un rato y nos diese intimidad.

Ella aceptó el dinero de buen agrado, levantando el pulgar.

Luego se marchó a toda prisa, dando pasitos rápidos sobre sus zapatos de tacón.

—Sí vas a ponerte en pompa.

—Que no voy a...

Mi mirada de pocos amigos le hizo guardar silencio de inmediato, dándose cuenta de que no estaba para bromas.

—O me enseñas ese culo como dios manda, o entro ahí y te follo, tú eliges.

—Marcos, tú no...

Oh, Dios, qué pesada.

Saqué la pistola de debajo de la sudadera, apuntándole directamente a la cabeza.

—En pompa, nena, ahora mismo.

Su boca se abrió en una perfecta «o»; tenía la piel de gallina y ella también comenzaba a sudar.

Si esta niñata creía que podía provocarme y darme celos a su antojo sin que hubiese consecuencias, se equivocaba.

En el momento en el que enfermé con esa puta fiebre y ella decidió cuidarme, una ternura extraña despertó en mí, me prometí que no volvería a obligarla a hacer nada que no quisiese.

Pero esto ya era empezar una puta guerra.

Si quería buscarme, me iba a encontrar.

— En serio, ¿me estás amenazando?

Dejé mi cabeza caer hacia atrás, soltando un gruñido, cuando noté mi paciencia reducirse a cero, decidí ponerme en pie, caminando hacia ella.

Antes de que se le ocurriese gritar o hacer cualquier cosa, le tapé la boca con la mano, estampando su delicada figura en el espejo, mientras apretaba la boquilla del arma contra su barbilla.

—Escúchame bien, princesa, que haya accedido a ser tu puto guardaespaldas por un trato entre tu padre y Salvatore Carusso no quiere decir que tengas poder sobre mí, soy uno de los seis líderes, vendo órganos, mato gente y odio que me toquen los putos cojones, *¿capisci?* — Con ojos vidriosos, asintió.

—No eres superior a mí, tu familia es una mota de mierda comparada a los Carusso y al lugar del que vengo, Egor Maslov es una basura, y ni casándote con él tendréis más poder que nosotros, Rusia se puede ir a tomar por culo, ¿mmm? así que deja de joder o

te juro que mi polla va a estar dentro de ti antes de que te cases y no llegarás virgen a la noche de bodas.

Sus ojos no se apartaban de mí, no temblaba, no tenía miedo, tan solo me miraba de forma inquietante, y eso me hacía preguntarme si era una necia que no temía al peligro, o si es que estaba demasiado acostumbrada a él.

— Voy a soltarte y vas a obedecer, si no lo haces, le pego un tiro a la dependienta y te follo aquí mismo, ¿queda claro?

Con una obediencia que no esperaba, asintió.

Cazzo.

Esto me ponía aún más loco.

—Date la vuelta y vuelve a enseñarme el culo, *cara.*

Con ojos inocentes y unos rasgos demasiado dulces, preguntó:

—¿Qué significa *cara*?

Reí, mordiéndome el labio mientras deseaba azotarle esas nalgas bien duro a la vez que mi lengua se lo chupaba todo.

Uf...

—¿Quieres que te de clases de italiano mientras estoy pensando qué hacer con tu culo?

—Solo quiero saber que significa *cara*.

Se veía tan tranquila, no temblaba ni un poco, no lloriqueaba, no se quejaba lo más mínimo. Era como si toda ella desease este momento más que yo. Quizá solo quería que yo tomase el control para así entregarse a mí sin tener que sentirse culpable.

¿Toda esta pataleta era por eso? ¿Para conseguir la atención que creía que le daba a Bianca?

La princesa era dulce y retorcida por igual.

Y eso solo hacía que me gustase más.

—*Cara* significa cariño— en cuanto su espalda se inclinó, apoyando las manos sobre el espejo, y su trasero se acercó a mi entrepierna, mi puño tomó su largo cabello, envolviéndolo con fuerza mientras colaba la pistola entre sus muslos.

Abrió los ojos de forma sorpresiva.

Ahora sí que temblaba.

—¿Qué haces?

—Estoy cansado de tus preguntas, princesa.

—No quiero que me pongas el arma ahí...— Froté el cañón en su clítoris, masturbándola desde atrás—. Marcos... estoy prometida, joder, esto...

—Tu futuro marido se queda fuera de la ecuación, mi vida. Ahora solamente estamos tú y yo, y tu vida depende de que te portes bien, así que escúchame atentamente—. Tiré con fuerza de su cabello, obligándole a ponerse recta, aun con el arma entre sus piernas—. Vas a restregarte tú solita en la pistola hasta que te corras y la dejes empapada, si en cinco minutos no te has corrido, te meteré la polla, ese es el trato.

Con una resiliencia que me dejaba al borde de la locura, tan solo asintió, siendo una buena chica; pero no una buena chica dulce y dócil, si no una buena chica provocadora e intimidante.

Su espalda se recostó sobre mi torso, me agaché un poco acomodando el arma en su sexo, notando su nuca contra mi pecho.

El momento en el que cerró los ojos, comenzando a mover las caderas, hizo que algo en mí se jurase que esa mujer sería mía hasta el fin de mi vida.

Ella era distinta.

Ella tenía ese algo.

Ella era lo que siempre había buscado.

Cada puto día estaba más seguro de ello.

No pude evitar llevar mis labios a su cuello tras apartar con delicadeza esa preciosa melena castaña, de la que desde este momento me declaraba dueño absoluto. Nadie tocaría su maldito pelo.

Ni siquiera olerlo.

La mordí con posesividad, sin dejarle marca, tan solo para aclararle que deseaba comérmela entera.

Ella no me tocaba, simplemente se apoyaba en mi torso, moviéndose contra el arma, mientras una de mis manos ya viajaba por su vientre, haciendo movimientos circulares con los dedos sobre su ombligo.

—La pistola no está lo suficiente mojada, muévete más rápido o tendré que follarte, *cara*.

Lo hizo, el movimiento de sus caderas aumentó, y eso me produjo satisfacción y a la vez me desquició; porque con su obediencia me estaba diciendo un claro: *no quiero follar contigo, imbécil.*

Pero ella y yo ya sabíamos que terminaríamos en la cama, tarde o temprano.

Sus gemidos en voz baja comenzaron a escucharse dentro del probador, mientras la mano que tenía libre abandonaba su ombligo, desabrochándole el sujetador, no tardé en acariciar uno de sus pechos desnudos, me llenaba la mano entera, notándose caliente, duro y suave.

—¿Quieres que te chupe las tetas, nena? ¿mmm? ¿te apetece?

Tras notar como la humedad resbalaba entre sus muslos, mis dedos apartaron la tela del encaje, haciendo que la fricción contra el cañón del arma aumentase, ella gimió con más fuerza, apoyando las manos en el espejo, comencé a frotar la pistola en su clítoris, mis dedos siguieron acariciando sus senos.

—Entonces, ¿no me dejas chupar tus dulces tetas?

—No.

—¿No?

¿Cómo qué no?

—No...

Detuve el movimiento de la pistola, siendo tarde. Todo su vientre se contrajo y su pequeño cuerpo se retorció de placer, ahogando varios gemidos, con una de sus manos tapándose la boca y la otra todavía en el espejo.

Cuando retiré el arma, pude apreciar el resultado de su orgasmo.

—Vaya, ¿qué crees que pensaría Egor de esto? — Se la mostré, viéndola con las mejillas rojas y la cara echa una furia.

Mi lengua repasó el cañón, degustando el sabor de su coño.

—No seas cerdo, joder.

—Oh venga, sabes que me has echado de menos—. Miré la hora, notando las tripas rugir de nuevo —. ¿Me acompañas a comprar unas hamburguesas?

CAPÍTULO 26

VIOLETA



Marcos devoraba su comida con ganas; no sabía por qué, pero verle comer resultaba satisfactorio.

Yo iba mordisqueando algunas patatas y dando ligeros sorbos al refresco, la cena estaba buena, me gustaba más que los platos tan elaborados que hacía *Nana*; yo era de cosas simples.

Aun así, tantas preocupaciones en mi cabeza hacían que el apetito brillase por su ausencia.

Marcos me robó una patata, ya se terminó las suyas.

—¿Con qué permiso haces eso? — Fruncí el ceño, dando un sorbo a su refresco para estar en igualdad de condiciones.

—¿Has bebido de mi vaso? —Sus cejas se alzaron hasta llegarle casi al nacimiento del pelo —. Eso es un beso indirecto.

—He bebido por el lado contrario al que estabas bebiendo tú.

—Has bebido exactamente por el mismo lugar que yo.

Cierto.

—No es verdad.

Marcos tomó un largo sorbo, apoyando sus labios sobre la mancha de pintalabios que dejé en su vaso.

—Fin de la discusión, ahora sí que hemos tenido un beso indirecto.

Mis mejillas se calentaron.

—Por esa regla, llevamos dos meses besándonos— hice hincapié en el hecho de que siempre probaba mi café en las mañanas.

—Hasta que al fin te das cuenta.

Era tan imbécil.

Y seguía tuteándome.

¿Qué iba a hacer con él?

Volvió a alargar la mano para quitarme otra patata.

Resoplando, dejé el paquete entero sobre su bandeja, decidiendo probar de una vez la hamburguesa, aunque mi estómago siguiese completamente cerrado.

—¿Qué te pasa?

Alcé las pestañas, posando mi visión en él, ¿de verdad acababa de hacerme esa pregunta?

—Has abusado de mí en el interior de un probador— le recordé, por si acaso se le hubiese olvidado—. ¿Cómo que qué me pasa?

—Nah— negó, acercando una patata a mis labios, le pegué un manotazo y simplemente se la comió de un bocado, como si le diese igual—. No es eso lo que te pasa.

—Sí es.

—Que no.

Este gilipollas parecía ser jodidamente intuitivo o tener una habilidad especial para leer a las personas.

Porque tenía razón, no era eso lo que me pasaba.

De hecho, maquiné todo esto de *«probarme ropa interior para Egor»* con la única intención de torturarle, y sinceramente, si no hubiese reaccionado de ninguna forma, ahora estaría incluso decepcionada.

Lo que no esperaba era tanta violencia por su parte, debía admitir que mi visión sobre él acababa de cambiar drásticamente; antes me producía curiosidad, ahora me volvía loca.

Tal vez se debiese a que en nuestro primer acercamiento iba algo bebida, que mis recuerdos de Marcos eran más románticos.

La forma en que soltó mi cabello, y cómo acarició mi espalda.

Cuando sus labios besaron mi cuello.

Cuando sus dedos se entrelazaron con los míos.

Necesitaba volver a sentir eso.

Era un hombre que sabía cómo conseguir lo que quería, y me asustaba lo fácil que fue para él hacer que me humedeciera y

desease cumplir todas sus órdenes, a pesar de estar cabreada conmigo misma y con la situación.

Cabreada por haber nacido en esta familia y estar condenada a casarme con un jodido bruto y un maldito loco, cuando podría estar viviendo una historia de romance con alguien como Marcos, quien parecía ser el indicado para mí.

Aun así, era consciente de que esto era solo la punta del iceberg, faltaban kilómetros de hielo por recorrer entre él y yo, hasta saber totalmente quiénes éramos.

Porque también dudaba de mí misma. Nunca imaginé que pudiese interesarme alguien como él, hasta que llegó a mi vida.

Y al parecer, iba a quedarse un tiempo.

Un tiempo que ojalá fuese un para siempre.

—¿Cuáles son tus planes, Marcos?

— Es difícil planear un futuro cuando perteneces a este mundo, pero lo que tengo claro es que quiero regresar a España. Cuanto antes.

Dolió.

Tragué saliva, fingiendo indiferencia.

—No te gusta nada Rusia, ¿eh?

—Sinceramente, no.

—Aun así, tendrás que estar aquí hasta que Narcisa y Gabriel se casen.

—Si no se rompe antes el acuerdo, sí.

Si no se rompe antes el acuerdo.

¿Qué quería decirme con eso? ¿Acaso estaban él y Salvatore planeando algo para librarse de nosotros?

El enfado que arrastraba desde que entramos en la tienda de ropa interior, era cada vez más notable.

—Supongo que perderme de vista es uno de tus objetivos principales—. Mi sonrisa se tornó ácida y el apetito terminó de desaparecer por completo, dejé la hamburguesa sobre la bandeja, abandonando la idea de comer.

—No es por ti, Violeta, si me permites tutearte — me guiñó un ojo.

Chulo de mierda.

—No, no te lo permito, pero ya lo llevas haciendo más de una hora.

—Pues no es por usted, princesa—. Corrigió con cara de *«Dios, no la soporto»*. Sonreí satisfecha—. Simplemente me gusta España, y me gusta estar cerca de mis seres queridos. Además, entienda que no me haga especial ilusión ver como Egor la preña una y otra vez como si fuese una coneja.

La imagen que se formó en mi cabeza se volvió de lo más turbia.

—¿Quién te ha dicho que me vaya a preñar?

—Es lo que quieren todos y el motivo por el que se producen estos matrimonios, princesa; tener un hijo varón. Así que vaya rezando para que el primero lo sea o terminará con ese bonito coño destrozado de tanto parir.

Otro escalofrío recorrió mi cuerpo, haciendo que sintiese nauseas.

—No me gusta que me digas esas cosas, Marcos.

—Y a mí no me gusta tratarla de «usted», pero es lo que hay— empezó a sorber el refresco, subiendo y bajando las cejas —. Además, solo intento hacer que sea consciente de la realidad.

—Soy lo suficientemente adulta como para darme cuenta de ello.

—Pues no lo parece.

—¡Joder! ¡¿Y qué mierda te importa lo que parezca?! Es mi puto problema, no el tuyo.

—Exactamente, por eso no pienso quedarme aquí y volveré a España en cuanto me sea posible.

—Pues muy bien, lárgate.

—Me largaré.

—Eso espero.

—Así será.

Los dos bufamos al mismo tiempo, acalorados por igual, la tensión que se formó entre nuestros cuerpos podría pincharse con el propio tenedor.

—Yo también tengo una vida, princesa— añadió, haciendo que el corazón me palpitase con fuerza—. También quiero encontrar el amor, casarme y seguir con mis obligaciones como líder.

La mirada se me volvió acuosa al instante, dándome cuenta de lo egoísta que estaba siendo, solo pensaba en mí, en que quería

tenerle cerca, en lo protegida que me sentía por él, en que me lo llevaría a cualquier rincón del mundo y pasase lo que pasase nunca dejaría que se apartase de mí.

Pero era cierto.

Él también tenía una vida, y no era uno más de mis sirvientes, esto solo formaba parte de un acuerdo. Marcos era uno de los seis líderes de la mafia, estaba por encima de mí, de mi padre, incluso del propio Egor.

Y, aun así, se encontraba aquí, comiendo una hamburguesa barata mientras me aguantaba los berrinches.

Quería casarse, y lo haría.

Claro que lo haría.

Era obvio que no se iba a quedar el resto de su vida siendo mi guardaespaldas, viviendo en la casa de Égor y viéndome preñada una y otra vez.

Dios santo, ¿en qué estaba pensando?

Maldita sea, yo ni siquiera quería ser madre.

Mi mente siempre me alejaba de la realidad, creando escenarios que me agradaban más que el mundo en el que vivía para ayudarme a abordar la situación con calma, sin entrar en pánico.

Pero ahora mismo, lo estaba haciendo.

—Violeta—seguía tuteándome, y seguía derribando mis murallas —. Tienes mal aspecto, joder.

Me costaba respirar, trataba de tranquilizarme, inhalando profundamente por la nariz y exhalando por la boca, como aprendí siendo niña.

No funcionaba, el oxígeno no llegaba a los pulmones.

—Violeta— Marcos ya estaba a mi lado, con la espalda encorvada hacía mí, me agarró la cara con las dos manos, intentando que le mirase—. Oye, dime algo, venga.

—E…Estoy bien, solo… solo es ansiedad.

Hablar siempre lo empeorada, así que tan solo me aparté de él y cerré los ojos, apoyando la frente sobre mis manos, con los codos en la mesa. Necesitaba volver a crearme otro escenario en el que la realidad no fuese tan cruda.

—¿Qué hago? Joder, dime algo, dame órdenes, lo que sea.

—Necesito…

—¿Sí?

Ay, me estaba mareando.

—Necesito…

—¿Un médico?

—No.

—¿Llamo a la ambulancia?

—No.

—¿Te llevo al hospital?

—¡No!

—¿Te hago el boca a boca?

—No, Marcos, ¡joder!

—¡¿ENTONCES?!

— Chuches— logré decir al fin, cuando mis pulmones parecieron volver a estar un poco receptivos.

Su cara era un completo poema.

—Chuches, chuches de… ¿chuches?

—Gominolas, sí.

Nos quedamos en una especie de limbo, como si él intentase asimilar mi orden y yo intentase entender por qué le costaba tanto obedecer.

—¿Te estás ahogando y quieres gominolas?

—Las ácidas, con forma de llave inglesa, date prisa.

Le vi nervioso, mirando hacia un lado y otro, clavando su vista de halcón en la tienda de golosinas que estaba al fondo del todo.

—No voy a dejarte aquí sola, imagina que te secuestran y no estás cuando regrese.

—Marcos, no me va a pasar nada, necesito estar un ratito sentada — mi mano acarició levemente la suya, la retiré de inmediato—. Por favor, tráeme las chuches.

Necesitaba al menos diez minutos a solas, pensando y aclarando mi nueva realidad, aceptando que él se iba a ir, que se iba a casar algún día y que yo, sería la coneja de Egor Maslov.

—Bueno, solo serán unos minutos, no te muevas de aquí— instó, señalándome con el dedo índice.

Empezó a caminar hacia la tienda de dulces.

Suspiré.

No podía hacer un drama de esto, pero qué pena me iba a dar tener que despedirme de él, algún día.

Y, sobre todo, qué jodido iba a ser enfrentarme a mi destino.

«No lo pienses, evádelo, olvídalo».

Tomando otra bocanada de aire, decidí coger el bolso y ponerme en la cola de los clientes, que los sirvientes del castillo comiesen comida en mal estado había sido otro golpe difícil de encajar.

No serviría de mucho, pero les llevaría unas hamburguesas, esperaba que les gustasen.

CAPÍTULO 27

MARCOS



—¿Contenta?

Giré el cuello, viendo como mordisqueaba esas golosinas con la misma intensidad que un hámster se peleaba con las cáscaras de las pipas.

—No tanto como para decir contenta, pero sí mejor, gracias.

—No hay de qué.

Resoplé, no me apetecía volver a ese puto castillo.

Me gustaría llevármela al aeropuerto más cercano, subirnos a un avión destino España e invitarla a comer paella.

—¿Has salido de Rusia alguna vez?

—No.

—Triste tu historia.

—¡Oye! Deja ya de meterte con Rusia.

Mi mano se fue alargando hacia su cubito de plástico lleno de llaves inglesas azucaradas, ella miraba el teléfono.

Cuando lo tuve fácil, agarré un puñado y me las metí en la boca.

Joder, qué ácido.

—¡Pero! —Tosí—. ¡¿Cómo te puede gustar tanto esta mierda?!

—Se supone que se comen de una en una, imbécil, y no vuelvas a tocar mis cosas.

—Las he pagado yo.

—Con el sueldo que te paga mi padre.

—Tu padre no me paga nada, estoy aquí por un simple trato y ya tengo demasiado dinero.

—¿Y por qué me tiras entonces unas simples gominolas en cara?

—No te las tiro en cara, eres tú la que se niega a compartir conmigo.

—Porque son mías.

—Yo las he pagado.

—Eres un tacaño.

Giré el volante, metiéndome en el arcén, teniendo que frenar en seco, mirándola desquiciado.

—¿Puedes dejar de discutírmelo todo?

—No te discuto nada, simplemente te muestro la realidad— guiñándome uno de sus preciosos ojos almendrados, lanzó otra llavecita al interior de su boca.

Me estaba devolviendo la puñalada de Egor en la hamburguesería, hija de su madre.

—No quiero escucharte más en todo el camino, o te juro que te estrangulo y te tiro por algún río.

—Los ríos están congelados, me encontrarían demasiado rápido, definitivamente, no es una buena idea, y deja de tutearme.

Dios, si existes mátala, antes de que lo haga yo.

—Lo que usted diga, princesa— farfullé, volviendo a incorporarme a la vía, subí la música mientras me permitía dar voz a mis pensamientos: — La muy idiota, llevo dieciocho años ganándome la vida matando gente, y me viene a dar clases, cuando no sabe ni masturbarse bien.

La música se detuvo de golpe.

—Perdona que no me sintiese del todo cómoda con el cañón de un arma en el coño.

—Te perdono, *cara.*

—No me llames así, y deja de tutearme.

Deja de tutearme.

Deja de tutearme.

Puto disco rayado.

—Ni mi llimis isí y diji di titiirmi, ¿tengo que volver a apuntarte con la pistola para que te empieces a portar bien? ¿Mmm?

—Mi padre te mataría si se enterase de esto, ¿lo sabes?

—Tu padre me puede comer los huevos si le apetece.

Pisé el acelerador, volviendo a mi guerra por mantener la música alta, ella estiró el brazo para volver a apagarla.

Decidí darle una lección, agarrando su muñeca y colocándole la mano sobre la bragueta de mi pantalón.

—¡Marcos! — Chilló, cayéndosele media cajita de gominolas al suelo—. ¡¿Pero qué coño haces?! ¡Quita mi mano de…! ¡Marcos…!

—Puedo conducir así hasta llegar al castillo, me vas a tocar la polla todo el puto trayecto, por pesada.

—¡No quiero tocar tu polla!

—¡Cállate o te juro que también te la vas a comer!

—¡No pienso callarm…!

La agarré de la nuca, empujando su cabeza hacia mi entrepierna.

—¡Bájame la puta cremallera y empieza a chupar!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Que no, joder!

—¡Ahora mismo, Violeta!

—¡Eres un puto psicópata!

—¡CHÚPAME LA POLLA!

—¡NUNCA!

—¡Me cago en mi puta vida ya! — La solté, deseando que hubiese aprendido la lección—. Calladita, ¿eh? No te quiero escuchar más.

Tenía los ojos brillantes a causa de la adrenalina, las mejillas rosas, y se estaba mordiendo los labios como si desease atacarme con uñas y dientes para despellejarme vivo.

Deseaba verla intentarlo.

Creía que diría algo, la vena marcada en mi cuello estaba a punto de explotar, una sola contestación ingeniosa más y juraba por mi madre que me bajaba del coche y la perseguía por estos putos bosques hasta cogerla y follármela por todos los agujeros.

Y ella pareció leer mis pensamientos, pues se dedicó a hacerse una bolita en el asiento, volviendo a chupar una de esas putas llaves inglesas.

El sonido de sus labios contra esa gomita ácida hizo que no dejase de pensar mierdas hasta que por fin pude ver las murallas del puñetero castillo.

—Princesa, hemos llegado a su cárcel, espero que esté muy feliz.

—Lo estoy.

—Bien.

—Gilipollas.

—Niñata.

—Chulo de mierda.

Torcí el cuello y pisé el freno.

Ella se quitó el cinturón y salió corriendo del coche hacia el interior del castillo. Huyendo como si yo fuese el mismísimo diablo.

Algo me cautivó el corazón.

Iba riéndose.

La chica con los ojos más tristes del mundo, también tenía la risa más bonita del mundo.



Mirarle el culo a Violeta se estaba convirtiendo en uno de mis pasatiempos preferidos; mientras la seguía, hipnotizado por como esos *leggins* resaltaban ese par de nalgas follables, ella iba con la cabeza alta y sus dos bolsas de cartón repletas de hamburguesas ya frías por el puto clima de Rusia.

Cuando llegamos a la puerta del comedor del personal, escuchamos unas risas. Choqué contra su cuerpo por no esperar que se fuese a detener, entendí que lo hizo al escuchar la palabra «princesa».

Sus manos empujaron las bolsas contra mi abdomen, dándome a entender que quería que las sujetase, obedecí sin rechistar, ella tomó el viejo pomo de hierro, girándolo lentamente para asomarse por la rendija de la apertura.

Lorette se paseaba con una manta envuelta en el cuerpo y una corona hecha de cartón sobre la cabeza, mientras *Nana*, Irina y Bianca se desternillaban de la risa, incluso los de mantenimiento.

—¡Soy la princesa de Rusia! ¡Mi padre es un asesino y mi madre está muerta! ¡Pero me creo la mejor del mundo porque soy super guapa y rica! ¡No limpio, no estudio y no trabajo! ¡De hecho! ¡Soy tan vaga que no puedo ni bañarme sola!

Un millón de pensamientos pasaron por mi cabeza en estos momentos; una falta de respeto así significaría la muerte en la familia Carusso, Salvatore ya los tendría nadando en la piscina junto a los caimanes; sin embargo, Violeta solo cerró, dándose la vuelta para irse a su habitación.

Ahora iba con la cabeza agachada.

Me rechinaron los dientes de la impotencia, esto no podía quedar así.

Empujé la puerta de una patada, haciendo que las tres chicas pegasen un grito, a Lorette se le cayó la «corona» al suelo.

—Vuestra señora os trae esto— dejé las bolsas de hamburguesas sobre la mesa, todos me miraban atónitos—. Debería daros vergüenza.

—*¡Marco!* —Bianca se levantó rápidamente de la silla de mimbre en la que estaba sentada, persiguiéndome. Me dirigía hacia la habitación de Violeta —. *Marco*, por favor, no te enfades, Lorette es muy bromista, solo estábamos…

—Mordiendo la mano que os da de comer, eso hacíais— le rugí en la cara—. Detesto a las personas desleales, Bianca.

—*Marco…*— suspiró—. Ha sido cosa de Lorette, yo no he tenido nada que ver, no te enfades conmigo.

Negué con la cabeza, tratar de explicarles lo mal que estaba lo que hacían era perder el tiempo.

Así que simplemente le di la espalda, subiendo las escaleras, yendo en busca de Violeta.

—¡Tío Marcos! —Narcisa me llamó, sacudiendo la mano tras un ventanal, jugaba en la nieve —. ¡¿Me ayudas a hacer un muñeco?!

Nana salió del comedor, ocupándose de ella.

—¡Narcisa! ¡Es hora de bañarse para cenar y dormir! ¡Vamos!

—¡Pero yo quiero hacer un muñeco con el tío Marcos!

—Mañana.

Nana trataba de evadir mi cara de puto asco, también se sentía culpable, y no era para menos.

—Luego le leo un cuento, princesa— me arrodillé delante de ella, adorando su sonrisa, era la misma que tenía su preciosa hermana mayor.

—¿En español? — Sus ojitos dulces chisporrotearon de felicidad.

—Claro que sí.

—¡Biiiiiieeeeeeen! — Salió corriendo a toda prisa hacia ese baño de la época medieval.

Bianca, Lorete e Irina comenzaron a seguirla, suponía para ayudarla con el baño.

Quedándome a solas en el amplio recibidor, comencé a subir un escalón tras otro, volviendo a pensar en Violeta.

Creía que yo estaba solo, pero tal vez ella estuviese incluso más sola que yo, ni siquiera tenía una sola amiga de verdad.

En esta casa, todos eran serpientes con lenguas viperinas.

Una vez dejé los retratos con marcos dorados atrás, mi puño golpeó levemente la puerta de su habitación, aspirando el aroma a jazmín que desprendía.

—Quiero estar sola.

Su voz sonaba como de costumbre, autoritaria y con un toque de acidez.

Aunque con un fondo jodidamente dulce.

Como esas chuches.

—Princesa, déjeme entrar.

—¿Ahora has decidido dejar de tutearme?

—Ahora he decidido tratarla con el respeto que merece.

Silencio.

—Déjame sola, Marcos.

—No puedo.

—Estoy bien.

—Eso me da igual.

Mentira, no me daba igual, en absoluto.

Pero tendría que dármelo.

Ella iba a casarse y formar una vida con Egor, y yo tendría que seguir mi camino, no había forma en la que nuestros destinos pudiesen permanecer unidos.

¿O sí?

Me estaba haciendo un puto lío, tenía la cabeza y el corazón ahogados en un océano de sentimientos contradictorios.

—¿Y entonces?

—Estoy esperando su orden, princesa.

Otro silencio.

—Entra.

Con una media sonrisa dibujada en la cara, empujé la robusta puerta de madera.

Se encontraba metida en una camiseta ancha y negra, con un gato dibujado; la llevaba a modo de vestido, tenía las piernas desnudas, el pelo suelto, y la cara con una especie de mascarilla color verde, mientras masajeaba sus muslos usando un ungüento que olía a mandarina y canela.

—Vaya, no esperaba esta imagen.

—Si lo que esperabas era encontrarme llorando a mares y rodeada de pañuelos, siento decepcionarte.

La cajita de llaves inglesas estaba vacía.

Se desahogó a su manera.

—Usted nunca decepciona, princesa, ¿necesita ayuda con esas piernas?

—No necesito ayuda, dime, ¿qué quieres?

—Ya se lo he dicho, espero su orden.

Se encogió de hombros, alzando las palmas de sus manos.

—¿De qué orden hablas?

Joder, ¿no era evidente?

—El castigo.

—Castigo.

—Sí, el castigo para sus sirvientas, por faltarle el respeto.

Negó, soltando una risa adolorida que golpeó cada esquina de su enorme habitación, cada gesto de esta mujer se iba grabando en mi subconsciente, y me dolía muchísimo darme cuenta de lo que me costaría olvidarla.

—No voy a castigarlas, son unas idiotas, que les den.

—Tiene que hacerse respetar, señora.

—El respeto no se exige, se da, sin más.

Ahora era yo el que se reía.

—Está tan equivocada— suspiré, dando un paseo sobre su alfombra color azul índigo, viendo los bonitos dibujos que tenía colgados en algunas paredes de piedra negra. Todos eran paisajes, paisajes soleados y cálidos, que nada tenían que ver con la nieve—. El respeto se gana, mi señora.

Sus orbes castaños me observaban con recelo, como si acabase de capturar toda su curiosidad de un flechazo.

—No quiero hacerles daño.

—No les hará daño, para eso estoy yo.

Seguía mirándome, por fin conseguí enmudecerla, un trozo de pepino resbaló de una de sus mejillas sobre el colchón.

—¿Les harías daño si te lo pidiera? — Balbuceó con un aullido de voz casi inaudible, como si tuviese miedo de sí misma por hacerme esa pregunta.

—No lo dude ni un solo segundo, princesa.

—No, no haré algo así.

Cogí uno de sus dibujos, quitándole el celo para verlo más de cerca.

Tenía potencial.

—Déjeme matarlas.

—¡Marcos! — Chilló, tapándose la boca con ambas manos.

—Por favor— mis pasos fueron hacia el borde de su enorme cama, colocándome de rodillas a su lado, tendí mi mano esperando que la aceptase. Dubitativa y temblorosa, dejó caer su palma sobre la mía —. No seré su sirviente para siempre, princesa; así que permita que dure lo que dure esto, haga las cosas bien.

—No está bien matar personas.

—No está bien herir sus sentimientos.

—No ha sido tanto como para quitar una vida por ello.

Su mano seguía sobre la mía, temblando, mis dedos comenzaron a acariciar sus nudillos, mientras no dejaba de fundirme en su mirada, diciéndole sin palabras lo mucho que me gustaba complacerla.

—Solo quiero hacer mi trabajo.

—Hacer tu trabajo no es matar personas.

—Sí que lo es— tiré con lentitud de su mano, acercándola a mis labios, dejando un cálido beso sobre ella—. Soy un asesino—. El aroma floral y dulce de su piel me tenía extasiado, viajando hacia una dimensión en la que solo existíamos ella y yo. Esta atracción me hacía perder la puta cabeza, de todas las mujeres con la que estuve, ninguna consiguió despertar esto en mí. Joder, perdóname, Ángela —. Digamos que soy ese tipo de persona que ve la muerte como una solución a los problemas.

Su cuerpo seguía recostado sobre el colchón, con el borde de esa camiseta negra justo por debajo de sus glúteos y esas piernas blancas gritando que las apretase y dejase marcadas.

Quería agarrarla por el cuello, tumbarla debajo de mí, besarla y follármela hasta poder sacármela de la mente.

Siempre sucedía lo mismo cuando me acostaba con una mujer, el vacío venía a llevárselo todo y el interés se desvanecía como el humo de un cigarro.

Quizá si me acostaba con ella, dejase de dolerme tanto que estuviese prometida con otro y pudiese seguir mi vida con normalidad.

Era lo que esperaba.

—Yo no tengo ningún problema— su mano se retiró lentamente de la mía, como si en realidad no quisiese hacerlo. Sus labios se entreabrieron, dejando salir un jadeo de frustración—. Así que no es necesaria ninguna solución, ni recurrir a la muerte tampoco.

Mis ojos volvieron a clavarse en su mirada, deseando tragármela como si fuese una anaconda y devorar hasta el último centímetro de su cuerpo, no dejando nada de ella para los demás.

—Soy un líder de la mafia, si no hago nada por la mujer a la que estoy protegiendo, quedaré en vergüenza.

—Marcos, esto no saldrá de este castillo, nadie lo sabrá.

—Yo lo sé, con eso es suficiente.

Lo sentía muchísimo por la princesa, pero Lorette ya estaba muerta.

CAPÍTULO 28

MARCOS



—Debemos matarla— fue todo lo que dije, tras encender el tercer cigarro que me fumaba.

Decidí hacerle una visita a Alexander mientras las princesas dormían.

—No… no sé, Lorette es una buena chica, nunca nos da problemas…

—Se ríe de tu hija y de tu difunta esposa, y los demás le siguen el rollo. ¿Sabes lo peligroso que es que ni tus empleados te tengan respeto? Serás el hazmerreír si esto sale del castillo.

No iba a seguir tratando de «usted» a este viejo borracho, estaba a hasta la polla de fingir ser su puto sirviente.

—No sé qué decirte, está muy feo que haga algo así. Violeta es una princesa, y siempre se porta bien con ellas, no entiendo por qué…

—Porque tienes mano floja. Por eso el idiota de Maslov se ha atrevido a amenazarte con mataros a todos si no le vendes a Violeta. Por eso los Ivanov sois unos payasos a ojos de las demás familias.

—No seremos tan payasos cuando logramos burlar la seguridad del Padre de la mafia y matar a una de sus sirvientas.

El ácido del estómago se me revolvió.

—Con la ayuda de Maslov, ¿cierto? — Arqueé una de mis cejas, dejando la colilla caer en el cenicero.

Él repasó su frente sudorosa con las manos, dando un trago a su copa de *vodka*, yo bebía *whisky*.

—Sí, cierto, no obstante, ¿qué puedo hacer? Somos simples comerciantes, nuestros antepasados eran nobles de la realeza, pero las cosas han ido cambiando, nos dedicamos a intermediar entre el mercado negro de Rusia y las familias líderes; dependíamos de los Vanetto, y ahora dependemos de esas dos mujeres, Petra y Carla. No nos gusta, además, desde que se prohibió la prostitución, no dejamos de perder montañas de dinero.

—Las mujeres no se venden.

—Oh, un defensor de las mujeres pidiendo que mate a una de mis sirvientas— empezó a reírse de forma ególatra —. ¿Quién te entiende, Marcos?

—Esa mujer es una sirvienta desleal que ha humillado a la princesa. Si esto queda como si nada, lo próximo será una traición mayor. Tienes que velar por la seguridad de tus hijas, vivimos entre putas bestias, la debilidad solo trae problemas.

Alexander guardó silencio. Iba vestido como siempre, con su pantalón de pinza negro y camisa blanca con un par de botones desabrochados, sentado en su escritorio junto a una enorme chimenea. La leña chisporroteaba en su interior.

—¿Hay posibilidad de negociar? — Yo mismo me sorprendí por hacer tal pregunta—. El matrimonio entre Egor y Violeta, ¿se puede negociar?

Negó con pesadez.

—Maslov tiene contactos en Corea. Como comprenderás, están muy cabreados con Salvatore, si me atrevo a romper ese trato, nos caerán encima y luego irán a por Carusso.

Joder, que lo intentasen.

Mierda.

Ojalá todo fuese como antes, sería tan fácil pisarles el cuello.

—Estoy seguro de que el Padre de la mafia está moviendo sus hilos para recuperar su poder.

El problema éramos los nuevos líderes; Petra estaba sola, sin una familia por la que ser respaldada. Salvatore era lo único que tenía.

Y Carla solo me tenía a mí.

Y yo no tenía nadie.

Mateo, más de lo mismo.

—Si Violeta se casase conmigo…— dejé caer, jugando con el hielo dentro de mi vaso—. Su hija sería una líder de la mafia y su familia se convertiría en mi familia, eso significaría que usted formaría parte de los seis.

Sus ojos grisáceos brillaron como perlas recién sacadas de una joyería.

—Eso sería ideal.

—Lo sería y podría serlo, si rompe el acuerdo con Egor y decide hacerlo conmigo.

Seguía sin tener claro lo que estaba haciendo, joder, ¿quería a esa familia cerca de mí? ¿Quería de verdad estar ligado a los Ivanov para siempre? ¿Quería que Violeta fuese mi mujer?

Tenía dudas, más era consciente de que mi necesidad de tenerla cerca y no permitir que ese hijo de puta pusiese sus manos sobre ella me volvía completamente loco.

—Suena bien, pero me temo que no es lo correcto. Egor desataría su furia sobre nosotros y tú no tienes hombres, no tienes nada. Eres un líder, sí, pero no posees una familia a la que liderar, estás solo. Sería un suicidio.

Volví a llenarme el vaso de *whisky*, bebiendo hasta la última gota de un trago.

Noté como el ardor me bajaba por la garganta llegando al estómago. Algo cálido en este puto lugar, al fin.

—Bueno, quizá las tornas cambien algún día y te arrepientas de esto.

—¿Arrepentirme? ¿De no querer matarnos a todos? Leone, te admiro de una forma que no puedes imaginar; eres más fuerte y más valiente que todos mis hombres juntos, pero… no voy a ver como los matones de Maslov entran en mi castillo y fusilan a mis hijas.

—Claro, es mejor entregarlas y dejar que se suiciden ellas solas, como lo hizo tu esposa, ¿cierto?

El culo de su vaso golpeó la madera, no me inmuté lo más mínimo, me daba totalmente igual si le molestaba escucharme.

—Y no estoy tan solo, los hombres de Eva Lelouch me siguen, yo trabajaba para ella.

Alexander volvió a negar.

—No romperé el acuerdo, Violeta se casará con Egor Maslov y Narcisa con Gabriel Carusso, de esa forma la supervivencia de los Ivanov estará garantizada, no hay más que discutir.

Me volvieron a rechinar los dientes, mientras me preguntaba qué harían los hombres de Ivanov si matase a este tipo, ¿podría quedármelos para mí? ¿Serían míos?

Y lo más importante, ¿tendría suficiente con ello para enfrentarme a Maslov y quedarme con Violeta?

Mmm…

Recordé el ofrecimiento de Andrei sobre ayudarme si lo necesitaba.

—Me parece bien, pero ya que nos ponemos así, hablemos con claridad — carraspeé la garganta—. Como líder de la mafia te exijo la muerte de Lorette. O cumples, o el pacto entre Narcisa y Gabriel se disolverá y los Ivanov no estarán a salvo.

—Eso lo decidirá Salvatore.

—Soy su mano derecha, no dudará en escucharme.

—Él también saldrá perdiendo si…

—¿Sabes cuántas familias como la tuya hay por ahí? ¿Tienes idea de cuántos padres estarán deseando unir a sus primogénitas con Gabriel Carusso?

Aliarnos de esa forma siempre fue una opción, no obstante, Salvatore lo retrasaba todo lo posible, no quería «condenar» a su hijo de esa manera.

Como no decía nada, seguí hablando, con el cigarro casi consumido pendiendo entre los dedos.

—Acabas de reconocer que Egor está aliado con Corea, y si Gabriel contrae matrimonio con Narcisa y, Violeta con Maslov, los Carusso correrán peligro. ¿Qué crees que hará el Padre de la mafia en cuanto sepa esta información?

El plan de Egor acababa de ser descubierto y todas sus cartas puestas sobre la mesa.

Casarse con Violeta, tener un hijo.

Que Narcisa se casase con Gabriel y tuviesen un hijo.

Matar a Gabriel y que ese niño fuese el sucesor al lugar de su padre.

Hacer que el niño muriese de forma accidental.

Después, matar a su propio hijo — en caso de ser varón —, quedando tan solo él como único candidato.

Mmm…

Un plan demasiado primitivo y previsible, pero peligroso al mismo tiempo.

Tenía que informar de esto a Salvatore.

Las manos de Alexander temblaban como dos flanes sobre su asiento, mientras mis ojos no dejaban de asesinarle, imaginándome a mí en su lugar.

—Vale, dejaré que tomes el control del castillo durante tu estancia aquí. Haz lo que debas hacer, pon tus normas, para eso eres uno de los líderes, pero entiende que Violeta debe casarse con Egor, y por favor, no menciones nada de esto a Salvatore, recompensaré tu silencio dejándote al mando total —. Tosió un poco y volvió a llenarse el vaso —. Yo estoy cansado y mayor, me vendrá bien alguien que imponga un poco de disciplina.

Mi sonrisa complaciente se ensanchó aún más.

Por supuesto que iba a tomar el mando.

Por supuesto que iba a imponer disciplina.

Por supuesto que avisaría a Salvatore.

Y por supuesto, que Violeta no se casaría con Egor Maslov.

—Trato hecho.

Extendiendo el brazo a lo largo del amplio escritorio, Alexander estrechó su mano con la mía, sin saber que acababa de cerrar un negocio con Satanás.

—Mañana a las doce del mediodía— fue lo último que dije, antes de ponerme en pie para volver a mi lugar de guardia.

—¿Qué sucede con esa hora?

—Ejecutaremos a Lorette.

Alexander tenía razón; era un líder, pero sin el respaldo de una familia.

Así que ahora todo cambiaría.

Su familia, sería mi familia.
Sus hombres, serían mis hombres.
Sus armas, serían mis armas.
Su dinero, sería mi dinero.
Y su hija, sería mi mujer.

CAPÍTULO 29

VIOLETA



Desperté tras una noche llena de pesadillas.

Me hice una bola bajo la manta, deseando que el calor de mi cuerpo no me abandonase, hoy parecía hacer más frío que otros días.

La pesadilla carecía de sentido.

Era el día de la boda y subía sobre un caballo negro para escapar. Cuando estábamos lejos, el caballo se convertía en un nido de serpientes que se enrollaban alrededor de mi cuerpo y me asfixiaban hasta morir.

¿Qué quería decirme ese sueño? Quizá era una señal del destino, avisándome de que, si no me casaba con Egor, moriría.

Cuanto antes lo aceptase, mejor.

Hoy era sábado, así que Narcisa no tendría clases, seguramente estaría en el patio haciendo algún muñeco de nieve, su pasatiempo favorito aparte de leer.

Cuando mis pies tocaron el frío suelo de piedra, corrí a ponerme los calcetines, como siempre, de distinto tamaño y color. Manías.

Caminando hasta el baño, enjuagué mi cara y cepillé mi pelo, pensando en lo tedioso que se me hacía tener que volver a ponerme un vestido largo hasta los pies y la corona desde primera hora de la mañana.

Sería lo mejor si no quería tener problemas con papá, hoy me sentía más cansada que otros días, así que iría al comedor en son de

paz.

Lo más seguro era que tras tomar el café mañanero, me fuese al torreón del ala izquierda para tratar de pintar algo, el arte siempre me ayudaba a calmar la ansiedad.

Ojeé mi reloj de pulsera de plata, fue un regalo de mamá y algo que conservaba a día de hoy como un tesoro.

Las nueve de la mañana.

Tras trenzarme la mitad superior del pelo, dejando la inferior suelta, coloqué la corona sobre mi coronilla y vestí un traje de color púrpura.

El color favorito de mamá.

Hoy la echaba más de menos que de costumbre, lo cual ya era mucho.

Pasé el puño cerrado por mi ojo derecho, deshaciéndome de una lágrima que no debería existir.

Yo no lloraba, yo era fuerte.

Al volver a la habitación, me quedé embobada mirando la cama, recordando a Marcos arrodillado al borde de ella, besándome la mano y prometiendo cumplir cualquiera de mis órdenes, así fuesen quitarle la vida a una persona que no lo merecía.

¿Estaba loco? ¿Era un monstruo? ¿O la loca era yo por sentir que mi corazón lloraba en ese momento?

Marcos era un abrazo que no dolía.

Podría dolerle al resto del mundo, pero jamás me dolería a mí.

Entreabrí los labios, volviendo a necesitar tomar aire.

Deja de pensar en él, céntrate en el café y en pintar algo bonito hasta el mediodía, luego ve a jugar con Narcisa y toma un baño, y por fin se habrá terminado el día.

Asentí, obedeciendo a mis propios pensamientos, al abrir la puerta, esperé verle ahí. No estaba.

En su lugar, se encontraba Klaus.

—¿Qué haces aquí? — Deseé saber.

Ese hombre tan grande como un armario, se giró hacia mí.

—Ahora Marcos Leone está al mando, así que me ha pedido que vigile su seguridad mientras él se encarga de otras cosas.

Marcos Leone.

Al mando.

¿Qué cojones?

—¿Qué significa eso?

—Significa que, durante su estancia, se hará lo que él diga.

Mierda.

Esto no podía ser bueno.

¿O sí?

Marcos venía de una familia peligrosa y hostil, podría ser un enemigo en potencia; tal vez su fachada de guardaespaldas protector era una simple mentira para ganar terreno y hacer exactamente lo que estaba haciendo.

Temiéndome lo peor, corrí escaleras abajo, mientras *Nana* ya servía mi taza de café sobre la mesa del comedor.

Quedé sin aire al verle sentado en el lugar de mi padre, cogiendo mi taza para darle un sorbo. Volvió a dejarla en la mesa.

Llevaba un traje de chaqueta totalmente negro, al igual que la camisa, que la corbata, que el pañuelo en su bolsillo y que los mocasines.

La maldad que engendraban aquellos ojazos verdes hizo que la piel se me pusiese de gallina bajo el vestido, con aquel cabello castaño repeinado como todo un jefe de la mafia.

Si Salvatore Carusso daba más miedo que él, debería mearme encima el día que le conociese.

—Buenos días, princesa— su intensa mirada persiguió cada uno de mis movimientos hasta que tomé asiento en el comedor.

—¿Dónde está mi padre?

La pregunta me salió con voz de gallo.

Justo en ese momento, Alexander se presentó, apestando a alcohol y con un aspecto de lo más desaliñado, su adicción le estaba consumiendo.

—Violeta.

—Papá— susurré—. ¿Qué significa esto?

—Significa que Marcos me sustituirá mientras esté con nosotros, yo estoy cansado y no… no puedo más.

No puedes más.

¿Y yo sí?

—Pero, ¿y qué hay de mí? Se suponía que él vendría de guardaespaldas conmigo cuando me casase con Égor, ¿te seguirá sustituyendo entonces? ¿Se quedará aquí y tendré que irme sola? — Mi voz sonaba cada vez más agitada, odiaba que las cosas cambiasen de rumbo tan drásticamente cada dos por tres.

Alexander miró a Marcos y este me miró a mí, volviendo a dejarme sin aire.

Su perfume amaderado me estaba envolviendo por completo, como una niebla espesa y densa.

—Hay muchas cosas en juego, princesa, confiamos en que Egor será un buen esposo y cuidará de ti como es debido. Además, Klaus se irá contigo, si Maslov se pasa de la raya, me avisará y yo intercederé.

Fue como si acabase de recibir una puñalada.

—¿Qué? Entonces…ya no… ¿ya no serás más mi guardaespaldas? ¿Se acabó?

—Seguiré siéndolo— prometió, y escuchar aquello logró que me calmase.

—¿Pero?

—Solo hasta que te cases.

De nuevo, mi pecho fue aplastado por hormigón.

Así que esas teníamos.

Quería deshacerse de mí y quedarse con la fortuna de mi padre, casarse con otra y ser dueño de este lugar.

Muy inteligente, Marcos Leone.

—¿Sabes qué? No hace falta que me cuides, ni siquiera ahora, puedo apañarme con Klaus.

—Tu protección no es negociable, princesa, las decisiones las tomo yo, y punto— el tono duro de su voz me hizo querer agarrarle del cuello y estrangularle, no obstante, ya no se veía tan cercano y accesible como cuando fuimos de compras, o como cuando me invitó a comer aquel sushi, ahora se encontraba al mando, por encima incluso de papá.

Mi vida, la de mi padre y la de Narcisa estaban en sus manos.

Resignada, tan solo desvié la vista hacia el café, tomando un sorbo.

Por el lado contrario al que él bebió.

Hoy no habría beso indirecto.

—Está bien, Marcos — repuse con frialdad.

¿Qué estaba bien? No, joder, no podía callarme y fingir que esto no me cabreaba.

El culo de la taza golpeó el platillo.

—¿Qué demonios te pasa? — Miré a mi padre, quien, con pasos cansados, fue arrastrando los pies hasta las escaleras, posiblemente para encerrarse en su habitación y dormir la mona por el día entero.

Leone decidió contestar por él.

—Lo que sucede, es que si alguien con un par de huevos no toma el control, moriréis todos, eso sucede.

—¿Y desde cuándo te importa a ti si morimos o no?

—Desde que te has corrido encima de mi pistola.

La cara se me puso tan roja como un tomate, buscando inmediatamente algún intruso en el comedor. Por suerte y gracia de Dios, ya solo quedábamos él y yo.

—Marcos— repetí su nombre a modo de reprimenda, sin saber ni qué más decir—. Ayer… ayer te pusiste de rodillas y…

—Y juré servirte y cumplir cualquiera de tus órdenes, y lo sigo manteniendo, princesa, pero tú también vas a respetarme, tú y todos los que vivís en este castillo. Y no solo me respetarán a mí, también a ti.

El corazón me latía desbocado, notándolo palpitar en la garganta, sintiéndome confundida, sin tener del todo claro hacia donde nos llevaría todo esto.

—Si solo quieres quitarle el lugar a mi padre y hacerte con su riqueza, dímelo. Dilo y ahórrate fingir que significo algo para ti.

Una de sus cejas se alzó, reclinándose en el asiento de papá, volviendo a acercarse a mí. Colocó su mano con la palma hacia arriba, esperando la mía.

No acepté.

—¿Por qué el querer una cosa debe significar que no me importe la otra?

Imitando su postura, me acerqué más a él, notando como la corona resbalaba un poco por mi cabello trenzado, se atrevió a

colocarla bien.

—Así que quieres la riqueza de mi padre, y también me quieres a mí.

—Yo ya tengo más riqueza que tu padre.

Nuestros rostros fueron acercándose paulatinamente, mi respiración se agitaba más y más con cada segundo que permanecíamos así.

—Entonces quieres a sus hombres, y su castillo, ¿verdad?

Estábamos tan cerca que la punta de su nariz rozaba la mía, mientras nuestros alientos casi podían saborearse.

Bésame

Gritaba mi alma.

Sal corriendo

Suplicaba mi consciencia.

Pero yo tan solo me mantenía ahí, inmóvil, rendida a él, al enemigo.

—Quiero muchas cosas de tu padre, princesa, pero la que más quiero de todas, eres tú.

Hombres.

Era tan fácil para ellos regalar las palabras.

—No puedes quererme, apenas nos conocemos, querido líder de la mafia.

—No te quiero por amor, te quiero por posesión, querida princesa.

Unos pasos rápidos se escucharon acercarse, teniendo que recuperar mi postura sobre la enorme y dura silla de madera robusta, él no se movió ni un solo centímetro.

—Señor Leone, su invitado de honor acaba de llegar.

¿Invitado de honor?

Los ojos casi se me salieron de las cuencas al ver la aparición de Egor Maslov, seguido de sus hombres, cuatro enormes gorilas le acompañaban, armados hasta la médula.

Marcos se puso en pie, estrechándole la mano. Egor accedió al saludo, sin entender del todo la situación.

—Gracias por venir.

—¿A qué se debe la invitación de urgencia? ¿Y por qué me han informado de que estás al mando?

—Alexander ha revocado en mí su responsabilidad durante mi estancia, como uno de los seis, entenderás que no iba a comportarme como un sirviente durante demasiado tiempo, no mientras todo en esta casa es un puto circo— sus furtivos ojos me desnudaron rápidamente, recordándome lo que hicimos el día interior. Mi prometido tan solo me dedicó un gesto de tres segundos, saludando con un movimiento de cabeza.

Hice lo mismo y seguí sumergida en la taza de café.

Esta vez, bebí por el mismo lado de Marcos.

Al final sí que me apetecía un beso.

—Supongo que el Padre de la mafia está al tanto de esto.

—Por supuesto, por algo soy su mano derecha.

Estuve a punto de atragantarme, recordando como Klaus le golpeó y cómo le castigaron; si Salvatore se enteraba, Egor podría tener serios problemas.

Maslov empalideció ligeramente, logrando disimularlo con avidez.

—¿Y cuál es la urgencia de la reunión?

—Se ha cometido una falta de respeto grave hacia la princesa por parte de una de sus empleadas. A las doce, será su ejecución.

Todo el café salió disparado de mi boca y también me chorreó por la nariz, tosí y me limpié con una servilleta.

En cuanto fui consciente de lo que significaba aquello, no pude hacer otra cosa que correr hacia Marcos y engancharme de su brazo.

—¡No lo hagas! ¡Por favor! ¡Es una buena chica! ¡Perdónala!

Mis manos se aferraron a su chaqueta negra, tirando con ansiedad, él se deshizo de mí sin esfuerzo.

—Violeta, esto es por tu bien, tranquilízate.

—¡¿TE FALTAN EL RESPETO Y TE COMPORTAS ASÍ?!— Egor me agarró del cabello, obligándome a mirarle a la cara, la mano de Marcos rodeó mi cintura, apartándome de mi prometido para ocultarme tras su espalda.

—Hasta que no te cases con ella, está bajo mi custodia, y si estoy decidido a matar a una sirvienta por faltarle el respeto, imagina lo que puedo hacer contigo por levantarle la mano.

—¡Solo intento educarla! — Escupió en la cara del italiano, quién no se movió un solo centímetro.

Su espalda y su aroma seguían protegiéndome, mientras el cuero cabelludo me ardía a causa del tirón, la trenza se deshizo un poco.

—Vuelve a tocarla y tendrás problemas, Egor.

—No la mates— gemí detrás de él, dándome igual lo que sucediese conmigo—. Por favor, Marcos, no lo hagas.

Maslov rugió a modo de disgusto por mi debilidad, marchándose con sus hombres hacia el patio exterior, pude ver a través de los ventanales como apilaban leña al centro, alrededor de un enorme poste de madera.

Iban a quemarla viva.

—¡Marcos! —Grité, aporreando su pecho, queriéndole hacer entrar en razón—. ¡Tú no eres como ellos! ¡Tú no eres un monstruo! ¡Detén esta locura! ¡Páralo! ¡Si te importo, aunque sea un poco, no lo hagas! ¡Maldita sea!

Sus manos acariciaron con suavidad mis brazos, llegando hasta mis codos, sosteniéndome mientras volvíamos a perdernos el uno en la mirada del otro.

—Por eso mismo es que debo hacerlo, porque me importas. Mucho.

—Solo estaba haciendo una broma.

—Se burló de ti, y de tu difunta madre, si no lo haces por tu propio honor, hazlo por el de la mujer que te dio la vida, así es nuestro mundo, los fuertes se alimentan de los débiles— sus dedos apretaban más y más sobre mi piel, abrasándola, calentándola, haciéndola arder—. Es hora de que aceptes la realidad, no eres la princesa de un cuento de hadas, Violeta, eres la princesa de un infierno en el que, si no estás dispuesta a matar, debes estar dispuesta a morir.

—Yo estoy dispuesta a morir, Marcos.

—Lo sé, pero yo no estoy dispuesto a dejar que mueras— inclinándose un poco hacia mí, susurró unas palabras que hicieron que todo en mí se revolviese como las olas del mar en mitad de una tempestad—. El diablo se alimenta de almas, y yo he elegido la tuya.

—Por favor…— Susurré con dificultad, notando el nudo de mi pecho cada vez más grande. Las piernas me temblaban tanto que

casi no podía mantenerme en pie. Él seguía sujetándome por los codos —. Solo te pido que no sufra, es mi único deseo.

CAPÍTULO 30

VIOLETA



Por orden de Marcos, *Nana* se llevó a Narcisa lo más lejos posible para que no oyese los gritos de la crueldad que se iba a producir en este lugar.

El corazón me iba a mil por hora, encontrándome de pie entre mi padre y mi prometido, con las manos tras la espalda, clavándome las uñas en los dedos, sudando por las palmas a causa de los nervios.

Me.Costaba.Respirar.

Todo el personal permanecía en un silencio aterrador, era la primera vez que en nuestra familia se llevaba a cabo la ejecución de una persona.

—Supongo que esto será normal entre los Carusso— comentó papá, encendiéndose un cigarro.

Marcos no aparecía, Lorette tampoco.

Me iba a dar un puto infarto.

—Sí, los tiran a una piscina con caimanes.

Cerré los ojos, pensando en lo horrible que debería ser.

Qué podría ser peor, ¿morir quemado o morir en el agua siendo devorado por un montón de mandíbulas mientras te arrastraban a la profundidad y te ahogabas?

Joder.

Una lágrima descendió por mi mejilla.

—Supongo que hacemos bien en seguir sus pasos, Maslov. Si Salvatore está donde está, es por algo.

—Lo heredó de su padre, simplemente— mi futuro marido se veía a disgusto cada vez que mi padre nombraba a ese hombre.

—Bueno, le han intentado matar muchas veces y siempre se sale con la suya.

—No lo hará cuando lo intentemos nosotros, ese cabrón italiano tiene los días contados.

El corazón se me encogió en un puño.

Iban a traicionarle.

Y estaban usando a Narcisa para cometer esa traición.

Mi hermanita pequeña tan solo era un cebo.

Hijos de puta.

Mis ojos llorosos buscaron los de mi padre, el cual se negó a mirarme, seguía con una expresión relajada, como si estuviese a punto de ver una carrera de caballos.

Iban a matar a una de mis únicas amigas.

Que si, que era una falsa, una idiota y una hipócrita, pero no merecía morir por eso, joder.

La impaciencia hacía que los murmullos empezasen a llenar el vacío que se sentía en el patio exterior.

Un lugar tan bonito, siendo corrompido con un acto tan cruel.

No podría volver a este sitio nunca más.

Ni acercarme si quiera.

De nuevo, el silencio se hizo presente.

Klaus y Marcos llegaron con Lorette, cada uno arrastrándola de uno de sus brazos.

Gemí de dolor al ver que iba con la corona de cartón atada a su cabeza, para que no se le cayese a pesar de revolverse y forcejar contra ellos.

Sus ojos se encontraron con los míos, rojizos, aterrados, muertos de miedo.

—¡LORETTE! — Extendí la mano hacia ella, queriendo saltar abajo e ir a salvarla.

—Deja de hacer el puto ridículo— chistó Egor, pisándome el pie para que me comportase.

Me mordí la lengua mientras aguantaba el dolor, la impotencia me carcomía por dentro a niveles imposibles de describir, sentía que me

iba a morir con ella.

Dos hombres se acercaron, cogiéndola en brazos para subirla al poste de madera. La ataron con cuerdas.

Gritos, aullidos y lamentos recorrían cada rincón, algunos estaban asustados, otros, impresionados.

Lo que más me aterraba era escuchar como animaban a Marcos a hacer lo que hacía.

«Esto era lo que necesitábamos»

«Alguien como él, que no se ande con tonterías»

«Mano dura, sí señor»

«Ojalá se quedase al mando para siempre, nos iría mejor».

Marcos alzó la mano, provocando un silencio inmediato.

Egor gruñó como un perro con rabia.

—Lorette Kutnetzov será ejecutada por traicionar a la princesa Violeta Ivanov, quiero que su muerte sea el ejemplo de lo que sucederá con todo aquel que se atreva a faltarle el respeto — su voz sonaba tajante, grave y dura.

El fuego empezó arder sobre la leña que la rodeaba.

—¡Marcos! —Gemí de nuevo, sin poder evitarlo. Otro pisotón. Me dio igual —. ¡Marcos Leone! ¡Cumple tu promesa!

Lorette, amordaza, trataba de gritar mientras me miraba con profundo terror.

Las llamaradas chisporroteaban, el fuego iba ganando terreno, acercándose al vuelo de su vestido.

El dolor era tanto que, sin importarme llevarme otro pisotón, caí de rodillas al suelo, llorando a mares por el destino de esa pobre chica.

Papá trataba de levantarme, consolándome.

Entonces, sucedió algo inesperado.

Un disparo.

Como si hubiese sido alcanzada por un rayo, me puse de pie rápidamente, sacando mi cuerpo por el muro de piedra para ver qué sucedía.

Marcos apuntaba hacia la cabeza de Lorette mientras la sangre brotaba de su frente.

El fuego avanzó por su cuerpo, devorándola lentamente.

Su mirada oscura me persiguió hasta encontrar la mía, inundada en lágrimas.

Lentamente y sin voz, sus labios me dijeron algo que entendí a la perfección:

«Tus deseos son órdenes, princesa»

Mi cabeza comenzó a pesar demasiado.

Y no solo la cabeza, todo el cuerpo.

Demasiada presión.

Demasiado dolor.

Demasiada incertidumbre.

Los ojos de Marcos desaparecieron de mi enfoque y de repente, todo se volvió oscuridad.

Fue la primera vez en mi vida, que me desmayé.

CAPÍTULO 31

VIOLETA



Sentí la humedad de un paño helado sobre mi rostro, el vello de la nuca se me erizó.

¿Sabéis esos momentos en los que despiertas de una siesta sin saber qué día de la semana ni qué hora es?

Unos ojos fríos y grises me miraban desde la derecha, mientras que otros, verdes, candentes e intensos, lo hacían desde la izquierda.

—Por fin—. Maslov se dejó recostar sobre una silla que debieron colocar para que se sentase. Marcos se encontraba de pie, con el arnés sobre la camisa negra y todas las armas colocadas como si fuesen partes de su esqueleto.

—¿Estás bien, princesa?

—Supongo— la cabeza me daba vueltas—. Para ser la primera vez que me desmayo, creo que no lo he hecho tan mal.

Una sonrisilla tonta se le dibujó en la cara, la cual se me contagió y borré de inmediato, recordando que Egor estaba justo al lado.

—Déjanos a solas— habló el mismo.

—No cumplo tus órdenes, Maslov.

Oh mierda, se iban a pelear.

No.

—Marcos, déjanos a solas — supliqué, necesitando un poco de paz.

Pude escuchar su rechinar de dientes y leer un *«te vas a arrepentir de esto»* en su cara de mala hostia.

—No. Estás indefensa, no puedo dejarte sola en un momento de vulnerabilidad.

Maslov se pasó las manos por la frente.

—Soy su prometido, conmigo está a salvo, sal de la puta habitación. Por favor.

Marcos dio tres zancadas con sus largas piernas hasta ponerse delante de Egor.

— Dentro de este castillo, yo estoy al mando. Mi territorio. Mis reglas. No voy a ir a ninguna parte, *¿capisci?*

—No me hables en italiano.

Me tapé la cara con la manta, viendo como Egor se ponía de pie, iban a empezar una guerra de machos alfa.

—*Sei una merda.*

—¿Qué coño has dicho?

—Que me voy a fumar un cigarro — señaló hacia la ventana —. Ahí, escuchando todo lo que habláis y viendo todo lo que hacéis.

—¿Pero tú quien te has creído que eres?

Egor le echó las manos al cuello de la camisa y Marcos le pegó un puñetazo en la cara.

Mierda.

Se iba a meter en putos problemas, joder.

Egor seguía teniendo más hombres y poder que Marcos, si se pasaba de listo, las cosas irían a peor.

—¡Vamos, Egor! ¡Devuélveme el golpe! ¡O dile a alguna de tus putitas que venga a por mí! — Marcos le agarró del cuello, obligándole a mirarle—. Si me volvéis a tocar un puto pelo, se acaba el trato, ¿mmm? Puedes matarme, pero tu sangre nunca se unirá a la de Salvatore Carusso.

Maslov, con la boca ensangrentada, escupió en la cara de Marcos, quien le devolvió el escupitajo de inmediato.

—¡¿En serio?! ¡¿Me desmayo y no hacéis otra cosa que lanzaros escupitajos en mi habitación?!

Como si no existiese, me ignoraron, siguiendo metidos en su discusión.

—Puedo matar a Salvatore Carusso ahora mismo si quiero.

—¡Já! —Volvió a escupirle Marcos—. ¿Y por qué no está muerto si es así?

Puñetazos, tirones de corbata y camisa, más escupitajos.

Me hice una bolita, envolviendo mi cuerpo al completo bajo la manta.

Los hombres eran imbéciles.

El recuerdo de la muerte de Lorette volvió a mí, creándome una sensación de malestar y acidez. Quería llorar por ella, aunque una parte de mí seguía dolida por la forma en la que se reía de mi madre.

Quizá Marcos tuviese razón y debiese empezar a exigir más respeto.

—¡Violeta! — La voz de Maslov vino acompañada de un tirón de manta que me dejó al descubierto — Tengo que hacer un viaje a Corea, la semana que viene volvemos a salir a cenar, ¿entendido?

Sí, sargento.

Como usted ordene.

—Claro, ten un buen viaje.

Decidí girarme, mirándole y regalándole una sonrisa cargada de hipocresía.

Él se inclinó para besar mis labios mientras Marcos hacía el gesto de tener arcadas por detrás.

Fruncí el ceño.

Idiota.

—Adiós, rata— bramó el ruso en cuanto pasó junto al italiano, cabreado hasta los cimientos, pegando un portazo al irse.

—*Figlio di puttana.*

Sentí como el aire se volvía más ligero en cuanto Egor desapareció.

—Gracias — murmuré, levantándome de la cama para quitarme ese pesado e incómodo vestido, deseaba algo ligero —. Por no dejarme a solas con él.

Acercándome a él, le conduje hacia mi «intento de baño» para que pudiese enjuagarse la cara por los escupitajos de Egor.

Metió las manos en el lavabo y en cuanto vi su cabello castaño humedecerse noté un escalofrío concentrarse en mi entrepierna.

—Tengo jabón, cremas... lo que necesites, puedes cogerlo— le entregué una toalla seca.

—¿Tienes ácido sulfúrico?

—Me temo que no.

—Pues agua y jabón estará bien, gracias.

—No hay de qué, pero no vuelvas a provocarle así, es peligroso.

—Yo lo soy más.

Sonrojada por mis propios pensamientos, me di la vuelta, apartando mi melena, mostrándole la cremallera del traje.

—¿Qué?— Su voz sonó casi asustada.

—Quiero quitarme esta cosa, ayúdame— supliqué.

—Ah no. A mí no me vuelves a poner cachondo para nada.

—¡Solo quiero que me ayudes! ¿Tengo que llamar a Klaus?

La cremallera comenzó a bajar por mi espalda de inmediato.

Eso es, buen chico.

Saqué los brazos, aliviada por tener las tetas al aire libre y no prensadas, lo llevé al cubo en el que dejaba la ropa sucia, tirándolo con desprecio.

Abrí una de las puertas del armario, eligiendo una sudadera que era de papá cuando joven; grisácea, caliente y cómoda. Me la adjudiqué el día que le vi la intención de tirarla.

Metí la cabeza y cubrí mi cuerpo con ella.

—No vas a ir a cenar con ese hijo de puta. Lo sabes, ¿verdad?

Tenía los brazos cruzados, y podía jurar que se había relamido los labios mirándome.

Aunque su tono no sonase para nada amigable.

—Tengo que ir, Marcos, será mi marido.

—No.Vas.A.Ir.

Rodé los ojos.

Esto era el puto colmo.

—¿Y luego qué? ¿Eh? Cuando llegue el día de la boda y no sepa nada sobre él, ¿que haré? Tú desaparecerás y yo tendré que comerme todo este marrón sola, así que por favor, no te metas.

Mi dedo índice le señalaba con dureza, mientras que mi tono de voz sonaba más desagradable de lo que pretendía.

No pude evitarlo, era lo que de verdad pensaba.

Si no iba a quedarse conmigo hasta el final, mejor que se bajase cuanto antes del barco.

—No voy a desaparecer el día de tu boda, Violeta.

¡Me cago en todo! ¡Me va a volver loca!

—¡Pero dijiste que no seguirías siendo mi guardaespaldas!

—Y no lo seguiré siendo.

¡Arg!

—¡¿Y entonces?!

Mi voz cada vez sonaba más y más alta.

De nuevo, le vi venir hacia mí y por mucho que le desease, huí de él por toda la habitación, saltando incluso por encima de la cama para ir de un extremo a otro.

Me cazó.

Su mano envolvió mi cuello completo, tirándo con rudeza pero sin hacerme daño.

El calor de su piel contra la mía me obligó a entreabrir los labios y suspirar.

—¿Sabes por qué el día de tu boda dejaré de ser tu guardaespaldas, princesa?

Alcé el mentón.

—¿Por qué?

—Porque seré tu marido.

CAPÍTULO 32

MARCOS



Iba a besarla, por mi puta vida que me la iba a comer entera de pies a cabeza, no soportaba que ese puto imbécil hubiese sido capaz de plantarle un beso en los labios delante de mi cara.

Joder, lo que iba a hacer con él no tenía ni nombre.

—Marcos, por Dios, ¿qué acabas de decir?

Que te vas a casar conmigo, que vas a ser mía, toda, entera.

Mi rostro se inclinó hacia el suyo, mientras mi mano aun rodeaba su cuello, sintiendo sus pulsaciones en la garganta, el corazón le debería estar yendo a mil por hora.

Se había paseado en bragas y tetas por toda la habitación, y me parecía maravilloso, pero no lo haría delante de nadie más.

Todo ese cuerpecito ahora era propiedad de Marcos Leone.

—¿Tanto te asusta la idea? ¿Mmm? ¿Prefieres que sea con el gilipollas de Maslov?

Negó, mientras las yemas de mis dedos le acariciaban la barbilla, tenía ganas de apretar y morderle el labio.

—No puedes hacer eso, es... imposi...

Mi boca estuvo a punto de tomar posesión de la suya, solo faltaba una milésima de segundo para que mis manos bajasen a sus muslos y me la cargara a la cintura, mientras me la comía a besos e íbamos directos a la cama.

La puerta se abrió de par en par.

—¡Princesa! — La voz de Bianca interrumpió mi fantasía, teniendo que apartar rápidamente la mano del cuello de Violeta.

Bianca la observó con rabia, viendo la sudadera que le llegaba por debajo del ombligo, con unas bragas negras y medio culo fuera, además de los pezones marcados de la hostia.

—¿Por qué entras sin llamar? — La voz de Violeta sonaba ronca y molesta, yendo a su cama para cubrirse bajo la manta. Bianca se bañaba con ella, no debería molestarle que la viese así.

Suponía que lo que le avergonzaba era ser encontrada en esta situación conmigo.

Yo tan solo me ajusté el arnés con las pistolas y cuchillos al pecho.

—Su padre la busca.

—Dile que estoy cansada, no quiero hablar con nadie.

Bianca desvió su mirada hacia mis mocasines, y con el ceño fruncido, fue levantando los ojos lentamente hasta fulminarme. Alcé las cejas en respuesta, ¿se atrevía a cuestionarme?

Oh, por favor.

Las ganas de cargar la pistola y pegarle un tiro en la cabeza se contuvieron por alguna fuerza divina que decidió intervenir.

Me había jodido el puto beso, hostias.

—*Marco*, quiero hablar contigo.

No me apetecía, pero quedarme aquí haría que empezasen los rumores, y eso era lo que menos me convenía en este momento.

Necesitaba ganar tiempo hasta trazar mi plan.

Egor viajaría a Corea en estos días, era evidente que estaba buscando aliados para joder a Salvatore. Y de paso joderme a mí.

Yo haría lo mismo.

—Claro — mi voz sonó de muchas formas menos cordial—. Llámame si me necesitas, *moglie*.

Cerré la puerta a cal y canto, haciéndole un gesto a Klaus con la cabeza para que se acercase y vigilara, este fue de inmediato.

El gilipollas babeaba por ella.

Bianca caminaba seis pasos por delante de mí, yo la seguía a un paso tranquilo, sin prisa alguna por reunirme con ella.

—¿Qué significa *moglie*? — Cuestionó en cuanto llegamos a las habitaciones de los sirvientes.

—Princesa, en italiano.

Su ceño se frunció aún más.

—No se dice así.

—Hay muchos dialectos del italiano, Bianca.

Moglie, significaba esposa.

Bianca bordeó mi cuerpo, cerrando la puerta de la habitación para echar el fechillo, luego volvió a colocarse frente a mí.

La leña ardía en la chimenea, creando un ambiente cálido.

Estábamos solos.

—Quiero que me hagas tuya.

Inflé el pecho al respirar hondo y luego dejé salir el aire con lentitud.

—No.

—¿No? — Ahora era ella quién tenía las cejas alzadas—. *Marco*, no soy idiota, sé la situación en la que estabas con la princesa, ella no te conviene, está prometida con Egor.

—Lo que crees haber visto, son imaginaciones tuyas, Bianca.

No iba a reconocerle nada a esta arpía, sería imbécil.

—No, no lo son, la deseabas— su tono se parecía cada vez más al de una novia celosa, y eso empezaba a cabrearme. Odiaba cuando las mujeres se ponían intensas y me recriminaban cosas, pues yo siempre era claro con ellas, y a esta ni siquiera le di esperanzas de nada —. Marco, soy guapa, puedes desfogarte conmigo.

Bf, ojalá fuese tan fácil.

Ojalá para olvidar a esa mujer solo tuviese que echar un simple polvo. Me temía que no.

Y no necesitaba ponerme a prueba para comprobarlo.

—No voy a follarte, Bianca. Lo siento.

Decidí quitarme el arnés con las armas y tumbarme un rato en la cama, estaba cansado, últimamente dormía menos que los putos vampiros.

Me senté en el colchón y empecé a desanudar los cordones de los mocasines.

—Si no lo haces, me chivaré de lo que he visto.

Escucharla decir eso tras mi espalda hizo que algo helado me recorriese la columna.

—¿Quieres acabar como tu amiga, Bianca? — Giré el cuello, mirándola por encima del hombro—. Quizá sea suficiente con cortarte la lengua y dejarte muda, ¿qué piensas?

Mi enfado la hizo entrar en un estado de desesperación.

—*¡Marco!* ¡Por favor!

Corrió hacia mí, colocándose de rodillas frente a mis piernas, acariciándome los muslos con las manos.

—Puedo ser una buena esposa, me encantaría que me tomases. Te daría hijos, amor, pasión...y no sería celosa, dejaría que tuvieses todas las amantes que quisieras.

—Claro que no serías celosa— la aparté con un empujón brusco —. Porque no sientes nada por mí, solo quieres el dinero, la protección y la buena vida.

—¡No! *Marco,* tú me gustas.

—Lo siento, Bianca, no me interesa— lancé los mocasines lejos de mí, recostándome en la cama, mirando el techo—. Gracias por ofrecerme tu cuerpo, seguro que a alguno de los tíos de este castillo le interesa, prueba con Klaus.

Tenía que abrir la taquilla y llevarme todas las cosas a la nueva habitación que Alexander ordenó preparar para mí.

Aun no estaba lista.

Cerré lentamente los ojos, tratando de encontrar algo de paz entre mis jodidos pensamientos, noté algo cálido y pesado subirse a mis caderas.

—¿Qué parte de «no me interesas» es la que no entiendes, Bianca?

Ella desabrochó los primeros botones de su uniforme negro, enseñándome unas tetas ni muy grandes ni muy pequeñas, pálidas y de pezones con aureolas amplias color marrón.

—¿Sigo sin interesarte?

Me detuve a mirarla, quería averiguarlo. Quería saber si de verdad había llegado a mi vida esa mujer que me haría olvidar la existencia de todas las demás.

Por primera vez, no tenía ganas de follarme a la tía que se me estaba ofreciendo.

Y eso era maravilloso, porque era como poder decirle «no» a una droga.

—Quítate de encima, ahora mismo.

Bianca se acercó aún más, haciendo que sus pezones rozasen mi camisa negra a la altura de los pectorales, sentía lo duros que estaban, y me daba igual.

—¿Seguro? Hago unas mamadas que flipas.

Algo de luz exterior nos alumbró de lleno, pensé que sería *Nana* o alguno de los trabajadores, pero no.

Violeta parecía haberse quedado con ganas de que terminase de aclararle las cosas.

Con un chándal azul marino de terciopelo y unas botas para la nieve, me miró, toda roja de enfado.

Pero esta vez no solamente era ira lo que veía en sus ojos.

También dolor, y decepción.

—Violeta— la nombré, empujando a Bianca para quitármela de encima.

—No, Marcos— advirtió—. No necesito nada de ti, buscaba a *Nana*, siento interrumpiros.

Y como si no hubiese pasado nada y le importase todo una mierda, la puerta se cerró a cal y canto en nuestras narices.

—¿Entonces? ¿Por dónde íbamos?

—Por la parte en la que como no dejes de joder, te voy a estrangular.

CAPÍTULO 33

MARCOS



Tuve que ir chocándome con todo el mundo por los pasillos para encontrarla, hoy parecía que la gente estaba más torpe de lo normal.

Por esas botas de nieve, imaginaba que su intención era salir al exterior.

Seguramente estaría en la tumba de su madre.

En cuando salí por una de las puertas principales en forma de arco, pude ver su figura a los lejos.

Efectivamente, ahí estaba.

Merda.

Era la primera vez que tenía una sensación tan mala en mi cuerpo, me sentía como si mi mujer me acabase de pillar poniéndole los cuernos la noche después de la boda.

Nunca, jamás, en mi puñetera vida, tuve culpabilidad por tocar a otra, pues lo que teníamos Carla y yo era más parecido a ser hermanos que un matrimonio.

Sin embargo, aquí estaba, caminando hacia ella con el rabo metido entre las piernas y la cabeza agachada.

—Puedo explicarlo — fue todo lo que dije, sentándome a su lado, ella mantuvo la vista perdida, sin dirigirme la palabra, tan solo movió su culo hacia el lado contrario, poniendo más distancia entre nosotros.

Terca.

—Violeta.

Nada.

Era como hablar con la puta pared.

—No me interesa Bianca, quería acostarse conmigo, sí, ¿y qué? Yo no quiero hacerlo con ella.

Río de forma desagradable, como si no me creyese lo más mínimo.

—Violeta.

Parecía muda.

¡Joder! ¡Quería agarrarla del cuello y zarandearla!

—Oye, o me hablas o me saco la pistola y empiezo a matar gente, tú verás.

Aunque siguió en silencio, su expresión cambió un poco.

—¿Vas a hablar o no?

Silencio y más silencio.

—Genial— asentí, esta chica no sabía con quién estaba jugando.

Cogí la pistola, la cargué y apunté a un matón que iba caminando por los altos de la muralla.

Disparé y en dos segundos cayó muerto hacia las afueras del castillo.

Volví a cargar el arma, buscando a mi siguiente víctima.

—¡Para, joder!

—¡Oh! ¿Ya recuerdas como hablar? Qué bien.

—¡Es que no hay nada que decir! — Bramó, cuando ambos sabíamos que teníamos *todo* por discutir, simplemente ella no quería enfrentarlo.

—No puedes seguir así, Violeta, escondiendo las cosas dentro de ti y fingiendo que todo lo que no te gusta simplemente no ha sucedido.

—¿Y qué cojones quieres que haga entonces?

Establecimos contacto visual, tenía los ojos ligeramente llorosos y me daba una pena de la hostia. Yo, sintiendo pena por una tía. Había que joderse.

Por supuesto sentía lástima por Carla, que era mi mejor amiga, por María, que era la mujer de Salvatore, por Petra, que

trabajábamos juntos... y por mi madre, la que más.

No obstante, si esa mujer no pertenecía a mi círculo cercano, era muy difícil, por no decir imposible hasta ahora, que me preocupase por ella.

Y aquí seguía, dispuesto a dar explicaciones y pedir perdón por algo que ni hice.

—Lo que sea, pégame un guantazo, escúpeme, insúltame, pero sácalo fuera.

Su mano me cruzó la cara y me iba a cagar en mi puta calavera, cómo pegaba la niñata de los cojones.

—Tampoco hacía falta que lo sacases con tantas ganas. *Merda*, pegas más duro que Egor.

Mi comentario le hizo reír.

—Deja de ser un capullo adorable, joder, quiero odiarte.

—¿Por?

—¡Porque eres un mujeriego!

—¡Yo no estaba haciendo nada! ¡Me tumbé a descansar y ella se subió encima y me puso las putas tetas en la cara!

—Claro, y tú encantado, ¿no?

—No.

—¿No?

—Pues no.

—Sí, claro que no.

—Que no, hostias.

—Sí, sí.

—¡Que no! No, no y no.

Nos quedamos en silencio, mirándonos con enfado, como esos gatos que en mitad de una pelea se dan una pausa para transmitirse odio y luego siguen arañándose el uno al otro.

—Pues yo te vi muy tranquilo.

—Es que estaba tranquilo.

—Obvio que lo estabas.

—Por eso, debería estar nervioso si me gustase, ¿no? Cómo me pasa contigo.

Otra vez, una pausa de miradas asesinas.

Esta idiota se iba a enterar, volví a cargar la pistola y disparé al que posiblemente estaba buscando al primero que cayó de la muralla.

—¡Marcos!

—¡Violeta!

—¡Deja de matar gente!

—¡Deja de tocarme la polla! — Apunté con el cañón de la pistola a mi frente—. El próximo tiro me lo pego a mí mismo. Te lo juro. Para no aguantarte.

—¡Ah! ¿Ahora no quieres aguantarme? ¿No decías que ibas a ser mi marido? ¿Ya te has arrepentido?

—¡Tío Maaaaaaarcooos! —Narcisa apareció de la nada, como una ardilla silenciosa que va saltando entre los árboles y de repente está sobre tu cabeza—. Tío Marcos, prometiste que haríamos un muñeco de nieve.

Joder, hoy era el día de las interrupciones.

Violeta se puso en pie, agarrando la manita de su hermana.

—Lo haremos nosotras, el tío Marcos se queda fuera.

—Jo —. Narcisa me miró con pena, mientras era arrastrada por la víbora de mi futura mujer. Porque sí, los planes de casarme con ella seguían en pie, esta bruja no se iba a librar de mí tan fácilmente.

—¡No me quedo fuera de nada! — Las perseguí, agarrando a Narcisa de la otra mano, Violeta tiró de la niña hacia ella y yo tiré hacia mí, mientras la pobre cría era zarandeada de un lado al otro, riéndose sin parar.

—¡¿Qué os pasa?! ¡Parecéis locos!

—No vas a hacer el muñeco de nieve con nosotras.

—Sí que lo voy a hacer.

—No pienso pasar tiempo contigo.

—Pues vete, Narcisa me ha llamado a mí, no a ti.

—Es mi hermana, no la tuya.

—Pero me ha llamado a mí.

—¿Y qué? No eres nadie.

—Pues para no ser nadie, estoy al mando, y se hace lo que yo diga.

—Sí, claro, en tus sueños.

—¿Quieres que vuelva a sacar la pistola?

—¡Ni te atrevas delante de la niña!

—Pues dame la puta zanahoria.

Las dos se quedaron atónitas, como si no tuviesen ni puñetera idea de qué les hablaba.

—La nariz del muñeco, joder, ¿no es una zanahoria? En las películas siempre es una zanahoria.

—Nosotras usamos la ramita de un árbol, tío Marcos.

Dios, esta gente lo hacía todo mal.

—Las ramitas son los bracitos, no la nariz— froté mi sien—. ¡Tú! —Le grité a un hombre que paseaba cerca de las puertas—. ¡Trae una zanahoria! ¡Ahora mismo!

Les iba a enseñar a estas dos como se hacía un muñeco de nieve en putas condiciones.

—Os vais a arrepentir de haberme dejado fuera, mi muñeco va a ser mucho mejor que el vuestro.

Esto era la maldita guerra.

—¡Llama a Bianca para que te ayude!

—*¡Cagna!*

Se lo dije en italiano porque Narcisa estaba delante, pues no tenía ningún problema en decirle *perra* a la cara.

CAPÍTULO 34

MARCOS



UNA SEMANA DESPUÉS

Siete días.

Ese era el tiempo que llevábamos sin dirigirnos la palabra Violeta y yo, y todo por culpa de su terquedad y de la otra imbécil que tuvo la ocurrencia de ponerme las tetas en la cara.

Entendía el punto de Violeta de: *deberías haber hecho algo por evitarlo.*

Pero era la primera vez que mi cuerpo no sentía nada al tener una mujer cerca y necesitaba asegurarme de lo que estaba sucediendo en mi interior.

Obviamente, estas cosas tan íntimas, no se las iba a contar a esa princesita idiota.

Al final, mi muñeco de nieve ganó al de Violeta, elegido por la propia Narcisa, era cierto que el de Violeta era más bonito, y estaba mucho mejor hecho, pero el mío tenía más «gracia y encanto».

Hoy, la gente iba como loca de un lado para el otro, preparando cada rincón para la gala. Al parecer, algunas costumbres de España también se celebraban aquí.

Invité a Andrei, sabía que esto incomodaría a Alexander y al resto de invitados, poco me importaba.

Necesitaba plantearle un negocio, tenía que empezar a mover mis fichas ya si quería conseguir algo.

Y tanto que lo iba a conseguir, lo conseguiría todo.

Incluida a ella.

Mañana le tocaría tener esa dichosa cita con el gilipollas de Maslov, ansiaba reírme en su cara y decirle que ya no era su prometida, que me la iba a quedar toda y entera para mí.

Aun así, sabía en que posición me encontraba y debía controlar el temple, aunque me costase.

Igualmente, esa cita no iba a suceder.

La estropearía.

Me ajusté la corbata roja, con un traje de nuevo negro, por fin tenía una habitación para mí solo, aunque estar rodeado de estos muros de piedra oscura no me hacía la mínima gracia.

Era una experiencia que no se me iba a ir de la cabeza jamás.

Corrí la cortina, cansado de ver tanto blanco.

Cielos con nubarrones y nieve por todas partes.

Tras cerrar con llave y guardármela en el bolsillo de la chaqueta, Alexander se encontró conmigo en el pasillo principal.

Música clásica se oía de fondo, siendo tocada por una orquesta que contrató el propio Ivanov.

Debía reconocer que el castillo se veía bonito, adornado con rosas rojas y lazos negros.

Cuando un camarero pasó por mi lado con la bandeja, cogí una copa de cava y un canapé de ceviche.

—¿Qué tal? —Se interesó Ivanov.

—Le falta cilantro— di un trago, para quitarme el sabor del atún crudo—. Y lima.

Este no dijo nada a mi apunte culinario, tan solo fue caminando a mi lado entre los invitados, siendo nosotros dos el centro de todas las miradas.

—Están viendo a un líder por primera vez, y no a cualquier líder, se trata de la mano derecha del Padre— su mano dio una palmada en mi espalda—. Mira que cantidad de mujeres preciosas, deberías elegir una esposa esta noche. Te ayudará a crecer, Marcos.

—Padre — aquella voz hizo que ni siquiera pudiese fijarme en mi alrededor, me importaba demasiado poco lo guapas que fuesen las mujeres, que, en mi opinión, se veían ridículamente extrañas con esos corpiños y pomposos vestidos de la época medieval.

¿Era una puta fiesta de disfraces?

Ivanov y yo nos giramos, y en ese mismo instante, di gracias porque el idiota de Maslov aun estuviese en Corea y no regresase hasta mañana, porque si sus asquerosos ojos se atrevían a ver lo que yo estaba viendo, tendría que sacárselos sí o sí.

Llevaba el cabello liso, todas las ondas de su melena castaña ahora lucían como una cortina que caía a cada lado de sus mejillas pálidas, con la corona de hojas sobre su cabeza.

Su cuerpo parecía casi desnudo, con un vestido blanco que solo tapaba lo justo y necesario, recordándome a la antigua Grecia.

Joder, debería tener frío, aunque dentro del castillo se estaba más cálido.

Toda su piel, desde el cuello hasta los pies, parecía bañada en oro.

¿Le habían maquillado el cuerpo entero?

—Mi Violeta, estás preciosa— asintió Ivanov.

Ella esbozó una sonrisa sumisa, la cual fue borrada de su expresión de inmediato en cuanto se fijó en mí.

—Princesa — incliné la cabeza como muestra de respeto. Aunque no nos hablásemos, no era tan maleducado.

Además, yo no estaba enfadado con ella, era ella la que seguía cabreada conmigo.

Y sin haber hecho nada.

—Cielo, ¿por qué no das un paseo con Marcos y le presentas a alguna de tus amigas?

—¿Amigas? — Una de sus cejas se alzó, yo volví a beber de la copa de cava, terminándomela para coger otra en cuanto se me acercó un segundo camarero.

—Sí, Marcos debería aprovechar esta noche para elegir una esposa.

Volvimos a mirarnos y sentí como al menos diez puñales se me clavaban en el pecho; eran sus pestañas, que me las estaba lanzando como dagas venenosas.

Oh sí, nena, dame más.

—Claro — dijo con los hombros caídos —. Busquemos una esposa para Marcos.

Alexander me dio otra palmada en la espalda, deseándome suerte mientras se iba rápidamente a reunirse con unos hombres de cabello canoso y trajes extraños.

Dios, en Rusia todos estaban locos de remate.

Aprovechando que su padre no nos miraba, le ofrecí el brazo.

—Ni de coña — respondió antes de que me diese tiempo a respirar.

Joder, era rápida.

—¿Sigues dolida por algo que ni hice, mi vida?

—Sigo dolida porque eres un mierda.

—Si quieres ofenderme, dime algo que me duela de verdad.

—La tienes pequeña.

Noté como el aire se me cortaba repentinamente.

—Pero si ni la has visto.

—Sí que la he visto.

—¿Cuándo?

—Cuando la idiota esa te intentaba hacer una mamada en el coche.

—Veo que recuerdas con nitidez cada momento que hemos vivido juntos.

Nos mezclamos entre el gentío, parejas bailaban por allá y por acá, llevé mis manos hacia ella, tratando de invitarla.

Rechazó.

Siguió paseando por los alrededores del gran salón.

—Si quieres encontrar una esposa no debes bailar conmigo.

—Yo ya he encontrado una esposa— di un trago más, cogiendo otro canapé, este era de paté a las finas hierbas y caviar—. Tú.

Se atragantó con su propia saliva.

No pude evitar notar como me subía un calor que nada tenía que ver con el alcohol al visualizar esa melena lisa moverse sobre una espalda completamente desnuda.

—¿Eres Cleopatra esta noche?

—Más o menos— repuso de mala gana.

—Adivino, ¿es cosa de tu padre?

—Ajá.

—Menudo enfermo.

—Quiere que todos miren, pero que nadie me toque, le gusta alardear de sus posesiones, y yo soy una de ellas.

—Lo de que miren y no toquen me parece bien, me volvería bastante loco si te pusiesen las manos encima en este momento.

—A ti no te importa si me tocan o no.

—Me importa tanto como para matar a alguien.

Rodó los ojos, quitándome la copa de la mano para terminar de bebérsela.

—Tú ya matas porque sí, así que no me haces sentir especial con esas palabras.

—No mato porque sí, mato por ti, porque te faltan el respeto, porque me haces enfadar…— mi tono juguetón logró sacarle una sonrisilla idiota—. Venga, sé que estás deseando hacer las paces conmigo, nena.

Resoplando una y otra vez, buscó donde dejar la copa vacía, me puso tan de los nervios que se la quité de las manos y la tiré por la ventana.

—Hazme caso de una vez— bufé.

—¡Alguien podría cortarse con ese cristal!

—¿Y qué nos importa?

—Dios— se golpeó la frente—. Marcos, joder…— tras echar una ojeada a su alrededor, me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera, comenzamos a ir hacia los jardines exteriores.

Gárgolas, fuentes congeladas y llenas de escarcha, y blanco, mucho blanco.

Me quité la chaqueta de inmediato, queriendo colocársela sobre los hombros.

—¡No! —Gritó, como si su vida dependiese de ello.

—Solo es una chaqueta, no es mi polla.

—¡Mira la pintura, joder! Si algo la toca, se vuelve negra — su voz tembló de forma rápida—. Hay hombres de Egor aquí dentro, inspeccionarán mi cuerpo antes de que me vaya a dormir.

Mierda.

Hijos de su puta madre.

—¿Para eso te han pintado así? ¿Para qué no puedas ni bailar, ni abrazar, ni acercarte a nadie?

—Soy suya, Marcos, y a mi padre le parece bien.

Suya.

Un cojón.

—Eres mía, Violeta.

—Deja de decir esa puta estupidez.

—¿Estupidez? ¿Piensas que solo bromeo cuando te digo que el día de tu boda va a ser conmigo? En mi puta vida he ido más en serio.

Otra vez, un puñetero silencio que se interponía entre nosotros como montañas.

—Marcos, ¿eres consciente de la gravedad de lo que dices?

Apretando la mandíbula, gruñí:

—Sí.

—Pero, ¿por qué? Puedes elegir a la que quieras, sin que te cree ningún tipo de problema.

—Me pirran los problemas.

Dios, que aceptase casarse con ese gilipollas sin rechistar, y que a mí me pusiese tantas pegas, me estaba desquiciando una barbaridad.

—Pero tú no me quieres.

—¿Y Egor si te quiere?

—Tampoco.

—¿Entonces?

—¡Joder! ¡Es que no entiendo por qué quieres hacer esto!

—Porque me gustas, ¿vale? Ya está, lo he dicho.

Hostia puta con la niña, que insistente que era.

Sus mejillas ahora volvían a tener un color que no era pálido, mientras que esos preciosos ojos avellanados brillaban como si acabasen de resucitar.

Seguíamos a las puertas de los jardines, pero sin haber salido al exterior.

La música opacaba nuestra conversación. Por suerte, pasábamos desapercibidos. Por ahora.

—Si te gustase no tontearías con Bianca, o no dejarías que ella te tontease, al menos.

—Quería probar, ¿vale? No hay nada de malo.

Ahora volvía a estar enfadada.

—Obvio que querías «probar» lo que era acostarte con ella, imbécil, hasta ahí puedo llegar sola.

Joder, esta mujer lo malentendía absolutamente todo.

—Que no es eso, hostias, quería probar la reacción de mi cuerpo al tener a una mujer que no fueses tú cerca.

Sus bonitas cejas, ni delgadas ni gruesas, se unieron en el centro de su frente, mostrando unas inocentes arrugas.

—¿Y por qué querías probar algo así?

—Porque es la primera vez que tengo ganas de serle fiel a alguien, joder, y no sabes lo puto bien que se siente.

La música se detuvo, e Ivanov estaba de nuevo con nosotros, con dos chicas colgando cada una de un brazo.

—Leone, tengo a dos candidatas perfectas para ti.

En momentos como estos, odiaba mi vida.

CAPÍTULO 35

VIOLETA



La forma en la que esas dos mujeres miraban a Marcos, hizo que las tripas me volviesen a rugir, pero no de hambre, si no por el elevado contenido de acidez.

Si él sentía hacia Egor lo mismo que yo sentía cada vez que le veía cerca de alguna, entonces los dos teníamos un serio problema.

Ya era la tercera vez me que juraba que iba a ser su mujer, y esto no me gustaba, porque era como darme una esperanza que tal vez, fuese una mentira absoluta.

Marcos me gustaba, era lo más cercano que conocí a la libertad, y aunque lo que más desease fuese vivir una vida tranquila, sin pertenecer a nadie ni sentirme un puto objeto, ser la mujer del italiano me agradaba muchísimo más que ser la de Maslov.

Noté como un fuerte nudo se me formaba en el pecho, si no hacía algo por disociarme de aquella situación, no tardaría en tener problemas con mi ansiedad, así que decidí desaparecer elegantemente, caminando hacia el trono en el que mi padre se sentaba a comer y a beber durante estas fiestas, mi lugar estaba justo a la derecha.

Narcisa jugaba con las sirvientas en un salón pequeño aparte, junto a los niños de las otras familias.

Ellos también tenían comida y baile, pero en un ambiente más adecuado a sus edades.

Klaus se encargaba de la seguridad de mi hermanita.

Y Marcos se suponía que debería encargarse de mí, no obstante, estaba sonriéndole a la pelirroja que se colgaba de su brazo como si ya le amase desde el primer día de su vida.

La chica morena, luchaba por llamar su atención y establecer contacto visual con él a toda costa.

Lo cierto es que, si yo fuese una de esas solteronas, tal vez, también me interesaría en Marcos Leone.

¿Tal vez? Ya estás loca por él.

—¿Aburrida, princesa?

Mis ojos se abrieron como platos al encontrarme al mismísimo demonio a los pies del trono.

Cabello rubio y ondulado, repeinado hacia atrás.

Barba perfilada, ojos malignos y una mandíbula cuadrada con unos labios ni demasiado gruesos, pero tampoco finos del todo.

Dientes blancos y perfectos.

Traje completamente rojo, camisa negra a juego con los mocasines.

Andrei Kiev.

—¿Qué…?

—¿Qué hago aquí?

Enmudecida, asentí.

—Conocer a la futura mujer de uno de mis mejores amigos — sus ojos me examinaron de una forma curiosa, como si tratase de oler algo en mí.

¿Qué?

—Egor y tú… ¿Sois amigos?

Una sonrisa siniestra se pintó en su tan peculiar rostro, Andrei se podría considerar una de las personas más atractivas del mundo, más su belleza resultaba diabólica.

Parecía un ser demoníaco recién salido de las puertas del infierno.

—¿Egor? ¿A quién le importa Egor? Me refiero a Marcos Leone.

Chisté, poniéndome roja como un tomate.

—¡Por Dios! ¡No digas algo así! ¿Quieres que nos corten la cabeza?

—Ellos morirían antes, puedo aplastar este castillo con la suela de uno de mis zapatos. Sin ofender, señora Leone.

Mis ojos fueron hacia Marcos, esto tenía que ser cosa suya. Ahí estaba, tan seductor y hecho un galán, hablando no solo con esas dos mujeres, si no con diez chicas a la vez, todas se reían cada vez que abría la boca, era como un encantador de serpientes rodeado de víboras.

No lo soportaba más.

Me levanté del trono y decidí salir del maldito salón, necesitaba tomar un poco de aire fresco, aunque me congelase de frío.

CAPÍTULO 36

MARCOS



—En serio, ¿ya estás comprometido? — La pelirroja que seguía enganchada a mi brazo parecía que acababa de perder las ganas de vivir.

—Sí.

—¡Ay, Marcos! ¡Qué pena! — La morena de mi izquierda hacía pucheros mientras las demás, no dejaban de reírse entre ellas.

—Oye, Marcos, ¿y quién es?

—Aún no puedo decirlo.

No las quería cerca, de verdad que no.

—Marcos, y cuéntanos, ¿has tenido algo con alguien de por aquí?

Joder, no se iban a dar por vencidas.

— Con ese de ahí — señalé hacia Andrei, quién sonrió y dijo hola con la mano, el pobrecito no se podía hacer una idea—. También me gustan los hombres.

—¡Alaaaaaa! ¡Andrei Kiev!

— ¡Ay, Dios! ¡Cuéntanos más cosas!

Solo quería quitarme de en medio, pero si las despachaba demasiado rápido, Alexander volvería a agobiarme con más candidatas, así que alargué la mano para coger otra copa de cava y empecé a soltar tonterías por la boca.

Mi colega me agarró del brazo, chasqueando los dedos para dispersar el corral de gallinas.

—¿Se puede saber de qué hablabas con esas tías?

—Solo les contaba una anécdota.

—Pues tu prometida se ha cabreado.

Giré el cuello hacia todas las direcciones, no estaba por ningún lado.

Joder, otra vez se habría enfadado.

Otra semana sin dirigirme la palabra.

Agarré un puñado de langostinos en tempura, metiéndomelos en la boca de golpe.

—Eres un puto muerto de hambre.

—Se llama ansiedad, imbécil— me estaba poniendo histérico por no ver a Violeta en ninguna parte —. Entonces, ¿llamamos a Carusso ya?

—Sí, antes de que estés más borracho.

—No estoy borracho, este es mi yo espiritual.

—Tu yo espiritual es un gilipollas.

—Oye, que solo me he tomado doce copas de cava, relájate.

Tras evadir algunas mujeres con intención de ser invitadas al baile, logramos llegar a mi habitación, encerrándonos.

Al menos, gracias al rumor que había hecho correr, ahora la gente pensaría que estábamos follando y no tramando una matanza.

Saqué el teléfono, marcando el número de Salvatore.

—Hasta que al fin me llamas, zorra barata.

—Lo siento, estaba ocupado sobreviviendo a palizas y serpientes venenosas mientras tú sigues en tu puta mansión haciendo barbacoas.

—¡¿QUÉ?!

—¡Lo que oyes! Por cierto, ¿qué tal el guardaespaldas que debe cuidar a Gabriel?

—Muerto

—¡No me jodas, Salvatore!

—¡Se cayó a la piscina de los caimanes! ¡Él solo!

—¡¿Y ahora?!

—Estoy en trámites.

—Trámites.

—Sí, Marcos, trámites.

—Trámites, ¿de qué?

—Trámites que digan que ha muerto de forma natural. Un infarto. Me encantan los infartos.

Un infarto me iba a dar a mí.

—Tío, ¿no puedes portarte bien por una vez?

—Soy un hijo de puta, ¿cómo coño quieres que me porte bien?

—¿Por qué la vida de tu mejor amigo está en juego quizá?

Oh joder, yo sacrificándome por él, y él cargándose al guardaespaldas.

¡Había que joderse!

—Escúchame Carusso, estoy con Andrei, tenemos un plan, y tú estás en la mierda.

—Yo vivo en la mierda, Marcos.

—Como si nosotros no— rodé los ojos.

—¿Qué pasa, papá Carusso? —Saludó Andrei.

—¿Qué pasa rubia?

No pude evitar soltar una carcajada, a Andrei casi le salió humo por las putas orejas.

—Salvatore, esto es serio— traté de evitar el ataque de risa, haciendo fuerza para poner una expresión de hombre adulto con problemas graves—. Egor nos va a traicionar.

—Ay, espera que ahora me preocupo— respondía desde el otro lado, con voz de estar llorando.

Andrei empezó a descojonarse mientras yo me pasaba las manos por la cara.

No tuve más remedio que encenderme un cigarro y darle una calada.

—Tío, que vamos a morir.

—Uy, vamos a morir, que susto.

—Gilipollas, piensa en tu familia, hostias.

Nombrar a sus seres queridos, era la única forma de devolverle al buen camino.

—Vale, ¿cuál es el plan?

—Sencillo, Egor se ha pirado a Corea, está aliado con los antiguos amiguitos de los Yum, te quieren muerto, el plan es que cuando él se vaya a casar con Violeta…

—Sé todo lo que están tramando, me lo cantó el guardaespaldas, lo torturé hasta que me dijo la hora exacta en la que nació su abuela.

Andrei y yo suspiramos a la vez.

—Pues ya podrías avisar, hijo de la gran puta.

—Tengo mucho trabajo, joder, no solo soy un puto mafioso, también soy cirujano, marido y padre de un puto diablo y de una bola de babas que caga como si no hubiese un mañana.

Joder, me cansaba solo con escucharle.

Andrei tenía una enorme cara de asco pintada en la cara mientras se encogía de hombres y decía:

—Al menos no oye voces. Yo sí.

De verdad.

—Pues ve pensando rápido que hacer con el guardaespaldas muerto— retomé la conversación—. El plan es decirle a Alexander que quieres conocer a la princesa Narcisa y a la familia a la que te vas a unir, iremos de vacaciones a España mientras Andrei prepara a sus hombres. Necesito ganar tiempo y alejar a Violeta de Maslov.

—Pero, ¿qué te importa que esa niña esté cerca del imbécil de Egor?

—Me gusta.

Silencio.

—Marcos, no jodas.

—Es ella, tío, lo que siempre he buscado.

—Pero…

—Lo es.

—¿Estás seguro?

—Tanto como para pedirte que me ayudes, sabes lo mucho que odio pedir favores.

—Joder, es cierto, tío. Venga, ¿qué más hay que hacer?

Andrei colocó una de sus manos sobre mi hombro, estos dos hijos de puta eran dementes sin corazón, pero para mí, eran las mejores personas que tenía en la vida.

—Me desharé de Ivanov, luego me apropiaré de sus hombres y me presentaré en la boda junto con Andrei y los suyos, mataremos a Maslov y nos quedaremos con todo.

—¿Andrei está dispuesto a cubrirte? Si vas solo, eres hombre muerto, Marcos. No quiero perderte, y tampoco puedo moverme ahora mismo de aquí.

—Está todo controlado — Dijo el otro, mientras hacía gestos con la cabeza hacia una de las esquinas —. Dile a ese que como me siga mirando mal, le voy a sacar los ojos y me los voy a comer.

No había nadie.

Saqué un cigarro de mi cajetilla y se lo metí en la boca.

—No me dejará tirado, confío en él.

Qué remedio.

—Escúchame bien rubia psicópata, si le fallas, te juro que te buscaré por toda Rusia y te meteré cuatro piñas en el culo —aseguró—. Tengo que volver a la sala de operaciones, cuidaros, y actuad con cabeza.

La llamada finalizó, Andrei dio una calada al cigarro, acercándose a la dichosa esquina y asomándose a la ventana después.

—Reconozco que este castillo es bonito.

—Cuando los hayamos matado a todos, te lo podrás quedar.

Mi oferta le pilló por sorpresa, enarcando una ceja.

—Este castillo vale su peso en oro, Marcos, ¿por qué harías algo así? ¿No lo quieres?

—Yo solo la quiero a ella.

Y hablando de ella.

Tenía que buscarla.

CAPÍTULO 37

MARCOS



Me dolía el puto costado, la hostia.

Recorrí el castillo entero, no viéndola por ninguna parte, incluso le fui preguntando a todo el mundo por ella.

Nada.

Si Violeta no aparecía en cinco minutos, iba a entrar en crisis.

Me añadí como nota mental pedirle su número de teléfono, maldita sea, acababa de suspender el curso de guardaespaldas con la peor nota de toda la historia.

La había perdido.

¿Y si alguien le estaba metiendo mano? ¿Y si Egor se presentó y la tenía en algún sitio? ¿Y si la habían secuestrado?

La sangre me hervía a borbotones, tanto que se me iba a derretir el cerebro.

Miré hacia el cielo, con un gesto suplicante que decía: *«joder, necesito un respiro»* y entonces, la vi.

En el torreón.

Con el puto frío que hacía.

Se iba a congelar.

No tardé ni dos segundos en empezar a correr hacia el interior del castillo nuevamente, tras haberla estado buscando por los jardines y patios exteriores.

Tuve que subir más de doscientos escalones, entendiendo ahora por qué tenía esas piernas y ese culo.

Cuando finalmente llegué al torreón de los cojones, la vi ahí, de espaldas, abrazada así misma, mientras la helada nocturna arropaba su casi desnudo cuerpo.

Estaba loca.

Me importó una mierda la pintura dorada, o los hombres de Maslov, mi chaqueta ya estaba bajando por mis brazos, yendo a abrigarla. En cuanto la capturé desde atrás envolviéndola como una croqueta, lo único que hizo fue: *gritar*.

—¡Eres un gilipollas! ¡Estás loco! ¡Joder! ¡Te van a matar!

—¿Me van a matar? — Ronroneé, agarrándola de la cintura para pegarla completamente a mi cuerpo.

—Sí, Marcos, los hombres de Maslov no dejarán pasar esto por alto.

—¿El qué no van a dejar pasar por alto? ¿Mmm? — Mis manos fueron a su culo, metiendo los dedos bajo la delicada tela blanca, hincándolos en su preciosa y congelada piel— ¿No van a pasar por alto que toque a mi mujer? ¿Eh? — Clavé aún más las yemas en su carne.

—No soy tu mujer, Marcos— sus manos se apoyaron en mi pecho, dándome un pálpito en el corazón por ver cómo me discutía el tema del matrimonio. Aun así, no se negaba a que le siguiese metiendo mano, todo lo contrario, su cuerpo parecía sentirse absolutamente agradecido por esto—. Por favor, no tienes nada que hacer contra Egor.

—Egor va a morir, me lo voy a cargar, Violeta.

—No puedes.

—Ponme a prueba.

Sus ojos quedaron perdidos en mi rostro, buscando un *no sé qué* en mí, y lo sabía porque yo buscaba lo mismo en ella.

—Pero, ¿por qué? Tenías a más de diez mujeres locas por ti, Leone, ¿por qué jugarte la vida conmigo? No me vuelvas a contar esa mierda de que te gustan los problemas, estoy cansada de juegos.

—Porque eres la única que me hace sentir que vivir un día más, merece la pena.

Era la verdad.

Salvatore y yo brindábamos cada noche por un día más de vida.

Un día más que él pasaba con su mujer e hijos, que disfrutaba de su trabajo como cirujano, cumpliendo su sueño.

Pero cuando yo brindaba, solo lo hacía para celebrar sus logros.

En mi vida todo eran vicios y vacíos.

No tenía ningún motivo para seguir adelante, los días eran todos iguales, y cada vez, ansiaba más las ganas de morir.

—Llevo treinta y dos años viendo como todos consiguen lo que quieren, Violeta, mientras yo ni siquiera sabía lo que quería, y por fin lo he encontrado.

—No puedes quererme, Marcos, nos conocemos demasiado poco.

Le alcé el mentón, apretándola aún más contra mí, ella enrolló mi corbata entre sus manos, aquel acto lo entendí como un *«te necesito»*.

Yo también la necesitaba.

—Violeta, no puedo decirte si te quiero o no, porque no sé lo que es querer, lo único que sé, es que cada vez que he estado a punto de morir, no he tenido a nadie a quien echar de menos, hasta que te he conocido a ti.

Un sollozo se escapó de entre sus labios. La chica con los ojos más bonitos y tristes del mundo por fin estaba mostrando sus sentimientos.

—Marcos...

—Eso también es una forma de amor, Violeta, así que puedo decir que te quiero. A mi manera.

Las lágrimas cogieron más fuerza, bajando por sus mejillas una tras otra.

—Me vale— asintió—. Me vale que me quieras a tu manera, es suficiente.

—¿Sí?

—Sí joder, sí.

Sus manos dejaron la corbata para rodear mi cintura, aferrándose a mí como una segunda piel. Yo hice lo mismo, nos apretamos el

uno al otro, fundiéndonos en un abrazo que dijo demasiadas cosas a pesar de estar en silencio.

Esta chica no se iba a ir de mi vida, nunca.

Y sabía que el grano de arena que eran mis sentimientos hacia ella, se convertiría en cientos de montañas.

—Voy a quererte con cada célula de mi cuerpo, y voy a hacer de ti la mujer más feliz de este mundo, te lo prometo.

Aun entre mis brazos, no dejó de llorar y asentir, suponía que estaba descargando años de silencios y demasiada frustración contenida, yo aliviaría todo su malestar.

Entonces, al verla tan rota y deshecha, un pensamiento se me pasó por la mente.

No me gustaba la idea, ni un poquito, pero si quería tratarla como merecía, debería ser mejor que Egor y que su puto padre.

—Violeta.

—Marcos — se acurrucó aún más entre mis brazos.

Joder.

—Oye, tengo algo que ofrecerte.

Alzando su mirada hacia mí, pestañeó con aquellas densas pestañas oscuras y preciosas.

—Te daré a elegir entre casarte conmigo, o ser libre. Cuando mate a Egor, me refiero —. Dios, esto me revolvía el jodido estómago—. Puedes irte lejos con tu hermana, a algún pueblo, isla o ciudad, Salvatore te podría falsificar documentación, hasta un título universitario si lo quieres.

Y yo seguiría solo, pero sabiendo al menos que hice una única buena acción antes de irme al infierno, porque, aunque fuese un jodido hijo de puta, nunca sería como Patrick, nunca haría que mi mujer viviese infeliz.

—No sé qué decirte, Marcos.

Suspiré.

Esperar una respuesta me iba a consumir el alma, no obstante, entendía su postura.

—Piénsalo con calma, ¿eh? Venga, es mejor que te des un baño para quitarte toda esa pintura y vayas a descansar, has cogido mucho frío.

Quise soltarla, más sus dedos volvieron a enrollarse en mi corbata.

—Marcos.

—¿Mmm?

—Es que…

—¿Qué sucede?

—Si me fuese, te extrañaría, muchísimo— otra lagrimita descendió por su pómulo —. Y eso es porque yo también te quiero a mi manera, ¿verdad?

Saber que me echaría de menos, creó un nudo en mi pecho.

Yo no era un hombre sensible, así que prefería cortarme la polla antes que llorar.

Pero joder, era la primera vez que alguien me importaba, y que a ese alguien, también le importaba yo.

—Creo que sí, princesa.

—Sé que, si me alejo de ti, te echaré de menos, y no quiero hacerlo, no quiero echarte de menos.

—Pues no te alejes entonces— mis manos volvieron a tomarla, esta vez de la cintura, volviendo a pegarla totalmente a mí—. Cásate conmigo, déjame convertirte en una líder de la mafia.

Y en la mujer de mi vida.

Porque la de mis sueños, ya lo eres.

Creí que me pediría más tiempo, sin embargo, asintió diciéndome que sí.

Sí joder.

Sí.

Sí quería.

Ella quería estar conmigo.

Hostias.

El corazón se me disparó mientras trataba de asimilar que esta chica, por voluntad propia, quisiese estar a mi lado.

Volví a soltarla, buscando nervioso en mis bolsillos algo que darle, no tenía un puñetero anillo, pero...

Mi pulsera de plata, eso es.

Agarré su muñeca, poniéndome de rodillas.

Ella empezó a reírse.

—No te burles, o te tiro de la torre abajo — gruñí, rodeando su muñeca con la cadena plateada, ajustándola a su piel.

—Inténtalo— me desafió, con las mejillas rosadas al ver como brillaba el metal.

Ahora era suya.

—¿Qué significa esto, Marcos?

—Significa nuestra promesa de enamorarnos y querernos mucho. Algún día — tragué saliva, era la primera vez que me comprometía con alguien de forma sentimental—. Yo... eh... las cosas en la mafia son como son, no vamos al mismo ritmo que el mundo normal.

—Cierto, la normalidad para nosotros es casarnos con completos desconocidos, ¿no?

Sonreímos a la vez.

—Pero nosotros ya nos conocemos, un poco.

—Y nos echamos de menos.

—Eso ya es una ventaja.

—Lo es.

—Saldrá bien— prometí—. Seré un buen marido para ti, y tendrás una vida bonita conmigo.

—Marcos — el nerviosismo con el que pronunciaba mi nombre, me hacía estar más inquieto que ella—. ¿Todo esto va en serio? ¿De verdad tienes un plan?

—Sí, confía en mí.

—No quiero ser la mujer de Egor— negó, volviendo a deshacerse en lágrimas—. No quiero, Marcos, te lo juro. No quiero que me toque, no quiero vivir con él, no quiero que me embarace, yo...yo... no quiero hijos, quizá eso no te guste, pero yo no...— Se dejó apoyar sobre uno de los muros, dejando su frente contra este, mientras cerraba los ojos. Se le veía tan cansada psicológicamente, tan herida a nivel espiritual.

Tan triste, tan desesperada, tan sola.

—Me parece perfecto, yo tampoco los quiero, y Egor no se va a acercar a ti. Y si no quieres que yo me acerque, pues tampoco lo haré.

Esto hizo que girase el rostro hacia mí, soltando un sollozo.

—¿Me respetarías? ¿Respetarías mis decisiones?

—Te juro que sí.

Ahora mismo, el deseo de hacerla mía, el morbo de quitársela a Maslov, esa guerra de egos entre los dos, perdió todo el sentido.

Lo único que me importaba realmente era cuidar de ella y hacerla feliz.

Verla bien.

No sabía cuáles serían mis sentimientos hacia Violeta cuando llegase a enamorarme, pero ahora era alguien por quien sentía un afecto muy distinto a todos los conocidos, y a quien necesitaba proteger con toda mi alma.

CAPÍTULO 38

VIOLETA



Me encontraba en un estado de locura desenfrenada, mientras mi mente me gritaba que saliese corriendo, el corazón suplicaba que me quedase para siempre.

Marcos me ofreció algo que ningún hombre tuvo la decencia de ofrecerme jamás, libertad.

Estaba dispuesto a jugarse el cuello y ponerse en riesgo para intentar acabar con Maslov, a cambio de nada.

De dejarme ir.

Él decía que no me quería, pero si eso no era amor, entonces el amor no me interesaba.

¿Cómo iba a alejarme de Marcos Leone?

Cada poro de mi piel gritaba su nombre desde la primera vez que me rozó.

No podía hacer otra cosa que pensar en él, día y noche.

Y la idea de separarnos, de que volviese a España, me torturaba sin descanso, pues yo quería que fuese mi guardaespaldas, para siempre.

Y ahora, también sería mi marido.

Aún me parecía una simple ilusión, Maslov era fuerte y despiadado, tenía más hombres y poder que mi padre. Y Marcos…

¿Tenía a Andrei?

Si Andrei se unía a él, entonces sí que era posible que Egor cayese.

Dios, me dolía la cabeza.

—Deja de pensar.

Ay.

—Es complicado, Marcos.

Su pulsera brillaba sobre mi piel, y su chaqueta me arropaba de una forma tan protectora, que podría quedarme con ella puesta para el resto de mi vida.

Adoraba su maldito aroma.

—Escúchame bien, solo pueden suceder dos cosas. Una, que te cases conmigo y dos, que te arrepientas y te vayas a empezar una vida de cero con tu hermana. Las dos opciones son buenas para ti, así que no debes preocuparte por nada.

No iba a arrepentirme.

¿Qué iba a hacer yo sola ahí fuera? Escapar siempre fue un sueño por cumplir, pues la idea de encontrar a un hombre que me gustase de verdad, era nula.

Pero, yo ya formaba parte de este mundo, mi mente y mi corazón pertenecían a la mafia, y todos sabíamos que de aquí solo se salía con el corazón frío y los pies por delante.

Quería quedarme, y quería que fuese con él.

Porque irme, también significaría dejar ese lugar disponible para otra mujer.

Y Marcos Leone, era mío.

—Ya me has puesto tu pulsera, esto sigue adelante.

Colocándonos uno frente al otro, asentimos a la vez, como si estuviésemos igual de desesperados por empezar un camino juntos, por conocernos, por lograr querernos.

—Entonces, eres mía, hasta el final, *moglie*.

Suya.

Lo que hizo conmigo aquella noche en la habitación de aquel hostal volvió a mi mente, deseando que se repitiese un millón de veces.

—Lo soy, Marcos.

—Entonces— sus mocasines dieron un paso hacia mis zapatos de tacón, su mano acarició mi mejilla, cerré los ojos, pensando que quizá mañana estaríamos muertos por esto, así que debía disfrutarlo

como si fuese el último momento feliz de mi vida—. Puedo besarte, ¿verdad?

Asentí, apretando su mano más contra mi tez.

Bésame, joder.

Sus dedos abandonaron mi piel, clavándose en mis caderas, tirando de mí para estampar su boca contra la mía.

Y entonces, fue como una avalancha.

Como si todas las montañas de nieve se convirtiesen en volcanes de lava.

Como si de repente, estuviésemos en otro mundo.

Él sabía a tinto de verano, playa y brisa fresca.

Sabía a cielos estrellados y atardeceres en una terraza escuchando mi canción favorita.

Sabía a sentirme segura.

A hogar, dulce hogar.

Sabía al hombre con el que siempre soñé.

Al príncipe que me sacaría de las mazmorras.

Sabía a libertad.

Sabía a amor.

Sabía a que no me importaría morir ahora mismo a cambio de haber probado sus labios.

Abrí la boca, deseando recibirle por completo, tirando de su camisa para unirle más a mí.

Sus manos alzaron mi cuerpo, subiéndome a sus caderas, mis dedos viajaban por sus cabellos castaños.

No podía dejar de besarle.

No podía separarme de su boca.

Tendrían que dispararme para que lo hiciese.

Su lengua se unió a la mía, buscándome, invadiéndome con su sabor y esencia.

Nunca podría olvidarle.

Ni vivir sin él.

Y no sabía si esto era precipitado, ¿pero acaso importaba? ¿Qué sentido tenía pensar en si era demasiado pronto o demasiado tarde cuando cualquier día podías morir?

Nosotros no éramos como los demás.

Así que no tenían derecho a juzgarnos.

—Quiero bailar contigo, nena.

Sin por evitarlo, solté una carcajada.

—Aquí no hay música.

—Existe una cosa que se llama teléfono móvil— sacudió el aparato frente a mí, aun teniéndome cargada en sus caderas con el otro brazo.

Decidí dejarme escurrir, notando como mis pies volvían a tocar el suelo.

—Bailemos entonces, señor Leone.

—¿Qué canción?

—No lo sé— mis dedos repasaron su tatuaje en el antebrazo—. ¿Por qué no pones algo aleatorio y dejamos que el destino elija nuestra canción?

Su sonrisa resplandeció entre la oscuridad de la noche, la temperatura se estaba volviendo menos fría, y no sabía si era porque Dios quería que esto sucediese o porque estaba cerca de él.

—*Maktub*, princesa.

—*Maktub*.

Marcos seleccionó una canción sin mirar, dejando el móvil a un lado.

Shape of my heart de Sting comenzó a sonar, mientras nos colocábamos uno frente al otro.

Su mano se tendió hacia mí.

La acepté.

Y en el momento que nos tocamos, todo el vello de mi cuerpo se erizó al instante.

Mis pies dieron varios pasos hacia él.

—En el baile, el hombre invita a la mujer, diciéndole por dónde quiere ir, pero es ella la que decide seguirle o no—. Marcos tiró de mi cintura con delicadeza y giramos, mis manos cayeron sobre su pecho y las suyas en mis caderas, nos balanceamos lentamente, mientras su frente se apoyaba en la mía.

—¡Eso lo has sacado de una peli!

Una carcajada fresca se escapó de su garganta.

— ¿Vas a seguirme, *cara*?

—Hasta el fin del mundo, Leone.

Sus labios dejaron un beso sobre mi frente, mientras nos seguimos moviendo lentamente al ritmo de la canción.

Una canción que, a partir de esta noche, sería nuestra canción.

CAPÍTULO 39

VIOLETA



Sus besos continuaban devorándome como si estuviese envuelta en llamaradas de fuego.

Ya ni siquiera sentía el frío.

Éramos conscientes de que nuestra ausencia levantaría sospechas, de que deberíamos parar y volver con los demás y de que los hombres de Maslov verían mi piel ennegrecida por la pintura y el tacto de Marcos.

Aun así, éramos incapaces de detenernos.

Mientras mis piernas abrazaban su cadera, la cual apretaba contra mi cintura, sus manos me sostenían con firmeza y posesividad, con la espalda apoyada sobre el muro del torreón.

Me sentía tan extasiada de él que solo pensaba en seguir saboreándole y notándole en cada parte de mi ser, preguntándome si todo esto era por la simple atracción física. Me daba pavor pensar en cómo sería estar enamorada de Marcos Leone.

Entonces, un crujido seguido de varios pasos, rompió la magia del momento.

Marcos me dejó de nuevo con los pies en el suelo, escabulléndose como un gato sigiloso tras la sombra que nos había descubierto.

Con el corazón en la garganta, le seguí, tratando de ser igual de silenciosa que él.

Cada peldaño que descendía, los latidos eran más contundentes y dolorosos, dificultándome la respiración.

No quería morir.

Ni que le matasen.

¿Qué iba a ser de mi pobre hermana?

Noté la culpabilidad de inmediato, esto era lo que sucedía cuando te dejabas llevar y rompías las reglas.

El universo te castigaba.

Grité y me llevé las manos a la boca para autosilenciarme.

Marcos se encontraba agazapado contra una esquina, estrangulando el cuello de Klaus.

Klaus.

Dios mío.

Fue casi tan doloroso como ver a Lorette morir.

Llevaba toda la vida con nosotros.

Me hizo trizas la forma en que la tristeza se marcaba en su mirada, como si le hubiese decepcionado para siempre.

—Lo siento— susurré en voz baja, viendo su piel tornarse púrpura, Marcos apretaba sin pudor alguno, Klaus trataba de forcejear para luchar por su vida, era imposible, el italiano le había enganchado de una forma que ni yo creía posible, además de tener un cuchillo clavado en su costado.

Mi corazón sufría en el interior del pecho, mientras pensaba que llevar la chaqueta de Marcos puesta era una mala idea, quise quitármela, él me advirtió con los ojos que no lo hiciera.

—Pide ayuda.

Abrí los párpados sorprendida, casi sin que pudiese salir la voz de mi garganta.

—¿Qué? ¿Ayuda?

—Klaus estaba abusando de ti. Pide ayuda. Cuando lleguen ya estará muerto.

Entreabrí los labios para tomar una bocanada de aire, entendiendo su plan.

—Marcos…

Mentir a este nivel no estaba mal, si no lo siguiente.

—Violeta, voy a cuidar de ti toda la vida, y te salvaré del hijo de puta de Maslov, pero échame un cable, joder.

«La maldad es el lugar seguro de las personas que viven en este mundo».

Las palabras de mamá resonaron en mi cabeza, como si fuese una señal para decirme que lo hiciera.

Marcos era el camino hacia la seguridad de mi hermana y también la mía, su promesa de libertad no sonaba del todo mal, pero ¿qué haríamos esa niña y yo solas por el mundo? Sabíamos cosas, habíamos visto cosas, nunca estaríamos del todo a salvo, y Marcos se casaría, olvidándonos para siempre.

Le necesitábamos, mucho.

No hizo falta echarme saliva en los ojos, pues el dolor de tener que sacrificar a Klaus ya me hacía llorar de verdad.

—Más te vale que esté muerto cuando vuelva— mordí mi labio inferior, echándome a correr como una loca desquiciada por los pasillos.

Decidí despeinarme un poco y rasgarme el vestido, tenía que parecer que había luchado contra Klaus para defenderme, también me hice algunos arañazos en la piel.

Joder, iba a ir al puto infierno.

De cabeza.

Seguí corriendo.

—¡Papá! ¡Niko! ¡Socorro!

Cuando me di cuenta, me encontraba al centro del salón principal, con todas las miradas puestas en mí, incluidas las de los hombres de Maslov.

Que.Puta.Ansiedad.

Lloraba a mares del miedo y la culpabilidad, lo cual daba dramatismo a mi maldita mentira.

—¡Violeta! ¡Cariño! ¡¿Qué te ha pasado?!

—¡Klaus ha intentado abusar de mí! ¡Marcos nos encontró y… y… está en peligro! ¡Necesita ayuda!

Todos los hombres de mi padre comenzaron a moverse, mientras yo les explicaba dónde estaba Marcos.

Alexander me agarró del brazo, llevándome a rastras hacia los baños.

—Violeta, por lo que más quieras, dime que no…

—Sigo siendo virgen, Marcos le detuvo a tiempo.

Sabía que eso era lo que más le preocupaba.

—Dios bendiga a ese hombre.

Su agarre en mi brazo flojeó, volviendo también a respirar con normalidad.

—Ahora mismo llamo a las sirvientas para que te ayuden a darte un baño, enciérrate en tu habitación y no salgas de ahí en toda la noche, ¿entendido?

—Prefiero bañarme sola.

Su mirada desafiante se adueñó de la mía.

Entreabrí los labios, notando el sabor salado de mis lágrimas, preparada para soltar otra mentira.

—Ya han intentado abusar de mi cuerpo esta noche, solo necesito un poco de intimidad. Entiéndelo, por favor.

—Está bien.

CAPÍTULO 40

MARCOS



—Debemos conservar el cadáver, mañana regresa Egor, se lo entregaremos y nos disculparemos—. Alexander miraba con lástima a Klaus—. Siempre le gustó Violeta, pero nunca le creí tan imbécil como para intentar algo así.

Sabía que le gustaba.

Solo había que ver como la miraba.

De todas formas, no le consideraba una amenaza, Klaus era un perro demasiado bien domesticado.

—Sinceramente, no creo que sea apropiado exhibir a Violeta casi desnuda en una fiesta llena de hombres y alcohol.

El peso de mis palabras recayó sobre sus hombros, la culpabilidad se pronunció en cada de una de sus cansadas facciones.

—Su belleza es algo digno de admirar, creí que nos respetarían lo suficiente como…

—¿Respeto? ¿A un hombre que ha vendido su hija a una rata para que no le maten? Respeto es lo último que te tienen, has quedado como un cobarde — escupí sobre el cadáver de Klaus, por haberse atrevido a fijarse en mi prometida, y por haber estropeado nuestro momento.

Sabía que tocar a Violeta significaría tener problemas, estaba dispuesto a lidiar con ellos.

Y sí o sí, tendría que sacrificar a alguien para salir ileso de la situación y poder ganar tiempo hasta matarlos a todos.

Al final, el destino me trajo a la víctima de una forma más sencilla de la que había planeado.

Me gustaba cuando las cosas salían bien.

Alcé mi vaso de *whisky* y bebí.

—¿Cómo está ella?

Bianca colocaba una gasa sobre la puñalada superficial que yo mismo me di en las costillas, acababa de coserme seis puntos.

Nos encontrábamos en una sala contigua a los calabozos.

Podía apreciar a las serpientes enormes y oscuras removiéndose dentro de sus terrarios.

—¿Mi hija? Bien, en su habitación— se rellenó el vaso con *vodka* —. Sé que ahora estás al mando y que las cosas son diferentes, pero necesito que la cuides toda la noche, si deja de ser virgen, estoy en serios problemas.

—Tranquilo, me aseguraré de que su virtud siga intacta.

Volví a beber.

—Por cierto— añadí—. ¿Egor y Violeta mañana tienen una cita?

—Sí.

—Me temo que debe ser cancelada.

Alexander arrugó la frente, alzando las cejas de forma sorpresiva.

—No puedo darle esta noticia y, además, cancelar la cita.

—Pues no se la des.

—¡Sus hombres lo saben!

—Sobórnalos— inquirí—. Por Dios, ¿no sabes hacer nada bien?

—Leone, ¿por qué diablos no puede tener Violeta una cita con Egor?

—El Padre de la mafia quiere que Narcisa vaya a España para conocerla, y que pase un poco de tiempo junto a Gabriel.

Incrédulo, negó.

—A mí no me ha llegado esa información.

—Te la estoy dando yo.

Tragó saliva.

Bianca me miró, le devolví la mirada y la desvió hacia la gasa, terminando de pegarla.

No me fiaba ni un pelo de esta zorra.

—¿Y cómo sé que no es una trampa?

—¿Trampa? ¿Qué gana él con secuestrar a tu hija? Tus hombres son pocos y débiles, tanto que se han convertido en las putas de Egor, vas a casar a Narcisa con el sucesor del Padre de la mafia, no esperarás que case a su hijo a ciegas, ¿no? — Arqueé una de mis cejas, apartando de forma brusca las manos de Bianca de mi cuerpo, ya me había tocado suficiente. Me levanté de la silla de madera antigua para volver a ponerme la camisa—. Además, será bueno que los niños tengan algo de contacto, que jueguen y se relacionen, así no les será tan traumático.

Imaginar a Narcisa comiendo hamburguesas y bañándose en la piscina me hizo ilusión, allí empezaba ahora el verano, y seguro que le gustaría muchísimo.

Quería sacarlas de este puto castillo, a las dos.

Pero no se me podía ver el plumero demasiado pronto.

—Pues si Salvatore lo ordena, entonces no hay nada que hacer. Pero, ¿qué pinta Violeta en esto?

—Violeta debería venir, para que Narcisa no se sienta tan sola entre extraños, además, es una mujer correcta y educada, dará buena imagen de ti y de tu apellido frente a los Carusso.

Alexander se rascó la barbilla, pensándolo detenidamente.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Dos meses.

—¿Dos meses?

—Sí, dos meses.

Era el tiempo que necesitaba para que Andrei movilizara a sus hombres, tenía contactos fuera de Rusia, los iba a traer a todos.

—¡No puedo dejar el castillo solo dos meses!

—Lo sé, por eso me iré con ellas y tú te quedarás aquí lidiando con el imbécil de Egor.

—¿Y por qué tendría que aceptar todo esto que me propones? Podría mandar a otro de mis hombres y tú quedarte aquí conmigo.

La mirada me brilló maliciosa, mientras una sonrisa macabra se me pintaba en la cara.

Le hice un gesto a Bianca para que se largase de inmediato.

En cuanto agachó la cabeza y desapareció, robé uno de los puros de Ivanov para disfrutar de su martirio.

—¿Sabes quién era la sirvienta a la que mataste, Alexander? La prima de Andrei.

Sus labios se tensaron mientras bebía otro largo trago de *vodka.*

—¿A qué hora sale el avión?

CAPÍTULO 41

MARCOS



—Salvatore, lo necesito para esta madrugada.

—No puede ser para esta madrugada, Marcos.

—Joder, nunca puede ser nada cuando soy yo el que te pide los favores.

—Para empezar, en tu puta vida me has pedido un favor, así que eso que dices, no tiene sentido.

—Pues con más razón, esfuérzate un poco, hostias.

—No tengo ningún piloto disponible ahora mismo, Paul está de baja por paternidad.

¡Y dale con traer niños a este mundo de mierda!

Tras rugir un par de veces, volví a preguntar:

—¿Y para cuándo, entonces?

—La siguiente madrugada, es decir, mañana a las cinco.

—Está bien.

Me senté sobre la cama, notando como la cabeza me iba a explotar.

No quería a Violeta cerca de Egor.

De ninguna forma.

—Te gusta mucho esa chica, ¿eh?

—Me da que sí.

—¿Qué anda haciendo la *Barbie Psicópata*?

—Reuniendo a los suyos, la idea es atacar el día de la boda, pero yo no voy a poder soportar que estén tres meses más teniendo citas.

Eso era lo que faltaría para ese puto día una vez llegásemos de España.

Tres malditos meses.

Y cuanto más se acercase la fecha, más insistente sería Maslov en ver a Violeta.

No sabía cómo cojones me aguantaba las putas ganas de sacar la pistola y pegarle un tiro.

Matarle ahora mismo sería un error, mi imagen era débil, necesitaba hacerme respetar para que sus matones, una vez muerto su líder, decidiesen unirse a mí y no abrir fuego.

Esto era una maldita guerra de poder.

—La solución a eso es fácil, Marcos.

—¿Fácil?

—Solo hay que adelantar la fecha de la boda, Andrei no necesita más de dos meses para estar listo, yo también te ayudaré, cuenta conmigo.

Suspiré, necesitaba que todo esto pasase de una puñetera vez.

Quería ver a Violeta a salvo, conmigo o sin mí, pero lejos de ese cabrón.

Mi parte egoísta quería quedársela para siempre, pero el niño que un día decidió matar por defender a su madre de un hijo de puta, me empujaba a pensar en su felicidad por encima de cualquier cosa.

Por encima de mí.

—Gracias.

—Oye, Marcos.

—Ajá.

—¿Por qué no usamos la dama de la noche y ya? Silencioso y rápido, envenenamos a todo el mundo el día de la boda y se acabó.

Negué.

—Si hacemos eso, todos sabrán que ha sido obra tuya, y yo nunca ganaré el respeto de las demás familias como líder. Necesito hacer las cosas a mi manera.

Necesitaba encontrar mi camino, mi lugar en el mundo, el sentido de mi existencia.

Y prefería morir en esta guerra antes que seguir viviendo como un simple servidor.

Estaba harto.

—Sólo prométeme una cosa— pedí.

—Te escucho.

—Si me pasa algo, hazte cargo de esas dos niñas.

—Así será, larga vida a Marcos Leone.

Pude escuchar cómo se rellenaba el vaso desde el otro lado del teléfono.

Yo hice lo mismo.

—Larga vida al Padre de la mafia.

Hice el gesto de brindar, y bebí.

CAPÍTULO 42

MARCOS



Necesitaba verla. Después de lo sucedido no volvimos a cruzarnos, quería contarle todos mis planes; que nos iríamos a España, y que, debía evitar como fuese esa cita con Egor.

Me encontraba en la puerta de su habitación, haciendo la guardia como de costumbre, notaba la piel de la palma de la mano arder por la necesidad de agarrar el pomo, abrir e invadirla.

Ella sabía que yo estaba aquí, y si no me llamaba sería porque quizá no quería verme.

A lo mejor prefería quedar mañana con Maslov.

La incertidumbre me estaba volviendo loco.

No podía más.

Giré mi cuerpo, acariciando la madera, podía notar su olor desde aquí.

Cerré los ojos, recordando el tacto de su piel.

—Violeta— susurré.

—Marcos.

La puerta se abrió sin esperarlo, teniéndola de frente.

Con la melena suelta y alborotada como una auténtica bruja, una mirada oscura y una sonrisa rota.

Un albornoz color crema envolvía su figura hasta los pies.

—Entra.

Escuchar aquello de su boca fue como si de repente yo fuese una serpiente siguiendo las órdenes de su encantador.

—¿Eso quieres?

Sus manos fueron hacia los bordes del albornoz, despejándolo de su piel para mostrarme aquella lencería color rosa pálido, con encajes en forma de flores y transparencias.

La hostia.

Entiendo que eso es un sí.

Cerré a mi espalda, quitándome la corbata sin decir una sola palabra, mientras ella se sentaba con el albornoz abierto y las piernas cruzadas al borde de la cama.

El arnés con todas las armas cayó al suelo y empecé a deshacerme de la hebilla del cinturón.

—¿Quieres que terminemos lo que empezamos?

—Quiero repetir lo que hicimos en aquel hostal.

Así que mi prometida quería que su futuro marido le comiese el coño otra vez.

—Será un placer, mi vida.

Me deshice de la camisa, sus ojos brillaron de intriga y ansias al pasearse por mi piel morena, le gustaba lo que veía.

Desabroché el botón del pantalón negro y bajé la cremallera de la bragueta para que no me doliese la polla, la tenía grande y empalmarme con ropa incómoda o ajustada tenía sus consecuencias.

Caminando hacia ella, mi mano envolvió su nuca, encorvé la espalda para oler su cuello e inhalar su delicioso aroma a jazmín. Mis labios fueron besando el recorrido entre el lóbulo de su oreja y el hombro.

Sus manos comenzaron a acariciar mi pecho.

—¿De verdad quieres que nos casemos, Marcos?

Las dudas se podían notar con diferencia en el tono agudo de su voz.

—Sí— gruñí contra su oído, queriendo despejarle todos los miedos —. ¿Y tú, princesa?

—Sí, pero podrías hacerlo con cualquier otra sin…sin tener que…— mi lengua entró dentro de su oreja, mordiéndole el lóbulo, jugando

con esa zona—. Sin tener que empezar una guerra.

—Me gustan las guerras, y me gustas tú.

Nos separamos unos segundos, el albornoz ya iba por la mitad de sus hombros desnudos, las manos me temblaban por las ansias de quitarle el sujetador.

Definitivamente merecía la pena irse al infierno por ella.

—Podrías morir, Marcos.

—Llevo muerto toda mi vida, Violeta.

Su mirada se aguó, mientras sus dedos ascendían desde el pecho hasta mi mandíbula, acariciándome la sombra de barba que empezaba a salir.

—Yo también.

Sus manos tiraron de mí hacia ella, nuestros labios volvieron a estar unidos, mientras mi cuerpo avanzaba sobre el suyo en la cama, hasta estar completamente tumbados, con las piernas entrelazadas, sin dejar de besarnos un solo segundo.

—Quiero quererte, Marcos, quiero enamorarme de ti, enamorarme muchísimo.

—Yo también quiero eso, *cara*, quiero amarte con todo mi corazón.

—Prométeme que lo harás.

—Te lo juro, nena.

Nuestros besos resonaban en la habitación uno detrás de otro, cada vez que la notaba quedarse sin aire, bajaba a su cuello para lamerla entera y volvía de nuevo a por ella.

—¿Has sentido esto por otra mujer alguna vez?

Negué, metiéndole la lengua hasta la campanilla.

—Nunca he echado de menos a una mujer, ¿y tú? ¿mmm?

—Nunca he echado de menos a un hombre, eres el primero.

—Y el último.

—Eso tienes que ganártelo.

—No me cabrees.

—Pórtate bien.

—Y una mierda.

Sus pequeñas manos hicieron presión en mi abdomen, entendí que quería que me tumbase boca arriba y me quitase de encima de ella.

Violeta se subió sobre mis caderas, ahora estaba aún más despeinada, y aún más guapa.

Uno de los tirantes del sujetador bajaba por su hombro derecho.

Incliné la cintura hacia arriba para hacerle notar lo dura que tenía la polla.

Ella comenzó a mover las caderas, restregándose sobre mi erección, ambos gemimos a la vez, mientras mis manos iban a su culo, apretándolo con fuerza para contener las ganas de romperle las bragas y follármela ahora mismo.

—¿Quieres…? — No entendía muy bien lo que una chica como ella esperaba de mí en este momento.

Era la primera vez que tenía algo «serio» con una mujer, pues Carla no contaba, y era la primera vez que se trataba de una chica virgen.

Me adaptaría a su ritmo.

—Prefiero que lo hagamos la noche de bodas.

Reí.

—Mojigata— gruñí, tirándole un beso, sin dejar de mover la cintura para darle placer con mi polla.

Una de sus preciosas y delineadas cejas se alzó, detuvo el movimiento de su sexo y yo lo intensifiqué aún más, logrando arrancarle otro gemido.

—¿Quieres que te eche de mi habitación? ¿Por ir de chulo?

—Inténtalo, niñata.

Una sonrisa traviesa se dibujó en su cara, creí que haría cualquier tontería, excepto lo que estaba por hacer.

Su boca se hundió en el hueco que había entre mi cuello y el hombro, besándome como antes yo hice, mientras sus dedos acariciaban las líneas que separaban mis abdominales.

Me quedé tieso, sin saber ni qué hacer.

Era la primera vez que me sentía así.

Normalmente, era yo el que iba a por ellas y les hacía de todo.

Pero.

Joder.

Era agradable.

—No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo, solo espero que te guste— susurró aun con la boca pegaba a mi clavícula, bajando hasta mis pectorales.

Mis dedos se enredaron entre sus mechones, haciendo un masaje en su cuero cabelludo. Seguía pasmado, con los ojos abiertos como platos.

El corazón me palpitada a mil por hora.

Estaba nervioso.

Y me gustaba tanto que me daba miedo.

—Marcos, ¿estás bien?

—Sí.

—Oye, si lo estoy haciendo supermal y quieres que pare…

—Tranquila, todo está bien, es solo que…

—¿Qué?

Nuestras miradas se encontraron de forma fugaz.

Tragué saliva.

— Creo que te echo más de menos de lo que pensaba.

Sus mejillas se encendieron aun más y a mí me volvió a golpear el corazón en el pecho.

Maldita sea.

¿Qué cojones era todo esto?

CAPÍTULO 43

VIOLETA



Me sentía totalmente perdida entre ese cuerpo de piel morena y aquellos tatuajes.

Siendo incapaz de ni siquiera poder mirarle a los ojos, traté de mantener la calma, buscando entrelazar mis dedos a los suyos mientras iba bajando hasta su ombligo, acercándome cada vez más a la V de la pelvis.

Las pulsaciones me iban a un ritmo frenético.

—¿Qué intentas hacer? — Escuchar su voz grave y caliente no me ayudaba en absoluto, solo acrecentaba mis nervios.

—Cállate — chisté.

No siendo capaz de aguantar la vergüenza de ver aquellos ojos brillantes y despiadados mirándome hacer algo así, decidí colocarme del revés; es decir, con mi culo en su cara.

—Jo-der.

Me sonrojé al sentir la aspereza de sus dedos acariciar una de mis nalgas.

Tiré de la tela negra de su ropa interior, notando el trepidante calor que ocultaba ahí debajo, a parte de una enorme erección, dura como una piedra.

Dios santo, era la primera vez que tenía tan cerca una de verdad.

Pensaba que mi primera experiencia sexual sería asquerosa, que me sentiría obligada y que me odiaría para siempre después de ser usada como una simple muñeca de trapo.

Pero el primer encuentro con Marcos fue liberador, todo lo contrario a lo que esperaba.

Aunque fuese bajo una amenaza, tuve la oportunidad de elegir si quería recibir placer o dárselo a él, y joder, el hecho de tenerle de esa forma, haciéndome aquello, me hizo subir a las nubes.

Y ahora, de nuevo estábamos aquí.

Porque yo lo había elegido.

Yo le dije *ven*, le pedí que entrase y deseaba con todas mis fuerzas darle placer, deseaba sentir que tenía poder sobre un hombre.

Sobre un líder de la mafia.

A pesar de mi pequeño tamaño, esto me hacía sentir grande.

Sus manos abandonaron mi culo, subiendo por mi espalda para acariciarla suavemente. Ronroneé sin poder evitarlo, mi cuerpo se sentía como un instrumento siendo tocado por el mejor músico del mundo.

Este hombre sabía demasiado bien qué hacer con una mujer.

—No estás obligada a hacer eso, cariño.

Cielos.

—Lo sé.

—Te vas a casar conmigo, tendrás toda una vida para experimentar con mi cuerpo.

—También lo sé.

—Vale, pues si lo tienes claro, entonces haz lo que te apetezca.

Uf.

¿Qué me apetecía hacer con él?

Demasiadas cosas.

No tenía ni idea de por dónde empezar, pero quería verle retorcerse de placer y que no pudiese olvidarme.

Sin tener nada de experiencia, deseaba ser mejor que todas las mujeres con las que se hubiese acostado a lo largo de su vida, que deberían ser cientos de ellas.

Un extraño amargor se me formó en la boca del estómago.

No sabía que era celosa hasta que Marcos apareció en mi vida.

Ni que era una mentirosa.

Ni que podría traicionar a las personas cercanas a mí con tanta facilidad.

Dios.

Seguí tirando del borde de su ropa interior, descubriendo una zona de vello castaño tan cuidada y perfilada como la sombra de su barba, rodeando una polla enorme.

Joder.

Me puse nerviosa, aun así, decidí no echarme atrás.

Era inexperta, sí, ¿y qué? Confiaba en mí misma, podría darle placer y volverle loco si quería.

Mis dedos envolvieron el tronco de su miembro, acariciándolo lentamente, ardía y latía con cada movimiento, todo en él era semejante al fuego.

Me gustaba, porque derretía el hielo que helaba mi corazón.

Le necesitaba para mantenerme cálida y no morir en mitad de la tempestad en la que se había convertido mi vida.

—¿Lo hago bien? — Continué subiendo y bajando.

—No preguntes eso.

—¿Por qué no?

Una de sus manos reposaba detrás de su nuca, mostrándome unos músculos abultados y definidos, sus rasgos afilados me dejaban sin aliento, y ya no sabía qué era peor, si mirarle a los ojos o a su erección.

Su otra mano, continuaba haciendo cosquillas en mi columna.

—Porque las mujeres no tenéis que preocuparos por si lo hacéis bien o no, no merecemos tanto de vosotras.

Algo crujió en mi corazón.

Mi mano se detuvo, decidí sentarme a su lado.

—¿Por qué piensas así, Marcos?

—Los tíos damos asco.

—No es verdad, tú no das asco.

—¿Ah no?

—No.

Silencio.

Mierda.

Aquel león que mataba sin compasión ahora parecía un cachorro herido, suplicando amor.

No pude evitar volver a gatear hasta él, acostándome sobre su pecho, sus brazos rodearon mi cuerpo mientras una de mis manos volvía a acariciar su miembro.

—Si dieses asco, no te echaría de menos, ¿eh? —Mis labios se posaron sobre los suyos, un pequeño beso resonó en la habitación.

No decía nada, tan solo estaba tenso y rígido.

Algo que no cuadraba con la imagen de mujeriego que tenía de él.

¿Por qué estaba tan nervioso conmigo? Debería ser al revés.

—Marcos, casi estás temblando.

—Es que…— suspiró, con la continuidad de hacer cosquillas en mi columna—. Yo solo follo y luego no las vuelvo a ver, ¿sabes? Esto es muy distinto.

El estómago se me encogió un poco.

—Entonces no follaremos nunca, para que me tengas que ver sí o sí por el resto de tu vida— reí, haciéndole reír también a él.

—Yo quiero follar contigo y quiero seguir viéndote.

—¿Y eso es lo que te preocupa?

—Sí.

—¿Por qué? — Continué estimulando su zona íntima, no iba a rendirme.

—Porque tengo miedo de ser un marido de mierda, de convertirte en mi madre.

El silencio volvió a palpitar entre nuestras respiraciones inquietas.

Sabía que este hombre tenía heridas, igual que yo, tal vez algún día pudiésemos abrirnos a contárnoslo todo, y ayudarnos mutuamente.

—¿Necesitas que hablemos?

—No.

—¿Qué necesitas?

—Follarte, y querer quedarme, y ser bueno para ti.

Ay.

Mis ojos buscaron los suyos mientras erguía la barbilla.

—Lo de esperar a la noche de bodas era una coña, pero necesito conocerte un poco más antes de perder mi virginidad, entiende que

una mujer «usada», en este mundo, es un juguete roto.

Se acomodó, colocándome sobre él como si no pesase nada, sus músculos eran jodidamente confortables, duros y acolchados al mismo tiempo.

Nuestras piernas volvieron a estar entrelazadas.

—Esperaré todo lo que haga falta— prometió—. Pero déjame decirte que nunca serás el juguete de nadie, mucho menos roto— sus manos agarraron mis caderas con una rudeza que no esperaba —. Serás mi mujer, y yo tu marido, el mejor puto marido que exista.

No tenía duda alguna.

Él era para mí.

Lo sentía en cada poro de mi piel.

Podía llamarlo brujería o intuición.

Pero era real.

—Lo sé, cariño— aparté sus manos de mis caderas con brusquedad, volviendo a escurrirme por su cintura—. Por eso es que deseo hacer esto.

Agarré su polla con decisión y posesividad, yo no sería la primera en disfrutar a Marcos, pero sí iba a ser la última.

Porque era mío.

Mis labios envolvieron su miembro mientras trataba de tener cuidado con los dientes, y mis dedos subían y bajaban, acariciando el resto del falo, jugando con las gruesas venas marcadas en este.

Él rugió de placer, lo que me otorgó confianza.

Quería mejorar, quería aprender.

Quería ser inolvidable para él.

—Enséñame— agarré su mano, colocándola sobre mi cabeza—. Guíame, aprendamos el uno del otro, hagamos esto juntos.

Su semblante serio se volvió un tanto más amigable, más cercano, más humano, menos asesino.

Sin decir una palabra, tan solo asintió a modo de aprobación.

Mi cabello fue envuelto en su puño, sosteniéndolo sin hacerme daño, pero si con la presión suficiente como para guiarme.

Empujó hacia abajo suavemente y yo me dejé llevar, como cuando bailamos en lo alto de la torre.

Su sabor llenó de nuevo mi boca, cerré los ojos, disfrutando de su dureza, de su virilidad, de estar con alguien porque yo quería y no por obligación.

Nunca me había sentido tan libre como en este momento.

Sin darme cuenta, el silencio se estaba llenando de sonidos obscenos causados por mi lengua y labios sobre su polla cada vez más dura, mientras el ritmo de mi cabeza subiendo y bajando era más frenético y su mano, sostenía mi cabello con mayor tirantez.

La saliva se me escapa sin querer, resbalando por el tronco de su erección hasta mojarme los dedos.

Era sucio, rico y nuestro.

Un recuerdo que nos quedaría para siempre, pasase lo que pasase.

Aunque nos matasen, las paredes de este castillo recordarían lo que aquí sucedió.

La princesa obediente y sumisa, desobedeció a su prometido para casarse con su guardaespaldas, y le chupó la polla porque le apeteció hacerlo.

Y así fue como decidió dejar de ser la puta marioneta de su padre.

Fin.

Marcos me soltó la melena, inclinando su cuerpo hacia mí, mientras me agarraba de las caderas y tiraba, colocándome una vez más del revés.

No me di cuenta de lo mojada que estaba hasta que apartó mi ropa interior a un lado y sentí la humedad escurrirse por mis muslos.

—Siéntate sobre mi cara, nena.

No pregunté.

Ni cuestioné nada.

Lo hice.

Notando como mi clítoris era recibido por unos labios jodidamente calentitos.

Su lengua no tardó ni un segundo en volverme loca, haciendo lo que tan bien se le daba hacer.

Gemí, sintiendo que mis ojos se volvían blancos mientras mis caderas se movían sobre él, notando la aspereza de su barba en mis pliegues.

Su polla se endureció aún más contra mi lengua, la cual lamí y chupé al ritmo que me enseñó.

Mi vientre empezó a contraerse por los espasmos que me producía ser lamida de esa forma entre las piernas, era tan intenso que tuve que dejarme caer sobre su torso desnudo, aun empeñada en mi labor por devolverle el mismo placer a él.

Noté un sabor salado invadir mi paladar, junto con un líquido tibio y espeso. Me excité tanto que no pude evitar contraerme y tener que detenerme, tapándome la boca con una mano para ahogar mis intensos gemidos mientras me corría en la suya.

Perdí totalmente las fuerzas, quedándome tumbada sobre él, en esa misma postura del revés.

Él me hacía cosquillas en las piernas y yo le imitaba.

—Verás ahora para ducharnos, qué puta gracia.

Reí ante su tono de molestia.

—Veo que no te gustan nada los castillos, Leone.

—Ni un poquito, *moglie*.

—A mí tampoco.

—Joder, pues menos mal.

Lo ideal era limpiarnos en mi pequeño aseo, luego yo acudiría a mi baño habitual y Marcos, tenía uno similar al mío, destinado a todo el personal.

Todo el personal.

Sí.

Podían bañarse juntos y a la vez.

Eso sí que me disgustaba.

Demasiado.

—Definitivamente, odiamos lo castillos— gemí de la rabia y del cansancio.

—Amén, nena.

—Marcos.

—¿Mmm?

—Necesito preguntarte algo.

—Te escucho.

—Si me matan— tragué saliva, levantándome de su cuerpo desnudo para coger una toalla a ir a limpiarme yo primero—.

¿Cuidarás de Narcisa? Sería egoísta pedirte que te hicieses cargo de ella para siempre, pero llévala dónde esté a salvo. Por favor, prométemelo.

Su mirada se volvió oscura, su silencio no me gustaba.

—No te lo prometo.

Un escalofrío me puso la piel de gallina.

—Marcos— los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas, no podría seguir con esto sin asegurarme de que mi hermanita estaría bien—. Por favor…

Se puso en pie, agarrándome de la barbilla para alzarla y mirarme directamente.

—Violeta, si te matan, será porque yo ya esté muerto, pues mientras viva, no te tocará ni Dios.

CAPÍTULO 44

MARCOS



Año 2008

Era mi cumpleaños, una fecha que no me hacía ninguna ilusión.

Las únicas celebraciones felices que recordaba eran de cuando mi padre seguía con vida, después llegó ese cabronazo de Patrick y arrasó con todo.

Estiré la espalda, a mis dieciséis años ya parecía de dieciocho, por lo desarrollados que tenía los músculos. Mi voz ya sonaba grave gracias a la pubertad y empezaba a tener algo parecido a una barba.

Sin camiseta y con un sudor que me empapaba todo el torso desnudo, incliné el cuerpo para volver a hincar la pala en la tierra y seguir cavando agujeros.

Este trabajo era una puta mierda, pero al menos, ser el criado de Eva Lelouch, — una criminal que estaba loca de la puta cabeza —, parecía mejor que ir a un reformatorio.

Podía ir a ver a mamá y me pagaban bien, muy bien, tanto que no sabía ni qué cojones hacer con tanta pasta.

Al principio me asusté con todo ese rollo de las drogas, asesinatos y dinero negro. Ahora, me daba cuenta de que el mundo era jodidamente corrupto y estaba comprado por las personas para las que yo trabajaba.

No tenía que darle explicaciones a nadie y podía hacer lo que me diese la gana mientras trabajase para esta pirada.

Tampoco era tan malo.

Moví el cuello hacia un lado para hacerlo crujir, repasando mi cabello castaño con los dedos.

Merda.

Aún quedaban tres cadáveres por enterrar.

Estaba cansadísimo.

Y tenía un calor de mil demonios.

Marbella en verano era insufrible.

¿Y los mosquitos? Hasta la polla me tenían.

El sonido de un coche se oyó desde lo lejos, mientras los faros se iban acercando, solo con ver el modelo sabía de quién se trataba.

Mi moto seguía aparcada a tres metros de mí.

Salvatore Carusso aparcó a una corta distancia, tocando el claxon varias veces para que fuese, no le hice caso y seguí cavando.

—¡Haces más horas extras que las putas!

—¡Soy básicamente lo mismo!

—¡Necesitas tener las tetas más grandes para eso!

—¡Tengo buen culo, gilipollas!

Salvatore y su obsesión con las tetas grandes.

Bueno, yo era igual.

Le escuché cerrar la puerta del coche y caminar a zancadas hacia mí; aunque no fuese mayor de edad, este tío llevaba moviéndose en coche desde los quince años.

Era casi el rey del mundo, solo su tío estaba por encima de él.

Nos conocimos en una fiesta a la que Eva me llevó, allí hice migas con Salvatore y Carla, una tía que estaba bastante buena pero fatal de la olla.

—Tío, es tu puto cumpleaños, ¿qué haces currando?

—Eva no me ha dado el día libre— gruñí.

Mentira, Eva ni siquiera sabía que era mi cumpleaños, si se lo hubiese dicho, me habría dado libre sin dudar.

No obstante, ¿para qué? Trabajar me mantenía distraído.

O eso creía.

Porque no lo estaba consiguiendo en absoluto.

—Carla y yo queríamos salir por ahí contigo.

—Pues me da que no.

—No lo haremos sin ti, gilipollas. Oye, le he robado unas botellas a mi tío, y droga de la buena, también unas granadas, podemos emborracharos y hacer que exploten cosas.

—No creo que sea buena idea llevar granadas encima estando borrachos.

—Ya bueno, y sin estarlo tampoco— se sacó una del bolsillo de la chaqueta de Armani, era solo un chaval, pero vestía como un empresario de treinta y cinco—. Mira, apártate.

—¿Qué cojones haces?

—¡Que te eches para atrás, joder!

Salvatore activó la granada, lanzándola dentro del agujero que estaba cavando.

Solté la pala de inmediato echándome a correr.

Él me siguió.

—¡Me cago en tu puta calavera, cabrón de los cojones!

—¡Encima que te ahorro trabajo gilipollas!

La granada explotó, y los dos saltamos por los aires, rodando varios metros.

No solo explotó el agujero, si no que dos de los cuerpos se hicieron trizas, cayendo trozos de piernas y brazos sobre nuestras cabezas.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Ahora tendré que limpiar todo esto!

—¡Que no, joder! ¡Que seguro que vienen los gatos y se lo comen!— Nos levantamos, mientras nos sacudíamos la ropa que, en mi caso, solo eran unos pantalones de chándal viejos—. Huele como a pollo asado, ¿no?

—A polla asada huele, Carusso, a polla.

Otro coche más se unió a la «fiesta» apareciendo Andrei junto a Carla.

Esta iba tratando de no matarse con los tacones, aferrada al brazo de Andrei, quien tenía una vestimenta también elegante pero no tan formal.

Pantalón de pinza negro y camisa roja con los primeros botones abiertos.

—Anda, pero si son las chicas del momento.

—Tus muertos, Salvatore— escupió Andrei.

Este fue a por la pala, persiguiéndolo.

—¡Te vuelves a cagar en mi padre y te mato, cabrón!

Carla rodaba los ojos con aburrimiento, encendiéndose un cigarro.

—¿Desde cuándo fumas tú? — Inquirí, quitándoselo de un manotazo.

Al prender el mechero, ella repasó mi cuerpo, relamiéndose los labios.

—Ni se te ocurra mirarme así mientras sigas sin depilarte.

Se atrevió a levantar los brazos para enseñarme sus sobacos.

—¡Tengo derecho a no depilarme! ¡Soy una mujer empoderada!

—¡Y me parece genial pero no quiero verlo!

Andrei gritó al caer dentro de un agujero, Salvatore se lanzó dentro con él mientras le golpeaba con la pala.

—¡No vuelvas a cagarte en mi padre!

—¡No vuelvas a insinuar que parezco una tía!

Carla y yo negamos, decidiendo ignorarlos.

Me llevé la linterna a los labios, alumbrando mi alrededor mientras el cigarro lo llevaba en la mano izquierda y con la derecha cogía un rastrillo, amontonando los restos de los cadáveres que por culpa de Salvatore ahora estaban por ahí desperdigados.

Al menos, solo explotaron dos y no los tres.

—¿Y ese pedazo de agujero? ¿Ha caído un meteorito?

—Sí, el meteorito Carusso.

—Menudo plan. Entonces, ¿nos vamos de fiesta? Hay que celebrar tus dieciséis.

—No quiero celebrar una mierda.

—Oh, venga ya— Carla se sentó sobre mi moto. Salvatore volvía con la pala en la mano y Andrei le seguía cojeando, insultándole en ruso—. Termina eso rápido y vámonos por ahí a divertirnos.

—Bueno, podrías ayudarme en vez de solo mandar— inquirí, por molestarla. Nunca dejaría a una chica hacer un trabajo tan tedioso y duro.

—Para eso están los hombres, cariño. Las mujeres de este mundo solo tenemos que mirar como os partís el lomo por nosotras.

—Nací en el lado equivocado, entonces.

—Para nada, a nosotras nos venden y nos violan, lo cual es peor.

—Pues me alegro de ser hombre, entonces— seguí refunfuñando y arreglando aquel desastre, ahora con la linterna sobre una piedra y el cigarro en la boca—. ¿Ya te han buscado marido?

—No, mi padre esperará a que sea mayor de edad, ¿y tú?

—¿Yo qué? — Escupí sobre la cara de uno de los muertos, la boca me sabía a tierra.

—¿Has elegido ya esposa?

—¿Qué dices? Mi futuro está lejos de todo esto, no pienso comprar a ninguna mujer ni entrar en esas mierdas. Encontraré el amor, conoceré a una buena chica, sacaré a mi madre de ese psiquiátrico y me largaré lejos.

Carla empezó a desternillarse de la risa, haciéndome enfadar. Más.

—Ay Marcos, llevas tres años con nosotros y parece que sigue siendo el primer día.

—¿Por qué cojones dices eso?

—Porque de la mafia no se sale, cariño.

CAPÍTULO 45

VIOLETA



Me miré al espejo, cepillándome el pelo.

Empezaba a amanecer.

Hoy debía tener una cita con Egor, esta noche de madrugada nos iríamos para España durante dos meses, y no le vería en todo ese tiempo.

Marcos me pidió que fingiese estar enferma para no ver a mi prometido, accedí a su propuesta, pues nadie estaba más interesada que yo en evitar a ese cabrón.

La puerta de mi habitación se abrió y cerró, fruncí el ceño dejando el cepillo a un lado, nadie solía entrar así.

—Papá— murmuré, agradeciendo haber terminado de pintarme unas falsas ojeras y lograr que mi cara pareciese más pálida de lo que ya era.

—Hija, tienes mal aspecto.

—Sí, me encuentro fatal.

Me sostuve el vientre con las manos, caminando hacia la cama con pereza y pesadez.

Tenía que convencerle, de cualquier manera.

— Cariño, lo siento muchísimo— Alexander se sentó al borde del colchón en cuanto me acurruqué bajo la manta. Evité a toda costa su mirada para que no descubriese mi mentira—. Oye, sé que estás indispuesta, pero necesito pedirte algo muy importante.

No entendía por qué me hablaba entre susurros, ni por qué le temblaba el tono de la voz, ni las manos.

—¿Qué sucede, papá? ¿Narcisa está bien?

Me incliné rápidamente, preparada para salir corriendo a buscar a mi hermana.

Él apoyó una mano sobre mi hombro, obligándome a recostarme de nuevo.

—Sí hija, todo bien, no es eso… es…es Egor— en cuanto dijo su nombre, se me cerró el estómago.

—¿Qué pasa con Egor?

—Marcos ha ido a mi despacho a informarme de tu malestar para que anule la cita, la cosa es … verás, no le hace gracia que te vayas a España; le he explicado que es orden de Salvatore y que no podemos negarnos, necesitamos llevarnos bien con los Carusso, al menos hasta que Narcisa y Gabriel se casen.

—Ajá.

Esto no me gustaba ni un poquito.

—Pero Marcos parece muy inquieto con este tema. No soy idiota, sé que le gustas.

Me llevé las manos a la boca, ahogando un grito, toda la sangre del cuerpo se me subió a la cabeza, como si acabasen de descubrir repentinamente que acababa de matar a una persona.

—No te preocupes, eres preciosa, es normal que le gustes y te juro que si Egor no estuviese de por medio, aprobaría lo vuestro, porque sé que él también te agrada.

No dije nada.

Era incapaz de negarlo.

Pero tampoco me sentía tan valiente como para reconocerlo.

Eso solo implicaría que papá nos vigilase aún más.

—¿Y qué sucede entonces?

Necesitaba ir al grano y saber de una vez qué quería.

—Egor dice que, si no te ve antes de irte, entrará en el castillo por la fuerza y nos fusilará a todos.

Se me cortó la respiración, sin saber ni qué decir.

—Pero… ¿Marcos lo sabe?

—Ni lo sabe ni quiero que lo sepa.

—¿Por qué?

—Porque no podrá hacer nada, ¿qué hará? No tiene hombres, mis guardias le obedecerían, pero somos minoría contra Egor.

—Andrei…

—Andrei, ¿Andrei? ¿Ese criminal? Por Dios, una rata tiene más honor que ese hijo de su madre, te vas a ir a España y yo me voy a quedar aquí, ¿crees que Andrei vendrá a defenderme si Egor decide matarme en cuanto os larguéis?

Tragué saliva.

No quería que mi padre fuese asesinado.

Tampoco mentir a Marcos.

Ni ver a Egor.

El día ya empezaba a ir mal y al final, me estaba encontrando fatal, pero de verdad.

—Solo te pido media hora, es lo único que ha exigido, media hora contigo.

Arqueé las cejas.

—¿Media hora? ¿Nada más?

—Sí, enviaré a Marcos a comprar prendas de vestir para Narcisa y para ti, Bianca sabe vuestras tallas así que ella le acompañara.

No, joder no.

—¿Por qué Bianca?

—Hija, ¿qué más da? Céntrate en parecer feliz de ver a tu prometido y olvídate de ese italiano, ¿mmm? Él no es para ti, tu destino ya está escrito, Violeta.

—Escrito por ti— los dientes me rechinaron, mientras evitaba que tocase mi mano.

No veía la hora de desaparecer de este maldito castillo. Por suerte, en menos de veinticuatro horas me subiría por primera vez a un avión para irme lejos, aunque solo fuese temporal.

—No puedo mentir a Marcos.

—Si le aprecias, hazlo. Decirle la verdad hará que se encare con Maslov, ¿no viste lo que sucedió la otra vez? Terminaron a golpes, Marcos es como la pólvora, y si explota y produce un incendio, es posible que no solo se queme él, si no que nos termine quemando a todos.

Papá siempre conseguía que la voz del miedo tomase el control de mi cuerpo.

Yo solo quería lo mejor para mi familia.

¿Y si cuando llegásemos de España, todos estaban muertos? Marcos también necesitaba a los hombres de mi padre para enfrentarse a Maslov y detener mi boda.

Contaba con ellos y con los de Andrei, tal vez incluso con el apoyo de Salvatore Carusso.

Odiaba tener que hacer esto.

Pero no me quedaba otra opción.

—Está bien, ¿dónde se supone que nos veremos?

—Aquí mismo, como estás enferma, él va a venir.

Asentí.

Estar en mi habitación me hacía sentir al menos más segura. Y no podría obligarme a nada, tan solo me daría algún pequeño beso que luego me borraría con lejía y alcohol si era necesario, ya que quitarme la virginidad era darme libertad para follar con otros antes de la boda.

No se atrevería.

Claro que no.

No me mandaría a España habiendo perdido mi virtud.

El sonido de una moto se escuchó a las afueras, puse los pies descalzos sobre el suelo para correr el visillo y asomarme, olvidando mi falso dolor de estómago.

Marcos iba en solitario por la carretera, seguido de un coche conducido por Niko.

Bianca debería ir en ese coche.

Se había negado a conducir para ella e ir en el mismo vehículo.

Sonreí.

«Perdóname por no poder ser igual de leal, debo hacerlo por mi familia, por mi hermana y por ti. Porque quiero que sobrevivas».

CAPÍTULO 46

VIOLETA



Caminaba de un lado para otro, mirando por la ventana una y otra vez, el coche de Maslov acababa de llegar y era cuestión de segundos que tocase mi puerta.

No quería verle.

Nunca quise, pero esta vez el rechazo era mucho mayor.

Muchísimo.

Las manos me sudaban a causa de la ansiedad y tenía la frente ardiendo a pesar del frío.

El cabello se me estaba pegando a los laterales de la cara, húmedo.

Santo Dios.

¿Qué me sucedía?

Solo serían treinta minutos, ¿a qué nos daría tiempo? A charlar un poco y no mucho más.

Sí, eso sería lo que haríamos, charlar.

Escuché pasos acercarse, corrí rápidamente hacia la cama, abrigándome hasta el cuello.

La puerta se abrió lentamente y el corazón me palpitó tres veces seguidas con unos latidos adoloridos.

Pum, pum, pum.

La mirada fría e impasible de Egor se cruzó con mis ojos asustados.

Tenía ganas de empezar a gritar el nombre del hombre prometió salvarme de esta bestia.

«Mientras yo viva, no te tocará ni Dios».

Tragué saliva, grabándome el recuerdo de su voz diciéndome aquella frase.

—Hola, amor.

Odiaba que me llamase amor.

—Hola— jadeé, con una sonrisa tan falsa como mis ganas de casarme con él—. ¿Qué tal todo? ¿Estás bien?

Traté de parecer receptiva, incorporándome en la cama para estar sentada, llevaba un pijama de franela color blanco.

No podía hacerle sospechar.

—Más o menos, un poco disgustado en realidad— Maslov se sentó a mi lado, retirando la manta para colocar una de sus manos sobre mis muslos, cuando comenzó a acariciarlos, me tensé tanto que pensé que se me desgarrarían los músculos.

—¿Y eso, ca-cariño?

Vamos Violeta, hazlo mejor, finge mejor.

En unas horas estarás subida a un avión.

Lejos de este hombre.

—No me gusta la idea de que te vayas dos meses a España.

Un tic nervioso hizo que mi ojo parpadease varias veces seguidas, lo froté para disimular.

—Eh…esto…sí…a mí…tampoco. Pero, Narcisa está obligada y yo debo acompañarla, no nos queda más remedio.

Maslov frunció el ceño, su caricia se volvió un agarre posesivo sobre mi rodilla.

—Sé que ese hijo de puta solo quiere mantenerte lejos de mí.

Arqueé las cejas, tratando de hacerme la tonta.

—¿A quién te refieres, cielo?

—Tu guardaespaldas, no te hagas la estúpida.

—Pero, si Marcos se va a casar, conoció a una chica la otra noche en la fiesta y está loquito por ella.

Sus ojos brillaron al escuchar aquellas palabras.

—¿Quién? ¿De qué apellido?

Encogí los hombros, darle un nombre me pondría en evidencia pues estaba claro que Egor preguntaría para saber si era cierto o no.

—Ni idea, me fui a la torre a pintar porque me aburrí muchísimo, y por culpa del frío es que ahora me encuentro así.

La supuesta agresión de Klaus no llegó a oídos de Egor, Marcos se las ingenió para sobornar a sus matones.

Ese hombre sabía convencer incluso al diablo.

Maldita sea.

Comencé a toser, dándome cuenta de que, al frotarme el ojo, tenía un poco de pintura morada en la mano, la escondí rápidamente bajo la cama, limpiándola en la sábana mientras seguía sonriendo como una idiota.

Solo esperaba que mi ojo luciese creíble.

Él no decía nada a pesar de estar mirándome fijamente, así que el maquillaje debería estar pasando desapercibido.

—He tomado una decisión, Violeta.

—Te escucho, Egor.

Respira hondo, no tiembles, puedes con esto, eres fuerte.

—Vas a perder la virginidad conmigo, ahora mismo.

El mundo se me hizo trizas bajo los pies y el cielo comenzó a caer en pedazos sobre mi cabeza.

—Pero…pe…

—Lo siento, cariño. No me fío de esos hijos de puta, una mujer usada es un simple trapo viejo y sucio, nadie querrá casarse contigo si te follo antes de irte a España, mucho menos si te preño.

Los ojos se me abrieron aún más.

—¿Un bebé? ¿Quieres hacer un bebé? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Violeta, nos casaremos en cuanto vuelvas de España y te vendrás a vivir conmigo, no quiero que Marcos Leone esté cerca de ti nunca más, y debo asegurarme de que vuelves sí o sí.

—Por Dios, Egor, claro que volveré.

—Yo no estoy tan seguro, eres una chica bonita, un caramelito a ojos de cualquier cabrón, así que debo marcarte como mía.

Marcarme.

Como si fuese un puto animal de granja.

Todo el cuerpo me temblaba.

Me iba a mear encima.

Las piernas se me movían de forma incontrolable.

Mis rodillas subían y bajaban sin poder hacer nada por mantenerlas quietas.

—Qui-quiero consultar esto con mi padre— volví a tragar saliva, queriendo ganar tiempo para que Marcos llegase, a la mierda todo el plan de Alexander.

—Tu padre ya lo sabe, ha aceptado y le parece bien.

Crack.

Más trozos de mi mundo y de mi vida rompiéndose en pedazos.

Por mucho que me esforzase en fingir, una lágrima resbaló de mi mejilla, mientras el aire cada vez llegaba con más dificultad a mis pulmones.

Egor acercó su pulgar a mi tez, retirando la humedad de mi tristeza.

—No te pongas así, o me harás pensar que te gusta ese cabrón, tal vez… deba matarle y asegurarme de que vuelve a España en una bolsa de plástico, sin brazos y sin piernas.

A duras penas y casi sin poder, abrí la boca para decir:

—No, jamás… ¿Marcos Leone? Ni loca— la voz se me descompuso por completo—. Es solo que… ¿un bebé? No me siento preparada.

—¿Qué no…? —Alzó una de sus cejas—. Querida, como si las mujeres sirviesen para otra cosa—. Quitándose la corbata, comenzó a desabrocharse la camisa.

El corazón me iba a explotar.

Quería gritar.

Pero gritar significaría delatar mis sentimientos por Marcos.

Y que terminásemos muertos, los dos.

Incluso Narcisa.

—Puedo…— la voz no me salía, era incapaz de controlar mis emociones, deseaba correr hacia la ventana y lanzarme abajo, pero no lo haría, yo lucharía, hasta el final, hasta que no me quedasen fuerzas para levantarme—. ¿Puedo poner una canción? ¿Por favor?

—Claro— sonrió, sacando su teléfono—. ¿Cuál quieres?

—*Shape of my heart, Sting.*

Él no le hizo el mínimo caso, tan solo la buscó y le dio al *play*.

En cuanto aquellas notas musicales invadieron la habitación, cerré los ojos y le di la espalda, dejando que sus manos tocasen mi cuerpo, centrando toda mi energía en volverme una roca sólida que no sintiese absolutamente nada.

Hundí el rostro en la almohada, tragándome las lágrimas.

Sabía que después de esto Marcos me odiaría, tanto como lo haría yo misma.

¿Cómo le explicaría que perdí la virginidad con Egor en su ausencia?

Maslov fue inteligente, porque después de usarme de esta manera, ningún hombre querría casarse conmigo.

Aun así, encontraría la forma de pelear por mi vida y ser libre.

Algún día.

Aunque mi corazón dejase de latir en este instante.

Y Marcos ya no pudiese ser mi salvador.

«No te rindas, Violeta, sé dura, lucha por tu vida, lucha por Narcisa».

CAPÍTULO 47

MARCOS



Dejando el casco bajo el sillón de la moto, saqué el móvil para ver si tenía algún mensaje de Violeta. Antes de salir de su habitación le dije que guardase mi número.

Nada.

Suponía que estaría descansando.

Aun así, decidí llamarla para asegurarme de que estaba bien.

Alexander me juró que Egor aceptó el viaje y que incluso se había retrasado, que aún estaba en Corea, pero yo no me fiaba ni un puto

pelo.

—Contesta…nena…venga…

—*¡Marco!* ¿Vamos? —Bianca me llamó, con ese tono de voz que cada vez me resultaba más irritante.

Colgué la llamada, guardando el teléfono en el bolsillo del pantalón del chándal negro que llevaba puesto.

Cuanto antes acabase con esta mierda, antes estaría de vuelta vigilando a mi mujer.

No me gustaba dejarla sola, joder.

No es que pensase que no podía cuidar de sí misma o desconfiase de ella, pero es que este mundo era un nido podrido de cabrones sin sentimientos.

Como alguien la tocase me iba a volver muy loco.

—¿Todo bien? Pareces enfadado.

Bianca se fijó en las venas marcadas a lo largo de mis dedos y también en el cuello.

Estaba histérico, sin saber por qué.

Todo iba bien, ¿no?

—Sí, solo odio ir de compras— gruñí, dándole un fajo de billetes mientras visualizaba una cafetería—. Me voy a tomar un café, un donut y un agua, cuando me lo haya acabado te quiero lista para volver al castillo, *¿capisci?* Te aviso de que como jodidamente rápido.

Su boca se abrió a modo de respuesta negativa, incluso diría que estaba ofendida.

Llevaba dos trenzas y unos vaqueros con un polar rosa pálido.

También bufanda y guantes.

—¡No podré comprar todo lo que me han encargado tan rápido! ¿Por qué no me ayudas y acabamos antes?

—¿Qué te han encargado?

Crucé los brazos, golpeando el suelo con la punta del pie de forma impaciente. En cuanto sacó una lista que me pareció demasiado larga, se la arranqué de los dedos para examinarla.

Rompí la hoja dejando tan solo un pedacito con dos cosas apuntadas.

«Vestido de verano talla 9 para Narcisa, y talla M para Violeta».

Con eso irían bien para ir al centro comercial y allí compraríamos todo lo que necesitasen.

—¿Solo esto?

—Sí, solo eso— hice una bola de papel con el resto de la lista, lanzándola al interior de la papelera más cercana.

Encesté.

—¿Y qué hay de los biquinis? ¿Y el protector solar? ¿Y los zapatos de verano?

—Mueve.El.Puto.Culo.Ya.

Grazné de mala gana, dándome la vuelta para ir a la cafetería.

Volvería a insistir en la llamada.

—Te gusta, ¿verdad?

Me detuve.

Giré el cuello, mirándola por encima del hombro.

—No te importa, Bianca, créeme.

—No te conviene, *Marco*.

—Ve a comprar de una maldita vez y déjame en paz, ¿quieres? —Mi rugido no le hizo la más mínima gracia, aunque la asustó lo suficiente como para que se marchase a toda prisa sin rechistar.

Cazzo.

Me tenía hasta la polla.

Sentándome en la barra de la cafetería, pedí lo que deseaba desayunar, la chica fue rápida y el café olía bien.

Mejor que el que nos daban en aquel terrible castillo.

No solo me tomé el café, el donut y el agua, también recorrí cuatro veces de punta a punta los pasillos del centro comercial, con tres intentos más de llamada fallidos.

Mi consciencia me decía que debía haberse quedado dormida otra vez, pero algo en mi interior seguía gritando con voz demoníaca que me la estaban jugando.

Volví al bar de antes, pidiendo otro café después de pasar por algunas tiendas.

Miré el reloj de pulsera, Bianca llevaba unos cuarenta minutos comprando, joder.

Casi se me cayó la taza al suelo al sentir el móvil vibrar.

«Tetas preciosas» apareció en la pantalla del móvil, descolgué de inmediato.

—Siento si te he despertado, pero soy un poco gilipollas y necesitaba molestarte.

—Estoy bien.

Joder.

Tenía la voz rota, parecía como si hubiese llorado durante cien años.

Tirándole un billete sobre la barra a la chica, sin esperar al cambio, empecé a caminar a toda prisa hacia la moto.

—¿Qué ha pasado? ¿A quién tengo que matar, cariño?

—No ha pasado nada, no hay que matar a nadie.

No ni apenas.

Vaya.

—¿Y por qué está llorando mi mujer? ¿Ah?

Nadie iba a hacer llorar a Violeta, podríamos querernos más o menos, mucho o poco, tan solo gustarnos o estar locos el uno por el otro, pero ninguna mujer que estuviese dentro de mi círculo cercano iba a sufrir a manos de otro, mucho menos ella.

—Es que…

—Violeta, habla, ahora mismo— insté, sacándome las llaves de la moto, haciéndole un gesto a Nico para que se quedase a esperar a Bianca.

En teoría deberíamos haber venido solos Bianca y yo, pero me negué a conducir para ella, entonces Alexander ofreció que la llevase Nico y yo ofrecí que fuesen los dos solos, pero Ivanov comenzó a sospechar de mi interés desmesurado en su hija.

Debía disimular un poco más.

Solo un poco.

No quería que descubriese mis intenciones y se negase a dejármela llevar a España; pues le gustase o no, me la llevaría igual, pero había una gran diferencia entre hacerlo por las buenas o por las malas.

—Egor me ha llamado por teléfono.

Uf.

Respiré profundo, aunque seguía cabreado.

—¿Y qué quería ese cabrón?

—Me ha amenazado, dice que si me atrevo a hacer cualquier gilipollez se cargará a mi padre.

—No caigas en sus mierdas, Violeta, no va a pasar nada malo, él necesita a Alexander, ¿vale? Solo es un farol, confía en mí, nena.

Me dolía no haber estado a su lado en esa puta llamada.

Me hubiese encantado coger el teléfono y gritar hasta reventarle los tímpanos.

—Lo sé, solo… en fin— se veía jodidamente angustiada—. ¿Puedo pedirte dos favores, Marcos?

—Puedes pedirme la luna y te la traigo ahora mismo, aunque sea de día.

Esperé escuchar una risa tímida que nunca sucedió.

Fruncí el ceño.

—Necesito que me traigas chuches.

Miré mi mano izquierda, con la bolsa que sostenía.

Ya las había comprado.

—Vale, ¿y qué más?

—*Nana* ha venido a mi habitación para hablar de algo muy privado, Irina se acostó ayer con uno de los matones de papá y cree que puede estar embarazada…

—*Merda.*

El embarazo de una sirvienta era algo jodido, su hijo sería un esclavo que regalaría a sus jefes.

Se los arrancaban para quedárselos, criarlos como suyos o incluso venderlos.

—Sí, no queremos que nadie se entere y necesitamos mucha discreción, ¿podrías comprar una pastilla del día después y dármela a mí personalmente? Se sentirá fatal si descubre que te lo he contado.

—Claro, cosas de chicas, entiendo.

Comencé a retroceder sobre mis pasos para ir directamente a la farmacia.

—Ahora mismo la compro, pero solo si alegras esa voz, bombón. No soporto escucharte triste.

Algo parecido a un lamento se escuchó al otro lado.

—Marcos.
—Dime.
—Te echo de menos.
—Y yo a ti, nena.
—Pero mucho, muchísimo.
Resoplé, notando como se me formaba un nudo en el pecho.
—Y yo a ti, nena— volví a decir.

CAPÍTULO 48

VIOLETA



La sangre teñía el agua de rojo, las piernas me temblaban mientras el interior de mis muslos ardía, al igual que las rodillas.

No me dejó marcas visibles, pero por dentro me sentía destrozada.

¿Lo peor de todo? La sensación de que algo suyo se aferraba en mis entrañas.

Su hijo.

Preferiría clavarme un puñal en el vientre antes de permitir algo así.

—Debe ser fuerte, princesa — *Nana* colocó sus dedos en mi mentón, alzándolo para mirarme a la cara, sus ojos estaban inundados en lágrimas.

Solo le permití entrar a ella.

Sabía que a veces le reía las gracias a Irina y a Bianca, pero *Nana* era lo más parecido a una madre que tenía, ella nos crio a Narcisa y a mí.

—Estoy cansada de ser fuerte.

Mi voz sonó como el siseo de una serpiente.

A veces desearía tener el mismo veneno y la misma capacidad para matar que esos reptiles.

—¿Entonces? ¿Qué quiere?

Entre temblores, salí de la piscina, mientras *Nana* envolvía mi cuerpo con una toalla cálida, la sangre empezó a desaparecer junto

al agua y la espuma. La piscina se fue quedando vacía, como mi alma.

—Quiero ser cruel— fue todo lo que dije.

Mis límites eran tan extensos como el horizonte en el que terminaban las montañas nevadas y empezaba el cielo grisáceo, pero esto me superó con creces, Ser engañada por Alexander de una forma tan sucia y cruel, abrió una brecha en mi corazón que sangraría hasta el último día de mi vida.

—Va a tomarse la pastilla, y cuando se case con ese hombre, se tomará anticonceptivas a escondidas. Luego buscará la oportunidad de matarlo y volver a casa, sus hombres serán entonces los hombres de su padre y Egor solo habrá sido una pesadilla.

Nana tenía una mente fría y calculadora, todo lo contrario a mi madre, me gustaba.

Veía el mundo como yo, y no le importaba tener que hacer cosas inmorales con tal de conseguir un bien mayor.

—Es un buen plan, pero yo tengo otro — coloqué la ropa interior sobre mi cuerpo, mientras seguía temblando.

Ya no lloraba, aun así, el agujero negro creado en mi pecho, parecía a apunto de explotar y formar un caos del que nadie podría escapar.

Una parte de mí, deseaba que todo mi alrededor sintiese dolor.

Estaba cansada de este mundo, y de los hombres que pensaban que podían hacer con nosotras lo que quisiesen.

Prefería morir a seguir viviendo así.

A veces, mi desesperación era tanta, que se me pasaban ideas descabelladas por la cabeza, como, por ejemplo, acabar con la vida de mi hermana y suicidarme, para impedir que los hombres hiciesen con nosotras lo que justamente Egor hizo conmigo.

Ya era tarde.

—¿Recuerdas aquella historia que me contaste de pequeña, Nana?

Sonreí, subiendo las mangas del vestido negro por mis brazos.

Ella me abrochó la espalda.

—El de la princesa Padmavati.

Padmavati, la princesa de la India que prefirió quemarse viva junto a todas las demás mujeres, antes que dejar que abusasen de ella.

¿Qué pensaría dicha princesa de mí en estos momentos? Sería una vergüenza ante sus ojos.

Como lo era para mí misma.

Como lo sería para Marcos.

Grité, a pleno pulmón, sin saber por qué.

Grité hasta sentir mi garganta desgarrarse y querer arrancarme el vestido parar quemarme como aquella princesa.

—Señora, señora por favor, tranquila, no pierda los nervios— *Nana* me sujetaba, intentando mantenerme en pie, mientras los demonios me agarraban por los tobillos tirando de mí hacia el infierno.

—Si sigue así, los guardias avisarán a su padre, relájese, por favor.

Mi padre.

Pensar en él me hizo volver a enderezarme y guardar silencio.

Nana se asustó por el cambio brusco de actitud en mí.

—Estoy bien— balbuceé a duras penas, agarrando el vuelo del vestido mientras bajaba los escalones y abandonaba el baño.

Estoy bien.

Esto no es mi culpa.

Lo hice para sobrevivir.

Tengo derecho a vivir.

Estoy bien.

Fui repitiéndome aquellas palabras a modo de mantra, dirigiéndome a la cocina.

Cuando abrí la puerta de hierro y vi el pan con moho junto al estofado maloliente que comían los empleados, cuando me miraron sonrientes incluso mostrando gratitud por ello, mis ideas estuvieron mucho más claras.

Estoy bien.

Esto no es mi culpa.

Lo hice para sobrevivir.

Estoy bien.

—Princesa, ¿qué hace aquí? ¿Podemos ayudarla en algo?

Estoy bien.

Abrí un cajón.

No es mi culpa.

Cogí un cuchillo.

Lo hice para sobrevivir.

Salí de la cocina sin decir nada.

Estoy bien.

Guardé el arma bajo la manga larga del traje, colocando la espalda recta y esbozando la mejor sonrisa, con la corona reluciente sobre mi cabello todavía húmedo.

Al cruzar los jardines, vi a través de las amplias ventanas a Narcisa dando clases con Persea, su profesora.

Ella me sonrió en cuanto nos vimos, sacudiendo su mano con entusiasmo y alegría.

Mi mano apretó el mango del cuchillo.

Nunca permitiría que lo que acababan de hacerme se lo hiciesen a ella.

Pero matarnos no era una opción.

Ya estaba bien de tener que ser siempre nosotras las que nos sacrificásemos.

Ellos eran los que debían pagar.

Y no es que odiase a los hombres ni tuviese una guerra en contra de ellos.

Mi corazón latía por Marcos y sabía que le necesitaba tanto como el aire para respirar, pero usaría hasta mi último aliento de vida para destruir a todos los que fuesen como Egor y Alexander.

Tirándole un beso, corrí el visillo y seguí mi camino.

Pude ver la tumba de mamá a lo lejos, con las rosas rojas relucientes a su alrededor.

Esto también era por ella.

Alcé el puño, dando varios golpes sobre el portón del despacho de mi padre.

—Adelante.

Brenton, otro de los encargados de la seguridad de la familia, se hizo a un lado, permitiéndome entrar.

Cerré a cal y canto tras mi espalda, quedando los dos a solas.

—Cariño.

Suspiré.

—Papá.

—Hija, lo siento mucho, pero era necesario.

Hinché el pecho, llenándolo de aire. Quizá, la princesa Padmavati no estuviese orgullosa de mí, pero yo no era ella. Yo era la princesa Violeta, y haría las cosas a mi manera.

—Lo sé — con una sonrisa adolorida y los ojos aguados, caminé hacia él—. Papá, solo dame un abrazo y dime que todo estará bien, lo necesito.

Él no dudo en levantarse de su silla, bordear el escritorio y acercarse a mí.

—Mi vida, por supuesto que todo estará bien.

En cuando su cuerpo se unió al mío, en cuanto su perfume inundó mi ser, en cuanto sus brazos me rodearon, el cuchillo atravesó su costado.

No gritó.

No se defendió.

No llamó a su guardaespaldas.

Tan solo se retiró levemente, aun con sus manos sobre mis hombros, con los ojos abiertos como platos.

Saqué el cuchillo y lo hinqué en su pecho, un quejido ahogado salió de su boca, mientras sin dejar de mirarme perplejo, toda su camisa gris clara se llenaba de sangre.

La conmoción de la traición era tan grande, que ni siquiera tenía fuerzas para defenderse.

Cómo me sucedió a mí.

—Lo siento, papá — susurré, aguantando el mango del arma contra su cuerpo, mientras se iba recostando en el suelo, una gota de sangre salió de entre sus labios, saqué la hoja y la clavé una vez más, en su cuello. Esta vez sí hizo algo por defenderse, alzó las manos y quiso gritar un: no lo hagas. Pero ya era tarde, su vida se había ido, para siempre.

— Era necesario — repetí sus palabras.

Por mí.

Por Narcisa.

Por mamá.

Y por todas las mujeres de este mundo.

La puerta se abrió de par en par, Brenton me miró con el semblante pálido, dejé el cuchillo caer sobre el cuerpo de mi padre,

caminando en silencio hacia el salón principal.

Todos los hombres de Alexander comenzaron a seguirme en silencio.

Persea volvió a mirarme desde el interior de la sala, le hice una señal para que entretuviese a mi hermana que ella entendió al vuelo.

Los trabajadores salieron del comedor, uniéndose a los hombres que me seguían, la voz comenzó a correrse por todo el castillo.

Alexander Ivanov había muerto, a manos de su propia hija.

Volví a levantar el vuelo del vestido para subir los escalones hacia el trono de mi padre, recordando todos los bailes, todos los candidatos a comprarme, todas las veces que fui exhibida semidesnuda como un pedazo de carne.

Tomé asiento, con la espalda recta y la cabeza alta.

—Señora— murmuró uno de ellos, acallando los cuchicheos que resonaban entre el eco de las altas paredes—. ¿Qué haremos ahora?

—De rodillas.

Todos los hombres de mi padre y sirvientes del castillo, hicieron lo que les dije, agachando la cabeza.

Y por primera vez, sentí que yo era alguien.

Nadie volvería a hostigarme ni a decirme qué hacer, qué decir o cómo comportarme.

Quizá no fuese una princesa de verdad, pero si era una mujer con los suficientes cojones como para decir basta y tomar el control.

Mi hermana y yo seríamos las líderes de los Ivanov.

Nadie nos compraría.

Nadie nos obligaría a comportarnos como ganado.

Nadie nos preñaría en contra de nuestra voluntad ni nos obligaría a hacer nada que no quisiésemos.

Ya no era virgen, así que mi matrimonio con Marcos sería imposible.

En cuanto supiese la verdad, me repudiaría.

Y aunque me doliese en el alma, porque de verdad sentía cosas por ese hombre, aceptaría mi destino y lucharía por mi libertad.

El portón principal del castillo se abrió.

Marcos apareció con esa aura magnética y oscura que conseguía hacer palpitar mi corazón y derrumbar mis murallas.

Sin hacer preguntas ni cuestionarse nada, me miró fijamente tras observar su alrededor.

Y también se arrodilló.

CAPÍTULO 49

MARCOS



El fuego quemaba el cuerpo de Alexander, reflejándose sobre la nieve. Esparcirían sus cenizas por las montañas, fue la elección de Violeta.

Yo me fumaba un cigarro, agradeciendo el calor de las llamas, aunque estuviesen carbonizando un cadáver.

Mi cabeza seguía trabajando a toda máquina, no me creía que esto lo hubiese desatado una simple llamada.

—Violeta.

—Marcos.

La princesa seguía a mi lado, de brazos cruzados. Narcisa era consolada por Irina, Bianca y *Nana*, le dijeron que sufrió un ataque al corazón.

—No es que me debas explicaciones, pero necesito saber qué está pasando para poder protegerte.

—No necesito tu protección.

—Todos necesitamos protección— rechisté—. No se trata de quién es más fuerte o más débil, si no de ser un equipo— bajé el tono de voz, la veía muy a la defensiva, como si cualquier cosa pudiese hacerla explotar—. Yo te cuido y tú me cuidas.

Sus hombros se relajaron ligeramente.

En unas horas nos subiríamos a un avión para ir a España.

Tuve que llamar a Andrei de urgencia y pedirle que se quedase a cargo del castillo en nuestra ausencia.

Accedió.

—¿Tú quieres que yo te cuide? — Cuestionó esa cosita pequeña, levantando la cabeza para mirarme.

—Y cuidarte también.

Volvió a ponerse rígida, fijando sus ojos almendrados en el fuego.

—Violeta, no voy a presionarte ni me voy a poner hecho un animal, aunque por dentro me esté volviendo loco— de veras que controlar el temperamento me estaba costando horrores—. Pero prométeme que cuando te sientas preparada, lo hablaremos.

No dijo nada y eso me hizo sentir más tensión.

No dejaría pasar esto por alto, podría ser paciente y respetar sus tiempos, pero olvidarlo, jamás.

Pareció leerme el pensamiento, pues finalmente asintió, agachó la cabeza y volvió al interior del castillo.

Decidí seguirla, guardando un poco las distancias, sin romper el silencio que la rodeaba.

—No estás sola— hablé en cuanto la vi abrir la puerta de su habitación con la intención de cerrármela en la cara.

Llevaba en el bolsillo un anillo de piedras de jade para regalárselo como sinónimo de nuestro compromiso, aun así, sabía que no era el momento de dárselo.

Ella giró para estar frente a mí, quitándose la pesada corona de la cabeza.

Me la entregó.

—Déjala sobre la tumba de mi padre, que se queme junto a él— agachó la mirada hasta mis pies—. Luego vuelve, y…— sus ojos se clavaron en los míos, ahogados en un océano de lágrimas—. Abrázame toda la noche.

En cuanto tomé el aro dorado, su mano se apartó de la mía, no pude evitar agarrarle de la muñeca para tirar de su cuerpo y hacerla caer sobre mi torso, envolviéndola en un abrazo sobreprotector.

Rompió en llanto, clavándome las uñas en los costados.

—Desahógate, mi vida— susurré entre sus cabellos—. Y recuerda que este monstruo siempre estará dispuesto a hacer lo necesario por

conservar tu preciosa sonrisa, solo tienes que darme una orden.

Retirándose un poco de mí, con la carita más bonita del mundo, mis dedos acariciaron esos labios dulces y suaves.

—Mata a Egor Maslov.

Mi rostro se acercó al suyo, apoyando nuestras frentes la una en la otra.

—Eso ya está hecho, solo dime cómo deseas que muera.

—Quémalo vivo.

Acerqué aún más su mentón hacia el mío, acariciando esa piel de porcelana con delicadeza y mimo.

Nuestros labios se unieron en un pequeño beso.

—Así será, princesa.

La chica de ojos tristes, ahora era mi chica.

CAPÍTULO 50

VIOLETA



—¿Qué vamos a hacer ahora sin papá? — Narcisa daba resoplidos como resultado de haber llorado por horas.

—Lo mismo que cuando estaba él, seguir con nuestras vidas.

—Pero, ¿quién cuidará de nosotras?

Decirle que lo haría yo no la consolaría, mi hermana ya estaba demasiado condicionada por este sistema y creía que solo un hombre podría protegernos.

No quería atormentarla más así que….

—Marcos.

Ella asintió, acurrucándose a mi lado.

—Me gusta Marcos.

—A mí también.

Tanto que no me separaría de él ni un solo segundo.

Lástima que ya no fuese una candidata apropiada para ser su mujer.

Tendría que decirle la verdad tarde o temprano y aceptar su odio, me odiaría por romper mi promesa de no acercarme a Egor y mentirle.

No entendería que mi decisión no solo fue para protegerme a mí misma, también a él, y a mi hermana.

Una parte me decía que aguantase estos dos meses, que me permitiese ser feliz a su lado y vivir la única experiencia romántica

que tendría en mi vida, pues dudada que pudiese volver a sentir por otro hombre lo que sentía por él.

No obstante, la otra me decía que esa decisión era vilmente egoísta, que Marcos tenía derecho a saber la verdad, y elegir su camino.

Así que mientras me debatía entre un lado y el otro, solo tenía algo muy claro entre ceja y ceja.

Mi hermana no se casaría con Gabriel Carusso.

Hablaría seriamente con Salvatore en persona y le explicaría lo sucedido, tan solo a él.

Y también le pediría ayuda.

Las familias le catalogaban como un tirano, pero dos de sus líderes eran mujeres, exterminó la prostitución y salvó a su esposa, María Osorio.

Salvatore era mi única esperanza, tal vez él pudiese ayudarme a escapar de Egor, porque a pesar de que Marcos estuviese dispuesto a matarle por mí, en cuanto supiese la verdad, me abandonaría a mi suerte.

Esperaba que el Padre de la mafia entendiese que mi hermanita no era una vaca o un cerdo al que comprar.

Daría la cara por nosotras dos ante ese hombre.

También pensé en hablar primero con su esposa, quizá ella pudiese aconsejarme.

Me sentía echa un lío, pero necesitaba llegar a España cuanto antes y empezar a solucionar todo esto.

Andrei se quedaría al cuidado del castillo junto a los hombres de mi padre, los cuales ahora eran mis hombres.

Encontrarlos a todos masacrados a mi regreso era algo que también me preocupaba.

La cabeza me daba vueltas como una noria.

Pasé otra página más del cuento de *La Cenicienta*, Narcisa ya se había dormido.

En tres horas debía despertarla para subir al avión privado de Salvatore.

Yo no podría pegar ojo.

Depositando un beso sobre su mejilla y viendo su pequeña maleta ya echa, salí de la habitación.

Marcos estaba ahí, de pie, con sus rasgos afilados más serios que nunca, y una mirada llena de ira e impotencia.

Le carcomía el alma no entender esta situación y a mí me hacía daño tener que usarle sin poder decirle la verdad.

Juraba por Dios que mis sentimientos hacia él eran sinceros.

Mi vida cobraba sentido cada vez que esos ojos verdes se fijaban en mí, ¿cómo no iba a sentir algo real?

Sonreí, tratando de ocultar la culpabilidad.

¿Debería habérselo contado? ¿Debería arriesgarme a que se volviese loco y fuese a por Egor ahora mismo sabiendo que eso significaría su muerte? ¿O de que, nos abandonase a mi hermana y a mí a nuestra suerte?

De nuevo, las dudas y los miedos me obligaban a tomar decisiones inmorales y grises, como el mundo que me rodeaba.

—Deberías descansar, nos espera un viaje de unas cinco horas.

Negué, atreviéndome a entrelazar mis dedos con los suyos.

—No creo que pueda.

—Si lo sueltas, será más liviano.

—No puedo soltarlo.

Volvimos a mirarnos, él se sacó dos chuches del bolsillo poniendo una en mis labios y llevando otra a los suyos.

—Creí que no te gustaban.

—Todo lo relacionado contigo me gusta, aunque esté malísimo.

Una sonrisa idiota se me dibujó en la expresión.

Él siempre conseguía sacar lo mejor de mí, aunque fuese un pedazo de corazón roto y podrido.

Abrí la puerta de la habitación, dejándola entreabierta para invitarle a dormir conmigo.

En cuanto cerró, eché mi melena a un lado, él entendió a la perfección lo que quería.

Que me bajase la cremallera.

Lo hizo, acariciándome los hombros y toda la columna, envolviéndome en su aroma y su aura enigmática.

—Quítate la camisa— supliqué, aunque la intención fuese la de dar una orden.

Ya no iba en chándal, se cambió para el viaje.

Lo hizo detrás de mí, en cuanto noté por el dibujo de las sombras que se la quitó, se la pedí.

Poniéndomela sobre la ropa interior, sonreí al pensar que ya no debería volver a usar esa corona y esos trajes nunca más.

Una espina menos.

—Dame también tu corbata.

La prenda rodeó mi cuello, haciéndome un nudo perfecto para colocármela.

Acariciándola, fui a la cama, tumbándome en postura fetal.

—Abrázame.

Su brazo recorrió mi cintura en cuanto su peso hundió el colchón.

Su aroma amaderado me envolvió, formando una especie de cápsula, llevándome lejos de todo lo que me aterrorizaba.

Los largos y venosos dedos de Marcos acariciaron uno de mis brazos, hasta tomar mi dedo anular.

Una joya preciosa, del mismo color de sus ojos, brilló sobre mi piel, dejándome desconcertada.

No podía decir ni pensar nada, tan solo quedé con mi mano sobre la suya, mirando la sortija.

—No es una obligación, ni una forma de comprarte, solo es una muestra de lo mucho que significas para mí, ahora tienes mi pulsera y mi anillo, pero no olvides lo más importante— su voz acariciaba suavemente el lóbulo de mi oreja—. También tienes mi corazón.

El tatuaje de su antebrazo brillaba bajo la luz lunar que entraba por el ventanal.

«Maktub»

Sabía muy bien cuál era su destino.

Convertirse en un líder de la mafia.

Pero seguía sin saber el mío.

—Marcos.

—Dime, princesa.

—¿Crees que todos los destinos están escritos?

—Sí.

—¿Y qué piensas que hay escrito para mí?

—No puedo saber eso.

Cerré los ojos con pesar, arrepintiéndome por hacer una pregunta tan tonta.

—Pero sí sé lo que está escrito en el mío.

Oh, claro, hasta yo lo sabía.

—El tuyo es más que evidente, ser un líder de la mafia.

—No.

—¿No? — Me removí entre sus brazos.

—No.

—¿Y cuál es entonces?

—Seguirte hasta el fin del mundo.

CAPÍTULO 51

VIOLETA



Bajé las escaleras principales, sosteniendo la pequeña mano de mi hermana.

Marcos esperaba al final, con los brazos cruzados a la altura del pecho y nuestras dos maletas al lado.

Sabía lo que estuvo haciendo una vez me dormí.

Nana me lo contó.

Torturó hasta matar a cinco hombres para que le contasen lo que sucedió en su ausencia.

No pudieron decirle la verdad porque solo Nana y yo éramos conocedoras de ella.

La pastilla del día después me causó un profundo dolor de ovarios, leer la lista de efectos secundarios hizo que me marease, aunque la idea de tener un bebé era mucho más perturbadora, así que decidí cerrar los ojos y tragármela con un gran sorbo de agua.

En cuanto nos miramos a los ojos, le entregué la manita de mi hermana, él la tomó y ella se enganchó a su brazo, junto con su peluche preferido.

—Marcos, ¿de verdad vamos a subir a un avión? — Narcisa se mostraba toda impaciente.

—Sí, princesa, será de lo más divertido.

—Necesito un segundo— pedí, queriendo ir al comedor para dejar claras algunas cosas.

Fui a paso ligero, feliz de llevar unos *leggins* y una sudadera calentita con un top debajo, pues en cuanto llegásemos a España sentiría calor.

La coleta alta en mi cabeza se iba balanceando junto con mis pasos rápidos y decididos.

Una vez llegué a la puerta, volví a escuchar algo que me hizo aguardar unos segundos.

—Os lo juro, me pidió el número del dedo y luego compró un anillo, creo que *Marco* va a pedirme matrimonio.

Rodé los ojos, empujando con la misma mano en la que brillaban las piedras de jade que Marcos me regaló.

Bianca tenía un grosor similar en los dedos a los míos, así que debió simplemente orientarse con ella.

—Hola— interrumpí la conversación.

Nana se puso en pie, inclinando la cabeza.

Bianca e Irina hicieron lo mismo.

—Quiero agradecer todo el tiempo que habéis servido a mi familia, y pediros que seáis amables y dedicadas con Andrei, también deciros que está totalmente prohibido comer sobras o comida en mal estado — tragué saliva con dificultad—. A partir de ahora, quiero que todas las personas que vivan en este castillo se alimenten de la misma forma, sin diferencias.

Silencio.

Una sonrisa se pronunció en la expresión de *Nana*, la cual inclinó la cabeza una vez más.

—Buen viaje, princesa.

Los ojos de Bianca se posaron en mi mano en cuanto pasé los dedos por uno de los mechones sueltos que sobresalían de la coleta.

La rabia inundó su expresión al ver el anillo.

—Hasta pronto.

Esa fue mi única despedida, no sabía si volvería a este lugar algún día, o si mi vida acabaría en España a manos de Marcos Leone cuando supiese de mi traición, o si sería una cobarde y terminaría huyendo con Narcisa antes de tener que volver a Rusia.

Mi futuro era un cúmulo de incertidumbre, pero algo tenía claro: me permitiría pasar al menos unas semanas junto a Marcos,

disfrutarlas a su lado, llenarme de él.

Lo necesitaba y lo merecía.

Merecía morir con al menos un solo recuerdo bonito.

Así que cogería este dolor y lo encerraría en una cajita con llave, como solía hacer con todo lo que me molestaba, e imaginaría que no existía hasta que llegase el momento de enfrentarlo.

El cual no sería ni hoy, ni mañana.

En cuanto llegué al recibidor, Marcos corría de un lado para otro con mi hermana subida a su espalda y los brazos extendidos.

—¿Será así volar en avión? ¡Entonces no me tiene que dar miedo! ¡Es divertidísimo!

—¡Será incluso mejor!

Me detuve en una esquina, suspirando al verlos, sonriendo con melancolía.

Ojalá las cosas pudiesen ser así para siempre.

En cuanto se dieron cuenta de mi presencia, Marcos dejó a Narcisa en el suelo, cogiendo nuestras maletas. Mi hermanita volvió a darme la mano y fuimos caminamos los tres juntos hacia al exterior.

Me iba.

Joder.

Joder que sí.

Iba a salir del castillo.

De las murallas.

De la nieve.

De las montañas.

De Rusia.

¡ME IBA!

—¡Buen viaje! — Nos deseó Andrei, quien había llenado el castillo de hombres armados, los cuales parecían congeniar bastante bien con los que pertenecían a mi familia.

Este lucía divertido sobre el trono, jugando con su mechero mientras miraba a saber qué en su móvil.

—Gracias por cuidar del castillo— incliné la cabeza en agradecimiento y Andrei copió el gesto.

Él y Marcos tan solo compartieron una mirada cómplice.

Una limusina negra nos esperaba a las puertas, con dos coches más.

Mis pies se congelaron rápidamente, sin saber qué hacer.

Una mujer rubia abrió la puerta del conductor, con unas botas militares y aspecto de soldado de guerra, llevaba el cuello tatuado y el pelo corto, con un largo flequillo que le caía sobre la mitad del rostro.

—¡Maldito cabrón! — Gritó, abriendo los brazos mientras corría hacia Marcos.

—¡Maldita zorra! — Se abrazaron como nunca había visto a dos personas abrazarse, Marcos la alzó, mientras la apretujaba y giraba sobre sí mismo con ella—. ¡No puedo creer que te haya echado de menos, joder!

—¡Ni yo a ti, gilipollas!

En cuanto se soltaron, se miraron con los ojos iluminados y rastros de emoción en sus tonos de voz.

Ella de fijó en mí, parecía una mujer peligrosa.

—¿Son ellas?

—Sí.

—Oh, encantada de conoceros— tendió sus dos manos hacia nosotras, Narcisa no podía dejar de mirar la metralleta que llevaba en la espalda.

Ambas aceptamos y saludamos.

—Yo soy Violeta, y ella es mi hermana pequeña, Narcisa.

—Petra— dijo sin más, y entonces sentí como el suelo temblaba bajo mis pies.

—¡¿Petra?!— Chillé—. ¡¿Petra, Petra?! ¿La primera mujer en ser líder de la mafia?

—Bueno, primero estuvo Eva Lelouch, aunque lo de ella fue… especial— rio entre dientes—. Y Carla también lo es.

—Dios, siempre he querido conocerte.

Una mujer líder de la mafia.

Wao.

Era increíble.

Petra me miró de arriba abajo con diversión, tras darme un repaso le lanzó las llaves a Marcos.

—Es mona, muy de tu tipo.

Mis mejillas se ruborizaron, tropezándome con mi hermana, mientras Marcos se reía a carcajadas, indicándonos la puerta por la que debíamos subir.

Una vez estuvimos dentro de la limusina, siendo la primera vez que subíamos a una, nos fuimos tropezando y pisando a todos los hombres armados que había ahí dentro.

Joder, es que eran enormes.

—Ups, lo sentimos, cuidado, perdón, ¿puedo pasar? Gracias…lo siento…

Ninguno decía nada, solo se miraban entre ellos.

Me acomodé entre dos que estaban al fondo, totalmente vestidos de negro.

Uno lucía joven y amigable, con el cabello moreno y casi rapado, no tenía barba.

El otro sí, además llevaba una media melena oscura, recogida en un moño mal hecho.

—Las tocáis y os rajo, hijos de puta— advirtió Marcos, cerrando de un portazo.

Narcisa y yo dimos un sobresalto del susto.

Volvió a abrir.

—Tampoco mirarlas, ¿mmm?

Me di cuenta entonces de que les estaba hablando en español.

Narcisa chocó su hombro con el mío, ilusionada.

Todos los hombres asintieron y la puerta se volvió a cerrar de golpe.

Empezamos a movernos, entendiendo que él estaba conduciendo.

Sí, definitivamente esa forma tan elegante y suave de conducir solo podía ser suya.

Las murallas comenzaron a verse cada vez más lejos, Narcisa seguía chocando su hombro con el mío para que le hiciese caso, mientras yo sentía cada vez las emociones más a flor de piel.

Finalmente, no pude hacer más que abrazarla, apretándola contra mi pecho, no pudiendo evitar que se me escapase una lágrima.

—Nos vamos mi niña, por fin, hemos escapado. Te prometí que algún día te sacaría de ahí, y por fin está sucediendo.

El chico joven que estaba a nuestra derecha nos miró de reojo, sacándose un clínex para sonarse los mocos.

—Alvarito, no me jodas que estás llorando— se mofó el de nuestra izquierda.

—Joder, es que me dan pena, tío.

—¡¿Te llamas Alvarito?!—Narcisa le chocó el hombro a él.

Este tosió, asintiendo.

—¿Y por qué te damos pena, Alvarito?

—Por nada— se animó a la conversación el hombre que estaba a mi lado—. Solo es un blandengue que te cagas. Soy Mateo, por cierto.

—Encantadas de conoceros, gracias por cuidarnos— traté de parecer amable.

Todos asintieron en silencio.

Vaya.

—Alvarito, ¿me cuentas un cuento?

Mi hermanita era demasiado sociable.

—¡Venga, Alvarito! ¡Cuéntanos un cuento! — Le animó Mateo.

Este se señaló a sí mismo, avergonzado.

—¿Y qué cuento os voy a contar?

—Es una princesa, te ha ordenado que cuentes un cuento, hazlo y punto.

Al palpar la incomodidad del pobre chico, que parecía excesivamente tímido, decidí intervenir:

—Narcisa puede esperar— inquirí—. Cariño, en el avión te lo cuento, ¿vale?

Ella asintió, apoyando la mejilla en mi brazo.

—Pero, ¿por qué? ¡Venga, Alvarito! ¡Cuéntale un cuento! — Mateo no parecía darse por vencido.

Todos los hombres empezaron a canturrear en coro:

—¡Que se lo cuente! ¡Que se lo cuente!

Se estaban burlando del pobre chico por su timidez.

Qué malos.

—Está bien, joder— se aclaró la garganta—. Vale, ahí voy— frotó las palmas de sus manos para entrar en calor—. Érase una vez un caimán bueno que vivía rodeado de caimanes malos…

Las risas estallaron entre los cristales de las limusinas.

Yo no entendía el chiste, pero la forma que tenían de reírse resultaba tan contagiosa que al final Narcisa y yo también terminamos riéndonos.

Mateo se inclinó hacia mí, susurrando:

—Él cree que es el caimán bueno y que nosotros somos los malos, por eso nos reímos.

Pobre Alvarito.

CAPÍTULO 52

MARCOS



Abroché bien el cinturón de seguridad de Narcisa. Iba a ir todo el vuelo junto al copiloto y el piloto, estaba ansiosa por conocer como funcionaban los aviones.

Lucas colocó el sombrero de aviador sobre su melena castaña y ya despeinada por lo revoltosa que era.

—Si quieres quedarte en la cabina tienes que estar muy quieta— advertí.

Se estuvo tan quieta que dejó de respirar.

—Tampoco te pases de quieta.

Se relajó, cogiendo aire.

—Así mejor—le eché el sombrero hacia abajo—. Pórtate bien, tu hermana y yo estamos atrás, para cualquier cosa que necesites tan solo grita, te prometo que no te haremos caso.

—¡Marcos!

—Que es brooooma— volví a bajarle el sombrero para que no pudiese ver, cerrando la puerta de la cabina.

Petra alzó su copa de *whisky* hacia mí, entregándome una igual y otra con *vodka*.

—Cómo es rusa…— inquirió.

Suspiré, solo quería estar un rato con ella a solas.

Torturé a esos hijos de puta sin que me soltaran ni una sola palabra.

Se me fue la mano y los terminé matando, quizá no lo merecían, o quizá sí, pero necesitaba pagar mi frustración con alguien.

Mala suerte.

—¿Ya te la has follado?

Petra no tenía filtros, Mateo silbó por lo bajo mientras Alvarito se ponía rojo, los demás hombres de Carusso estaban en otra sala del avión.

—No.

Aunque lo hubiese hecho, no lo reconocería, la intimidad de Violeta no iba a estar en la boca de estos cabrones.

—Es una buena chica, respetadla, joder.

—¿Marcos defendiendo el honor de una mujer? — Mateo se terminó su copa de un trago—. Si que te ha cambiado Rusia.

—¿Quién eres y qué has hecho con el verdadero Marcos? — Añadió Alvarito, como si alguien le hubiese dado vela en este entierro. Me saqué la pistola apuntándole a los huevos, este se encogió tapándoselos con ambas manos—. Perdón, señor, lo retiro.

—Buen chico— volví a guardar el arma en su lugar, queriendo quitarme de en medio para estar con ella.

—Eh— retrocedí, poniendo los ojos en blanco, Petra estaba insistente—. Déjala descansar y quédate con nosotros, tienes que ponernos al día.

—No tengo nada que contar.

—¿Cómo qué no? — Replicó entre risas—. Has estado más de tres meses viviendo en Rusia con los putos Ivanov, joder.

—No hay nada que contar, Petra. De veras.

Sin querer hablar más, abrí la puerta y cerré a cal y canto, aun con las dos copas en las manos y el hielo medio derretido en cada una de ellas.

Cazzo.

—Hola.

Aquella palabra en español con ese acento ruso me hizo levantar la cara de inmediato, recordando que habíamos hablado siempre en su idioma durante todo este tiempo.

La polla se me puso jodidamente dura al verla sin el abrigo, con un top color verde claro, sobre esa piel tan pálida y ese cuerpo tan

bien formado.

No llevaba sujetador, así que esas maravillas se sostenían de forma natural.

La manera en la que se estrechaba su cinturita y luego se agrandaban ligeramente sus caderas, mostrándome un ombligo coqueto y pequeño, me hizo tener sed.

Me bebí mi copa, y luego la suya.

—Hola.

Le entregué su vaso vacío.

—Gracias por invitarme a…— lo giró ligeramente, inspeccionando el interior—. ¿Hielo casi derretido?

—Lo siento — es que no puedo dejar de pensar en follarte—. ¿Te traigo algo?

—Estoy bien, no es necesario.

Me quité la corbata, tenía un puto calor de la hostia y no era ni por la calefacción ni por el alcohol.

Era por ella.

Por las ganas de volver a tener sus labios rodeando mi polla y tragarme cada parte de su cuerpo.

Abrí la puerta para pedirle algo de beber a Petra, la cual me ofreció otro vaso con *vodka*, volví a cerrar en su cara.

Tras entregarle el vaso a Violeta, esta tan solo se mojó los labios de forma superficial y lo dejó a un lado.

—¿Te importa que me quite la camisa? Me agobian muchísimo los espacios cerrados.

Ella asintió, echándose hacia la izquierda para hacerme sitio.

Era una habitación en suite dentro del avión, Salvatore y yo hicimos orgias dentro de este bicho cuando éramos unos idiotas veinteañeros, volando desde Marbella a Las Vegas.

Me tumbé junto a ella, con el pecho algo sudado, tratando de respirar profundo.

No la mires.

No mires sus tetas.

Ni su ombligo.

Ni su cara.

No pienses en las cosas que se hacen en esta cama.

—¿Por eso no te has sentado a mi lado en la limusina?

Hablando de la limusina.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Una de sus manos se apoyó sobre mi abdomen y la mía fue de forma instintiva a rodear su cintura para pegarla a mí.

El avión empezó a despegar, la inclinación hizo que Violeta me cayese encima.

Sus tetas quedaron prácticamente aplastándome la cara.

No pude evitarlo y mordí una de ellas.

—¡Marcos!

¡Plas! Nalgada en el culo.

—Lo siento.

—No lo sientes, lo has hecho queriendo.

—Puedo hacerlo queriendo y sentirlo a la vez— la apreté aún más entre mis músculos, sin dejar que se separase de mí, mirándola como una bestia hambrienta miraría a su presa favorita—. Ahora dime una cosa, preciosísima mía, ¿alguno de esos idiotas ha intentado ligar contigo? ¿mmm?

Ella acarició la comisura de mis labios, le enseñé los dientes, soltándole un gruñido juguetón.

—Si tan celoso te pones, ¿por qué me has dejado sola?

—Porque no confío en ellos para conducir por carreteras nevadas, son idiotas, la conducción eficiente forma parte de tu seguridad, ya te lo dije una vez.

—Podría haber ido delante contigo— apoyó su preciosa mejilla en una de sus manos.

—¿Y dejar a Narcisa sola con un montón de desconocidos armados? — Arqueé una de mis cejas y supe que acababa de ganar este duelo.

Ella me fulminó con la mirada, inflando los mofletes y enseñándome la lengua.

—Nadie ha intentado ligar conmigo, señor Leone, puede estar usted muy tranquilo.

—Genial— la tensión de mi cuerpo no disminuyó, ni un poquito, la apreté aún más contra mi piel, la amarraría a mí si pudiese—. Y algo más, ¿vas a contarme de una vez que fue lo que sucedió en mi

ausencia? ¿Por favor? — Agarré su mandíbula, obligándola a mirarme fijamente—. Cinco personas inocentes han muerto por tu silencio, solo tú puedes pararlo, ¿vas a dejar que siga siendo malo?

Sus iris temblaron con un centelleo extraño.

El alma se me volvió un engendro del mal y no supe como hice para mantenerme a su lado sin explotar de rabia.

Me crujieron el cuello y los nudillos a la vez.

—Marcos.

—Violeta.

—Déjalo estar, ¿sí?

—No.

—Marcos…

—Eres mi mujer.

—Aún no.

—Nadie va a tocarte, nadie va a estar cerca de ti si no soy yo, Violeta, eso es mucho más importante que lo que diga un papel firmado, es la puta realidad, te lo dije hace unas horas, te seguiré hasta el fin del mundo.

Ella tembló junto a mi pecho, refugiándose en mi abrazo.

Mis dedos tiraron de su top, desnudándole las tetas, haciéndole soltar un grito.

—¡Marcos! ¿Qué haces?

Mis labios se unieron a su cuello, bajando entre el centro de sus pechos, empapándome de ella, de su olor, de su sabor.

—Tomar lo que es mío— rugí, tirando de sus leggins hacia abajo—. Prepárate para volar de verdad, nena.

Sus piernas se abrieron de inmediato, mis dedos le arrancaron la ropa interior casi a tirones, y mi cabeza se metió entre sus piernas mientras se aferraba a mi cabello.

—Puedes gemir todo lo que quieras, esta sala está insonorizada.

—¿En serio?

La forma en la que su cuerpo reaccionaba a mi contacto, el cómo se retorcía y humedecía al instante, como si tuviese claro quién era su dueño y estuviese hecha para mí, me volvía putamente loco.

—Sí— mi lengua recorrió su zona más sensible, haciéndole jadear mi nombre una y otra vez—. Eso es, nena, grábate el nombre de tu

marido en el cerebro, va a ser el único que vas a gemir por el resto de tu vida.

Ella asintió, mordiéndose el labio, mientras apretaba aún más mi cabello contra su cintura, follándose mi cara.

Joder, amaba verla así.

Tan libre.

Tan decidida.

Tan mía.

CAPÍTULO 53

VIOLETA



Narcisa se aferraba a mi mano, asustada. Aunque hubiese tratado de evitar por años que se diese cuenta de la realidad a la que estábamos sometidas, ella era lo suficiente inteligente como para saber quiénes eran los Carusso.

Y todo esto se lo debía a mi padre, quién no tenía ni un mínimo de pudor o decencia a la hora de hablar ciertas cosas delante de ella, como tampoco lo tuvo cuando yo tenía su edad.

Narcisa sabía que Gabriel sería el hombre al que estaría atada por el resto de su vida, aunque fuese demasiado joven para entender el significado de esas palabras.

Lo impediría.

Hablaría cara a cara con Salvatore Carusso y esperaba que de verdad me escuchase.

Mi cabeza era una bomba de relojería a punto de explotar.

La violación de Egor, el deber de tener que casarme con él, saber que se armará una guerra si no lo hago, la promesa de Marcos de hacerme suya, y el deseo de serlo.

Delante de todos, yo no era más que una Ivanov prometida al ruso más odiado de nuestro mundo, caminando junto a uno de los líderes de la mafia.

Uno de los más queridos al parecer.

—¡Tío Marcooooos!

Un niño que sacaba casi dos cabezas a mi hermana vino corriendo desde a saber dónde, con una energía propia de un torbellino.

Tenía los rasgos más bonitos que había visto en mi vida, era como un ángel esculpido por Dios.

Ojos color miel, cabello trigueño y despeinado, piel tostada por el sol, labios gruesos, alto y esbelto.

Este chico de adulto podría ser una estrella del cine o un super modelo.

Narcisa se escondió detrás de mí, tirando de mi vestido, giré el cuello para ver su ceño fruncido.

Conocía esa expresión.

Celos.

Carraspeé la garganta, mientras Marcos le frotaba la nuca con el puño a Gabriel, teniéndole atrapado bajo su brazo a la vez que este soltaba un montón de palabrotas.

—¿Gabriel? — Sonreí, tratando de parecer simpática.

El mismo se sacó una pistola de detrás del pantalón negro de pinza que llevaba puesto, junto con una camisa de su talla color blanca.

¿Eso eran mocasines?

Apuntando a mi sien, arqueó una ceja y preguntó:

—¿Quién coño eres tú?

Marcos le desarmó en menos de un segundo y de paso le soltó una colleja.

No pude evitar reírme, y Narcisa también.

—Deja de intentar ser una fotocopia de tu puto padre, ¿mmm? Acabo de llegar y ya me tienes cansado, chaval.

Marcos se lo echó al hombro como si fuese un saco de cemento, este pataleaba sin cesar.

Los ojos de mi hermana se cruzaron con los de ese pequeño diablo, ella volvió a esconderse detrás de mí.

—¿Quién es esa?

—Narcisa Ivanov, una princesa— presenté a mi pequeña reina.

—Puaj, princesa— hizo el gesto de potar—. Qué puto asco.

Marcos le pellizcó una pierna.

—¡Eh! ¡Tío Marcos! — Refunfuñó—. Joder, parece que ya no me quieres.

—¿Qué ya no te quiero? Yo no te he querido nunca.

De nuevo, nos hizo reír.

Seguimos avanzando por el sendero hasta la entrada principal a la mansión, había como una especie de parking con coches exageradamente lujosos.

Sentía que solo uno de ellos valía más que el castillo del que veníamos.

Estaba acostumbrada a vivir rodeada de hombres armados, pero esto era tan distinto, que cada rincón al que miraba me hacía abrir la boca de asombro.

Para empezar: sol.

Y calor.

Mucho calor.

Un calor muy diferente al que hacía en algunas zonas de Rusia en verano.

Y qué decir del olor, olía a flores, a vida, a colores.

Todo era pintoresco y alegre.

La cantidad de ideas para pintar paisajes que afloraban en mi mente tan solo con poner los pies en este lugar era sobrecogedora.

Nunca imaginé que el mafioso más peligroso del mundo viviese en un sitio tan bonito.

—*¡Mio fratello!* — Un hombre alto, fuerte y de cabello negro azabache, piel morena y ojos profundamente azules, abrazó a Marcos y le estrechó como si le hubiese necesitado para respirar.

Era...

Acaso él era…

—¡Salvatore! *¡Fetuccini!* ¿Ya ha llegado?

Una mujer ni tan bajita como yo, ni tan alta como ellos, se chocó con la espalda del mismo.

—¡María! — Marcos la saludó con gran alegría, pero sin llegar a rozarle ni un solo cabello.

Ni abrazo, ni beso en la mejilla, nada.

La forma en la que aquel hombre le pasó el brazo por la cintura y la pegó a su cuerpo, clavándole cada uno de los dedos sobre el

vestido blanco y ceñido que llevaba, me dejó claro que eran ellos.

Salvatore Carusso y María Osorio.

Enemigos milenarios.

Y ahora un matrimonio.

Escuché muchísimas historias sobre ellos, y ahora los tenía aquí, delante de mis ojos.

—¿Qué tal el viaje? — María posó su mirada en mí, la bondad que había en esta hizo que la piel se me erizase, si Gabriel parecía un ángel a nivel físico, esta mujer albergaba la esencia de la creación del cielo.

¿Sería todo fachada? Porque no me entraba en la cabeza que alguien con aura tan pura pudiese estar felizmente casada con un demonio.

—Muy bien, gracias por invitarnos a pasar unos días— las palabras me salían solas, estaba acostumbrada a hablar de forma ligera aun cuando me sentía incómoda.

No obstante, por dentro me castañeaban los dientes.

Salvatore me echó un vistazo rápido, y después a Narcisa, gesticuló una mueca de desagrado al ver la cara de mi hermana, esto formó un nudo en mi pecho, ¿le estaba haciendo ascos? Sería capaz de hacerle lo mismo que a mi padre por defenderla.

—Por favor— su tono de voz era rudo y duro, a la vez de aterciopelado, como una bofetada que va acompañada de una caricia—. Ha sido un viaje largo, poneos cómodas, la niña tendrá que ducharse, comer y descansar.

María le hizo un gesto para que fuese hacia ella, Narcisa no dudó en soltar mi mano y agarrar la suya.

En cuanto comenzaron a alejarse de nosotros hacia el interior de la casa, Gabriel masculló un *«ni de coña»* y se fue detrás de ellas.

Vaya, sí que era celosillo.

Tenía entendido que todos los actuales líderes de la mafia vivían en esta casa, por ahora faltaban los demás.

Aunque…

¿Mateo?

El hombre que viajó a mi lado en la limusina, era uno de ellos.

Y Petra también.

Entonces, solo me faltaba por conocer a su mujer, Carla.

Aun así, todos parecían haberse esfumado, solo veía trabajadores de un lugar para otro, armados y sin prestarnos demasiada atención, suponía por protocolo.

—¿Qué tal tu padre? — Salvatore se dirigió a mí y no fui capaz de aguantar su mirada, teniendo que agachar la cabeza.

—Bien— mentí.

—Aquí no tienes que actuar, nena, estás en confianza— el codo de Marcos golpeó mi hombro.

Sí, esa diferencia de altura teníamos.

—Muerto— corregí.

Mierda, me ha llamado *nena* delante de Salvatore.

Los iris oscuros de Salvatore se dilataron, buscando respuestas en Marcos.

Este alzó las cejas y se encogió de hombros.

Por unos segundos, parecieron tener una conversación silenciosa, en la que yo me dediqué a observarlos, dándome cuenta de que el aura oscura de Salvatore Carusso era intensa y envolvente, pero la de Marcos Leone, resultaba mucho más peligrosa y enigmática.

Ambos eran monstruos, pero muy distintos.

Porque Salvatore incitaba a alejarse, sin embargo, Marcos era todo lo contrario.

Incitaba a tirarse con los ojos vendados y los brazos abiertos hacia él.

No pude evitar preguntarme quién de los dos ganaría en una pelea.

—La llevaré a su habitación— la voz de Marcos me sacó del trance, él cogió mis maletas, haciéndome un gesto para que le siguiese.

Salvatore volvió a echarme una miradita divertida, como si supiese absolutamente todo lo que este hombre y yo, habíamos hecho.

CAPÍTULO 54

VIOLETA



—¡No puedo creerlo! — Grité por decimotercera vez, echando un montón de agua y espuma sobre nosotros, saqué medio cuerpo de la bañera sin darme cuenta, teniendo las tetas en la cara de Marcos.

—*Cara*, por el amor de Dios, solo es una bañera— se quedó en silencio, admirando mis pezones rosados llenos de espuma—. Aunque, viendo cómo te pusiste con una ducha de mala muerte…sí, tienes derecho a estar feliz.

—¡Sí! — Me tiré sobre sus hombros, rodeando su ancho cuello con los brazos.

Nuestros corazones latieron juntos en el momento en que su cálida piel se pegó a la mía bajo el agua, coloqué mis piernas a cada lado de sus caderas y sus manos se clavaron en los huecos de mi cintura.

La culpabilidad volvió a renacer en mí por saber que le había traicionado.

—¿Cuándo me vas a contar la verdad, mi vida?

Dios.

¿A caso podía leer mis pensamientos?

—Marcos, no pasa nada, olvídalo.

Olvídalo, porque cuando lo sepas, me olvidarás también a mí, y no estoy lista para ello.

Sus manos subieron hasta mis costillas, aupándome encima de sus caderas de una forma en la que quedamos perfectamente

encajados, mientras gruñía y hundía el rostro entre mis pechos.

—¿Qué me está pasando contigo, Violeta?

—¿Por qué lo preguntas?

Mis dedos comenzaron a masajear su cabello.

No pude evitar apoyar la nariz en su coronilla e inspirar su olor.

Adoraba el aroma del gel de baño que usaba.

—Porque me vuelves loco y…—Alzó la mirada hacia mí, haciéndome temblar con la profundidad de sus ojos—. Si otro hombre te tocase, Violeta, no sé ni de lo que sería capaz.

No pude ni moverme. Quedé ahí, congelada, a pesar de la temperatura cálida, del vapor rodeando nuestros cuerpos y del agua.

¿Cómo diablos se lo iba a contar?

Fui entonces consciente de que me estaba bañando con mi guardaespaldas, estando prometida con él y con otro hombre al mismo tiempo, uno creyendo que era virgen y el otro que estaba embarazada.

Y yo solo quería gritar la puta verdad a los cuatro vientos y hacer lo que me diese la gana.

Pero no estaba lista.

Agaché mi frente hasta apoyarla en la suya, y sin querer, mi sexo desnudo rozó toda su erección.

—Uf... —susurró, mostrándome una expresión tortuosa—. ¿Sabes que nunca he estado tanto tiempo sin follar?

—Ah, ¿no?

—Me estás haciendo sufrir muchísimo, mojigata.

Mojigata.

Me moría cuando me llamaba así, ¿era eso normal?

—Te juro que no te haré esperar hasta la boda.

Porque no querrás casarte conmigo cuando lo sepas.

—Solo bromeo, *cara*— me guiñó un ojo, dejando su cabeza caer hacia atrás, cerró los ojos mientras escurría mi cabello con sus dedos, ¿lo estaba lavando? — He esperado más de treinta años solo para conocerte, puedo esperar un poco más para follarte.

Mierda.

Deseaba entregarme a él.

Ahora mismo, aquí mismo.

Y ese hijo de puta de Egor me lo había robado.

No podría tener mi primera vez con el hombre que estaba conquistando mi corazón y con el que me moría por pasar el resto de mi vida.

Maldita sea.

—Eh, nena, ¿he dicho algo malo?

La ira, la impotencia y la frustración no me dejaban poder disfrutar de nuestra intimidad, me sentía tan agobiada que comencé a sentir una punzada en la cabeza.

—No, es solo que...

El pecho se me agarrotó como un puño cerrado.

Oh no, otra crisis de ansiedad.

—Mierda, ¿es esa cosa chunga? ¿Lo del centro comercial? ¿Te ahogas?

Asentí, llevándome una mano al pecho.

—Pero no te pongas tan histérico que es peor, hostias.

—No estoy histérico— sí que lo estaba, pero darse cuenta de mi agobio le obligó a calmarse—. Vale...vale, ven aquí, ven.

Su mano envolvió mi nuca, recogiéndome entre sus brazos como si fuese una niña, apoyó mi mejilla en su hombro y mis manos se aferraron a su cabello.

—Respira hondo por la nariz y suéltalo por la boca, así, como yo...

Comenzó a hacerlo, y yo a imitarle.

Estuvimos un rato de esa manera, inspirando y expirando, con nuestros pechos hinchándose y desinflándose a la vez.

Poco a poco, el nudo en mis pulmones se fue deshaciendo, dando paso a más oxígeno, las pulsaciones del corazón también se fueron acompasando y normalizando.

—¿Mejor, mi vida?

Asentí.

Joder, no quería separarme de él, ni de su aroma, ni de su piel, ni de su calor.

—Marcos— susurré, echa una bolita desnuda sobre toda su masculinidad formada por músculos fuertes y voluminosos.

—Violeta.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti, mi chica de ojos tristes.

CAPÍTULO 55

VIOLETA



Era una sensación tan, tan extraña.

Me sentía como en un sueño, a pesar de todos los sentimientos oscuros arremolinados en mi interior, haciéndose una bola contra la que me empeñaba en luchar.

Maté a mi padre.

No podía dejar de pensar si estaba bien o mal, de culparme o cuestionarme.

La ira me cegó en aquel momento y solo pensaba en evitar que Narcisa pasase por lo mismo que yo. Acabar con él era la única forma de evitarlo. Papá siempre tomaba malas decisiones. Una y otra vez. El patrón no dejaba de repetirse.

Paseé por aquella habitación, había unas estanterías enormes, vacías, con algunas fotos, cascos de motos en miniatura, algún arma, balas, y poco más.

—Antes de que yo llegase, estaban llenas de libros, esta habitación era de Salvatore, luego se mudó a otra con su mujer, y yo me quedé aquí.

Marcos se encontraba tumbado en la cama, mirando como me quedaba su camiseta blanca, la cual tenía un letrero pintado que decía: *el que va a mi izquierda es virgen.*

Me hizo gracia imaginarle yendo siempre a la derecha de Salvatore, con ella puesta.

—¿Dónde vivías antes de venir aquí?

Sentía tanta curiosidad por la vida de Marcos.

Él lo sabía todo de mí; que me gustaba pintar, que estaba prometida a un tirano, que mi padre era un cobarde y una rata, y que crecí dentro de ese castillo.

¿Pero yo de él? Apenas comenzaba a conocerle de verdad.

—En una mansión, a las afueras de Sabinillas, debería ir a echarle un ojo a ver si todo está bien.

Me gustaría ir con él.

—¿Te mudaste por tu propia seguridad? — Seguí paseando entre las estanterías, viendo una fotografía de una mujer mayor, le escuché suspirar en cuanto toqué el marco de la foto—. ¿Es tu mamá?

—Me mudé por la seguridad de los Carusso, lo que me suceda a mí me importa poco, lo hice para poder servir de apoyo si alguien les atacaba y sí, es mi madre.

Que le diese tan igual morirse me causaba inquietud, porque yo le necesitaba vivo para poder seguir respirando.

—¿Dónde está ella?

—En un centro para personas con enfermedades mentales.

Fruncí el ceño, no parecía una mujer enferma, se le veía feliz además de guapa.

—Un hombre la rompió en mil pedazos, y yo terminé de destruirla — añadió.

—¿Tú?

—Lo maté, y me convertí en lo que soy ahora.

Mientras me contaba todo esto, yo seguía de pie junto a la estantería, con el pelo mojado y los muslos desnudos, él estaba en ropa interior, tumbado boca arriba en la cama, con una mano detrás de su nuca y una rodilla flexionada.

—¿Qué edad tenías? — Murmuré en voz baja.

—Trece años.

Tragué saliva.

Era demasiado joven para tener que matar a alguien.

—Por eso sé cómo te sientes, Violeta— añadió, pillándome por sorpresa—. Y por eso es que no te presiono, pero sé que, para

matar por primera vez a una persona, debe de haberte hecho algo que realmente te haya destrozado.

—¿Y luego? — Seguí paseando entre sus escasas cosas—. ¿Qué hay de las otras veces?

—Cada vez necesitas menos motivos para quitar una vida, y al final, se vuelve algo rutinario, como aplastar una cucaracha que sabes que no te hará nada, pero que simplemente te molesta.

Volví a tragar saliva.

Yo no quería ser así.

—No volveré a matar, no si no es por sobrevivir.

Él dejó la vista en el techo después de repasarme lentamente, noté el vello de mi cuerpo erizarse tras la calidez de su mirada.

—No necesitas hacerlo, para eso me tienes a mí.

Mis dedos toparon con otro marco de fotos, el estómago se me encogió un poco al ver que se trataba de una de las chicas más guapas que he visto en toda mi vida.

Alta, esbelta, de cabello negro azabache y liso como una cortina, con ojos achinados y seductores.

Si esta era Ángela, me quedaba claro que, si no hubiese muerto, yo no tendría nada que hacer contra ella.

—Carla— susurró al ver mi expresión de tristeza observándola.

—¿Carla?

¿Por qué tenía una foto de una de las líderes de la mafia en su habitación?

—Es mi ex mujer.

El marco me resbaló de entre los dedos casi cayendo al suelo.

Atrapándolo al vuelo y con un gritito solté un:

—¡¿Qué?! ¿Ya has estado casado?

Con una mueca divertida, asintió.

Mierda.

El sentimiento de rabia se acrecentó aún más.

—Doce años, desde los veinte hasta los treinta y dos.

—¡¿Doce años?! Pe-Pero…ella…ella es… yo… creía…

—Es lesbiana, sí, y es mi mejor amiga también. Su padre le dijo que si no se casaba con un hombre le pegaría un tiro y ella quedó conmigo una noche para despedirse de mí, decidió suicidarse.

Tenía la boca tan abierta que me dolía la comisura de los labios, siendo incapaz de cerrarla.

Carla.

Volví a mirar su expresión sonriente y esa aura tan poderosamente femenina que desprendía.

—¿Y decidiste casarte con ella para salvarla?

—Sí.

El corazón me golpeó el pecho.

Tenía ganas de romper algo.

Esta foto incluida.

Y sabía que no había motivos para ponerme así, que el pasado de Marcos nada tenía que ver conmigo, aun así, los celos me estaban comiendo viva.

Era mi Marcos, mi guardaespaldas, mi hombre.

Que tuviese una mejor amiga y un montón de vivencias junto a otra mujer mientras yo estaba encerrada en un puñetero castillo no me hacía gracia.

Con una sonrisa torcida, dejé la fotografía en su lugar.

—Solo la quiero como a una amiga, nunca nos hemos acostado, ni le he tocado un solo pelo de la cabeza y jamás la he visto de otra manera.

Cerré los ojos e inspiré profundo, asintiendo mientras agradecía esa aclaración.

—No te estoy mintiendo, Violeta.

—Lo sé, confío en ti, muchísimo.

Era la verdad.

La única mentirosa aquí, era yo.

Maldita sea.

—Y… ¿por qué te divorciaste? — Con pasos tímidos, me senté al borde de la cama, él extendió su brazo, dejando un hueco perfecto para que me acurrucase a su lado.

—Carla y yo pasamos por muchas dificultades, para que su padre me dejase casarme con ella tuve que darle todo el dinero que gané desde que empecé a trabajar para los Lelouch, nos quedamos en la ruina, pero debíamos seguir aparentando ser ricos para que este mundo no nos tragase, ya sabes cómo son las cosas…— dejó flotar

las palabras en el aire y yo asentí contra su pecho, pasando un brazo sobre su fuerte abdomen, atreviéndome a tirar de él para pegarle más a mi cuerpo. Ahora estaba conmigo, y no con ella—. Así que me tuve que ver obligado a hacer trabajos de lo más denigrantes para poder recuperar dinero y que nadie se diese cuenta de que no teníamos ni mierda en las tripas.

Fruncí de nuevo el ceño.

—¿Y ella no trabajaba?

—Está mal visto que una mujer trabaje en nuestro mundo, Violeta.

—A mí me parece mal que eso se vea mal.

Él soltó una carcajada, sus dedos se enredaron en mi cabello.

—Ay, princesa…

—¿Qué? — Volví a sobar mi mejilla en su pecho.

—Me muero por gritarle a todo el mundo que estoy loco por ti.

Le apreté aún más, quería fundirme en él, derretirme en él, quedarme pegada a él.

—Hazlo, di la verdad, dile a todos lo mismo que le has contado a Salvatore— alcé la cabeza para mirarle—. Sé que lo sabe.

Esbozó una sonrisa pícara que casi me provocó un desmayo.

—Es mi mejor amigo, lo siento.

—¿Y los demás no son tus amigos?

Me moría porque esa tal Carla tuviese claro que él estaba conmigo, aunque solo fuese una amiga, aunque fuese lesbiana y estuviese saliendo con Petra, me importaba un pepino.

—Supongo que a estas alturas ya se estarán haciendo preguntas, llevas tres horas encerrada en la habitación de tu guardaespaldas.

—Porque mi guardaespaldas dijo que esta sería mi habitación.

—Tu guardaespaldas es un cabrón y te ha tendido una trampa.

—Una trampa de la que quizá no quiera escapar.

—Pues quédate— sus preciosos ojos color esmeralda bajaron hasta mis labios, me mantuve quieta, sin mover un solo músculo, viendo como los de su mandíbula se tensaban—. Vas a casarte conmigo, lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sé.

Plas.

Su mano azotó mi culo desnudo, ni siquiera llevaba ropa interior bajo su camiseta blanca.

Noté sus dedos acariciar la zona adolorida, mordí mi labio inferior adorando la sensación.

—Vuelve a decir que no y te azotaré hasta que no te puedas sentar.

—Pero es que— volví a morderme el labio, el corazón comenzó a golpearme con fuerza—. ¿Y si no soy lo que realmente quieres?

Marcos se quedó en pausa, con una ceja arqueada.

—Estoy a punto de empezar una guerra por ti, ¿cómo coño no vas a ser lo que quiero?

—¿Y si he sido una guarrilla que se ha follado a todos los hombres de su padre y no soy virgen?

Mierda, ¿en serio he dicho eso?

La habitación se llenó de su risa, y esa reacción hizo que se aliviase mi malestar.

—Oye, contesta, ¿qué pasa si no soy virgen? ¿Eh?

—Para empezar— se frotó de nuevo la nuca, levantando ese brazo musculoso que me hacía tener fiebre —. Una mujer no es una «guarrilla» por acostarse con muchos hombres, *cara.*

—¿Ah no?

—¡Joder! ¡Claro que no!

—¿Y por qué no?

—Pues porque no.

—Yo tenía entendido que sí.

—Tú tenías entendido que vivías en la época medieval, mi vida.

Cierto.

—¿Y qué es una mujer «guarrilla»?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué no se duche más de una vez a la semana?

Volvimos a reírnos.

—Entonces, ¿no te importaría que no fuese virgen?

Que me diga que no.

Que me diga que no.

Por favor, que me diga que no.

—Para nada, pero debo admitir que no podría vivir sabiendo que otro hombre ha estado dentro de ti— volvió a acomodarme sobre él como si fuese una simple muñeca—. Así que me casaría contigo y tendrías que hacerme una lista con todos sus nombres. En menos de una semana no quedaría ni uno solo con vida.

Suspiré, dejando que mi pecho se desinflase, notando la carga emocional ser más liviana.

Se lo diría.

Tarde o temprano le contaría la verdad.

Y solo esperaba que mantuviese su palabra de matar a Egor y casarse conmigo, porque yo también estaba loca por él.

—¿Entonces? —Mi mano se coló por debajo del borde de su ropa interior, rodeando su virilidad—. ¿Vas a decirle a todos lo enamoradísimo que estás de mí?

Aquella pregunta fue lanzada como una broma, para picarle y hacerle rabiar.

Esperaba cualquier contestación tonta de las suyas.

Y para nada esperé, que sus manos subiesen la camisa hasta mi cintura y sus dedos se colasen entre mis pliegues para acariciarme con aquella maestría que solo él tenía, mientras sus labios se acercaban al lóbulo de mi oreja y susurraban con una voz dura como el cuero y dulce como la miel:

—Sí, voy a decirle a todos que estoy enamorado de ti, y que eres jodidamente mía.

Aquello me causó una sensación de bienestar y paz en el alma, a parte de ponerme jodidamente cachonda.

Aunque había algo más rondando en mi cabeza.

—Marcos.

—¿Uhm?

—Yo no quiero tener hijos, nunca.

—Sabes que yo tampoco.

—Quisiera tomar la pastilla anticonceptiva, para protegerme.

—Esas mierdas no son saludables, prefiero que usemos condón.

—¿Y si se rompe? ¿Y si está pinchado? He escuchado muchas cosas de ese estilo, yo quiero tomar la pastilla anticonceptiva, nada me da más terror que un embarazo.

Él se removió bajo mi cuerpo, aumentando el ritmo de sus caricias sobre mi sexo.

—Está bien, podrías ir con María al médico y que te receten unas, ahora relájate y disfruta.

Oh joder, gracias.

CAPÍTULO 56

MARCOS



¡Cómo había echado de menos el puto sol!

Violeta y yo no salimos de la habitación en toda la tarde, ni en toda la noche.

Solo salí veinte minutos para ver que María dejó a Narcisa durmiendo como un bebé en su nueva habitación, la mano que tenía esa mujer con los niños era de otro mundo. También aproveché para prepararle a Violeta una ensalada de pasta veraniega con salsa rosa, piña, aguacate y tomates *cherry.*

Después de cenar juntos viendo Bufy Cazavampiros —porque era su serie «refugio» y yo era lo suficiente inteligente como para saber que necesitaba refugiarse más que nunca— seguimos hablando sobre cosas que nos gustaban y cosas que no.

Ella era géminis y yo cáncer.

A ella le flipaban las tormentas y a mí los días de verano.

Ella era de montaña y yo de playa.

Éramos jodidamente distintos, pero al mismo tiempo la sentía como una parte de mí.

Como esa pieza que te falta y buscas desesperadamente.

Y ahora que por fin la había encajado en mi alma, no la dejaría soltarse jamás.

Salvatore saltó para darle a la pelota que vino directa hacia mí, se la devolví y estuvo a punto de fallar, me reí cuando rebotó contra la

red.

Nos encontrábamos jugando una partida de voleibol en los jardines traseros de la mansión.

Echaba de menos estar casi en pelotas, con un bañador surfero y descalzo, corriendo de un lado para otro sobre la hierba fresca.

Era como volver a ser un niño.

A Salvatore no le iba demasiado el voleibol, él era más de ajedrez y juegos mentales, pero jugaba por mí.

De hecho, puso la red en su jardín por mí.

¿Cómo no querer a este gilipollas?

—¿Y qué tal? — Dijo al fin, agachándose para apoyar sus manos sobre los muslos, mientras me miraba, respirando agitado por la boca, tenía el pelo sudado y pegado a la frente.

María se encontraba tumbada en la hamaca, tomándose un cóctel mientras fingía leer un libro, pues no dejaba de mover las cejas cada vez que su marido hacía cualquier movimiento que le tensaba los músculos.

Pervertida.

—¿Y qué tal el qué? — Repliqué, buscando mi camiseta para limpiarme el sudor de la cara.

—Joder, lo tuyo con Violeta, ¿va en serio o no?

Me dejé caer espatarrado en la hamaca que estaba al lado de María, Salvatore le pegó una patada haciendo que se doblase a un lado y yo rodase por el césped.

—Ese es mi sitio, imbécil.

—¡María! ¡Dile algo!

—Yo creo que, si le pegas en las costillas, le dolerá más, amor.

—¡María! — Gemí—. ¿En qué momento te volviste tan mala?

Nada.

Yo para ella no existía.

—*Fetuccini*, ¿desde cuando tienes esos músculos tan marcados?

—Desde siempre, mi vida.

—No, no, esos son nuevos.

—Qué va, siempre han estado ahí, ¿te gustan?

Salvatore empezó a hacer poses delante de ella y yo me arrastré hacia otra hamaca más alejada.

—Por favor, quiero tocar.

—Claro que sí.

—¡Basta! — Grazné—. ¿No podéis estar sin poneros las botas ni un puto minuto?

Él ya se encontraba sobre ella, con el tirante de la parte de arriba de su biquini entre los dientes.

—Por Dios, hay niños aquí.

—No hay nada de malo en que mis hijos sepan que sus padres se aman— se excusó mi mejor amigo, tirando del hilo mientras ella chillaba entre carcajadas y se tapaba los pechos con el libro que supuestamente estaba leyendo.

Hora de irme.

Por cosas como estas es que decidí ofrecerme voluntario para ir a Rusia.

Perderlos de vista, hostias.

Esa complicidad que tenían, esa forma de mirarse, el cómo le brillaban los ojos al uno y al otro cuando se veían…

Lo sentía tan lejano, tan imposible para mí.

Y ahora…

Joder.

Era lo que tenía con ella.

Ella hacía que quisiese luchar por mi vida y dejar hasta de fumar.

Quería vivir mil años para cuidarla y hacerla feliz.

Me tragaría Bufy Cazavampiros cada noche de mi vida con tal de volver a sentir esa paz en su respiración y esa calma en su cuerpo.

Cuando la tuve durmiendo en mi cama, con su cabello castaño lleno de hondas envolviendo mi brazo, me juré muchas cosas.

Y me sorprendió encontrarme jurándomelas.

Ya no quedaban dudas de que ella era el lugar que siempre anhelé.

El día que maté a Patrick, pensé que si el universo me llevó a entrar en la mafia debía ser por algún motivo, y me aferré a ello con uñas y dientes para no pensar que cometí el error de desgraciar mi vida y la de mi madre en vano.

Estaba escrito.

Me lo repetía a modo de mantra una y otra vez, intentando salvarme de perderme en el puto infierno.

Y por fin, lo tenía delante de mis ojos.

Midiendo menos de un metro sesenta, con una piel pálida como si llevase toda su vida dentro de un convento y una melena larga hasta la cintura.

Sus ojos almendrados se cruzaron con los míos. Sonreí al ver como el sol bañaba un minúsculo cuerpo con una cintura que podía rodear con tan solo uno de mis brazos.

Cuando mi mirada bajó de esa preciosa cara ovalada de rasgos aniñados a ese par de tetas enormes siendo sostenidas por un pequeñísimo biquini color salmón creí que me daría una insolación que me llevaría directo al hospital.

Me cago en la puta.

Carla y Petra charlaban animadamente con ella, mientras Alvarito la miraba con las mejillas sonrosadas y Mateo se reía entre dientes.

Estaban opinando de su cuerpo.

Y no me salía de los putos cojones.

Cogí la vara de trinchar carne que se encontraba sobre las brasas de la barbacoa, yendo directo a por ellos.

Luego me encargaría de ponerle cremita solar a Violeta, la pobre se me iba a achicharrar.

—¡Marcos! ¡Marcos! ¿Qué haces? ¡Eso está caliente! ¡Hijo de pu…! ¡HIJO DE PUTAAA!

Golpeé sin piedad en la espalda de Alvarito antes de que pudiese saltar a la piscina. El olor a carne asada llegó a mi olfato mientras con una sonrisa resplandeciente caminaba por el borde, sacudiendo el metal ardiendo hacia los demás.

—¡Que sea la última vez que os veo echándole el ojo a mi prometida!

Petra estalló en risas, al igual que Mateo, mientras Alvarito se bebía las lágrimas dentro de la piscina.

Sin embargo, hubo una expresión que me dejó algo inquieto.

Carla.

La conocía demasiado bien como para entender el significado de cada una de sus miradas.

Decepción.

¿Qué cojones?

Violeta vino hacia mí, la acerqué a mi regazo mientras la llevaba casi a rastras hacia donde estaban las cremas, la giré agarrándola del codo, le aparté el cabello a un lado y disparé con el difusor por toda su espalda y culo.

Este biquini era de Carla, debió prestárselo.

—¿Estás enfadado?

—Claro que no, ¿por qué iba a estarlo?

—Le has pegado a Alvarito. Con un hierro. Ardiendo.

—Anoche te dije que le diría a todo el mundo que te quiero, y esa es mi forma de decirlo.

Su pequeño cuerpo se contrajo como si acabase de recibir un disparo.

Tuve miedo de haber dicho algo indebido.

Se giró entre mis manos, su frente ya estaba algo rojiza a causa de los rayos del sol.

—¿Me quieres?

Qué pestañas.

Qué ojos.

Qué labios.

Qué mujer.

—Como si estuviese dispuesto a matar por ti.

—¿Solo cómo si lo estuvieses?

Sus brazos se engancharon de mi cintura, pegando de nuevo su mejilla a mis pectorales.

—Mataría por ti, *cara*, y moriría también.

—Te quiero, Marcos.

Mierda.

Joder.

Que me quiere ha dicho.

—Vaya, veo que me he perdido muchas cosas— mi ex mujer hizo la interrupción del que tal vez iba a ser uno de los momentos más importantes de mi vida—. ¿Podemos hablar a solas un momento, Marcos?

CAPÍTULO 57

MARCOS



Cruzado de brazos, miraba a Carla con una ceja alzada, ella mejor que nadie sabía lo que odiaba que me cuestionasen y pidiesen explicaciones.

La verdad era que este comportamiento en las mujeres siempre me hacía salir corriendo, algo que con Violeta no sucedió en absoluto.

Recordé como arrastré mi culo hasta ella para intentar que me perdonase cada vez que se enfadaba conmigo en el castillo.

El biquini blanco perla de Carla goteaba sobre su piel morena, era tan pequeño que parecía ir totalmente en bolas, aunque para mí, ver a Carla era como ver a Salvatore, Mateo o Andrei.

—¿Me vas a decir de una vez por qué estamos encerrados en tu habitación?

Ella iba de un lado para otro, sobre las sandalias de la piscina, con el ceño fruncido y los brazos también cruzados.

—¿No es obvio, Marcos? ¿Qué significa eso de prometida? ¿En qué narices estás pensando?

—La quiero— fue todo lo que dije.

La quiero.

La hostia, me ponía hasta nervioso darme cuenta de ello.

Sus ojos se abrieron como platos, mientras quedaba estática frente a mí, con los puños apretados.

—Marcos, es una locura.

—¿Por?

Obvio que sabía que era una locura, pero no me importaba lo más mínimo.

—¿Cómo que *«por»*? ¿Le vas a quitar la mujer a Egor Maslov? Ese ruso hijo de puta nos aplastará a todos. Como ratas, joder.

—Carla—. Traté de hacerla entrar en razón—. Para empezar, lo tengo controlado, ¿vale? Nadie se va a arriesgar a nada, solamente los que quieran ayudarme.

—Ah, ¿y te parece bien? Porque me juego el cuello a que Salvatore será el primero en acudir a tu ayuda.

—Sí, lo hará.

—¿Y te parece normal que tu mejor amigo arriesgue a su familia y su vida por un puto coño ruso?

La mandíbula se me tensó y apreté los nudillos, aguantando las ganas de ir hacia ella y cruzarle la cara.

—Para empezar, se llama Violeta. Y, para terminar, no he obligado a Salvatore a nada, él quiere ayudarme con esto, igual que yo le he ayudado a él tantas veces.

—Marcos, no es lo mismo.

Claro.

Claro que no.

—Por supuesto, no es lo mismo que el gilipollas al que nadie quiere y que no es un príncipe de la mafia se arriesgue a morir a que lo haga el gran Salvatore Carusso, ¿verdad? Porque nuestras vidas no tienen el mismo valor, eso quieres decir, ¿cierto?

Ella dejó caer sus brazos y hombros, chasqueando la lengua mientras caminaba hacia mí, sentándose a los pies de la cama a mi lado.

La habitación en la que ella dormía con Petra era la que antiguamente pertenecía a María.

—Marcos, perdóname, no quería decir eso.

—Lo has dicho, y supongo que es lo que siempre has pensado.

—Oye— su hombro chocó con el mío—. Lo digo porque Salvatore tiene dos hijos, y de él dependemos todos. Si Salvatore muere,

moriremos los demás, ¿de verdad crees que merece la pena arriesgar tanto por esa chica?

—Sí.

Sus ojos se oscurecieron y los míos lo hicieron aún más.

—Me estás diciendo que prefieres poner mi vida en peligro antes que renunciar a ella, eso dices, ¿no?

—Sí.

—Marcos…— su voz sonó como un rugido.

Como cuando desaparecía una semana y llegaba tan drogado y borracho que no podía decirle ni donde había estado.

—Carla, ¿recuerdas cuando una vez regresé de una fiesta y me desmayé en la entrada de casa?

Ella rodó los ojos.

—Joder, estuviste sobre esa alfombra casi un día entero.

Asentí.

—Yo nunca te hubiese dejado ahí, así que no te atrevas a reclamarme nada, ¿vale?

Quise levantarme para salir de esa puta habitación, Carla y yo ya no teníamos nada más que hablar.

—¡Oh, por favor! — Chilló, tirando de mi brazo para impedir que me largase—. No me vengas con esas, nunca te he importado, estabas todo el día con una y con otra.

—¡Porque eras lesbiana! ¡Y mi mejor amiga! — Le grité en la cara —. Joder, perdona por buscar fuera lo que no tenía en casa. Y perdona que perdiese los ahorros de toda una puta vida para impedir que te suicidaras. Y perdona que trabajase como un cabrón para que tuvieses una vida de lujos, follándote a Petra y siendo superfeliz, yendo de evento en evento mientras yo me sentía desgraciado por estar en un matrimonio falso y atado a una mujer a la que no quería.

Sus ojos se aguaron, las palabras casi no le salían de la boca.

Acababa de romperla en mil pedazos, era la primera vez que le decía directamente lo que pensaba, siempre maquillé mis palabras y fingí que no me importaba hacer ese sacrificio por ella.

Volvería a hacerlo por salvar su vida, pero eso no quitaba que hubiese sido jodidamente infeliz.

Dos lágrimas enormes salieron de sus ojos, bajándole por las mejillas hasta meterse en el interior de sus labios.

—Así que eso piensas de mí, tenías que haber dejado que me suicidase.

—No, nunca me arrepentiré de lo que hice, y lo volvería a hacer un millón de veces, pero entiende que aquí todo el mundo tiene su vida y yo tengo derecho a tener la mía. Quiero a Violeta, pelearé por ella hasta el final y nadie está obligado a ayudarme, pero quien quiera hacerlo, será bien recibido, eso es todo.

—Ella no te merece— masculló entre dientes.

¿Y tú sí?

— Bueno, eso solo lo decido yo, sinceramente no sé por qué le tienes tanta rabia de repente a esa chica. No te pegan los celos, Carla.

—¡No son celos, imbécil! Simplemente no quiero correr peligro.

—Pues vete con Petra a alguna isla desierta de vacaciones hasta que todo esto pase, y fin del problema.

—¡Tampoco quiero que corras peligro tú! Marcos… yo… yo…

Volví a cruzarme de brazos, notando que mi paciencia se iba por un precipicio.

—¿Tú qué?

Llevándose las manos al rostro, rompió a llorar como nunca en mi vida la vi hacerlo.

—No soy feliz, y te echo de menos.

¿Qué?

—¿Pero qué cojones dices?

—Lo que oyes, Marcos, echo de menos nuestra vida, nuestra casa, nuestra intimidad, odio estar aquí con tanta gente, odio tener que hacerme cargo de los negocios de Salvatore, odio que cada día pueda ser el último.

—Salvatore te convirtió en una líder, joder, deberías estar muy agradecida por ello, y estás aquí por tu propia seguridad, ¿crees que para ellos es cómodo tenernos a todos aquí viviendo?

—¡No quiero ser la líder de nada, hostias! — Gimió, empezando a ir de un rincón para otro.

No se estaba quieta.

—¿Y por qué lo aceptaste?

—Para ayudarle, pero me supera.

—Pues habla con él, estoy seguro de que alguien podrá sustituirte.

Ella rugió de exasperación.

No sabía ni lo que quería.

—Carla, te juro que no te entiendo, siempre quisiste casarte con una mujer y hacer tu vida.

—Petra me gusta mucho— murmuró—. Pero contigo era más feliz.

Mierda.

—Eso es muy injusto para ella, se está esforzando muchísimo por todos nosotros.

—Petra es el perro guardián de Salvatore, solo trabaja y cuida de esa familia, y yo ya no puedo irme por ahí como antes, nuestro sexo ya no es como antes, nada es como antes.

—Porque así es la puta vida, Carla, esa es la cruda realidad a la que todos nos enfrentamos.

Ahora sí que lo entendía todo.

Lo que viví de niño con mi madre y Patrick me dejó tan marcado que hice todo lo que estuvo en mi mano por tener a Carla como una reina, aunque no la quisiese, era mi mujer, y mi mujer debía ser feliz.

Nunca tuvo que preocuparse por nada, tenía todo lo que quería, gozaba de libertad absoluta para ir y venir.

Pero esa burbuja se rompió en el momento que firmamos el divorcio, y ahora, esa vida le correspondía a Violeta.

Y ella estaba celosa.

Jodidamente celosa.

—Deja de ser tan egoísta— escupí, fulminándola con la mirada una última vez antes de largarme de la habitación—. Y gánate las cosas por ti misma, ya es hora.

CAPÍTULO 58

VIOLETA



Volví a mirar mi reloj de pulsera, llevaban media hora encerrados en la habitación de Carla.

Decir que tenía un mal presentimiento era quedarme corta.

—Oye— María colocó una mano helada sobre mi hombro, debido a que acababa de salir de la piscina y estaba chorreando—. He pensado que podríamos ir de compras, y también a visitar a mi ginecóloga, me comentó Marcos lo de las pastillas, ¿no?

—¿Ahora?

Estar rodeada de tanta gente desconocida era abrumador, en otra ocasión me sentiría feliz y entusiasmada por poder tener algo de libertad para sociabilizar, no obstante, el recuerdo de haber matado a mi propio padre y engañado a Marcos martilleaba en mi consciencia sin descanso.

Tragué saliva, ocultando una expresión de agobio.

—Claro, tengo que avisar a Marcos…supongo, ¿no?

María sonrió con el encanto propio de una reina del baile de fin de curso.

—¡Salvatore le avisará! Venga, date una ducha y vístete, que nos vamos.

Entre empujoncitos, me fue conduciendo hacia su habitación, abriendo la puerta para meterme dentro y cerrar de golpe.

—Pero, ¿y Narcisa? ¿Nos la podemos llevar?

—Narcisa está jugando con Marcela y Gabriel, deja que disfrute. Además, no creo que le entusiasme ver ropa de mujeres adultas.

Me encogí de hombros.

—¿No estoy siendo descuidada con mi hermana?

María sacaba un montón de ropa de un rincón de su armario, colocándola sobre la cama.

Ella y yo teníamos cuerpos muy distintos.

María era más alta, llena de curvas, con muslos rellenos y caderas anchas.

Y guapa, increíblemente guapa.

El biquini verde reptil que llevaba puesto resaltaba sobre su piel morenita, su cabello era largo hasta la mitad de la espalda, con unas hondas que lucían suaves y brillantes.

Se movía con la seguridad de una super modelo, como si tuviese clarísimo que era la mujer más guapa y perfecta del mundo.

En el momento en el que se echó el cabello a un lado, estando de espaldas a mí, pude ver un montón de cicatrices del grosor de mis dedos recorrerle toda la columna.

Sentí dolor solo con verlas.

¿Se las había hecho su marido? Esperaba que no.

—He pensado volver a ponerme rubia— comentó, como si fuésemos amigas de toda la vida—. ¿Alguna vez te has teñido el pelo? — Me miró y negué con la cabeza. Trajo un vestido negro hacia mi cuerpo, colocándolo por encima para ver que tal me quedaba—. Sí, creo que te irá estupendo, al menos para llegar al centro comercial, ¿te gusta?

Era discreto y elegante, me parecía muy bonito.

—Sí, está bien.

—Este me lo compré hace meses por internet, ponía XL y me llegó una S, así que tuve que volver a pedirlo, se lo iba a regalar a Carla, pero no le gusta mucho el negro.

La habitación era jodidamente una locura.

Parecía propia de un castillo, pero de la época actual.

Olía al intenso perfume de Salvatore por todas partes, mezclado con uno frutal y dulce, que debía ser el de ella.

Pude ver su traje de chaqueta colgado en un pechero y un vestido también negro con diamantes incrustados, largo hasta los pies.

Wao…

—Ya no los usamos, hace tiempo que no hacemos galas— susurró a mi lado—. Las cosas han cambiado mucho.

—¿Para mejor? — Murmuré.

— Me gusta pensar que sí, que vamos mejorando, aunque aún hay un largo camino por recorrer.

—¿En qué sentido?

—Necesitamos que los líderes se consoliden, que se conviertan en familias poderosas.

No podía dejar de mirar el vuelo del vestido negro, era como un cielo oscuro repleto de estrellas.

—Seguro que lo conseguirán.

Ella chasqueó la lengua, cruzándose de brazos a mi lado, también tenía la mirada perdida en los diamantes.

—Es difícil, por ahora los que más posibilidades tienen son Marcos y Mateo.

—¿Por qué?

Al escuchar el nombre de Marcos, el vello de mi nuca se erizó de inmediato.

—Porque pueden casarse con familias que le otorguen hombres para luchar y poder. Sin embargo, Petra y Carla lo tienen más complicado.

—Tú también eres una líder, ¿cierto?

—No del todo, cuando Salvatore mató a mi padre, dejé en sus manos todo lo que pertenecía a los Osorio. Sus hombres ahora trabajan para Carla y Petra, aun así, no son suficientes, este mundo es machista, y muchos se negaron a servirles y prefirieron darse a la fuga.

—Menuda mierda, joder.

—Sí, así es.

Sonreí de forma tímida, tratando de darle ánimos, o de dármelos a mí misma, o las dos cosas a la vez.

Intenté seguir el hilo de la conversación:

—Seguro que Marcos y Mateo lo consiguen y podrán daros más apoyo.

—Ahora tenemos que centrarnos en Marcos, está a punto de dar un paso muy importante y nos necesita más que nunca— María cogió un vestido blanco con estampados florales, largo hasta los pies y con una apertura a un lado —. Él quiere casarse contigo, y vamos a ayudarle a que te salve de ese cabrón.

No supe ni como respirar después de escucharla decir aquello.

Que lo aprobasen y además estuviesen dispuestos a ayudarnos significaba muchísimo para mí.

Y también acrecentaba mi culpabilidad.

Tenía que decirle la verdad cuanto antes, maldita sea.

¿Pero qué iba a pasar entonces con mi hermana? Mi cabeza explotaría en cualquier momento.

—Violeta, ¿estás bien?

—Sí— respondí rápidamente—. Voy a ducharme, no tardo.

—Genial, te espero abajo, ¡vamos a comprar muchas cosas bonitas!

CAPÍTULO 59

MARCOS



—Lo ideal es que aterricemos en diferentes zonas de Rusia y nos vayamos desplazando en pequeños grupos hacia puntos estratégicos para el ataque.

Como Salvatore me hizo el favor de jugar a voleibol, yo le estaba haciendo el favor de jugar al ajedrez, a la vez que le explicaba mi estrategia de ataque con Mía entre los brazos llenándome la corbata de babas.

—Me parece lo más inteligente, ¿la boda será en el castillo?

—Es la idea—. Mía estornudó echando dos enormes estelas de mocos.

Se asustó de sí misma, empezando a llorar mientras quería ir con su padre.

—Mi *fetuccina*, se está resfriando, pobrecita — comenzó a acunarla, yendo a por unos pañuelos, yo me tuve que quitar la corbata e ir un segundo al lavabo para lavarme las manos.

Gabriel pasó a toda velocidad por el pasillo, persiguiendo a Narcisa.

Llevaba un… eso era…

—¡¿Dónde vas con ese caimán?!

Con las manos mojadas y las mangas de la camisa remangadas, salí corriendo del baño común que estaba frente al despacho de

Salvatore. Al oír mi grito, el propio Carusso vino en mi ayuda, con Mía a cuestas, oliendo a mierda recién hecha.

—¡Gabriel! ¡Ven ahora mismo! — El momento en el que Salvatore alzó la voz, un silencio sepulcral se hizo dueño de todo lo que nos rodeaba, su hijo quedó petrificado en mitad de la cocina, aun así, Narcisa parecía ser totalmente inmune.

La condenada niña le pegó una patada en la entrepierna a Gabi, robándole el caimán bebé, se lo echó a los brazos como si fuese un niño pequeño y se largó a toda prisa.

Pero…

—¡Narcisa! ¡Que esos bichos muerden! — Ahora era yo el que gritaba, mientras Salvatore ayudaba a su hijo a recomponerse de su primer enfrentamiento con una mujer.

—¡Gabriel me da más miedo que este pobre animalito! ¡Voy a ponerlo en libertad!

—¡No puedes soltar a un caimán por ahí!

—¡Corre bonito! ¡Báñate en esta piscina al solecito!

Narcisa lo lanzó al agua, Marcela empezó a gritar, Carla se aferró al bordillo para salir de ahí lo antes posible.

—¡Eres tontísima! — Vociferó Gabi, que venía cojeando, sujetando su entrepierna con las dos manos—. ¡Te voy a matar cuando te coja!

La puerta de hierro comenzó a abrirse, Salvatore y yo giramos el cuello de forma automática, algo inevitable cuando sentías que la mujer por la que estabas loco andaba cerca.

Ahora podía entender tantas cosas que antes no…

Petra dejó el coche a un lado junto a los otros, María bajó como una estrella de Hollywood, sacudiendo su melena ahora rubia platino.

—*¡Mamma mía!* — Mi colega ya era una polla dura con piernas yendo hacia ella, dejándome a Mía cagada hasta los sobacos para correr a por su mujer— Mi amor, mi vida, mi tesoro, mi reina, pero qué hermosa estás, ¿me quieres? Porque yo *ti amo, ti amo* infinito— mientras ella recuperaba a su hija de mis brazos, Salvatore la iba siguiendo como un perro baboso incapaz de pensar con el cerebro.

Busqué a Violeta una vez volví a ser libre de bebés mocosos, no encontrándola por ningún sitio. Arrugué el ceño al ver a una chica de

espaldas, mirando hacia la piscina. Tenía un culazo y una cintura que flipas, estaba tan buena que la polla se me puso contenta y me sentí culpable porque era la primera vez que me ponía cachondo desde que «me enamoré» de Violeta.

Narcisa hablaba con ella con normalidad, torcí el cuello sin entender una mierda.

Esa... esa era… ¿qué?

Parecía más alta por los taconazos de aguja, con una falda de tubo color negra abierta en la parte de atrás y una blusa blanca.

Ya no tenía ese pelo de *Virgen María*, todo cuadrado y largo hasta la cadera, ahora llevaba un corte degradado que daba forma a su melena a la altura del broche del sujetador, con mechas rojizas brillando sobre su castaño natural.

El contraste de sus ojazos, con ese color de pelo y su piel pálida era para infartarse y tirarse a la piscina aceptando morir ahogado.

—Ho-Hola— saludé, tropezándome con mis propios mocasines.

Imbécil.

—Hola, Marcos.

—¡Tío Marcos!

Narcisa se me abrazó a la cintura, mi mano fue hacia su cabello para regalarle un poco de afecto, mientras no dejaba de mirar fijamente a su hermana, preguntándome por dónde podría empezar a comérmela.

—Estás impresionante, *cara*.

—Tú también estás muy guapo.

—Yo estoy como siempre.

—Pues eso— Violeta dio un paso hacia mí, apoyándome las manos en el pecho. Narcisa salió disparada para volver a provocar a Gabriel, así que pude agarrarla de la cintura y pegarla completamente a mi torso, tal y como me gustaba tenerla—. Estás tan atractivo y arrebatador como la primera vez que te vi.

—Siento no poder decir lo mismo, nena, tú estás un millón de veces mejor.

Sus labios pintados de un tono claro, me sonrieron de forma cálida, cada vez la sentía menos fría.

—Que vivan las peluquerías.

—Que viva lo jodidamente buena que está mi mujer.

No pude resistirme, mis dedos se clavaron más en su pequeña cintura, sobre la blusa, empujándola todavía más hacia mí, mis labios tomaron los suyos, metiéndole la lengua hasta la garganta. Sí, delante de todo el puto mundo.

Y a ella tampoco pareció importarle, pues sus brazos rodearon mi cuerpo, aferrándose a mi espalda.

Podía sentir la mirada afilada de Carla, como si esto le doliese o como si alguna vez me hubiese querido.

Era jodidamente ridículo.

Pero no solo ella parecía disgustada, Marcela también pasó por nuestro lado, regalándome una mirada venenosa.

Bufé de la exasperación.

Estaba harto.

—¿Me disculpas un momento? — Supliqué.

Quería acabar con estos numeritos incómodos cuanto antes.

—Sí, he comprado material de dibujo, así que iré un rato a tu habitación a pintar algo, búscame allí cuando quieras.

Con una mirada de «todo está bien», de esas que Violeta solía poner cuando en realidad todo estaba mal, alzó la cabeza y se fue directa a nuestro cuarto.

Resoplé, siguiéndole los pasos hasta que tuve que desviarme hacia la cocina.

Allí, Marcela le quitaba el polvo a unas cortinas que sacó a saber de dónde.

—¿Tú también te vas a cabrear conmigo?

Dejó caer los hombros, suspirando.

—No estoy cabreada, tan solo me pone triste.

—¿Qué es lo que te pone triste exactamente?

—Que hayas olvidado a Ángela. Tan pronto.

Alcé los ojos hacia el cielo, pidiendo clemencia.

—¿Quién ha dicho que la haya olvidado, Marcela?

Ella me miró desafiante por encima del hombro.

—No se puede estar enamorado de otra persona si no has olvidado a la anterior, Marcos.

—¿Y quién ha dicho que yo estuviese enamorado de Ángela? Me parecía bonita y me causaba curiosidad, pero nunca me dejó conocerla. La recordaré como una buena amiga, no voy a vivir como si acabase de enviudar cuando no sucedió nada entre nosotros.

—El padre de esa chica con la que te andas besuqueando, es el asesino de Ángela. Solo por eso, deberías alejarte.

—Violeta no tiene nada que ver con Alexander, y no pienso hacerle cargar con la muerte de Ángela— mis labios se fruncieron mientras el músculo de la mandíbula me palpitaba de forma intermitente—. No me obligues a odiarte, te tengo en alta estima, Marcela.

Ella tan solo vertió un poco de zumo de naranja en un vaso, poniéndolo en la mesa junto a unas galletas recién horneadas.

—Son las que hacía Ángela, pensando en ti.

Retiré el plato hacia un lado, y también el zumo.

—Si pudiera devolverla a la vida, lo haría, joder, pero no puedo. Entiéndelo de una puta vez, tengo que seguir adelante, sobre todo cuando ella nunca quiso arriesgarse a conocerme, es ridículo todo esto.

Dando la conversación por finalizada, decidí volver a la habitación.

Estos meses en Rusia los pasé deseando volver a España, no obstante, cada vez echaba más de menos estar lejos.

Al abrir la puerta, la vi de espaldas.

Se había quitado la blusa y la falda, estaba en ropa interior, con los tacones aun puestos y esa melena echada a un lado del hombro.

El broche de su sujetador me gritaba que lo abriese y dejase esa preciosa espalda desnuda.

Cerré con cuidado, quitándome los mocasines y la camisa.

Deseaba sentir mi piel contra la suya.

En el momento que pegué mi pecho a su columna, y mi mano apretó su vientre para sostenerla contra mí, ella dejó su cabeza caer hacia atrás y mis labios comenzaron a besar su cuello.

—Vaya, veo que aún no te han convencido de que te alejes de mí.

Reí, subiendo hasta el lóbulo de su oreja.

—Tienen que matarme para eso.

Sonreí satisfecho al ver que mi pulsera y mi anillo seguían donde debían estar.

—Te estoy dando demasiados problemas.

—Sí, y me encantan, quiero seguir teniendo estos problemas— mis dientes atraparon un tirante de su sujetador, jugando con él, separándolo de la piel y soltándolo para dejarle una marca roja.

Alcé la vista hacia el lienzo, pues si seguía mirándola iba a terminar pasándome su virginidad por la polla, nunca mejor dicho.

Todavía no.

Aguanta, Marcos.

—¿Estás dibujando el castillo?

—Ajá.

—¿Lo echas de menos?

Negó.

—Pero tampoco siento que aquí sea mi sitio— sus ojos se encontraron con los míos—. Marcos, ¿a dónde debo ir? ¿Cuál es mi lugar?

Mis dedos se entrelazaron con sus cabellos, disfrutando del olor del champú y de la suavidad.

—Podemos viajar por el mundo entero hasta que encontremos un lugar para nosotros.

—Me gusta Rusia, pero no en ese castillo.

—¿Extrañas la nieve?

Asintió.

—Y a mamá.

Violeta estuvo muy sola, refugiándose demasiado en esas murallas y en las escasas cosas que le hacían feliz, como sentarse frente a la tumba de su madre para hablar con ella.

Era normal que las extrañase.

—Violeta, tenemos que hablar sobre algo— mis labios dieron un pequeño beso sobre su hombro—. Le prometí a Andrei que si nos ayudaba podría quedarse con el castillo, creí que lo odiabas, pero podemos negociar con él.

Ella negó, me costaba conseguir que se soltase a hablar con claridad, quería quitarle esa manía de tener que callárselo todo.

—Cariño, yo no soy tu padre, conmigo puedes ser tú misma.

Nos quedamos en un total silencio.

Finalmente, logró decir:

—Quiero vivir contigo en Rusia, en una casa bonita, que tengamos un baño en suite en nuestra habitación y que Narcisa no esté obligada a casarse con Gabriel, eso quiero, pero me asusta que no sea lo que quieras tú.

—Yo solo te quiero a ti, así que, si esos son tus deseos, los haré realidad.

Pensé que se pondría feliz después de prometerle aquello. Para nada, seguía viéndola cabizbaja e intranquila.

Como si algo la estuviese atormentando dentro de sí misma, algo que yo desconocía, y que, de una forma u otra, averiguaría.

Mientras tanto, solo me dediqué a mantener la barbilla apoyada en su hombro, acariciándole la espalda, viendo como dibujaba cientos de llamaradas de fuego tragándose el castillo.

CAPÍTULO 60

VIOLETA



Tras terminar de dibujar el castillo en llamas, Marcos me ofreció la idea de hacerlo realidad, cogiendo el lienzo para quemarlo con su mechero, ver como ardían las murallas me dio una sensación de paz.

Era como si supiese lo que necesitaba en cada momento.

Y también me divirtió verle intentar apagarlo después.

Luego me tumbé sobre su pecho, jugamos con nuestros dedos, hablamos sobre planes de futuro y seguí sintiéndome una maldita gilipollas por no ser capaz de decirle la verdad.

Y tendría que hacerlo, porque él iba totalmente en serio conmigo y era lo menos que merecía.

—¿Por qué te sentiste tan extraño?

—¿A qué te refieres?

—A cuando te besé. Aquí, en tu cama.

Cualquiera se hubiese dado cuenta de ello, no era ninguna experta en el sexo, pero fue como si se quedase congelado en el tiempo.

—Sentí cosas que nunca había sentido.

—¿Buenas o malas?

—Maravillosas.

Sus manos grandes y ásperas sujetaron mi cuerpo, moviéndome hacia el lado contrario para ir a la ventana a fumar.

—Voy a dejar esta mierda, el día que nos casemos.

—Ah, ¿sí? — Sonreí de lo más divertida, llevaba su camisa puesta, adoraba estar envuelta en su ropa y olor—. ¿Y eso se debe a…?

—A que te quiero, y quiero estar saludable para cuidarte siempre.

—Las mujeres podemos cuidarnos solas, señor Leone.

—Ya, pero los hombres no— dio una calada, echando el humo por la ventana—. Por eso nos empeñamos en cuidaros, porque sin vosotras, no somos nada.

Alguien golpeó la puerta, no para entrar, si no a modo de aviso. Íbamos a salir a cenar todos juntos, así que tocaba volver a vestirse.

Solo esperaba que no fuese una noche demasiado intensa, y también poder reunir el valor para decirle la verdad a Marcos.

Tenía que confesarle lo que sucedió con Egor esta misma noche, sí o sí.

Esperar era demasiado egoísta para los dos.



—¿A dónde piensas que vas, *cara*?

En cuanto mi mano fue a tirar del pomo de la puerta del auto, el rugido de una moto se acercó por mi derecha, Marcos llevaba un casco negro puesto, sujetando otro en su regazo.

Los ojos me chisporrotearon de ilusión.

—¡¿Esta es tu moto?!

—Sí, esta es mi niña. Bueno, mi segunda niña, la primera ahora eres tú.

Inclinó la cabeza, haciéndome un gesto para subir.

Dios, iba a chillar de la puta emoción.

Antes de que intentase subirme detrás de él, sus manazas me colocaron el casco, dándome un toque en la barbilla para que la alzara y así abrochármelo bien.

Tuve que remangarme la falda un poco, acostumbrada a lidiar con esos incómodos vestidos esto era un paraíso.

Marcos aceleró, alcanzando en pocos minutos la velocidad del coche de Salvatore.

Detrás de nosotros iban Carla y Petra.

Mis brazos se aferraron a su cuerpo, disfrutando del aroma de su chaqueta de cuero, la misma que llevaba el día que nos conocimos.

Maldita sea.

Aquel hombre tan extraño ahora era mío.

Amé la facilidad con la que se desenvolvía sobre la carretera, era como volar.

De vez en cuando hacía algunos *zigzags*, tomó un desvío diferente para ir justo por el lado del paseo marítimo.

Las olas chocaban contra las afiladas rocas, era la primera vez que veía el mar desde tan cerca.

El mundo era tan grande, había tanto por conocer tras esas murallas.

Deseaba esta misma vida y esta misma libertad para mi hermana.

Que conociese a la persona indicada y se enamorase sin preocuparse por tener que morir o ser violada.

Maldita sea, ¿me escucharía Salvatore? ¿Aceptaría mi petición de anular el pacto del matrimonio entre ella y Gabriel? Esperaba que sí.

Tal vez, después de la cena pudiese hablar con él.

Ahora solo deseaba seguir disfrutando el momento de tener a Marcos.

Ojalá pudiese quedarme para siempre en esta moto, abrazada a su cintura, disfrutando de las vistas de su espalda y de la playa.

—¡Es bonita Marbella! ¡No está tan mal! — Grité para que pudiese escucharme a pesar del sonido del motor.

—¡Te lo dije! ¿Sigues queriendo vivir en Rusia?

—¡Sí!

En realidad, no me importaba demasiado, lo que más quería era estar cerca de él.

—Bueno, ¡vendremos de vacaciones!

—¡Genial!

Me abracé aún más fuerte, queriendo susurrarle al oído un: *estoy rota, pero te quiero con cada pedacito de mi ser.*

CAPÍTULO 61

MARCOS



Por fin podía respirar tranquilo, estuve acuchillando con la mirada a Carla durante toda la cena. Si alguien se atrevía a hacerle un comentario negativo a Violeta, iban a rodar cabezas.

Finalmente, llegó el momento en el que pude levantarme para ir a la barra a beber con Salvatore y Mateo, nos pedimos unos chupitos y tras brindar notamos la quemazón en la garganta.

—¿Sabes ya por qué se cargó a su padre? — Salvatore volvió a pedir otra ronda.

Nos encendimos un puro.

Cuando me casase iba a dejar de fumar y de paso convencería a este cabrón para que también lo dejase.

—No, y me está volviendo loco no saberlo— no podía evitar fruncir el ceño al ver la sonrisa falsa de Carla mientras hablaba con ella. La conocía demasiado bien como para no saber lo que significaba todo esto—. No entiendo por qué cojones le ha cogido esa rabia a Violeta.

—Estas cosas son complicadas, los celos son malos, pero joder, es Carla, no tienes de qué preocuparte.

Mmm…

No estaba tan seguro.

—Por cierto, Violeta quiere anular lo del matrimonio entre Narcisa y Gabriel. Era cosa de su padre, y ahora que está muerto pues, ya sabes.

Salvatore asintió, tomando otro chupito, Mateo le imitó.

—Acepté para ganar tiempo, mi hijo no se casará por obligación, y espero que Narcisa tampoco tenga que hacerlo.

—No lo hará, la cuidaré como si fuese hija mía, no se verá obligada a nada que no quiera hacer— bebí hasta el fondo del vaso.

—¿Marcos dispuesto a cuidar de un niño? Esto sí que es nuevo.

Mateo comenzó a cachondearse y no le hice ni puto caso, porque no podía hacer otra cosa que mirarla a ella.

No solo estaba dispuesto a cuidarlas, daría mi vida por protegerlas.

Violeta se levantó de su asiento, su mirada se encontró con la mía, señalándome que iba al baño.

Sonreí y le guiñé un ojo, dándole a entender que estaba a salvo y era libre de hacer lo que le apeteciese.

En cuanto cruzó la mesa y fue hacia el pasillo, un hombre trajeado y bastante pasado de alcohol se cruzó en su camino, ofreciéndole ir a bailar.

Entonces, sucedió algo que no esperaba.

Un ataque de ansiedad.

Ya estaba yendo hacia ella para partirle la cara a ese cabrón, aun así, no esperaba que reaccionase de esa manera.

Sus gritos detuvieron la música, hiperventilaba como si acabasen de secuestrarla y fuesen a hacer atrocidades con ella.

Estaba invadida por el pánico y el miedo.

En cuanto entré en contacto con ella, sus uñas se clavaron en mi pecho por encima de la camisa, mi brazo rodeó su cintura mientras apoyaba los labios en su nuca.

—Nena, tranquila, estoy aquí.

—Mátalo, por favor, mátalo, haz que desaparezca, mátalo…—Sus ojos lucían inundados en lágrimas, las palabras casi no le salían a causa de los sollozos.

Se le estaba cortando la respiración, como aquella vez.

—Lo siento mucho, yo solo quería…— El hombre se acercó con intención de disculparse al ver que venía conmigo.

—No te preocupes, todo bien— respondí, sacando la pistola y pegándole un tiro en la frente.

Salvatore dio varios chasquidos de dedos en el aire para que siguiesen con la música y se llevasen el cuerpo de ahí.

—Estás a salvo, *cara*, tranquila— la forma en la que seguía clavándome las uñas, ahogándose con su propio llanto, no solo me partía el corazón, si no que, a la vez, me hacía pensar que la muerte de su padre tenía algo muy turbio escondido detrás.

La mandíbula se me tensó sin poder evitarlo, tomándola por los codos para alejarla un poco de mí y poder mirarla a los ojos.

Este no era el momento adecuado para agobiarla, pero teníamos una conversación pendiente.

Una muy seria.

—¿Qué le pasa? ¿Es por el bebé? — Carla tocó mi hombro, comprobando el estado de Violeta, esta empalideció aún más cuando las miradas de ambas se encontraron.

—¿Qué bebé? ¿De qué coño hablas?

—Del bebé que Violeta espera de Egor, ¿no lo sabías? Siendo su guardaespaldas, deberías estar al tanto.

Mis manos dejaron de tocarla, mientras sentía el dolor más agudo que he sentido jamás.

Ella seguía inundada en lágrimas, negando y sollozando, tratando de volver a recuperar el contacto físico conmigo.

La esquivé.

Una y otra vez.

—Dime que no es verdad. No me toques hasta que me digas que no es verdad.

La expresión de felicidad plasmada en la cara de Carla, mostrando plena satisfacción, me hacía sentir jodidamente enfadado y cabreado. Que algo así le produjese alegría solo significaba que era una egoísta de mierda.

—No… no estoy em…embarazada— finalmente, logró hablar, haciendo que algo de esperanza apareciese en mi interior—. Pero… yo… Marcos, la pastilla del día después…— negó y de nuevo, estuve metido en la mierda—. Era para mí, lo siento.

CAPÍTULO 62

VIOLETA



Se sentía demasiado doloroso.

Veía la decepción en su mirada, su mandíbula con los músculos en tensión y aquellos ojos depredadores deseando hacerme pedazos.

Sin rastro de la calidez, ni del amor, ni de la ternura que él siempre tenía para mí.

Ahora solo podía observar desprecio.

Y era lo que merecía.

No le culpaba.

Fue demasiado bueno conmigo y jugué con sus sentimientos, le mentí en la puta cara y abusé de su confianza.

—Marcos…— Repetí su nombre casi sin fuerzas, en un intento de hacerle entrar en razón, a la vez que me preguntaba: *«¿y cuál maldita razón?»*. Tenía todo el derecho a odiarme.

Por la tensión en la que entró todo su cuerpo, por cómo se le marcaban las venas y por la rabia que estaba conteniendo en su interior, a punto de explotar, creía que me destrozaría de un puñetazo o me pegaría un balazo entre ceja y ceja. Y no haría nada por impedírselo, pues estaba tan rota que ansiaba morir y descansar de una vez por todas.

De hecho, lo único que me mantenía en pie, era mi hermana.

Y estos últimos meses, la esperanza que significaba él.

Una esperanza que se alejaba como un sol escondiéndose tras las montañas, devolviéndome al frío y a la nieve.

Al lugar al que pertenezco.

Cuando dio un paso hacia mí, y le vi tan grande, tan enorme, tan lejos de mi alcance, tan solo agaché la mirada hacia sus puños cerrados, mientras trataba de contener las lágrimas.

No me pegó.

Ni siquiera me tocó.

Tan solo pasó por mi lado, mirándome con un desprecio que me hizo trizas, largándose de allí.

—Va a ocurrir una tragedia— anunció Carla, saboreándose los labios. Salvatore también pasó por mi lado para ir tras él.

Abrazada a mí misma, rompí a llorar.

Odiaba ser débil y mostrar mis heridas delante de todo el mundo, sobre todo de personas desconocidas, pero es que ya no podía más.

—¿Por qué lo has hecho? — Le recriminé a esa maldita mujer que acababa de destruir mi vida.

Iba a decírselo, iba a contarle la verdad, pero necesitaba hacerlo con tacto y exponiéndole todos los hechos tal y como sucedieron.

Quizá el resultado fuese el mismo, pero al menos lo sabría por mí.

—¡Marcos, joder! ¡Quieto! ¡Tranquilízate! *¡Fratelo!* ¡Mírame a los putos ojos! ¡Marcos!

María gritó llevándose las manos a la boca en el momento que este debió golpear a Salvatore.

Yo seguía de espaldas, pero todo el mundo se puso en pie, observando como un líder acababa de golpear en la cara al Padre de la mafia.

—¡No pasa nada! ¡Descárgalo conmigo si es lo que necesitas! Estoy aquí… joder…

Cerré los ojos, notando como los ríos de lágrimas bajaban más y más, quería salir corriendo y las piernas no me funcionaban.

Marcos estaba destrozado, descargándolo todo con su mejor amigo por no hacerlo conmigo.

—Mira lo que has hecho— Carla se atrevió a acariciar uno de mis mechones, dejándolo caer sobre mi hombro—. No eres suficiente buena para él, al igual que tampoco lo era la otra, por eso le dije a Egor que se la cargase. Marcos es mi mejor amigo, y ninguna mujer

va a tener la vida que me pertenece, ¿lo tienes claro, cariño? Apártate de su camino si no quieres que lo haga yo.

Quería agarrarla de los pelos y arrastrarla por el suelo, escupirle y arañarle la cara, incluso hacerle lo mismo que le hice a mi padre.

Sin embargo, me sentía tan cansada y las heridas interiores sangraban tanto, que tan solo pude musitar un:

—¿También estás enamorada de él?

Carla solo soltó una carcajada grotesca, uniéndose a la pelea entre Marcos y Salvatore, para ofrecerle consuelo. Petra ya se encontraba allí tratando de separarles, me atreví a mirar por encima del hombro, viendo a Salvatore con el rostro empapado en sangre y Marcos queriendo subir a su moto para seguramente hacer cualquier locura.

Como este se lo impedía, Marcos volvía a pegarle para que le dejase en paz.

—¡Para, Marcos! ¡Te lo suplico! ¡Lo vas a matar! —María le rogaba tirándole del brazo, intentando quitárselo de encima a Salvatore, que se encontraba entre él y la moto.

—María, llévatela de aquí, tenerla cerca solo lo empeora— Salvatore escupió un chorro de sangre a un lado y María fijó sus ojos en mí, tragué saliva negando, y como si mis piernas de repente volviesen a recuperar la sensibilidad, empecé a correr, sin saber a dónde ir.

CAPÍTULO 63

VIOLETA



Corría a una velocidad que creía nunca haber alcanzado, incluso perdí los tacones por el camino.

Me dolían los pies, tenía algunos guijarros clavados en las plantas de estos.

Finalmente, la falta de oxígeno me obligó a detenerme frente al oleaje del mar.

Las olas rompían en las rocas afiladas con violencia, y pensé que ellas podrían darme el castigo que merecía por lo que hice.

Dando una enorme bocanada de aire, pensé en mi hermana, y aun sintiendo que le estaba fallando a la única persona que me quería desde que tenía uso de razón, tan solo pedí perdón y seguí adelante, porque ya no podía más, y todos llegábamos a un punto en el que era demasiado.

¿Sabéis ese sentimiento de querer morir y tener miedo a la muerte? Bien, eso solamente es un indicio de que las cosas empiezan a superarte.

Cuando te superan de verdad, el miedo se va.

Y solo ansías desaparecer.

Lo necesitas.

—¡Violeta! — La voz de María resonó entre las olas. Asustada, la busqué detrás de mí, pensando que ya se habría rendido—. ¡No lo hagas! ¡Vuelve ahora mismo!

—¡No quiero! — Grité a pleno pulmón, con la voz rota y las lágrimas aun bajándome a borbotones—. ¡Tengo derecho a elegir mi muerte! ¡Es lo único que puedo decidir por mí misma!

Ella se detuvo, llevaba los zapatos en una de sus manos, estos resbalaron de entre sus dedos. Yo estaba al borde de las rocas, solo tenía que saltar y el mar me tragaría, ni siquiera sabía nadar en condiciones.

—Yo también dije eso una vez.

¿Estaba llorando conmigo?

—Violeta— dio un paso más hacia mí.

Las rocas eran frías y resbaladizas, me costaba mantener el equilibrio. El corazón me latía frenético, no sabía si por miedo o por las ansias de poner fin a todo.

—María, es lo mejor que puedo hacer, por favor.

—Crees que es así, yo también lo creía; pero te equivocas.

—¿Ah sí? ¿Y qué debo hacer entonces? ¿Volver a Rusia y casarme con el hijo de puta que me violó? Porque esa es la única alternativa que me queda.

—Tú te vas a casar con Marcos— repitió tan convencida que me hizo dudar.

Finalmente, reí de amargura.

—Marcos me odia.

—¿Y qué? El odio supera al amor, y puede ser que te odie en estos momentos, pero también te quiere. Lo he visto, joder… Marcos, nuestro Marcos, él nunca ha mirado a ninguna chica como te mira a ti, eres lo que más le importa en este mundo, y no te dejará tirada; te lo aseguro.

—María, no va a querer saber nada de mí después de esto, le he mentido de una forma muy cruel.

—Todos mentimos en este mundo, y matamos, y hacemos cosas horribles— ella dio un paso más hacia mí, luchando por no escoñarse entre las rocas.

Que se estuviese arriesgando a hacerse daño por mí cuando ni siquiera me conocía hacía que me sintiese aún peor.

—María, no te arriesgues; vuelve con Salvatore, le están haciendo daño por mi culpa.

—Mi *fetuccini* es duro de roer, estará bien— su voz sonó conmocionada—. Violeta, solo volveré si es contigo; si te quedas ahí, tarde o temprano nos resbalaremos y nos iremos a tomar por culo, ¿vas a cargar con mi muerte en tu consciencia? Te recuerdo que tengo dos hijos que criar y tú una hermana pequeña.

Seguía avanzando hacia mí, y yo no quería que lo hiciese, lo último que deseaba era ponerla en peligro.

—María, deja de hacer la idiota, esto es cosa mía.

—Dejaré de hacer la idiota cuando dejes de hacerlo tú.

—¿Pero por qué coño te tomas tantas molestias conmigo?

—¡Porque eres una mujer! ¡Y para mí todas las mujeres son importantes! Yo… yo estoy en deuda con vosotras.

¿Qué cojones?

—Deja de decir gilipolleces y vuelve, ve con Salvatore.

—Solo si vienes conmigo — repitió.

Había que joderse, era cabezona a más no poder.

—No tengo fuerzas para seguir adelante, ¿es que no lo entiendes? No pienso volver a Rusia con ese hombre, no pienso dejar que vuelva a violarme, se acabó, prefiero acabar con mi vida.

—Nadie va a violarte y no tendrás que volver a Rusia si no quieres — seguía tratando de convencerme—. Escúchame, sé que ahora lo ves todo horrible, pero date un tiempo, ¿eh? Piensa en tu hermana, puedes dejarla conmigo unos días, ir a un hotel y desconectar, aclarar tus ideas…Salvatore tiene contactos; puede darte documentación falsa para que empieces una vida de cero si es lo que quieres, tampoco tienes que estar con Marcos obligada, puedes seguir tu camino sola.

Reí con cinismo.

—Te aseguro que lo que siento por Marcos no es ninguna obligación.

—Lo sé, sé que te importa, pero ahora necesitáis daros un tiempo y hablar cuando estéis más tranquilos; así que ven aquí, dame la mano, y vayamos a un hotel. Yo cuidaré a Narcisa hasta que estés bien, no importa cuánto tiempo sea.

—No tienes que cargar con mi hermana.

—Ni tú tampoco, Violeta, ¿cuánto tiempo llevas haciéndote cargo de tantas cosas? ¿Eh? Lo veo en ti, veo que llevas una mochila enorme en tu espalda y sé lo cansada que estás y las ganas que tienes de soltarlo todo, así que hazlo, tira al mar lo que tanto te pesa y date la oportunidad de pasar tiempo contigo misma y sanar tus heridas; también puedo recomendarte mi psicólogo, te ayudará, en serio.

Pasar tiempo conmigo misma.

Tomar una pausa.

Ir al psicólogo.

Volví a mirar hacia las olas, sin saber qué era lo correcto.

—Siempre tendrás la oportunidad de matarte, Violeta; pero si lo haces, nunca podrás volver atrás, deberías intentarlo todo antes de rendirte.

Unos brazos delgados y fuertes me cargaron como si no pesase nada, echándome sobre su hombro.

Llevaba una metralleta en la espalda, y pisaba con seguridad sobre las piedras con unas botas militares.

—La tengo.

—¡Bien hecho, Petra!

Petra.

La mujer de Carla.

Era la segunda persona a la que menos quería tener cerca en estos momentos.

—¡Suéltame, joder!

—Quieta, pequeña fiera.

No pude conseguir zafarme de ella, cada uno de mis forcejeos terminaban con una llave que hacía para inmovilizarme, consiguiendo subirme al coche y ponerme el cinturón de seguridad.

María se sentó junto a mí en la parte trasera y Petra empezó a conducir.

La mano de la Madre de la mafia se posó sobre la mía, pude ver su anillo de bodas reluciendo junto al anillo de Marcos en mi dedo.

—No te arrepentirás; ahora iremos a casa, recogerás tus cosas y te dejaremos en un lugar seguro. Tómate el tiempo que consideres necesario mientras se calma la situación y decides qué quieres hacer

realmente con tu vida; esto no se trata de Egor, ni de Marcos, se trata de ti, piensa en ti, por una vez.

CAPÍTULO 64

MARCOS



Tenía los ojos abiertos, pero todo mi cuerpo estaba muerto.

Mateo me inyectó una droga para dejarme así.

Sedado.

Con la cabeza apoyada en el cristal, solo podía preguntarme en qué fallé.

Traté de ser la mejor versión de mí mismo para ella, le di motivos para confiar en mí y, aun así, se entregó a ese hijo de puta, mandándome a comprar mierdas para distraerme.

Podía comprender que fuese culpa de su padre, que la chantajeasen o que no tuviese nada que ver, pero… ¿mentirme así? ¿Pedirme una pastilla del día después para una sirvienta con esa frialdad?

¿Cómo sabía ahora cuánto de nosotros era cierto o no?

Solo tenía algo claro: *Egor era hombre muerto.*

Y en cuanto mi cuerpo recuperase la movilidad iría cagando hostias a Rusia, porque de ninguna forma iba a permitir que ese hijo de puta siguiese teniendo la polla pegada al cuerpo.

—La violó, *fratelo*, métetelo en la cabeza, fue violada, no lo hizo por gusto.

Salvatore repetía eso a modo de mantra, como si fuese a tranquilizarme.

—No sé qué me cabrea más, sí que ella lo haya disfrutado o que él haya abusado de ella.

Porque las dos cosas me dolían una barbaridad.

Y llegaba incluso a desear que ella lo hubiese deseado para quitarme la tormenta que se formaba en mi mente al imaginarla pasando por una violación mientras yo no estaba ahí para protegerla.

Prefería que no me quisiera, que le eligiese a él, que Egor ganase la puta guerra antes de que Violeta tuviese que cargar con una violación en su mente y en su cuerpo por el resto de su vida.

—Estas cosas son complicadas, amigo mío— la mano de Salvatore soltó el volante para posarse en mi hombro, tenía el labio y una ceja partidos además de sangre por toda la camisa.

No le pediría perdón.

No me arrepentía.

Yo solo quería subir a la moto e ir a por ese cabrón.

¿Quién se creía él para impedirlo?

—Te hubiese matado, Marcos— comentó, adivinando mis pensamientos—. Y no pienso dejar que vayas a morir solo, iré contigo, ¿me escuchas? Pero iremos bien, preparados para enfrentar esta mierda y reventarle la puta cabeza.

Los párpados me pesaban tanto que casi no podía mantenerlos abiertos.

La imagen de ella en mitad del restaurante; llorando, ahogándose, pidiéndome que matase a ese hombre que solo la invitó a bailar.

La violó, ¿verdad?

Y yo en el centro comercial.

Bebiendo café y mirando anillos.

Quería volver a romper algo, destrozar todo lo que me rodeaba, pero las terminaciones nerviosas no obedecían a mi cerebro.

Así que tan solo pude gritar y darme cabezazos contra el cristal de la ventanilla.

—¡Para, Marcos! ¡Para! ¡No te hagas daño!

—¡No lo soporto, joder!

—¡Pues tienes que hacerlo, hostias!

—¡¿Por qué?!

—¡Por ella! ¡Porque te necesita más que nunca! — Su puño agarró las solapas de mi chaqueta de cuero, tirando de mí para obligarme a mirarle a la cara—. Es en estos momentos en los que se demuestra que se es un buen marido, es en estos momentos, cuando hay que demostrar que las merecemos, y que somos mejores que esas bestias, y que por eso son nuestras mujeres, ¿lo entiendes, joder? Demuéstrale porqué tiene que ser tu mujer y no la de Egor, ¡demuéstraselo, joder!

Todo sonaba muy bonito.

Muy convincente.

Salvatore era un hombre con un don para llevarse a la gente a dónde quería por medio de palabras.

Como un encantador de serpientes.

Pero conmigo no funcionaba.

Estaba jodidamente dolido.

Y mi confianza en ella no podía ser más nula.

Me falló, y lo que más me dolía: *me obligó a fallarle.*

Porque yo podría haberlo evitado, algo habría hecho.

O al menos, contármelo, decirme la puñetera verdad.

—Lo harás bien—Salvatore me soltó, dejándome tirado sobre la ventanilla de nuevo—. Sé que recapacitarás, y que lo harás bien; no me decepciones, esa chica te necesita, y tú vas a estar para ella.

CAPÍTULO 65

VIOLETA



La espuma hacía cosquillas alrededor de mi adolorida piel.

Tenía el cabello empapado y una botella de vino pendiendo de una de mis manos.

Sin abrir.

Quería emborracharme, pero al mismo tiempo deseaba seguir sobria para sentir el dolor.

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte.

Y yo no podía dejar de preguntarme, en qué me convertiría después de esto.

El alcohol nublaría mis sentidos, impidiéndome sentir cada uno de los desgarros de mi transformación.

¿Quién sería Violeta Ivanov después de ser violada por su prometido, traicionada por su padre, y haberse quitado el anillo y la pulsera del único hombre al que quiso?

Cuando entré en esta habitación, los recuerdos de las vivencias me golpearon como balas.

Y me volví loca.

Sentí a Egor en cada parte de mi cuerpo. Grité y deseé arrancarme la piel. Luego vino la ansiedad, y los ataques de pánico.

No sé exactamente cuanto tiempo estuve en el suelo, agazapada sobre la alfombra, sin poder moverme, pensando que esta vez de verdad iba a morir. Y una parte de mí, deseó que así fuera.

Pero las pulsaciones del corazón volvieron a la normalidad y, el oxígeno fue regresando paulatinamente.

Hasta que tuve fuerzas para ponerme de pie e ir a la bañera, no sin antes coger el estropajo de la pequeña cocina que tenía la habitación.

Elegí el de metal.

Lo pasé por cada parte de mi cuerpo, frotando con tanta fuerza que sentía que de verdad podría hacerlo. Borrar a Egor de mi vida.

Chillé como una condenada. Me arañé e intenté ahogarme dentro de la puta bañera.

No pude.

No fui capaz.

Cuando el agotamiento superó a toda la rabia y la impotencia que llevaba dentro, dejé el estropajo caer a un lado de la bañera, cogiendo el vino y quedándome ahí, perdida en la nada. Observando el vapor subir hasta el techo.

Y de nuevo, volví a pensar en él.

Escribirle aquella carta me dolió tanto como recibir mil puñaladas; una parte de mí, decía que ni siquiera la leería. No importaba, necesitaba empezar a ser yo misma y despedirme de Marcos formaba parte de ello.

Dejé mis brazos apoyarse en un lateral de la bañera, recostando la mejilla sobre ellos.

Le iba a echar tanto de menos.

¿Cómo coño viviría sin esos ojos verdes? ¿Sin esa piel morena y sin ese olor amaderado con notas de cuero?

Sin sus bromas.

Sin nuestras discusiones.

Sin sus cuidados.

Sin él.

Marcos trajo luz y calor a mi vida, y ahora estaba sumergida en oscuridad.

Tendría que aceptarlo y seguir adelante.

Por Narcisa.

Y por mí.

Era lo mínimo que merecía después de pelear tanto.

Decidida a dormir dentro de esta bañera de agua cálida, cogí el teléfono, abriendo la galería.

Tenía un montón de fotos de él.

Dormido, vigilándome, fumando, haciendo guardia, conduciendo…

Me sentía agradecida con el universo por haberle conocido; porque a veces no podemos quedarnos con algo para siempre, pero el simple hecho de haberlo tenido un tiempo ya es suficiente motivo para celebrarlo.

Y yo había conocido al mejor hombre del mundo.

Y le besé.

Y le abracé.

Y bailé con él.

Con una sonrisa idiota, pronuncié aquella palabra que siempre significaría todo lo que Marcos simbolizaba en mi vida.

—Maktub.

Sabía que esta historia estaba escrita, ¿por quién? A saber, quizá por el universo, o por Dios.

No obstante, le daba un millón de gracias por cruzar nuestros caminos, y le rezaba porque me diese fuerzas suficientes para poder caminar lejos de él.

Ya que echar de menos aquello que te devolvió la vida, era también una forma de morir.

Y yo quería seguir viviendo.

María tenía razón.

Tenía que ser fuerte. Y pelear. No por nada ni por nadie. Por mí.

Debía darme el respeto que nunca los demás me dieron.

Y el amor.

Y el cuidado.

Y el cariño.

Las yemas de los dedos comenzaron a picarme, no entendía como la inspiración podía acudir a mí en un momento como este.

¿Era quizá una nueva técnica de supervivencia de la mujer en la que me estaba convirtiendo?

Decidí permitirme conocer a esa mujer, así que salí de la bañera, primero con un pie descalzo y luego con el otro.

Me vestí con un albornoz del color de mi nombre, y el color favorito de mamá.

Sentí que ella de alguna forma estaba conmigo, dándome las gracias por no haberme tirado al mar.

Abrazándome a mí misma, fui dando pequeños pasos hacia la cama, sacando el lienzo que traje junto a mis cosas.

Puse una canción en el móvil: *Wildflower de Billie Eilish*.

Cogí un lápiz de carbón y empecé a dibujar unas cejas gruesas y a la vez definidas, acompañadas de unos ojos rasgados y expresivos, en ellos se podían leer todo tipo de emociones, desde la ira y la rabia hasta la alegría más profunda.

Cuando sentí la necesidad de tomar un respiro, saqué mi caja de chuches ácidas, metiéndome una en la boca.

Mordisqueé y seguí dibujando.

Sin luchar.

Sin pelear.

Solo fluyendo con lo que sentía.

Egor no significaba nada para mí.

No volvería a verle nunca más.

Y Marcos, viviría en mi corazón.

Para siempre.

CAPÍTULO 66

MARCOS



Una canción sonaba a lo lejos, mi cuerpo dolía tanto como pesaba, conocía los efectos secundarios de esta droga, no era la primera vez que tenían que sedarme.

Aunque si era la primera vez que perdía el control de esta manera.

Somos nada de Christina Aguilera se escuchaba desde algún lugar de la habitación, no sabía cómo llegué a mi cama ni quién puso la radio de fondo. Pero esta maldita canción no me ayudaba nada en estos momentos.

Haciendo uso de todas mis fuerzas, me giré para estar boca arriba, preguntándome porqué ella no estaba aquí.

¿Se había ido a Rusia? ¿Volvió con él? ¿Le eligió? ¿Me estaba esperando fuera?

Seguía enfadado con ella.

Increíblemente enfadado.

Y seguía enamorado

Increíblemente enamorado.

Tal vez incluso más.

Sufrir tanto por una mujer solo hace que te des cuenta de lo necesaria que es para ti.

No soportaba seguir ahí tirado lamentándome de mi existencia, tenía que hablar con ella, tenía que hacer algo, no sabía el qué, ni por donde empezar; aun así, no me detendría.

Tiré de mi cuerpo para lograr sentarme encorvado, viendo una nota de papel en el colchón, justo a mi izquierda.

Mi pulsera y el anillo brillaban sobre la nota.

El corazón se me encogió en un puño, desdoblando la hoja con ansiedad, las manos me temblaban tanto que casi no podía leer bien la caligrafía.

Querido Marcos:

Sé que después de todo lo que hemos vivido, este final no era el más esperado para nosotros, pero supongo que tener un final es mucho mejor que ni siquiera haber tenido un principio, al menos para mí; aunque imagino que, en tu caso, tal vez preferirás no haberme conocido.

No voy a excusarme por lo que hice, pues sé que no hay excusas que valgan, solo admitiré mi lado humano y egoísta, y confesaré que tenía miedo; miedo a perderte y a tener que decirte adiós.

No obstante, tal y como tú sueles decir, el destino parece estar escrito, y las cosas que deben darse siempre se dan.

Si pudiese volver atrás, volvería a evitar que te pusieses en peligro por defenderme de Egor, porque te quiero y deseo protegerte tanto como tú has deseado protegerme a mí; aun así, cambiaría la forma en la que hice las cosas, y elegiría decirte la verdad por mí misma.

Esto me enseña a aprender que debo ser valiente y enfrentar a mis demonios. Supongo que tenías razón también en lo de que no puedo guardarme las cosas para siempre.

Me has enseñado tanto que siento que me has cambiado completamente.

Y déjame darte las gracias, porque me gusta muchísimo más la Violeta en la que me he convertido después de que llegases a mi vida.

He decidido no volver a Rusia, aunque extrañe la nieve, no quiero estar cerca de Maslov, trataré de ser fuerte y cuidar a mi hermana, darle una vida digna e intentar vivir con dignidad yo también.

María me ha aconsejado ir al psicólogo y creo que es una buena idea, supongo que tú hubieses estado de acuerdo, ¿no crees?

Disculpa, no sé por qué te cuento esto, admito que me cuesta aceptar que a partir de ahora no estarás.

Solo quiero decirte que todo lo que he sentido por ti ha sido y será real, porque lo que exista más allá del cielo sabe muy bien que nunca podré olvidarte.

Y que el motivo por el que maté a mi padre fue su traición, él me prometió que Egor solo quería hablar conmigo, convenciéndome de hacerlo para no poneros a Narcisa y a ti en peligro.

Lo que vino después, ya lo sabes.

Sin mucho más que añadir, solo puedo pedirte un último favor.

Quiérete.

Quiérete tanto como yo misma te querré por el resto de mi vida.

Mereces ese amor.

Y mereces darte cuenta de lo importante que eres para todos los que te rodean.

Siempre serás mi verano, Marcos Leone; gracias por mostrarme la calidez del sol.

Eternamente tuya.

Violeta Ivanov.

Cerré la nota, sacando el mechero para prenderle fuego.

Y mientras ardía desde una esquina, guardé el anillo y la pulsera en el bolsillo de mi pantalón.

No iba a aceptar esta despedida.

Podría estar mil años cabreado con ella.

Pero durante esos mil años seguiría siendo mi mujer.

Y la iba a encontrar.

Y le iba a volver a poner el puto anillo.

Y la iba a traer de vuelta a casa.

En cuanto el fuego consumió la nota, cogí el teléfono móvil, buscando su número de teléfono, decidido a mandarle un mensaje:

Ni en tus sueños te librarás de mí, chica de ojos tristes.

CAPÍTULO 67

MARCOS



—Dime dónde está, por lo que más quieras.

Llevaba dos analgésicos encima para poder calmar el dolor que dejaba esta mierda en todo el cuerpo.

Me sentía totalmente agarrotado.

Como si hubiese recibido la mayor paliza de mi vida.

Las drogas que se creaban en el laboratorio de Salvatore eran mortíferas, joder.

María negaba, mientras fingía leer un libro y no escucharme.

Salvatore me miraba con el ceño fruncido, moviendo el pie; tenía las piernas cruzadas y una copa de *whisky* en la mano.

Si se me ocurría levantarle un pelín el tono de voz a María, sería hombre muerto.

Y le entendía.

Porque yo era igual con Violeta.

Y ahora no sabía dónde cojones estaba.

Y me acababa de dejar una despedida.

Y el anillo.

Y la pulsera.

Joder.

—María, te lo suplico; por favor.

—Marcos, ella necesita un poco de tiempo— sus ojos se aguaron ligeramente, llevaba un camisón negro de tirantes, corto hasta los

muslos, estaba descalza, también con las piernas cruzadas, nos encontrábamos en el salón principal—. Intentó suicidarse, ¿vale? Esa chica no está bien.

El corazón se me rompió en mil pedazos.

No sabía cómo coño afrontar toda esta mierda.

Se suponía que yo debía cuidar de ella, y cada vez que me necesitaba, fallaba.

Esto dejaba mi orgullo más que herido.

Pisoteado.

—¿Cómo que ha…?

No era capaz ni de terminar la frase.

—Decía que no quería volver a Rusia con Egor por nada del mundo, y que ahora que tú no te vas a casar con ella, no tiene nada por lo que seguir viviendo.

Me froté la sien.

Me iba a explotar el puto cerebro.

—María, necesito hablar con ella; está sola, joder, en estos momentos no debería estarlo, podría hacer algo ¿y quién iba a detenerla?

Ella tragó saliva y yo seguí a la espera de la dirección.

—María…— Salvatore alargó el brazo para acariciarle la espalda—. Dile dónde está, mi vida.

—Pero no quiero que la haga sentir peor.

—No lo haré, te lo juro— insistí.

La puerta de la mansión se abrió y cerró de un golpe seco, las botas de Petra fueron dando pasos pesados y ruidosos hasta estar frente a nosotros.

—Ni rastro.

Petra era jodidamente profesional, aun así, esto estaba siendo una tortura para ella.

El momento en el que Carla dijo lo del embarazo, se delató a sí misma, dándonos a entender que sabía cosas sobre Egor.

Después, desapareció.

Y no podíamos permitirlo.

Teníamos que encontrarla e interrogarla.

Petra se ofreció voluntaria, pero Salvatore no se fiaba de ella; a pesar de ser su mejor amiga, sabía que los sentimientos por Carla podrían llevarle a traicionarnos.

Así que tenía a todos nuestros hombres buscándola.

Sintiendo que el cuello me pesaba tanto como para caerse a mis pies, giré la cabeza hacia Salvatore.

—Hay que poner vigilancia en los aeropuertos, y en todas las salidas de Marbella, no puede irse de aquí.

Salvatore desvió los ojos hacia Petra y esta agachó la mirada.

—Petra, ¿sospechaste algo de ella en algún momento? —Preguntó el mismo, con un tono sosegado y tranquilo, acomodando su brazo sobre los hombros de María para acercarla más a él.

—Quizá— su voz sonó ronca y disgustada, sentía verdadera lástima por ella; Petra no se merecía esto—. Estaba distante, pero pensaba que era por mí, ya sabéis— alzó la vista al techo, conteniendo las ganas de llorar.

Mierda.

María resopló, captando de nuevo mi atención.

—Madisson White, ese es el hotel en el que está.

El Madisson.

No estaba muy lejos de aquí.

Genial.

Junté las palmas de las manos a modo de agradecimiento.

—Te debo un menú ahorro; gracias, gracias, gracias.

—¡Que sean dos! —Chilló mientras me alejaba a toda prisa, tocando a Petra en el hombro al pasar por su lado, en señal de apoyo—. ¡Y con helado, joder! ¡Tengo ansiedad!

En cuanto cerré la puerta tras mi espalda, volví a hacer otro intento de llamarla.

Apagado.

Joder.

Maldiciendo entre dientes caminé a zancadas hacia la moto, poniéndome el casco a la vez que arrancaba el motor.

En pocos segundos ya iba dirección al Madisson.

Ahora mismo éramos más vulnerables que nunca.

Los hombres de Andrei estaban en Rusia, y si Carla le contó nuestros planes a Egor, este no dudaría en venir con todo a por nosotros.

Andrei debía llegar cuanto antes.

El teléfono comenzó a sonar dentro del bolsillo, lo tenía conectado al reloj de pulsera y al auricular que me ponía en la oreja antes de usar el casco siempre que subía a la moto.

—*Ciao*— saludé, esperanzado de que fuese ella.

No.

—Tío, los hombres de Egor se están moviendo, han salido cuatro coches de su puta casa.

Mierda.

Estábamos a unas cinco horas y media de Rusia.

Era el plazo de tiempo que teníamos.

Quizá un poco más mientras planeaban su estrategia.

Íbamos a contrarreloj.

—Tienes que venir cagando leches, ¿vale? Tú y todos los tuyos.

—En eso estoy, le están llenando los depósitos de gasolina al avión y tiro para allá; te juro que si me lo encuentro por el camino le ordeno al piloto que nos estampemos con él.

Reí sin poder evitarlo.

Andrei estaba tan loco y odiaba tanto a Egor que era capaz de matarse a sí mismo por matarlo a él.

Y ahora yo estaba en ese mismo punto.

—¿Cuántos venís?

—Diecisiete aviones; vamos todos, colega. Va a ser la mayor cacería de la historia, eso sí, el castillo se ha quedado vacío; por cierto, hay una sirvienta… ¿Bianca?

—Ajá, ¿qué pasa con ella?

—Ha desaparecido.

Joder.

¿Otra traidora?

Todo se torcía en nuestra contra.

—Carla también— confesé, tumbando un poco la moto para coger una curva a toda velocidad, necesitaba llegar a ese puñetero hotel cuanto antes.

—¿Qué? ¿La han secuestrado?

—No, Andrei. Está con ellos.

Silencio.

—¿Con ellos te refieres a Egor? ¿Nuestra Carla?

Noté un profundo dolor en el pecho.

—Ya no es nuestra amiga, Andrei; ahora es Carla a secas.

—*Chertova krysa!*

Andrei comenzó a lanzar maldiciones en ruso, el letrero del hotel brillaba a lo lejos, aceleré un poco más.

—Oye tío, estoy en algo importante ahora, llama a Salvatore para cualquier novedad.

—Vale, yo subo ya al avión; te juro que voy a beberme la sangre de esos cabrones.

Mi moto dio un frenazo brusco frente a la entrada del hotel, me subí la visera del casco, volviendo a insistir en llamarla.

Nada.

En mi puta vida subí unos escalones tan rápido, en cuestión de segundos estaba en la recepción, con las dos manos sobre la mesa, mirando fijamente al recepcionista.

—Violeta Ivanov. Número de habitación. Ya.

—No podemos dar información sobre…

Saqué la pistola, apuntándole directamente a la frente.

La gente comenzó a gritar, algunos corrían y otros se ponían a cubierto.

Pude ver la intención del recepcionista de apretar el botón que llamaba a los de seguridad.

—Hazlo y te mato.

—Se-Señor…— Alzando las manos, comenzó a tartamudear.

No tenía tiempo para esto.

Iba a ser por las malas.

Pegué tres tiros al techo, haciendo que todo el mundo se largase cagando leches.

Los de seguridad aparecieron en seguida, y yo ya tenía la navaja en la mano mientras me acercaba a ellos.

—¿Una pistola taser? Puedes metértela por el puto culo— esquivé el intento de dispararme con ella, enganchando al gorila por el

costado, enterrándole el puñal hasta lo más profundo.

Era tan fácil.

Tan simple.

La vida humana era lo más frágil que había conocido.

Y tuve la suerte o desdicha de descubrir esto con tan solo trece años.

Y desde entonces, siempre fue la solución a mis problemas.

Sacando el cuchillo, me agaché para esquivar la porra del segundo vigilante, la hoja de mi arma rajó su garganta salpicándome la cara de sangre, cuatro más vinieron para dar apoyo, conocía como funcionaban estas cosas.

Los que rondaban por el hotel no tenían pistolas con munición, tan solo la de pega, pero siempre había una cuadrilla bien armada en una sala de control, por si las cosas se ponían feas.

Como un gato, salté detrás de un sofá, cubriéndome con él.

Abrieron fuego, rompiendo los cristales del lugar; seguramente el de recepción ya habría pedido refuerzos y la policía estaría de camino.

Esos eran los que menos me preocupaban.

La policía estaba bajo el control de Salvatore y en cuanto me viesen se irían por donde mismo vinieron, calificándolo como ataque terrorista y echándole el marrón a algún pobre desgraciado que ya estuviese preso.

La molestia eran estos gilipollas.

Los que no conocían las manos que movían los hilos del mundo, y eran ajenos a la podrida realidad.

Y a la corrupción que lo gobernaba todo.

—¡Sal de ahí! ¡La policía está al llegar!

Rodé los ojos, encendiéndome un cigarro.

Con el pitillo en la boca, cargué el arma y solté el humo por la nariz.

—La policía me va a comer la polla— rugí, cruzándome de brazos mientras el humo seguía hondeando hasta el techo.

Terminarían acercándose.

—Voy a contar hasta tres para que salgas.

—¿Y por qué hasta tres? ¿No sabes contar hasta cinco?

—¿Vas de chulo?

—¿No es evidente que sí?

—¡No vas a robar el dinero del Señor Madisson!

Una carcajada salió de mi boca, echando las cenizas a un lado.

—Yo tengo más dinero que ese tal Madisson, lo que quiero es visitar a mi prometida.

Silencio.

Acababa de joderles.

No entendían una mierda.

—¿Estás drogado?

Traté de analizar las mierdas que llevaba encima.

Mmm…

—Puede.

—¡Dinos de una vez qué quieres!

—¡Ver.A.Mi.Mujer!

—¿Y no podías llamarla por teléfono y quedar con ella como la gente normal? ¿Has tenido que liar todo esto? ¡Has matado a dos personas! ¿Me oyes?

Dios, no soportaba que me gritasen.

Me incliné rápidamente para apuntar con la pistola y matar a los dos que tenía más cerca.

Volví a cubrirme.

—¡Hijo de puta!

—Corrección, he matado a cuatro personas. Y mi madre es una santa. Que te quede claro.

Ay, mamá…

Tenía que ir a verla.

Abrí mi chaqueta, viendo el repertorio de juguetes que llevaba encima.

Lo bien que me hubiese venido una granada, joder.

—¡¿Qué está pasando?!

La voz de la persona que menos esperaba oír en este momento pero que más necesitaba, hizo que saltasen todas mis alarmas.

—¡Señorita! ¡Vuelta ahora mismo a su habitación!

—*¡Cara!* — Asomé la cabeza, aun con el cigarro en la boca, el rostro de Violeta se descompuso por completo—. ¿Por qué no me

respondías a las llamadas?

—¿Me has llamado?

—¡Cómo cien veces!

Dios, qué guapa era.

Llevaba el pelo suelto y despeinado, tenía los ojos hinchados, posiblemente de llorar.

Envuelta en un albornoz del mismo color de su nombre.

Descalza, con esos preciosos pies blancos a la vista de esos gilipollas.

—Joder, qué decía la verdad— murmuró un vigilante al otro, el cual se encogía de hombros, tratando de agarrar a Violeta por el brazo.

No, no y no.

Salí de detrás del sillón, aprovechando el momento de confusión para disparar a uno y lanzarme un cuchillo al otro.

Este se clavó directamente en su garganta mientras su compañero se arrastraba por el suelo para recuperar su arma.

Le rematé de un segundo disparo.

Violeta quedó frente a mí, con la respiración tan agitada como la mía.

El cigarro seguía en mi boca apunto de consumirse.

—Dijiste que dejarías de fumar.

La sangre llegaba a sus pies desnudos.

Tomé sus manos para alzarla y que se subiese a mis botas.

—Dijiste que te casarías conmigo.

—Dijiste que no te importaría que no fuese virgen.

—Dije que mataría a cualquier hombre que te hubiese tocado.

Sus orbes brillaron como una noche llena de estrellas.

Sus dedos fueron a mi cigarro, quitándomelo de los labios para lanzarlo lejos de mí.

—Marcos Leone, estás mal de la cabeza.

—No, solo me pongo nervioso cuando no me cojes el teléfono.

Ella volvió a mirar a nuestro alrededor, viendo el destrozo que hice.

El chico de la recepción seguía ahí, temblando y suplicando por su vida, hecho una bolita detrás del mostrador.

—La policía ya debe venir de camino— susurró, mordiéndose el labio—. Y estoy en pelotas, y descalza, y todas mis cosas están arriba en la habitación.

La facilidad que tenía para mantener la calma en momentos como este cautivaba mi corazón.

Mis manos seguían en su cintura, manteniéndola subida a mis botas.

—La policía no hará nada, vamos a recoger tus cosas y volvemos a casa, tenemos mucho de qué hablar.

—Pero, ¿estás enfadado conmigo?

Su ceño se veía ligeramente fruncido, y yo lo único que podía hacer era morirme por besarla.

Aun así, ¿estaba enfadado? Muchísimo.

—En estos momentos, te odio con toda mi alma, Violeta— confesé, siendo jodidamente sincero—. Pero te quiero muchísimo más de lo que te odio, así que imagínate lo importante que eres para mí.

Ella agachó su mirada hacia nuestros pies, una de mis manos la soltó para agarrarle el mentón y obligarla a mirarme.

—Tenías que habérmelo contado, no vuelvas a mentirme. Nunca más.

—Te habría matado, Marcos.

—Prefiero morir por ponerte a salvo antes que vivir sabiendo que te han violado.

—Pues yo prefiero ser violada antes que vivir sin ti—. Sus pequeñas manos se aferraron a mi chaqueta de cuero—. De hecho, prefiero cualquier tortura y cualquier castigo, a perderte.

La mandíbula se me tensó; quería gritarle y echarle una bronca que la hiciese llorar y arrepentirse, estaba jodidamente cabreado por exponerse así; no obstante, solo era una niña que vivió cosas jodidamente duras y que encontró en mentir y cerrarse en sí misma un método de supervivencia.

¿Quién era yo para juzgarla?

Nadie.

Pero ella era mi niña.

Y lo primero para mí, era su felicidad.

—Mi vida no vale más que tu seguridad, Violeta; moriría por ti, entiéndelo.

Una pequeña lágrima bajó por su mejilla, sus manos subieron hasta mi cuello, en un intento de abrazo.

—No quiero que mueras por mí, quiero que vivas conmigo.

—Y yo no quiero que te hagan daño, y estoy dispuesto a lo que sea por impedirlo. Si quieres estar conmigo, júrame que me lo contarás todo, a partir de este mismo momento.

Silencio.

Las sirenas de policía comenzaban a escucharse a lo lejos.

Saqué el móvil, haciendo una llamada a Salvatore para que les hiciese retroceder y ni siquiera llegasen.

Violeta se mantuvo abrazada a mí, temblando de la angustia y los nervios.

El chico de la recepción salió corriendo como alma que huye del diablo.

En cuanto colgué la llamada, incliné mi cuerpo para levantarla y llevarla en volandas; sus brazos rodearon mi cuello, seguía temblando.

—¿Volvemos a casa?

—Tu tono de voz suena enfadado.

—Y así sonará por mucho tiempo.

—No quiero estar cerca de Carla.

—Carla se ha ido, nos ha traicionado.

Ella alzó la cabeza para mirarme, mientras yo seguía caminando por el pasillo, esquivé el ascensor, empezando a subir escalones.

—También quería contártelo, pero no sabía cómo.

¿Qué? ¿Había más secretos?

—¿A qué te refieres, Violeta?

Tragó saliva.

Temblaba.

Más y más.

—Ella me dijo que… que…

—¿Qué te dijo?

—Que le pidió a Egor que matase a Ángela.

Me detuve en seco, con Violeta sobre mis brazos.

No sabía cómo sentirme en estos momentos, ella me observaba de una forma adolorida.

—No puedo creer que nos haya hecho esto.

—Siento mucho que la perdieses, Marcos— la angustia y la tristeza en su voz eran jodidamente palpables.

—Solo era una amiga, pero no merecía morir.

Violeta asintió, volviendo a acurrucarse en mi pecho.

—Habitación veintiséis, planta tres, a la derecha tenemos otro ascensor.

—Nada de ascensores.

CAPÍTULO 68

VIOLETA



Llegué a su habitación, temblado como si estuviese metida dentro de una nevera.

Mientras me ayudó a recoger mis cosas y volvimos en la moto, no intercambiamos palabras. Pero si pude notar en él las ganas de tener una conversación que, de ninguna forma, podría esquivar. No esta vez.

Él dejó mis cosas a un lado, cerrando con pestillo y quitándose la chaqueta. Se deshizo de las armas y vino hacia mí, sujetándome bruscamente de los codos para que le mirase a la cara.

—Dime algo. No soporto más tu puto silencio.

Eso fue todo.

Estaba desesperado.

Roto.

Aunque no más que yo.

De eso podía estar segura.

—Me duele— respondí.

Él separó sus manos de mi piel, disculpándose.

—Tú no. Lo que él me hizo — recalqué, dándole a entender que esto no fue algo que yo desease. No lo disfruté. Nunca quise entregarme a Egor.

Marcos dio varias vueltas por la habitación, pateó una silla, chasqueó la lengua y volvió a venir hacia mí, envolviendo mi nuca con la mano para pegarme a su pecho.

El corazón le iba a cien.

Mis brazos rodearon su cintura.

—Va a pagar por esto. Te lo juro.

—Lo sé. Pero ¿qué más da? El daño ya está hecho.

Sus músculos se tensaron aun más mientras la mandíbula le palpitada. Alcé la cabeza para mirar aquellos ojos enfadados con la vida.

—Lo arreglaré. Lo borraré. Haré que sea como si nunca hubiese pasado. No sé de que forma. Pero lo haré.

—Chiiiis…— Mi mano acarició su barba, sintiendo como raspaba—. Lo importante es que ya no estás enfadado conmigo.

—Estoy absolutamente cabreado contigo — su voz sonó cargada de ira y veneno—. No vuelvas a someterte a un peligro así. Nunca más.

—Marcos…

—¡Nunca! — Gritó y yo me encogí.

Agachó la cabeza, me dio la mano y me llevó hasta la cama, apoyando sus dedos sobre mis hombros para que me sentase en el colchón.

—Lo siento— se disculpó —. Me estoy volviendo loco, Violeta.

—Yo también — susurré en voz baja.

—Se corrió. Dentro de ti. Dentro de mi mujer.

Asentí.

Le pegó un puñetazo a la pared.

Destrozándose los nudillos.

No una, ni dos veces. Muchas.

Y yo me mantuve ahí. Sentada. Con la vista fija en mis zapatos. Aguantando la adrenalina y la tensión.

Cuando terminó de hacerse polvo y lo tuve de frente, respirando profundo y tratando de autorregularse, fui capaz de mirarle a los ojos.

Por sus mejillas caía una lágrima, tal vez de rabia o de impotencia.

O quizá, porque me quería tanto que no podía evitar llorar.

— Marcos…

—¿Cómo fue? Quiero saberlo todo. Quiero grabármelo en la puta cabeza y tenerlo presente en el momento que mate a ese hijo de

puta.

Resoplé.

Él quería venganza. Yo también, no lo iba a negar.

Pero lo que más necesitaba en este momento era deshacerme de esta culpa, de la carga y la suciedad que significó para mí que Egor me usase de esa manera.

—Fue como morir lentamente, sin llegar a descansar nunca. Porque cada día de mi vida ha sido una pesadilla desde entonces.

Ahora sus ojos estaban completamente rojos, y las lágrimas le caían una detrás de otra.

—Joder.

Mi mano acarició su abdomen, notando lo tenso que estaba.

—Marcos, ¿qué pasa con nosotros ahora? Ya no soy una mujer apta para el matri…

Su boca se estampó en la mía.

Sus manos me tomaron de la cintura y su cuerpo se echó sobre mí en la cama. Enredé mis piernas en las suyas y me empapé de su olor y sabor.

—Con nosotros no va a pasar absolutamente nada. Y no vuelvas a decir una gilipollez así.

—Pero estoy usada.

—¡¿Usada?!— Tomó mi mentón con rabia, obligándome a mirarle. Tenía el ceño tan fruncido que parecía que le iba a explotar la frente —. No eres un objeto, no te refieras a ti de esa forma. Te lo prohíbo. Eres mi mujer. Pase lo que pase. Hasta el puto final.

Jadeé, asintiendo aun con las yemas de sus dedos haciendo presión en mi piel.

Pareció darse cuenta, así que retiró la mano y dejó algunos besos en las zonas que ahora estaban rojas.

—Te quiero, Violeta, te quiero muchísimo. Como un puto loco —. Seguía besándome, y yo sentía que sus besos reparaban los pedazos rotos de mi alma —. Tú eres mi mujer. Vas a casarte conmigo. Nada ni nadie cambiará eso. Ni Carla—. Beso—. Ni Egor—. Otro beso—. Ni la puta madre que los parió. Porque los mato. Te juro que mato a todo el que se interponga entre nosotros.

Tiré de su camisa, desesperada por desnudarle el torso. Él correspondió a mi necesidad, quitándosela.

Luego volvió a abrazarme para seguir llenándome de besos, sus dedos bajaron la cremallera de mi blusa y yo contuve la respiración.

Lo sintió.

Sintió el miedo y la tensión en mi cuerpo.

Separándose un poco de mí, con la cara de un jodido diablo, apretó de nuevo la mandíbula y lentamente, subió la cremallera.

—No me das miedo, puedo hacerlo.

—No.

—Marcos.

—Necesitas tiempo.

Sollocé.

—Ya hemos…el otro día…aquí…en tu cama…

—Aun lo llevabas muy adentro, guardado en tu cajita de secretos —. Creí que se levantaría de la cama y me dejaría sola, pero no. Volvió a apretujarme entre sus férreos músculos, pegándome completa a él—. ¿Qué más hay en esa cajita? ¿Mmm? Cuéntame…

Inspiré profundo.

Notaba como el nudo que siempre estaba ahí atascado empezaba a deshacerse.

Sin poder evitarlo, rompí a llorar como una niña pequeña.

Él no me soltó, ni un solo instante.

—Miedo.

—Por supuesto que tienes miedo. Te han hecho muchísimo daño. Pero ahora estoy yo. Para cuidarte. Para protegerte. Solo tienes que dejarme hacerlo y no ocultarme las cosas. ¿Qué más?

—Dolor.

—¿Dónde te duele, mi niña?

—Todo.

Los sollozos casi no me dejaban hablar bien. Si no fuese por la fuerza con la que él me agarraba, me estaría desmoronando por completo, como un castillo de arena derribado por un fuerte viento.

—Yo haré que deje de doler.

—¿De verdad?

—Confía en mí. ¿Y qué más? ¿Qué más tienes ahí guardado?

—Soledad. Vacío. Tristeza. Melancolía. Desesperación.

Sus dedos se enredaron en mis cabellos, acariciándolos con suavidad.

Apoyó su barbilla en mi coronilla.

—Vamos a arreglar todo eso, Violeta — el tono de su voz era tan grave y mostraba tanto enfado que no entendía como podía estar tan tranquilo y no destrozando la habitación entera—. Voy a acabar con todo lo que te ha hecho daño, y cualquiera que intente volver a tocarte, tendrá que pasar por encima de mí.

Mis lamentos eran cada vez más intensos, pero a la vez mi corazón se sentía más tranquilo.

Él me daba calma.

Y paz.

—Júramelo, Marcos.

—Te lo juro. Por mi puta calavera.

Sus dedos se colaron por debajo de mi ropa para acariciar mi espalda, notando los verdugones que yo misma me causé en la bañera.

Casi se le salieron los ojos de la cara.

—Violeta…

—Lo siento. Necesitaba borrarle de mi cuerpo. Me lo he hecho yo.

Sus manos tiraron de mí con una violencia impropia de él, arrancándome la tela y rompiéndola.

Grité por el miedo, a pesar de saber que con él estaba segura. No esperaba esa brusquedad.

Me colocó boca abajo en la cama, viendo toda mi espalda y brazos rojizos, llenos de heridas.

Le sentí estremecerse.

—Lo mataré.

—Lo sé. Sé que lo harás.

—Lo mataré.

Repitió.

Los dedos que sujetaban mi cuello contra el colchón, temblaban de forma descontrolada.

—Lo mataré.

—Lo mataré.

—Hostia puta, ¡LO MATARÉ!

Repetía aquello sin parar, buscando con la mano que tenía libre entre los cajones de su mesita de noche.

Cogió un bote de algo, esparciendo el contenido sobre mi piel. Se sintió frío.

Comenzó a frotar con desesperación y entendí lo que quería.

Borrar los verdugones, el daño que yo misma me causé, y lo que Egor me hizo.

—Marcos… tranquilo…

—No quiero—. Rugió—. No quiero volver a ver tu piel así. Nunca más. ¡NUNCA!

A pesar de lo histérico que estaba, frotaba con delicadeza y cuidado. En cuanto pude, me giré para abrazarle y hacerle sentir mi corazón junto al suyo.

—Tranquilízate…

Él respiraba por la nariz y echaba el aire por la boca. Hinchando y desinflando el pecho.

El grosor de sus venas era abrumador.

—Dime que me quieres— pedí —. Dime lo mucho que me quieres, Marcos.

Porque lo sabía, ahora más que nunca.

Leone me quería. Como nadie me quiso jamás.

—Te quiero. Eres mi vida. Mi mundo. Lo eres todo.

—¿Sigues enfadado conmigo? — Pregunté en voz bajita.

—Quiero matarlo.

Mi corazón continuaba latiendo junto al suyo.

—Lo matarás. Pero lo importante ahora mismo es que estamos juntos.

Quería ser fuerte para apoyarle y ayudarle, no obstante, ya no tenía fuerzas ni para sostenerme a mí misma.

Apoyé la mejilla en el centro de sus pectorales y empecé a acariciar su espalda, mientras él seguía repartiendo crema por la mía.

—Dime que me quieres — dijo esta vez él.

—Te quiero, Marcos. Más de lo que te puedas imaginar.

—Te daré el espacio que necesites, pero esta conversación no ha terminado aquí. Quiero saberlo todo. Absolutamente todo. Cada mínimo detalle. Sobre todas las personas que te han hecho daño. ¿Entendido, Violeta?

—Entendido.

Cerré los ojos, dejándome embriagar por su aroma. Él me soltó y me recostó en la cama, tapándome con la manta hasta los hombros.

Volví a levantar los párpados para ver que hacía.

Sus labios besaron mi frente.

—Voy a traerte una manzanilla y te haré un masaje en los pies mientras vemos una de esas películas que te gustan. Déjame cuidarte, Violeta. Por una puta vez.

Asentí.

Dejaría que me cuidase.

Porque era exactamente lo que necesitaba.

CAPÍTULO 69

VIOLETA



1 SEMANA DESPUÉS

Hacía un día maravilloso.

Me apetecía muchísimo salir al exterior, pero estaba prohibido.

La cantidad de hombres armados rodeando la casa era abrumadora.

No solo de guardias que patrullaban; también coches llenos de más matones armados.

Se suponía que nos iban a atacar, en algún momento.

Vivíamos rodeados de un silencio abrumador que nos mantenía en vilo.

Gabriel y Narcisa eran los que peor llevaban el encierro.

Salvatore ya tenía preparado un plan B; subirnos a todos a un avión y sacarnos de aquí.

Yo me negaba, no quería dejar a Marcos.

Al igual que María tampoco quería dejar a Salvatore.

Pero ellos no nos daban opción.

La puerta se abrió lentamente, por el aroma supe de inmediato que se trataba de él.

Marcos pasaba las noches en vela, haciendo guardias.

Aproveché esta semana para recuperar el tiempo perdido con Narcisa. Se quedaba las tardes en esta habitación conmigo, mientras

yo dibujaba ella me leía sus cuentos favoritos, luego hacíamos dulces y los compartíamos con Gabriel.

Era extraña la relación entre ambos, no se soportaban, pero tampoco se separaban el uno del otro.

Mi opinión era que en el fondo se caían bien, pero sus celos empedernidos les impedían compartir sus «pertenencias», las cuales eran María y Marcos.

—El psicólogo llegará en media hora, y Salvatore quiere hablar contigo.

Ese tono de voz hizo que se me erizase el vello del cuerpo.

Cuando me giré para mirarle, no pude evitar suspirar.

Su cabello castaño, su piel morena, sus ojazos verdes, su cuello ancho y fuerte, esos brazos bajo una camiseta negra de manga corta que le marcaba cada uno de sus preciosos músculos, y unos vaqueros oscuros.

Qué hombre tan perfecto.

Me hacía sushi todas las noches y me traía cajitas de chuches ácidas.

Aunque siguiese cabreado por no habérselo contado, no dejó de cuidar de mí en ningún momento.

—¿Hasta cuando vas a estar enfadado?

Volví a repetir el suspiro.

Sus ojos se abrieron más de lo normal por unos segundos, mientras esos iris oscuros se dilataban.

—No estoy enfadado contigo.

Alcé las cejas de forma exagerada, casi quedándome sin palabras, crucé los brazos a la altura del pecho y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

Iba con una camiseta de esas anchas que me gustaban y calcetines negros.

—Ah, ¿no?

—No, mi vida.

Mi vida.

Hacía tanto que no me llamaba así.

—¿Y entonces? ¿Por qué no duermes conmigo? ¿Por qué no pasamos más tiempo juntos? ¿Por qué apenas hablamos?

¿Por qué siento que te sigo importando, pero no de la misma manera?

¿Por qué no llevo de nuevo tu anillo y tu pulsera?

¿Por qué mi corazón se está rompiendo al sentirte cada vez más lejos?

—Porque quiero darte espacio. Porque no soy como él. Porque respeto tus tiempos. Y porque María me lo contó.

Negué.

—¿Qué te contó?

—Que intentaste suicidarte.

La boca se me secó de inmediato.

No fui capaz de soltar una sola palabra, así que él siguió diciendo:

—Solo hago lo que quisiera que hiciesen por mí si estuviese en tu lugar. Te dejo respirar, pero también te cuido. No quiero que te sientas sola, pero tampoco pretendo agobiarte. No quiero dar ningún paso hasta que te vea el psicólogo y nos dé una dirección clara hacia la que dirigirnos.

No pude evitar hacer un puchero de forma involuntaria.

Traté de aguantarme las ganas de romper a llorar y tragarme las lágrimas, entonces recordé que tenía que cambiar eso.

—¿Tú estás enfadada conmigo?

Negué.

—¿No?

—No, joder, ¿por qué lo iba a estar? — Se me rompió la voz.

—Porque no supe consolarte cómo debía, porque me fui del restaurante hecho un animal, porque te rechacé un abrazo. Joder, nunca me perdonaré haberte hecho eso.

—Yo te hice comprar una pastilla del día después pensando que era para otra mujer.

—Y yo te obligué a tener sexo después de chantajearte.

—Me encantó que lo hicieras.

—Y a mí hacerlo.

Mis ojos seguían perdidos en los suyos.

—Marcos, perdóname.

—Violeta, perdóname tú a mí.

—No tengo nada que perdonarte.

—Pues yo menos.

No pude evitarlo, fui hacia él y volví a subirme a sus zapatos para ganar unos centímetros de altura, eché mis brazos a sus hombros mientras me impulsaba todo lo que podía para besarle.

Aquel sabor a verano cálido y libertad inundó mi paladar. Nuestras bocas se unieron de una forma perfecta, como si estuviesen hechas para esto.

Su aliento con sabor a miel y limón, me recordó que a él le gustaban las golosinas dulces y tal vez estuviese comiendo esos caramelos antes de venir a verme.

Éramos tan distintos.

Y a la vez nos necesitábamos tanto.

Sus brazos me rodearon con una fuerza que me hizo sentir como los pedazos rotos de mi alma se iban reconstruyendo, quería quedarme ahí, para siempre.

—Marcos.

—Violeta.

—No quiero que me odies para siempre por esto.

—Chiiiis, olvídalo — sus labios me besuquearon la cara, llevándome hasta la cama, allí me abrazó para apretujarme contra su enorme cuerpo.

—Duerme esta noche conmigo, por favor.

—¿Crees que estarás bien?

—Sí.

—Bueno, veamos al médico primero, ¿vale? — Su frente se apoyó sobre la mía—. Y recuerda pasar antes por el despacho de Salvatore.

—Marcos— repetí su nombre.

—¿Ajá?

—No quiero enfrentarme sola al psicólogo; entra conmigo, por favor.

Sus dedos se tensaron sobre mi cintura.

—¿Estás segura? Es algo muy privado, Violeta.

—No me importa, quiero que estés. Es más, necesito que estés. Sin ti no podré hacerlo.

Me daba pánico abrirme a un desconocido.

De hecho, intenté negarme varias veces, pero María insistía una y otra vez en que merecía la pena hacer el esfuerzo.

Así que me obligué a intentarlo.

—Está bien, te acompañaré.

La puerta resonó de forma contundente, fui corriendo a rebuscar entre mis cosas para ponerme unos *leggins* y un sujetador debajo de la camiseta. Marcos no desaprovechó el momento de echar un ojo por si conseguía verme las tetas, una vez estuve medio presentable, di permiso para abrir y unos ojos azules se asomaron, buscándome.

—*Signorina*, tengo que hablar con usted.

—Ahora iba a ir a tu despacho.

—El médico acaba de llegar y no podemos tener visitas por mucho tiempo, tal y como están las cosas; así que hablaremos aquí mismo.

Marcos tomó mi mano para llevarla a sus labios, dándome un tierno beso antes de dirigirse a su amigo.

—¿Nada?

Salvatore negó y este carraspeó la garganta con amargura.

Una vez la puerta se cerró, quedándome a solas con Salvatore, este me invitó a sentarme sobre la silla que estaba en el escritorio, él apoyó su culo en el mismo, con las piernas y los brazos cruzados.

—¿Sabes que esta habitación antes era mía? La primera noche que traje a María aquí, tuve que decirle a Mateo que subiese un caimán para conseguir que se metiese en la cama conmigo.

Reí sin poder evitarlo, Salvatore tenía un humor extraño que siempre conseguía aliviarme un poco.

La verdad es que no era tan malo como le pintaban.

Y era un padre y un marido increíble.

—María y tú os veis tan perfectos juntos, que me cuesta creer que en algún momento os llevaseis mal.

—Seis meses me costó besarla.

—¡¿Qué?!— Quedé boquiabierta— ¡Venga ya!

—Te lo juro— dejó de tener los brazos cruzados, metiéndose las manos en los bolsillos, mientras su mirada viajaba por cada rincón de la habitación con añoranza.

—Bueno, ¿qué tal estás durmiendo? — añadió.

Salvatore me recetó unas pastillas muy suaves y naturales para dormir por las noches; según él, era mejor no darle la oportunidad a las pesadillas y a los terrores nocturnos de llegar a mi vida.

—La verdad es que duermo del tirón, un millón de gracias.

—¿Y las de la ansiedad? ¿Bien?

Asentí.

También tomaba tres pastillas al día con cada comida para la ansiedad, que él fuese médico ayudaba mucho.

—Estás siendo muy fuerte, es admirable, Violeta.

—Muchas gracias, aunque no puedo negarte que me duele ver la situación en la que os he metido, aquí encerrados, esperando a que Egor haga algo.

—No es tu culpa, ha sido culpa de Carla por traicionarnos.

Carla.

Nunca dieron con ella.

Maldita sea.

—¿Por qué hizo algo así? Ella quería mucho a Marcos, ¿no?

—El ser humano es complicado, y hay veces en la que nuestro ego puede devorar todas las buenas intenciones, dejando solo las malas — infló y desinfló el pecho—. Mañana por la mañana os iréis hacia las islas griegas, Milos, para ser exactos; estaréis bien, quiero que me prometas que si las cosas no salen como están planeadas, seguirás siendo fuerte.

Negué.

—No puedo prometerte eso, si Marcos muere, no voy a poder seguir adelante— las palabras se me atragantaron de nuevo—. Tampoco quiero que mueras tú, tu familia te necesita, Salvatore.

—Todos nacemos para morir, Violeta, y Marcos y yo estamos más que dispuestos a dar nuestra vida por las mujeres que amamos, así que no dejes que su muerte sea en vano, y tampoco permitas que la mía lo sea; quiero decir, María necesitará ayuda, ella es…— ¿Ahora era su voz la que se estaba rompiendo? — Ella es como una rosa, sabe defenderse, pero a la vez puede marchitarse con mucha facilidad, por favor, que no se le caiga ni un solo pétalo, prométemelo, ¿sí? Cuidaros mucho la una a la otra.

Asentí a todo lo que dijo.

Él tan solo volvió a reclinarse, dando un paso hacia mí.

—Marcos me comentó tu intención de que Narcisa y Gabriel no estén obligados a casarse.

—No es por nada personal, adoro a Gabriel, y creo que sois la mejor familia que…

—Yo tampoco quiero que se casen, quiero decir, no por obligación.

Oh.

—Así que anulamos el trato, ¿vale? Ahora ve a ver al psicólogo, y piensa en las vacaciones tan bonitas que te esperan, ¡Milos es una isla maravillosa! — Salvatore desapareció tras la puerta, caminando con una tranquilidad y parsimonia que me dejaba jodidamente tiesa.

¿Cómo era posible que estuviese tan tranquilo en un momento como este? Era como si no le diese ni un poco de miedo morir.

Salí de la habitación, sintiéndome al menos más aliviada por el hecho de que Narcisa no estuviese obligada a contraer matrimonio con nadie. No tenía nada en contra de Gabriel, pero la quería libre de esas mierdas y él también merecía lo mismo.

Las botas de Marcos se oyeron acercarse desde el pasillo contiguo, en cuanto giré la esquina él estaba ahí, ofreciéndome su brazo.

Me enganché a él clavándole las uñas en aquel bíceps caliente y moreno por el sol, él no se quejó lo más mínimo.

—¿Preparada? — Cuestionó en voz bajita, en cuanto nos detuvimos frente a la puerta del despacho de Salvatore, parecía que nos había dejado este espacio para la visita.

Asentí.

—Si tú estás a mi lado, sí.

—Siempre estaré a tu lado.

—Siempre no— otra vez, ese puto malestar—. Mañana nos tendremos que ir a una isla y no sé si volveré a verte.

—Iré a matar al hijo de puta de Maslov y luego volveré para casarme contigo, así que deberías estar feliz.

La convicción y la seguridad con la que lo decía hacía que sintiese mariposas en el estómago.

Era como si todo estuviese bajo su control.

Como si la partida ya estuviese ganada.

Sabía que era totalmente falso.

Pero necesitaba aferrarme a ello.

—Más te vale cumplir tu promesa— rechiné los dientes, empujando la puerta del despacho para entrar de una vez, aun con las uñas enganchadas al brazo de Marcos.

Un hombre de unos cincuenta y largos, alto y delgado con el cabello canoso y gafas de pasta negra, alzó la vista hacia nosotros.

—Bienvenidos.

CAPÍTULO 70

VIOLETA



Preguntas.

Cientos de preguntas salían de la boca de ese hombre mientras apuntaba cosas en su libreta.

Y yo me preguntaba a la vez que respondía si realmente esto serviría de algo.

Marcos se encontraba sentado a mi lado, con el talón puesto sobre la rodilla contraria, una mano aferrada a la mía y la otra en la barbilla.

No podía ignorar como se le tensaba el músculo de la mandíbula o hinchaba aún más la vena del cuello cuando detallaba ciertos recuerdos dolorosos.

—Entonces, fuiste una niña medianamente feliz, hasta la muerte de tu madre.

Me encogí de hombros.

—Creo que no feliz del todo, pero tampoco es que me sintiese desgraciada; tal vez un poco sola, extrañaba ser libre y jugar con otros niños; ir a algún parque, al cine, a un colegio normal, al instituto… tener amigas…

—¿En qué momento fuiste consciente de que existía un mundo distinto fuera de las murallas del castillo?

—A mis doce años, cuando me sacaron del castillo por primera vez para ir de compras al centro comercial.

—¿Y cómo fue para ti ese momento? ¿Te causó felicidad o inquietud?

—Ambas cosas.

—¿Por qué ambas cosas?

—Pues, felicidad por el hecho de descubrir a tantas chicas jóvenes en grupos, comprando cosas bonitas y charlando animadamente, fue cómo… ¡Oh! Lo que veo en las películas de verdad existe, y a su vez, sentí mucha impotencia e inquietud cuando mi padre me dijo que nunca podría tener amigas ni salir por ahí con ellas, que debería conformarme con mi madre y las sirvientas.

El psicólogo siguió apuntando, el sonido que hacía con la pluma sobre el papel era relajante. O al menos eso parecía.

—¿Cómo cambió tu vida después del fallecimiento de tu madre?

Abrí la boca, pero no pude decir nada.

Fue como si me quedase completamente congelada en el tiempo.

Mi mano temblaba sobre la de Marcos, sus dedos cálidos y ásperos acariciaban ahora mis nudillos.

—Tómate el tiempo que necesites, pero es importante que hablemos de ello.

Seguía con la boca abierta, tratando de decir algo.

¿Cómo fue perder a mamá?

Igual que morir con ella.

Me sentí abandonada.

Dejé de creer en Dios, pues, ¿por qué dejaría un ser superior morir a alguien tan bueno?

Y odié a mi padre por no contarme la causa de su muerte, desde ese instante sentí que no era importante en la familia, que mi existencia valía tan poco que ni siquiera merecía saber los motivos del fallecimiento de mi propia madre.

Y luego vinieron las pesadillas.

Pesadillas en las que papá era quien mataba a mamá.

Y en otras ella moría asfixiada, tratando de pedir ayuda.

Y en otras, ella sufría un ataque al corazón.

Todos los finales que mi mente me hacía vivir eran a cada cual más horribles, y no poder darle una explicación ni hablar con ella para que me dijese lo que realmente sucedió, me hacía enloquecer.

Era como si una persona a la que quisieses mucho desapareciese y nunca supieses que fue de ella.

No me dejaron ni ver su cuerpo antes de enterrarla.

¿Y si ni siquiera estaba ahí?

—Violeta, ¿cómo fue recibir la noticia de la muerte de tu madre?

Una lágrima me cayó sobre la rodilla, dejando una mancha encima del desgastado *leggins*.

Quería hacerlo, pero no veía motivos para ello, ¿de qué me serviría tocar estos temas si nada de lo que este señor y yo hablásemos me la iba a traer de vuelta?

No veía la necesidad de abrir ese baúl, ni siquiera estaba preparada para ello.

—¿No podemos hablar de otros temas?

—No, hay que ir desde el principio, pero si no te sientes preparada, podemos suspender la cita y dejarla para otro momento.

Traté de respirar profundo, sentía muchísimo haber hecho venir a este señor hasta aquí. No era capaz.

De verdad que no.

Mi mano soltó la de Marcos, mientras me despedía de él y le ofrecía una disculpa.

Comencé a caminar con la cabeza agachada hacia la puerta.

—¿No me acompañas?

Su voz me detuvo.

—¿Qué?

Al mirar hacia atrás, Marcos seguía ahí sentado.

—Yo también tengo cosas que contar, y también necesito que estés a mi lado.

Estaba segurísima de que Marcos nunca tuvo la intención de ir a un psicólogo, y que lo que este señor tuviese que opinar sobre sus traumas le importaba menos que nada.

Lo hacía por mí.

¿Cómo iba a rechazarle?

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Solo si te quedas conmigo.

Mierda.

Claro que quería.

Con pasos decididos, volví a sentarme a su lado, él seguía con la mano en mi dirección, esperando volver a agarrar la mía.

No dudé en colocarla sobre su palma.

Nuestros dedos se entrelazaron.

—Señor Leone — el psicólogo se dirigió a él.

—Puedes tutearme.

—¿Qué recuerdas de tu infancia?

—A un padre ausente y a una madre maltratada.

—¿Por qué tu padre estaba ausente?

—Trabajaba demasiado, hasta que le mataron.

Más apuntes.

—¿Y por qué tu madre era una mujer maltratada? ¿La maltrataba tu padre?

—No, lo hacía el hombre con el que se casó después, y que fue el mismo que se cargó a mi padre.

—¿Cuándo empezó ese hombre a vivir con vosotros?

—Un mes después del fallecimiento de mi padre.

—¿Y la maltrataba desde ese instante?

—Solo psicológicamente, aunque en ese momento era demasiado joven para darme cuenta de ello.

—¿Cuándo empezó el maltrato físico?

—Cuando en una cena nos encontramos con unos amigos de mi padre y le dijeron que yo les recordaba a él; Patrick comenzó a odiarme y a odiar a mi madre por haberme tenido.

El corazón se me encogió en un puño, imaginar a Marcos tan pequeño y tan solo, viviendo ese tipo de circunstancias, hacía que quisiese viajar en una máquina del tiempo y abrazar a ese niño que debería haberse criado rodeado de desesperación e impotencia.

—¿Qué significaba Patrick para ti?

—Al principio, la oportunidad de tener un padre que me hiciese un poco más de caso, después, la persona a la que más odiaba en el mundo.

—¿Tenías amigos?

—Demasiados.

—¿Cuánto es demasiado?

—Muchísimos, era fuerte y bueno en los deportes, e inteligente también, llamaba mucho la atención en el instituto.

—¿Sacabas buenas notas?

—Siempre.

—¿Tu madre te premiaba?

—Ni se daba cuenta.

—¿Y por qué seguías sacando buenas notas si nadie te recompensaba por ello?

—Me recompensaba yo, me daba una palmada en la espalda y me decía *«eres un buen chico, llegarás lejos y no volverás a ver a esta gentuza jamás»*; luego, como premio me fumaba un porro y me comía una pizza.

El psicólogo, que se nos presentó como Raulo, siguió anotando un par de cosas más, mientras yo no podía dejar de mirar a Marcos por el rabillo del ojo, sabía que mirarle directamente podría hacerle sentir invadido, así que preferí darle su espacio.

El corazón me iba a mil por hora y casi no podía aguantar las ganas de sentarme en una de sus piernas y aferrarme a su pecho para llorar con él.

Estaba tan roto como yo.

O quizá más.

—¿Tuviste muchas novias de niño?

—Nunca he tenido novia, ella es la primera— inclinó la cabeza hacia mí y casi me desmayé.

—Pero has estado casado.

—Matrimonio de conveniencia, nunca sentimos nada el uno por el otro, no era una relación.

Más apuntes.

—¿Qué significaban para ti las chicas? ¿Te sentías atraído hacia ellas? ¿Sí? ¿No? ¿Deseabas hacerles daño?

Fruncí el ceño, sintiéndome realmente molesta con esa pregunta, aun así, entendía que se refería a que, al vivir con un maltratador, podría aprender patrones.

—Me daban miedo las chicas, era cómo… si fuesen a convertirse en mi madre; y no, nunca sentí deseos de hacerles daño, todo lo contrario, tenía miedo de ello.

—¿De qué exactamente tenías miedo?

—De convertirme en alguien como mi padre o como Patrick, de estar ausente, o de ser un gilipollas, de tener hijos y no dedicarles tiempo y que se sintiesen como me sentía yo.

—Así que has sentido rechazo hacia las relaciones serias desde niño.

—Sí.

—¿Te apetece tener hijos ahora?

—No.

—¿Por el mismo motivo? ¿Por miedo a ser un mal padre?

—No.

—¿Y por qué motivo?

—Porque soy un buen padre, por ese mismo motivo.

—No te entiendo, Marcos.

—Un buen padre nunca traería un hijo a este mundo en el que cada día es una pelea por sobrevivir; sé que mi punto de vista es jodidamente discutible y cada uno tiene derecho a verlo de su manera, pero esa es la forma en la que yo lo veo, lo mejor que puedo hacer por mis hijos, es no tenerlos.

—¿Qué relación tienes con tu madre a día de hoy?

—La llamo por teléfono, de vez en cuando.

—¿Y cada cuanto la ves?

—Muy poco.

—¿Por qué?

—Porque siento que ella está así por mi culpa.

Otro dolor en el pecho.

Mis dedos apretaron los suyos en un gesto de «estoy aquí», él seguía mirando fijamente a Raulo, como si no le importase para nada tener que hablar de esto.

Se veía tranquilo y sus respuestas eran rápidas y claras.

—¿Cómo está ella? ¿Y por qué crees que es tu culpa?

—Internada, y es mi culpa porque no llegué a tiempo de salvarla.

—¿Salvarla de qué, Marcos?

—De la paliza que casi la mató aquel día.

—¿Por qué no llegaste a tiempo?

Su voz se detuvo, y las manecillas del reloj marcaron unos espesos segundos que parecieron una eternidad.

—Me quedé encerrado en el ascensor, hubo un corte de electricidad. Tres horas.

Gemí de dolor, llevándome la mano a la boca, sabiendo ahora que su problema con los ascensores venía de ahí.

—¿Qué edad tenías?

—Trece años.

—¿Y qué pensaste en esas tres horas?

—Que cuando saliera de ese ascensor, sería un niño huérfano.

Otro silencio.

—¿Y qué hiciste cuando conseguiste salir?

Más silencio.

Más segundos interminables.

—Matar al hombre que le hizo eso a mi madre.

Raulo se acomodó en la silla, dejando la libreta a un lado, colocándose bien las gafas para tender su mano hacia Marcos.

—Te felicito.

CAPÍTULO 71

VIOLETA



Los consejos que Raulo le ofreció a Marcos, fueron completamente ignorados por mi… ¿prometido? ¿novio? No sabía cómo llamar a lo nuestro, lo que sí sabía era como llamarle a él.

El amor de mi vida.

Los ojos del hombre canoso se volvieron a posar en mí, y sentí que después de lo valiente que fue Marcos, yo debía hacer lo mismo.

—¿Quieres volver a intentarlo, Violeta?

—Vale.

—Bien, pues cuéntame lo que necesites y después veremos qué hacer con ello.

Di una fuerte bocanada de aire.

Allá vamos.

—Cuando mamá murió, me sentí abandonada— traté de respirar profundo por la boca e ir hablando con la mayor naturalidad posible —. Y pensé que Dios nos odiaba, o que no existía directamente. Me daba rabia que otras personas malas siguiesen viviendo y ella no.

—La muerte es un proceso natural de la vida que debemos aceptar sin culpar a nadie, es así, nacemos y morimos, por mucho que nos duela.

No me jodas, hasta ahí podía llegar yo sola.

Tragué saliva para aguantarme las ganas de soltarle alguna impertinencia.

—Bueno, pero yo me sentí así, tú me has preguntado.

Marcos soltó una risita.

Vi como sacaba una bolsita de plástico del bolsillo de su pantalón, cogiendo una gominola ácida de ella, metiéndola directamente en mi boca.

Luego me hizo un par de caricias en la cabeza y me animó a seguir hablando.

¡Ni que fuese un perrito!

—¿Y contra qué o quién pagaste esa frustración que sentías?

—¿Quién te ha dicho que lo haya pagado contra algo o alguien?

—Es lo que se suele hacer.

—Pues no, no lo hice.

Marcos me acercó otra chuche a la boca, le pegué un manotazo.

—Acabas de reconocer que culpaste a Dios, quiero saber si culpaste a alguien más, ¿a tu padre tal vez? Yo no voy a juzgarte, Violeta, solo te ayudaré a comprender las cosas desde un punto de vista que alivie tu carga.

Aliviar mi carga.

¿Sería eso posible?

—Pues— tragué la acidez que la golosina dejó en mi paladar—. Sí, me enfadé mucho con mi padre, nunca supe si él tenía algo que ver, porque jamás me contó de qué murió mamá, así que… sí, le culpé también.

—¿Y eso hizo que vuestra relación fuese mala?

—No, siempre fui obediente y buena hija, a pesar de odiarle muchísimas veces.

—Entiendo, ¿y qué hay de tu hermana?

—La adoro.

—Eso es bueno, muy bueno, ¿ella te da fuerzas para seguir adelante?

—Sí.

La conversación siguió avanzando, cada poco yo ladraba como un *chihuahua* enrabietado y Marcos lograba equilibrarme, Raulo no parecía alterarse por mi comportamiento, tenía una gran paciencia y eso hizo que poco a poco fuese bajando mis defensas con él.

—Entonces, tu padre te obligó a casarte con Egor Maslov, un hombre bastante cruel y poco romántico que, no te gustaba lo más

mínimo.

—Exacto.

—¿Y tu padre a pesar de saberlo te decía que tenías que hacerlo sí o sí?

—Ajá.

—Dios santo, detesto cuando os hacen estas cosas— se subió las gafas por el puente de la nariz, apuntando más cosas—. Supongo entonces que la relación con tu padre a día de hoy está deteriorada por este hecho, ¿no?

—Está muerto, lo maté.

Raulo abrió los ojos y alzó las cejas, mirando a Marcos y luego a mí, volvió a agachar la vista hacia la libreta y apuntó algo más.

Me jugué el cuello a que era algo tipo: *loca de los cojones adicta a las chuches ácidas y asesina en serie.*

Me daba igual.

—¿Y por qué mataste a tu padre? ¿Para librarte de ese matrimonio quizá?

—Porque vino a mi habitación y me dijo que debía reunirme con Egor.

Los ojos de Marcos se posaron en mí por primera vez, mirándome con esa mirada de halcón que me ponía a temblar.

Seguí hablando, no podía echarme atrás, no llegados a este punto.

—En un principio no quise, pero él dijo que, si no lo hacía, Narcisa correría peligro y él mismo también, me prometió que solo sería una charla rápida de treinta minutos.

—¿Y qué sucedió en esa charla?

—Me violó y se corrió dentro de mí para preñarme y que ningún hombre se interesase en casarse conmigo.

Marcos me soltó la mano, empezando a caminar detrás de mí de un lado para otro.

Escuché su mechero y cómo se llevaba un cigarro a la boca mientras gruñía.

—Señor Leone, ¿prefiere salir de la sala?

—No.

Su voz me dio escalofríos.

—Marcos— insistí.

—Violeta. No.

Vale.

—¿Quieres contarme lo que supuso para ti esa violación? ¿O prefieres hacerlo cuando estés más preparada?

Necesitaba contárselo, porque también quería que Marcos supiese toda la verdad.

Era lo correcto, sí.

—Lo que hice en cuanto supuse que mi padre mintió y que tal vez no saldría de esa habitación con vida fue volverme una completa sumisa y darle a entender que estaba de su parte; ya sabes, encajé eso de *«si no puedes con el enemigo, únete a él»*

—Claro, quieres decir que no peleaste ni hiciste nada por defenderte.

—No, tan solo le pedí que pusiese una canción.

—¿Una canción?

—Sí, una canción que me recordaba a él— mi perfil se inclinó hacia Marcos, él se detuvo detrás de mí—. Cerré los ojos y…— vamos chica, eres jodidamente fuerte, si pudiste vivirlo puedes contarlo—. Pensé en todos nuestros mejores momentos, desde el día en que le vi por primera vez hasta todas las veces que su cuerpo entró en contacto con el mío.

—Trataste de imaginar que con quien tenías sexo en realidad era con Marcos Leone.

—Exactamente.

—¿Eso alivió el dolor de la situación?

—Eso hizo que sobreviviese sin que se me parase el corazón, así que digamos que sí.

Marcos le dio un puñetazo a algo, pidiendo perdón al momento, mientras se revolvía el pelo una y otra vez, caminando de un lugar para otro.

—Señor Leone…

—Que no he dicho.

—¿Y cómo te sentiste después? ¿Cómo reaccionas al contacto íntimo? ¿Cómo es tu vida después de aquello?

Negué, sin saber muy bien qué decirle.

—¿Cómo debería ser?

—No hay un patrón exacto, cada persona reacciona y lo lleva de una forma distinta, puedes no volver a querer tener sexo en mucho tiempo, o quizá nunca más, o puede que siendo con la persona adecuada sí que funcione, también puede que tengas pesadillas o que desarrolles un miedo terrible hacia los hombres, las posibilidades son muchas, así que necesito saber en qué punto te encuentras para poder empezar a ayudarte.

Quedé pensativa, tratando de buscar las respuestas adecuadas para cada una de esas preguntas.

—No tengo miedo a los hombres, no más del que les tenía ya— mordí mi labio inferior—. Por ahora no he tenido pesadillas, la melatonina me ayuda, aunque siento que es porque estoy en caliente, con mamá fue igual, las pesadillas empezaron un mes después de su muerte y… sobre el sexo, aún no lo sé.

—¿No habéis tenido sexo desde entonces?

—Si te refieres a la penetración, no.

—No creo que sea adecuado, ¿verdad doctor? — Marcos volvió a sentarse a mi lado, tirando del reposabrazos de mi asiento para pegarme totalmente a él, su brazo pasó sobre mis hombros, y en ese instante, sentí que los muros que había entre nosotros se derrumbaban por completo.

Mi Marco acababa de volver.

Volvía a ser él.

—Eso solo podéis decidirlo vosotros mismos; como pareja, puede afectaros mucho, tanto a ella como ti.

—¿A él por qué? — Deseé saber.

—Puede recordar que su mujer ha estado con otro, aunque sea en forma de agresión y que le han hecho daño, y ese recuerdo puede impedir la erección. Una violación es muchísimo más traumática para la víctima, por supuesto, pero también para las personas que están a su alrededor— cerró el puño llevándoselo a la boca para toser—. Lo mejor es que vayáis probando poco a poco.

—¿Y qué pasa con ella? ¿Cómo puedo ayudarla a superar todo esto?

Raulo suspiró con profundidad, cerrando su cuaderno.

—Sinceramente, el caso de Violeta es de lo más peculiar, la veo demasiado bien para lo que le ha sucedido, y eso me aterra bastante, porque solo puede significar que ha vivido cosas tan malas que hacen que una violación no le parezca tan grave; necesito más sesiones— su ceño se arrugó ligeramente—. ¿Ha sido la primera violación o hubo alguna más? ¿Recuerdas algún tipo de abuso sexual en tu infancia?

—No, fue la primera.

—De acuerdo.

Raulo se puso en pie, estrechándonos la mano a los dos.

—Violeta, ha sido un placer conocerte, sigue tomando la medicación y si necesitas algo más fuerte, que me temo que lo necesitarás, habla con el Señor Carusso; hay ansiolíticos y pastillas para dormir muy eficaces, es una guerra que ganarás si te dejas ayudar por las manos adecuadas.

Asentí con gratitud, aun no muy convencida de si este hombre me ayudaría en algo o no.

Como bien decía, aún estaba en caliente, las cosas podrían ir a peor así que no me confiaría.

Aunque, tener el apoyo de Marcos y, además, conocer a María, quien parecía ser una mujer honesta y libre de envidias, me estaba ayudando más de lo que ellos creían.

¿Podría ser María mi primera amiga de verdad?

Sentía deseos de verla y hablar un poco con ella.

En cuanto Raulo salió del despacho, Marcos me envolvió con sus brazos para arroparme contra su regazo.

—Lo has hecho genial.

—Gracias, *moya lyubov´*.

Desde que llegamos a España no habíamos dejado de hablar en español, y de alguna forma, me apeteció decirle aquello en ruso.

—¿Me has llamado *«mi amor»*?

—Sí, eso he hecho, ¿tiene algo que discutir, señor Leone?

—No, pero ahora querré que me llames siempre así, no sabes lo que has hecho.

Sonreí de oreja a oreja.

Seguía con un nudo en el pecho, ese nudo que pensándolo bien me acompañaba desde que tenía uso de razón.

Pero era cierto que, en estos momentos, se acababa de volver un poco más liviano.

Tal vez era cierto eso de que el amor de las buenas personas era capaz de sanarlo todo.

Y estar acompañada de Marcos y los Carusso me estaba sanando de una forma casi milagrosa.

—Has vuelto, vuelves a ser tú.

—Ajá— sus manos bajaron lentamente hacia mi trasero, sin llegar a tocarlo, esperando a que le diese permiso, asentí y entonces lo agarró con ganas—. Y no pienso volver a irme nunca más.

Volví a subirme a sus botas para ser un poquito más alta y poder llegar a darle un beso en la barbilla.

—Te amo, Marcos Leone.

—*Ti amo*, Violeta Ivanov.

CAPÍTULO 72

VIOLETA



Llevaba un buen rato sentada en el gimnasio de la mansión, viendo como Marcos destrozaba un saco de boxeo.

Narcisa apareció para enseñarme lo que Gabriel le hizo a una de sus muñecas, le cortó el pelo y le pintó la cara de verde.

Le prometí que luego el tío Marcos le echaría la bronca y se fue orgullosa y satisfecha.

Quise ofrecerle el hacer algo juntas, pero ella se negó, me dijo que quería ver donde estaba Gabriel para incordiarle un rato y que María le haría un peinado con el que estaría guapísima esta noche.

Iban a celebrar una cena especial de despedida, ya que mañana partíamos para Grecia y no podía sentirme más nerviosa.

Mi Narcisa se estaba haciendo mayor.

Y en parte me alegraba el hecho de que necesitase más espacio y poder dárselo.

En esta casa, a pesar de estar encerrados y bajo permanente vigilancia, era le lugar en el que más libre me había sentido.

Marcos iba sin camiseta, el sudor le caía por el cuerpo a chorros, la forma en la que golpeaba ese saco me hacía sentir que podría matar a cualquier persona sin armas.

Y no solo a una persona, a muchas, a la vez.

Y joder, debería darme miedo, pero solo podía sentirme orgullosa de él.

Sabía que necesitaba sanar de esa manera, él era así, una bomba de relojería; explotaba, destrozaba cosas y luego volvía en sí mismo.

Y yo amaba su forma de ser.

Cogí otra chuche ácida de la bolsita de plástico que antes estaba en su pantalón y me la llevé a la boca, mientras seguía dibujando, mirándole de vez en cuando.

Nuestros ojos se encontraron por un momento, me puse colorada sin saber por qué, tal vez por verle con los músculos tan marcados y definidos, haciendo ejercicio semidesnudo, o por la rabia que mostraban esos ojazos verdes.

Dibujó una sonrisa extraña, me tiró un beso y siguió golpeando.

María llegó apresurada, con la cabeza llena de rulos gigantes y una expresión de: *por favor, me voy a morir.*

—Tía, te necesito— por el tono de su voz intuí que estaba histérica.

—Claro, ¿qué sucede? ¿Quieres que te ayude con el maquillaje o algo?

Ella miró a Marcos por encima del hombro, haciéndome gestos para que la siguiera, me puse en pie sin pensarlo y fuimos directamente a su habitación. Salvatore discutía en la cocina con Marcela porque le puso pasas a las galletas y él odiaba la textura de las pasas.

—¡Me dan muchísimo asco! ¡Es como chupar un insecto!

—¡Pero hijo! ¡He cocinado cinco galletas sin pasas para ti!

—¡Pero yo quiero más de cinco!

—¡Pues cocínatelas tú!

—¡Pues eso haré!

María cerró a cal y canto, sentándose sobre el pie de la cama, resoplando una y otra vez.

—¿Qué sucede? — Cuestioné, entrelazando los dedos de mis manos.

—¿No estás nerviosa? Porque se van. Mañana. Me va a dar algo, intento actuar como si nada, pero… ay, dios mío.

Joder.

Y tanto que estaba nerviosa.

Corrí hacia ella, abrazándola. Hizo lo mismo, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Siento mucho haberos metido en esto, me siento tan culpable.

—Para nada, Marcos tiene que convertirse en un líder, estaremos más seguros si gana esta guerra y se casa contigo, es un bien para todos. Pero no pienses que te estamos utilizando, ¿eh? No es eso.

—Lo sé, tranquila.

—Joder, lo tenían todo bajo control, y ahora por culpa de Carla… Petra está destrozada, finge que no le importa, ni siquiera la ha vuelto a nombrar. Aun así, no come y está muy ausente, debe sufrir mucho.

—¿Petra vendrá con nosotras o irá con ellos?

—Con nosotras.

—María, no quiero que nos separemos de ellos.

—Ni yo, pero sería una locura ir todos juntos, también lo es quedarnos aquí, mientras estén pensando que podemos morir, no podrán pelear cómo es debido.

—Pero nosotras también podemos pelear, joder, yo sé empuñar un cuchillo.

—¿Y quién cuidará de los niños? Si morimos, ¿qué será de Narcisa, de Gabriel y de Mía? No podemos abandonarlos a su suerte.

Tenía razón.

—Mierda…

María se echó a llorar, volviendo a abrazarme.

—Lo siento mucho, sé que nos conocemos poco, pero Carla era mi amiga y ya no está, ni Ángela, joder, ¡Carla! ¡Te odio! ¡Zorra traidora!

Mis manos comenzaron a darle golpecitos en la espalda, noté las cicatrices en su piel pues llevaba un vestido abierto en esa zona.

—María, sé que no soy como ellas, pero espero que algún día podamos ser amigas.

—Para mí ya lo eres— sorbió por la nariz—. Te juro que me caes increíble y que no puedo estar más feliz de que estés con Marcos, eres perfecta para él.

Volví a enrojecerme.

—¿Tú crees?

—Por favor, no hay dudas.

—Pues tú también eres perfecta para Salvatore.

Ella esbozó una sonrisa tontuna.

—De eso tampoco hay dudas, mi *fetuccini* me adora.

—Van a estar bien— dije con una convicción que ni yo misma tenía.

Pero, ¿qué podía hacer? En estos momentos solo tocaba tener fe.

—¿Sabes? — Traté de animarla—. Salvatore y Marcos están tan obsesionados con nosotras que ni de coña morirían para dejarnos solas.

—Yo le he dicho que si se muere me busco otro marido, casi se vuelve loco, pero lo hice para asegurarme de que vuelve, ¿sabes?

No pude evitar reírme.

—Haré lo mismo con Marcos.

—Sí amiga, por favor.

—Les diremos que nos abriremos un perfil en una aplicación de citas y conoceremos a muchísimos hombres.

—¡Eso! ¡Y haremos una fiesta de tíos en pelotas en la mansión!

—Ajá, eso mismo les diremos.

—Se van a cagar.

María comenzó a soltarse los rulos.

—A Salvatore le encanta cuando llevo el pelo rubio con ondulaciones, y cuando me visto de negro. No quiero que se olvide de lo que tendrá esperándole, ¿qué es lo que más le gusta a Marcos que te pongas? Tiene que verte impresionante.

Me encogí de hombros.

—Creo que le gusto siempre.

Ella soltó una carcajada risueña, corriendo a por su maquillaje.

—Tía, eso es obvio, pero los hombres siempre tienen un punto débil y hoy vamos a descubrir el de Marcos, ¡tráete la ropa más sexy que tengas!

Mi móvil sonó mientras me ponía en pie y le prometía a María volver pronto. Salí de la habitación abriendo el mensaje.

Leone: *¿Dónde está mi mujer?*

Me mordí el labio sin poder evitarlo.

Le tenía guardado en la agenda por su apellido porque simplemente me ponía cachonda.

Mi sexo palpitó tan solo con leer ese mensaje.

No sabía cómo reaccionaría al momento de llegar a la penetración, pero tenía que intentarlo antes de que Marcos se fuese.

Pasase lo que pasase, yo quería ser suya esta noche.

Yo: *Poniéndome guapa para ti.*

Leone: *¿Te estás desnudando?*

Leone: *Perdón.*

Leone: *No debí decir eso.*

Leone: *No puedo evitarlo.*

Leone: *Bloquéame.*

Ay, joder, le adoraba.

Yo: *No me molesta, estoy bien, de veras.*

Leone: *¿Segura?*

Yo: *Completamente.*

Leone: *¿Te estás arreglando para la cena?*

Yo: *Sí, con María.*

Leone: *Luego tengo algo que darte.*

Yo: *¿Otra chuche?*

Leone: *Deja de ser tan porno, por favor.*

Yo: *¡No estoy siendo porno! Solo he dicho que… ¡eres tú el malpensado!*

Leone: *Lo soy.*

Leone: *Deberías bloquearme, guapa.*

Yo: *¡Que no, idiota!*

Que me llamase *«guapa»*, solo consiguió que me pusiese aún más roja.

Leone: *Estoy en la ducha, no entres. No quiero que te asustes, ¿vale?*

Yo: *¿Y por qué me iba a asustar?*

Leone: *No sé si estás preparada para ver una polla.*

Leone: *Una polla dura.*

Leone: *Porque me pone caliente hablar contigo, no porque sea un pervertido.*

Leone: *Joder, siento que cada cosa que digo lo empeora.*

No pude evitar reírme a carcajadas.

Yo: *Marcos, deja de cuidarme de forma excesiva.*

Leone: *¿Entonces si quieres ver mi polla?*

Yo: *Siempre quiero.*

Leone: *Bf…*

Yo: *¿Me estás escribiendo desde la bañera?*

Leone: *¿No puedo?*

Yo: *¿No deberías estar disfrutando de tu baño?*

Leone: *Todo lo que haga lo disfruto mucho más si es contigo.*

Quedé pensativa, detenida frente a la puerta de la habitación, él estaría en el baño en suite.

No le molestaría, solo cogería las cosas y volvería con María.

Esperaría a esta noche para darle todo lo mejor de mí.

Yo: *Marcos, hay muchas cosas que no hemos hecho juntos.*

Leone: *¿Cómo por ejemplo…?*

Yo: *Ir al cine.*

Yo: *Presentarme a tu mamá.*

Me arrepentí de eso último, tal vez no debiese habérselo dicho.

Mierda, ya era tarde para eliminar el mensaje.

Yo: *Y hacer el amor.*

Leone: *Veremos una película en el Home Cinema de Salvatore después de cenar.*

Leone: *Y si tú lo deseas, también haremos el amor.*

Evadió completamente el tema de su madre.

Y esto me dolía porque sabía que también era doloroso para él.

Deseaba ayudarle a sanar esa herida.

Yo: *Estoy deseando hacerlo todo ya mismo.*

Leone: *Yo también, mi vida.*

Yo: *¿Podemos terminar nuestras conversaciones a partir de ahora con un «te quiero» seguido de corazoncitos?*

Leone: *No.*

Yo: *¿Por qué no?*

Leone: *Porque te quiero es demasiado poco para lo que siento por ti.*

Leone: *Ti amo, bella.*

El estómago se me llenó de mariposas, notando un fuerte calor azotar cada parte de mi cuerpo.

Yo: *Ya tebya lyublyu, lyubov' moya.*

CAPÍTULO 73

MARCOS



Tenía la mejilla aplastada contra el borde de la bañera, la escuché entrar y salir de la habitación.

No sabía de qué forma digerir todo esto.

Y tampoco era capaz de trazar una manera correcta de tratarla después de todo lo que pasó a lo largo de su vida.

Tratarla bien, por supuesto, ¿pero con qué nivel de tacto? Cualquier cosa que salía de mi boca sentía que era demasiado.

Joder.

Lo único que necesitaba era cargarme de una vez a ese hijo de puta, y si las cosas salían bien en menos de una semana estaría muerto.

No iba a parar hasta quemarlo vivo.

Que Carla nos hubiese traicionado era una puta mierda, ahora los planes habían cambiado y Egor tendría margen para prepararse y defenderse de nosotros.

Debía ser lo que estaba haciendo, ya que no vino a atacarnos.

Quizá estuviese esperando que pasase el tiempo y nos confiásemos para que bajásemos la guardia, pero no éramos así de imbéciles, y Carla también lo sabía; si estaba con él, debería estar dándole consejos, esto nos jodía muchísimo, porque ella nos conocía mejor que nadie.

Salvatore tuvo que cambiar todas las claves de acceso y denegar todos sus permisos, aun así, solo estábamos seguros dentro de esta casa, y no podíamos vivir aquí encerrados para siempre.

Lo único que me daba paz era saber que pasase lo que pasase conmigo, Violeta sería feliz.

Ella estaría en Milos, Salvatore tenía propiedades privadas allí que no conocía nadie, ni siquiera yo lo sabía, y, por ende, Carla tampoco.

Hacía bien en tener secretos, visto lo visto. Era inteligente.

Y si moría, aunque le doliese en un principio, Violeta era una mujer increíblemente hermosa, con una personalidad deslumbrante, podría seguir adelante y volver a encontrar el amor, aunque yo me estuviese retorciendo dentro de mi tumba.

Lo que más deseaba en el mundo era estar con ella, pero morir por su libertad, me parecía un buen motivo para morir.

Lo intentaría, y esperaba conseguirlo.

Sobre todo, por vengar su honor.

Cuando escuché la alarma, salí de la bañera, secándome el pelo y el torso, liándome una toalla a la cintura y empezando a vestirme.

Hoy iríamos elegantes.

En nuestro mundo, los acontecimientos como las guerras se celebraban, era para lo que nos preparábamos de niños, al fin y al cabo.

Y en cierto modo, una parte de nosotros siempre ansiaba la sangre y el conflicto, así que, ¿por qué no celebrarlo?

Pantalón de pinza gris, cinturón negro, camisa negra y chaqueta gris.

Me eché el pelo hacia atrás y me perfilé la barba, sin llegar a afeitarla.

Luego un poco un perfume, y listo.

¡Que viva la vida! O, mejor dicho, la muerte.



Mi vaso de cristal brindó con los de Salvatore, Alvarito, Andrei, Mateo y Petra; echamos la cabeza hacia atrás y tragamos de golpe.

Alvarito no era un líder, pero de todos los trabajadores de Salvatore, era al que teníamos más aprecio y siempre le tratábamos como a uno más.

—Estoy tan feliz de volver a verte— Carusso golpeó con varias palmadas la espalda de Andrei, el cual le dedicó una sonrisa psicópata.

—No deberías, verme siempre significa que hay problemas.

—Nuestra vida es un puto problema— añadió Mateo, volviendo a llenarse el vaso.

Petra imitó el gesto, sin decir una sola palabra.

Verla tan seria y cabizbaja me jodía un montón.

—Eh— traté de captar su atención—. ¿Y tú qué? ¿Cómo estás?

—Cabreada.

Se cruzó de brazos, con las piernas ligeramente abiertas.

Andrei la miró de arriba abajo, por esa forma de mirarla, adivinaba que Petra le agradaba y ya estaba pensando en contratarla para trabajar para él.

Ni en sus sueños.

—Ha sido una putada— comentó Alvarito con voz tímida.

Alvarito llevaba puesto el uniforme de trabajo, pantalón negro, chaqueta negra y chaleco antibalas sobre el pecho, pistolas y cuchillos en el cinturón.

Era un tío guapetón, jodidamente moreno y con el pelo negro, ojos pequeños y rasgados, color miel.

Si no le conocías de nada, podía incluso a llegar a intimidar, pero su personalidad era la de un gatito mimoso que suplicaba cariño y amor.

A veces parecía que esa bondad y nobleza le harían ser un completo inútil en este trabajo, no obstante, todo lo contrario.

A la hora de defender, matar o lo que surgiese, el tío era efectivo de cojones, parecía ser poseído por algo maligno y luego volvía a su estado de *«buen rollo»* como si nada.

Tenía que ser géminis, como Violeta, estaba seguro.

—¿Qué horóscopo eres? — Pregunté con las cejas alzadas, mirándole por encima del vaso.

—¿A quién le importa eso ahora? — Interrumpió Andrei—. Por cierto, Marcos, creo que estos idiotas deben haber tomado el castillo, mis contactos me acaban de informar que se está llenando de coreanos.

—¿Solo coreanos? — Inquirió Salvatore.

—¿No hay rusos? — Fruncí el ceño.

Todo esto era rarísimo, y tanta incertidumbre nos tenía en puto vilo.

—No, no hay rusos, solo coreanos. Supongo que es un cebo para que ataquemos allí y luego ellos atacarnos, yo qué sé, ese puto Egor es buen estratega, ha dado todos los pasos para que pareciese que venía hacia aquí, me ha sacado del castillo y ahora lo tiene lleno de tíos que trabajan para él, así que ya me diréis, sabe lo que hace.

—No es más inteligente que nosotros— Salvatore parecía sentirse jodidamente ofendido, esto para él era lo mismo que una partida de ajedrez, lo llevaba muy a lo personal. No soportaba que otra persona fuese considerada más lista y astuta que él—. Simplemente nos saca una ventaja, la cual es Carla, hay que matar a la reina y el rey estará desprotegido; haremos jaque mate.

Volvió a beber.

Lo que os decía.

—Bueno, lo que es real es que ese tío tiene las mismas ganas de matarnos que nosotros a él.

—No, yo tengo más ganas— contradije a Andrei, quién volvió a sonreír como si acabase de decir algo super romántico.

—Por cierto, quiero visitar a Ángela, Carla me va a pagar muy caro el haberle hecho esto a mi primita.

—Claro, vayamos todos a despedirnos de ella, se lo merece— ofreció Salvatore, buscando mi mirada. Accedí.

Empezamos a movernos para ir al exterior, nos pusimos los cascos y los chalecos antibalas. Un tiro en un brazo o en una pierna no nos mataría, pero en otro lugar sí.

En pocos minutos, estábamos en el jardín, frente a una bonita lápida blanca con un montón de flores frescas, fotos de ella con nosotros y regalos.

Sabía que los regalos eran cosa de María y Marcela.

No vine a verla ni una sola vez, ni le puse una jodida flor, tampoco me sentía culpable.

Solamente me hubiese gustado que siguiese viva porque definitivamente era una buena chica y no merecía morir.

A día de hoy, la vería como a una amiga, pues no tenía duda alguna de que si hubiese muerto otro de nosotros en su lugar, igual hubiese elegido irme a Rusia, e igual me hubiese enamorado de Violeta.

Violeta no era la sustituta de Ángela.

Era la mujer de mi vida.

—Angelita— Andrei se agachó frente a la tumba, tocando la tierra húmeda y la hierba fresca que cubría su ataúd—. Tu primito ha venido desde Rusia a verte, y va a vengar tu muerte, mi niña, danos buena suerte y protégenos.

Sacó un mechero de su bolsillo, cogiendo una de las flores de la tumba, le prendió fuego y la quemó frente a ella mientras guardábamos silencio.

Los pétalos fueron ardiendo, y de algún modo, todos sentimos que Ángela estaba entre nosotros, diciéndonos que íbamos a estar bien, que conseguiríamos sobrevivir.

Una parte de mí la echó muchísimo de menos, me dolía demasiado que estuviese muerta y más por culpa de Carla, no pensaba en ello demasiado porque tampoco podía distraerme en estas cosas, ¿de qué servía meterse en un bucle del que luego no había salida? Nada de lo que hiciéramos nos la devolvería.

Me hubiese gustado mucho volver de Rusia y encontrarla feliz, quizá con algún pretendiente, y presentarle a Violeta. Estaba seguro

de que se caerían bien, aunque hubiese habido un poco de tonteo entre ella y yo en el pasado, nunca llegamos a más, y mis sentimientos por Violeta eran fuertes y reales, así que ella no debería preocuparse por Ángela, jamás.

Y Ángela seguiría con su vida sin más, tampoco es que ella estuviese enamorada de mí, o eso prefería pensar.

Nunca la entendí.

Pero de alguna forma, me sentía en deuda, como si le debiese una disculpa, por no ser lo que ella esperaba ni poder quererla como necesitaba.

Estaba seguro de que en alguna parte del mundo había un hombre destinado a hacerla feliz, y que por culpa de Carla ahora ese hombre perdió a su mujer.

Ese concepto tenía yo del amor.

Almas predestinadas.

Tal vez por eso estuve con tantas. Si no sentía esa conexión especial, me bajaba del barco a la primera de cambio. No veía sentido en forzar o intentar construir algo falso con alguien que no me hacía sentir que merecía la pena morir por ella.

Alguien como Violeta.

Y esto me llevaba a pensar en la cantidad de personas que perdían la oportunidad de conocer a su alma gemela por aferrarse a relaciones tóxicas condenadas al fracaso.

Alguien dio unos golpecitos en el cristal, Marcela nos hacía señales para que entrásemos. La cena estaba lista.

Entramos, caminando por el pasillo que los guardias dejaron abierto hasta la puerta de la mansión.

Una vez en el interior, nos quitamos los cascos y los chalecos.

En cuanto dejé mi casco a un lado, sentí el aura femenina más poderosa que haya sentido nunca, torcí el cuello hacia la dirección correcta, encontrando a una mujer pequeña, sobre unos tacones dorados, con un vestido rojo totalmente ceñido a su cuerpo, de cuello cuadrado y mangas largas, marcando sus enormes pechos y cintura de avispa.

Llevaba un recogido con algunos mechones sueltos, dejando despejada esa cara angelical y a la vez soberbia que cautivó mi

corazón.

Maldita sea.

—¿Me he muerto ya y estoy en el paraíso? —No pude evitar hacer uso de mi labia en cuanto la vi.

La testosterona tomó el control de mi cuerpo, diciéndome que tenía que seducirla de cualquier modo, y mi polla ya estaba durísima, haciendo presión bajo el pantalón.

Me iba a cagar en mi puta vida, qué bien le quedaba el rojo, hostias.

—Ni te has muerto, ni vas a ir al paraíso; iremos al infierno, juntos — su sonrisa sincera y dolorida me gustó mucho más que la sonrisa falsa que siempre solía tener, conmigo no necesitaba ocultar nada—. Marcos, estás tan guapo.

—Para ti, *cara*.

¿Y ella cómo estaba?

Estaba para follarla veinticuatro horas sin parar y sin sacársela.

Pero no se lo iba a decir, no después de la visita al psicólogo.

—Tú estás...estás...— Marcos, controla la lengua—. Por dios, bloquéame.

Carcajadas sinceras y llenas de diversión salieron de su garganta. Me sentí feliz de ser un gilipollas, pues al menos servía para hacerla reír.

—Nunca te bloquearía, adoro cada una de tus ocurrencias.

—Ajá, eso es porque no llevamos demasiado tiempo juntos.

—¿Crees que lo conseguiremos? Quiero decir, ¿crees que seremos como esas parejas de ancianos que llevan veinte años casados?

—En veinte años tú tendrás a penas cuarenta y pocos, no seremos ancianos y te seguiré follando duro.

Mierda.

Mi cara empalideció de inmediato.

—No pienso bloquearte.

—No sé tener filtros, discúlpame.

Quise encorvar mi cuello para probar esos jugosos labios pintados de un marrón clarito, llevaba un poco de sombra de ojos dorada y rímel negro, pero justamente apareció Narcisa enganchándose a mis piernas.

—¡Tío Marcos!

—¡Princesa! — La cargué rápidamente, ella rodeó mi cuello con sus brazos— Pero ¡madre mía! ¡Qué guapísima estás! ¿No serás tú la hermana pequeña de Afrodita, ¿verdad? — Volví a mirar a Violeta, que me observaba tierna y encantadora, con las mejillas levemente sonrosadas mientras se colocaba un mechón de pelo cobrizo tras la oreja— Joder, sí que lo eres.

—Violeta es super guapa, ¿te vas a casar con ella, tío Marcos?

—Por supuesto, ¿lo dudas? Porque yo no.

—¡TÍO MARCOS! —Gabriel apareció trajeado como su padre, con el pelo hacia atrás como nosotros los mayores y sus mocasines relucientes, venía oliendo al mismo perfume de Salvatore— Ven a jugar conmigo al futbol.

—Ahora está conmigo, Gabrrriel.

—No es Gabrrriel, es Gabriel, deja de pronunciar tanto las *«erres»*, me pones histérrrrico.

Violeta frunció el ceño, saliendo en defensa de su hermanita.

—Es porque es rusa, para nosotras es difícil entonar algunas letras en español. Sé más amable con ella, ¿entendido?

Gabriel la miró mal, acercándose a mí para crear sombra sobre Narcisa.

—Suéltala y ven a jugar conmigo.

Joder, parecía poseído.

—Ahora vamos a comer.

—Pues suéltala y come conmigo.

—¡Que no, pesado! — Narcisa estiró una de sus piernas, pegándole una patada en la nariz.

¡La madre que la...!

En pocos segundos, Gabriel tenía toda la cara ensangrentada mientras intentábamos agarrarle para que no fuese a por Narcisa, la cual le hacía pedorretas desde el otro extremo del salón.

¿Y estos dos estaban obligados a casarse? Menos mal que ya no.

Violeta corría tras su hermana, tratando de echarle la bronca, Salvatore se reía a carcajadas y María le limpiaba la nariz a Gabriel.

—¡Voy a destrozar todas tus muñecas, Narcisa! ¡Y quemaré cada uno de tus libros! ¡Vas a lamentar esto!

Menuda familia de locos.

CAPÍTULO 74

VIOLETA



Me sentía tan a gusto.

Nunca tuve una sensación como esta.

Creo que si tuviese que describirlo sería como decir que era un cóctel de felicidad, paz, y deseo.

Felicidad por estar rodeada de personas que me caían bien, cada vez sentía más aprecio por María y Salvatore; Marcela no me hablaba demasiado, pero entendía su postura, y tampoco es que me ofendiera; Gabriel y Narcisa se llevaban como el perro y el gato, no obstante, se pasaban las horas buscándose el uno al otro, haciéndose mucha compañía.

Para mí, poder relacionarme con otros niños hubiese sido sanador en mi infancia, así que me alegraba demasiado de que Narcisa tuviese esa oportunidad.

Paz, porque podía ser yo misma, aquí todos sabían quién era la verdadera Violeta Ivanov y nadie me juzgaba por ello. Apenas llevaba un mes en esta casa, pero ya me conocían más de lo que me conoció mi propio padre.

Y deseo, porque la presencia de Marcos, sentado a mi lado, con los puños de la camisa negra remangados y los primeros botones del cuello desabrochados, con ese cabello castaño peinado hacia atrás, su reloj brillando sobre su piel morena y esa profunda mirada color jade, me tenía suspirando.

Esta noche le pediría que me hiciese suya, de hecho, estaba deseando que esta cena terminase —, por muy agradable que fuese —, para poder estar con él. A solas.

Solo esperaba que mi cuerpo no me traicionase y sí pudiésemos hacer el amor.

Necesitaba acostarme con Marcos Leone.

Si pensaba en que mañana nos separaríamos, todos esos buenos sentimientos se iban a la mierda, así que me prohibí pensarlo, quería guardarme este sabor dulce en el paladar y mantenerlo todo el tiempo posible.

Marcos charlaba animadamente con Andrei sobre llaves que mataban al instante a su presa sin que pudiese ni llegar a defenderse. Parecía la conversación de dos psicópatas con serios problemas mentales, pero era mi psicópata y lo amaba.

Su mano sostenía un cuchillo, explicándole a Andrei de qué forma debería clavarlo para lograr menor sangrado, la otra se coló por debajo de la mesa para ir directa a mi muslo y acariciarme.

Noté como la piel se me ponía de gallina mientras se me contraía el interior de los muslos y mi sexo era invadido por un intenso calor.

Él notó mi reacción, apartando la mano con rapidez, pensando que me sentía incómoda, así que agarré su muñeca y volví a colocarla sobre mi pierna.

Decidí enviarle un mensaje.

Yo: *No pares, por favor. Te amo.*

Su móvil sonó mientras seguía charlando con Andrei.

—¿Para qué quieres menos sangre? Cuánta más sangre mejor, yo prefiero rajar gargantas y que salpique todo.

—A veces, necesitas que los asesinatos sean discretos — se burló, ojeando la pantalla del teléfono, pude escucharle aumentar su respiración, apreciando cómo se le hinchada el pecho, volvió a meter el móvil en su bolsillo y sus dedos se clavaron en mi carne.

Disimulé un gemido oculto en una tos que tapé con una servilleta.

—¿Estás bien? — Se preocupó María, que se había echado un kilo de patatas fritas con el cordero asado y Salvatore se estaba comiendo la mitad de las que tenía porque ya se acabó las suyas.

—Joder, siempre nos quedamos cortos con las patatas.

—Come, *fetuccini*, si me he puesto el doble porque sé que siempre quieres más.

—No quiero que te quedes con hambre, mi vida.

—Tranquilo, me pienso comer media tarta yo sola.

—¿Y a mí no me vas a comer?

—Obvio, después de que me comas tú primero.

—Grrr...

Bueno, estos dos ya estaban a punto de ponerse a follar encima de la mesa.

—¿Podéis parar? — Gruñó Gabriel con una mueca de desagrado — Oye, papá, ¿por qué no vas a venir a Milos con nosotros?

Silencio.

Marcela se limpió los labios, acariciando el cabello rizado y engominado del niño, Narcisa comía a su lado, se le cayó un trozo de pan al suelo y Gabriel le dio el suyo.

Ay.

Hizo un gesto muy bonito por mi hermanita, no podía creerlo.

Pensaba que Narcisa se lo tiraría de nuevo en el plato, pero no, solo sonrió y empezó a mordisquearlo.

Marcos retiró la mano de mi muslo, echándome el brazo por encima para pegarme a él, sus labios dieron un ligero beso detrás de mi oreja.

Me olió como si quisiese matarme.

Un escalofrío recorrió toda mi columna.

—Si te sigo tocando la pierna, me revienta la polla.

—Qué lástima, me estaba gustando demasiado.

Mi mano fue directa a su entrepierna, agarrándole el paquete, duro como una piedra, Andrei ahora hablaba con Alvarito y Mateo, Petra intentaba ser un poco más partícipe, hoy tenía mejor aspecto.

Todos parecían felices, como si el hecho de enfrentarse a una guerra sangrienta les hiciese sentir vivos.

La voz ronca de Marcos volvió a acariciar mi tímpano.

—Nena, ¿qué haces?

Giré el rostro para mirarle, él bajó los ojos hasta mis labios.

Los rozó con suavidad.

—Bloquearte.

—Genial, no sé cómo lo haré para ponerme de pie y que no se note.

—¿Y para qué quieres ponerte de pie?

Una chispa iluminó su mirada, no entendía qué se traía entre manos este idiota.

—Para nada, en realidad debo hacerlo de rodillas.

Marcos golpeó suavemente su copa con el lado no afilado del cuchillo, captando la atención de todos.

Acto seguido retiró su silla un poco hacia atrás.

¿Qué cojones hacía?

—No soy de este tipo de cosas, pero... ella se lo merece— argumentó, dejándome aún más confundida.

Clavó una rodilla en el suelo, cogiendo una de mis manos, María soltó un gritito eufórico, Salvatore y Andrei comenzaron a silbar mientras Gabriel tenía el ceño fruncido y mi hermana nos miraba como si en este momento ella estuviese decidiendo que algún día, quería vivir algo así.

—Marcos...

—Violeta, sé que he hecho muchas cosas mal a lo largo de mi vida, y no me importa seguir haciéndolas, es parte de lo que soy. No obstante, todo lo que tenga que ver contigo, quiero hacerlo bien, así que he decidido empezar por aquí — Marcos me colocó de nuevo su pulsera, y acto seguido, sacó mi anillo del bolsillo de su pantalón, jadeé al volver a verlo, me costó horrores quitármelo y lo había echado muchísimo de menos, creí que nunca me lo devolvería—. ¿Quieres casarte conmigo, cara?

El pecho se me vació por completo, y dos lagrimones cayeron de mis mejillas sin poder evitarlo.

—Claro que quiero, me casaría ahora mismo si pudiese.

Su sonrisa brilló resplandeciente, y aquellos ojos llenos de ilusión me desarmaron viva, mientras el anillo dorado con piedras de jade volvía a ser colocado sobre mi dedo.

—Nos casaremos a la vuelta.

—Promételo.

—Te lo prometo, mi vida.

El anillo terminó de encajar en mi dedo, brillando fulgurante sobre mi pálida piel.

Cerré los ojos implorándole a Dios, al universo, o a quien fuese que rigiese el destino de los mortales, que me lo trajese de vuelta, sano y salvo.

Maktub.

CAPÍTULO 75

MARCOS



—¿Entonces? ¿No quieres ir al *Home Cinema* para ver una peli?

Íbamos besándonos por el pasillo, chocándonos con las paredes, mientras yo le deshacía el recogido y ella se peleaba con mi corbata.

—Ya tendremos tiempo—. Beso—. Porque vas a sobrevivir —. Otro beso—. Y vamos a estar toda la vida juntos.

Más besos.

Joder.

—Me parece bien.

Conseguí apartar mis manos de su cintura, abriendo la puerta, nuestros pies se enredaron a causa de la ansiedad y caímos sobre la cama, tuve que hacer uso de todas mis fuerzas para alejarme de ella un momento e ir corriendo a cerrar con pestillo.

—Estás demasiado lejos— se quejó.

—Ya voy, mi vida.

Me saqué el cinturón de un tirón, lanzándolo lejos de nosotros, también los mocasines; y volví a estar sobre ella.

Sus dedos se enredaban en mi cabello, despeinándome, pero no más de lo que yo la despeinaba a ella.

Mis manos acariciaban cada zona de su cuerpo, ella se estremecía bajo mi toque, y yo me torturaba sin saber si iba por el camino correcto o no. Era la primera vez que me sentía confuso con una mujer.

—Nena, necesito que me guíes.

—Vas genial, sigue.

Nuestros labios resonaron al separarse, volví a por su boca, metiéndole la lengua en busca de la suya, mis manos subieron su vestido rojo hasta por encima de los muslos, ella separó las piernas dejando que me encajase.

—Quiero que tengas claro—. Lametón en la mejilla—. Que tú—. Bocado en la clavícula—. Tienes—. Beso en el cuello—. El control.

—Lo sé, me siento segura contigo.

—No pasará nada que no quieras.

—Entonces, no te separarás nunca de mí.

Nos miramos en silencio, sin ser capaz de movernos por unos segundos.

—Será por poco tiempo.

—Poco es demasiado, Marcos.

—No lo pienses, por favor.

Asintió.

—Lo siento.

—Tranquila.

—¿Quieres que pongamos música?

A pesar de estar aceptando cada una de mis caricias y besos, la veía asustada y tensa, y pensaba que estaba más preocupada por lo que pudiese suceder que por lo que estaba sucediendo.

Necesitaba dejarse llevar.

—Sí, pon nuestra canción.

—No— ni de coña, esa canción ya no era nuestra canción, formó parte de algo jodidamente turbio— O bueno, sí, pero elijamos otra.

—Vale, ¿puedo elegirla?

Asentí.

Ella cogió su móvil, abriendo su galería de audios.

Wildflower de Billie Eillish comenzó a sonar.

—Violeta.

—Dime, Marcos.

—No vuelvas a decirme adiós, nunca más.

—¿Por qué dices eso?

—Solo promételo.

—Te lo prometo.

Mis manos volvieron a acariciar la tela del vestido, mientras con la boca repartía pequeños y suaves besos por su cuello.

Ella cerró los ojos, dejándose llevar por la melodía, enredé los dedos en su cabeza, masajeando suavemente su cuero cabelludo mientras la otra le iba deshaciendo el broche del vestido.

Poco a poco.

Ella se aferró a mis hombros, noté que en algunas ocasiones apretaba con las manos, me clavaba las uñas y me arañaba, más su expresión tranquila y placentera, junto a sus gemidos, me hacían pensar que iba bien.

Estaba teniendo más paciencia de lo normal y usando toda la lista de preliminares posibles antes de llegar, porque joder, esto no era un polvo cualquiera, era mi chica, mi mujer, y no podía decepcionarla.

Pensar que desde esta vez en la que íbamos a follar, ya solo follaríamos el uno con el otro por el resto de nuestras vidas, me hacía entrar un poco en pánico.

¿Y si yo no era suficiente para ella?

¿Y si después de hacerlo me pasaba lo mismo que con todas?

Una parte de mí quería salir corriendo por miedo a encontrarse al antiguo Marcos.

Pero la otra, me decía que la forma en la que el corazón me latía dentro del pecho, no podía estar equivocada.

Mis dedos se aferraron a los suyos en el momento que terminé de quitarle el vestido, la tenía casi desnuda delante de mí, tan solo con un tanga negro de encaje y el sujetador.

Mis dientes arañaron el tirante de este, bajándolo por el hombro, mientras llevaba la mano a su espalda y le quitaba el broche, ella enredó sus piernas entre las mías y ocultó el rostro en el hueco que se formaba entre mi cuello y el hombro.

Comencé a besarla completa, acariciando sus pechos suavemente, llegando a los pezones por último, estimulándolos primero con las yemas de los dedos y finalmente con más besos.

—Mi amor, ¿cómo estás?

Necesitaba que me hablase.

—En el paraíso.

—Estamos en el mismo lugar, entonces— sonreí, bajando lentamente por su ombligo, no perdiendo de vista aquellas preciosas tetas que me volvían jodidamente loco.

—Quítate la camisa, por favor, necesito verte.

—Claro.

Estaba tan centrado en ella que casi olvidé que seguía vestido.

Terminé de deshacerme de los botones, bajándola por mis hombros, ella se mordió el labio al contemplar mi cuerpo, llevando sus manos a mi pecho, acariciándolo con suavidad, mientras besaba mi abdomen.

—¿Te gusta tu marido, Violeta?

—Lo amo.

—Yo también amo a mi mujer.

—Abrázame, necesito que todo tu cuerpo me rodee, necesito sentirte en todas partes, cariño, te necesito dentro de mí.

—Sus deseos son órdenes, princesa.

Ella rio, tal vez por lo mismo que lo hice yo, añoranza de nuestros comienzos.

Violeta se había convertido en los mejores recuerdos de mi vida.

Maldita sea.

¿Cómo un ser tan frío proveniente de un lugar tan gris, podía aportar tanta luz a mi triste existencia?

—¿Sigues odiando la nieve? — susurró, notando como mis dedos se colaban en el interior de su ropa interior, la humedad que encontré en ella me sorprendió de forma grata, comencé a estimular su clítoris tranquilamente, dándole los mimos y cuidados que merecía.

—No, me encanta.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo?

—Desde que conocí a un copito nevado llamado Violeta Ivanov.

—¿Soy un copito de nieve? — Su vocecita salió de lo más tierna, un gemido se le escapó en el momento que aumenté un poco las caricias en su zona íntima.

—Eres un millón de cosas, y todas buenas y bonitas— la polla me palpitaba en el interior del pantalón, tanto que dolía; tenerla junto a mí, tan dispuesta, tan desnuda, tan mía, me estaba volviendo loco.

Pero debía seguir controlándome.

—*Cara*, voy a meter un poco el dedo, avísame si debo parar.

—Hazlo.

En cuanto rocé su entrada, sentí que me iba a correr en los putos pantalones, qué jodida locura.

Tuve que apretar la mandíbula y apartar la mirada para no volverme loco y empezar a follármela como una bestia.

Ella no necesitaba eso.

Ella necesitaba alguien que la cuidase.

Y yo me convertiría en todo lo que esta mujer quisiera.

Mi dedo se introdujo a lo largo de su interior, ella abrió los labios para suspirar, abriendo aún más las piernas, acariciando mi cabello mientras buscaba mis besos.

—¿Bien?

—Sí, sigue.

—Voy con un dedo más, ¿mmm?

Dios, qué dolor de polla.

—Por favor.

Fui introduciendo el segundo poco a poco, como si fuese virgen, como si nunca nadie la hubiese roto, tratándola con la delicadeza, el amor y el tacto que ella merecía.

—Están dentro, cariño, ahora voy a moverlos, ¿vale?

—Sí.

—Avisa si quieres que pare.

Mi mano se colocó de forma que la palma frotaba su clítoris mientras los dedos seguían penetrándola, esto hizo que se retorciese y humedeciese todavía más con cada movimiento.

En pocos segundos la tenía gimiendo mi nombre, suplicándome que entrase en ella de otra forma.

—Marcos…Marcos, joder.

La canción terminó, empezando a sonar nuevamente *Shape of my heart.*

Mis ojos se abrieron sorpresivos, pensando que debería cambiarla rápidamente, ella me detuvo.

—Sigue siendo nuestra canción— sus manos apretaron mis mejillas, manteniéndome la vista fijada en ella—. Nadie nos la

quitará. Hazme el amor.

—¿Segura?

—Más de lo que lo he estado nunca.

Saqué los dedos de su interior, notando como los echaba de menos.

Separé sus piernas con cuidado tras quitarle la ropa interior, me deshice de los pantalones y los *bóxers*, volviendo a estar en la cama de rodillas, frente a ella.

Sus ojos fueron directos a mi erección, dejé que la mirase y evaluase lo que realmente quería de mí.

No iba a presionarla.

Ni un poco.

—Vuelves a estar muy lejos.

—Puedo estar muy cerca.

—¿Pues a qué esperas?

—A lo que he esperado siempre, tus órdenes.

Ella se relajó por completo, volviendo a sonreír.

—Fóllame, Marcos Leone.

Como un animal en celo, me abalancé sobre ella, comiéndomela entera.

Mi boca repasó su coño húmedo, arrancándole gritos de placer, volví a chuparle las tetas, mientras frotaba mi erección contra su clítoris, notando como se me empapaba de ella a la vez que volvía a meterle la lengua hasta la garganta.

—Follas como los dioses, joder.

—Aún no te estoy follando, nena.

Mi comentario la dejó aturdida.

Saqué un condón de la mesita de noche, rasgué el plástico con los dientes y me lo coloqué.

Acerqué la punta de mi polla a su entrada, acariciando los bordes suavemente, sus piernas se abrieron aún más, abrazándose a mis caderas; empecé a hacer movimientos lentos para calentarla y que se relajase.

Tenía un coño bastante pequeño, me asustaba hacerle daño, joder.

Hice un poco de presión, notando como se tensaba.

—Violeta.

—¿Qué? — Susurró, asustada.

—Mírame, soy yo, no es él. Soy yo el que está entrando en ti.

Ella asintió, volviendo a acariciarme la mandíbula.

—No dejes de mirarme— suplicó.

—No lo haré—me detuve un poco al notar la presión en mi miembro, había metido la punta— Te quiero, nena.

—¿Cuánto? — Una pequeña lágrima le corrió mejilla abajo, el pánico se estaba adueñando de ella.

Mis dedos se entrelazaron una vez más a los suyos, apretando con fuerza.

—¿Infinito te es suficiente?

Asintió, relajándose un poco, cerrando los ojos.

—Mírame— insté, sabiendo que ser consciente de la realidad le ayudaría aún más.

—Sí, perdón, estoy nerviosa.

—Escúchame, no va a pasar nada que no quieras, estoy a medio entrar en ti porque tú lo has querido, y puedo terminar de entrar o salir, lo que desees; solo tienes que pedirlo, tienes el control absoluto, nena. Repítetelo hasta que te sientas tranquila y luego dime qué hacer.

Seguía asintiendo, con las pulsaciones disparadas, me mantuve erguido sobre ella, esperando.

—Tengo el control— dijo en voz baja—. Yo mando.

—Exacto, así es.

—Tengo el control— su voz salió más calmada.

—Lo tienes, mi vida.

—Entra.

Incliné mi cintura un poco más hacia ella, no pude evitar rugir al sentirme envuelto por su sexo, era la mejor puta sensación del mundo.

Nunca probé un coño así.

Que jodida locura.

—Marcos…

—Dime, cielo.

—Es… es… distinto.

Su voz se rompió por completo, me asusté muchísimo queriendo salir de ella, no obstante, sus piernas se aferraron más a mí, clavándome de nuevo las uñas.

—No lo hagas, ni te atrevas a salir de mí.

—Pero estás llorando.

—De felicidad, joder.

—¿Por qué?

—Porque es muy diferente a él, es… es… joder, tenía miedo de que fuese siempre así.

Mierda, pobrecita.

Volví a relajarme sobre ella, inclinando mis caderas en un balanceo suave, como si estuviésemos bailando.

Dentro, fuera.

Dentro, fuera.

Arriba, abajo.

—Claro que es distinto, para mí también lo es.

—¿También?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque te quiero, es la primera vez que follo con una mujer a la que quiero.

Me moví con un poco más de ímpetu, su espalda se arqueó a la vez que gritaba con fuerza mi nombre, no iba a impedírselo, tal vez no volviese a verla nunca más porque me friesen a tiros, y este momento debería ser memorable para los dos.

Ella me recordaría, aunque conociese a otros hombres.

Y yo no la olvidaría ni estando muerto.

Seguimos así durante bastante tiempo, mi cuerpo sudaba junto al suyo, nuestras bocas volvían a estar unidas, y nuestras manos, seguían peleándose con nuestro pelo.

No dejé de masajear su cuello, su cuero cabelludo, la zona trasera de las orejas, sus hombros…

Y ella se retorcía con cada una de las sensaciones que le ofrecía mi cuerpo, era dulce, sensual y apasionante.

Y joder, como me gustaba.

Sus piernas se enrollaban en mis caderas cada vez más, y sus brazos en mi cuello, estaba totalmente atrapado por ella y no quería ser salvado por nadie.

La agarré de la espalda, sosteniéndola con fuerza, pegándola a mi pecho.

Una sonrisa ladina se dibujó en mis labios, era hora de empezar a follar de verdad.

—Disfruta del viaje, cariño— moví las caderas como tocaba, haciéndola gritar más fuerte, sintiéndome mareado del placer.

Esta mujer era una puta droga.

Empecé con un ritmo que aumentó nuestra sudoración, ella se corrió a los cinco minutos, dejándome totalmente empapado, le pregunté si quería que parase, y me suplicó que le diese más.

Me deshice de sus piernas, colocándola boca abajo, mis manos agarraron su cintura para alzarle el culo y entré, notando como su calidez me abrazaba de nuevo.

Las gotas de sudor bajaban por su espalda mientras mi polla la penetraba profundamente, no entendía como podía caber en su coño, me daba miedo incluso hacerle sangre; no obstante, lo único que recibía de ella eran aullidos de placer.

—Estás dejando las sábanas echas un desastre, princesa.

Se le quedaron los ojos blancos en el momento en que me clavé hasta el fondo, colando los dedos por debajo de su vientre para estimularle el clítoris.

—Dios…Marcos… ¡Ah, joder! ¡Mierda!

—Muerde la almohada, te ayudará.

Hizo caso, hincando los dientes en esta con la mirada acuosa, mientras mi polla estaba a punto de explotar.

Hundí los dedos en la carne de su culo blanco, viendo como dejaban marcas rojas. Entré y salí cada vez más rápido mientras ella ahogaba los gemidos y volvía a correrse.

Mis manos subieron por su vientre, agarrándole ambas tetas, la alcé para que su espalda cayese sobre mi torso desnudo, uno de mis brazos la atrapó por un muslo y seguí penetrándola de esa forma, mientras le mordía el cuello.

—¡Marcos! ¡Marcos, joder! ¡No puedo más!

—¿Tengo que parar? — Pregunté, sin bajar el ritmo ni un poquito.

Era tarde para mí.

Ya estaba completamente loco por ella.

Ella rio malévola, como una bruja malvada.

Joder, me flipaba.

—Sé que no pararías, ni aunque… ¡Ah! ¡Mierda! Ni aunque te lo suplicara…

—Prueba.

—Para.

—No.

Volvió a reírse de forma perversa.

Mi Violeta había vuelto.

La princesa mandona a la que le encantaba discutírmelo todo y sacarme de quicio estaba aquí, con su coño chorreando sobre mi polla.

—Qué cuerpazo tienes, nena, no pienso dejar que me maten, tengo que volver a follarte. Ni de coña voy a dejar este coño para otro.

Comencé a morderla por todas partes, dejándole marcas del deseo que sentía por ella.

La dejé caer de rodillas sobre la cama, ella alzó los brazos recogiéndose el pelo, mis manos acariciaron su espalda, dándole una fuerte cachetada en el culo para tomar esa melena oscura que de buen agrado me estaba ofreciendo. Volví a penetrarla.

La follé en esa postura hasta que sentí que me dolían los putos huevos de las ganas de correrme en ella.

—Marcos.

—Dime, preciosa bruja.

De todos los motes que le había puesto, ese pareció ser su favorito.

—Quiero saborear tu corrida.

Hostia puta.

—Confieso que yo quiero lo mismo.

—Hagámoslo.

Solté su cabello, tumbándome en la cama mientras la cogía como si fuese una muñeca, la senté sobre mi cara, metiéndole la lengua

hasta el fondo. Su vientre se contrajo entre jadeos y gemidos y me llenó la boca de ella.

Noté como me quitaba el condón, acariciando mi polla con esa mano pequeña e inexperta.

Sus labios apretaron el glande y no pude evitar dejarme ir.

Exploté sobre su lengua y sentí que acababa de llegar al putísimo paraíso.

Insistí con mi boca, matándola de placer, enganchándola por las caderas para que no pudiese separarse de mi cara.

Lamí y lamí hasta que sentí que le dieron convulsiones y rogó que por favor parase.

Cuando salí de debajo de ella, estaba tirada en la cama; sin fuerzas, pálida y con los pezones duros como piedras.

De entre sus labios sobresalía un hilo de semen.

Estaba hecha polvo.

Y se veía salvajemente preciosa.

—¿Estás bien?

Parecía en shock.

Tenía los pechos tan hinchados que podría decir que aumentaron de talla.

—No.

—Joder, ¿me he pasado?

—No.

—Nena, no me asustes, di algo.

—Creo que necesito un exorcismo.

—¿Pero qué cojones dices?

—Te lo juro, siento que estoy muerta y poseída a la vez. No follas como un Dios, Marcos Leone, follas como el puto diablo.

—Y tú follas como una bruja desquiciada— me miró atónita—. Me ha flipado, nena.

Joder.

Era la primera vez que me corría y ya estaba deseando repetir.

Que puta locura.

CAPÍTULO 76

VIOLETA



Todo se veía oscuro, la luz parecía haberse ido, una fuerte tormenta azotaba el castillo. Siempre me gustaron, pero esta vez era diferente.

Sentía como si esa tempestad tuviese el objetivo de venir a por mí, de tragarme y congelarme para siempre.

A pesar de las mantas seguía muerta de frío.

Intentaba llamar a Marcos para que viniese, debería estar en la puerta haciendo guardia, pero la voz no me salía, parecía tener la garganta taponada.

Imposible.

Traté de mover los dedos de los pies, los tenía completamente entumecidos.

Como si mi cuerpo entero se encontrase anestesiado.

El pánico empezaba a apoderarse de mí, de nuevo aquella fuerza oscura arremolinándose en mi pecho, impidiéndome respirar.

La puerta se abrió un poco, dejando entrar algo de luz. Sentí alivio al pensar que Marcos quería asegurase de que estaba bien, no obstante, en vez de ver unos ojos verdes, lo que encontré, fueron unos grises.

Egor Maslov.

La puerta se cerró tras su espalda, seguí luchando contra mi cuerpo inmóvil, tratando de escapar, gritar o huir.

Era imposible.

Sus manos ya estaban sobre mí, sobre mi cuello, impidiéndome respirar.

Iba a morir.



—¡Violeta! ¡Violeta despierta! ¡Nena, joder!

Cuando abrí los ojos y volví a ver luz, mis puños se lanzaron hacia la cara de Egor.

Logré ponerme en pie, abrazándome a mí misma mientras abría rápidamente la puerta para salir corriendo y buscar a Marcos o pedir ayuda a cualquier persona.

—¡Violeta!

—¡Déjame, hijo de puta!

—¡Violeta, soy yo!

Me detuve unos instantes al reconocer su voz.

Unas manos grandes y ásperas apartaron el cabello con cuidado de mi cara.

Él estaba sangrando por el labio y tenía la cara llena de arañazos.

—Cariño, ¿qué sucede?

Mi mente comenzó a reunir recuerdos.

Cenamos con los Carusso, hicimos el amor, volvimos a ver Buffy Cazavampiros y dormimos abrazados después de una ducha y varios masajes en mi espalda y pies.

Era Marcos.

Estaba con Marcos.

Solo fue una pesadilla.

Dios santo, le hice daño.

—¡Ay, Marcos! ¡perdóname!

—Chiiis, tranquila— me abrazó, acurrucándome en su pecho desnudo; solo llevaba el pantalón de un pijama gris—. Estás totalmente a salvo.

—Pero tú no, te he arañado la cara y estás sangrando.

—Es lo que pasa cuando duermes con una brujita.

Le achuché muy fuerte.

—Déjame curarte.

—No es nada, cálmate y volvamos a la cama.

Marcos agarró mi mano, obligándome a sentarme y recostarme sobre las almohadas.

Luego abrió el cajón de la mesita de noche, apretándose el labio con la camiseta, manchándola de sangre.

—Abre la boca— obedecí y puso una chuche en mi paladar, me hizo gracia que pensase que esto era curativo—. Ciérrala. Eso es. Ahora chupa hasta que se te pase. Me lavo la cara y regreso.

—¡No, no me dejes aquí sola! — Me puse en pie de un brinco persiguiéndole hasta el baño.

—Violeta, él no va a llegar hasta ti, estás a salvo, confía en mí.

—Me da igual, no quiero— volví a aferrarme a él como una lapa, mirándole con tristeza, él se limpiaba la herida y los arañazos con alcohol mientras yo le murmuraba en voz baja lo mucho que lo sentía.

Lo hizo todo con una mano.

Sin dejar de abrazarme con la otra.

No sabía cómo coño iba a sobrevivir sin Marcos cuando nos separásemos.

Maldita sea.

En cuanto terminó de limpiarse las heridas, me cargó en brazos y me llevó de vuelta a la cama.

Entonces decidí devolverle el favor.

—¿Puedes tumbarte boca abajo? — Pedí, sacando una de mis cremas del neceser.

—¿Para qué, nena?

—Solo hazlo.

Sin rechistar, hizo lo que le pedí.

Vertí un poco del ungüento sobre mis palmas, acariciando con calma sus omoplatos, estar en contacto con su piel siempre me aliviaba.

—Oh joder, que rico— murmuró, medio adormilado.

—Relájate, cielo. Yo cuidaré de ti.

—Y yo de ti, nena.

CAPÍTULO 77

MARCOS



Llegó el día.

Lo esperé con la misma impaciencia que un niño espera su juguete favorito.

Yo era ese tipo de niño que quemaba aquello con lo que jugaba.

Y Egor iba a ser mi mayor diversión.

Salvatore se tomó un café solo sin azúcar, yo hice lo mismo, al igual que el resto de hombres, excepto Andrei que prefirió empezar la mañanita con vodka.

Puto ruso psicópata.

Eran las seis y media de la madrugada.

María, Violeta, Narcisa, Gabriel, Marcela y Petra se colocaron en fila a mitad del salón.

Alvarito y Mateo bajaron todas sus maletas, aunque yo ya traje las de mi mujer.

—Papá—. Gabriel miró con pesar y ojos brillosos a su padre—. Quiero que vengas, por favor.

—*Amore mio* —. Salvatore se puso de cuclillas frente a él—. Papá tiene que trabajar, y necesito que cuides a mamá y a Mía, ¿vale? Eres el cabeza de familia en este momento, no me decepciones.

El pecho de Gabriel se infló de inmediato.

—A sus órdenes, señor.

Salvatore le dio un pequeño golpe en el hombro mientras este asentía.

Yo no quería ser padre, pero a veces admiraba la relación de estos dos.

—¿Has oído eso, Narcisa? Estoy al mando, harás todo lo que yo diga.

—Ni en tus sueños, tonto del culo.

Codazo.

Arañazo.

Grito.

Y a llorar.

—¡No empecéis! — Rechistaron María y Violeta a la vez.

Mi preciosa princesa tenía la cara pálida, sin nada de maquillaje, con una trenza mal hecha y un chándal bastante mediocre. Se le veía sin demasiados ánimos; aunque para mí se veía como una modelo de Victoria Secrets desfilando por una pasarela de lujo.

—Todo estará bien— susurré después de dejar un beso sobre su frente.

Ella tan solo asintió. Temblaba.

Tenía una bolsita con la medicación que le recetó Salvatore para estos meses; era un poquito más fuerte pues necesitaba asegurarme de que estaría bien en mi ausencia y de que como mínimo, podría dormir y superar los ataques de ansiedad.

María me prometió ayudarla y no dejarla sola.

—¿Cuánto vais a tardar en volver de Rusia? —La pregunta de María salió como un lamento, mientras Marcela se sonaba en un clínex.

Parecía que ya estuviésemos muertos, joder.

—María—. Salvatore pronunció su nombre con autoridad y ella apartó la mirada disgustada.

Sabía que no podían hablar de estas cosas delante de los niños.

Y que tampoco podíamos darles una fecha.

Con una mirada más tierna, añadió:

—*Ti amo, fetuccina*, nos veremos pronto.

—Más te vale.

—Ya te echo de menos—. Salvatore le acarició el mentón mientras Petra abría la puerta.

Coloqué el chaleco antibalas en el cuerpo de Violeta luego de colocárselo a Narcisa.

Mis labios besaron los suyos antes de ponerle el casco.

Me dolía ver como temblaba.

—Todo irá bien.

—No debería ir en el mismo coche que ellos, yo… yo soy el objetivo…

María le agarró la mano, atrayéndola hacia ella.

—Iremos juntas y punto, cállate ya de una vez.

Gracias, María.

—Tú no eres el objetivo de nadie— aclaré—. Solo el mío, así que deja de temblar.

Asintió, con el casco bailando un poco sobre su cabeza, era tan pequeñita.

Una limusina llena de tíos armados se colocó frente a la entrada con la puerta abierta, los hombres hicieron un pasillo para protegerlas, Salvatore dio la orden de subir.

—Rápido. Vamos. Gabriel, date brío.

—Sí, papá.

Violeta miró hacia atrás asustada en cuanto le tocó salir, era la primera vez que salían en más de una semana encerradas.

Tal vez las medidas de seguridad podían causarle un poco de impresión, pero eran necesarias.

Le guiñé un ojo antes de ponerme el casco, María tiró de su brazo para que subiese y Salvatore cerró, dando un golpe al capote para que se pusieran en marcha.

Doce coches de escolta y veinte motos.

Salvatore iba justo detrás de ellas y yo delante con la moto, junto a otros motoristas más.

De vez en cuando adelantaba a los demás para ver si el camino estaba despejado y después, regresaba a mi posición.

Todo parecía muy tranquilo.

Cómo si Egor ni siquiera hubiese salido de Rusia.

No encontramos indicios de nada.

Ni rastro de Carla.

Lo que sí sabíamos era que no había salido del país, teníamos todos los aeropuertos y salidas controladas.

Aun así, era como si el mar se la hubiese tragado.

En cuanto llegamos al aeropuerto sentí un poco más de ligereza, los aviones de Salvatore y Andrei esperaban colocados en fila paralela, el que iba a despegar ya se encontraba calentando motores.

Tenía que ser lo más rápido posible.

Los coches comenzaron a aparcarse en posición de defensa, yo seguí junto al que las llevaba dentro, justo al lado de dónde iba sentada Violeta. Cuando nos detuvimos, coloqué mi mano sobre el cristal de la ventanilla y ella hizo lo mismo.

La puerta del avión se abrió, unieron la escalerilla y dieron el aviso para subir.

Dejé la moto a un lado, Salvatore vino conmigo, ordenando a las mujeres permanecer en el coche.

Junto a Petra, revisamos que todo estuviese en orden, que nadie se hubiese colado y que el viaje se hiciese con las personas autorizadas.

—Correcto— avisé tras inspeccionar la cabina del piloto.

—Correcto— avisó Petra, saliendo de los baños.

Salvatore asintió y bajamos.

En cuanto ellas descendieron del coche con los niños, Mía Carusso empezó a llorar por el sonido de los motores del avión, vi en la expresión de Salvatore como se le partía el alma.

Nuestros hombres volvieron a formar un pasillo, ellas corrían a toda prisa.

María fue la primera en subir, con la bebé envuelta en un chaleco antibalas, su mirada afligida se cruzó con la de Salvatore.

—Vuelve. — imploró, con la voz totalmente rota.

—Volveré, cariño.

Ella me miró directamente a los ojos, Mía cada vez lloraba más fuerte, como si tuviese un mal presentimiento.

—A ti te digo lo mismo, vuelve.

Asentí.

María y Mía pasaron al interior del vehículo, seguidas de Gabriel y Narcisa, tras ellos iba Marcela y, por último, ella.

Violeta.

En cuanto nos miró, se me descompuso el cuerpo al ver aquella cosita pequeña y asustada.

—¿Te has tomado la medicación? — Preguntó Salvatore.

Confirmó con un suave movimiento de cabeza.

—Si te sientes muy mal, en cuatro horas toma otra pastilla. Solo media.

—Gracias, así lo haré.

Fue a entrar, evadiéndome; tal vez por el terrible miedo que estaba pasando, o porque también tenía un mal presentimiento al igual que la pequeña Mía.

Joder, necesitaba que las cosas saliesen bien, por una vez.

—Eh— agarré su muñeca—. Te amo, ¿vale? No lo olvides.

Volvió a asentir.

—Y yo a ti.

—Me alegra escucharlo.

—Oye.

—Dime.

—No te mueras.

—No me moriré.

—Vale.

—Oye — no podía soltarla.

—Qué.

—Cuídate mucho.

—Cuídame tú.

—Pronto.

Con todo el dolor de mi corazón, tuve que aflojar el agarre sobre su muñeca, separándome de ella, notando como una parte de mi alma se iba junto a la suya.

Aún más encogida, fue caminando hacia los asientos traseros, allí se abrazó a su hermana, bajando la tela de la ventanilla.

Fruncí el ceño al ver que no esperó a las cuatro horas y se metió media pastilla más, creyendo que nadie le veía.

Quise echarle la bronca, pero no era momento para ello.

—Tranquilo, son flojas, como mucho la dejarán atontada— Salvatore también se dio cuenta.

Su mano golpeó mi hombro, era hora de bajar y dejarlas ir.

Descendimos por la escalerilla mientras Petra ascendía, en cuanto retiraron la escalera, ella se despidió con un gesto militar y cerraron la puerta.

Salvatore se encendió un cigarro y yo directamente me llevé a la boca un porro de maría que me lie antes de salir.

Era mucho más nervioso que él.

Andrei se colocó a nuestro lado.

—Ale, mujeres y niños a salvo, ya podemos hundir el Titanic— chasqueó los dedos haciendo un movimiento grácil de caderas—. ¡Que empiece la fiesta!

—¿Lo sientes?

Aquella pregunta por parte de Carusso me hizo entrar en tensión.

—¿Tú también tienes un mal presentimiento?

—Oye— Andrei se metió en la conversación—. No empecéis con esas chorradas, ¿qué cojones somos ahora? ¿Las embrujadas?

Aguardamos allí un buen rato, con aquel mal presentimiento clavado en el pecho.

Salvatore ordenó salir dos aviones más detrás de ellas para protegerlas.

Ahora nos tocaba embarcar a nosotros, Rusia nos esperaba.

CAPÍTULO 78

VIOLETA



El vuelo estaba siendo tranquilo, hacía buen tiempo y no teníamos turbulencias, aunque Mía no dejó de llorar todo el camino.

María se veía agotada, le ofrecí coger a la pequeña un par de veces, pero se ponía peor.

Con Marcela también.

—Es que es demasiado *padrera*, está así por Salvatore, si la conoceré yo — decía, caminando con ella en brazos de un lado al otro del avión.

Miré mi teléfono, hablé un poquito con Marcos, pero tampoco quería molestarle demasiado. Ahora debía concentrarse en el viaje a Rusia.

Joder.

La cabina apagó las luces y el piloto nos avisó de que pronto estaríamos en tierra, una parte de mí se moría por aterrizar, pues eso significaría que ya quedaba menos para irnos y volver a verle.

Porque volvería a estar con él, ¿verdad?

Fuimos descendiendo lentamente, hasta que sentí como las ruedas del avión tocaban el suelo.

La velocidad fue disminuyó hasta detenernos por completo.

—¡Estamos en Milos! — María intentaba animar a los niños, aunque ni ella misma tenía fuerzas para Sentirse animada.

Definitivamente era una madre de diez.

Yo no podría.

Esperamos impacientes, levantándonos, aguardando a que el piloto saliese y nos abriese la puerta.

No salía.

—¿Se habrá dormido dentro? — inquirí, Petra se colocó frente a nosotros, yendo hacia la cabina, tocó con los nudillos.

—¿Hola? ¿Podéis salir y abrir? ¿Hay algún problema?

Petra intentó abrir ella misma, la puerta se encontraba bloqueada.

Subí la estela de la ventanilla, viendo otros dos aviones aterrizar a nuestro lado.

Uno era el de Mateo.

Salvatore envió hombres de más para cuidar de nosotros, al parecer no se quedaba tranquilo.

Pude ver como acercaban una escalera para pegarla a la puerta.

Mateo hizo signos con las manos los cuáles significaban: *¿por qué no abrís?*

Me encogí de hombros dándole a entender que no tenía ni idea.

Narcisa se abrazó a mi cintura.

—Violeta, quiero salir ya de aquí.

—En poco, cariño.

—¿En poco cuánto es?

—Un ratito de nada.

Petra estaba dispuesta a derribar la puerta cuando el piloto salió de la cabina, mirándonos con una expresión extraña.

—Disculpad, me he mareado un poco, no sabía qué me pasaba.

—Tienes prohibido cerrar desde dentro, es una de las órdenes más claras de Salvatore, ¿por qué lo has hecho?

—¿Qué? No tenía ni idea, es un paso a seguir por protocolos de seguridad.

Esquivando la mirada furtiva de Petra, el piloto nos abrió. Una corriente de aire limpio y fresco llenó nuestros pulmones, devolviéndonos un poco de paz.

Apreté la mano de Narcisa quien me regaló una ferviente sonrisa.

María fue la primera en bajar con la niña, Petra la siguió, Marcela fue la siguiente y Narcisa se animó a ir con Gabriel.

—Disculpa, ¿ese bolso que está ahí es tuyo? — El piloto señaló hacia los asientos traseros.

—No he traído ningún bolso.

—Ah, pues será de ellas.

Miré estirando el cuello, no veía ningún bolso, él era más alto, así que decidí ir hasta donde señalaba y coger lo que fuese que había para llevárselo a las chicas.

La puerta se cerró a cal y canto. El piloto volvió a meterse en la cabina.

El avión comenzó a moverse, mi expresión de terror fue visible para todos los que estaban en tierra, mientras golpeaba histérica el cristal de la ventanilla.

No había ningún puto bolso.

—¡Déjame salir de aquí! — corrí hacia la puerta, golpeándola, dándole patadas, haciendo todo lo posible—. ¡Por favor, no te he hecho ningún daño! ¡Déjame bajar y quedarme con ellos!

Una voz se oyó por los altavoces.

—Si te dejo con ellos, todos morirán, ¿no prefieres morir solamente tú, Violeta?

Mierda.

El móvil.

Seguía teniendo mi móvil.

Corrí desesperada a encerrarme en el baño. Eché el pestillo, sentándome sobre el váter.

Me conecté al wifi del avión, pues ya no tenía señal de red.

Suponía que cortaría la señal en cuestión de segundos, así que decidí mandar un audio porque era más rápido que escribir.

—Marcos, han dejado bajarse a todos menos a mí, el piloto me ha engañado; dijo que se quedó un bolso atrás, fui a cogerlo y despegó conmigo dentro. Dice que voy a morir, por favor, pase lo que pase, no olvides que te quiero.

La señal desapareció en cuanto el audio fue enviado.

Apagué el móvil para ahorrar batería y lo escondí dentro de mi sujetador.

Estaba claro que esto era cosa de Egor.

No sabía cuánto tardarían en sacarme de aquí, ni a las de torturas que me someterían.

La idea de coger todas las pastillas y tomármelas para tener una muerte digna y sin dolor me pareció la mejor opción. Pero entonces, pensé que nunca más volvería a verle, y prefería soportar cualquier dolor, a renunciar a él.

CAPÍTULO 79

NARCISA

No podía hacer otra cosa que llorar, mi hermana desapareció en un avión delante de mis ojos, y lo último que recordaba de ella era su cara de terror y pánico.

Iban a llevarla a un lugar terrible y le harían cosas malas, estaba segura.

Todo el mundo daba vueltas de un lado para otro en la casa en la que estábamos, rodeados de hombres armados que se veían nerviosos y agitados. Mateo decía que había peinado la zona varias veces y que Salvatore tenía el acceso al aeropuerto de la isla cerrado, eso se suponía que debería tranquilizarnos, pero yo no sabía ni qué significaba exactamente y solo quería estar con Violeta.

Sorbiendo por la nariz, me bebía las lágrimas. Nunca lloré tanto como hoy, ni siquiera el día que se fue mamá.

—Mi vida—. María se sentó a mi lado, levanté el rostro hacia ella —. Quiero que sepas que Salvatore y Marcos ya están de camino para ir a por Violeta, y la van a traer en un santiamén, sana y salva.

El corazón me palpitó con fuerza.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí, cielo.

—Ella es mi única familia, me quedaré sola en el mundo si le pasa algo—. Volví a sorber un moco que me caía nariz abajo—. No quiero perder a mi hermanita.

—Para empezar, todos nosotros somos tu familia, Narcisa. Nunca vas a estar sola. Y, para terminar, nada malo le va a ocurrir a Violeta.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque a veces, las personas tienen corazonadas, y saben que algo va a ser de cierta forma, sí o sí.

—¿Qué es una corazonada?

—Pues, como cuando adivinas algo del futuro.

—¿Puedes ver el futuro?

María sonrió de oreja a oreja, parecía tranquila, pero su respiración era agitada y se veía muy agobiada, me estaba mintiendo.

—Sí, para algunas cosas sí que puedo, y en este caso, puedo ver que pronto estaremos todos juntos, de vuelta en casa.

Quise creerla, así que tan solo asentí viendo cómo se levantaba para ir a hablar con Mateo, se sumergieron en lo que parecía una acalorada discusión.

Agaché la cabeza, pensando que todo el mundo me decía mentiras por ser una niña. Creían que no me daba cuenta de las cosas.

Algo malo iba a pasar.

Muy malo.

—Eh, levanta la cabeza— Gabriel se sentó a mi lado, grité al ver que tenía una pistola en la mano.

—¿Qué haces con eso? ¡Es para mayores!

—Es para protegerte.

Pestañeé lentamente.

—¿Protegerme?

—Si esos tipos que se han llevado a tu hermana vuelven a por ti, pienso freírlos a tiros. Nadie te va a hacer daño, así que deja de estar triste.

—No estoy triste por mí, no soy una miedica; estoy triste por mi hermanita Violeta, tonto.

—Violeta estará bien, el tío Marcos se pone loco cuando tiene que defender a alguien y está colado por tu hermana. El que la haya secuestrado está en serios problemas. Se lo va a comer por los pies, como un caimán, te lo aseguro.

—Sí, el tío Marcos da mucho miedo cuando se enfada, y él quiere mucho a Violeta, así que debe estar super enfadado, ¿verdad?

—Joder, tiene que estar echando hostias. Yo no quisiera ser su enemigo, la verdad.

Moví un poco mi culito para estar más cerca de Gabriel.

Era un niño muy gruñón y maleducado, pero también tenía cosas buenas, y aunque le gustase fastidiarme, cuando no estaba cerca, le

echaba de menos.

—¿Por qué te acercas tanto?

—Tengo un poco de miedo— admití.

—Ah, bueno— él se quitó la chaqueta, poniéndomela por encima de los hombros.

—¿Por qué me pones tu chaqueta? No tengo frío.

—Yo que se, mi padre lo hace con mi madre, así que pensé que estaría bien, teniendo en cuenta que algún día tú te casarás conmigo.

Arrugué mi ceño.

—No voy a casarme contigo, mi hermana y tu papá han dicho que ya no estamos obligados.

Gabriel hizo una mueca de asco.

—Entonces... ¿te casarás con otro niño?

Encogí los hombros, sin saber muy bien qué decir.

—No puedes casarte con otro niño.

—Supongo que cuando me case ya no seremos niños.

—Me da igual, no quiero.

—Oye, yo algún día encontraré a un príncipe que me trate como el tío Marcos a Violeta, y sea capaz de hacer lo que sea por mí, me da igual si eso te molesta o no.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Pues yo también encontraré a una princesa, que no sea tan llorona y quejica.

Imaginar a Gabriel jugando con otra princesa al escondite y cogiendo sus muñecas me hizo explotar en una llantina horrible.

Se podía decir que chillaba a pleno pulmón.

—¡Pero bueno! ¡¿Y ahora que te pasa?! ¡Chillas como un jabalí!

—¡Narcisa, tesoro! — María volvió corriendo hacia nosotros—. Gabi, ¿qué le has hecho? ¿Le has asustado con esa pistola?

—¡No! ¡Solo quería cuidar de ella! — Gabriel infló los mofletes, mirándome con odio—. ¡¿SABES QUÉ?! ¡ME ALEGRO MUCHO DE NO TENER QUE CASARME CONTIGO! ¡NO TE SOPORTO, NIÑATA!

Hice un puchero y volví a llorar aun con más fuerza.

—¡Pero! ¡Oye! ¿Qué hacéis vosotros hablando de esas cosas? ¡Solo sois unos niños! Será posible... —María me acurrucó contra su pecho, tratando de calmarme, mientras Gabi se iba a la cocina. Parecía enfadado, y yo también lo estaba.

—No quiero jugar ni hablar con Gabriel, nunca más.

CAPÍTULO 80

VIOLETA



Creí que el miedo me mataría de un infarto por cinco veces seguidas, pero no, solo era ansiedad.

Seguía viva.

Una parte de mí, ansiaba morir encerrada en este baño y la otra, se seguía aferrando a luchar por sobrevivir.

Noté como las ruedas del avión tocaban suelo una vez más.

Perdí totalmente el sentido del tiempo, así que no sabía si ya era de día, de noche, ni dónde diablos estábamos.

Continuaba con el móvil apagado para ahorrar batería.

Unos pasos contundentes se acercaron, escuché al piloto hablar con alguien, diciendo que el equipaje de los Carusso seguía en la bodega, y que casi no consigue hacerlo, exigía el dinero que le prometieron.

Escuché un disparo y di por hecho que acababan de pagarle.

Pobre imbécil.

Joder.

Aun así, tuvo suerte. Mi muerte no iba a ser tan rápida ni benevolente.

Tres suaves golpes tocaron en la puerta del baño, y la voz que escuché al otro lado hizo que me hirviese la sangre lo suficiente como para derretirme el cerebro.

—Zorrita, puedes salir cuando quieras. Si no lo haces, mandaré tres aviones cargados de coreanos armados a Milos y todos los

Carusso morirán por tu culpa, incluida tu preciosa hermana Narcisa.

Era un farol.

No tenían tantos hombres como para dividirse de esa forma, si así fuese, los habrían matado a todos ya.

—Haz lo que te dé le gana, puta de los cojones— rugí, limpiándome las lágrimas de la cara.

—Vaya... ¿Qué pensaría Salvatore si te escuchase decir esto? Le dolería muchísimo saber que te da igual poner en peligro a su familia, sobre todo después de que te hayan recibido con los brazos abiertos.

—Creo que lo que tú le has hecho es mil veces peor.

—Disculpa, yo no he traicionado a Salvatore, solo te he traicionado a ti. Que ellos se quieran jugar la vida por salvarte es algo que aún no llego a asimilar.

—¿Te jode mucho que tu ex marido me quiera más que a ti?

Encontrarme de nuevo con esta zorra estaba haciendo que el miedo se fuese, siendo sustituido por un torrente de ira. Me sentía fuerte, más de lo que esperaba.

—¿Quererte? — Risas—. Marcos no puede querer a ninguna mujer, sus demonios no le dejan.

—Qué sabrás tú— apoyé la cabeza contra la pared del baño, sacándome el móvil del sujetador, lo encendí.

Como no lo tenía en silencio, conecté el auricular para que Carla no intuyese lo que estaba haciendo.

—¿Que qué sé? ¿Por qué no sales fuera y te lo cuento?

—Hemos ido juntos al psicólogo, y hemos recibido terapia— necesitaba distraerla para ganar tiempo.

—¿Marcos en un psicólogo? — Pedorreta—. Con esa mierda que acabas de decir me has dejado claro que todo es mentira.

El móvil por fin se encendió. Tenía cobertura otra vez, empezaron a llegarme cientos de llamadas y notificaciones, mordí mi labio inferior maldiciendo; tenía poco tiempo y necesitaba hacer algo.

—Pues sí que hemos ido, si no, no sabría el motivo por el que no puede subir a los ascensores.

Silencio.

Por fin pude abrir mi aplicación de *WhatsApp*, justo me entró una llamada de Marcos. La colgué, lo que necesita era enviarle mi maldita ubicación.

Ahogué un gemido de victoria en el momento que lo hice.

Él se puso en línea, comprobándolo.

Escribí con rapidez: *Aún estoy en el avión, no sé a dónde van a llevarme, voy a esconder el móvil y dejar la ubicación en línea activada, en cualquier momento lo encontrarán o se quedará sin batería. Por favor, no me abandones, te amo.*

Él empezó a escribir.

—Ilumíname.

—Es por su madre.

La escuché maldecir.

—Solo eres una zorra que va de lista, él no te quiere.

—Pero parece que tú a él sí, ¿no? ¿Estás cien por cien segura de que eres lesbiana? Por cierto, Petra está destrozada, que lo sepas.

Otro silencio.

Leone: *¿Has visto a alguien? ¿Puedes darnos pistas?*

Decidí llamarle, dejándome un auricular puesto.

Él descolgó la llamada.

—Carla, cuéntame, ¿ha venido Egor también a darme la bienvenida?

—Egor te está esperando en el castillo, y te va a romper los huesos en cuanto llegues. Uno a uno.

La respiración de Marcos se parecía a la misma de una bestia a punto de despedazar a alguien.

Escuché su voz a través del auricular.

— La llevan al castillo, hay que mover el culo, joder.

— En media hora llegamos, tal vez consigamos llegar antes que ellos.

— El puto castillo está petado de coreanos, no será fácil entrar y recuperarla.

Las voces de Andrei y Salvatore se escuchaban de lejos.

Volví a abrir el chat.

Yo: *Hay una forma de entrar, un pasadizo secreto.*

Alguien empezó a golpear la puerta para abrirla a la fuerza, coloqué mis pies contra ella intentando ganar tiempo.

Yo: *Se entra a través de un pozo que está en mitad del bosque. Si ha nevado mucho, no se verá a simple vista. Tenéis que ir desde la torre del ala izquierda del castillo, unos trescientos metros al noreste, os llevará a un laberinto, la dirección correcta es siempre hacia la derecha, finalmente llegaréis a los calabozos.*

Volví a esconder el móvil en mi sujetador tras ponerlo en silencio, el pestillo se partió en dos, y las manos de un gorila tiraron de mí con agresividad.

Los recuerdos del pasado volvieron a mi mente, mientras Carla caminaba detrás, con desparpajo y superioridad.

—¿Cómo coño llegaste a Rusia? ¡Salvatore tenía todos los aeropuertos controlados! ¡Joder!

—Salvatore tiene demasiados enemigos, es lo que pasa cuando te vuelves una figura débil, la gente deja de temerte, y comienza a traicionarte.

CAPÍTULO 81

VIOLETA



En cuanto salí del avión, dejando atrás el cadáver del piloto, me colocaron un saco sobre la cabeza.

Entre empujones, fui guiada hacia un automóvil. Suponía que era una limusina por el espacio.

Me obligaron a ponerme de rodillas, notaba la presencia de varias personas a mi alrededor.

Se escuchaba algo de música de fondo.

Todos hablaban en español, aunque con diferentes acentos.

Coreanos, rusos, y españoles.

El olor a tabaco era cada vez más fuerte, alguien me agarró de un brazo, grité tratando de zafarme, y eso solo me produjo dolor. Decidí dejar que hiciesen lo que quisiesen. Estaba asustada y con las pulsaciones a mil.

Me subieron la manga de la sudadera, apagándome una colilla sobre la piel.

Grité de nuevo, notando como las lágrimas se me salían sin poder evitarlo.

Una patada en el costado hizo que me encorvara, quedando totalmente agazapada en el suelo, abrazada a mis propias rodillas.

Seguían hablando.

—Entonces, Carusso ahora mismo es jodidamente vulnerable.

—Lo es, su familia está abandonada en la isla Milos, tienen a algunos hombres, pero no son peligrosos, lo importante ahora es

que nos encarguemos de ellos y después nos desharemos de esa estirpe.

—Podríamos enviar un par de aviones coreanos hacia allí y quitarlos de en medio de una vez.

—No, tienen hombres vigilando, y son buenos. Créeme, necesitaríamos más de un par, y eso nos jodería.

—¿Tanto miedo te dan?

—Se nota que no los conoces, son bestias, ansían la sangre, pueden olerla desde lejos… es cómo si les excitase.

—Solo son hombres de carne y hueso.

—No, no lo son. No les subestimes, es el error que cometen todos y por eso acaban muertos.

—Entonces, el plan es que vengan al castillo y masacrarlos, después iremos a Milos y borraremos a su puta familia del mapa.

—Exacto, y adiós para siempre al Padre y a la Madre de la mafia.

Carla parecía tranquila y segura de su plan, lo que no sabía es que, en mi postura, me había colocado boca abajo, metido la mano por dentro de la sudadera y marcado el botón que tenía asignado para llamar directamente a Marcos; una medida de seguridad que siempre se tomaba con los guardaespaldas. Así que Marcos ahora estaba escuchando esta conversación.

Alguien me subió la sudadera, provocando que me asustase, pensé que me la quitaría y me descubrirían el teléfono, saqué la mano rápidamente, dejándolo de nuevo en el sujetador.

No querían desnudarme, tan solo apagaron otra colilla en mi piel, esta vez fue sobre una de las costillas.

Volví a gritar y supe que él estaba escuchando esto. Se debería estar desatando un infierno en su interior.

Y lo deseaba.

Deseaba que Marcos ardiese tanto que su fuego los consumiese a todos. Vivos.

El vehículo se detuvo, escuché un abrir y cerrar de puertas, alguien me quitó el saco de la cabeza, agarrándome del pelo para arrastrarme fuera del coche.

Era un hombre coreano de unos treinta y cinco años.

No forcejearía, no intentaría escapar.

Pero me defendería con uñas y dientes.

En cuanto atravesamos las murallas y mis pies se fueron hundiendo en la nieve, sentí que de nuevo estaba en casa.

La tumba de mamá brillaba con un aura tenebrosa y especial.

Mi pecho se llenó de valentía, sabiendo que ella estaba conmigo.

Era el momento de comportarme como aquello para lo que había nacido.

La mujer de Marcos Leone.

Una líder de la mafia.

CAPÍTULO 82

VIOLETA



Los cuchicheos no cesaban, todos los sirvientes que trabajaron para nuestra familia durante años me miraban horrorizados, veía el miedo instaurado en ellos.

Nana mantenía una expresión neutral, sus ojos me decían todo y al mismo tiempo nada.

Ella estaba de mi parte, podía intuirlo.

Egor apareció en el gran salón, sentándose en el trono de papá, con su habitual traje de chaqueta azul marino.

Abrí los ojos de par en par al encontrarme con su acompañante.

Bianca.

Vestida con un traje negro largo y una corona dorada, llena de diamantes. Se sentó junto a Egor, mirándome con una expresión triunfante.

—Aquí tenéis a la traidora que asesinó a vuestro antiguo señor, mi deseo es que sea quemada viva en el patio, tal y como pretendió hacer con nuestra querida Lorette.

Bianca seguía con el mentón en alto.

Egor levantó la mano.

—No la mataremos hasta que dé a luz, lleva a mi hijo dentro de ella.

—¿Tu hijo? Yo te daré todos los hijos que quieras, no pienso criar al bastardo de esa furcia.

Egor le pegó un guantazo que le torció la cara e hizo que la corona cayese al suelo.

Reí en mis adentros.

Ahí tienes al hombre tus sueños, que lo disfrutes.

—Esta puta ya no está embarazada—. Carla enarcó una ceja, mirándome con desprecio, llevaba un vestido verde de terciopelo y unos guantes negros—. Se tomó una pastilla del día después.

Maslov se acercó a mí y me agarró del pelo, alzándome la vista hacia él.

No le escupas, contén las ganas, aguanta. Marcos está de camino, sobrevive.

—¿Es eso cierto?

Negué.

—No, no lo es, no he tomado ninguna pastilla.

Mi regla aún no tocaba, faltaban dos semanas, y todavía era pronto para hacerme una prueba de embarazo.

Crearle la duda me haría ganar tiempo.

—Oh, vamos — Carla comenzó a caminar a mi alrededor—. Le dijiste que sí a Marcos. Delante de mí.

—Para que no me matase, ¿piensas que soy estúpida?

Sin querer, miré a *Nana*, ella era la única que lo sabía. Si no estuviese de mi parte, podría hablar en estos momentos en mi contra, sin embargo, tan solo asintió y se mantuvo callada.

Gracias, Nana.

—La dejaremos vivir mientras llega su primera regla— Egor tiró de mi cabello con más fuerza—. ¿Te queda claro, putita? Como tu coño sangre, te quemaremos viva.

—Muy claro, señor— contesté, evitando su mirada, y evitando gritar de dolor.

Ya podía hacer lo que quisiese conmigo.

Había sido jodidamente feliz.

Había conocido el amor.

Y había follado como una mujer libre y salvaje con el hombre que amaba.

Mi vida mereció la pena.

Podía matarme.

Me iría en paz.

El coreano de antes se adueñó de mi melena, tirando con fuerza para ponerme en pie y hacerme caminar.

—Llevadla al calabozo, luego bajarán Carla y Bianca a darle un regalito.

CAPÍTULO 83

VIOLETA



Aguardé sentada en una esquina del calabozo, recordando aquella vez que Marcos quedó aquí encerrado y vine corriendo a sacarle.

Este castillo estaba lleno de momentos de nosotros, así que de ninguna manera iba a tener miedo.

Aunque estuviese aún en camino, yo ya le sentía cerca.

En el momento en el que quedé sola, saqué el móvil del sujetador.

No tenía mensajes de Marcos, sabía que era por si acaso ellos me lo quitaban, para que no tuviesen información de nosotros.

Borré el historial de llamadas y mensajes y luego lo escondí bajo una piedra, volviendo a arrinconarme en mi lugar.

La puerta se abrió y escuché pasos, eran dos personas, así que suponía que Carla y Bianca ya venían a por mí.

En cuanto corrieron el portón de hierro del calabozo, un olor nauseabundo me hizo sufrir una arcada.

Se trataba de una rata muerta en proceso de descomposición, servida en un plato con medio limón al lado.

—Aquí tienes tu cena, princesa—. Bianca se agachó, colocando el plato a mi lado.

Mis ojos se alzaron hacia ella, esbozando una sonrisa cínica.

—Gracias.

—¿Te gusta comer comida podrida?

—Yo nunca os di comida podrida.

—Pero tu padre sí, y tú lo permitías.

—No lo sabía.

—Nunca sabías nada, estabas demasiado ocupada viviendo una vida de cuento de hadas.

Esta puta no se enteraba de nada.

—Si eso piensas, bien por ti.

Carla se colocó a la derecha, empujando el plato con el pie hacia mí.

—Cómetelo, cielo.

—No puedo, podría hacer daño al bebé de Egor y eso le cabrearía, ¿no creéis?

Ambas se miraron entre ellas, pude ver en sus expresiones lo muchísimo que me detestaban, era mutuo.

Otro guardia bajó rápidamente.

—El señor quiere que Violeta Ivanov vaya a su recámara.

Bianca se tensó de inmediato, frunciendo los labios.

—¿Para qué quiere a esta maldita perra?

Carla chistó.

—Bianca, no te dejes llevar por los celos; que haga lo que quiera con ella y se acabó.

Mi querida amiga rusa rugió como un oso polar, apretando los puños mientras se iba.

Carla cogió un cubo de agua helada, tirándomelo encima, dejándome jodidamente empapada y tiritando.

Luego comenzó a golpearme con el cubo en la cabeza, una y otra vez.

Era madera de la dura, y no cabía duda de que podría matarme si no me cubría bien con los antebrazos.

Cédric se mantenía en la puerta, en tensión, mirándome sin hacer nada.

Mis ojos se enfocaron en él, no le pediría ayuda, no le haría pagar con su vida.

Carla lanzó el cubo contra mí por última vez, colocándose bien el pelo.

—Vamos, levántate y atiende a tu marido. Al de verdad, porque Marcos no lo es. Ni de puta coña.

Entumecida del frío y el dolor, logré doblar las rodillas e incorporarme, pasando por su lado para salir del calabozo.

Bianca ya se había ido.

Ahora tocaría enfrentar mi peor pesadilla.

Y esta vez, nadie podría salvarme.

CAPÍTULO 84

MARCOS



—Necesito que encuentres algo ya, ¡joder!

Sabía que ellos hacían todo lo que podían, pero la rabia iba a acabar conmigo. Egor no sabía lo que hizo al ponerle las manos encima a Violeta, él y todos los que estuviesen involucrados en esto iban a arder en un puto infierno.

—Estoy en ello, Marcos, cálmate—. Andrei le dio un golpecito en la nuca a un chico joven, estábamos en la zona de vigilancia de su casino, viendo por las pantallas lo que gravaban los drones.

Ir hasta el castillo sin saber la defensa que tenían ni asegurarnos bien de cómo entrar era un suicido, no podíamos cometer más putos errores.

—El pozo del que nos habló Violeta debería estar por esta zona, el problema es la nieve.

Nikolai, que así se llamaba el chico que se encargaba de manejar el dron, puso los ojos en blanco como si detestase a Andrei más que a su propia vida.

—Deja de mirarme con asco, ¿mmm? — Andrei siguió mirando la pantalla, colocando su barbilla sobre la nuca del chico—. Que bien hueles.

—Déjame en paz, así no puedo concentrarme.

—Déjale en paz— recalqué, con un tono de voz que volvió a instaurar el silencio.

Salvatore se mantenía en silencio a mi lado, de brazos cruzados.

Los planes cambiaron, escuchamos la conversación que tuvo Carla en el coche, el puto piloto era de nuestra máxima confianza, y resultaba que estaba comprado por esa hija de puta. No atacarían Milos, pero tampoco podíamos confiar en su palabra.

Desconfiábamos de todos nuestros pilotos de aviación, así que Salvatore decidió contratar un yate para moverlos de una isla a otra.

El móvil de Carusso volvió a sonar, este contestó poniendo la llamada en altavoz. Así la información nos llegaba a todos a la vez.

—Salvatore— era María—. Vamos para allá.

—¡¿Qué?!

—Salvatore, cuántos más somos, más difícil es ocultarnos. Marcela está con los niños, a salvo. Lo hemos pensado bien, tiene a dos hombres con ella, va a quedarse en el *Greek King*; encerrada en una habitación con máxima seguridad y todas las comodidades, no les sucederá nada.

—¿Y tú qué? ¿Qué hay de ti?

—Mateo ha contratado a un piloto que ha encontrado por aquí, bueno, a dos, por si tiene que matar a alguno.

Mi amigo puso los ojos en blanco, mientras se frotaba el puente de la nariz.

—Tenemos que ayudaros, cariño. Petra es muy útil, Mateo también, y yo… bueno, algo podré hacer, sé disparar.

—María, no debiste dejar a los niños solos.

—No están solos, están con Marcela. Ella aun es joven y tiene dinero suficiente para empezar de cero, puede esconderse unos años y … ya sabes que tenemos planes para esto, por si nos matan a los dos.

Silencio.

—Salvatore— la voz de María se rompió, y no pude evitar sentirme culpable por haberles arrastrado a esta mierda; aunque, en el momento en el que Salvatore asesinó a todas las familias, nuestra cuenta atrás hacia la muerte empezó a ir más acelerada que nunca —. Sabes que me gusta ser optimista, pero… yo… quiero morir contigo.

—María…

Carusso se puso de espaldas, a él también se le rompió la voz y sabía que tenía los ojos aguados, Andrei me miró con lástima y yo le puse una mano en la espalda a mi mejor amigo.

—Saldremos de esto, *fetuccina*, ya lo verás.

—No lo sé, pero pase lo que pase, necesito volver a verte. Tengo que colgar, el avión va a despegar.

—Dile a Mateo que me avise en cuanto aterricéis en Rusia, os traeremos al Casino de Andrei, es el lugar más seguro.

—Vale.

Fin de la llamada.

Salvatore me devolvió el toque en el hombro.

—No te atrevas a sentirte culpable, necesitamos hacer esto por Violeta, por ti, y por todos; que te quedes con los hombres de Maslov hará que vivamos mejor.

Asentí, agradeciendo sus palabras.

La cabeza me dolía horrores, tenía los gritos de Violeta grabados en la memoria, repitiéndose sin parar.

A estas alturas me daba completamente igual ser un líder de las seis familias o no.

Solo la quería a ella.

La quería entre mis brazos, a salvo, feliz y segura.

Y el no poder hacer nada por calmar su dolor me estaba volviendo jodidamente loco.

—¡Lo veo! — Nikolai gritó emocionado, señalando hacia un pequeño pozo negro rodeado de espesa nieve.

Andrei se frotó la barbilla, gruñendo.

Salvatore se acercó un poco más, negando.

Y yo vi lo mismo que ellos.

—Es una trampa— dije lo que todos estaban pensando.

No solo Violeta debía conocer la entrada de ese pozo, algunos de los del castillo también y esa información debería estar en manos de Egor.

Pues no tenía sentido el espesor de la nieve de su alrededor.

Debería estar enterrado en ella.

Era un cebo que esperaban que mordiésemos.

Teníamos que buscar otra manera.

—*¡Merda!* —Grité, pegándole un puñetazo a la puta pared.

Dejé la cabeza caer hacia atrás, pensando y pensando.

Esto había que hacerlo a mi puta manera.

De una vez por todas.

—Hay que bombardear el castillo, entrar y matarlos a todos, no hay más.

Andrei asintió.

—Tengo munición para convertir ese castillo en polvo, y tantos hombres como hormigas pueda haber en un hormiguero; moriremos muchos, pero es la única alternativa.

En el momento en el que Andrei dijo <<*moriremos*>>, la mirada de Nikolai se desvió hacia él.

Salvatore se cruzó de brazos, pidiendo al chaval que echase una ojeada sobre las murallas del castillo con el dron.

Coreanos y rusos las recorrían desde un extremo al otro, en el interior también estaba plagado de más guardias.

—Hay que hacer que salgan.

—¿Y qué hace salir a una rata de su madriguera? — Andrei se sentó junto a Niko, reclinándose en su asiento.

—Fuego— contesté de inmediato—. Los guardias aumentan la vigilancia por la noche, pero por el día son muchos menos porque es su turno de dormir, se doblan en dos, la mitad duerme de ocho a cuatro y la otra mitad de cuatro a doce.

—Sí, si atacamos de día habrá la mitad de guardias, por lo que tendremos más facilidad de escalar y colarnos, pero también será más probable que nos vean acercarnos— Salvatore seguía rascándose la barbilla.

—También podemos atacar a partir de las ocho de la tarde, cuando empieza el anochecer— ofreció Andrei.

—Dugo que Egor no les recorte horas de sueño para no dejar las murallas desprotegidas en cuanto caiga el sol, al menos es lo que yo haría.

—Siempre jodiendo, papá Carusso.

—A no ser que alguien provoque algo en el interior del castillo— dije como apunte.

—La única forma de entrar es por el pozo, y tenemos clarísimo que es una puta trampa.

Nikolai alzó un dedo para que le hiciésemos caso.

—Debería entrar con el dron y ver en qué parte nos esperan, así podríamos hacer que ellos mismos cayesen en su propia trampa. Darle la vuelta a la tortilla, ¿entendéis?

—Ese pozo debe llevar a pasadizos muy estrechos, si metemos a alguien tiene que ser una persona ágil, sigilosa y rápida, como un jodido gato— Andrei dio un trago a su vaso de *vodka*.

Salvatore y yo nos miramos, pensando en las mismas personas al mismo tiempo.

Petra y yo éramos los mejores para esto.

Sin duda alguna.

Como si fuese alcanzado por un rayo, salí de la zona de vigilancia, formando a los hombres para que fuesen a ese maldito pozo esta misma noche, teníamos que entrar con el dron y trazar un plan lo más urgente posible.

Saqué el móvil y le escribí un mensaje a Violeta. No me importaba que esos hijos de puta lo leyesen, solo quería que ella tuviese claro que jamás la abandonaría.

Yo: *Aguanta, mi vida, ya voy a por ti.*

Yo: *Sufrirán todo lo que te han hecho; un millón de veces peor.*

—Marcos.

—¿Uhm?

—Deja de pensar en cómo vas a matar a Egor, ahora tenemos que concentrarnos en el castillo, la recompensa llegará después.

¿Tan evidente era mi expresión cuando estaba planeando un asesinato?

—Es fácil decirlo, cuando no es a tu mujer a la que están torturando.

CAPÍTULO 85

VIOLETA



—No se resista, sea sumisa y deje que haga lo que quiera con usted. Egor piensa que está embarazada, así que aparte de violarla no podrá hacer mucho más.

—¿Cuándo le viene la regla?

Nana e Irina se encontraban conmigo en el baño, preparándome para él.

Yo tan solo trataba de respirar con calma, mientras las sentía frotando mi espalda.

Ya no tenía las pastillas de la medicación para la ansiedad conmigo, así que me tocaría enfrentarme a mis demonios usando todas mis fuerzas para no caer en el puto infierno.

—En dos semanas.

Irina chasqueó la lengua, mirando con preocupación a *Nana*.

—¿Cómo diablos la protegeremos de un maldito embarazo?

No, por favor, embarazo no.

—Yo tomaba la píldora, pero no las tengo conmigo.

—¿Cuándo tomó la última?

—Esta mañana nada más despertarme.

—¡Genial! — Apretó los puños—. Yo también la tomo. Cuando usted se fue del castillo y se quedó Andrei, todos hablaban de que no tardarían en invadirnos, así que pedí a Cédric que me trajese al menos seis cajas. Como entenderá, me da mucho miedo ser violada y quedar embarazada.

Joder.

Era una maldita pesadilla lo que las mujeres teníamos que aguantar.

—¿Eso quiere decir que me dejarás tus pastillas?

—Sí, quizá no sean las mismas, y le desregulen un poco hormonalmente. No lo sé, señora, pero será mejor que un bebé.

Asentí, notando que ahora respiraba un poco mejor.

Solo tendría que ir a esa habitación y aguantar el dolor, una vez más.

Pero esta vez, las cosas serían diferentes.

Me defendería.

Ya no podía seguir soportando ser sumisa con bestias como Egor, aunque estuviese en clara desventaja.

Defendería el amor que sentía por Marcos y le reclamaría como único hombre con derecho a tocar mi cuerpo.

Hasta el final.

Aunque saliese muerta de esa habitación.

—Estoy lista, quiero terminar esto cuanto antes.

Salí del agua, notando el dolor en los brazos por los golpes de Carla, y también el escozor de las quemaduras de los cigarros.

Solo esperaba que no me amputaran ninguna extremidad ni nada por el estilo.

Sentí que iba a desmayarme solo con imaginarlo.

Nana me colocó un vestido largo, odiaba tener que volver a vestir así, mientras Irina cepillaba mi cabello húmedo tras escurrirlo con la toalla.

—Sea inteligente, princesa. Por favor— suplicó Irina.

—¿Por qué estáis de mi parte?

—Estábamos muy equivocadas, todos los sirvientes lo dicen; usted es mil veces mejor que ese hombre, y que Bianca, necesitamos que vuelva a llevar la corona.

—No volveré a ponerme una corona nunca más.

—Pues necesitamos que nos lidere, con corona o sin corona. Usted debe volver a estar al mando, junto a Marcos.

—Dime que ya está de camino, dime que ya viene a por ti—. Nana me agarró de los hombros, parecía desesperada.

Negué, con la mirada acuosa.

Todavía no tenía noticias suyas, de ningún tipo.

Y aunque sabía que nunca me abandonaría, la incertidumbre me estaba devorando.

—No lo sé, pero ojalá suceda algún milagro que nos salve.

La puerta se abrió de par en par, Carla apareció, caminando con un movimiento de caderas seguro y provocador, llevaba un puro entre los dedos enfundados en el guante.

—Vamos, zorra, tu coño tiene una cita.

La odiaba.

La metería en esta piscina y la ahogaría con mis propias manos.

En cuanto me giré para verla, ella empezó a reírse.

—Es que no eres ni guapa, ¿de dónde has salido? ¿De un circo de enanos? Por favor, nunca pensé que Marcos tuviese tan mal gusto.

Me tragué el veneno, seguía sin entender por qué le dolía tanto verle con otras mujeres.

Tal vez a pesar de su orientación sexual, Marcos sí que le gustase.

Quizás no era homosexual, sino bisexual.

O tan solo era una zorra hija de puta que quería joder.

Igualmente, qué importaba.

Deseaba verla muerta.

Junto a Bianca.

Ninguna mujer debería tener que verse en la situación de ser fuerte para soportar lo que a mí me esperaba.

Lo que más me dolía, era la falta de empatía por parte de Bianca y Carla, ellas también eran mujeres como yo, ¿por qué estaban de acuerdo en esto?

La maldad no tenía ni género, ni nombre, ni rostro.

Estaba en todas partes.

Fui caminando hacia la habitación mientras Carla me apuntaba con una pistola.

Deseé que disparase para no tener que pasar por esto, pero la idea de poder escapar y volver a ser feliz, como lo fui en España estos últimos días, me empujaba a seguir aguantando un poco más.

Toqué sobre la puerta tres veces, y Egor abrió.

Era la habitación de papá.

Del padre al que maté por obligarme a entregarme a él.

Y como si todo fuese una venganza, aquí estaba de nuevo.

¿Por qué todos podían ser crueles sin represalias y a mí se me cobraba a un precio tan alto cada acción?

Su expresión de odio, con labios fruncidos y ojos oscurecidos, me hizo un gesto para que entrase. La puerta se cerró en la cara de Carla, dejándola fuera.

Quedé en pie al centro de la habitación, con las manos cruzadas a la altura del vientre, controlando los temblores.

—Me has decepcionado tanto, Violeta.

Sentía su amenaza pegada a la espalda, y cómo se iba haciendo cada vez más y más grande para devorarme completa.

Teníamos una cámara delante de nosotros.

¿Qué pensaba hacer con ella?

—Egor, usa el sentido común. Nuestro compromiso fue un pacto, yo no te amaba, los sentimientos no funcionan así.

Su puño agarró mi pelo, tirando con tanta fuerza que casi perdí el equilibrio, acercando mi cabeza hacia él.

—¿Y crees que yo si te he amado en algún puto momento, niñata? Sé muy bien lo que iba a ser nuestro matrimonio, las mujeres sois simples putas, pagamos un dinero por vosotras y nos pertenecéis, fin de la discusión.

—Los hombres que piensan así de las mujeres, ni siquiera pueden considerarse hombres, si no cerdos.

Volví a pensar en la princesa que se quemó a sí misma antes de permitir que los hombres enemigos profanasen su cuerpo.

¿Qué pensaría ella de este gorila?

Y más inquietante, ¿qué diría si supiese que otras dos mujeres le apoyaban?

Merecían morir tanto como él, o incluso más.

Su mano enredada en mi cabello, empujó hacia abajo, obligándome a ponerme de rodillas.

Pensé que tras mi comentario me llevaría una fuerte paliza; no obstante, al creer que estaba embarazada, parecía tenerme más paciencia.

Egor encendió la cámara, poniéndose delante de mí.

—Abre la boca.

Sus dedos bajaron la bragueta del pantalón.

—No.

—Abre la puta boca.

—No.

Un bofetón me torció la cara, notando toda su mano ardiendo en mi piel.

—Solo haz lo que te pido y podrás volver al calabozo sana y salva.

—Si hago lo que me pides una parte de mí se romperá para siempre, y prefiero mantenerla intacta, aunque ello conlleve que me destroces por fuera.

Tragué saliva.

Y me tragué las lágrimas.

Y apreté los labios.

Nada entraría en mi cuerpo, no por las buenas.

No iba a seguir siendo la niña obediente y sumisa, no iba a seguir complaciéndole y rompiéndome, no iba a volver a sentirme como una jodida cobarde.

Prefería que estos fuesen mis últimos momentos de vida.

Cerré los ojos, pesando en Marcos.

Ellos ya estaban en Rusia.

El pozo no estaba tan lejos.

Les di las indicaciones.

Estarán llegando.

Porque iban a venir, ¿verdad?

Marcos nunca me abandonaría.

Deberían llegar antes del anochecer y ya el cielo estaba oscuro.

Era más, ya deberían estar aquí.

—¿Ahora te pones a llorar? Las rusas no lloran.

—Solo dices una gilipollez tras otra.

Otro golpe que me dejó tirada en el suelo.

Lo prefería.

Prefería esto a seguir aguantando comentarios de mierda.

«Haz esto, haz aquello, sé una buena chica, no puedes llorar...»

Haría lo que me diese la gana hasta el último segundo de mi vida.

Porque una vez conoces la libertad, no quieres volver a estar enjaulada. Nunca más.

Egor encorvó su espalda para agarrarme del pelo y alzarme, volviendo a colocarme de rodillas.

—Empezaré de nuevo— su mano soltó mi cabello, acariciándolo; me estremecí del asco y entendí que, viniendo de él, prefería el dolor antes que el afecto—. Abre la boca.

Mis ojos fueron subiendo por su pecho hasta encontrarme con su mirada gris.

Sonreí enseñándole los dientes, estos debían estar manchados de sangre por el sabor metálico que sentía en el paladar.

—No.

Él asintió, mientras se sacaba el cinturón del pantalón por completo.

Apagó la cámara y volvió a colocarse frente a mí, dando un azote al aire con la correa. El sonido hizo que se me cortase la respiración, sentir eso en mi piel iba a ser de lo más jodido.

—Te vas a arrepentir de no haber abierto la puta boca, zorra.

—¿Y por qué apagas la cámara? ¿Qué sucede? ¿Solo quieres que mi marido vea cómo te la chupo? ¿No tienes los huevos suficientes para enseñarle como me pegas?

Mis palabras, recién exprimidas de lo más profundo de mi corazón, incendiaron su furia en llamas.

Egor encendió la cámara y alzó el puño contra mí.

El dolor del primer latigazo fue tan intenso como para suplicar mi muerte.

El segundo, fue suficiente para hacerme perder el conocimiento.

CAPÍTULO 86

MARCOS



—No puedo seguir esperando, Salvatore.

La impotencia cada vez me superaba más, y el hecho de que nadie pareciese entenderme lo empeoraba por segundos.

Petra ya estaba con nosotros, al igual que los demás.

María colocó una mano sobre mi hombro la cual esquivé de inmediato, ella no tenía culpa de nada, y había venido hasta aquí para ayudarnos. Aun así, me sentía cabreado porque no hubiesen sido más cuidadosos con Violeta.

Ella era el objetivo principal, y la dejaron bajar la última del avión.

—Marcos, te juro que no me lo perdono —. María mordió su labio inferior, mientras Salvatore se mantenía de brazos cruzados frente a un mapa que estábamos elaborando de los pasadizos que llevaban al castillo.

El dron tenía una batería limitada, así que tendríamos que traerlo de vuelta, cargarlo y volver a enviarlo.

Esto nos podría llevar días, o incluso semanas, dependiendo de lo grande que fuese ese puto laberinto.

—Me da igual de quién sea lo culpa y de quién no, solo quiero traerla de vuelta, hostias— exasperé, me temblaban las putas manos, era incapaz de encenderme un puñetero cigarro.

Los nervios me estaban consumiendo vivo.

—Marcos, no podemos ir a lo loco— Salvatore le hizo un gesto a María para que nos dejase. Petra ocupó su lugar.

Ella también trató de tener contacto físico conmigo. La esquivé.

—Salvatore, la he escuchado gritar de dolor, y está en manos de su violador, ¿cómo coño quieres que esté si no es jodidamente loco?

—Sé cómo estás, pero necesitamos un plan. Tú mejor que nadie sabes cómo son estas cosas, Marcos.

—Quiero que vayamos. Ya. Ahora mismo. Y que sea lo que tenga que ser.

—Será una matanza, moriremos todos.

—Entonces iré yo— decidí dar por terminada la conversación, cogiendo la pistola para largarme de allí, Petra se puso en medio y Salvatore me agarró del brazo, tirando para que le mirase a la cara —. Suéltame, o te volveré a reventar la cara.

—No vas a suicidarte, Marcos.

Mi puño se estampó en su mejilla.

No estaba para tonterías.

—¿Acaso no harías lo mismo por María? ¿Mmm? ¿Qué pasa? ¿Piensas que tu mujer vale más que la mía?

—¡Claro que lo haría, joder! — Rugió —. Pero sé que tú me lo impedirías, y me ayudarías a actuar con sensatez. Solo hago lo que quisiera que tú hicieras por mí.

Negué.

—Guárdate tus juegos psicológicos para otro, Salvatore. Te conozco desde que éramos niños, y si la que estuviese en manos de Egor fuese María, ya estaríamos todos jugándonos la vida por pasar esas murallas o tú mismo nos estarías disparando— me encaré contra él, mirándole fijamente—. Ten huevos de decirme que no es verdad, Carusso.

Tras un incómodo silencio, Petra metió el brazo entre nosotros para separarnos.

—Marcos— intervino, obligándome a mirarla—. Ahora mismo tenemos un cuarenta por ciento de posibilidades de éxito, pero si aguantamos solo hasta mañana, podremos tener un sesenta por ciento. Es mucha diferencia, solo tienes que aguantar unas horas.

—Unas horas— repetí—. En unas horas puede estar muerta.

—No la va a matar, Marcos, solo quiere torturarla para torturarte a ti, eres una amenaza para él, y ella es lo que utiliza para atraerte. Carla le habrá contado todos nuestros planes.

—¿Y eso se supone que debe tranquilizarme? — Cuestioné, con los ojos tan abiertos que parecía que de verdad había perdido toda la cordura—. ¿Sabéis cuanto tardó Patrick en romper a mi madre? — Silencio—. Tres putas horas, Violeta lleva muchas más.

—¡No la matará, eso es lo que importa! — Bramó Salvatore, agarrándome de los hombros para hacerme entrar en razón.

No pude evitar empujarle de forma violenta.

—¿Qué coño dices, Carusso? — El puño se me apretó de nuevo — ¿Sabes? No me gusta hablar de mis mierdas, pero para toda esa psicología que lees creo que no te enteras de nada— las palabras me salían como puñales, ahora mismo mi mejor amigo solo era una piedra en mi camino, y deseaba aplastarle y quitarle de en medio para ir a por ella—. Hubiese preferido encontrarme a mi madre muerta, a cómo la encontré, ¿entiendes? Porque las heridas se curan y los muertos se pudren, pero mi madre es un zombi, ¡un puto zombi! ¡Está viva sin estarlo! ¡Es un jodido cuerpo vacío! ¡Y si Violeta acaba igual, te juro por mi puta vida que te mataré, pedazo de cabrón!

—¡PUES MUY BIEN, JODER! ¡VAMOS TODOS A MORIR Y LUEGO QUE MATEN A MIS HIJOS, Y A NARCISA!, ¡Y QUE NUESTROS CADÁVERES SE PUDRAN EN UNA ENORME MONTAÑA DE MIERDA MIENTRAS EGOR NOS MEA ENCIMA! ¡¿ESO QUIERES, MARCOS?! — Nos mirábamos como si nos odiásemos desde siempre —. Si sobrevives, podrás hacer algo por ella, por poco que sea; si mueres, la suerte de esa chica se habrá acabado, estará en las manos de Egor por el resto de su vida, tú mismo.

Salvatore salió del cuarto de vigilancia, cerrando de un portazo.

Petra me hizo una señal de <<respira profundo>>, mientras yo tan solo quería volver atrás en el tiempo para coger a Violeta y llevármela lejos de aquí, ponerla en un lugar seguro y luego volver a por ese cabrón.

Le fallé como guardaespaldas.

Y como prometido.

Como hombre.

Como todo.

Era un puto mierda.

No debí confiarle su seguridad a nadie.

Tenía que haberme encargado de todo yo mismo.

—Marcos…

Me dejé caer sobre la silla que estaba frente a los monitores, apagados, sin mostrar nada.

El dron seguía cargándose.

Lágrimas de impotencia salieron de mis ojos, mientras comenzaba a golpearme a mí mismo.

—¡Marcos! ¡Marcos para, joder!

—¡Soy un puto mierda! ¡Lo he hecho todo mal! ¡No lo soporto, joder! ¡No lo soporto! ¡NO QUIERO QUE SUFRA!

—Tranquilízate, venga, respira, joder, yo también la he cagado. Salí primera por si había enemigos, y no me aseguré de que bajase del avión, vi cosas raras en Carla y las pasé por alto porque la quería, y un sinfín más de mierdas, pero ¿qué gano culpándome, Marcos? — Sus manos sujetaron mis muñecas con fuerza, traté de respirar por la boca para no terminar explotando y destrozando todo lo que pillase por delante—. Tienes derecho a enfadarte con nosotros y contigo mismo si es lo que quieres, pero no servirá de nada, ninguno hemos hecho las cosas de mala fe. La intención siempre fue buena, Marcos. Tú lo sabes, somos como hermanos.

—¿Y por qué no me ayudáis? — Estaba derrumbado, había perdido las fuerzas, las manos me seguían temblando—. Yo siempre os he ayudado, Petra. Me he jugado el cuello un millón de veces, ¿por qué no recibo lo mismo?

—Lo estás recibiendo, y lo recibirás, solamente tenemos que estar un poco más preparados.

—No puedo esperar más— negué, agarrándola por el arnés en el que llevaba las armas—. Ayúdame tú, déjame ir a por ella, venga.

—Marcos…

—No me digas que no, Petra. Vamos, déjame salir de aquí.

Salvatore dio la orden de que no me dejasen salir bajo ningún concepto.

No sabía quién se creía para tener ese derecho sobre mí.

—Está bien.

La tensión de mis brazos se disipó un poco.

—Vale, pues ve a decirles que tienen que dejarme ir. No quiero tener que matarlos, porque te juro que lo haré si no se quitan de en medio.

—Sí, ahora voy, pero cálmate un poco y piensa bien tu plan, porque yendo solo tienes la muerte garantizada.

No tenía ningún plan.

Era imposible tener un plan cuando te enfrentabas a algo así.

Solo sabía que la quería y que la seguiría hasta el puto infierno.

Apoyé los codos en la mesa para dejar mi frente descansar sobre mis manos.

Algo se me ocurriría, sí, joder.

—Creo que tienes…

—¿Qué?

—Aquí, no te muevas.

Una fina aguja se clavó en mi piel.

Reaccioné de forma violenta para apartarla de mí, arrancándome una inyección sedante del cuello.

—Petra…

—Lo siento, Marcos. No te dejaremos morir.

CAPÍTULO 87

VIOLETA



Cuando desperté, el frío se clavó en cada poro de mi piel.

Me encontraba tumbada sobre un charco helado de agua, en mitad del calabozo.

El olor putrefacto de aquel animal servido en el plato me hizo sufrir arcadas.

El agua que me echaron por encima tampoco era limpia, tenía restos de jabón, y posiblemente fuese la de los baños del personal.

Hinqué las rodillas sobre las piedras, enrollando el pelo entre mis dedos para escurrir aquel líquido mal oliente, mientras seguía arrugando la nariz, temblando, y sin saber cómo diablos saldría de esta.

Intenté recurrir a los viejos métodos, evadir la realidad, refugiarme en un mundo que solo existiese en mi mente, uno en el que al menos, no me pareciese tan complicado sobrevivir.

No era posible.

Esa Violeta ya no existía, cambié demasiado en estos meses.

Esto era lo malo de derribar las murallas de hielo, quedabas expuesta a todo el dolor del mundo real.

Intenté ponerme en pie, las rodillas me fallaron, tambaleándome hasta chocar mi brazo contra uno de los húmedos y antiguos muros del calabozo.

Pegando mi espalda, me dejé caer hasta estar sentada en una esquina, abrazándome a mí misma, frotando mi piel para tratar de

entrar en calor.

Saqué el móvil de su escondite.

No encendía, ya no tenía batería.

Marcos tendría que haber llegado.

Pero no estaba aquí.

Todo en el castillo se sentía tranquilo y en paz, no daba la sensación de que nadie hubiese venido a intentar rescatarme.

Seguramente, mi secuestro les desestabilizó todos los planes.

Carla les destapó por completo, pasándole información confidencial a Egor. Sobornaron a aquel piloto, sabían que estábamos en Milos, toda la familia de Salvatore estuvo en riesgo de morir, podrían habernos matado a todos.

Debían estar muy cabreados conmigo.

Si no hubiese aparecido en sus vidas nada de esto estaría sucediendo.

Sonreí pensando en Marcos una vez más, en la razón que tenía al decir que el destino estaba escrito.

Mi destino era pudrirme en este castillo y finalmente, era lo que iba a suceder.

Le imaginé volviendo a España junto a Salvatore, buscando un matrimonio que le ayudase a posicionarse y olvidándose por completo de mí.

Noté el sabor salado de mis propias lágrimas en el paladar.

No iba a venir.

Pasos y voces se oyeron desde la lejanía, me sobresalté sin poder evitarlo, entrando en un estado de miedo y pánico.

Cuando el portón de hierro se abrió, vi que se trataba de Irina.

—Señora, le he robado las llaves a Cédric.

—¿Qué? — El corazón se me iba a salir por la maldita boca—. Irina, no te expongas así, por favor.

—Tranquila, ni se dará cuenta, tiene como seis copias de esta vieja puerta, y me he acostado con él para poder conseguirlo.

Maldije, pasándome las manos por la frente. Seguía muerta de frío, estaba helada.

—Le traigo algo caliente.

Irina alzó el vuelo de su vestido con una mano para no mojarlo con el agua, acercándome una taza con una infusión de hierba buena, jengibre y limón.

—Esta combinación es buena para las defensas, tiene que estar fuerte, ahora más que nunca.

—¿Para qué, Irina?

No tenía esperanzas, poco quedaba que hacer conmigo. Egor y Bianca estaban juntos y al mando del castillo, no había una sola persona que pudiese preocuparse o hacer algo por mí.

—Para que cuando Marcos Leone venga a por usted, pueda ver como los quema vivos. A todos.

Un dolor agudo se hizo notar en mi pecho.

—Marcos Leone no vendrá.

—Pero, ¿qué dice? — Sus ojos se abrieron con horror—. Él la quiere, no la dejará.

—Debería hacerlo, no merece la pena arriesgar tantas vidas por una sola.

—Yo no pienso así, y no es solo una vida, es la de todos nosotros. Estamos cautivos entre estas piedras, no nos dejan salir, ni hablar a solas. Debemos dormir y bañarnos con las puertas abiertas, nos han retirado el sueldo y los días libres. Hemos pasado de ser sirvientes a esclavos.

Dejé que mi nuca rozase el muro, desviando la mirada hasta el techo negro del que caían gotas de agua cristalina.

—Siento tanto todo lo que os está pasando— murmuré.

Todo era mi culpa, por matar a mi padre.

Me cansé de que me sacrificasen por el bien de todos, y ahora, las cosas iban cada vez peor.

Alexander Ivanov tenía razón, mi sufrimiento era necesario.

Fui dando pequeños sorbos a la infusión, mientras Irina me miraba suplicante.

Quería decirle que todo estaría bien y que encontraría la forma de solucionarlo, pero sería mentir.

Nada iba a ir bien, ni sabía cómo arreglarlo.

Las fuerzas que tenía al llegar a este lugar me estaban abandonando más rápido de lo esperado, y me jodía no ser capaz ni

de defenderme a mí misma.

Suponía que esto sucedía por la ausencia de motivos para seguir adelante.

—Sé que está triste porque piensa que Marcos no va a venir, pero sé que sí lo hará.

El corazón me volvió a golpear en el pecho al escuchar su nombre.

—¿Y cómo lo sabes? — Mis labios temblaban sobre el borde de la taza—. Por favor, convénceme— supliqué—. Convénceme de que sí va a venir porque es lo único a lo que puedo aferrarme.

—Princesa, solo hace falta ver como la mira para estar totalmente convencida.

Recordé su mirada.

Cerré los ojos.

Dejé caer una lágrima.

—¿Puedo pedirte algo? — Volví a rebuscar entre las piedras, sacando el teléfono— ¿Puedes conseguir cargarle la batería sin que te pillen?

Asintiendo, lo agarró para guardarlo entre las telas de su vestido.

Me entregó unas pastillas.

—Guárdalas en cualquier parte de este calabozo, no estoy segura de poder venir a visitarte cada día. Lo normal es que Cédric controle tu celda, pero ahora está bañándose y luego comerá.

Unos segundos pasos se oyeron al comienzo de la escalera para descender a los calabozos, ella tomó rápidamente la taza, cerrando el portón. Estuve conteniendo el aire hasta que vi cómo se escondía tras los terrarios de las serpientes mientras Bianca caminaba de forma despreocupada hacia mí, tarareando una canción.

Escondí las pastillas bajo las piedrecitas.

—Has estado inconsciente veintiséis horas.

¿Qué? ¿Tanto?

Tragué saliva, sin decir nada.

—Pensé que a estas alturas esto sería un campo de guerra, sinceramente he llegado a tener miedo, pero ahí fuera todo está más muerto y aburrido que un cementerio, ¿cómo te sientes al saber que no le importas a nadie?

Dos guardias empezaron a dirigirse desde las criptas hacia nuestra posición, iban a pillar a Irina si no se movía de ahí.

Tenía que hacer algo, rápido.

Giré el cuello para ver los oscuros ojos de Bianca mirándome a través de las rejas del portón.

—¿Por qué no vienes aquí y me lo dices a la cara?

Provocarla era la ridiculez más grande que podría hacer, pero era eso o dejar que Irina fuese descubierta.

Una de sus cejas se alzó.

—Veo que sigues siendo igual de soberbia, ¿eh?

—Zorra — escupí.

Mierda, esto me iba a costar caro.

La maldad de sus carcajadas hizo que se me helase la sangre.

El portón se abrió y ella entró con decisión, viniendo directa hacia mí.

Irina abandonó su escondite, corriendo escaleras arriba de la forma más silenciosa posible. En cuanto tuve a Bianca de frente, se encorvó para mirarme directamente a la cara.

—No voy a pegarte, no soy tan tonta. Si Egor se carga a ese supuesto hijo que llevas dentro, será cosa de él, paso de pagar los platos rotos de otra—. Dio un pellizco a mala uva en mi mejilla, no le di el gusto de quejarme.

Tampoco me defendí.

De nada serviría.

—He venido porque Egor quiere volver a verte esta noche, ¿sabes qué ha dicho? Que, si no te entregas por las buenas, quemará en la hoguera a *Nana*, ¿qué te parece? Mmm... me pregunto qué decisión tomarás.

La vista se me nubló mientras por el portón de hierro aparecían dos hombres armados, totalmente desconocidos.

Cada uno de ellos me agarró de un brazo, arrastrándome hacia el exterior, conduciéndome hacia las escaleras.

—No...no...por favor...dejadme...— Mis súplicas salían como susurros débiles.

No era una cobarde, pero mi mente ya estaba rota y mi cuerpo no soportaba más tensión.

Deseaba desvanecerme como el humo de un cigarro, dejar de sentir, de existir, de vivir.

Aun así, seguía siendo incapaz de elegir el suicidio.

Tal vez, sí que era una jodida cobarde.

—Mira cómo se hace la digna, pero bien que se follaba a su guardaespaldas, ¿eh?

—¿Te gustaba la polla de ese italiano, zorrita? ¿Te la metía bien?

Uno de ellos se atrevió a tocarme el culo, traté de escapar, incluso mordí a uno en el antebrazo. No sirvió de nada, tan solo me agarraron con más fuerza, acorralándome contra la pared de la escalera.

No podía ver sus caras, llevaban pasamontañas negros.

—¡SOCORRO! —Grité, antes de que uno de ellos me tapase la boca con una de sus asquerosas manos.

—Una rusa que prefiera las pollas italianas es una vergüenza para nosotros. Te mereces lo peor, jodida puta.

—¡EH! — *Nana* apareció al comienzo de la escalera, con una expresión furtiva y el palo de la escoba agarrado por las dos manos —. Hacedle algo y se lo contaré ahora mismo a Egor.

Estos se miraron entre sí, volviendo a empujarme.

Ella me siguió con la mirada.

CAPÍTULO 88

VIOLETA



—Venga, Violeta. No soy tan malo.

Sufría convulsiones, sentada y abrazada a mis rodillas en la piscina en la que solía bañarme.

Egor se encontraba a mi lado; desnudo, pasando la esponja por mi espalda.

La cámara volvía a estar frente a nosotros, apuntándonos.

—Solo tienes que chuparme la polla y luego sentarte sobre ella, y entonces tu querida *Nana* no morirá. Así es nuestro mundo, preciosa, todo tiene un coste.

Seguí en silencio.

No quería ver a *Nana* morir.

No me perdonaría jamás que la quemasen viva.

Pero tampoco era capaz de hacerlo.

—¿Por qué no me quemas a mí y ya está? — Musité.

—¿Y perder la oportunidad de que tu maridito venga a buscarte? Claro que no, le estoy esperando con ansias.

Reí.

—No va a venir.

Su enorme mano comenzó a acariciar mi pelo, terminando por envolver mi nuca para hacer presión y acercarme a su entrepierna.

Sufrí una arcada ante la idea de lo que me estaba sugiriendo, esto le disgustó tanto que me agarró del cuello con ambas manos y me sumergió en el agua.

Tal vez imaginó que patalearía y forcejearía contra él.

Pero tan solo me mantuve hundida, sintiendo el dolor de sus dedos cortando mi respiración, mientras veía su sombra nítida en el exterior.

Mi pecho empezó a convulsionar por la falta de oxígeno, mientras los pies se me doblaban, el instinto me llevaba intentar sobrevivir a pesar de que yo me negase.

Era agonizante.

Cuando abrí la boca y cerré los ojos, deseosa de que el agua llenase mis pulmones y esto acabase cuanto antes, él me sacó fuera, golpeando mi pecho.

Tosí, escupí un chorro de agua y babas, y luché contra mi propio cuerpo para aferrarme al borde de la piscina.

El instinto, una vez más.

—Solo tienes que hacer lo que te ordeno y te ahorrarás toda esta mierda—. Sus piernas se hundieron en el agua, viniendo a por mí. Volvió a sentarse a mi lado, agarrándome de nuevo de la nuca para repetir el acercamiento a su entrepierna—. Si te mato, Irina y *Nana* irán detrás de ti. Además, privaré de alimento y bebida a todos los sirvientes de tu padre, y los haré trabajar turnos dobles, hasta que mueran de sed o inanición. Tu muerte será la maldición de todas esas personas; así que, si no quieres que eso pase, abre la puta boca y trágate mi polla.

Miré hacia atrás.

La cámara nos grababa desde el primer momento, un sollozo se escapó de entre mis labios al saber que él vería estas imágenes.

Aun así, si me había abandonado, ya no le importaría.

Las personas de este castillo estaban sufriendo las terribles consecuencias de mis actos, y lo que les esperaba podría ser aún peor.

—Tengo algo que pedirte, Egor.

—No estás en condiciones de pedir nada.

—Por favor— imploré—. Seré obediente.

—¿Qué diablos quieres?

—Que los sirvientes de este castillo puedan volver a tener días de descanso, aunque no les dejes salir del castillo.

—Hazlo bien, y me lo pensaré.

Con la cara inundada en lágrimas, alcé la vista hacia él, asentí y tomé aire.

Luego bajé los parpados para borrar la visión de lo que tenía delante, abriendo la boca y dejando que él hiciese conmigo lo que desease.

A veces, el destino era tan retorcido que parecía estar escrito por el mismo diablo.

Maktub.

CAPÍTULO 89

MARCOS



1 SEMANA DESPUÉS

Estaba rodeado de ascensores que abrían y cerraban sus puertas.

Debía subir para poder llegar a ella.

Violeta.

Cada vez que entraba al interior de uno, este comenzaba a ascender, sin embargo, cuando estaba cerca de llegar a la última planta, las puertas se bloqueaban y lo único que escuchaba al otro lado eran sus gritos.

Creía que la había abandonado.

Pero yo jamás haría algo así.

Cuando usaba la fuerza bruta para abrir esas putas puertas, cuando gritaba y golpeaba hasta el cansancio, diciéndole una y otra vez que estaba aquí, que de alguna forma llegaría a ella, el ascensor dejaba de estar bloqueado y caía al vacío.

Justo antes de morir, mis ojos se abrían, viendo una habitación extraña y desconocida.

Un pitido se escuchaba de fondo.

Alguien tocaba mi cuello.

Otro pinchazo.

Y de nuevo, vuelta al punto de partida.

Ella seguía gritando.

Y yo seguía sin poder llegar.

—Despierta, bella durmiente.

Las puertas del puto ascensor se abrieron y cuando por fin creía que lo había conseguido, quien estaba al otro lado, era Salvatore.

—Que te despiertes he dicho.

—Tal vez si bajases un poco la dosis de esa puta droga que me estás metiendo...

Ya no había ascensores.

Tampoco escuchaba a Violeta.

Volvía a estar en esa habitación.

Salvatore me observaba, con un cigarro en la boca y un mapa dibujado en papel.

—Tenemos el laberinto completo y la ruta de vigilancia de todos los hombres de Egor, esta madrugada salimos antes del amanecer. Date una ducha fría y come bien para reponer fuerzas. Siento haberte dormido durante estos días, necesitaba que guardases las energías para este momento.

Traté de incorporarme, volviendo a sentir ese dolor tan jodido.

Saqué las vías de las venas, poniendo los pies en el suelo, la cabeza me daba vueltas, estaba mareado de la hostia.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Las manos empezaban a temblarme de nuevo.

Me daba miedo saber la respuesta.

—Una semana.

Inflé el pecho, pensando que le iba a moler a palos cuando todo esto acabase.

Traté de abrir la boca, mientras intentaba controlar mis ataques de ira.

—Se.Sabe.Algo.De.Ella

—No.

Crují los nudillos.

—Al amanecer sabrás todo lo que necesites, son las doce de la noche. Faltan solo cinco horas, Marcos.

Salvatore salió de la habitación y yo grité, pegándole un puñetazo a la mesita de noche, haciendo que los cajones saltasen al suelo a causa de la brusquedad.

Mi móvil rodó entre las llaves de la moto de alquiler, la cartera, el mechero y una navaja.

Me tiré a por el teléfono con el corazón latiendo frenético, tal vez ella hubiese intentado establecer contacto, joder.

Al desbloquearlo, noté como los latidos me llegaban a la puta garganta, mientras los ojos se me iban a salir de las cuencas.

Tenía más de diez videos enviados desde el número de teléfono de mi ex mujer.

Carla.

Solo con verlo por encima, sin abrirlo, sabía lo que era.

Y ya dolía como si me estuviesen quemando el alma en el mismísimo infierno.

Le di a reproducir el primero.

Vi como la correa golpeaba su pequeño cuerpo y la dejaba inconsciente al segundo latigazo.

Vi como le tiraban cubos de agua fría, encerrada en el calabozo.

Y como le ofrecían comida podrida.

Vi como tenía sexo con Egor, una y otra, y otra vez.

Y otra vez más.

Y vi como poco a poco, el brillo de sus ojos se iba apagando, y cómo cada vez era más sumisa y obediente.

Estaba volviendo a construir murallas de hielo a su alrededor.

Y a tener la vista perdida en la nada, como si su cuerpo existiese en este mundo, pero ella se encontrase muy lejos.

En los últimos videos no gritaba, pero ya lo estaba haciendo yo por ella.

No soportaba lo que le hacían, y no soportaba ver en ella esa mirada perdida, la mirada de mi madre.

La habían roto.

Mis sueños eran reales.

Ella pensaba que la había abandonado, y a pesar de querer intentarlo, no llegué a tiempo.

Podría destrozarlo todo.

Podría empezar a romper cosas, y entonces ellos vendrían y volverían a sedarme, y a decidir por mí, y a decirme lo que tenía que hacer.

Así que decidí tragarme toda esta rabia para usarla en el momento adecuado.

Tan solo dejé el móvil sobre la cama y me puse en pie.

Esto era lo mismo que con mamá.

Pude gritar, patalear y armar un berrinche.

Sin embargo, pasé tranquilamente junto a Patrick y fui hacia la cocina para coger un cuchillo.

Al igual que ahora estaba yendo hacia el baño.

Elegí darme una ducha rápida, quería oler bien para mi preciosa mujer cuando la abrazara, y me puse una camiseta negra, junto con un vaquero desgastado que tenía a mano.

Coloqué el arnés sobre mi pecho y lo llené de armas, me puse la chaqueta de cuero, abrí la puerta de la habitación y encendí un cigarro.

—¡Leone! — Andrei apareció de la nada, abordándome con una sonrisa lobuna—. Joder, para haber estado una semana drogado a más no poder, te veo de maravilla.

—Ajá, sois unos hijos de puta— dejé salir el humo lentamente.

—Vaya tela, pensé que te levantarías como un gorila, rompiendo todo y repartiendo hostias. De hecho, le sugerí a Salvatore que te amarrásemos.

Di otra calada.

—¿Ya tenemos todo listo?

—Sí.

—¿Probabilidades de éxito?

—Ochenta por ciento, es imposible llegar al cien por cien, así que iremos así. Esos tíos se mueven al azar, pero hay algunos pasillos por los que casi nunca frecuentan, tú y Petra tendréis que ir por ahí hasta llegar al interior, luego instaláis bombas, os ponéis a cubierto y en cuando explote y los guardias de las murallas vayan a ver que sucede, reventaremos la puerta principal, entraremos y nos los follaremos a todos.

Asentí.

—¿Tú tienes alguna copia del mapa? Me gustaría estudiarlo.

—Claro, tío. Ven.

Andrei me dio una palmada en la espalda invitándome a seguirle, pasamos junto a una sala en la que Salvatore se encontraba reunido con los encargados de los hombres que nos apoyarían en el ataque.

María estaba en la cocina, hablando en voz baja con Petra, comentaba su preocupación por Violeta.

—Aquí está —. Andrei desenrolló el papel sobre la mesa de su despacho—. Y esa mochila negra que ves ahí, es la de los explosivos que tendréis que colocar dentro; también lleva varias cosas útiles, como un camuflaje para poder llegar al pozo sin que os vean desde las murallas.

—Bien — retiré la silla para sentarme, mientras seguía fumando—. Voy a estudiarlo un rato, si no te importa.

—Todo tuyo — se sirvió un trago de vodka y se lo bebió de golpe —. Te dejo a solas para que te concentres mejor. Por cierto— su mano se apoyó en mi hombro—. Estoy deseando matar a esos hijos de puta, la señorita Ivanov estará bien, ya lo verás.

Mi mirada seguía clavada en el mapa.

—No es la señorita Ivanov, es la señora Leone.

El tono de mi voz le advirtió de mi estado de ánimo, así que tan solo dejó de tocarme el hombro para cerrar la puerta al salir.

No dudé sobre lo que tenía que hacer.

Doblé el mapa guardándolo en el bolsillo del pantalón, cargué a mochila con los explosivos y salté por la ventana.

—Disculpe, señor, no puede... Salvatore dice...

El guardia del patio empezó a seguirme.

—¿Qué dice Salvatore? —Cuestioné, girando sobre mis propios talones para agarrarle del cuello con una mano y clavarle el cuchillo en la vena carótida con la otra.

Di un paso atrás, dejando el cuerpo caer al suelo, mirando el casino desde el exterior mientras me sacaba las llaves del bolsillo.

Mi mujer no esperaría ni un solo minuto más.

CAPÍTULO 90

MARCOS



Iba a tanta velocidad que dejaba a los coches atrás como si fuesen sombras.

Cuando me cegaba con algo, no podía ser de otra manera, y ahora mismo mi punto ciego era Egor Maslov.

Las formas en las que me gustaría quitarle la vida eran tan ilimitadas que me costaba muchísimo elegir una y poder trazar un plan.

Incluso deseaba no matarle y dejarle con vida para siempre, soportando mis torturas, un día tras otro.

No obstante, terminaría matándolo, porque mientras ese cabrón viviese, mi mujer no podría pasar página, y yo necesitaba que superase todo esto. Ella no se convertiría en mi madre. No, joder.

El pecho se me agitaba ante la idea de volver a vivir la misma historia, decidí levantarme la visera del casco para que me diese un poco de aire, estaba fatigado.

En cuanto me desvié de la carretera principal, acercándome al bosque que rodeaba el castillo, me di cuenta de mi primer problema.

La nieve.

Acercarme por la carretera que estaba despejada era inviable, podrían pillarme demasiado fácil.

Meterme con la moto en el frondoso bosque nevado, tampoco era una buena idea.

Tocaría ir a pie.

En cuanto llegué a una distancia que consideré prudente, bajé del vehículo y lo arrastré hasta dejarlo entre algunos montículos de tierra y troncos.

La dejé camuflada y emprendí la marcha a la mayor rapidez posible.

Las botas ayudaban a lidiar con el entorno, a veces usaba el cuchillo de gancho, clavándolo en algunos troncos cuando descendía grandes pendientes, y cuando me tocaba escalar otras.

Corrí todo lo que pude en los tramos que me fue permitido, viendo cada vez las murallas más cerca, sintiendo el corazón de Violeta latir junto al mío.

Me preguntaba si ella también podría sentir que estaba cerca.

Deseaba abrazarla y salvarla de esas bestias que de ninguna forma eran peores que yo.

No sabían lo que habían hecho.

A mí solo se me pagaban las deudas con sangre, y herir a mi mujer era una deuda demasiado elevada.

Derrapé con las botas por una inclinación, agachándome todo lo que podía para no perder el equilibrio. En cuando toqué suelo estable, abrí el mapa, visualizando el camino a seguir hasta el pozo.

Saqué un dispositivo radar de movimiento, para vigilar que la entrada no estuviese custodiada por guardias.

Tal y como pensaba, lo que Egor deseaba es que entrásemos en el interior, así que no dejó a nadie fuera.

Abrí la mochila, sacando el camuflaje, era una tela gruesa color blanco perla.

Una vez me cubrí con ella, me tumbé sobre la nieve y comencé a arrastrarme hacia el pozo, moviendo codos y rodillas.

No tumbarme sería un error, pues desde las alturas de las murallas podrían apreciar la diferencia de volumen o textura y simplemente disparar por curiosidad.

El frío comenzó a calarse en mis huesos a los pocos minutos mientras el aliento me salía de la boca en forma de vaho con cada respiración.

Empujé y empujé, el frío de la nieve me quemó las manos a pesar de los guantes y también las rodillas, pero yo solo podía pensar que eso no era nada comparado a lo que estaba sufriendo Violeta.

Continué arrastrándome, notando que las extremidades me iban perdiendo impulso por el entumecimiento del frío, las putas piernas y los dedos se me estaban congelando.

Empecé a respirar con más fuerza, tratando de aumentar los latidos y el calor del cuerpo, el riesgo de quedarme a medio camino y morir de esta forma o tener que levantarme para no estar en contacto con la nieve y recibir un disparo era real. No importaba, no me detendría.

Mis botas peleaban contra la nieve, y mis dedos se clavaban en ella como si fuesen garras, hubo un momento en el que sentí el instinto animal dominarme por completo, diciéndome: *o luchas, o mueres, y no puedes permitirte morir.*

—Vamos, joder, Violeta, piensa en Violeta.

Notaba los labios morados y rígidos, era una noche jodidamente fría, no sabía a qué temperatura debía estar, pero no recordaba haberme enfrentado a un frío así.

Finalmente, mis dedos se aferraron a la piedra del borde del pozo, con las rodillas aun clavadas en la nieve. Traté de ponerme en pie, estas fallaron, haciendo que la tela del camuflaje se me cayese.

Aguardé agazapado contra el pequeño muro unos minutos, respirando profundo, calentándome las manos.

Comencé a frotarlas en mis rodillas, me echaba el aliento en las palmas y luego volvía a frotar.

Tenía los putos pantalones chorreando.

—Vamos, hostias, ¡vamos! — Golpeé una de mis piernas, sintiendo dolor. Eso era buena señal, recuperaba sensibilidad— Bien, joder.

Saqué la pistola, con el silenciador puesto, metí la mano y disparé varias veces.

Me cubrí y aguardé.

Nada.

Cogí la linterna del arnés, dejando la pistola pegada a mi costado, me la puse en la boca para alumbrar mientras comenzaba el descenso.

Un pie a cada lado y una mano por igual, primero movía uno y luego el otro, haciendo presión contra las paredes, en forma de X.

Poco a poco fui descendiendo, con la poca paciencia que tenía para estas cosas, pero siendo consciente de que este era el momento más crucial.

Si caía, armaría jaleo, y sabrían que estaba aquí.

Cuando solo quedaban unos dos metros, me solté, cayendo con una simple flexión de rodillas que me ayudó a amortizar el golpe.

Me enderecé y seguí la marcha.

Apagué la linterna, guardándola, y me preparé de nuevo con la pistola. Fui pegado a la pared como si yo fuese parte de ella y de la oscuridad, escuchando voces y pasos.

—El jefe dice que no van a venir, pero aun así tenemos que seguir aquí.

—Pues menudo asco, y vaya mierda de plan, ¿en serio pensaba que Salvatore Carusso y Marcos Leone se arriesgarían a entrar aquí por una simple cría? Joder, si a esos tíos les llueven las mujeres.

Un paso más, y otro, y otro más.

Doblé la esquina, viendo a dos guardias hablar; uno estaba de espaldas, armado.

El otro de lado, mordisqueando algo, parecía una barrita energética.

Llevaban pasamontañas puestos, el que comía lo tenía subido hasta la frente.

Había un total de cien hombres aquí dentro.

Si mataba a estos dos, cuando los otros llegasen y viesen el cadáver, darían la voz de alarma.

Problema.

Necesitaba a uno que estuviese solo.

Seguí pegado a la pared, saqué la otra pistola, y apunté a cada uno de ellos mientras me movía sigiloso.

Si me veían, dispararía.

En cuanto crucé hasta el otro pasillo, giré con las armas. Vacío.

Volví a pegarme y continué.

Ellos creían que desistimos, así que eso solo significaba una cosa: *guardia baja*.

Sería una gilipollez rebelar mi posición y alertarles.

Tenía que hacerme pasar por uno de ellos hasta estar seguro de poder crear la explosión que necesitaba.

Saqué el móvil, agazapándome en una esquina.

Le bajé el brillo a lo mínimo que necesitaba para ver la pantalla.

Marcos: *Estoy dentro.*

Salvatore: *¿Dentro de dónde? ¿De la cocina? ¿Del baño?*

Andrei: *Está dentro del castillo, melón, se ha escapado.*

Salvatore: *¡¿QUÉ COJONES?!*

Andrei: *Marcos, cuando seas el siguiente Padre de la Mafia, recuerda que yo te ayudé.*

Salvatore ha expulsado a Andrei del grupo.

Marcos ha añadido a Andrei al grupo.

Salvatore ha bloqueado a Andrei.

Marcos: *Tíos, venid de una puta vez, tienen la guardia bajísima. Los he escuchado hablar, creen que nos hemos pirado.*

Andrei: *Obvio, mandamos los aviones de vuelta a España, con gente disfrazada de nosotros, hemos trabajado duro mientras dormías, bella durmiente.*

Marcos: *Dejaos de mierdas y venid. Ya.*

Marcos: *Voy a reventar este puto sitio.*

Salvatore: *¿Qué está diciendo el gilipollas este? No puedo verlo porque le tengo bloqueado.*

Marcos: *¿Para qué coño le bloqueas si quieres saber lo que dice?*

Andrei: *¿Me ha bloqueado?*

Andrei: *Es mi momento.*

Andrei: *Salvatore, siempre he pensado que eres un poco afeminado.*

Andrei: *Y los trajes de Armani ya no te quedan como antes.*

Apoyé la nuca contra la piedra negra, olía fuerte a humedad, empecé a escuchar voces que se acercaban otra vez.

Marcos: *Tíos, tengo que moverme, venid ya, hostias.*

Salvatore: *Ya estoy en el coche, me das más disgustos que mis putos hijos.*

Marcos: *Pues no haberlos tenido.*

Salvatore: *Cierto, debí usar condón el día que saliste de mi polla.*

Andrei: *¿Qué está diciendo Salvatore? No puedo verlo porque me tiene bloqueado.*

Me iba a cagar en mi puta vida.

Marcos ha abandonado el grupo.

Retrocedí sobre mis pasos, volviendo a esconderme en el pasillo de antes, en cuclillas, tratando de relajar la respiración y los latidos.

En cuanto esos dos pasaron junto a mí, pude apreciar un ligero olor a alcohol, iban puestos de *vodka* hasta el culo.

Vaya personajes.

Salí corriendo a toda hostia, acercándome cada vez más a la salida del laberinto, de vez en cuando paraba para recuperar la respiración o porque volvía a escuchar pasos, revisaba el mapa y continuaba.

—Tío, ahora vengo. Tengo que mear.

Me paré en seco, viendo que había caído justo en el rincón en el que los guardias parecían venir a echar sus mierdas, en el sentido literal de la palabra.

El olor era asqueroso.

Di varias zancadas, pensando que hoy era mi día de suerte, colocándome detrás de una columna de pedruscos que parecía sostener el techo sobre el suelo.

Los pasos se fueron escuchando cada vez más y más cerca, hasta que un tipo alto, de casi dos metros, salió de lo que parecía un punto de encuentro.

Se acercó a la esquina contraria, bajándose la bragueta.

Fui lentamente por detrás, escuchando como tarareaba una canción mientras se echaba una *meadita*.

Mi brazo rodeó su cuello, pegándole un fuerte golpe en la nuca con el mango de la pistola, en ese punto que dejaba a la víctima inconsciente al momento.

Apreté contra su sien y disparé.

En la oscuridad no se apreciaría la sangre, y para cuando fuese de día, ya todos estarían muertos.

Me lo eché al hombro, yendo con él hacia uno de los pasillos que según el mapa eran más solitarios.

El factor suerte entraba en juego en estos momentos.

Comencé a desnudarme rápidamente, quitándole también su ropa. Intercambié las vestimentas y luego volví a cargarlo sobre mi hombro, tenía que llevarle hacia las aguas subterráneas y sumergirle allí. No podía arriesgarme a que le encontrasen.

Luego tan solo tendría que comportarme como uno de ellos esta llegar a Violeta.

Por suerte, sabía hablar ruso.

CAPÍTULO 91

VIOLETA



Tenía la cabeza apoyada contra la pared, el sueño podía conmigo.

Dormía a duras penas, llevaba días sin mirarme en un espejo, pero los ojos me ardían y sentía que debía tener las ojeras completamente moradas.

Había un collar rodeando mi cuello, con una cadena que iba directa al reposabrazos de la silla de Egor; antiguamente, la silla de mi padre.

En el comedor, cenaban Carla, Bianca, y el mismo.

Lo que les iba sobrando, me lo tiraban en el suelo.

Al principio creí que nunca haría algo así, pero cuando llevas una semana de casi inanición, el hambre te traiciona.

Mis manos fueron rápidamente hacia un muslo de pollo que parecía aun conservar un pedacito de carne.

Lo llevé a mis labios, mordiendo con ansiedad y desesperación.

El silencio se hizo en la sala y supe que me estaban mirando, sonrientes y felices, esto les causaba un placer que yo no conseguía entender.

Definitivamente, los demonios existían, y ellos eran hijos de estos, pues no me entraba en la cabeza que el ser humano pudiese albergar una maldad tan cruda.

Carla lanzó un hueso de pollo a mi cabeza, riéndose a carcajadas.

—Ladra.

La miré de reojo.

Los mechones de pelo me caían sobre el rostro, cada vez que me hablaban o se referían a mí, el miedo se adueñaba de mi persona.

Ya no me quedaba valor para enfrentarlos.

Tan solo la esperanza de morir.

— ¡Que ladres! — Carla dio un golpe en la mesa mientras Bianca se reía, con su corona brillando sobre su cabello largo, cayendo por encima de uno de los vestidos que más usé cuando las cosas eran distintas en este castillo.

Abrí la boca, notando como me dolían los labios por la sequedad, pues seguía negándome a beber agua sucia.

Ladré.

— ¡Eso es! ¡Buena perra! — Me lanzó otro hueso.

Egor tan solo se giró para echarme una mirada despectiva, volviendo a acomodarse en su sillón.

— Menuda mierda, esos imbéciles han vuelto a España. Ni para esto sirves, Violeta, eres una completa inútil.

Escuchar el nombre de ese país hacia que se me sobrecogiese el corazón, la Violeta que fue libre y feliz en aquel lugar ya no existía, me parecía casi ridículo pensar que todo aquello sucedió hacía menos de dos semanas, pues era como si jamás hubiese salido de las murallas de este castillo, y todo aquello, tan solo fuese un sueño.

De hecho, dudaba de que Marcos Leone hubiese sido real.

¿Y si fue un producto de mi imaginación y de mi locura para escapar de esta puta realidad?

Lo creería si no fuese porque Carla estaba aquí presente, y ella era la prueba de la existencia del hombre al que amé con todo mi corazón.

Un hombre al que no olvidaría nunca.

¿Con cuántas mujeres se habría acostado en esta semana? La pregunta me dolía más que todas las torturas de estos monstruos.

Ellos siguieron hablando de lo que Carusso y Leone deberían estar haciendo, que se resumía a buscar aliados y una esposa para el mismo.

Tragándome las lágrimas y conteniendo los sollozos, me quité el anillo de compromiso, dejándolo entre los huesos mordisqueados del pollo.

Volví a apoyar la cabeza contra la pared, apretando los párpados y los labios para no empezar a llorar como una maldita magdalena.

El corazón me dolía tanto que sentía que iba a morir de desamor y abandono ahí mismo.

Esto era peor que ser violada y golpeada un millón de veces.

El guardia que tenía en frente, con los brazos cruzados a la altura del pecho y las piernas ligeramente abiertas, golpeó el suelo con la punta del pie, de forma repetida y suave, como si quisiese llamar mi atención.

Cuando le miré, puse las manos en modo de súplica, y luego pasé mi dedo por el cuello, queriendo decirle: *por favor, mátame.*

El torció el rostro hacia un lado y negó.

¿Qué?

Asentí.

Negó.

—Por favor— murmuré sin voz, tan solo moviendo los labios.

Entonces, metió la mano en el interior de su bolsillo, sacando algo pequeño y rojizo de este.

Los ojos se me abrieron tanto que sentí que se saldrían de las cuencas, mientras él se levantaba la manga de la sudadera negra del uniforme, enseñándome aquella palabra tatuada en su antebrazo.

Maktub.

Le miré fijamente a los ojos.

Reconocería esa mirada.

Esas piernas largas.

Esos hombros.

Ese color de piel.

Y ese tatuaje.

En cualquier rincón del universo.

Quedé petrificada, sin saber si esto era real o no, pensando que solo era otro sueño, que en cualquier momento despertaría y estaría llena de mierda, en ese calabozo lleno de ratas.

La golosina volvió al interior de su bolsillo, luego señaló a Egor, a Bianca y a Carla, pasando su dedo por el cuello mientras yo, consternada, solo podía mirarle como si estuviese viendo un fantasma.

Estábamos rodeados de guardias armados y cualquier gesto en falso podría significar la muerte de ambos.

Pareció no importarle demasiado porque dio un beso sobre su palma y sopló, lanzándolo hacia mí.

Egor echó la vista atrás y volvió a cruzarse de brazos.

No podía ser cierto.

¿Marcos Leone estaba aquí? ¿Vino a por mí?

No pude evitar desfallecer, mis brazos quisieron ir hacia él, perdí las fuerzas, cayendo de bruces sobre los restos de comida, Egor tiró de la correa, haciendo que me irguiese.

— ¿Qué coño haces? Eres una puta molestia.

—Señor, estará débil por el embarazo—. Nana, como siempre, intercedió por mí—. Debería darle mejor comida y un lugar para descansar...

Carla volvió a hacer ruido con la copa de vino.

—Esa zorra no está preñada, en una semana le vendrá la regla y la asaremos como un cochinillo.

— Yo voto por ponerle una manzana en la boca— Bianca alzó la mano, mientras sonreía ampliamente.

Nana tan solo agachó la mirada, retirándose.

Volví a buscar los ojos del guardia, estos estaban puestos en Egor, el odio que reflejaban daba más miedo que todos los monstruos que se encontraban sentados en esa mesa.

Se veía tan tenso que dolía.

Como si fuese a explotar en cualquier momento.

¿De verdad era él o solo formaba parte de un espejismo? ¿Y si estaba loca y mi mente me hacía ver lo que quería ver solo por sobrevivir?

— Tú— Egor se dirigió al misterioso guardia—. Llévate a esta cerda de nuevo al calabozo—. Le lanzó la correa a los pies.

Este se agachó lentamente para cogerla, encorvándose para ponerse recto mientras destilaba un aura oscura y siniestra. Sus dedos enfundados en unos guantes negros apretaron la correa y, aunque lo hizo disimuladamente, también cogió el anillo de entre los restos de comida.

— ¿A qué esperas? Graznó Egor de espaldas, llenándose la copa de nuevo—. ¡Lárgate!

Se giró para empezar a caminar hacia la puerta, yo gateé a cuatro patas hasta que pude ponerme en pie, siguiéndole en silencio, con la cabeza agachada.

Incluso olía a él.

Pero no podía ser él.

Los aviones regresaron a España y ellos mismos dijeron que vieron a Marcos subir a ese avión.

Esto debía ser un espejismo. Estaba loca, punto y final.

— ¡Basta! — Chillé, sintiéndome sin fuerzas para continuar—. Por favor, si hay algo de humanidad en ti, acaba con mi vida, te lo ruego.

Caí de rodillas, no tenía fuerzas para ponerme en pie, ni para seguirle, ni para nada.

Me sentía débil, enferma, cansada y mareada.

Solo quería cerrar los ojos y morir.

Su rostro se giró hacia un lado y luego hacia otro, mirando a todos los hombres armados que nos rodeaban.

Luego se enfocó en mí, volvió a torcer el cuello y negó.

Acercándose, cubrió la visión de los hombres con su espalda, colocando una chuche ácida sobre mis labios.

— Disculpa que no llegase antes, mi vida. Me han tenido drogado una puta semana entera para que no pudiese venir.

El corazón se me paró.

Al instante.

Y no solo el corazón, también la respiración, y el tiempo, y todo.

El planeta dejó de girar.

Era él.

No era un espejismo.

Marcos estaba aquí.

—Eres...tú...

— ¿Quién es yo?

Parpadeé.

Parecía como si tuviese miedo a que no le recordase.

— Mi marido.

Abrí la boca, recibiendo la golosina dulce, notando como el paladar se me inundaba de saliva al probar algo rico y sabroso que no estaba en mal estado y que, además, tenía totalmente asociado con la protección del hombre del que estaba enamorada.

—Creí que me habías abandonado.

Una lágrima descendió de mi ojo izquierdo, metiéndose entre la comisura de mis labios, la tensión en su cuerpo seguía siendo palpable, al igual que la mía. La correa continuaba envuelta en su puño.

—Iría a buscarte el mismísimo infierno, princesa, ni el mismo Satanás podría separarte de mí— aprovechando la ruptura del campo de visión gracias a su ancha espalda, sus dedos acariciaron suavemente mi mejilla húmeda—. Haz un pequeño esfuerzo por llegar al calabozo conmigo, en unas horas todo esto habrá terminado.

Asentí, queriendo creerle.

—¿Cómo sé que eres real? ¿Cómo sé que esto no es un sueño?

Él sostuvo mi barbilla, y todo mi cuerpo se relajó de inmediato, reconociendo a su único y esperado dueño.

Todo mi ser se envolvió en su calidez, empapándose de su aura oscura y protectora.

—De los sueños se puede escapar, *cara*. Tú de mí, no puedes.

Las pulsaciones me iban a mil por hora, él se levantó sosteniendo la correa y yo le imité, caminando lo mejor que podía para seguirle, con los pies descalzos y adoloridos por las piedras escarpadas del calabozo.

En cuanto llegamos a las escaleras, sus brazos me alzaron como si no pesase nada, ahogué un grito tapándome la boca con las manos. Me abrazó refugiándome en su pecho, mientras yo le subía el pasamontaña para verle la cara.

No había dudas.

Era él.

—Has venido.

De nuevo, me iba a deshacer en lágrimas.

Era incapaz de aceptar que él estuviese aquí, que todo lo que creía cierto solo fuese una pesadilla.

—Nunca me fui, cariño— su frente se apoyó sobre la mía, mientras descendíamos cada peldaño con lentitud—. ¿Puedo besarte?

—No— gemí—. He comido alimentos en mal estado y no me han dejado acicalarme. Estoy sucia, huelo mal, y ese hombre...

Sus labios se estamparon contra los míos.

Devorándome.

Tomándome.

Reclamándome como suya.

Mis dedos acariciaron su mandíbula cubierta por esa barba castaña que adoraba como si fuese una entidad divina.

Todo él, era mi religión.

En el momento que su boca me dejó respirar, le bajé la máscara, apoyando la mejilla en su pecho, mientras él seguía manteniéndome entre sus brazos y mis manos descansaban sobre sus hombros.

—Voy a vengarme por todo lo que te han hecho, cariño. No tienes ni idea de lo que les espera.

Marcos prosiguió la marcha, dejándome en el suelo antes de terminar la escalera, sacándose un cuchillo del lateral del uniforme mientras caminaba tranquilamente hacia Cédric, este se acercó para saludarle, creyendo que era uno de los guardias. Marcos le amordazó con la mano, apuñalándolo una y otra vez.

Esto debería asustarme.

O parecerme incómodo.

Sin embargo, cuanto más dolor le causaba a Cédric y más sangre salía por todas partes, más se ampliaba mi sonrisa.

Era tan rápido y ágil que sus víctimas casi no tenían posibilidad de supervivencia.

—Ven— susurró, teniéndole medio muerto contra el portón de hierro.

Corrí hacia él, aferrándome a su fuerte brazo.

—Toma el cuchillo, date el placer de matarlo.

Alcé la mirada, buscando de nuevo sus ojos.

—Me gusta más cuando lo haces tú.

—Oh, cariño— agachó el cuello para acercarse a mí, frotando su nariz con la mía—. Tus deseos son órdenes.

Su brazo rodeó mi cintura, pegándome totalmente a su torso, mientas con la otra mano le rajaba la garganta y el cuerpo caía a un lado.

—Primera de cientos de muertes en tu honor, mi vida.

CAPÍTULO 92

MARCOS



Tiré del portón de hierro, metiendo a Cédric dentro. Violeta entró junto a mí, cerrando tras nosotros.

Me miraba con los ojos abiertos como platos, su expresión era la del asombro y el pánico, podía oler en ella lo aterrorizada que estaba, como si siguiese sintiéndose en absoluto peligro y no creyese que yo de verdad estaba aquí.

Me quité el pasamontaña para que me viese de cerca.

—Estoy aquí, nena— repetí con el tono de voz más suave que la situación me permitía tener, mientras mis dedos hacían movimientos circulares sobre sus mejillas—. Estoy aquí.

Sus labios se entreabrieron, quería decir algo, más se veía tan conmocionada o quizá tan saturada y con tantos pensamientos a la vez, que le costaba hablar.

—Marcos, Irina y *Nana* son buenas, me han ayudado todo este tiempo, no las mates.

Así que era eso.

—No haré nada que no quieras, siempre y cuando no signifique un peligro para ti— alcé su mentón, dándole un suave beso en los labios, ahora mismo tratarla de forma brusca podría empeorar muchísimo su estado—. ¿Sabes cuánto te amo, Violeta?

—Creía que nada.

Mierda.

—Ni de broma digas eso.

—Lo sé, ahora que te veo…— sus manos pequeñas se aferraron a mis bíceps. Apretándolos. Queriendo asegurarse de que era real y no un fantasma—. Has venido—. Repitió.

—Nunca me fui— volví a decir.

Sabía que esto lo iba a escuchar un millón de veces, hasta que su mente aceptase la nueva realidad.

—Nunca me fui— la abracé contra mi pecho, dejando que me oliese, que escuchase mi corazón, que sintiese mi respiración—. Estoy aquí. Para ti. Siempre lo estaré.

Asintió, clavándome las uñas en las costillas como muestra de necesidad, mientras Cédric seguía desangrándose a nuestros pies.

—Entonces, ¿viviremos en Rusia? ¿O has cambiado de opinión?

Se sobrecogió entre mis brazos.

—España, quiero ir a España.

Temblaba, como un animalito indefenso. Toda la mierda que soportó estos días se encontraba en su interior guardada. Y ahora, al sentirse segura, la estaba dejando salir.

—Llora todo lo que necesites, cariño. Estoy aquí para consolarte.

—Si nos encuentran, nos matarán.

—Todos los que vengan aquí abajo acabarán como Cédric, y pronto los que están ahí arriba también.

—Pensé que iba a morir quemada— su voz se rompió en mil pedazos, soltando un quejido de dolor que me dolió hasta a mí—. Pensé que mi destino era este y que no volvería a verte.

—Nada de eso, mi vida. Nuestro destino es estar juntos, para siempre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he escrito yo.

Silencio.

—¿Estás diciendo que estás por encima de Dios? — Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios, dejándome ver un pequeño rastro de mi Violeta.

Seguía ahí, escondida de los malos, pero ahora que me sentía cerca, parecía empezar a asomarse.

—Si a Dios en algún momento se le ocurre separarnos, entonces sí, estaré muy por encima de él, porque no se lo pienso permitir.

Soltando un profundo suspiro, sus uñas se clavaron aún más en mi piel.

—¿Y ahora? — La forma adolorida en la que me miraba era trágicamente hermosa.

Hipnotizante.

—Voy a matarlos a todos y a sacarte de ti, nena.

La palma de su mano ascendió hasta mi mejilla, acariciándola lentamente, mirándome como quien observa un amanecer tras una vida en completa oscuridad.

Yo la mirada igual a ella.

El móvil me vibró en el interior del pantalón, no quería perder el contacto físico con ella así que la abracé por la espalda, volviendo a pegarla a mí, mientras dejaba que leyese el mensaje conmigo.

Salvatore: *estamos en posición, avisa cuando estés listo.*

Un grito ahogado se escapó de entre sus labios.

El corazón se le disparó en pulsaciones rápidas y aceleradas.

—¿También ha venido para ayudar?

—Nadie va a volver a casa si tú no vienes con nosotros, eres una de los nuestros, Violeta. Nunca volverás a estar sola, incluso María ha venido.

—¡¿Qué?! ¿María? Pero… ¿y mi hermana?

—Están todos bien, tranquilízate— supliqué—. Ahora tan solo espera a que venga a por ti. Cierra la puerta a cal y canto y no salgas. Los guardias que se encuentran en los túneles del pozo acudirán cuando escuchen la explosión y tendrán que pasar por aquí.

Cuánta más información le daba, más confusa se veía.

—¡¿Hay guardias en esos túneles?!

—Claro, Violeta. Por eso he tardado tanto en venir.

Sus bracitos volvieron a rodear mi cintura.

—Mierda. Casi hago que caigas en una trampa.

—Oh, ya caí. Desde la primera vez que te vi.

El móvil volvió a vibrar, me quedaría aquí con ella una eternidad, pero era hora de terminar con esto.

—Nena, ¿te gustan las barbacoas?

—Sí, ¿por?

—Hoy será un buen día.

Mis brazos la apartaron de mí, sacándome un cuchillo y una de las armas. Ella tenía las llaves de Cédric para encerrarse y salir cuando quisiese.

—No tienes el móvil para comunicarte conmigo, ¿verdad?

Negó.

—Irina intentó buscar un cargador compatible, pero nada.

—Déjale el mío— la nombrada se encontraba al otro lado, asomada por los hierros—. Sácanos de aquí, Marcos. Por favor.

Nana también se asomó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Por todos los hombres macizos, mi italiano favorito ha vuelto.

Tiré del portón y abrí, haciéndolas pasar, ellas me miraron confusas.

—Quedaos aquí. Si el fuego se me descontrola os lo haré saber y os guiaré para salir sin peligro.

Las dos sirvientas se abrazaron a Violeta, agazapándose contra una esquina. Gimieron al ver el cuerpo de Cédric.

Apunté el número de teléfono de Irina y cerré. Violeta se acercó a los barrotes de la ventanilla que tenía el portón.

—¡Marcos!

—Nena, no tardaré.

—Tengo que liberar a las serpientes, no quiero que mueran quemadas.

—Yo lo haré, tú echa la llave y no salgas. Os mantendré informadas.

Violeta asintió y mientras lo hacía, sus párpados se cerraron. Sus manos perdieron fuerza alrededor de los barrotes y su cuerpo se desplomó en el suelo.

—¡Violeta! ¡Joder!

Iba a entrar de nuevo en la celda, pero *Nana* ya la tenía entre sus brazos.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer, Marcos. Esta chica necesita salir de aquí y recibir atención médica, nosotras la cuidaremos. Date prisa, por favor.

CAPÍTULO 93

MARCOS



Mis botas subían los peldaños a toda prisa. Las serpientes reptaban por el suelo, buscando a qué enrollarse para matar. Algunas se fueron hacia los túneles del pozo e imaginé que ya estarían atacando a algunos guardias.

En cuanto salí de las escaleras, comencé a moverme con un andar normal y militar, imitando a los otros guardias.

El mejor lugar para poner los explosivos era la zona de las calderas, donde se calentaba el agua que abastecía a todo el castillo y donde estaban los sistemas eléctricos.

Iba a ser bonito de cojones.

Ya dejé la mochila con los explosivos allí escondida antes de ir en busca de Violeta. Fue la parte más complicada, cargar con los explosivos sin ser visto. Me ayudó el conocer el castillo de antemano y los horarios de los trabajadores.

—Eh— un guardia apareció por el pasillo en dirección opuesta a mí —. Dicen que hay serpientes en los túneles, tenemos que ir ahora mismo. No sé cómo diantres se habrán escapado, Cédric no contesta.

Comenzó a caminar dejándome atrás. Aligeré los pasos hacia él, poniéndole la mano en la boca mientras le estampaba contra la pared y disparada tres veces en su espalda.

Benditos silenciadores.

Cuando dejó de moverse, le empujé hacia la habitación del personal. Los matones hacían guardia por el castillo, pero los trabajadores se encontraban durmiendo.

Con la luz apagada, le dejé caer sobre una cama vacía.

Al ver a esas personas durmiendo tranquilamente, pensé en si merecería la pena avisarles y salvarles la vida.

Ellos me importaban más bien poco, pero sabía que eran importantes para Violeta.

Encendí la luz y me quité el pasamontaña.

En menos de un minuto, estaban todos despiertos, con las caras pálidas.

Se veían muchísimo más delgados que la última vez que los vi, cansados y posiblemente, enfermos.

—Marcos.

—Es Marcos, ha vuelto.

—Marcos está aquí.

Chisté para que se callasen.

—Voy a reventar el castillo—anuncié en voz baja—. Tenéis que estar preparados para huir porque todo esto se lo va a tragar el fuego.

El señor mayor, encargado del área de mantenimiento, fue el primero en bajarse de la cama, con el mono azul de trabajo aun puesto.

Desprendía mal olor y presentaba mal aspecto.

Como todos los demás.

Cojeando de una pierna y sin poder caminar del todo recto, fue viniendo a trompicones hasta mí, levantando sus cansados ojos para dirigirlos a los míos.

—¿Cómo le ayudamos, señor Leone?

—No podéis hacer mucho por mí, ni yo por vosotros. Tenéis que hacer lo posible por salvar vuestras vidas, eso es todo— suspiré—. Buena suerte.

Cerré con cuidado, corriendo a toda prisa por los pasillos contiguos, pude sentir como los pasos de los empleados salían apresurados del lugar, intentando esconderse de los guardias para poder escapar en el momento de la explosión.

Una vez llegué a la zona de las calderas, conecté el cronómetro que haría estallar la bomba, la cuenta atrás comenzó desde cinco minutos.

Dejé un par de toallas encima y salí a toda prisa, sacando el móvil para avisar a Salvatore.

Marcos: *Id moviendo el culo.*

Salvatore: *Por fin.*

Los trabajadores se encontraban agazapados en el pasillo de las habitaciones, mirándome aterrados. El otro lado estaba repleto de guardias y no podían moverse. Si se quedaban ahí, morirían.

—Agachaos y cubríos con las manos— avisé, sacando una granada de la mochila que ahora sí llevaba conmigo. La lancé al salón principal, los guardias se acercaron para ver que era y en quince segundos, reventó.

—¡Vamos! ¡Nos quedan solo tres minutos! ¡Hay que moverse!

Intenté guiarles, el cuerpo del guardia más cercano se deshizo por la explosión, otro estaba partido por la mitad, aun vivo; y al tercero, le faltaban una pierna y un brazo— Corred, joder, corred.

El señor mayor, se quedaba atrás una y otra vez.

Cazzo.

Retrocedí, cargándole sobre mi hombro como si fuese un maldito saco, guiándoles por las escaleras que descendían al calabozo.

—Vamos, vamos, vamos, rápido, rápido— iba repitiendo todo el tiempo. Escuchaba pasos en la superficie, y pasos acercarse desde los túneles. Teníamos los malditos segundos contados.

Abrí una celda contigua a la cual se encontraban Violeta, Irina y *Nana*.

—Entrad, entrad. Todos dentro. Venga, venga.

Saqué el rifle, matando a los hombres que salían del túnel.

—Escondeos ahí. No hay tiempo.

Se sintió la onda expansiva.

Irina gritó aterrorizada, las paredes se removieron y desde el techo cayeron algunas piedrecitas junto a un montón de tierra y polvo.

La estructura debería aguantar.

En cuanto entró el último, cerré la puerta y corrí la ventanilla para meter la boquilla del rifle, seguí disparando desde el interior de la celda.

—¡¿Estáis bien?!— Les grité a las chicas desde el otro lado.

—¡Sí! ¡Violeta sigue inconsciente! ¡Parece dormida!

Esto no me hacía ni puta gracia.

Podrían ser un millón de cosas.

Estuvo toda una semana sin apenas dormir ni comer, no podía ser nada bueno, de verdad que no.

Necesitaba un médico urgente.

Saqué el teléfono, llamando a Salvatore mientras seguía disparando.

—Necesito asistencia médica, urgente.

—¿Qué sucede? Infórmame de la situación.

—Estamos en los calabozos. Salón principal, escalera derecha al fondo. Violeta ha perdido el conocimiento.

—Andrei y los suyos ya están dentro. Petra y nuestros hombres van por los túneles. Los coreanos no se rinden, pelean a muerte, pero algunos rusos ya han tirado las armas, ¿qué hacemos con ellos?

—¿Y por qué coño me lo preguntas a mí, joder?

—Porque son tuyos. Todos los hombres de Maslov son tuyos, Marcos.

Afiné la puntería, reventándole la cabeza a otro que apareció.

—Si luchan con nosotros, perdónalos. Los necesitamos.

Los mataría a todos, esa era la verdad, pero entendía que en este mundo, los pactos con el diablo eran necesarios.

Yo quería a Violeta a salvo, y para ello necesitaba convertirme en un líder fuerte y temido.

Lo haría.

Por mi mujer.

Construiría un imperio del que ella sería la dueña absoluta, y yo su más fiel sirviente.

Otro guardia salió del túnel, siendo fusilado desde atrás. Un flequillo rubio se distinguió entre la oscuridad.

Petra.

Abrí la puerta, haciéndole señales. Ella vino hacia mí, comprobando la cantidad de hombres asustados que se refugiaban en el calabozo.

—Dios santo, parecen muy enfermos.

—Lo están— di varios golpes en la otra celda. Irina abrió, mirando con miedo a Petra. Esta alzó una ceja y la chica salió corriendo hacia Violeta para abrazarse a ella.

—Hay que sacarla de aquí. Bueno, a todos. Necesitan asistencia médica.

Alvarito se unió a nosotros, su cara se descompuso al ver el estado demacrado de Violeta.

—Señor, espero órdenes.

—Sacadlos por los túneles. Llevadlos a casa e id avisando a un médico de urgencia. Andrei tiene contactos.

—Ahora mismo.

Alvarito tendió su mano hacia Irina, quien, tragando saliva, y temblando como un flan, la aceptó. La ayudó a levantarse mientras Petra cargaba a Violeta.

—¿Tú que harás?

—Yo tengo que ocuparme de Egor. Y de Carla.

—¿De mí? — La voz de la misma se escuchó detrás de nosotros, con una pistola apuntándome a la frente—. Marcos, nunca pensé que llegases a tanto por una maldita arpía.

Petra, aun con Violeta entre sus brazos, se encaró con ella. Me interpuse en medio de las dos.

—Carla, deja de ser así, joder. Lo que haces no tiene puto sentido — Petra seguía en su intento de hacerla entrar en razón.

—Tú cállate, no tienes derecho a dirigirte a mí después de rechazarme.

—Sabías que nunca traicionaría a Salvatore. Debí matarte en cuanto me lo dijiste, pero tuve fe en ti.

—Sí, sé que siempre elegirás a Salvatore. Y Marcos elegirá a Violeta. Y así sucesivamente, nunca seré la prioridad de nadie.

Carla apretó aún más la empuñadura del arma, con los ojos llenos de lágrimas.

—Eráis lo único que yo tenía.

—Petra— gruñí—. Lárgate. Ahora mismo.

Los hombres de Salvatore seguían movilizando a los trabajadores del castillo. *Nana* e Irina ya no se encontraban entre nosotros. Alvarito volvió a su posición, quedándose congelado sobre las botas al encontrarse de frente con Carla apuntándonos con un arma.

—Vaya, cada vez la familia está más completa— se saboreó los labios.

—Baja la pistola ahora mismo— ordené, mientras sentía como Petra se iba alejando lentamente.

Dejó de apuntarme para apuntarle a ella.

Y en ese momento, lo hice.

Intenté desarmarla, y disparó.

Un grito rompió el eco de los calabozos. Violeta cayó al suelo con Petra encima. Mi antebrazo rodeó el cuello de Carla, asfixiándola mientras le arrancaba la pistola de las manos. Petra se apretaba la zona de la pelvis, sus dedos se manchaban de sangre.

Su intención era matar a Violeta, por eso fue un tiro tan bajo.

—¡Petra! ¡Petra, joder! — Grité, con Carla aun forcejeando entre mis brazos—. ¡Mira lo que has hecho, maldita sea!

Petra se fue arrastrando hacia Violeta, sin dejar de mirar fijamente a los ojos de la que aún era su mujer.

—Creía que en algún momento me habías querido. Pero ya veo que no.

Alvarito la auxilió de inmediato, ofreciéndole sus hombros de apoyo. Mateo llegó a toda prisa, pidiéndome permiso para llevarse a Violeta. No tuve más remedio que dejar que se la llevase.

Solté a Carla, empujándola contra el suelo. Ella se arrastró intentando huir de mí, aplasté su columna con la suela de la bota y hundí el pie tanto como pude, deseando partirle la espalda.

—Eres la primera mujer a la que le deseo la muerte, pero no la última. Después de ti vendrá Bianca— la obligué a girarse, escupiéndole en la cara. Mis dedos se clavaron en su mandíbula mientras mi cuerpo hacía presión contra el suyo en el suelo, con una rodilla clavada a cada lado de sus caderas—. Abre la boca, *amore.*

—No.

—Que la abras he dicho.

—Marcos— lloraba, como una niña desconsolada. Como aquella joven que un día se subió a mi coche y me dijo que se suicidaría. Como la mujer que me daba las gracias el día que me casé con ella y la salvé de su padre—. Por favor, no me hagas daño.

— Ojalá hubiese dejado que tu puto padre te matase.

Con su cabello envuelto en mi mano, saqué el cuchillo, haciéndole un corte profundo en la mejilla. Ella gritó a pleno pulmón.

Cogí un puñado de tierra seca con guijarros y se lo metí en la boca.

—¿Te sentías bien tirándole restos de comida a mi mujer? ¿Mmm? ¿Te gustaba verla sentada en el suelo comiendo tus sobras?

—Marcos, por favor.

Temblaba tanto que parecía que se iba a deshacer entre mis manos.

No le daría una muerte limpia.

No lo merecía.

Me puse en pie, metiéndola en el interior del calabozo.

Cerré el portón, dejándola dentro.

Fui hasta el final de las celdas, cogiendo una botella de vodka. Alexander tenía una especie de despacho aquí abajo, con bebidas, puros y un arsenal de armas.

Volví a la celda, abriendo y entrando. Ella se arrinconó contra una esquina, mientras yo le echaba el *vodka* por encima.

—Marcos. Marcos para. Por favor.

—Ni siquiera te defiendes. Me pregunto si es porque eres una cobarde o porque me conoces lo suficiente como para saber que solo empeoraría las cosas— saqué el mechero—. Aunque pensándolo bien, las cosas no pueden empeorar para ti.

Le agarré el borde del vestido, acercando el mechero mientras ella gritaba que parase, forcejeando y pataleando.

En cuanto vio que la tela comenzaba a arder, luchó por desnudarse y quitárselo.

Salí de celda, cerrando el portón de hierro, abandonándola como ella abandonó a mi mujer.

El fuego ya se estaba extendiendo por su cabello y piel, consumiendo el alcohol del *vodka,* y quemándola viva.

Next.

CAPÍTULO 94

MARCOS



En cuanto volví a la sala principal, la espalda de Salvatore chocó con la mía. El fuego comía terreno desde el ala derecha del castillo, por lo que nos empujaba a todos a ir hacia la izquierda, apelotonándonos.

Esto hacía que fuese más fácil matarlos y también más difícil defendernos.

Un grupo de rusos tiró las armas al suelo en cuanto Salvatore les apuntó y yo disparé a uno de ellos. Se pusieron de rodillas y nuestros hombres les ataron las manos.

—Tu ejército va creciendo, *fratello*.

—Como debe ser.

Otra explosión hizo que el ala izquierda se derrumbase por completo.

—¿Qué hay de los demás? — Se interesó por saber Carusso.

—Vuelven con los trabajadores del castillo para ponerlos a salvo, también con Violeta. Por cierto, Petra está herida de gravedad. Carla le ha disparado.

—¿Qué? — Salvatore se descompuso, mientras su cara empalidecía y bajaba el arma. Tuve que darle un empujón y colocarme delante, recibiendo tres disparos en el pecho que solo fueron impactos gracias al chaleco antibalas.

—Se pondrá bien— rugí—. Necesito que salgas de aquí y vayas con Violeta.

—No voy a abandonarte ahora, joder.

—Ya está todo hecho, puedo ganar, pero Petra y Violeta te necesitan. Tienes que asegurarte de que van a un hospital privado de urgencia y decir quién eres para que las atiendan como es debido.

Sus ojos se ahogaron en los míos, el fuego seguía avanzando y los tiros nos caían del cielo.

—No puedo dejarte aquí. Siento muchísimo haberte hecho esperar una semana entera para venir a por Violeta, pero entiende que no puedo arriesgar la vida de mi familia por una chica a la que acabo de conocer. Ni la de mi mejor amigo tampoco.

—No te guardo rencor. Es mi venganza, es mi destino, déjame enfrentarme a él.

—Marcos, es peligroso. El castillo se está derrumbando, esto es un puto infierno. Vámonos los dos, dejemos que el fuego los queme, mataremos desde fuera a los que intenten huir. Ella ya está a salvo.

—Yo no puedo dejar que Egor muera aquí sin más. Él y yo tenemos algo pendiente.

—No seas gilipollas, Marcos.

—Salvatore— rugí, volviendo a empujarle para ponernos a cubierto detrás de un sillón. Una llamarada llegó hasta el techo, prendiendo fuego a las cortinas, comenzaron a deshacerse sobre nuestras cabezas—. Sal de aquí ahora mismo y deja que haga lo que tengo que hacer.

—¡¿Pero por qué quieres poner tu vida en peligro así?!

—¡Porque si no defiendo el honor de mi mujer como es debido preferiré estar muerto!

—Marcos…

Su mano se clavó en mi hombro, sudábamos como animales, el fuego cada vez nos encerraba más.

—En unos minutos será casi imposible salir de aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—Si me pasa algo, cuida de ella— le devolví el apretón en el brazo —. Te cubro para que puedas salir.

—No quiero abandonarte, hostias, ¡pero tengo dos hijos que criar y una mujer de la que hacerme cargo! ¡Me estás poniendo histérico!

Mi silencio le hizo entender que nada cambiaría mi opinión.

Así que con los hombros caídos, añadió:

—Estás como una puta regadera. Siempre lo estuviste, desde que te conocí por primera vez.

—Supongo que me viene de herencia.

—Cumple tu venganza y vuelve con vida.

De lo primero estaba cien por cien seguro.

De lo segundo, no.

—Que sí joder, ahora vete. A la de tres.

Conté y salí con el rifle, disparando como un loco mientras corría hacia el ala izquierda. Salvatore me siguió, lanzando una bomba de humo para apoyarme. En cuanto llegamos a la salida, él fue hacia el exterior, y sus ojos azules fueron lo último que vi antes de que parte del techo se derrumbase.

Definitivamente, Dios no quería que yo saliese por esa puerta.

Así que era hora de enfrentar al destino de una vez por todas.

—¡No podemos salir! ¡Mierda! ¡Vamos a morir, joder! —Los coreanos tiraron las armas, empezando a buscar una forma de escapar entre los escombros.

Di un disparo al aire.

—¿Queréis vivir?

Estos me miraron de forma amenazante.

—¿Tú puedes sacarnos de aquí?

—Solo si me juráis lealtad.

—Sálvanos y luego hablaremos de eso.

Sonreí de lado.

—Seguidme.

Me escabullí por el hueco que los escombros dejaron en el ala izquierda. Había que ser rápido y ágil para moverse entre los pedruscos que se iban derrumbando cada poco tiempo. Solo los mejores o los que tuviesen más buena suerte lograrían cruzar al otro lado.

Y solo ellos merecerían trabajar para mí.

—¡Esto es peligroso, joder!

—¡No admito niñas lloronas en mi equipo!

Uno de ellos empezó a reírse y una piedra le reventó la cabeza.

Al cruzar el primer pasillo, encontramos una pila de escombros con guardias atrapados, aullando de dolor y pidiendo auxilio. Di la orden de que los sacasen de ahí.

—¡¿Estás loco?! ¡Lo que tenemos que hacer es huir antes de que todo se nos caiga encima!

—Mis hombres no abandonan a sus compañeros, jamás— rugí, apuntándoles con el rifle, ellos ya no estaban armados—. ¡Moveos!

Si salía de este castillo, saldría con la veneración de todos estos cabrones.

Y lo haría siendo un jodido líder.

Estaba cansado de no ser nadie.

De ser débil.

De que no me respetasen.

De que se atreviesen a secuestrar y maltratar a mi mujer.

Si las cosas no iban a cambiar, entonces Violeta merecía a alguien mejor que yo.

Así que estaba dispuesto a transformarme entre estos putos escombros y las llamaradas de fuego o morir.

Forcejé con las piedras, tiré y luché como un animal junto a los coreanos, logrando sacar de ahí a diez rusos.

Otro de los pasillos también se encontraba obstruido por más rocas. Se escuchaban gritos de fondo. Empezamos a hacer todo lo posible por moverlas.

—¡Necesito que empujéis desde ahí! ¡Ayudadnos!

Un derrumbe más y el temblor del suelo, junto con nuestra fuerza, logró movilizar algunos de los escombros más pesados.

Nos fueron dando las manos y empujamos para sacar sus cuerpos por aquel orificio.

Cuarenta hombres.

Algunos heridos de gravedad, otros solo de forma leve.

El fuego del ala derecha seguía avanzando, tragándose el castillo como una cuenta atrás.

—¿Habéis visto a Egor Maslov? ¿A Bianca? ¿Estaban en ese pasillo?

Todos negaban.

—Egor nos ha abandonado, ha salido corriendo en cuanto las cosas se han puesto feas— maldijo uno de los rusos—. Puta rata traidora. Nunca volveré a trabajar para él.

—Por supuesto que no, ahora trabajáis para mí— insté y él tan solo me hizo un gesto militar—. Seguimos avanzando. Vamos.

Mientras íbamos peinando el castillo, quitando piedras, saltando muros, luchando contra el fuego y esquivando la muerte una y otra vez, solo podía pensar en ella.

En su voz.

En sus ojos.

En su cabello.

En el olor de su piel.

En el tacto de su cuerpo.

En su nombre.

En cómo me arrastré por la nieve para encontrarla.

Y en todo lo que sería capaz de hacer por esa mujer.

Merecía la pena pasar por todo esto por convertirme en el líder con el que ella merecía casarse.

Alguien que infundiese tanto terror, que tan solo con escuchar su nombre, temblasen. Y que de ese modo, este podrido mundo, desde este mismo momento, se convirtiese en un lugar seguro para ella.

—¡Señor! ¡Hemos encontrado agua! — Uno de los hombres de Andrei se unió a nosotros—. Aquí tiene. Hidrátese.

Sudábamos como cerdos a causa del calor.

—Estoy bien— era consciente del gran aguante que tenía. Sobre todo a las altas temperaturas, más que a las bajas, cosa que no podía decir de ellos—. Compartirla entre vosotros, un trago cada uno. Si alguno abusa, le dispararé.

Se miraron entre ellos, confusos.

—¿Prefiere darnos agua a nosotros antes que beber usted?

Al ver mi expresión de mala hostia, tan solo destaparon la botella, pasándose un trago los unos a los otros.

—¡Señor! — Gritó un coreano —. ¡Ahí arriba! — Señaló hacia lo más alto del torreón.

Egor y Bianca se encontraban allí. Esta discutía y forcejeaba con él.

Vi entonces como la empujaba y caía desde lo más alto de la torre.

No, joder, mi puta venganza.

Maldita sea.

Empecé a correr hacia las escaleras. El camino hacia ese lugar no estaba tan obstruido. Los hombres me seguían sin pensarlo, sin preguntar, sin dudar.

En cuanto llegué al primer peldaño, me detuve.

Sentía el calor del fuego en la espalda, acercándose rápidamente.

—Tenéis que ir por ese pasillo, saldréis al patio exterior y estaréis a salvo. Poned las manos en la cabeza para que sepan que estáis de nuestra parte.

—¿Y usted, señor?

—Yo tengo algo pendiente.

—No lo conseguirá.

—¿Por qué no?

—Es imposible, el fuego subirá y no podrá escapar de la torre.

—¿Y si lo consigo?

—Se convertirá en una puta leyenda.

Asentí, con una sonrisa divertida en la cara.

—Es justamente lo que quiero.

—¡Señor!

Salí disparado como un avión, subiendo la escalera de caracol, permitiéndome oler la sangre de ese hijo de la gran puta que me esperaba en lo más alto.

Saqué el móvil del bolsillo, activando la cámara mientras el corazón me latía acelerado e imploraba a modo de rezo que el fuego me diese la tregua de poder grabar cómo mataba a ese hombre y enviárselo a Violeta.

Quería que supiese que su marido fue hasta el final por vengarla.

Y que recordase para siempre lo mucho que la amaba.

—Leone— Maslov me esperada de espaldas, como si supiese que no iba a dispararle—. Definitivamente, no pareces italiano. Juraría que por tus venas corre sangre rusa.

—Yo juraría que por las tuyas solo hay mierda líquida.

Coloqué el teléfono contra una esquina, cerrando el portón.

Este fue el lugar en el que ella y yo nos confesamos nuestra atracción.

La primera vez que nos besamos, y bailamos juntos.

Definitivamente, era el mejor lugar para ponerle fin a esta pesadilla.

—Bueno, sigues siendo un mal educado.

—Habló el caballero— me quité el arnés y dejé todas las armas en el suelo.

Él hizo lo mismo, aunque tan solo llevaba una pistola y dos cargadores.

—¿Puedo hacerte una única pregunta, Marcos? Ahora que ambos vamos a morir.

—Adelante.

—¿Qué viste en ella para querer hacer todo esto por amor?

—No pienso contártelo, Egor.

—¿Por qué no?

—Porque esa parte de Violeta, es solamente mía. Y voy a llevármela a la tumba— mis puños fueron directos a su cara, él se agachó y trató de golpearme un costado. Lo esquivé, soltándole una patada en el estómago.

Escupió saliva y volvió a por mí, lanzando dos puñetazos en el aire que evité. Mi cuerpo le embistió contra el muro y comencé a golpearle de nuevo el estómago hasta que un rodillazo suyo en la barbilla me hizo retroceder. Volvimos a colocarnos en postura de ataque.

—Hace calor, ¿eh? — Sonreí—. ¿Te gusta el verano, Egor?

—Lo detesto.

—Pues me temo que hoy no es tu día de suerte.

—Tampoco el tuyo.

—Qué dices, hoy es el mejor día de mi puta vida.

Su gancho derecho me golpeó la mejilla porque le permití hacerlo para distraerle. En el momento que estableció contacto físico conmigo, le agarré el codo y se lo estrangulé, desencajándole el hombro mientras gritaba de dolor, cayendo de rodillas al suelo.

Su otro puño me golpeó con fuerza el abdomen, le escupí en la cara agarrándole de la mandíbula mientras le golpeaba en la nariz una y otra y otra y otra vez.

—Lecciones para la próxima vida, Maslov. No te acerques a nada que sea mío. Nunca. Jamás.

Seguí golpeándole como un animal. Su brazo bueno trató de forcejar conmigo, pero yo ya estaba lejos de mi sentido común.

Las llamaradas sobresalían por el portón de madera. Le agarré de las solapas de la camisa, pegándole a esta. Egor empezó a gritar como un loco cuando sintió su espalda cocinarse por el fuego.

—¡HIJO DE PUTAAAAAA! —Los ojos se le iban a salir de órbita, inyectados en sangre. Las chispas del fuego chisporroteaban por la puerta que debía a estar a una temperatura extrema.

Trató de golpearme con las piernas, de darme un cabezazo, de hacer cualquier cosa.

No podía.

Mi fuerza era superior a la suya.

Clavé los dedos en su cuello y volví pegarle otro puñetazo, partiéndole la mandíbula.

Sus gritos y aullidos de dolor eran demenciales. Tenía la piel tan roja como la de un cerdo, su ropa ya comenzaba a arder.

Este hijo de puta sudaba alcohol, posiblemente porque bebió bastante antes del ataque, lo que hizo que el fuego ardiese a su alrededor como si fuese una jodida bola de lava.

—¡VAS A MORIR CONMIGO, CABRÓN DE MIERDA!

Egor vino a por mí, derrapé en el suelo y saqué el cuchillo del arnés, apuñalándole la zona baja del vientre. Volví a tener el control sobre él.

El fuego comenzó subir por las mangas de mi sudadera mientras le iba empujando hacia el borde de la torre.

Él se reía a carcajadas.

—¡TÚ TAMBIÉN VAS A MORIR LEONE! ¡NO TIENES ESCAPATORIA!

—No sabes cuánto me voy a divertir persiguiéndote en el puto infierno.

Lo lancé al vacío.

Me quité la sudadera, quedándome con el torso desnudo. La dejé caer también.

La espalda volvía a quemarme a causa del calor del fuego que tenía a pocos centímetros, haciéndome sentir que el fénix que llevaba tatuado en ella estaba vivo.

Ardíamos.

Por primera vez.

Y parecía que nos convertiríamos en cenizas.

Juntos.

La diferencia era que yo no renacería.

Aunque esperaba seguir vivo en los corazones de las personas que me importaban.

Joder, ojalá hubiese ido a ver más veces a mamá.

Y contarle que me enamoré.

Yo, enamorado de una chica.

La hostia.

Me arrepentía tanto de no haber pasado apenas tiempo con ella.

Cogí el móvil, cerrando el video. Las llamaradas subían hacia el pico más alto mientras yo me sentaba en el borde del muro, con las piernas colgando. Le envié un mensaje a Violeta.

Marcos: *No estés triste por mí. He muerto haciendo lo que más me gusta, pensar en tus preciosas tetas.*

Siempre tuyo, nena.

Cerré la aplicación del móvil y lo lancé al vacío.

Dejé mi vista perdida en el horizonte.

Las montañas seguían cubiertas de nieve, pero aquí se estaba calentito de cojones.

Dentro de poco me convertiría una tira de *bacon.*

Empecé a reírme.

—¡Eres un hijo de puta! — Andrei asomó la cabeza por uno de los bordes— Salvatore está que se infarta pensando que la has palmado y yo he arriesgado mi vida escalando esta puta torre, ¡y te encuentro partiéndote la polla!

—¿Qué cojones haces tú aquí?

—Pues mira, me quería fumar un cigarro y he perdido el mechero, así que venía a preguntarte si tienes fuego.

Miré hacia atrás.

—Me da que sí que tengo.

Andrei soltó una risa psicópata.

—Eres un hijo de puta, Marcos Leone— me lanzó un arnés junto con unos pies de gato (botas especiales para escalar muros de piedra) —. Date prisa.

Andrei ató la cuerda a la columna en la que se juntaban los dos arcos que formaban el balcón. En cuanto me cambié los zapatos y coloqué el arnés, levanté el pulgar y comenzamos a descender.

—¿De verdad pensabas que te dejaríamos morir?

—Sinceramente, me daba igual.

—¿Cómo que igual? ¡La próxima vez va a ir a salvarte mi abuela en bragas, cabrón!

—Hubiese sido divertido de cojones.

—No tío, sus tetas dan un miedo que te cagas— aseguró—. Oye, quiero que sepas que Violeta se ha despertado. La hemos llevado a un hospital privado. Tiene muchas ganas de verte.

Joder, menos mal.

—¿Y Petra?

—Ha perdido mucha sangre y tienen que operarla. Pero esa tía es un hueso duro de roer.

Nuestros pies tocaron el suelo, viendo a Egor y Bianca totalmente reventados a pocos metros.

No perdí la oportunidad de escupir sobre Bianca y pisotear la cara de Egor al pasar junto ellos.

—Bueno, pues a ver qué haces con esto.

—¿Con qué?

—Con esto.

Andrei hizo un gesto para que me diese la vuelta.

Más hombres de los que había visto jamás se encontraban en posición, todos alzaron la mano a modo de saludo militar.

Mi colega ruso se dejó caer sobre mi hombro, mirándome de forma divertida.

—Felicidades, Marcos. Acabas de convertirte en una leyenda.

—No soy una leyenda, has tenido que venir a salvarme.

—Un hombre no se convierte en leyenda por la forma en la que se salva, Leone. Si no por la manera en la que enfrenta la muerte.

CAPÍTULO 95

VIOLETA



María me agarraba sobre la camilla, suplicándome que me tranquilizase.

Irina me devolvió el móvil cargado de batería. Al parecer, Alvarito consiguió un cable compatible.

Al ver sus mensajes, morí. De forma literal.

No podía ser verdad.

Mi vida se iría por un precipicio si Marcos Leone se había atrevido a abandonarme en este mundo cruel.

—Él prometió que siempre estaría. Que nuestro destino era estar juntos. Que no me dejaría, ¡es un mentiroso! ¡Es un maldito embustero!

—¡No está muerto! ¡Violeta! ¡Recapacita! — Salvatore quería agarrarme de los hombros para zarandearme y hacerme entrar en razón. Aun así, no se atrevía a tocarme, y cada vez que estaba a punto de hacerlo por reflejo, retiraba las manos rápidamente.

—¡Estáis mintiendo! ¡La torre era una maldita bola de fuego! ¡Es imposible que…!

La puerta de la habitación del hospital privado se abrió, viendo a un hombre de pelo castaño y piel morena, con unos profundos ojos verdes, derrochando esa mirada fatídica de asesino en serie.

Un intenso perfume amaderado con notas de cuero me embriagó toda entera.

Pestañeé lentamente, dejando que se me aclarasen las lágrimas para poder tener una imagen más nítida de aquel hombre.

María empezó a chasquear los dedos, pidiendo que nos dejasen a solas.

Traía un ramo de tulipanes blancos.

—Estás… estás vivo.

—Lo estoy, *cara*.

—Y… —Seguía en shock, volvía a dudar de si esto era real o no —. ¿Cómo sabías que los tulipanes eran mis flores favoritas?

—Los buenos maridos desarrollamos un sexto sentido para saber lo que sus esposas necesitan en cada momento.

Me volví tan roja como una amapola.

—¿Puedo pasar?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—No sé por qué no estás a mi lado.

—Porque respeto tu espacio personal y tus decisiones.

Entró despacio, sin hacer movimientos bruscos, cerrando con suavidad.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te arriesgaste tanto?

Él se detuvo a mi lado, dejando las flores sobre mi regazo. Las tomé para acariciar sus suaves pétalos, oliéndolas.

—Porque no merecías menos que eso.

—Lo que no merezco es que pongas en riesgo tu vida.

Me mantenía seria. Fría. Envuelta en mis murallas de hielo, mostrándole mi enfado.

—Nuestro amor va más allá del tiempo que vivamos, Violeta. No importa que me maten hoy, mañana o la semana que viene. Yo siempre te amaré, y nada cambiará eso.

Mis labios se abrieron lentamente, sin dejar de perderme en su precioso rostro de ángel caído.

Estaba segura de que Marcos en su día fue un chico con un corazón gigante.

Pero los demonios le arrancaron las alas.

Y, aun así, tenía el poder de hacerme volar.

—Has conseguido que vuelva a creer en los milagros, señor Leone.

—Y tú has conseguido que vuelva a creer en mí, estaba perdido antes de conocerte, brujita.

Otro silencio.

Teníamos muchísimas cosas que decirnos, y un millón de preguntas que hacernos.

Sin embargo, en este momento, el silencio y mirarnos a los ojos, parecía ser más que suficiente.

—¿Cómo te salvaste?

—Una rubia muy puta vino a rescatarme.

Arrugué el ceño.

—¿Qué?

—Tranquila, esa rubia tiene la polla más grande que yo.

Reí.

Andrei.

—¿Es eso biológicamente posible?

Se hizo el pensativo.

—Na, solo bromeaba.

—Entonces, tu polla es la más grande.

—Con diferencia— carraspeó la garganta—. Con gran diferencia.

Mi sonrisa se ensanchó aún más.

—¿En qué nivel nos encontramos? — Cuestionó, sentándose a mi lado en el sillón de visitantes.

—¿Nivel de qué?

—Nivel de trauma.

Me acomodé en la almohada, mirando el techo. Dejé la mano caer hacia su dirección, él la tomó, acariciando mis nudillos.

—No sé si debo tocarte— susurró.

—Tócame— ordené.

—Vuelve a usar ese tono y tendrás que bloquearme.

Le miré fijamente.

—¿Tú nunca te traumatizas?

—Creo que pasé el límite hace mucho.

Reí junto a él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya no hay nada que duela. Nada excepto tú.

—Entonces, yo también debo haber alcanzado mi límite.

Porque a mí, a estas alturas, tampoco me dolía nada.

Solamente él.

—Vi a Egor caer envuelto en fuego, sé que es una pregunta idiota, pero… ¿de verdad está muerto?

—Solo te diré que la textura de su cuerpo ahora mismo es similar a la de esos purés de patata horribles que venden en los supermercados.

—¿Bianca?

—Más o menos igual.

Tragué saliva.

¿Estaba mal que sintiese alivio por esto?

—¿Y tu ex mujer?

—No tengo ex mujer.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Tú eres y serás la única mujer en mi vida.

—Dime que pasa con Carla.

—Esa.

—Sí, esa.

—Incinerada, en el mismo rincón del calabozo en el que te maltrataba.

—¿Cómo está Petra?

—Recuperándose.

—¿Y cómo estás tú?

—Mirando a la mujer más bonita del universo. Una vez más.

Mis dedos apretaron los suyos y él me devolvió el apretón.

—Tengo una orden.

—La escucho, princesa.

—Apaga la luz, pon *Widlflower de Billie Eilish* y quédate en silencio a mi lado, escuchándola.

Marcos hizo todo lo que le pedí. La enfermera tocó la puerta para traer la cena, así que encendimos la lamparita de la mesita auxiliar.

Billie Eilish estuvo cantando para nosotros mientras él metía la cuchara en el puré de calabacín y lo llevaba con cuidado a mi boca, soplando la cuchara tres veces antes de acercarla a mis labios.

Podía hacerlo sola, pero no me apeteció.

Me gustaba que me cuidase.

Que me quisiese.

Marcos colocó la cañita de plástico en el brik de zumo de manzana, probándolo primero.

—¿Por si está envenenado? — Susurré.

—Ajá.

Puso el zumo en mi boca y bebí, mirándole fijamente a los ojos. Las yemas de mis dedos acariciaron su mandíbula cuadrada, sintiendo los pinchazos del vello de su barba.

—Marcos, ¿y ahora qué? ¿Qué nos espera?

—Pues, tenemos que volver a España. Darle muchas explicaciones a Narcisa y pasar algo de tiempo con ella—. Dios, mi pobre hermanita, la extrañaba y necesitaba tanto. Moría por verla y dormir abrazada a ella una noche entera—. Me gustaría también presentarte a mi madre, y que fueses a ver mi casa. Que ahora es nuestra casa. Para ver si te gusta. En caso de que sea un sí, podrás ponerla entera a tu gusto. Y si es un no, entonces la venderemos y compraremos la que quieras.

—¿Es la casa que tenías antes de vivir con Salvatore?

—Sí.

—¿En la que vivías con Carla?

—Sí.

—Ve poniéndola en venta.

Reímos.

—Eso está hecho, nena.

—¿Y qué más?

—Pues, supongo que nos esperan muchas sesiones de psicólogos y, sobre todo, tiempo. Tiempo para que asimiles las cosas, te sanes y vuelvas a estar entera.

Parpadeé lentamente, abriendo la boca para recibir otra cucharada de la crema de verduras.

—¿Y cómo lo haremos?

—Haciendo todo lo que siempre has querido hacer, Violeta. Eres libre, ya no le perteneces a nadie.

—Te pertenezco a ti.

Él sonrió, negando.

—Ni siquiera a mí, cariño.

Arrugué mi expresión, mostrando un gran enfado.

—¿Por qué diantres dices eso?

—Porque, aunque me empeñe en decir que eres mía, debo reconocer que te amo tanto que haría cualquier cosa por verte feliz, así fuese estar lejos de ti. Así que no, no me perteneces, Violeta. Eres completamente tuya, y eso es maravilloso — su voz tembló un poco y noté un nudo en el pecho—. Quiero que el único motivo por el que estés conmigo, sea porque cada día me deje la piel para merecerlo.

Sentí como si mi alma pudiese volar.

Como si mi cuerpo despegase de la cama y flotase en mitad de la habitación.

Yo siempre me consideraría de Marcos Leone.

Pero era cierto que escucharle decir que yo era completamente mía, modificó algo en mi interior. Porque acababa de darme cuenta de que, al fin, podía tomar las decisiones que quisiese y llevar el control total de mi vida.

—Pues no pienso volver a ponerme una corona nunca más.

—Apoyo esa idea.

—Ni volver a llevar esos ridículos vestidos largos hasta los pies.

—Yo voto porque vayas siempre desnuda.

—¡Viviremos con Narcisa! ¡No puedo hacer eso!

Oh, diablos.

Narcisa.

—Marcos—. Mordí mi labio con preocupación—. Tú… a ti… eh… ¿te importaría…?

—En absoluto.

—¿Qué?

—No me importa que Narcisa venga a vivir con nosotros. Y *Nana* también puede venir, e Irina. No las quemaré vivas. Siempre y cuando se porten bien.

—¡Ay, Marcos! —Me lancé a sus brazos—¡Eres el mejor marido del mundo! Aunque aún no estemos casados.

—Lo de casarnos es solo un papel, *cara*. Pero lo haremos igualmente, y gracias. Me esforzaré cada día por seguir conservando el título.

—Marcos— una lágrima me resbaló de la emoción, mientras sorbía por la nariz.

—Ajá.

Él me mantenía abrazada de la cintura, y yo estaba aferrada a sus hombros.

—Hoy es mi cumpleaños.

—¿Qué? ¿En serio?

Asentí.

—Sí, estamos en junio.

—Mierda, y yo sin regalo.

—No digas eso, mi mejor regalo eres tú.

—Bueno, por ahora acepta de vuelta nuestro anillo, ¿te parece?

¿Qué si me parecía?

Me encantaba la idea.

Le entregué mi mano. Él besó cada uno de mis dedos, y luego me colocó la sortija.

Esta vez, sabía que lo llevaría conmigo para siempre.

El verde del jade brilló sobre mi piel, feliz de estar de nuevo en su lugar.

—Por cierto— añadió—. En ese plato aún queda mucha crema de calabacín.

—No tengo más hambre.

Él negó con cara de loco psicópata.

—Te vas a comer todo el puré, Violeta.

—¡Oye! ¿Qué acabas de decir? Soy completamente mía.

—Puedo retirarlo en cualquier momento.

—¡No me jodas! ¡Eso es trampa!

—Soy un líder de la mafia, nena. Siempre hago trampas.

Un líder de la mafia.

Y el líder de mi corazón.

—No quiero más puré, Marcos.

—Has estado comiendo horrible, debes hacer el esfuerzo.

—¡Odio el calabacín!

Sus ojos me miraron perplejos.

—Dime qué necesitas y lo traigo ahora mismo. Es más, iré yo mismo a las cocinas para prepararte lo que quieras. Tengo una

pistola. Me dejarán entrar. O los mataré.

Dios.

Este hombre.

Mis dedos fueron a su chaqueta, tirando de él con todas mis fuerzas para estampar mis labios en los suyos, fundiéndonos en un beso acompañado de las canciones de *Billie Eilish,* nuestros jadeos y muchas, muchísimas caricias.

Odiaba la enorme experiencia que tenía.

—¿A cuántas mujeres has acariciado así? ¿Mmm? Responde, sinvergüenza.

—Solo a las rusas.

—¡Imbécil!

—Eres la única rusa con la que he estado.

—Oh Dios. Deja de asustarme así.

—Deja tú de preguntarme cosas sin sentido.

—¡Deja de discutirme todo!

—Deja de ser tan histérica.

—Deja de ser tan insoportable.

—Cuando dejes de tocarme la polla.

—Ya te gustaría.

—La verdad es que me muero de ganas.

Silencio.

Él volvió a negar, castigándose por su torpeza.

—Marcos, tranquilo.

—No joder, no debo hablarte de nada sexual durante…

—No me da miedo— le corté de inmediato—. No si es contigo. Tal vez, si no lo hubiésemos hecho nunca, ahora mismo me sentiría aterrorizada. Pero ya sé lo que se siente, sé cómo es. Sé que es distinto, porque me quieres, y porque te quiero.

—Yo no te quiero, Violeta, yo te amo.

CAPÍTULO 96

MARCOS



1 MES DESPUÉS

—Por Marcos Leone—. Salvatore alzó su copa, brindamos y bebimos.

Violeta brindó con un zumo de piña, ya que por su medicación no podía tomar alcohol.

Estaba siendo increíblemente fuerte, mostrándose delante de todos como si nada hubiese sucedido. Brillando como un sol resplandeciente a pesar de ser un copito de nieve.

Luego, cuando llegaba la noche y estábamos a solas, dejaba salir sus heridas y todo el dolor.

Lloraba, gritaba y tenía ataques de pánico, terrores nocturnos y pesadillas que las vivía como real.

Casi todas las noches se despertaba pensando que seguía dentro de ese calabozo, y que yo la había abandonado.

Pero entonces, la abrazaba muy fuerte y le contaba todos los motivos por los que la amaba y por los que nunca podría irme, mientras ella no quisiese.

Y le repetía una y otra vez que tenía el control total de su vida, de nuestra relación, de absolutamente todo lo que la rodeaba.

Era libre.

Y nunca volvería a estar dentro de ninguna jaula. De ningún tipo. Ya me encargaría yo de eso.

A veces, se empeñaba en que Egor seguía vivo y vendría a buscarla. Que me mataría y la secuestraría.

Cuando esto sucedía, me tocaba hacerle un bol de palomitas, traerle unas chuches ácidas y volver a ponerle el video.

Siempre lo veía como si fuese la primera vez, y siempre tenía el mismo efecto en ella: paz.

La quería tanto que podría vivir y respirar solo por ella.

—Y por Violeta Ivanov— añadió María, volvimos a brindar—. Que vuestro matrimonio sea eterno. Como el mío y el de Salvatore, que estaremos juntos hasta después de que se acabe el mundo— dijo entre carcajadas, mientras Carusso le pasaba una mano por la cintura y la besuqueaba en la mejilla.

Ahora yo también tenía eso.

—¿Ya hay fecha de boda? Ni se os ocurra pedirme que sea la madrina. No pienso ponerme un vestido. Ni llevar flores — Petra se acercó, caminando con la ayuda de unas muletas.

Compartí una mirada con Violeta.

—¿Se los dices tú, cariño?

—Hemos pospuesto la boda.

—¡¡¡¿Qué?!!!— Chillaron todos al unísono.

—Queremos esperar. No hay prisa. Vamos a estar juntos toda la vida, así que primero debemos organizar otras cosas, como la casa en la que viviremos, el colegio de Narcisa, y otros asuntos.

—¡VOY A IR A UN COLEGIO! —Narcisa alzó los brazos, haciendo la ola. Era la noticia más emocionante que había recibido en su vida.

—¿Estás segura de eso? — Carusso habló en voz baja, haciéndole un gesto con la mirada a Gabriel para que se llevase a la pequeña princesa.

Este tiró su bocadillo de mala leche sobre el plato, le dio la mano y la arrastró hacia la piscina.

A Gabriel no le hacía gracia que Narcisa fuese al colegio, ¿los motivos? Desconocidos por completo.

—Sí, Marcos le pondrá seguridad. Ya está hablado con la directora, es un colegio privado que hemos visitado y nos ha dado muy buena sensación. Narcisa merece ser libre y crecer como una niña normal.

Quiero que tenga amigas, que viva experiencias, que se enamore, que se equivoque, quiero romper su jaula.

—Bravo — María asintió, con la emoción plasmada en la mirada—. Deberíamos meter también a Gabriel, y a Mía cuando sean grandes.

—María...— A Salvatore no le hacía demasiada gracia.

—¡Oh, por Dios! *¡Fetuccini!* ¿No has visto la que ha liado Marcos? Ahora gracias a él tenemos a toda Rusia y Corea de nuestra parte. Somos más fuertes que nunca. Y nuestros hijos deben ser libres. Tener lo que nosotros nunca tuvimos.

—Bueno, hablaré con esa directora. Si no le importa que el niño vaya armado a clases, entonces bien.

Risas.

Salvatore era un caso aparte.

—Gabriel no va a llevar una puta pistola al colegio, Salvatore.

—Bueno, pues que se lleve una navaja.

—¡No!

—¡Nadie se dará cuenta!

Comenzaron una de sus típicas discusiones mientras mi mano buscaba la de Violeta y volvía a tomar otro trago. Narcisa chapoteaba en el agua con Gabriel; el cabello de ella era castaño claro, pero por los rayos del sol se veía cada vez más rubia.

También ganó peso y aumentado dos tonos de color de piel.

Ya no parecía un fantasmita.

Sin embargo, mi copito seguía siendo blanco y nevado.

Me gustaba tanto.

—Oye, ¿por qué ellas no se acercan? — Marcela señaló hacia Irina y Nana, que esperaban alguna orden que cumplir desde una esquina del jardín, bajo una sombrilla, con las caras blancas de protector solar y sin moverse.

Casi ni pestañeaban.

—¡Eh! ¡Venid aquí! — Salvatore alzó el brazo, saludándolas.

Ambas empezaron a acercarse con la cabeza agachada y las manos cruzadas a la altura del vientre.

—Diga, señor.

—¿No tenéis hambre? ¿Sed?

Se miraron incrédulas, echando un vistazo a Violeta, con cara de: *señora, ayúdenos.*

—Un... un poco— murmuró Irina.

—¿Y por qué no estáis comiendo y bebiendo con nosotros? ¿No os apetece bañaros en la piscina?

Nana se señaló a ella misma y luego a Irina.

—Señor, somos sirvientas.

Alvarito vino corriendo a la mesa, se metió un perrito caliente en la boca en tan solo dos bocados y salió volando hacia la piscina, cayendo como una «bomba» mientras Gabriel y Narcisa chillaban.

—Ese también es un sirviente y mirad lo bien que vive— hice la broma para quitarle tensión a esas dos mujeres aterrorizadas.

Ellas también deberían ir a un psicólogo.

—¡ALVARITO! — Salvatore iba hacia él, con los brazos puestos en jarra—. ¡Te va a dar un puto corte de digestión! ¡Deja de hacer el gilipollas, hostias!

—¡Lo siento, señor!

— Es tontito por naturaleza— les expliqué a las chicas, quienes empezaron a reírse.

Los trabajadores del castillo decidieron seguir en Rusia. Les hicimos unos pagos muy generosos para que pudiesen empezar sus vidas de cero. El encargado de mantenimiento cumplió su sueño de abrir su propia ferretería, manteníamos contacto por teléfono casi a diario.

Andrei me preguntó si podía quedarse el castillo, quería construir un casino nuevo en él. Le dije que tenía que hablarlo con mi mujer, pues era de ella.

Violeta quiso regalárselo, por salvarme la vida y apoyarnos con sus hombres.

No quería que ella perdiera el valor de ese castillo así que se lo pagué yo mismo, haciéndole una transferencia jodidamente elevada.

Todo mi dinero y todo cuanto poseía era suyo. Pero aparte, quería que tuviese dinero en su cuenta bancaria para hacer con él lo que le diese la gana.

Esta tarde teníamos la entrega de llaves de nuestra nueva casa, la cual estaba a unas tres millas de esta.

La barbacoa volvió a llenarse de carne. Irina y Nana terminaron con un coctel en la mano, bebiendo y comiendo junto a nosotros.

Violeta golpeó mi codo en dos ocasiones en las que pilló a Irina mirando de reojo a Petra, con curiosidad.

Petra era un imán para las tías, y es que la duendecilla tenía algo especial que las atraía como miel a las abejas.

Violeta comenzaría a estudiar arte, fue algo que hablamos estando ella ingresada en el hospital. Fueron los momentos más críticos para su mente y yo me negaba a dejar que se perdiese, así que recurrí a lo que siempre suele salvar a las personas, ilusiones.

Crearía un espacio para ella en nuestra casa, en el que fuese totalmente libre de desenvolver su arte. Su santuario.

Con la muerte de Carla, necesitábamos a otro líder. Salvatore, Mateo, Petra y yo, nos reunimos con Andrei, logrando convencerle.

Uno de los coreanos a los que salvé la vida dentro del castillo, regresó a su país para ser la representación de mi imagen entre las familias pertenecientes a la mafia. Sabía que no podía confiar en ninguno de ellos al cien por cien. No obstante, era complicado engañarme, y en este mundo, los riesgos siempre estaban ahí. Como con Carla, que jamás imaginamos que podría traicionarnos así.

El sol se fue poniendo a lo lejos y seguimos celebrando la vida, de una forma muy distinta a como lo hacíamos hacía apenas un año.

Ya no brindábamos por un día más de vida

Si no por una vida llena de amor, placer y gloria.

CAPÍTULO 97

VIOLETA



UN AÑO DESPUÉS

Metí la pastilla para la ansiedad en mi boca y tragué un gran sorbo de agua con cuidado de no estropearme el maquillaje.

María seguía llorando como una magdalena desde que me vio. Llevábamos toda la noche sin dormir por la despedida de solteras en la que hice una especie de fiesta privada solo para chicas en mi galería de arte.

Comimos unos canapés deliciosos, bebimos y hablamos muchísimo.

Lejos de ser un desmadre, nos abrimos entre nosotras, hablando de nuestras heridas.

Luego les animé a dibujarlo en lienzos y los quemamos en el patio, haciendo una fogata enorme.

Como una purificación.

Los hombres sin embargo estuvieron jugando el vóley, sudados y sin camiseta, corriendo de un lado para otro, metiéndose en la piscina y saliendo empapados. Todas disfrutamos las vistas.

Aunque yo solo podía admirar a Leone y ese maravilloso fénix en su espalda que ahora tenía un añadido.

Mi nombre.

Fue un año impresionante en el Marcos se comportó como todo un caballero y un príncipe azul.

Pero algo me preocupaba, no teníamos sexo.

Él se empeñaba en que debíamos esperar y darle un respiro a mi cuerpo de todo el abuso y maltrato que sufrió.

Y es verdad que mi cuerpo lo agradecía, aunque él nunca supusiese una agresión para mí. Lo que me preocupaba era… ¿cómo se estaba desahogando Marcos durante todo este tiempo? Era un depredador sexual.

Le miré el móvil en varias ocasiones, busqué marcas de pintalabios en sus camisas e incluso le puse a un espía.

Nada.

Este hombre estaba limpio y parecía haberse convertido en cura.

Aunque a veces me soltaba alguna broma y luego se le cambiaba la cara al instante, pidiéndome disculpas.

Intenté sacarle el tema algunas veces, pero luego recordaba las palabras del psicólogo, las violaciones no solo eran traumáticas para la víctima, también para las personas que le rodeaban, así que deduje que quizá el también necesitase superar esto.

Aun así, yo no podía seguir mirando ese cuerpo caliente, masculino y perfecto, sin desear fundirme en él.

Necesitaba a mi marido.

No sabía hasta cuando necesitaría sesiones en el psicólogo y medicación, tal vez unos meses, un año más o toda la vida.

Pero lo que si tenía clarísimo es que para él estaba más que lista.

—Violeta, creo que no eres consciente de lo guapa que estás.

María se secó las lágrimas con leves toquecitos para conservar su maquillaje y yo me miré al espejo que tenía en mi habitación.

Marcos se estaba preparando en la casa de Salvatore, porque daba mala suerte vernos.

Durante todo este tiempo fue creciendo una especie de química especial entre Irina y Petra, así que decidimos que Irina fuese la madrina y pusimos a Petra de <<*padrina*>>, y así obligarlas a pasar un momento romántico juntas.

—¿Conseguiré hacerle feliz, María?

Ella negó, viniendo a abrazarme.

—Por Dios, cariño, ¿qué pregunta es esa? Nunca he visto a Marcos tan feliz como en este año que lleva contigo.

—¿Tú crees?

—Y tanto, antes no era capaz de estar veinticuatro horas sobrio.

Mierda.

—¿Crees que soy algo bueno para su vida?

—Violeta— María se separó de mí, mirándome con seriedad—. No es que seas buena para su vida, es que tú, eres su vida, métetelo en la cabeza.

Sonreí.

Si ella lo decía debía ser cierto.

A veces me daba miedo perderle, que se fuese, que me dejase. Pero él siempre me repetía que mientras yo quisiera, estaría a mi lado.

Eso era lo que me asustaba, ¿y si un día terminaba de volverme loca y le pedía que se fuese y se iba?

Definitivamente, este tipo de pensamiento solo significaba que necesitaba más terapia.

Lo conseguiría. Estar bien. Algún día.

—¿Ella vendrá al final?

La voz de María se volvió más tímida.

—¿Quién? — No entendía a qué se refería.

—La mamá de Marcos.

Suspiré.

Afirmé.

—Él no lo sabe, pero sé que lo necesita. A veces, me desvelo por las noches y él la nombra en sueños. Echa de menos a su madre, y sé que no se perdonará no tenerla cerca en este día.

María y yo habíamos ido a visitar a la mamá de Marcos en varias ocasiones. María le decía que yo era la mujer de su hijo y ella se ponía muy nerviosa.

En cuanto escuchaba <<Marcos>> empezaba a llorar y le temblaban las manos, repitiendo su nombre una y otra vez.

La enfermera nos explicó que estaba atrapada en el momento en que la policía se lo llevó esposado. Manchado de sangre. Con una sonrisa resplandeciente en la cara.

Pensó que, por su culpa, su hijo se convirtió en un monstruo.

Necesitaba volver a verle y que fuese de una forma muy distinta. Para que recuperase la fe en él, y se perdonase a sí misma.

En estos meses, le enseñé fotos nuestras y también de él solo. Elegí las imágenes más tiernas y bonitas. Al principio no quería ni verlas, luego me las pedía nada más verme llegar y, por último, se quedaba con algunas y las guardaba en el cajón de su mesita.

Hoy volvía a ser mi cumpleaños, elegí casarme en este día porque definitivamente, casarme con él, era como volver a nacer.

Convertirme realmente en la esposa del señor Leone.

Y estar unida por el resto de mi vida al hombre que amaba con todo mi corazón, y no al que mi padre eligió para mí.

Aún seguía sin saber por qué murió mi madre, pero Marcos me confesó que fue un suicidio, y que no sufrió. Dice que mi padre se lo contó estando ebrio.

Eso ayudó a calmar las voces en mi cabeza.

Nadie la asesinó ni tuvo una muerte agonizante.

Ella le puso fin, y ya está.

Sacamos su cuerpo del castillo, incineramos sus restos y enterramos las cenizas en un lugar precioso de nuestro jardín, haciéndole un altar lleno de rosas, sus flores favoritas.

Pero estas rosas eran de verdad.

Narcisa y yo íbamos a diario a saludarla y contarle cosas de nuestra vida.

Mi hermanita estaba tan grande y tan guapa.

Cada vez más rubia y más alta, parecía otra niña.

Y madre mía, qué carácter.

Y Gabriel, el chico más guapo y popular del colegio privado en el que los inscribimos. Se pasaba la vida persiguiéndola y molestándola.

En San Valentín, le regalaron un montón de flores a Narcisa y el muy celoso se las rompió. Todas.

Y ella le rompió todas las cartas que le escribieron las otras niñas.

Pero no se regalaron nada el uno al otro.

Vaya dos.

Volví a repasar mi imagen en el espejo.

Un vestido blanco con escote de pico, y falda abierta; viéndose una de mis piernas.

Tacones dorados.

Pendientes dorados.

Y unas hojas también doradas en mi cabello lleno de ondulaciones, con un medio recogido.

Quería llevarle al altar algo de la mujer de la que se enamoró.

Quería que volviese a verme.

La boda, por supuesto, se iba a celebrar en el castillo de Colomares, en Málaga. Quedé traspuesta al verlo, pensando que era uno de los castillos más bonitos que vi en toda mi vida.

Marcos dudó sobre si esto era lo que quería, y le repetí un millón de veces que había partes de mí misma que no podía borrar, y que siempre irían conmigo.

Hoy deseaba volver a ser la princesa Violeta Ivanov, pero en una versión totalmente distinta.

Una más libre, más fuerte y más capaz.

—Estoy lista— susurré. Decidida. Agarrándome a María para salir de la habitación.

Bajamos las escaleras, mientras ella volvía a repetirme el buen gusto que tenía para decorar y lo mucho que le gustaba nuestra casa.

Todo era alegre, soleado, pintoresco y blanco.

Limpio, fresco y espacioso.

Era como una fusión de invierno y verano.

Nieve y sol.

Hielo y fuego.

Marcos y yo.

Irina y *Nana* empezaron a llorar nada más vernos, a Narcisa se le saltó una lágrima y la abracé fuertemente, dándole un beso en la frente.

Dios, era casi tan alta como yo. Apenas empezaba a rozar la adolescencia.

—Hermana, es de mamá— me entregó una de las rosas de su tumba—. Llévala en tu ramo, para que esté contigo en este día.

A este paso, íbamos a llegar todas con el maquillaje destrozado.

—Claro que sí, cariño— coloqué la rosa en el centro del ramo de tulipanes, regalándole una cálida sonrisa. Ella se abrazó a mí y fuimos juntas hacia la limusina, donde nos esperaba Alvarito y Seong Kyuk, un coreano que decidió quedarse trabajando para nosotros, y se estaba ganando a pulso la confianza de mi marido.

Alvarito ahora era mi guardaespaldas.

El coche se puso en marcha, mientras María agarraba con fuerza una de mis manos y Narcisa la otra.

—Feliz cumpleaños, Violeta— murmuró Narcisa, apoyando la mejilla sobre mi hombro.

—Gracias, cielo.

La noche anterior, me llenaron de regalos.

Mi hermanita siempre me dejaba algún detalle en este día tan especial, pero esta vez fue una pasada.

Nunca tuve tanto afecto por parte de otras personas.

María se volvió loca.

Perfumes, pendientes de diamante, un vestido, tacones…

Irina y *Nana* me compraron material para pintar.

Narcisa hizo un dibujo de mí y de Marcos pintado por ella misma, ya que le estaba dando clases de arte porque parecía gustarle y tenía potencial.

Y Marcos.

Ese loco.

Me regaló un coche.

¡Un coche!

Acababa de sacarme el carné hace dos meses, pero no tenía expectativas de comprarme un auto tan caro siendo novata.

Dentro del coche había flores, bombones, y por supuesto, chuches ácidas.

Una gargantilla de oro blanco y piedras de jade.

Y unos pendientes a juego.

—Alvarito, enciende el aire acondicionado, me está entrando calor.

—Ahora mismo, señora.

Cerré los ojos un poco, para tratar de controlar las emociones. Las chicas siguieron charlando, y yo tan solo me dejé llevar por el sonido de sus risas y de sus voces.

Estaba a salvo. Rodeada de buenas personas.

Cuando el coche se detuvo frente al castillo y vi a todos los hombres de mi marido, armados, con los rifles preparados para disparar a quien se atreviese a estropear nuestra boda, una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro.

—¿Preparada, señora Leone? — Me animó María.

— Por supuesto.

CAPÍTULO FINAL

MARCOS



No podía dejar de apreciar los detalles tan bonitos del castillo, mientras esperaba en el altar, temblando como un jodido saco de huesos.

Salvatore se encontraba impaciente a mi lado, junto a Mateo, Andrei, — que había venido desde Rusia — y Petra.

Teníamos a un montón de invitados, resultaba que Violeta era increíble haciendo vida sociable y conectando con las personas.

Le tuve que insistir un millón de veces en que se abriese redes sociales para compartir su arte. Le costó mucho, pero en cuanto se animó, se volvió imparable.

Eventos, reuniones, amistades, seguidores y más seguidores.

Joder, estaba tan orgulloso de ella.

Esa chica a la que todos adoraban era mi mujer.

Y estaba conmigo no porque estuviese obligada ni porque no tuviese elección, sino porque me eligió.

Ella, a mí.

De entre todos los hombres de este mundo.

Me lo curraría cada día de mi vida para seguir siendo el mejor de todos y el único con el que quisiera estar.

Volvería a arrastrarme por la nieve, a pelearme con los escombros y con el fuego por ella tantas veces como hiciese falta.

Llegaría hasta dónde nadie más estuviese dispuesto, para seguir siendo merecedor del título de <<su marido>>.

—Han llegado, tío— avisó Andrei, pegándome codazos. Salvatore le golpeó con la cadera para que se hiciese a un lado.

—Soy su mejor amigo, ese es mi sitio.

—Ah, ¿sí? Te recuerdo que yo le salvé la vida.

—Yo he estado a su lado todos estos años, tú estabas en Rusia, gilipollas.

—Pero yo he escalado una torre para que no muriese quemado.

—Porque yo te ordené hacerlo.

—¿Os queréis callar? —Rugí, notando que el corazón se me iba a salir del pecho.

Mierda, habían llegado.

En cualquier momento la vería.

Vestida de novia.

Hostia puta.

Shape of my heart empezó a sonar, dejándome totalmente anonadado. No metimos esa canción en la lista de reproducción por miedo a que pudiese hacerle revivir momentos difíciles.

María apareció con un vestido rosa claro y su melena rubia al viento, se veía despampanante y Andrei tuvo que agarrar a Salvatore para que no saliese corriendo hacia ella.

Ver a María solo significaba que Violeta estaba cerca.

Dos chicas empezaron a acercarse desde lejos.

Irina iba vestida de azul cielo, con un vestido que le llegaba hasta las rodillas.

Y la mujer que iba a su lado…

De repente, fue como volver a estar en Rusia.

Como si la nieve cayese sobre mí y uno de sus copos me atrapase.

Su cabello castaño ondulado con tonos cobrizos, decorados con hojas doradas.

Su expresión estoica y a la vez amable pero fría.

El escote.

El vestido.

Sus piernas.

Volvía a verla.

Volvía a conocerla por primera vez.

Volvía a ser ese hombre herido que se entregó a protegerla y terminó enamorándose de ella.

Y volví a querer morir por ella.

Lloré, delante de todos, sin poder remediarlo.

Y ella también lo hizo.

Y no solo nosotros, todos lloraban, joder.

—Me cago en la puta— bufó Petra, teniendo que ponerse de espaldas.

—Tío, que nadie me grave. Nadie puede saber que yo lloro. Hostias—. Andrei le hacía gestos de cortarle el cuello al fotógrafo para que no le sacase en ninguna foto.

Salvatore me dio una palmada en la espalda, con la mirada cristalina y una expresión de felicidad pintada en la cara.

—Te lo mereces, *fratello.*

—¿Esa chica de ahí va a casarse conmigo?

—Sí.

—¿De verdad?

—Claro, joder.

—No puedo creerlo.

Me estaba derrumbando, de la puta emoción de saber que por primera vez era bueno para alguien que me conocía en todas mis facetas. Y que aun así, me quería.

Y ese alguien no era cualquier persona.

Era Violeta Ivanov.

Ella subió al altar, uniendo sus manos con las mías.

Yo seguía bebiéndome las putas lágrimas, ella me imitaba.

Nuestros dedos entrelazados temblaban, muchísimo.

El cura comenzó a dar el discurso, mientras la música seguía sonando a un ritmo suave y los invitados guardaban silencio.

Y por fin, llegó el momento.

Mi mano apretó con más fuerza la suya mientras la miraba ahogándome en sus ojos castaños.

—Yo, Marcos Leone, prometo cuidar de ti en los días cálidos y lluviosos, prometo estar a tu lado siempre y cuando así lo quieras, y prometo ser el mejor guardaespaldas, amigo, amante y marido, que

puedas necesitar. Así también, doy mi palabra delante de Dios, de que para mí no existirán otras mujeres más que la mía, y que siempre contarás con mi total respeto y fidelidad. Que Dios me condene si alguna vez te fallo.

Silencio.

Ella se soltó de mis dedos para poner una mano en mi mejilla, acariciándome la barba.

— Yo, Violeta Ivanov, prometo cuidar de ti tanto en los veranos como en los inviernos, prometo quedarme a tu lado así te guste o no — risas—. Y prometo ser la mejor amiga, amante y mujer que puedas necesitar. Así también, doy mi palabra ante Dios, de que para ti no existirán otras mujeres — más risas y más lágrimas—. Y de que siempre nos respetaremos mutuamente y nos seremos fieles.

El cura se pasó un pañuelo por los lagrimales, dándome su permiso.

—Puedes besar a la novia.

Me puse de rodillas sin pensarlo, abrazándola por la cintura para atraerla hacia mi pecho.

Ella colocó las manos sobre mis hombros y unió sus labios con los míos.

Así era como quería casarme con ella, postrado ante la increíble mujer que era.

—Hasta la muerte, reina.

—Hasta la muerte, rey.

—¡¡¡¡QUE VIVAN LOS NOVIOS!!!!

Disparos al aire.

Fuegos artificiales.

Champagne lloviendo por todas partes y kilos de arroz cayéndonos encima.

Andrei estaba controlando el equipo de música, cambiando totalmente el estilo de esta.

—¡TODOS A PERREAR QUE ESTOY HASTA LA POLLA DE LLORAR!

Me puse en pie, moviendo la cintura. La invité a pegarse mientras le ponía un anillo de diamantes en el dedo de casados y ella me colocaba la alianza.

Le di una vueltecita, volviéndome loco con ese pedazo de culo y curvas, mareándome en el momento que lo acercó a mi entrepierna.

Mis manos se clavaron en su cintura y bajamos hasta abajo.

Seguían tirándonos arroz.

Andrei bailaba sobre el equipo de música, pegando tiros al aire mientras bebía a bocajarro de una botella de *vodka* y Salvatore ya estaba perreando con María de lo más duro.

Petra invitó a Irina a bailar, la cual aceptó de buen agrado. Gabriel se veía cabreadísimo porque Narcisa bailaba con Alvarito.

—¿Te incomoda que me acerque mucho a ti? — Susurré, preocupado de que esto pudiese hacerle sentir mal.

Mi cuerpo reaccionaba como un volcán cada vez que la tenía cerca.

Me hacía pajas a escondidas mirando su ropa interior y tirando de recuerdos con ella, pero ya casi no podía más.

—¿Incomodarme? Lo necesito desesperadamente. De hecho, quiero que esta noche me hagas el amor.

La polla casi me explotó al escucharla pedirme aquello.

—¿Segura, mi vida?

—Es una orden, Leone.

—Joder, vas a tener que bloquearme para que no te lleve al coche ahora mismo.

—Hola.

¿Qué?

¿Esa voz?

Me detuve en seco, quedándome pasmado al ver a la mujer que me dio la vida con un recogido bajo y un vestido color verde pastel claro.

Las arrugas en su piel al sol dejaban clara una vida de sufrimiento.

Aun así, estaba hermosa.

¿Era un espejismo?

Pero si no había bebido ni una gota de alcohol.

Y ya dejé de fumar porros.

—¡Elisabeth! —Violeta fue hacia ella, recibiéndola con un cálido abrazo. ¿Se conocían? — Que alegría tenerte entre nosotros, ¿cómo estás?

Ella inclinó la cabeza. Siempre andaba con la espalda un poco encorvada, como si tuviese miedo de que le fuesen a pegar en cualquier momento.

—Bi-Bien, gracias por in-invitarme.

Violeta me miró y me sentí jodidamente despreciable por no haberlo hecho yo mismo.

Era mi madre.

Pero ella odiaba tanto verme.

Se ponía tan mal cuando me acercaba.

—Mamá, has venido.

—Sí, hijo. He venido.

—¿Por qué?

—¿No querías que estuviese? Entiendo sí…

Su rostro se volvió triste, encorvándose aún más para darse la vuelta y marcharse.

Mi mano la agarró del codo, tirando de ella.

La envolví en un cálido abrazo.

Primero, se quedó congelada. Luego, sus brazos rodearon mi cintura y empezó a llorar.

—Perdóname, *Marco*. Perdóname por destrozarte la vida. No lo soporto, te juro que…

—Mamá, tú no has destrozado nada. Así que no me pidas perdón.

—Fue mi culpa, hijo. Tú eras tan bueno, eras tan…

—Sigo siendo bueno, con las personas que lo merecen. Contigo, con Violeta…

Ella alzó la vista para mirarme a los ojos.

—Estás tan guapo, que bien te sienta este traje gris.

—Lo ha elegido la señora Leone.

Violeta sonrió con encanto, declarándose culpable.

Mamá abrió sus brazos hacia ella, mi mujer se unió y nos apretamos con fuerza entre los tres. Narcisa corrió hasta nosotros, uniéndose.

Yo no quería ser padre, y nunca lo sería, pero ahora tenía una familia a la cual proteger y cuidar.

Daría mi vida por estas tres mujeres.

Hasta el final.

EPÍLOGO

VIOLETA



Salí del baño del avión privado, íbamos rumbo a las Maldivas.

Marcos se tomaba una copa, tumbado en el sillón. Veíamos una película de terror.

La novia de Chucky, era nuestra nueva peli favorita.

Reíamos sin parar de principio a fin.

Caminé lentamente sobre los tacones de aguja, con el conjunto de lencería rojo pasión que elegí para este momento.

Su mirada me buscó, echando la cabeza hacia atrás. Los ojos casi se le salieron de la cabeza al verme.

—Dios santo…

—No soy Dios, soy tu mujer— alcé los brazos dando una vueltecita sobre los tacones para que me viese bien. Él soltó un silbido y mis ojos fueron a sus pantalones vaqueros negros, satisfecha de haberle provocado una erección con tanta rapidez.

Estaba despeinado, con una sombra de barba de dos días y esa sudadera blanca que tanto resaltaba sobre su piel canela.

Cogí el mando y quité la película.

Puse algo de música sexy para el momento.

Contoneé las caderas, bajando lentamente hasta el suelo, mientras le separaba las rodillas y me bajaba los tirantes del sujetador.

—¿Quieres que te haga una mamada, cariño?

Sus ojos se oscurecieron rápidamente.

Buen chico.

—Yo lo quiero todo de ti, nena. La cuestión es hasta dónde puedas llegar.

—¿Contigo? Hasta el infierno.

Mi lengua repasó su entrepierna por encima de la bragueta. Él rugió, volviéndose loco mientras hacía el intento de agarrar mi cabello. Quería, pero no se atrevía.

Le cogí la mano y la coloqué sobre mi melena.

—Tócame sin miedo, olvida de una vez todo lo que me hicieron.

—Nena, me da miedo.

—Confía en mí.

—¿Seguro?

—Por favor.

Bufó, quitándose la camisa, dejándome maravillada con ese cuerpazo que solo mi hombre tenía.

Sus pectorales, el volumen de cada uno de los músculos que componían desde sus hombros hasta el final de sus brazos, la tabletita de chocolate, la marcada V al terminar el vientre, esos dedos huesudos y venosos…

Lo adoraba.

Con todo mi ser.

Levantó el culo para bajarse los pantalones. Peleé contra sus zapatos, riéndome a carcajadas, mientras él se deshacía de los calcetines y se quedaba tan solo en ropa interior.

Por fin, era todo mío y podría disfrutarle.

Mis manos acariciaron el interior de sus enormes muslos fuertes y definidos, subiendo hasta la tela negra para tirar de ella con suavidad, sin llegar a sacar su miembro.

Pasé la lengua sobre el *bóxer* en la zona de los testículos, noté como se le marcaban las venas en el vientre y cómo se tensaba.

—Uf… nena.

—¿Vas a follarme muy duro, cielo?

—Para.

—Responde, es una orden.

Volví a pasarle la lengua, mirándole fijamente a los ojos.

—Me va a dar un puto infarto, eres malísima, joder.

—Lo siento, pero ya te has casado conmigo, no hay vuelta atrás.

—¿Lo sientes? — Alzó las cejas, con esa oscuridad que tanto me gustaba reflejada en su mirada— Yo sí que lo siento, *cara.*

Su mano envolvió mi cabello, bajándose la ropa interior para guiar su polla a mis labios. Abrí la boca, recibiéndole, notando como su sabor y su carne penetraban en mí.

Todo mi paladar se llenó de saliva al instante, como si hubiese ansiado este momento desesperadamente.

Su sabor íntimo me enloquecía y sacaba mi parte más caliente.

Y también la más posesiva.

Tragué su erección tanto como pude, frotando el glande con mi lengua, mientras él guiaba los movimientos de mi cabeza, terminando de quitarme el sujetador.

Se lo llevó a la nariz, gruñendo al oler mi perfume en él. Lo dejó a un lado del sofá y comenzó a jugar con mis pezones, sin dejar de follarme la boca.

Mis muslos se apretaban mientras la humedad de mi sexo bajaba por ellos, conteniendo los gemidos cada vez que él embestía contra mis labios.

La sacaba completa de mi boca y la volví a meter, acariciándome las mejillas, diciéndome con voz ronca lo jodidamente bonita que era y lo mucho que me había extrañado.

—No aguanto más, joder— sus brazos fueron a por mí, cargándome y colocándome en el sillón. Sus labios repartieron un reguero de besos entre mis tetas, lamiéndome los pezones mientras sus dedos acariciaban suavemente mi coño húmedo.

—Dios, Marcos. Echaba tanto de menos correrme contigo.

—Amor, habérmelo pedido.

Era cierto que nunca le dije claramente que quería tener sexo, por miedo a que no estuviese preparado o sintiese asco de mi cuerpo después de todo lo que Egor hizo conmigo, más me insinué varias veces sin conseguir nada.

—Estabas muy decidido a no ponerme una mano encima.

—Solo quería darte espacio.

—No necesito espacio, necesito que me folles.

—Bfff…

Su boca bajó a mi ombligo, con el que no se distrajo más de tres segundos pues ya estaba peleándose con mi tanga, tratando de romperlo con los dientes.

Tiró de él como un animal salvaje, logrando partir el hilo, metiéndome la lengua hasta el fondo y subiendo con ella por todo mi clítoris.

Me corrí, sin poder evitarlo.

Era demasiado tiempo sin su atención.

—Joder, sí que me has echado de menos, nena.

—Cállate y sigue. Quiero más.

—Y tanto que te voy a dar más, quiero terminar empapado de ti, cara. No voy a parar hasta que me dejes hecho una jodida mierda.

Mis dedos se enredaron en su cabello, sintiendo las agradables cosquillas que su barba hacía sobre mis pliegues, y el jodido placer que me producía su lengua experta.

Al principio esto me cabreaba, ahora me daba igual, porque toda esa experiencia que tenía solo la disfrutaba yo.

Los ojos se me quedaron blancos de placer en el momento que él me introdujo dos dedos con suavidad, haciendo movimientos circulares en mi interior.

Me volví loca, clavándole las uñas en los hombros, en la espalda, en el cuello, restregando mi coño en su cara sin pudor alguno.

—Joder, nena. Me estás poniendo perdido, qué bien te estás portando.

—¿Me vas a dar mi premio?

—Siempre, cariño, ¿qué quieres?

—Tu enorme polla dura. Dentro de mí, cielo.

—Ahora mismo.

Se terminó de quitar la ropa interior, subiendo mis piernas a sus hombros, mis pies quedaron por detrás de su cabeza.

—¿Segura? —Cuestionó, rasgando el paquetito de un condón para ponérselo.

—Sí.

—Bien.

Noté su erección acariciar mi entrada y gemí como una loca por la necesidad de que lo hiciese.

—Tranquila, pequeña fiera.

—Hazlo ya, entra.

—Vas a tenerla toda dentro de ti, no te preocupes.

—Por favor.

Su polla me fue penetrando lentamente. Ambos rugimos y jadeamos a la vez, como dos animales desesperados.

—El puto paraíso está entre tus piernas, Violeta.

—Bienvenido a casa, mi amor.

—Por fin, joder— sonrió, pervertido, enterrándose hasta el fondo, metiendo la cabeza entre mis tetas para volver a chuparlas.

Sus caderas comenzaron a golpear las mías, a un ritmo en un principio suave, pero cada vez más fuerte e intenso.

Nuestros cuerpos comenzaron a sudar tanto que resbalábamos al tocarnos. Aun así, ninguno de los dos desistía de este placer.

—He nacido para ti, brujita. Cada día lo tengo más claro.

—Yo nunca tuve dudas, Marcos. Desde que te vi por primera vez, sabía que serías mío.

—Grrr…— rugió en mi oreja, mordiéndome el lóbulo—. Me flipa escuchar eso.

Enrollé mis piernas en sus caderas, haciendo fuerza para sentarle en el sillón y ponerme yo encima. Él intuyó lo que quería hacer y me lo permitió.

Comencé a moverme arriba y abajo sobre su erección, dejando que viese como se movían mis tetas y cómo disfrutaba de follarme su polla.

—Eres una jodida Diosa, nena— sus manos se estamparon en mi culo, dándome una nalgada fuerte, pero sin llegar a pasar el límite. Ese gesto me puso muchísimo más cachonda—. Eso es, mi vida, haz lo que te dé la gana. Pórtate mal.

Mordí mi labio inferior, asintiendo, acariciándome el clítoris a la vez que subía y bajaba sobre él, chillando de placer mientras él me miraba como si fuese una jodida obra de arte.

—Que locura, preciosa. Joder, ¿te toco yo?

Negué.

Quería masturbarme, en su cara.

Quería darme placer y dárselo a él a la vez.

Quería perpetuar este sentimiento de poder y libertad hasta llegar al orgasmo.

Su polla se endureció aún más en mi coño, noté como inclinaba la pelvis para entrar más a fondo.

Todo mi ser se contrajo y perdí las fuerzas para seguir tocándome.

Él me agarró, colocándome a cuatro patas contra la mesa.

Sus dedos masajearon mi clítoris a la vez que su polla me golpeaba desde atrás una y otra, y otra, y otra vez.

¿Qué locura era esta?

—¡Marcos! ¡Marcos, joder!

—No me pidas que pare.

—No. Sigue. Pero, ¡ah! ¡Marcos!

Volví a contraerme y sentí que me hacía pis encima, eso no le detuvo. Al contrario, me dio con más ganas.

Mis gritos salieron ahogados y guturales, sentí vergüenza porque el piloto, Alvarito y Seong Kyuk escuchasen mis gemidos desde la cabina.

Cielo santo.

—Dime una cosa, nena.

—¿Qué?

—¿Alguna vez pensaste que tu guardaespaldas podría hacer que te corrieses así?

Hijo de puta.

—Siempre supe que eras un depredador sexual, y que podrías hacer maravillas conmigo.

—Mmm… aún nos queda tanto por probar, cariño.

Su polla me regaló una última estocada, con otra cachetada dura y firme en mi culo blanco y respingón, haciendo que viese las estrellas mientras él también explotaba en mi interior.

Terminé reventada y agotada sobre la alfombra.

Él me envolvió a sus brazos, llevándome a la ducha del avión.

El agua nos caía tibia por encima, mientras sus manos enjabonaban mi cabello y mi cuerpo, y yo me apoyé sobre su pecho, abrazándome a él y dejando que hiciese lo que quisiese conmigo.

Porque al lado de este asesino en serie, me sentía completamente a salvo.

Y jodidamente feliz.

Maktub.

Está escrito.

Porque todo lo bueno y malo que te sucede, te pertenece.
Es tuyo. Úsalo para renacer. Como un ave fénix.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer enormemente a todas las personas que han formado parte de este libro ya que sin ellas no podría haber llegado hasta aquí.

En primer lugar, nombrar a mi amiga Cloudy, la cual ha sido mi musa para crear a Violeta y con la que he trabajado codo a codo para poder desarrollar esta preciosa historia.

Ha sido de lo mas gratificante escribir cada capítulo y escuchar sus comentarios al respecto. No cambiaría esta experiencia por nada.

También a Palmira y Andrea, quienes me han acompañado desde el principio hasta el final, haciendo un gran esfuerzo a pesar de tener poco tiempo, ayudándome en todo lo que he necesitado.

Y a Maru, nuestra experta en detectar advertencias.

A mi querida Ainhoa, por ser tan profesional y dedicada, y también a Ari; la inteligencia artificial nunca podrá superar el talento de personas como vosotras.

A Irati, por tomarse la paciencia de ayudarme a encontrar errores y apoyarme con tanto cariño.

También quiero hacer una especial mención a Ana, Sonia, Nerea, Lorena y Patri. Aunque no sean lectoras cero, son amigas que están siempre ahí y contar con ellas hace que todo este camino sea muchísimo más bonito.

Por supuesto, me dejo a muchas más chicas maravillosas que he conocido en esta preciosa comunidad. Pero no podría nombrarlas a todas porque si no, tendríamos demasiadas páginas.

Y como no, a mi marido.

Por su apoyo incondicional y amor. Sin él, yo no sería la persona que soy a día de hoy.

Y a ti, por leerme y darme una oportunidad.

Gracias.

Si te ha gustado este libro, te pido que me dejes una reseña en Amazon, es de gran ayuda.

Si quieres estar al tanto de mis historias, puedes seguirme en redes sociales.

Tiktok: albabooks1322

Instagram: albabooks1322

Wattpad: albiisgc

Añadir que en Wattpad subiré capítulos extras y especiales tanto de María y Salvatore, como de Marcos y Violeta y de las futuras parejas.